4/5x
nn

J Mackay

SCC
#13,522

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA

Gustavo le Bon.

PSICOLOGÍA DEL SOCIALISMO

TRADUCCIÓN DE
RICARDO RUBIO

DANIEL JORRO, EDITOR
PAZ, 23.—MADRID
1903

Historia de las naciones.

Tomos en 4.º, encuadernados en tela, con planchas, ilustrados con profusión de grabados, láminas y mapas. Precio de cada tomo, 8,50 pesetas.

«Historia de Caldea», desde los tiempos más remotos hasta el origen de Asiria por Zenïade A. Ragozin Versión española de D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, obra ilustrada con más de 125 grabados.

«Asiria», desde el engrandecimiento del imperio hasta la caída de Nínive (continuación de Caldea), por Zenaïde A. Ragozin, traducción de Siro García del Mazo, con notas de D. Manuel Sales y Ferré.

«Media, Babilonia y Persia», desde la caída de Nínive hasta las guerras médicas, por Zenaïde A. Ragozin. Versión española, con notas, por D. Manuel Sales y Ferré.

«Los sarracenos», desde los más remotos tiempos hasta la caída de Bagdad, por Arturo Gilmán, traducida y anotada por don Francisco Guillén Robles.

«Los godos», por Enrique Bradley, traducción de D. Juan Ortega y Rubio.

«Historia de Hungría», por Arminio Vambery, traducción de D. José de Caro.

«Holanda», por James E. Thorold Rogers, traducción por D. Juan Ortega y Rubio.

«Alemania», por S. Baring Could, traducción por D. Siro García del Mazo.

«Los judíos», por James K. Hosmar, traducción y apéndice por D. Eduardo Toda.

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

ALAS (L.) (Clarín).—«Cuentos morales». Un tomo en 8.º mayor, 4 pesetas.

ALCALA GALIANO (D. Antonio). — «Memorias publicadas por su hijo». Dos tomos en 4.º, 6 pesetas.

BARCIA (D. R.)—Sinónimos castellanos. En 4.º, 8 pesetas.

CASTELAR (E.)—«Galería histórica de mujeres célebres». Ocho tomos en 4.º, 40 pesetas.

CORRADI (D. Fernando).—«Lecciones de oratoria». En 4.º, 3 pesetas.

CABELLO Y ASO.—«Estética de las artes del dibujo. La arquitectura, su teoría estética expuesta, comprobada y aplicada á la composición, constituyendo un ensayo de teoría del arte. En 4.º, 8 pesetas.

CURTIUS.—Historia de Grecia. Ocho tomos en 4.º, 40 pesetas.

CLARETIE (J.).—«La fugitiva». En 8.º, 3 pesetas.

—«Noris» (costumbres del día). En 8.º, 2,50 pesetas.

—«¡Candidato!» Un tomo en 8.º, 2,50 pesetas.

—«El hermoso Solignac». Dos tomos en 8.º 5 pesetas.

—«Los amores de un interno». Dos tomos en 8.º, 5 pesetas.

—«El príncipe Zilah». En 8.º, 2,50 pesetas.

DAUDET (A.).—«Port Tarascón». Ultimas aventuras del ilustre Tartarín. Un tomo en 8.º mayor, 3,50 pesetas.

Psicología del socialismo.

EN PREPARACIÓN

Binet. — « El Fetichismo en el amor. »

Bray. — « Lo Bello. »

Bunge. — « La Educación » (tres partes).

Ferriére. — « Errores científicos de la Biblia. »

Gauckler. — « Lo bello y su historia. »

Grasserie. — « Psicología de las religiones. »

Gustavo le Bon. — « Psicología de las multitudes. »

Payot. — « De la creencia. »

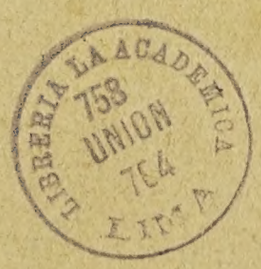
Tissié. — « Los sueños. »

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA

Gustavo le Bon.

PSICOLOGÍA DEL SOCIALISMO

TRADUCCIÓN DE
RICARDO RUBIO



DANIEL JORRO, EDITOR
PAZ, 23.—MADRID
1903

Es propiedad

Imprenta de Ambrosio Pérez y Compañía, Pizarro, 16, Madrid.

PREFACIO DE LA TERCERA EDICIÓN

Habiéndose agotado la primera edición de este libro en pocas semanas, fué necesario reimprimirle sin variantes. Esta tercera edición ha sido objeto, por el contrario, de importantes arreglos.

No creo preciso responder á las críticas que esta obra ha suscitado en Francia y en los países en que ha sido traducida. En cuestiones que pertenecen al dominio del sentimiento mucho más que al de la razón, no podría tenerse la pretensión de convertir á nadie. Nunca se hacen por medio de los libros las revoluciones del pensamiento (1).

No perteneciendo á ninguna escuela, ni pensando

(1) No habiendo alimentado jamás la esperanza de convertir á socialista alguno, puedo, sin embargo, pensar que la lectura de este libro no les habrá sido enteramente inútil. Lo juzgo así por ciertos artículos publicados con este motivo y especialmente por el debido á la pluma del más erudito de los socialistas franceses, M. G. Sorel. He aquí algunos fragmentos de él: «Es preciso lamentar que el autor, cuya autoridad es tan grande en ciertas cuestiones, haya creído deber dar con excesiva frecuencia á sus libros el aire de un libelo... El libro de Gustavo Le Bon, á pesar de muchos defectos, constituye el trabajo más completo publicado en Francia sobre el socialismo; merece ser estudiado con el mayor cuidado, porque las ideas del autor son siempre originales y eminentemente sugestivas». G. Sorel. (*Revue internationale de sociologie.*)

agradar á ninguna, he tratado de estudiar los fenómenos sociales, como otro cualquier fenómeno físico, tratando simplemente de equivocarme lo menos posible.

Por su necesaria conexión, ciertos pasajes de este libro parecen un poco dogmáticos, pero la idea no puede serlo. Uno de los últimos capítulos está consagrado á mostrar que en cuestiones semejantes no puede saberse sino probabilidades y nunca certidumbres.

Si parece que me aparto algunas veces de mi asunto, es por la imposibilidad de comprender la génesis de ciertos fenómenos sin estudiar primeramente las circunstancias que les rodean. En materia de religión, de moral ó de política, el estudio del texto mismo de una doctrina no tiene toda la importancia preponderante que podría creerse. Lo que precisa conocer sobre todo son los medios en que se desenvuelve, los sentimientos en que se apoya, la naturaleza de los espíritus que la reciben. En la época en que el budismo y el cristianismo triunfaron hubiera sido de un interés bastante escaso para un filósofo discutir sus dogmas, y de un interés grandísimo conocer las causas que les permitieron establecerse, es decir, ante todo, el estado de los espíritus que los aceptaron. Un dogma concluye siempre por imponerse, por absurdo que pueda parecer á la razón, cuando ha conseguido producir ciertas trasformaciones mentales. En estas el papel del dogma mismo es á veces muy secundario. Triunfa por la acción del medio y del momento en que aparece, por las pasiones que hace nacer, y, sobre todo, por el influjo de apóstoles capaces de hablar á las multitudes y engendrar la fe. No es obrando sobre la razón, sino sólo sobre los sentimientos, como estos apóstoles provocan los

grandes movimientos populares de donde surgen nuevos dioses.

Y por estas razones es por lo que no he creído apartarme del todo de mi asunto al escribir ciertos capítulos sobre los fundamentos de nuestras creencias, la intervención de las tradiciones en la vida de los pueblos, los conceptos que forman el alma latina, la evolución económica de la época actual y aun de otras. Constituyen quizás la parte más esencial de este estudio.

No he consagrado más que un número de páginas bastante corto a la exposición de las doctrinas socialistas. Son de una variabilidad que hace inutil toda discusión. Esta variabilidad es, por lo demás, una ley general que preside al movimiento de todas las creencias nuevas. Los dogmas no se constituyen realmente más que cuando triunfan. Hasta ese momento permanecen inciertos y fugitivos. Esta falta de precisión, es condición de éxito, puesto que les permite adaptarse á las necesidades más distintas, y dar de este modo satisfacción á las aspiraciones infinitamente varias de las legiones de descontentos tan numerosas en determinados momentos de la historia.

El socialismo, que puede clasificarse, como trataremos de demostrar, en la familia de las creencias religiosas, posee el carácter de indeterminación de los dogmas que todavía no reinan. Sus doctrinas se trasforman de día en día y se hacen cada vez más inciertas y flotantes. Para poner de acuerdo los principios formulados por sus fundadores con los hechos nuevos que los contradicen demasiadamente claro, ha sido necesario entregarse á un trabajo análogo al de los teólogos al tratar de poner de acuerdo la Biblia con la razón. Los principios en que

Marx, que fué, sin embargo, durante mucho tiempo un gran sacerdote de la nueva religión, basaba el socialismo, han terminado por ser de tal modo desmentidos por los hechos que sus más fieles discípulos han tenido que abandonarlos. Asi es, por ejemplo, como la teoría esencial del socialismo hace cuarenta años, la concentración capitalista progresiva, teoría según la cual los capitales y las tierras habían de encontrarse en un número de poseedores cada vez más restringido, ha sido desmentida en absoluto por las estadísticas de los diferentes países. Hacen ver estos, en efecto, que los capitales y el suelo, lejos de concentrarse se reparten con extremada rapidez entre un número inmenso de individuos. Asimismo vemos en Alemania, Inglaterra y Bélgica á los jefes del socialismo abandonar más cada vez el colectivismo, que ahora califican de doctrina quimérica, buena á lo más para alucinar á los latinos.

Desde el punto de vista de la extensión del socialismo estas discusiones de teorizadores no tienen, por lo demás, importancia alguna. Las muchedumbres no las comprenden. Lo que conservan del socialismo, es sólo la idea fundamental de que el obrero es víctima de algunos explotadores, por consiguiente de una mala organización social, y que bastarían algunos buenos decretos, impuestos revolucionariamente, para variar esta organización. Los teóricos pueden realizar una evolución. Las masas aceptan las doctrinas en bloque y no evolucionan jamás. Las creencias admitidas revisten siempre una forma sencillísima. Implantadas fuertemente en cerebros primitivos, permanecen inquebrantables por mucho tiempo.

Fuera de los ensueños de los socialistas, y con la ma-

yor frecuencia en patente desacuerdo con ellos, el mundo moderno realiza una evolución rápida y profunda. Es consecuencia del cambio operado en las condiciones de existencia, las necesidades, las ideas, por los descubrimientos científicos é industriales realizados en los últimos cincuenta años. A estas trasformaciones se adaptarán las sociedades y no á fantasías de teorizadores, que no viendo el engranaje de las necesidades, creen poder rehacer á su agrado la organización social. Los problemas planteados por las trasformaciones actuales del mundo, son de distinta gravedad que los que preocupan á los socialistas. A su estudio ha sido dedicada una gran parte de esta obra.

PREFACIO DE LA PRIMERA EDICIÓN

El socialismo sintetiza un conjunto de aspiraciones, de creencias é ideas de reformas, que apasiona profundamente los espíritus. Los gobiernos le temen, los legisladores le atienden, los pueblos ven en él la aurora de nuevos destinos.

Este libro está consagrado á su estudio. En él se hallará la aplicación de los principios expuestos en nuestras últimas obras: Les lois de l'Evolution des peuples *y la* Psychologie des Foules. *Pasando rápidamente por el pormenor de las doctrinas para retener tan sólo su esencia, examinaremos las causas que han hecho nacer el socialismo y las que retardan ó favorecen su propagación. Mostraremos el conflicto entre las ideas antiguas, fijadas por la herencia, en que todavía se basan las sociedades, y las ideas nuevas, hijas de medios sociales nuevos, que la evolución científica é industrial moderna ha creado. Sin poner en duda la legitimidad de las tendencias del mayor número á mejorar su suerte investigaremos si las instituciones, pueden tener un influjo real en esta mejora, ó si nuestros destinos están regidos por necesidades entera-*

mente independientes de las instituciones que nuestras voluntades pueden crear.

No ha carecido el socialismo de apologistas que escriban su historia, de economistas que discutan sus dogmas, de apóstoles que propaguen su fe. Los psicólogos han desdeñado hasta el presente su estudio, no viendo en él más que uno de esos asuntos indeterminados y fugitivos, como la teología ó la política, que sólo pueden prestarse á discusiones apasionadas y estériles, que repugnan á espíritus científicos.

Parece, sin embargo, que solamente una meditada psicología puede mostrar la génesis de las nuevas doctrinas y explicar el influjo que ejercen tanto en las masas populares, como entre un cierto número de espíritus cultos. Hay que llegar á las profundas raíces de los sucesos cuyo curso vemos desarrollarse para llegar á comprender su completo desenvolvimiento.

Ningún apóstol ha dudado jamás del porvenir de su fe. Los socialistas estan por lo tanto persuadidos del próximo triunfo de la suya. Victoria tal implica necesariamente la destrucción de la sociedad actual y su reconstitución sobre otras bases. Nada parece más sencillo á los discípulos de los nuevos dogmas. Es evidente la posibilidad de desorganizar por medio de la violencia una sociedad; enteramente lo mismo que se puede destruir en una hora por el fuego un edificio de lenta construcción. Pero nuestros conocimientos actuales sobre la evolución de las cosas ¿nos permiten admitir que el hombre pueda rehacer á su agrado una organización destruída? En cuánto se penetra algo en el mecanismo de las civilizaciones, pronto se descubre que una sociedad, con sus institu-

ciones, sus creencias y sus artes, representa una red de ideas, sentimientos, hábitos y modo de pensar fijados por herencia, y cuyo conjunto forma su poder. Una sociedad sólo tiene cohesión cuando esta herencia moral está sólidamente establecida, no en los códigos, sino en las almas. En cuanto se disgrega, decae. Cuando la disgregación es completa, está condenada á desaparecer.

Concepción semejante no ha influído jamás en los escritores y hombres de Estado latinos. Persuadidos de que las necesidades naturales pueden borrarse ante su ideal de nivelación, de regularidad, de justicia, creen que basta imaginar sabias constituciones, leyes fundadas sobre la razón, para rehacer el mundo. Tienen todavía las ilusiones de aquella época heroica de la Revolución, en que filósofos y legisladores consideraban cierto que una sociedad es cosa artificial que dictadores bienhechores pueden rehacer por entero.

Parece que hoy puede apenas sostenerse tales teorías y, sin embargo, no son de desdeñar. Constituyen móviles de acción de un influjo destructor muy grande, y, por consiguiente, muy temible. El poder creador se apoya en el tiempo y está fuera del alcance inmediato de nuestra voluntad. La facultad destructora está, por el contrario, á nuestro alcance. La destrucción de una sociedad puede ser muy rápida, pero su reconstitución es siempre muy lenta. A veces son precisos al hombre siglos de esfuerzos para reconstituir penosamente lo que ha destruído en un día.

Si queremos comprender el influjo profundo ejercido por el socialismo moderno, no es preciso que examinemos sus dogmas. Cuando se inquiere las causas de su éxito, se

ve que es este enteramente extraño á las teorías que estos dogmas proponen, ó á las negociaciones que imponen. Como las religiones, cuya marcha tiende cada vez más á imitar, el socialismo se propaga muy de otro modo que por razones. Muy flojo cuando trata de discutir y apoyarse en argumentos económicos, llega por el contrario, á ser fuertísimo cuando permanece en el dominio de las afirmaciones, ensueños y promesas quiméricas. Aún sería más temible todavía sino se saliese de ellas.

Gracias á sus promesas de regeneración, gracias á la esperanza que hace brillar ante todos los desheredados de la vida, el socialismo llega á constituir una creencia de forma religiosa mucho más que una doctrina. Ahora, la gran fuerza de las creencias, cuando tienden á revestir esta forma religiosa cuyo mecanismo hemos estudiado en otro lugar, es que su propagación es independiente de la parte de verdad ó error que puedan contener. En cuanto una creencia se fija en las almas, lo que tenga de absurdo no aparece, la razón no lo percibe. El tiempo sólo puede hacerla perder fuerza. Los más potentes pensadores de la humanidad, un Leibnitz, un Descartes, un Newton, se han inclinado sin murmurar ante los dogmas religiosos cuya poca firmeza les hubiera mostrado pronto la razón, si hubieran podido someterlos al examen de la crítica. Pero lo que ha penetrado en el dominio del sentimiento, no puede ser ya discutido. No obrando las religiones más que sobre los sentimientos, no podían derribarse con argumentos, y por esto su poder sobre las almas ha sido siempre tan absoluto.

La Edad moderna representa uno de estos períodos de transición, en que las viejas creencias han perdido su im-

perio y las que deben reemplazarlas no se han constituído. El hombre no ha conseguido todavía vivir sin divinidades. Caen estas á veces de su trono, pero el trono nunca ha quedado vacío. Fantasmas nuevos surgen pronto del polvo de los dioses muertos.

La ciencia, que ha combatido á los dioses, no podría poner en duda su imperio prodigioso. Ninguna civilización ha conseguido todavía establecerse y ser grande sin ellos. Las civilizaciones más florecientes se han apoyado siempre en dogmas religiosos que, desde el punto de vista de la razón, no poseían ni un átomo de lógica, de verdad, ó de simple buen sentido. La lógica y la razón no han sido jamás verdaderos guías de los pueblos. Lo irracional ha constituído siempre uno de los móviles de acción más poderosos que la humanidad haya conocido.

No es al resplandor de la razón como se ha trasformado el mundo. Mientras que las religiones, fundadas en quimeras, han dejado su huella indestructible en los elementos todos de las civilizaciones, y continuaron manteniendo bajo sus leyes á la inmensa mayoría de los hombres, los sistemas filosóficos, construídos sobre razonamientos, no han desempeñado sino un papel insignificante en la vida de los pueblos y tenido sólo existencia efímera. No proponen, su efecto, á las muchedumbres más que argumentos, cuando el alma humana pide sólo esperanzas.

Esperanzas han dado siempre las religiones, y también un ideal capaz de seducir y agitar las almas. Con su varita mágica se han creado los más poderosos imperios, han surgido de la nada las maravillas de la literatura y las artes que forman el tesoro común de la civilización.

Son igualmente esperanzas lo que el socialismo propone, y lo que le ha dado su poder. Las creencias que enseña son muy quiméricas y parece que tienen muy pocas probabilidades de propagarse, y, sin embargo, se propagan. El hombre posee la maravillosa facultad de trasformar las cosas al agrado de sus deseos, de no conocerlos sino á través de este mágico prisma de pensamiento y sentimientos que nos muestra el mundo como queremos que sea. Cada cual, según lo que sueña, lo que ambiciona, lo que desea, ve en el socialismo lo que los fundadores de la nueva fe no han pensado nunca incluir. El sacerdote descubre una extensión universal de la caridad y sueña con él olvidando el altar. El miserable, bajo el peso de su dura labor, entrevé confusamente en él un paraíso de luz en que se estaría á su vez colmado de bienes. La inmensa legión de los descontentos (¿y quién no lo está hoy?) espera que su triunfo traerá la mejora de su destino. La suma de todos estos ensueños, de todos estos elementos, de todas estas esperanzas, es lo que da á la nueva fe su indisputable poder.

Para que el socialismo moderno haya revestido tan pronto esa forma religiosa que es el secreto de su fuerza, era necesario que apareciera en uno de estos raros momentos de la historia, en que estando los hombres cansados de sus dioses, pierden su supremacía las antiguas religiones y sólo subsisten en espera de la nueva creencia que ha de sucederlas. Habiendo aparecido en el instante mismo en que el poder de las antiguas divinidades ha declinado considerablemente, el socialismo que ofrece también al hombre ensueños de felicidad, tiende naturalmente á ocupar un puesto. Nada indica que no lo conseguirá. Todo muestra que no sabra conservarlo mucho tiempo.

LIBRO PRIMERO

LAS TEORÍAS SOCIALISTAS Y SUS ADEPTOS

CAPÍTULO PRIMERO

Las diversas fases del socialismo.

§ I. *Los factores de la evolución social.*—Factores que dirigen la evolución actual de las sociedades.—En qué difieren de los antiguos factores.—Factores económicos.—Factores psicológicos.—Factores políticos.—§ II. *Los diversos aspectos del socialismo.*—Necesidad de estudiar el socialismo como concepción política, como concepción económica, como concepción filosófica y como creencia.—Conflicto entre estos diversos conceptos.—Definición filosófica del socialismo.—El sér colectivo y el sér individual.

§ I.—Los factores de la evolución social.

Siempre han tenido por base las civilizaciones un corto número de ideas directoras. Cuando estas ideas, después de haber progresivamente decaído, han perdido enteramente su fuerza, las civilizaciones que en ellas se apoyaban se han visto obligadas á variar.

Asistimos hoy á una de estas fases de trasformación, tan raras en la historia del mundo. No ha sido dado á muchos filósofos, en el transcurso de las edades, vivir en el preciso momento en que se formaba una idea nueva, y poder como hoy estudiar los grados sucesivos de su cristalización.

En el actual estado de cosas, la evolución de las sociedades está sometida á tres órdenes de factores: políticos, económicos, psicológicos. Han existido en todas las épocas, pero la importancia respectiva de cada uno de ellos ha variado con el grado de desarrollo de las naciones.

Los factores políticos comprenden las leyes y las ins-

tituciones. Los teóricos de todos los partidos, los socialistas modernos sobre todo, los conceden generalmente grandísima importancia. Todos están persuadidos de que la felicidad de un pueblo depende de sus instituciones, y que basta variarlas para cambiar al propio tiempo sus destinos. Algunos pensadores creen, por el contrario, que las instituciones ejercen influjo muy escaso; que el destino de los pueblos se rige por su carácter, es decir, por el alma de su raza. Así se explicaría que acciones que tienen instituciones semejantes, y viven en medios idénticos, ocupen lugares muy distintos en la escala de la civilización.

Los factores económicos tienen hoy importancia inmensa. Era muy escasa en la época en que los pueblos vivían aislados y en que las diferentes industrias variaban poco de un siglo á otro; pero han terminado por adquirir influjo preponderante. Los descubrimientos científicos é industriales han trasformado nuestras condiciones todas de existencia. Una simple reacción química, descubierta en un laboratorio, arruina á un país y enriquece á otro. El cultivo de un cereal en el fondo del Asia, obliga á provincias enteras de Europa á renunciar á la agricultura. Los progresos de las máquinas trastornan la vida de una parte importante de los pueblos civilizados.

Los factores de orden psicológico, tales como la raza, las creencias, las opiniones, tienen también considerable importancia. Su influjo era antes hasta preponderante, pero hoy tienden á sobreponerse los económicos.

Difieren principalmente las sociedades modernas de las antiguas por estos cambios de relación entre los móviles cuyo influjo sufren. Dominadas, antes sobre todo, por creencias, obedecen ahora más y más á necesidades económicas.

Los factores psicológicos están, sin embargo, lejos de haber perdido su influjo. El límite en que el hombre escapa á la tiranía de los factores económicos, depende de su constitución mental, es decir, de su raza; y por esto vemos

á ciertos pueblos someter á sus necesidades los factores económicos, mientras que otros se dejan avasallar más y más por ellos, y no tratan de reaccionar sino por leyes proteccionistas, incapaces de defenderles contra las necesidades que los dominan.

Tales son los principales motores de la evolución social. Ignorarlos ó desconocerlos no basta para impedir sus efectos. Las leyes naturales funcionan con la ciega regularidad de un mecanismo, y quien con ellos choca siempre es destrozado por su marcha.

§ II.—Los diversos aspectos del socialismo.

El socialismo presenta, pues, fases diversas que es preciso examinar sucesivamente. Hay que estudiarlo como concepción política, como económica, como filosófica y como creencia. Hay que examinar también el antagonismo entre estos diferentes conceptos y las realidades sociales, es decir, entre las ideas abstractas y las inexorables leyes naturales que el hombre no puede variar.

El aspecto económico del socialismo es el que se presta mejor al análisis. Nos encontramos efectivamente en presencia de problemas muy claros. ¿Cómo se crea y se reparte la riqueza? ¿Cuáles son los respectivos papeles del trabajo, del capital y de la inteligencia? ¿Cuál el influjo de los hechos económicos, y en qué límites determinan la evolución social?

Si estudiamos el socialismo como creencia, es decir, si investigamos la impresión moral que produce, las convicciones y sacrificios que inspira, el punto de vista es muy diferente y el problema cambia enteramente de aspecto. No teniendo ya que ocuparnos del valor teórico del socialismo como doctrina, ni de las imposibilidades económicas contra las que podía estrellarse, no hemos de considerar la nueva creencia sino en su génesis, sus pro-

gresos morales y efectos psicológicos que puede engendrar. Este estudio es indispensable para hacer comprender la inutilidad de toda discusión con los defensores de los nuevos dogmas. Cuando algunos economistas se admiran de que demostraciones de indiscutible evidencia no influyan absolutamente nada sobre los sectarios que las oyen, no hay, para sacarles de su admiración, sino remitirles á la historia de todas las creencias y al estudio de la psicología de las muchedumbres. No se triunfa de una doctrina mostrando lo que tiene de quimérica. No se combate con argumentos los ensueños.

Para comprender la fuerza actual del socialismo hay que considerarle principalmente como una creencia; se ve entonces que reposa en muy firmes bases psicológicas. Importa poco para su éxito inmediato que sus dogmas sean contrarios á la razón. La historia de todas las creencias, de las religiosas sobre todo, muestra suficientemente que su triunfo ha sido con gran frecuencia independiente de la parte de verdad ó error que pudieran contener.

Después de haber estudiado el socialismo como creencia, hay que examinarlo como concepción filosófica. Este nuevo aspecto es el que más han descuidado sus adeptos, y, sin embargo, era el que mejor podían defender. Consideran la realización de sus doctrinas como consecuencia forzosa de la evolución económica, cuando precisamente esta evolución constituye su obstáculo más real. Desde el punto de vista filosófico puro, es decir, dejando á un lado las necesidades psicológicas y económicas, varias de sus teorías son, por el contrario, de fácil defensa.

¿Qué es, en efecto, filosóficamente hablando, el socialismo, ó al menos su forma más extendida, el colectivismo? Simplemente una reacción del sér colectivo contra las usurpaciones del sér individual. Ahora bien; si se prescinde de los intereses de la inteligencia y de la inmensa utilidad que puede tener para el progreso de la civiliza-

ción el arreglo de estos intereses, es indudable que la colectividad—aun cuando sólo fuera en virtud de la ley del número que ha llegado á ser el gran *credo* de las democracias modernas,—puede considerarse como fundada para dominar al individuo que de ella procede y sin ella nada sería.

Desde el punto de vista filosófico, el socialismo es una reacción de la colectividad contra la individualidad, un retroceso al pasado. Individualismo y colectivismo son, en su espíritu general, dos fuerzas contrarias que tienden, si no á destruirse, al menos á paralizarse mutuamente. En esta lucha entre los intereses generalmente opuestos del individuo y de la colectividad, está el verdadero problema filosófico del socialismo. El individuo que es bastante fuerte para no tener que contar más que con su iniciativa y su inteligencia, muy capaz por consiguiente para realizar progresos, se halla en presencia de muchedumbres muy flojas en iniciativa é inteligencia, pero á las que da fuerza su número, único apoyo del derecho. Los intereses de ambos principios en pugna son contradictorios. La cuestión está en saber si, á costa de recíprocas concesiones, podían sostenerse sin destruirse. Hasta ahora sólo las religiones han conseguido persuadir al individuo para que sacrifique sus personales intereses á los de sus semejantes, para que reemplace el egoismo individual por el colectivo. Pero las antiguas religiones están en camino de morir y las que han de sustituirlas no han nacido todavía. Al estudiar la evolución de la solidaridad social, tendremos que examinar en qué límites las necesidades económicas hacen posible la conciliación entre ambos principios contradictorios. Como decía acertadamente monsieur León Bourgeois en uno de sus discursos: «Nada puede intentarse contra las leyes naturales, no hay necesidad de decirlo, pero es preciso estudiarlas incesantemente y servirse de ellas para disminuir los casos probables de desigualdad é injusticia entre los hombres.»

Para terminar nuestro examen de los diversos aspectos del socialismo, deberemos atender á sus variantes según las razas. Si los principios que hemos expuesto en un libro anterior sobre las trasformaciones profundas que experimentan los elementos todos de una civilización, instituciones, religión, arte, creencias, etc., al pasar de uno á otro pueblo, son verdaderos, podemos ya prejuzgar que bajo las palabras á veces semejantes que sirven para designar el concepto que se forman del papel del Estado los diferentes pueblos, hay realidades muy distintas. Veremos que así sucede. En razas vigorosas, enérgicas, llegadas al pináculo de su desenvolvimiento, se observa, tanto con instituciones republicanas como monárquicas, la extensión considerable de lo que está confiado á la iniciativa personal y la reducción progresiva de lo que se abandona al Estado. Es precisamente lo contrario de la intervención que dan al Estado los pueblos en que el individuo ha llegado á un grado de otorgamiento mental que ya no le permite contar con sus propias fuerzas. Para éstos, sea cualquiera el nombre de sus instituciones, el Gobierno es siempre un poder que todo lo absorbe, que todo lo hace y que rige los pormenores más pequeños de la vida del ciudadano. El socialismo no es más que la ampliación de este concepto. Sería una dictadura impersonal, pero enteramente absoluta.

Se comprende la complejidad de los problemas que hemos de abordar, pero se ve también cuánto se simplifican cuando se estudian separadamente sus datos.

CAPÍTULO II.

Orígenes del socialismo y causas de su desarrollo actual.

§ I. *Antigüedad del socialismo.*—Las luchas sociales engendradas por la desigualdad de condiciones se remontan á las primeras edades de la historia.—Las doctrinas colectivistas entre los griegos.—Cómo el socialismo ha causado la destrucción de la independencia griega.—El socialismo entre los romanos y los judíos.—El cristianismo de los primeros tiempos representa un período de triunfo del socialismo.—De qué modo tuvo que renunciar muy pronto á sus doctrinas.—Las ilusiones socialistas de hace cincuenta años.—§ II. *Causas del desenvolvimiento actual del socialismo.*—Exageración de la sensibilidad moderna.—Trastornos é inestabilidad causados por los progresos de la industria.—Aumento de las necesidades, mayores que los medios de satisfacerlas.—Los apetitos de la juventud moderna.—Las ideas de los universitarios.—El papel de los hacendistas.—El pesimismo de los pensadores.—El estado actual de las sociedades amparado en el pasado.—§ III. *El método del tanto por ciento en la apreciación de los fenómenos sociales.*—Necesidad de establecer una relación exacta entre los elementos útiles y perjudiciales que entran á componer una sociedad.—Insuficiencia del método de los promedios.—Los fenómenos sociales están dominados por el tanto por ciento y no por promedios.

§ I.—Antigüedad del socialismo

No es hoy cuando el socialismo ha hecho su aparición en el mundo. Según una expresión predilecta de los antiguos historiadores, podría decirse que sus orígenes se pierden en la obscuridad de los tiempos. Tiene por fin acabar con la desigualdad de condiciones, y esta desigual-

dad fué ley del mundo antiguo tanto como del moderno. A menos que un dios omnipotente rehaga la naturaleza humana, esta desigualdad está destinada á subsistir sin duda hasta el enfriamiento final de nuestro planeta. La lucha entre el rico y el pobre parece ha de ser eterna.

Sin remontarnos al comunismo primitivo, forma de evolución inferior por la cual han empezado todas las sociedades, podemos decir que la antigüedad ha experimentado las formas diversas del socialismo que hoy se nos propone. Los griegos, especialmente, intentaron su realización, Y justamente á causa de estas peligrosas experiencias, concluyeron por morir. Las doctrinas colectivistas están ya expuestas en la *República* de Platón. Aristóteles las combate, y como dice M. Guiraud al resumir sus escritos en su libro sobre la *Propriété foncière des Grecs*. «Todas las doctrinas contemporáneas, desde el socialismo cristiano al más avanzado colectivismo, están allí representadas.»

Estas doctrinas fueron varias veces puestas en práctica... Las revoluciones políticas griegas eran al mismo tiempo revoluciones sociales, es decir, revoluciones que tenían por fin cambiar la desigualdad de condiciones despojando á los ricos y oprimiendo á las aristocracias. Triunfaron varias veces, pero siempre de un modo efímero. Su resultado final fué la decadencia helénica y la pérdida de la independencia. Los socialistas de esta época no estaban más de acuerdo que los de hoy, ó al menos sólo lo estaban para destruir. Roma puso fin á sus perpetuas discusiones reduciendo á Grecia á la servidumbre y haciendo vender á sus habitantes como esclavos.

Los romanos mismos no se libraron de las tentativas de los socialistas. Tuvieron que sufrir el socialismo agrario de los Gracos, que limitaba la propiedad rústica de cada ciudadano, distribuía el sobrante entre los pobres y obligaba al Estado á alimentar á los necesitados. De aquí resultaron todas las luchas que representan Mario, Sila,

las guerras civiles y por último la abolición de la República y el dominio de los emperadores.

Los judíos han conocido igualmente las reivindicaciones sociales. Las imprecaciones de sus profetas, verdaderos anarquistas de la época, eran principalmente dirigidas contra la riqueza. El más ilustre de ellos, Jesús, reivindicaba sobre todo el derecho de los pobres. Sólo contra los ricos se dirigen sus maldiciones y amenazas. A los pobres únicamente está reservado el reino de Dios. Los ricos entrarán en él más difícilmente, asegura, que un camello por el ojo de una aguja.

Durante los dos ó tres primeros siglos de nuestra era, la religión cristiana fué el socialismo de los pobres, de los desheredados, de los descontentos, y, como el socialismo moderno, estuvo en lucha constante con las instituciones establecidas. El socialismo cristiano terminó, sin embargo, por triunfar; fué también la vez primera que las ideas socialistas obtuvieron un éxito duradero.

Pero, aun cuando poseyera la inmensa ventaja de no prometer la felicidad sino en la vida futura, y, por consiguiente, de estar seguro de no ver desmentidas sus promesas, el socialismo cristiano no pudo mantenerse sino renunciando á sus principios inmediatamente después de su victoria. Hubo de apoyarse en los ricos, en los poderosos, hacerse defender de la riqueza y la propiedad, que en un principio había maldecido. Como todos los revolucionarios vencedores se hizo conservador á su vez, y Roma católica no tuvo un ideal social muy distinto de la Roma imperial. Los pobres hubieron de contentarse nuevamente con la resignación, el trabajo y la obediencia, con la perspectiva del cielo si eran muy prudentes y la amenaza del infierno y el diablo si enojaban á sus dueños. ¡Qué historia tan maravillosa, este sueño de dos mil años! Cuando, libres de las herencias que oprimen nuestros pensamientos, nuestros descendientes puedan estudiarlo desde un punto de vista puramente psicológico, no dejarán

de admirar el formidable poder de esta gran quimera, en que se apoyan todavía nuestras civilizaciones. Cuán poco resplandecen las más brillantes síntesis filosóficas junto á la génesis y desarrollo de esta creencia tan infantil, racionalmente mirada y tan poderosa sin embargo. Su persistente preponderancia nos muestra bien hasta qué punto no gobierna el mundo lo real, sino lo quimérico. Los fundadores de religiones sólo han creado esperanzas y, sin embargo, sus obras son las que más han durado. ¿Qué perspectivas socialistas igualarán nunca el paraíso de Jesús y de Mahoma? ¿Cuán miserables en comparación las perspectivas de felicidad terrenal que los apóstoles del socialismo nos prometen hoy?

Nuestros padres de la Revolución francesa pusieron también en práctica las teorías socialistas, y si escritores eruditos discuten aún para saber si la Revolución fué socialista, es porque con la palabra socialismo se designan frecuentemente ideas muy distintas, ó porque no se sabe llegar al fondo de las cosas (1). El fin muy claro que han perseguido constantemente los socialistas de todos los tiempos, ha sido el despojo de la clase rica en beneficio de los pobres; ahora bien, nunca se alcanzó tan completamente como por los hombres de la Revolución. Sin duda declararon inviolable y sagrada la propiedad, pero no lo hicieron sino después de habérsela quitado previamente á la nobleza y al clero, y empleando de este modo una desigualdad social por otra. Nadie duda, creo yo, que si los socialistas actuales llegaran por análogos procedimientos á los de la Revolución, á despojar á la burguesía de

(1) Tal ocurre, por ejemplo, con M. A. Lichtenberger en su libro sobre *le Socialisme et la Revolution française*. La insuficiencia algo excesiva de su método de crítica histórica lleva á veces á conclusiones que hacen sonreir. El sentido crítico no consiste en amontonar textos, sino en tratar de ver las ideas que en ellos se esconden. Como las palabras evolucionan mucho más despacio que el pensamiento humano, los mismos términos corresponden con frecuencia de uno á otro siglo á ideas muy distintas.

sus riquezas, la nueva clase de propietarios así formada se trasformaría inmediatamente en ardientes conservadores que declararían que en lo porvenir la propiedad será sagrada é inviolable. Declaraciones tales son, por lo demás, inútiles cuando se es el más fuerte, y más inútil aún cuan se es el más débil. En las luchas de clases, el derecho y los principios no tienen papel que desempeñar.

Y si la historia se repite así siempre, es porque depende de la naturaleza humana que el curso de los tiempos no ha variado aún. La humanidad ha envejecido ya mucho, y, sin embargo, va tras los mismos ensueños y reproduce sin instruirse las mismas experiencias. Vuélvanse á leer las declaraciones llenas de entusiasmo y esperanzas de nuestros socialistas de hace cincuenta años, en los momentos de la revolución de 1848, cuyos más valientes defensores fueron. Había nacido una nueva era, y gracias á ellos el mundo iba á cambiar. Gracias á ellos su país cayó bien pronto en el despotismo, y algunos años más tarde en una guerra desastrosa y en la invasión. Medio siglo ha pasado apenas por esta fase del socialismo, y olvidando esta dura lección, nos disponemos á repetir el mismo ciclo.

§ II.—Causas del desarrollo actual del socialismo.

No hacemos hoy, por lo tanto, sino repetir una vez más las quejas que durante el transcurso de los tiempos han proferido muchas veces nuestros padres; y si las repetimos más alto, es porque los progresos de la civilización han hecho más viva nuestra sensibilidad. Nuestras condiciones de existencia han llegado á ser bastante mejores que antes, y, sin embargo, estamos cada vez menos satisfechos. Despojado de sus creencias, y no teniendo ya otra perspectiva que el deber austero y una solidaridad sombría, inquieto por el trastorno ó inestabilidad que causan

las trasformaciones de la industria, viendo derrumbarse sucesivamente todas las instituciones sociales, amenazadas de desaparecer la familia y la propiedad, el hombre moderno se fija ávidamente en el presente, única realidad que puede alcanzar. No interesándose más que por sí mismo, quiere gozar á toda costa del momento presente que percibe tan breve. A falta de las perdidas ilusiones le es preciso el bienestar y, por consiguiente, la riqueza. Le es tanto más necesaria cuanto que el progreso de las ciencias y de la industria ha creado una multitud de objetos de lujo en otros tiempos desconocidos y que hoy han llegado á ser necesarios. El ansia de riquezas es de día en día más general, al propio tiempo que aumenta el número de los que han de repartírselas.

Las necesidades del hombre moderno han llegado, pues, á ser muy grandes y han progresado mucho más deprisa que los medios de satisfacerlas. Las estadísticas prueban que el bienestar no ha sido nunca mayor que hoy, pero muestran también que las necesidades jamás han sido tan imperiosas. Ahora bien; en una ecuación, la igualdad entre los dos términos no subsiste sino cuando ambos aumentan de igual modo. La relación entre las necesidades y los medios de satisfacerlas representa la ecuación de la felicidad. Cuando ambos términos son iguales, por pequeños que se les suponga, el hombre está satisfecho. Lo está también cuando siendo desiguales á consecuencia de no ser bastantes los medios de satisfacción, se restablece la igualdad por la reducción de las necesidades. Tal solución fué hace mucho tiempo descubierta por los orientales, y por esto les vemos hoy contentos con su suerte. Pero en la Europa moderna las necesidades han crecido inmensamente, sin que los medios de satisfacerlas hayan aumentado con igual rapidez. De aquí resulta que los dos términos de la ecuación han llegado á ser muy desiguales, y que la mayor parte de las gentes civilizadas maldicen hoy su suerte. De arriba abajo, el descontento es el mis-

mo, porque en todas partes son las necesidades proporcionalmente desmedidas. Todos van arrastrados en la misma desenfrenada carrera hacia la riqueza, y sueñan con derribar los obstáculos que de ella les separan. Sobre un fondo de indiferencia pesimista por los intereses generales y las doctrinas, el egoísmo individual ha aumentado desenfrenadamente. La riqueza ha llegado á ser el fin por todos solicitado, fin que hace olvidar todos los demás.

Tendencias tales no son seguramente nuevas en la historia, pero parece que antes se presentaron en forma menos general y exclusiva. «Los hombres del siglo XVIII, dice Tocqueville, no conocían tanto esta especie de pasión por el bienestar, que es á modo de madre de la servidumbre. En las clases elevadas se ocupan bastante más en adornar la vida que en hacerla cómoda, en ilustrarla que en enriquecerla».

Esta persecución universal de la riqueza ha tenido por corolario inevitable un rebajamiento universal de la moralidad y todas las consecuencias que de él se desprenden. La más visible ha sido una disminución profunda del prestigio de la burguesía ante las capas sociales inferiores. La sociedad burguesa ha envejecido en un siglo lo que la aristocracia en mil años. Se gasta en menos de tres generaciones y no se renueva sino tomando constantemente elementos en los medios inferiores á ella. Puede legar riquezas á sus hijos, pero ¿cómo les dejaría cualidades accidentales que sólo pueden fijar los siglos? Las grandes fortunas han reemplazado á las grandes herencias, pero caen con excesiva frecuencia en malas manos.

Quizá la ostentación de las grandes riquezas y el modo cómo se gastan es lo que más ha contribuído al desarrollo de las ideas socialistas. «No se sufre realmente, dice acertadamente M. Faguet, sino por la felicidad de otros. La desgracia del pobre está en esto». Los socialistas saben bien que no pueden realizar la igualdad en la ri-

queza, pero esperan conseguir al menos la igualdad en la pobreza.

La juventud acomodada no da á las clases populares un espectáculo mucho más edificante. Se desprende cada vez más de todas las tradiciones morales que únicamente pueden dar estabilidad á las sociedades. Las ideas de deber, patriotismo y honor le parecen muchas veces prejuicios vanos, trabas ridículas. Educada en el culto exclusivo del éxito, manifiesta los apetitos y ambiciones más feroces. Cuando la especulación, la intriga, los casamientos ricos ó las herencias colocan la fortuna en sus manos, no la emplea sino en los goces más vulgares.

La juventud universitaria no presenta un espectáculo más consolador. Es el triste producto de nuestra enseñanza clásica. Enteramente imbuída por el socialismo latino, sin más que una instrucción teórica y puramente de libros, es incapaz de comprender nada de las realidades de la vida, de las necesidades que mantienen la existencia de las sociedades. La idea de patria, sin la que no puede existir pueblo alguno, le parece, como escribía recientemente un académico muy conocido, la concepción «de *chauvins* imbéciles enteramente faltos de filosofía».

Estos abusos de la fortuna, la creciente desmoralización de la burguesía han dado justificación seria á las diatribas de los socialistas modernos contra el desigual reparto de las riquezas. Ha sido excesivamente fácil á estos últimos demostrar que las grandes fortunas modernas se hacen muchas veces en gigantescas rapiñas hechas sobre los modestos recursos de millares de pobres. ¿Cómo calificar de otro modo muchas operaciones financieras, tales como los empréstitos extranjeros lanzados por grandes sociedades de crédito perfectamente informadas de las garantías de los peticionarios del préstamo, segurísimos de que los que suscriben con exceso de confianza se arruinarán, pero que no dudaron en arruinarles para percibir comisiones que á veces se elevan como en el empréstito

de Honduras, á más del 50 por 100 de su cifra total? ¿El pobre diablo que, impulsado por el hambre, os roba el reloj en un rincón del bosque, no es en verdad infinitamente menos culpable que estos filibusteros de la banca? (1). ¿Qué decir de especulaciones como la de aquel joven millonario americano, que en el momento de la guerra de los Estados Unidos con España, compró todo el trigo disponible en casi todos los mercados del mundo y no lo puso en venta hasta que el principio de la escasez que había provocado hizo subir considerablemente su precio? Esta especulación provocó una crisis en Europa, el hambre y motines en Italia y España, y la muerte por hambre de un gran número de pobres gentes. ¿Se equivocan verdaderamente los socialistas al comparar los autores de estas operaciones con vulgares piratas y asegurar que merecen ser ahorcados?.

Y en este lugar tropezamos con uno de los problemas más difíciles quizás de los tiempos modernos, y para cuya solución no proponen los socialistas más que medios infantiles. El problema por resolver consistirá en sustraer á las sociedades del poder formidable y creciente de la alta banca. Por los periódicos que compra, por los hombres políticos que tiene á sueldo, llega cada vez más á ser dueña única de un país y constituye un gobierno tanto más peligroso, cuanto que es á la vez omnipotente y oculto. «Este gobierno en camino de formación, escribe M. Faguet, no tiene ideal alguno, ni moral, ni intelectual. No es bueno ni es malo. Considera la humanidad como un

(1) Gracias á sus capitales, los directores de los Truts americanos pueden hacer operaciones de banca verdaderamente gigantescas. Se cita una de Rockfeller, director del *Standard oil Truts*, que provocó un pánico para hacer bajar la mayor parte de las acciones existentes en el mercado americano. Las compró entonces y las dejó seguir su curso. La operación le produjo más de 2.000 millones, según un estudio publicado por M. Dorbigny en la *Revue des Revues*. El sindicato del petróleo ha producido á este especulador más de cien millones de francos en su última anualidad.

rebaño al cual hay que hacer trabajar, alimentar é impedir que se bata y esquilar... No se cuida de progreso alguno intelectual, artístico ó moral. Es internacional, no tiene patria y tiende, sin cuidarse de ella por lo demás, á exterminar en el mundo la idea de patria.»

Es difícil prever cómo podrán las sociedades modernas sustraerse á la temible tiranía que las amenaza. Los americanos, que parece han de ser sus primeras víctimas, preven ya, por boca de sus más eminentes representantes, revoluciones sangrientas. Pero si es fácil levantarse contra un déspota, ¿cómo hacerlo contra un poder oculto y anónimo? ¿Cómo atacar fortunas hábilmente diseminadas por el mundo entero? Lo cierto es que será difícil tolerar largo tiempo sin sublevarse, que un solo individuo pueda, para enriquecerse, decretar el hambre ó la ruina de millones de gentes con mayor facilidad que Luis XIV declaraba una guerra.

Desmoralización en las clases superiores de la sociedad, repartición desigual y amenudo muy injusta del dinero, abuso peligroso de la riqueza, irritación creciente de las clases populares, necesidad de goces cada vez mayores, desaparición de las antiguas gerarquías y creencias; hay en todas estas circunstancias bastantes motivos de descontento, que contribuyen á explicar la extensión rápida del socialismo.

Los espíritus más distinguidos sufren un malestar no menos profundo, aunque de naturaleza diferente. No los trasforma siempre en partidarios de las nuevas doctrinas, pero les impide interesarse mucho en defensa del actual estado social. La disgregación sucesiva de todas las creencias y de las instituciones que en ellas reposaban; la impotencia absoluta de la ciencia para dar alguna luz sobre los misterios que nos rodean y que se obscurecen más á medida que queremos sondearlos; la demostración demasiado evidente de que todos nuestros sistemas filosóficos no representan sino un galimatías inútil y vacío; el

triunfo universal de la fuerza bruta y el decaimiento que provoca, han terminado por hacer caer á los elegidos de la inteligencia en un pesimismo sombrío.

Las tendencias pesimistas de los abusos modernos son incuestionables; se escribiría un libro con citar las frases que las expresan entre nuestros escritores. Las citas siguientes bastarán para demostrar la marcha general de los espíritus.

«En cuanto al cuadro de los sufrimientos de la humanidad, escribe uno de nuestros más distinguidos filósofos contemporáneos, M. Renouvier, sin hablar de los males que dependen de las leyes generales del reino animal, lo que haría que Schopenhauer pareciera hoy pálido, más bien que tenebroso, si pensamos en los fenómenos sociales que caracterizaron á nuestra época, la guerra de las nacionalidades, la de clases, la universal extensión del militarismo, los progresos de la última miseria paralela al desarrollo de las grandes fortunas y á los refinamientos de la vida de placeres, la marcha progresiva de la criminalidad, tanto hereditariacomo profesional, la del suicidio, el relajamiento de la vida de familia y el abandono de las creencias super-mundanas que reemplaza más cada vez el culto estéril á los muertos. Todo este conjunto de caracteres de un retroceso visible de la civilización hacia la barbarie, que no puede menos de aumentar el contacto de los europeos y los americanos con las poblaciones estacionarias ó aun degradadas del antiguo mundo, no aparecía aún en el momento en que Schopehauer dió la señal de un retroceso de los espíritus en el juicio pesimista sobre los bienes del mundo.»

«Los más fuertes usurpan desvergonzadamente los derechos de los más débiles, escribe otro filósofo, M. Boiley; los americanos exterminan á los Pieles Rojas; los ingleses estrujan á los indios. So pretexto de civilización las naciones europeas se reparten el Africa, pero no atienden en

realidad, sino á crear mercados para su comercio. La rivalidad entre las potencias ha tomado inusitadas proporciones. La Tríplice nos amenaza por temor y por ambición. Rusia acude á nosotros por interés.»

Odio y envidia en las capas profundas; indiferencia, intenso egoísmo y culto exclusivo de la riqueza en las clases directoras; pesimismo en los pensadores; tales son, por lo tanto, las tendencias generales modernas. Una sociedad ha de ser bien sólida para resistir á semejantes causas de disolución. Es dudoso que las resista mucho tiempo.

Algunos filósofos se consuelan de este estado de general descontento, sosteniendo que constituye un motivo de progreso, y que los pueblos satisfechos con exceso de su suerte, como los orientales, ya no progresan. «La desigualdad de las riquezas, dice Wells, parece constituir el mayor de los males sociales; pero por grande que sea este mal, los que resultarían de la igualdad de las mismas le superarían. Si cada cual estuviera contento con su situación, si creyera no poder mejorarla, el mundo caería en un estado de somnolencia; ahora bien, está constituído de suerte que no puede permanecer estacionario. El descontento que cada uno tiene por su suerte es el poder motor de todo progreso humano.»

Suceda lo que quiera con estas esperanzas y las quejas que es fácil elevar contra el actual estado de cosas, es necesario admitir que todas las iniquidades sociales son inevitables, puesto que, en grados diversos, han existido siempre. Parecen, por tanto, fatal consecuencia de la naturaleza misma del hombre, y ninguna experiencia permite creer que cambiando nuestras instituciones y sustituyendo una clase por otra, se pueda abolir, ó aun aminorar, las iniquidades de que tanto nos lamentamos. El ejército de las gentes virtuosas ha tenido siempre muy pocos soldados, aún muchos menos oficiales, y

no se han descubierto grandes medios de aumentar su número. Hay, pues, que resignarse á colocar los males sociales al lado de los naturales, tal como la vejez y la muerte, cuyo peso tenemos que sufrir, y contra las que toda recriminación sería vana.

En suma, si sentimos con mayor vivacidad que en otros tiempos nuestros males, parece, no obstante, bien cierto que no han sido nunca menos pesados. Sin remontarnos á los tiempos en que el hombre, refugiado en el fondo de las cavernas, disputaba penosamente á las fieras su pobre alimento, y muchas veces les servía de pasto, recordemos que nuestros padres han conocido la esclavitud, las invasiones, el hambre, las guerras de todas clases, epidemias mortíferas, la Inquisición, el Terror y muchas otras miserias más. No olvidemos que, gracias á los progresos científicos é industriales, á la elevación de los salarios y á la baratura de los objetos de lujo, el individuo más humilde vive hoy en mayor comodidad que un señor feudal en su castillo, siempre amenazado de pillaje y destrucción por sus vecinos. Gracias al vapor, á la electricidad y á todos los descubrimientos actuales, el último de los campesinos posee una multitud de comodidades que Luis XIV, con todo su lujo, no ha conocido.

§ III.—El método del tanto por ciento en la apreciación de los fenómenos sociales

Para formar juicios equitativos acerca de un medio social dado, debemos solamente atender á los males que nos atañen ó á las injusticias que hieren nuestros sentimientos. Cada sociedad contiene una cierta proporción de bien y de mal, un número determinado de hombres virtuosos y de malvados, de genios, de medianos talentos y de imbéciles. Para amparar entre sí las sociedades ó á través de los tiempos, no hay que considerar aisladamente

los elementos que las componen, sino la proporción respectiva de unos y otros, es decir, el tanto por ciento de estos elementos. Hay que prescindir de los casos particulares que nos admiran y engañan y de las cifras medias de las estadísticas que nos engañan más aún. *Los fenómenos sociales están, pues, regidos por el tanto por ciento, y no por casos particulares ó por cifras medias.*

La mayor parte de nuestros errores de juicio y de la generalizaciones prematuras que son de ellos consecuencia, resultan de un conocimiento insuficiente de la proporción de los elementos observados. La tendencia habitual, tendencia característica de espíritus poco desarrollados, es el generalizar los casos particulares sin averiguar en qué proporción se presentan. Imitamos así al viajero que habiendo sido asaltado por ladrones al pasar un bosque, afirmará que el tal bosque está ordinariamente infestado de ladrones, sin pararse á averiguar cuántos otros viajeros y en qué número de años habían sido asaltados antes que él.

Una aplicación severa del método del tanto por ciento enseña á desconfiar de estas generalizaciones sumarias. Los juicios que enunciamos sobre un pueblo ó una sociedad, no tienen valor si no recaen sobre un número bastante grande de individuos, para que podamos saber en qué proporciones existen las buenas cualidades ó los defectos notados. Sólo con tales datos son posibles las generalizaciones. Si anticipamos entonces que un pueblo se caracteriza por la iniciativa y la energía, no quiere decir esto en modo alguno que no haya en él individuos enteramente desprovistos de tales cualidades, sino simplemente que la proporción de los que de ellas están dotados es considerable. Si á esta indicación clara, pero todavía vaga, de «considerable» fuera posible sustituir cifras, el valor del juicio ganaría mucho con ello; pero en las valoraciones de esta clase es preciso, faltos de medios de apreciación bastante sensibles, no contentarnos con aproxi-

maciones. Los reactivos sensibles no faltan del todo, pero son de un manejo muy delicado.

Esta noción del tanto por ciento es capital. Después de haberla introducido en la antropología he podido mostrar las profundas diferencias cerebrales que distinguen á las diversas razas humanas, diferencias que el método de los medios no había podido establecer. Hasta entonces, ¿qué se veía al comparar las capacidades medias de los cráneos en las diversas razas? Diferencias insignificantes en verdad, y que podían llevar á creer, como en efecto creían la mayor parte de los anatómicos, que el volumen del cerebro es casi idéntico en todas las razas. Por medio de curvas particulares que dan la proporción exacta de las diversas capacidades, he podido, operando sobre un número considerable de cráneos, mostrar de modo indiscutible que las capacidades del cráneo difieren, por el contrario, enormemente según las razas, y que lo que distingue claramente á las razas superiores de las inferiores es que las primeras poseen un cierto número de cerebros grandes que las segundas no tienen. Por razón de su pequeño número, estos grandes cerebros no influyen en los promedios. Esta demostración anatómica confírmala, por otra parte, la noción psicológica de que el nivel intelectual de un pueblo se caracteriza por el número mayor ó menor de los grandes espíritus que posea.

En la observación de los hechos sociales, los procedimientos de investigación son demasiado imperfectos todavía para aplicar estos métodos de valoración rigurosa que permiten traducir fenómenos por curvas geométricas. No pudiendo ver todos los aspectos de una cuestión, debemos al menos tener presente en el espíritu que estos aspectos son diversos, y que muchos de ellos no los sospechamos ó no los comprendemos. Ahora bien; son justamente los elementos menos visibles los que muchas veces importan más. Para formar sobre problemas complejos, y los sociales lo son todos, juicios que no sean con exce-

so erróneos, es preciso rectificar sin cesar estos juicios por una serie de comprobaciones y aproximaciones sucesivas, tratando de prescindir en absoluto de nuestros intereses y preferencias. Hay que observar mucho antes de sentar conclusiones, y casi siempre limitarse á atestiguar. No han aplicado hasta ahora principios tales los escritores que han tratado del socialismo, y por esto sin duda sus obras han tenido un influjo tan escaso como efímero.

CAPÍTULO III.

Las teorías socialistas.

§ I. *Principios fundamentales de las teorías socialistas.*—Las teorías socialistas se reducen al colectivismo y al individualismo.—Estos opuestos principios siempre han estado en lucha.—§ II. *El individualismo.*—Su intervención en la evolución de las civilizaciones.—Su desarrollo no es posible, sino en los pueblos dotados de ciertas cualidades.—El individualismo y la Revolución.—§ III. *El colectivismo.*—Todas las fo rmas actuales del socialismo reclaman la intervención del Estado.—Papel que le reserva el colectivismo.—Dictadura absoluta del Estado ó de la comunidad en el colectivismo.—Antipatía de los socialistas por la libertad.—De qué modo los colectivistas esperan llegar á la supresión de las desigualdades.—Parte semejante de todos los programas de las diversas sectas socialistas.—El anarquismo y su doctrina.—Los programas de los socialistas modernos son muy antiguos.—§ IV. *Las ideas socialistas son, como las diversas instituciones de los pueblos, consecuencia de la raza.*—Importancia de la noción de raza.—Diferencia de los conceptos políticos y sociales que encierran palabras idénticas.—Los pueblos no pueden variar sus instituciones á su agrado y sólo pueden modificar los nombres.—Diferencia de los conceptos socialistas en escritores que pertenecen á razas diferentes.

§ I.—Principios fundamentales de las teorías socialistas.

Exponer las concepciones políticas y sociales de los teorizadores del socialismo tendría muy poco interés si no hubiera ocurrido á veces estar en relación estas concepciones con las aspiraciones de una época, y producir por este motivo cierta impresión en los espíritus. Si, como hemos sostenido tantas veces, y nos proponemos demostrar

aún, las instituciones de un pueblo son consecuencia de su organización mental hereditaria, y no producto de teorías filosóficas creadas con fragmentos de aquí y de allá, se concibe la poca importancia de las utopias sociales y de las instituciones especulativas. Pero, en sus ensueños, los políticos y los retóricos no hacen con frecuencia sino revestir de una forma accesible á los espíritus las aspiraciones inconscientes de su época y de su raza. Los sanos escritores que han ejercido con sus libros algún influjo en el mundo, tal como Adam Smith en Inglaterra y Rousseau en Francia, no han hecho más que condensar en una forma inteligible y clara ideas que ya se extendían por todas partes. Lo lejano del tiempo puede solamente engañarnos en este particular.

Si limitamos las diversas concepciones socialistas á los principios fundamentales sobre que reposan, su exposición será muy breve.

Bajo su aparente diversidad, las teorías modernas de la organización de las sociedades pueden reducirse á dos principios fundamentales y opuestos: el individualismo y el colectivismo. En el primero, el hombre está abandonado á sí mismo, su acción llega al máximun y la del Estado al mínimum. En el colectivismo, sus menores actos están regidos por el Estado, es decir, por la colectividad; el individuo no tiene iniciativa alguna, todos los actos de su vida le están trazados. Ambos principios siempre han estado más ó menos en lucha, y el desenvolvimiento de las civilizaciones modernas ha hecho esta lucha más viva que nunca. No tienen en sí valor alguno absoluto, pero deben ser juzgados según los tiempos, y sobre todo las razas en que se manifiestan. Es lo que veremos en el curso de este libro.

§ II.—El individualismo.

Todo lo que ha constituído la grandeza de las civili-

zaciones, artes, ciencias, filosofía, religión, poder militar, etc., ha sido obra de los individuos y no de las colectividades. Por los elegidos, raros y supremos frutos de algunas razas superiores, se han realizado los descubrimientos y progresos más importantes que beneficiaron á la humanidad entera. Los pueblos en los que está más desarrollado el individualismo, están por este hecho solo á la cabeza de la civilización y dominan hoy en el mundo.

Durante siglos, es decir, durante la sucesión de los tiempos que han precedido á los nuestros, la colectividad fué siempre omnipotente, al menos en los pueblos latinos. Nada era el individuo fuera de ella. La Revolución, coronación de todas las doctrinas de los escritores del siglo XVIII, representa quizás la primera tentativa seria de reacción del individualismo; pero al libertar, teóricamente al menos, al individuo, le ha aislado. Al separarle de su casta, de su familia, de los grupos sociales ó religiosos de que formaba parte, le ha dejado entregado á sí mismo, trasformando así la sociedad en un polvo de individuos sin cohesión ni enlace.

Obra tal no podía tener consecuencias muy duraderas en pueblos poco adelantados por sus caracteres hereditarios, sus instituciones y su educación para contar consigo mismo y gobernarse sin dueños. Muy ávidos de igualdad se han mostrado poco afanosos por la libertad. Su libertad es la competencia, una lucha incesante, madre de todo progreso, en la cual no pueden triunfar sino los más capaces y en que los más débiles son atropellados, como en la naturaleza. Solamente los fuertes pueden soportar el aislamiento y contar no más que con sus fuerzas. No así los débiles. Más que el aislamiento y la falta de apoyo, prefieren la servidumbre, aun cuando ésta sea muy dura. Las corporaciones y las castas, destruidas por la Revolución, formaban en otro tiempo la trama que servía al hombre de sostén en la vida; es evidente que correspondían á una necesidad psicológica, puesto que renacen

hoy en todos lados con nombres diversos y principalmente con el de sindicatos. Prometen éstos al individuo reducir su esfuerzo al menor grado, mientras que el individualismo le obliga á trabajar cuanto pueda. Aislado, nada es, ni puede el proletario; sindicado, llega á ser un poder temible. Si el sindicato no puede darle capacidad é inteligencia, le da al menos fuerza y sólo le priva de una libertad de que no sabía hacer uso.

Se ha reprochado á la Revolución haber desarrollado el individualismo de modo exagerado, pero no es muy exacto. Es una forma de individualismo la que hizo prevalecer muy distinta de la que practicaron ciertos pueblos, los anglo-sagones por ejemplo. El ideal revolucionario era acabar con las corporaciones, las agrupaciones, reducir todos los individuos á un tipo común y absorber todos estos individuos, así separados de su grupo, bajo la tutela de un estado fuertemente centralizado. Nada más opuesto al individualismo anglo-sajón que favorece las agrupaciones de individuos. Obtiene todo por ellas, y reduce á estrechos límites la acción del Estado. La obra de la Revolución ha sido bastante menos revolucionaria de lo que se cree generalmente. Al exagerar la centralización y la absorción por el Estado, no ha hecho más que continuar una tradición latina arraigada por siglos de monarquía, y seguida igualmente por todos los gobiernos. Al acabar con las corporaciones políticas, obreras, religiosas ó de otro género, ha hecho más completa todavía esta centralización, esta absorción, y obedecido así, por lo demás, á las inspiraciones de todos los filósofos de la época.

El desarrollo del individualismo trae, naturalmente, por consecuencia, dejar al individuo aislado en medio de una competencia ardiente de apetitos. Razas jóvenes y vigorosas, y en que las desigualdades mentales entre los individuos no son demasiado grandes, tal como los anglosajones, se acomodan muy bien á ese régimen. Mediante la asociación, los obreros ingleses ó americanos

saben luchar muy bien contra las exigencias del capital y no dejarse tiranizar por él. Así cada interés ha sabido hacerse lugar. Pero en razas ya viejas en que los siglos y el sistema de educación han gastado las iniciativas, las consecuencias del desarrollo del individualismo han terminado por ser muy duras. Los filósofos del siglo último y la Revolución, al romper ó acabar de romper todos los lazos religiosos y sociales que servían al hombre de sostén y de apoyo sobre una base sólida, fuera está la Iglesia, la familia, la casta ó la corporación, han creído hacer ciertamente una obra esencialmente democrática. Lo que en último término han favorecido, sin pensarlo, es el nacimiento de una aristocracia del dinero de poder formidable, reinante sobre un polvo de individuos sin defensa y sin solidaridad. El señor feudal no trataba á sus siervos con mayor dureza que el industrial moderno, rey en una fábrica, trata á veces á sus mercenarios. Estos gozan en teoría de todas las libertades, y teóricamente también son los iguales del amo. En la práctica sienten pesar sobre ellos, al menos como amenaza, las pesadas cadenas de la dependencia y la amenaza de la miseria.

La idea de remediar estas consecuencias imprevistas de la Revolución había de germinar necesariamente, y los adversarios del individualismo no han carecido de buenas razones para combatirle. Fácil les ha sido sostener que el organismo social es más importante que el individual, que las más de las veces es opuesto á él, y que el interés del segundo debe ceder ante el primero; que los débiles, los incapaces tienen derecho á ser protegidos, y que hay que corregir por un nuevo reparto de la riqueza hecho por la sociedad misma, las desigualdades que la naturaleza ha creado. Así ha nacido el socialismo moderno, hijo del antiguo, y que, como él, quiere modificar el reparto de la riqueza despojando á los que poseen en provecho de los que nada tienen.

El medio de hacer desaparecer las desigualdades so-

ciales, es teóricamente muy sencillo. El Estado no tiene más que intervenir para proceder á la distribución de los bienes y restablecer sin cesar el equilibrio alterado en provecho de algunos. De esta idea tan poco nueva, y en apariencia tan seductora, han salido las concepciones socialistas de que vamos á ocuparnos.

§ III.—El colectivismo.

Las doctrinas socialistas son muy varias en sus pormenores, pero muy semejantes en sus principios. En sus líneas generales están sintetizadas en el colectivismo (1). Diremos algunas palabras de sus orígenes en el capítulo consagrado al estudio del socialismo en Alemania. El socialismo está hoy dividido en innumerables sectas, pero todas tienen el carácter común de querer recurrir á la protección del Estado para reparar las injusticias de la suerte y proceder al reparto de la riqueza.

Las proposiciones fundamentales del socialismo tienen al menos el mérito de una extrema sencillez: confiscación por el Estado de los capitales, las minas, las propiedades;

(1) Conforme he hecho observar en el prólogo de esta última edición, el colectivismo empieza á ser considerado por los socialistas mismos, en los países de inclinaciones científicas cual Inglaterra y Alemania, como utopia irrealizable. En las naciones que se dejan gobernar por opiniones de sentimiento, como las latinas, el colectivismo ha conservado, por el contrario, toda su fuerza. El socialismo es mucho menos peligroso en realidad en su forma absoluta que cuando toma el aspecto de simples proyectos de mejora mediante la reglamentación del trabajo. En su forma absoluta y con sus amenazas de destrucción se ven sus peligros y es posible combatirle. En su forma altruista no se perciben y se le acepta fácilmente. Se introduce entonces en todos los elementos de la organización social y los destruye lentamente. La Revolución francesa empezó también por proyectos de reformas altruistas muy anodinos que aceptaron todos los partidos, incluso los que debían ser víctimas de ellos. Terminó con sangrientos degüellos y con la dictadura.

administración y reparto de la riqueza pública por una inmensa legión de funcionarios. El Estado, ó si se prefiere la comunidad, puesto que los colectivistas no emplean ya la palabra Estado, fabricaría todo sin que se admitiera competencia. Las menores trazas de iniciativa, de libertad individual, de competencia, serían suprimidas. El país no formaría más que una especie de inmenso convento sometido á severa disciplina que mantuviera un ejército de funcionarios. Abolida la herencia de los bienes no podría presentarse ninguna acumulación de riquezas.

En cuanto á las necesidades del individuo, el colectivismo no considera gran cosa sino las de alimentación, y sólo se ocupa de satisfacerlas.

Se ve que este régimen implica una dictadura absoluta del Estado, ó lo que es igual, de la comunidad, en la reglamentación y distribución de la riqueza, y una servidumbre no menos absoluta de los trabajadores. Pero este argumento no haría efecto á los últimos. Se preocupan muy poco de la libertad, como lo prueba el entusiasmo con que han aclamado á todos los Césares que han aparecido. También se cuidan poquísimo de lo que ha dado grandeza á las civilizaciones, artes, ciencias, literaturas, etcétera, que desaparecían inmediatamente en una sociedad semejante. El programa colectivista no tiene, pues, nada que pueda parecerles antipático.

A cambio de la ración de alimentos, que los teorizadores del socialismo le prometen, «el obrero hará su trabajo bajo la vigilancia de los funcionarios del Estado, como en otro tiempo los presidiarios á la vista de la prisión y con la amenaza del cabo de vara. Toda iniciativa individual será ahogada, y cada trabajador descansará, dormirá, comerá cuando lo ordenen los jefes encargados de la guarda, del alimento, del trabajo, de los recreos y de la igualdad perfecta de todos».

Muerto todo estímulo, nadie se esforzará en mejorar su posición ni intentará salir de ella. Esto sería la esclavi-

tud más sombría, sin esperanza de libertad. Bajo el dominio del capitalista, el trabajador puede al menos soñar ser capitalista á su vez, y á veces llega á serlo. ¿Qué ideal podría perseguir bajo la tiranía anónima y forzosamente despótica de un Estado nivelador, que prevé todas sus necesidades y dirige todas sus voluntades? M. Bourdeau hace observar que la organización colectivista se asemejaría bastante á la de los jesuítas del Paraguay. ¿No se parecería más bien á la de los negros en las plantaciones en la época de la esclavitud?

Por mucho que les cieguen sus quimeras, y por convencidos que estén del poder de las instituciones contra las leyes económicas, los más inteligentes de entre los socialistas no han desconocido que las grandes objeciones que hay que oponer á su sistema son estas terribles desigualdades naturales, contra las que jamás ha podido prevalecer recriminación alguna. A menos de degollar sistemáticamente, en cada generación, á los individuos que excedan, por poco que sea, del nivel de la más humilde medianía, las desigualdades sociales, hijas de las mentales, se restablecerían pronto.

Combaten los teóricos esta objeción asegurando que gracias al nuevo medio social artificialmente creado, las capacidades se igualarían muy pronto, y que el estimulante del interés privado, que ha sido hasta aquí el gran movil del hombre y la fuente de todo progreso, llegaría á ser inútil, y se sustituiría por la formación súbita de instintos altruistas que harían que el individuo se sacrificase por los intereses colectivos. No puede negarse que hayan obtenido las religiones algunos resultados análogos, al menos en los cortos períodos de ardiente fe que han seguido á su nacimiento; pero tenían un cielo que ofrecer á sus creyentes, con una vida eterna de recompensas, mientras que los socialistas no presentan á sus adeptos más que un infierno de servidumbre y rebajamiento sin esperanza, á cambio del sacrificio de su libertad.

Suprimir los efectos de las desigualdades naturales es teóricamente fácil, pero suprimir estas desigualdades será siempre imposible. Forman parte, con la vejez y la muerte, de las eternas fatalidades que el hombre tiene que sufrir.

Pero cuando no se sale del terreno de los sueños, es fácil prometerlo todo, y como el Prometeo de Esquilo, «hacer vivir en el alma de los mortales ciegas esperanzas». El hombre variará, pues, para adaptarse á la nueva sociedad creada por los socialistas. Las diferencias que separan á los individuos desaparecerán, y no conoceremos más que el tipo medio tan bien descrito por el matemático Bertrand: «Sin pasiones ni vicios, ni loco ni prudente, de ideas medias, de opiniones medias, moriría á una edad media, y de una enfermedad media inventada por la estadística.»

Los procedimientos de realización propuestos por las diferentes sectas socialistas son varios en la forma, aun cuando tienden á un mismo fin. Redúcense finalmente á obtener el acaparamiento rápido del suelo y las riquezas por el Estado, sea por un simple decreto, sea elevando enormemente los derechos de sucesión, lo que llevaría á la supresión de los patrimonios de familia en un corto número de generaciones.

La enumeración de los programas y de las teorías de estas diferentes sectas no tendría interés, porque el colectivismo predomina hoy entre ellas y tiene únicamente influjo, al menos en los países latinos. La mayor parte de estas sectas han caído, por lo demás, en el olvido. «Así es como el socialismo cristiano, que iba á la cabeza en 1848, ocupa hoy el último lugar», como hace observar justamente León Say. En cuanto al socialismo de Estado, su nombre sólo ha variado; no es otra cosa que el colectivismo actual.

A propósito del socialismo cristiano, se ha hecho notar con razón que coincide en muchos puntos con

las doctrinas modernas: «Como el socialismo, escribe M. Bourdeau, la Iglesia no concede valor alguno á todo lo que es espíritu, talento, gracia, originalidad, dotes personales. *Individualismo* es para ella sinónimo de *egoísmo;* y lo que siempre ha tratado de imponer al mundo, es el ideal mismo del socialismo, la *fraternidad* sujeta á la *autoridad.* La misma organización internacional, igual reprobación de la guerra, sentido de los sufrimientos y necesidades sociales. Según Bebel, el Papa es quien desde el Vaticano ve mejor formarse la tempestad que se cierne en el horizonte. Aun el Papado sería susceptible de llegar á hacerse competidor peligroso para el socialismo revolucionario, si se pusiera resueltamente al frente de la democracia universal.»

Los socialistas cristianos tienen hoy un programa que difiere muy poco del de los colectivistas. Pero los demás socialistas, en odio á toda idea religiosa, les rechazaron, y si el socialismo revolucionario llegara á triunfar, los socialistas cristianos serían seguramente sus primeras víctimas. Seguramente también no encontrarían quien se apiadara de su suerte.

Entre las diversas sectas socialistas que nacen y mueren cada día, merece mencionarse el anarquismo. Los socialistas anarqusitas parecían enlazarse teóricamente al individualismo, puesto que quieren dejar ilimitada libertad al individuo; pero no hay que considerarles en la práctica sino una especie de extrema izquierda del socialismo, porque persiguen igualmente la destrucción de la sociedad actual. Sus teorías se caracterizan por la simplicidad extrema que es nota dominante de todas las utopias socialistas: no valiendo nada la sociedad, destruyámosla por el hierro y por el fuego. Gracias á las fuerzas naturales de ella nacerá otra nueva, evidentemente perfecta. ¿Por qué maravillosos fenómenos sería la sociedad nueva diferente de las que la han precedido? Esto es lo que ningún socia-

lista nos ha dicho jamás. Es evidente, por el contrario, que si las civilizaciones actuales fueran destruídas por completo, la humanidad volvería á pasar por todas las formas que ha tenido que atravesar sucesivamente; salvajismo, esclavitud, barbarie, etc. No se ve muy bien que ganarían con ello los anarquistas. Admitiendo la inmediata realización de sus ideales, es decir, fusilamiento en masa de todos los burgueses, reuniendo en un montón todos los capitales, en el que cada compañero tomaría los que quisiera, ¿cómo se renovaría este tesoro cuando se agotara, y todos los anarqiustas se hubieran por el momento y á su vez hecho capitalistas?

Sea lo que quiera, los anarquistas y los colectivistas son las únicas sectas que hoy tienen influjo en los pueblos latinos.

Los colectivistas creen que sus teorías han sido creadas por el alemán Marx. Son mucho más viejas, están detalladas en los escritores de la antigüedad. Sin remontarnos tan lejos, puede hacerse notar, con Tocqueville, que escribía hace más de cincuenta años que todas las teorías socialistas están ampliamente expuestas en el *Código de la naturaleza*, publicado por Morelly en 1755.

«En él hallaréis, con las doctrinas todas sobre la omnipotencia del Estado y sus ilimitados derechos, varias de las teorías políticas que han aterrorizado más á Francia en estos últimos tiempos y que nos figurábamos haber visto nacer: comunidad de bienes, derecho al trabajo, igualdad absoluta, uniformidad de todas las cosas, regularidad mecánica en todos los movimientos individuales, tiranía reglamentaria y absorción completa de la personalidad de los ciudadanos en el cuerpo social:

«Nada en la sociedad pertenecerá en propiedad á ninguno, dice el artículo 1.º del Código.—Todo ciudadano será sostenido, alimentado y ocupado á expensas del común, dice el 2.º.—Todas las producciones se reunirán en

almacenes públicos, para ser en ellos distribuídas á todos los ciudadanos y servir para las necesidades de su vida.— A los cinco años todos los niños serán separados de sus familias y educados en común, á expensas del Estado, de un modo uniforme, etc.»

§ IV.—Las ideas socialistas son como las diversas instituciones de los pueblos, consecuencia de la raza

El concepto de raza, tan mal entendido hasta hace pocos años, tiende más y más á extenderse y dominar todos nuestros conceptos históricos, políticos y sociales. (1)

Hemos mostrado en otro libro de qué modo los pueblos, reunidos y mezclados por los azares de las emigraciones ó de las conquistas, han llegado á formar razas históricas, las únicas que hoy existen; porque las razas puras, desde el punto de vista antropológico, no se encuentran casi más que entre los salvajes. Bien establecida esta noción, hemos indicado los límites de las variaciones de caracteres en estas razas, es decir, cómo á un *substratum*

(1) La importancia de la raza, que podría considerarse como dato bastante elemental hoy, es, sin embargo, todavía incomprensible en absoluto para muchos espíritus. Así vemos á Novicow sostener en un libro reciente la escasa importancia de la raza en las cosas humanas. Cree que el negro puede fácilmente igualarse al blanco, etc.

Tales asertos muestran únicamente hasta qué punto, según las palabras mismas del autor «en el dominio sociológico se contenta uno todavía con frases declamatorias en vez de estudiar con atención los hechos». Todo lo que Novicow no comprende lo llama contradicción y los autores que como él no piensan los coloca entre los pesimistas. Es seguramente una psicología fácil, pero tan rudimentaria como fácil. Para admitir «la escasa importancia de la raza en las cosas humanas», hay que ignorar en absoluto la historia de Santo Domingo, de Haiti, la de las veintidós repúblicas hispano-americanas y la de los Estados Unidos. Desconocer el papel de la raza es estar condenado á no comprender nunca la historia.

fijo se sobreponen caracteres variables. Hemos hecho ver en seguida que todos los elementos de una civilización: lenguas, artes, costumbres, instituciones, creencias, siendo consecuencia de una determinada estructura mental, no pueden pasar á pueblos distintos ni sufrir trasformaciones muy profundas.

Lo mismo ocurre con el socialismo. Siendo general esta ley de las trasformaciones, debe sufrirla. A pesar de los títulos engañosos, que en política, como en religión y como en moral, llevan cosas muy desemejantes, hay con palabras idénticas conceptos políticos ó sociales muy diferentes; del mismo modo que palabras distintas significan en ocasiones conceptos idénticos. Unos pueblos latinos son monárquicos, otros republicanos, pero bajo estas instituciones nominalmente tan opuestas, el papel político del Estado y del individuo es el mismo y representa el ideal invariable de la raza. Sea el que quiera el nombre del gobierno que tengan los latinos, la acción del Estado siempre será preponderante y la de los particulares muy escasa. Entre los anglo-sajones el régimen monárquico ó republicano realiza un ideal absolutamente opuesto al latino. En vez de llevarse al mayor grado el papel del Estado, se reduce entre ellos almínimo, en tanto que la intervención política ó social reservada á la iniciativa privada se extiende, por el contrario, cuanto es posible.

Resulta de lo que precede que la naturaleza de las instituciones sólo tiene escasa intervención en la vida de los pueblos. Se necesitarán probablemente algunos siglos todavía antes que concepto semejante penetre en el alma de los pueblos (1). Sólo cuando haya entrado, sin embargo,

---

(1) No ha penetrado más, por otra parte, en los espíritus instruídos, al menos entre los latinos. En un artículo notable, publicado el 1.º de Abril de 1898 en el *Evening Post* de New York, á propósito de las ideas de un distinguido escritor francés, M. Brunetière, el redactor del periódico se expresa así:

«Es el caráter y no las instituciones lo que hace la grandeza de

aparecerá claramente la inutilidad de las constituciones y de las revoluciones. De todos los errores que ha mantenido la historia, el más desastroso, el que ha hecho verter inútilmente más sangre, acumulado más ruinas, es la idea de que un pueblo cualquiera pueda cambiar á capricho sus instituciones. Todo lo que puede hacer es variar los nombres, cubrir con nuevas palabras conceptos antiguos, que representan la evolución natural de un largo pasado.

Sólo mediante ejemplos es posible justificar los asertos que preceden. Varios de ellos hemos presentado en nuestros libros precedentes; pero el estudio del socialismo en las diversas razas, estudio á que están consagrados algunos de los capítulos que siguen, nos presentarán otros muchos. Mostraremos en primer lugar, tomando un pueblo determinado, cómo el advenimiento del socialismo ha sido preparado en él por la estructura mental de la raza y por su historia. Veremos en seguida de qué modo las mismas doctrinas socialistas no podrían tener éxito en otros pueblos de raza distinta.

---

los pueblos, tal como lo ha demostrado perfectamente Gustavo Le Bon en un libro reciente. El error de M. Brunetière y de sus correligionarios consiste en creer que puede hacerse grandes á las naciones mediante leyes, por el aumento de su ejército y de su marina, ó sustituyendo la votación por lista á la votación por distrito.» La lectura de los discursos de los hombres políticos latinos de todos los partidos muestra hasta qué punto profesan opiniones idénticas á las de M. Brunetière. No son ideas individuales, sino de raza.

CAPÍTULO IV

Los adeptos del socialismo y su estado mental.

§ I. *Clasificación de los adeptos del socialismo.*—Lazos comunes que unen las diversas categorías del socialismo.—Necesidad de estudiar separadamente los diferentes grupos de socialistas.—§ II. *Clases obreras.*—División en obreros manuales y artesanos.—Diferencias del concepto socialista en ambas clases.—Psicología del obrero parisién.—Su inteligencia y espíritu de independencia.—Su superioridad con respecto á la clase de empleados.—Carácter imprevisor é impulsivo del obrero.—Su sentido artístico.—Sus instintos conservadores.—Su sociabilidad y falta de egoísmo.—Simplicidad de sus opiniones políticas.—Lo que para él representa el Gobierno.—La clase de obreros parisienses será la más refractaria á la adopción del socialismo.—§ III. *Clases directoras.*—Progreso del socialismo sentimental en las clases instruídas.—Razones de este progreso.—Influjo del contagio, del miedo, del escepticismo y de la indiferencia.—§ IV. *Semi-sabios y doctrinarios.*—Definición del semi-sabio.—En qué se puede ser semisabio, siendo, por lo demás, muy instruído.—El semi-sabio formado en los libros siempre permanece extraño á la realidad que le rodea.—Desarrollo rápido del socialismo en los semi-sabios.—Funesta representación de la Universidad y de los universitarios.—Los doctrinarios.—Su espíritu incomprensivo y simplicista.

§ I.—Clasificación de los adeptos del socialismo.

El socialismo comprende teorías muy diferentes y en apariencia muy contrarias. El ejército de sus discípulos no tiene casi otro lazo común que una intensa antipatía al orden de cosas actual, y aspiraciones vagas hacia un ideal nuevo destinado á procurarles una situación mejor y á sustituir á las antiguas creencias. Aun cuando todos

los soldados de este ejército marchen juntamente á la destrucción de la herencia del pasado, están animados de sentimientos muy varios. Tan sólo examinando separadamente sus principales grupos será posible formarnos idea algo clara de su psicología, y, por consiguiente, de su facilidad para recibir las nuevas doctrinas.

En las clases populares, y principalmente en las obreras, es donde el socialismo parece que ha de reclutar en primer término el mayor número de sus adeptos. La idea nueva se presenta bajo una forma muy elemental y, por tanto, muy comprensible: menos trabajos y mayores satisfacciones. En lugar de un salario incierto, de la vejez muchas veces mísera, de la esclavitud de la fábrica, durísima en ocasiones, se les promete una sociedad regenerada en que, gracias á un nuevo reparto de riquezas por la omnipotencia del Estado, el trabajo estará muy bien retribuído y será muy fácil.

Ante promesas tan brillantes y tantas veces repetidas, parecería que las clases populares no hayan de dudar, sobre todo cuando, teniendo por el sufragio universal el derecho de elegir á sus legisladores, tienen todos los poderes en sus manos. Sin embargo, dudan. Lo más asombroso hoy no es la rapidez con que las nuevas doctrinas se propagan, sino, por el contrario, la lentitud relativa de su propagación. Hay que estudiar, como vamos á hacerlo, las diferentes categorías de adeptos del socialismo, para comprender esta desigualdad de influjo en los diversos medios.

Examinaremos sucesivamente en este punto de vista las categorías siguientes: clases obreras, clases directoras, clase de los semi-sabios y de los doctrinarios.

§ II.—Clases obreras.

La psicología de las clases obreras difiere con exceso según la profesión, las provincias y el medio para que pueda exponerse detalladamente. Exigiría, por lo demás,

un estudio muy largo, muy laborioso, con grandes facultades de observación, y el cual, probablemente por estas razones, jamás ha sido intentado.

Limitaré mi estudio á una clase obrera muy determinada, los del obrero parisién. Es el único que he podido investigar con alguna profundidad. Presenta un interés enteramente particular, puesto que es en París donde se hacen siempre nuestras revoluciones. Son estas últimas posibles ó imposibles, según que los agitadores arrastran ó no á la clase obrera parisién.

Esta interesante clase comprende evidentemente bastantes variedades; pero del mismo modo que un naturalista al describir los caracteres de un género, propios de todas las especies que comprende, no trataremos más que de los caracteres generales comunes á la mayor parte de las variedades observadas.

Hay, sin embargo, una división que importa fijar ante todo, á fin de no reunir elementos muy desemejantes. Se observan efectivamente en la clase obrera dos distintas categorías, cada una con su psicología diferente: la de obreros manuales y la de obreros artesanos.

La primera es inferior en inteligencia, pero es también la más numerosa. Producto directo del empleo de las máquinas, aumenta más cada día. El perfeccionamiento de la maquinaria tiende, en efecto, á hacer el trabajo cada vez más automático y, por consiguiente, reduce más y más la cantidad de inteligencia necesaria para ejecutarlo. El papel del obrero de fábrica no consiste casi más que en dirigir siempre en el mismo sentido el paso de un hilo, ó en colocar en engranajes láminas de metal que se pliegan, cambian de forma, se estampan enteramente solas. Objetos corrientes, por ejemplo, las vulgares linternas que sirven para alumbrar las zanjas y que valen 25 céntimos, se componen de cincuenta piezas hechas cada una por un obrero especial, que no hace otra cosa en su vida. Ejecutando un trabajo fácil, el obrero manual está necesa-

riamente mal pagado, tanto más cuanto que con él compiten mujeres y niños tan capaces como él de hacer la misma tarea. No sabiendo hacer más que este trabajo, el obrero de esta clase está necesariamente en estrecha dependencia del director de la fábrica que le emplea.

Con esta clase de obreros puede contar principalmente el socialismo, en primer lugar porque es la menos inteligente; después, porque siendo la menos feliz se apasiona forzosamente por todas las doctrinas que le prometen mejorar su suerte. Jamás tendrá la iniciativa de una revolución, pero seguirá dócilmente á todas.

Al lado, ó más bien por encima de esta clase de obreros se halla la de los artesanos. Comprende los trabajadores ocupados en trabajos de construcción, mecánica, artes industriales, industrias menores: carpinteros, ebanistas, ajustadores, obreros en zinc, fundidores, electricistas, pintores, decoradores, albañiles, etc. Cada día tienen que hacer un trabajo nuevo, que vencer nuevas dificultades que les obligan á reflexionar y desarrollan su inteligencia.

Esta categoría es la más extendida en París; es la que principalmente he de considerar en el estudio que seguirá. La psicología es tanto más interesante cuanto que sus caracteres son muy claros, lo que no ocurre siempre con muchas otras categorías sociales.

El artesano parisién constituye una casta de la que es raro trate de salir. Hijo de obrero, quiere que sus hijos sean obreros, mientras que el ideal del campesino y del empleado modesto es hacer á sus hijos burgueses.

El empleado de oficinas menosprecia al artesano, pero éste menosprecia mucho más al empleado á quien considera perezoso é incapaz. Sabe que va peor vestido, que sus maneras son menos finas, pero se cree muy superior á él en energía, actividad, inteligencia, y las más de las veces lo es en efecto. El artesano adelanta sólo por sus méritos, el empleado por su antigüedad. Representa una

unidad que tiene su valor en sí misma. Si conoce bien su oficio, está seguro de encontrar trabajo en todas partes, mientras que el empleado no lo está; por eso este último tiembla ante los jefes que pueden hacerle perder su empleo. El artesano tiene mucha más dignidad é independencia. El empleado es incapaz de moverse fuera de los estrechos límites de sus reglamentos, y todas sus funciones consisten en observar estos reglamentos. El artesano está, por el contrario, diariamente en lucha con nuevas dificultades que estimulan su iniciativa y su razón. Finalmente, el artesano está generalmente mejor pagado que el empleado, y no teniendo las mismas necesidades de decoro externo, puede hacer una vida mucho más desenvuelta. A los veinticinco años, un artesano algo capaz gana sin dificultad lo que un empleado de comercio ó de la administración no cobraría sino después de veinte años de servicios. El empleado y no el obrero es el verdadero paria moderno, y por esto es ardientemente socialista. Por lo demás es un socialista bastante poco peligroso, porque no pudiendo declararse en huelga ni asociarse, y siempre ante el temor de perder su plaza, se ve obligado á ocultar sus opiniones.

Los caracteres psíquicos en cuyo pormenor voy á entrar ahora, son lo bastante generales para que puedan referirse á la mayor parte de los artesanos parisienses de la misma raza. Dejarían de serlo para los de razas distintas; tan es verdad, que el influjo de la raza es muy superior al del medio. Mostraré en otra parte de este libro cuanto difieren de los obreros ingleses ó irlandeses que trabajan en un mismo taller, es decir, que están sometidos á condiciones de medio idénticas. También lo veríamos fácilmente en París si quisiéramos comparar el obrero parisién con los italianos ó alemanes que trabajan en idénticas condiciones, es decir, que también están sometidos al influjo del mismo medio. No emprenderemos este estudio, y nos limitaremos á hacer observar que estos influjos de

raza se perciben claramente en obreros de París venidos de determinadas provincias, del Limosín, por ejemplo. Varios de los caracteres psíquicos que hemos de citar no tendrían aplicación alguna á estos últimos. El obrero del Limosín es sobrio, paciente, silencioso, y no tiene necesidad de alboroto ni de lujo. No frecuentando la taberna ni los teatros, no tiene otro sueño que volver á la aldea, después de haber realizado algunas economías. Se reduce á un pequeño número de rudos oficios, pero muy bien retribuídos, el del albañil, por ejemplo, en los cuales su sobriedad y regularidad le hacen ser muy buscado.

Establecidos estos principios generales y estas divisiones, vamos á tratar ahora de la psicología de los obreros parisienses, atendiendo siempre, como se ha dicho, á la clase de artesanos. He aquí las características más salientes de su estado mental.

El obrero parisién se asemeja á los seres primitivos por su naturaleza impulsiva, su imprevisión, imposibilidad de dominarse y costumbre de guiarse sólo por el impulso del momento; pero posee un sentido artístico, á veces crítico, muy refinado por el medio en que vive. Fuera de las cosas de su oficio, que ejecuta muy bien—con mayor gusto, sin embargo, que delicadeza—razona poco ó razona mal, y no es muy accesible á otra lógica que á la del sentimiento.

Le gusta quejarse y discutir, pero sus quejas son más pasivas que activas. Es en el fondo muy conservador, muy casero, y no tiene amor á cambiar. Indiferente para las doctrinas políticas, se ha sometido siempre á cualquier régimen, á condición de que figuraran á la cabeza gentes de prestigio. El penacho de un general le produce una especie de respeto al que no se resiste mucho. Se le guía fácilmente con palabras y con un prestigio, y nada con razones.

Es muy sociable y busca la compañía de sus camaradas; de aquí su costumbre de ir á la laberna, verdadero

lugar de reunión del pueblo. No es la afición al alcohol lo que allí le lleva, como se dice con frecuencia. Beber es un pretexto que puede hacerse en seguida un hábito, pero no es la necesidad del alcohol lo que le lleva á la taberna.

Si se aleja del hogar por la taberna, como el burgués lo hace por el club, es porque aquel lugar nada tiene de atractivo. La mujer del obrero, su administradora como él la llama, tiene indiscutibles condiciones de economía y previsión, pero sólo se ocupa de sus hijos, del precio de las cosas y de las compras. Refractaria del todo á las ideas generales y á las discusiones, no se asocia á estas últimas sino cuando el portamonedas y la despensa están vacías. No votaría nunca una huelga tan sólo por sostener un principio.

El frecuentar las tabernas, teatros y reuniones públicas, es para el obrero parisién consecuencia de su necesidad de excitantes, de expansión, de agitación, de borrachera de palabras, de discusiones ardientes. Sin duda haría mejor, para complacer á los moralistas, con permanecer muy prudentemente en su casa. Pero para esto sería preciso que tuviera, en vez de la estructura mental de un obrero, el cerebro de un moralista.

Las ideas políticas arrastran á veces al obrero, pero no le absorben. Fácilmente llega á ser, durante un momento, revolucionario, violento, pero nunca sigue siendo un sectario. Es demasiado impulsivo para que una idea cualquiera pueda fijarse en él. Su antipatía hacia el burgués es las más de las veces un sentimiento superficial y convencional procedente sólo de que el burgués es más rico y va mejor vestido que él.

Hay que conocerle bien para suponerle capaz de perseguir con ardor la realización de un ideal cualquiera, socialista ó de otro género. El ideal del obrero, cuando casualmente tiene uno, es todo lo menos revolucionario que existe, menos socialista y más burgués. Es siempre la

casita en el campo, y situada no lejos de las tabernas.

Posee un gran fondo de confianza y generosidad. Recibe con mucho gusto, y á veces con grandes molestias, á camaradas que están en mala situación, y á cada instante les presta una multitud de pequeños servicios que las gentes bien educadas no se harían jamás en idénticas circunstancias. No tiene egoismo alguno, y por esta parte, se muestra muy superior al burgués y al empleado, de egoismo, por el contrario, muy desarrollado. En este punto de vista merece una simpatía de que no siempre son dignos los burgueses. El desarrollo del egoismo en las clases superiores parece consecuencia forzosa de su riqueza y su cultura y proporcional á ambas. El pobre sólo es verdaderamente caritativo, porque sólo él puede en realidad saber lo que es la miseria.

Esta falta de egoísmo, unida á su facilidad para entusiasmarse por los individuos que le encantan, hace al obrero apto para sacrificarse, si no por el triunfo de una idea, al menos por los agitadores que han conquistado su corazón. La reciente aventura de Boulanger dió ejemplo instructivo de ello.

El obrero parisién se burla con gusto de las cosas religiosas, pero en el fondo tiene hacia ellas respeto inconsciente. Sus chanzas no se dirigen nunca á la religión en cuanto creencia, sino al clero, que considera en cierto modo como rama del Gobierno. Los casamientos y entierros sin asistencia de la Iglesia, son raros en la clase obrera parisién. Casado únicamente en la alcaldía, el obrero se creería mal casado. Sus instintos religiosos—considerados como tendencia á dejarse dominar por un credo cualquiera, político, religioso ó social—son muy tenaces. Tales instintos constituirán algún día un elemento de éxito en favor del socialismo, que no es en realidad sino un nuevo credo. Si el socialismo consigue propagarse entre las clases obreras, no será en modo alguno, como creen los teóricos, por las satisfacciones que promete, sino por

los sacrificios desinteresados que sus apóstoles supieran hacer nacer.

Las concepciones políticas del obrero son muy rudimentarias y de extremada sencillez. El Gobierno representa para él un poder misterioso absoluto, que puede decretar á su agrado el alza ó baja de los jornales, pero generalmente hostil á los trabajadores y favorable á los patronos. Todo cuanto ocurre desagradable al obrero es necesariamente obra del Gobierno, y por esto acepta con facilidad la proposición de variarle. Se cuida muy poco, por lo demás, de la naturaleza de este Gobierno, y tiene tan sólo por cierto que es necesario uno. El buen Gobierno es el que protege á los obreros, hace subir los jornales é inquieta á los patronos. Si tiene simpatías por el socialismo es porque en él ve un Gobierno que aumentaría los jornales reduciendo siempre las horas de trabajo. Si el obrero pudiera formarse idea del sistema de reglamentación y vigilancia á que los socialistas se proponen someterle en la sociedad que ellos sueñan, se haría en seguida enemigo irreconciliable de las nuevas doctrinas.

Los teorizadores del socialismo creen conocer bien el alma de las clases obreras, y en realidad la comprenden muy poco. Imaginan que en la argumentación y la discusión es donde están los elementos de persuasión. Tiene ésta, en realidad, orígenes bien distintos. ¿Qué queda de todos sus discursos en el espíritu del pueblo? Poca cosa, en verdad. Cuando se interroga hábilmente á un obrero que se cree socialista, y se precia de los retazos de frases humanitarias muy acerbadas, las vulgares imprecaciones contra el capital, que maquinalmente repite, se ve que su concepción socialista es un sueño muy vago, muy análogo al de los primeros cristianos. En un porvenir lejano, demasiado lejano para emocionarle mucho, vislumbra la llegada del reino de los pobres—pobres de dinero y de espíritu,—reino del cual serían cuidadosamente expulsados los ricos, ricos de dinero ó de inteligencia.

En cuanto á los medios para realizar este sueño lejano, no piensan mucho en ellos los obreros. Los teóricos, que comprenden muy poco su espíritu, no sospechan que en las masas populares encontrará algún día el socialismo sus más irreconciliables enemigos, cuando quiera pasar de la teoría á la práctica. Los obreros—aun más las gentes del campo,—tienen el instinto de la propiedad tan desarrollado como los burgueses. Quieren aumentar lo que poseen, pero entienden disponer á su agrado del fruto de su trabajo y no abandonarle á una colectividad, aun cuando ésta tratara de atender á todas sus necesidades. Sentimiento tal tiene su origen en los siglos, y se alzará siempre como muro inquebrantable ante todo cuerpo serio de colectivismo.

Aunque turbulento, violento y siempre presto á colocarse al lado de los factores de revoluciones, el obrero es muy apegado á lo viejo, muy conservador, autoritario y despótico. Siempre ha aclamado á los que han derribado altares y tronos, pero aún mucho más á los que los han restablecido. Cuando por azar llega á ser patrón, se conduce como monarca absoluto, y es mucho más duro con sus antiguos camaradas que el patrón de la clase burguesa. El general Barrail describe del modo siguiente la psicología del obrero emigrado á Argelia para hacerse colono, profesión que consiste simplemente en hacer trabajar á palos á los indígenas: «Demócrata en su espíritu, llevaba en él todos los instintos feudales, y salido de los talleres de las grandes poblaciones, hablaba y razonaba como los *fieles* de Pepino el Breve ó Carlomagno, ó como los caballeros de Guillermo el Conquistador, que se habían asignado vastos dominios en los territorios de los pueblos vencidos».

Burlón siempre, espiritual en ocasiones, el obrero parisién sabe muy bien percibir el lado cómico de las cosas y aprecia principalmente en los sucesos políticos lo que tienen de divertido ó violento. La derrota de un ministro

por un diputado ó un periodista le divierte mucho, pero las opiniones defendidas por el ministro y sus adversarios le interesan muy poco. La discusión cambiando invectivas, le apasiona como lo haría un espectáculo del Ambigú. La en que se cambian argumentos le deja indiferente en absoluto.

Esta manera de ser espiritual característica vuelve á hallarse naturalmente en sus procedimientos para discutir, como puede observarse en las reuniones políticas populares. Jamás discute el valor de una opinión, sino únicamente el del individuo que la expone. Lo que le atrae es el prestigio personal de un orador y no sus razonamientos. No ataca las opiniones del orador que le desagrada, sino únicamente su persona. La probidad del adversario se pone en seguida en duda, y éste debe estimarse feliz si sólo se le trata de miserable, sin recibir sobre su cabeza otra cosa que injurias. Las discusiones de las reuniones públicas consisten invariablemente, como es sabido, en un cambio de invectivas feroces é insultos varios. Es por lo demás un vicio de raza no enteramente peculiar del obrero. Es imposible á muchas gentes oir á un individuo emitir una opinión distinta de la suya sin quedar íntimamente persuadidos de que el tal es un perfecto imbécil ó un criminal infame. La comprensión de las ideas ajenas ha sido siempre inaccesible para los latinos.

El carácter impulsivo, despreocupado, inquieto y turbulento de los obreros parisienses les ha impedido siempre asociarse como lo hacen los ingleses, para emprender grandes empresas. Esta irreductible incapacidad les impide prescindir de dirección y les condena por este solo hecho á permanecer en perpetua tutela. Experimentan la incurable necesidad de tener sobre ellos alguien que les gobierne y á quien puedan apelar incesantemente de cuanto les ocurra. En esto vemos también un carácter de raza.

El único resultado clarísimo de la propaganda socialista en las clases obreras ha sido extender en ellas la opi-

nión de que están explotadas por sus patronos, y que al cambiar de Gobierno tendrían jornales más elevados trabajando siempre mucho menos. Sus instintos conservadores impiden, sin embargo, á la mayor parte de ellos adherirse por entero á esta opinión. En las elecciones de 1893, de 10 millones de electores sólo 556.000 votaron á diputados socialistas, y estos últimos no fueron más que 49. Esta escasa proporción, que no ha aumentado gran cosa en las elecciones de 1898, muestra cuán tenaces son los instintos conservadores de la clase obrera.

Existe, por lo demás, una razón fundamental que dificultará singularmente la propaganda de las ideas socialistas. El número de obreros, pequeños propietarios ó accionistas, tiende á aumentar en todas partes. La casita, por pequeña que se la suponga; la acción, aun cuando sólo sea una parte de acción, trasforma seguidamente á su poseedor en capitalista calculador y desarrolla admirablemente sus instintos de propietario. En cuanto tiene una familia, un hogar y algunas economías que guardar, el obrero se hace inmediatamente un conservador tenaz. El socialista, el anarquista sobre todo, es las más de las veces un célibe, sin hogar, ni recursos, ni familia, es decir, un nómada, y siempre fué el nómada un indisciplinado y un bárbaro. Cuando la evolución económica haya hecho del obrero propietario, de una parte, por pequeña que se suponga, de la fábrica en que trabaja, sus ideas acerca de las revoluciones entre el capital y el trabajo cambiarán profundamente. Pruébanlo las pocas fábricas en que ya se han realizado trasformaciones semejantes, y también el estado mental del campesino. Este último lleva una existencia mucho más dura generalmente que la del obrero de las ciudades, pero posee las más de las veces un campo que cultivar, y por esta simple razón casi nunca es socialista. No lo es sino cuando germina en su cerebro la idea de la posibilidad de apoderarse de la tierra de su vecino, sin tener, claro está, que abandonar la suya.

Resumiremos lo que precede, diciendo que la clase más refractaria al socialismo será precisamente la obrera de París, con quien tanto cuentan los socialistas. La propaganda de estos últimos ha hecho nacer ambiciones y odios, pero las nuevas doctrinas no han penetrado profundamente en los espíritus del pueblo. Es muy posible que á continuación de uno de estos sucesos que los obreros atribuyen siempre al Gobierno, tal como una huelga prolongada ó una competencia extranjera que producen la baja de los jornales, los socialistas puedan reclutar entre ellos elementos para una revolución, pero serán soldados que mirarán muy pronto hacia el penacho del César que venga á ahogarla.

§ III.—Clases directoras.

«Lo que contribuye mucho á los progresos del socialismo, dice M. Laveleye, es que invade poco á poco las clases elevadas é instruídas.»

Los motivos de esta invasión son, en nuestra opinión, de varios órdenes: contagio de creencias en moda, miedo, últimamente indiferencia.

«Una gran parte de la burguesía, escribe Garófalo, mirando siempre con algún temor el movimiento socialista, piensa que es hoy un movimiento irresistible é inevitable. Hay en este número almas cándidas, ingenuamente enamoradas del ideal socialista, y que ven en él la aspiración al reinado de la justicia y la felicidad universal.»

Es simplemente la expresión de un sentimiento superficial inmotivado, que se acepta por contagio. No adoptar una opinión política ó social, sino cuando tras de madura reflexión, parece responder á la realidad de las cosas, constituye un proceso mental de que parecen incapaces la mayor parte de los cerebros latinos. Si en la adopción

de una opinión política, religiosa ó social, pusiéramos una pequeña parte de la lucidez y la reflexión que emplea el último de los tenderos para tratar un negocio, no estaríamos, como lo estamos en las cuestiones políticas y religiosas, á merced de la moda, del medio, de los sentimientos, y flotando, por consiguiente, donde los acontecimientos y la opinión del momento quieren llevarnos.

Esta opinión del momento, es decir, la moda, es una de las causas principales de la adopción ó repugnancia á una doctrina. Para la inmensa mayoría de las gentes no existe otra. El temor á la opinión de los imbéciles ha constituído siempre uno de los factores importantes de la historia.

Hoy las tendencias socialistas están mucho más extendidas en la burguesía que en las clases populares. Se propagan en ella por simple contagio y con singular rapidez. Filósofos, literatos y artistas siguen dócilmente el movimiento y contribuyen activamente á extenderlo sin entenderlo, por lo demás (1). El teatro, los libros, los cuadros mismos están cada vez más impregnados de este socialismo sentimental, lacrimoso y vago que recuerda enteramente el humanitarismo de las clases directoras en los días de la Revolución. La guillotina vino pronto á enseñarles que en la lucha por la vida no puede uno renunciar á defenderse sin renunciar al propio tiempo á vivir. Considerando con qué facilidad las clases superiores se dejan hoy desarmar progresivamente, el historiador del porvenir verá con entero menosprecio su triste imprevisión y no lamentará su suerte.

---

(1) «Decimos sin exageración, escribe M. Bourdeau, que de cincuenta diputados socialistas en la Cámara, hay quizás una docena que sepan exactamente qué entienden por socialismo y que sean capaces de explicarlo claramente. Los mismos que pertenecen á sectas fundadas sobre teorías, se reprochan mutuamente su ignorancia... La mayor parte de los socialistas, aun entre los agitadores, son socialistas por instinto; es el socialismo para ellos una fórmula enérgica de descontento y protesta.»

El miedo es también uno de los móviles que favorecen la propagación del socialismo entre la burguesía. «La burguesía, escribe el autor que citaba hace un momento, tiene miedo. Tantea irresoluta y espera salvarse mediante concesiones, olvidando que es esta la más insensata de las políticas, y que las indecisiones, las transacciones, el deseo de contentar á todo el mundo, sin faltas de carácter que, por una eterna injusticia, el mundo siempre ha castigado cruelmente, más aún que si fueran crímenes».

El último de los sentimientos que he citado, la indiferencia, si no favorece directamente la propagación del socialismo, la facilita impidiendo se le combata. La indiferencia escéptica, el «tanto me da», según una expresión corriente, es la grave enfermedad de la moderna burguesía. Cuando sólo se opone la indiferencia á las declamaciones y ataques de una minoría que aumenta, y persigue con ardor la realización de un ideal, quizá se esté seguro de que se acerca el triunfo de esta minoría. Los peores enemigos de la sociedad, ¿son los que la atacan ó los que ni aun se toman el trabajo de defenderla?

§ IV.—Semi-sabios y doctrinarios.

Aplico el calificativo de semi-sabios á los espíritus que no poseen otros conocimientos que los recogidos en los libros, y que no saben, por consiguiente, nada absolutamente de la realidad de la vida. Son producto de nuestras universidades y escuelas, lamentables «fábricas de degeneración», cuyos desastrosos efectos han descrito Taine y muchos otros. Un profesor, un erudito, un alumno de nuestras grandes escuelas, no son durante mucho tiempo, y muchas veces para siempre, más que semi-sabios. Un joven inglés ó americano, que á los diez y ocho años ya ha recorrido el mundo, trabajado en una profesión técnica y que sabe proveer á sus necesidades, no es un semi-

sabio ni será nunca un desclasificado. Podrá saber muy poco griego, latín ó ciencias teóricas, pero ha aprendido á no contar más que consigo mismo y á ser su propio guía. Posee esa disciplina mental, ese hábito de reflexión y de juzgar que jamás ha dado la lectura única de los libros.

En la barahunda de semi-sabios, y principalmente en la de licenciados y bachilleres sin empleo, maestros de escuela descontentos de su suerte, desechos de concursos que el Estado no ha podido colocar, profesores de Universidad que creen no son apreciados sus méritos, es donde se reclutan los más peligrosos adeptos del socialismo y en ocasiones hasta los peores anarquistas. El último de éstos ejecutado en París, era un candidato de la Escuela politécnica, que no habiendo podido hallar aplicación alguna á su ciencia inútil y superficial, enemigo, por consiguiente, de una sociedad que no sabía apreciar sus méritos, y deseoso, naturalmente, de sustituirla por un mundo nuevo en que ciertas capacidades como la que él creía tener encontraran su aplicación. El semi-sabio descontento es el peor de los descontentos. De aquí deriva la frecuencia del socialismo en ciertas corporaciones; los maestros, por ejemplo, que se creen todos ignorados.

Quizá es entre los maestros, y sobre todo los profesores de nuestra Universidad, donde el socialismo cuenta más partidarios. El jefe principal de los socialistas franceses es un antiguo profesor de la Universidad. Se ha publicado en los periódicos el hecho asombroso de que habiendo pedido autorización para dar un curso de colectivismo en la Sorbona, diez y seis profesores, de treinta y siete, apoyaran su proposición.

El papel que hoy desempeñan los universitarios en los países latinos, en lo que se refiere al desarrollo del socialismo, es enteramente temible para las sociedades en que viven.

Totalmente extraños á la realidad, son por ello inca-

paces de comprender las condiciones artificiales, pero necesarias, que hacen posible la existencia de una sociedad. Una sociedad dirigida por un areópago de profesores, como la soñaba Augusto Conte, no duraría seis meses. En las cuestiones de interés general, la opinión de los especialistas en letras ó ciencias no tiene mayor valor que la de los ignorantes, y con bastante frecuencia lo tiene mucho menor si estos ignorantes son campesinos ú obreros á quienes su profesión ha puesto en contacto con la realidad de la vida. He insistido en otro lugar sobre este punto, que constituye el más sólido argumento que pueda invocarse en favor del sufragio universal. Con mucha frecuencia por parte de la muchedumbre, y raramente por la de los especialistas, se muestra el espíritu político, el patriotismo, el sentimiento de defensa de los intereses sociales.

Las masas sintetizan á menudo el alma de la raza y la compresión de sus intereses (1). Son capaces en el mayor grado de la abnegación y el sacrificio, lo que no les impide, por lo demás, ser en ocasiones infinitamente cortas, fanfarronas, feroces y siempre dispuestas á dejarse llevar por los charlatanes más vulgares. El instinto sin duda les guía y no la razón, pero los actos que rige lo inconsciente ¿no son bastantes veces superiores á los que determina la razón?

Lo inconsciente que dirige la totalidad de los actos de nuestra vida inorgánica y la inmensa mayoría de los de nuestra vida intelectual, es á la vida consciente del espí-

(1) Se tiene un admirable ejemplo de esto en un asunto célebre que en época reciente dividió tan profundamente Francia. Cuando una gran parte de la burguesía atacaba violentamente al ejército en la inconsciencia de quien minara furiosamente los cimientos de la casa que habitara, las masas populares se pusieron instintivamente del lado en que estaban los verdaderos intereses del país. Si también ellas se hubieran vuelto contra el ejército, habríamos tenido quizás una guerra civil sangrienta seguida necesariamente de una invasión.

ritu lo que la masa profunda de las aguas del Océano con respecto á las olas que se agitan en su superficie. Si la incesante acción de lo inconsciente se detuviera, el hombre no podría vivir un solo día. Lo inconsciente representa simplemente la herencia de todas las adoptaciones logradas por la larga serie de nuestros antepasados. En él están los sentimientos de una raza, la noción de sus necesidades que la semi-ciencia falsea con frecuencia excesiva.

Desclasificados no comprendidos, abogados sin pleitos, escritores sin lectores, farmacéuticos y médicos sin clientes, profesores mal retribuídos, titulados sin funciones, empleados á quienes por insuficiencia desdeñan sus patronos, etc., son adeptos naturales del socialismo. En realidad, se preocupan muy poco de sus doctrinas. Lo que sueñan es crear por medios violentos una sociedad en que serían dueños. Las recriminaciones igualitarias no les impiden en modo alguno tener profundo desprecio á la plebe, que no ha aprendido como ellos, en los libros. Se creen muy superiores al obrero, y en realidad, son muy inferiores á él por la falta de sentido práctico y la exigencia de su egoismo. Si llegaran á ser amos, su autoritarismo no sería menor que el de Marat, Saint-Just ó Robespierre, tipos excelentes del semi-sabio no comprendido. La esperanza de tiranizar á su vez cuando siempre se ha permanecido ignorado, humillado y recluído en la sombra, ha debido hacer bastantes partidarios del socialismo.

A esta categoría de semi-sabios pertenecen las más de las veces los doctrinarios que formulan, en virulentas publicaciones, las teorías que apóstoles sencillos se encargan en seguida de propagar. Son jefes que parecen guiar soldados, pero que se limitan en realidad á seguirlos. Su influjo es mucho más aparente que real. No hacen así más, en efecto, que trasformar en abrasadoras invectivas aspiraciones que ellos no han creado, y darles la forma dogmática que permite á los agitadores apoyarse en textos.

Sus libros llegan á ser á veces especie de evangelios, que nadie lee jamás, pero cuyo título ó fragmentos de frases reproducidos por los periódicos del partido pueden citarse como argumento. La oscuridad de sus obras es, por otra parte, condición fundamental de su éxito. Como la Biblia para los pastores protestantes, constituyen una especie de fatídico libro mágico, que no hay sino abrir al azar para hallar, siempre que se tenga fe, la solución de una cuestión cualquiera.

El doctrinario puede, pues, ser muy instruído, pero esto no le impide en modo alguno ser siempre un incomprensivo y un simplicista, y á más casi siempre un descontento y envidioso. Atento sólo á un aspecto de las cuestiones, permanece extraño á la marcha de los acontecimientos y á sus consecuencias. Es incapaz de comprender nada de la complejidad de los fenómenos sociales, de las necesidades económicas, de los influjos atávicos y pasiones que arrastran á los hombres. No teniendo por guía sino la lógica de los libros rudimentarios, cree fácilmente que sus ensueños van á trasformar la evolución de la humanidad, y regir el destino.

Lo que principalmente cree es que la sociedad tiene que sufrir un cambio cualquiera en provecho suyo. Lo que realmente le preocupa no es el advenimiento del socialismo, sino el de los socialistas. En ninguna religión hay tanta fe en las masas y tan poca en la mayor parte de los agitadores.

Las elucubraciones de todos estos horizontes doctrinarios son bastante vagas, su ideal de sociedad futura bastante quimérico; pero lo que no es del todo ilusión, es su odio furioso contra la sociedad actual y su ardiente deseo de destruirla. Ahora bien, si los revolucionarios de todos los tiempos se han mostrado siempre impotentes para construir algo, no han tenido grandes dificultades para destruir. La mano de un niño basta para incendiar tesoros de arte que se consiguió reunir durante siglos. El

influjo de los doctrinarios puede, por lo tanto, llegar á provocar una revolución victoriosa y ruinosa. No podría llegar más lejos. La indestructible necesidad de ser gobernadas, que siempre han manifestado las masas, conduciría pronto á todos estos innovadores bajo la espada de un déspota cualquiera, déspota que serían, por otra parte, los primeros en aclamar, como lo prueba nuestra historia. Las revoluciones no pueden modificar el espíritu de los pueblos; tan poco han engendrado nunca más que crónicos cambios de nombres, variaciones superficiales. Sin embargo, por estos insignificantes cambios el mundo ha sido trasformado tantas veces, y sin duda continuará siéndolo.

Si se quisiera resumir la intervención de las diversas clases en la disolución de la sociedad entre los latinos, podría decirse que los doctrinarios y los descontentos hechos por la Universidad obran, sobre todo, removiendo las ideas y son, por el anarquismo intelectual que engendran, uno de los más eficaces agentes de destrucción; que la burguesía obra por su indiferencia, su miedo, su egoísmo, su escasa voluntad, su falta de sentido político y de iniciativa, y que las masas populares obrarán de manera revolucionaria acabando de destruir, cuando esté suficientemente quebrantado, el edificio que vacila sobre sus cimientos.

LIBRO SEGUNDO

EL SOCIALISMO COMO CREENCIA

CAPÍTULO PRIMERO

Los fundamentos de nuestras creencias.

§ I. *Orígenes históricos de nuestras creencias.*—Necesidad, para comprender el socialismo, de investigar cómo se forman nuestras creencias.—Los conceptos tradicionales ó conceptos de sentimiento.—Los conceptos adquiridos ó intelectuales.—Influjo de ambas clases de conceptos.—Cómo las creencias que parecen nuevas se derivan siempre de creencias anteriores.—Lentitud con que las creencias cambian.—Utilidad de las creencias comunes.—Su establecimiento marca el período culminante de una civilización.—Las grandes civilizaciones representan el florecimiento de un corto número de creencias.—Ninguna civilización ha podido sostenerse sin tener en su base creencias comunes. § II. *Función de las creencias en nuestras ideas y conocimientos. Psicología de la incomprensión.*—Cómo nuestro conocimiento del mundo está deformado por nuestras creencias hereditarias.—Actúan no sólo sobre la conducta, sino sobre el sentido que damos á las palabras.—Los individuos de diversas razas y clases hablan en realidad lenguas muy diferentes.—La incomprensión les separa tanto como la divergencia de sus intereses.—Cómo no ha tenido nunca la persuasión sus raices en la razón.—Influjo preponderante de los muertos en las discusiones entre los vivos.—Consecuencia de la incomprensión.—Imposibilidad de colonizar para los pueblos en que la incomprensión está muy desarrollada.—Por qué los libros de historia no corresponden sino muy de lejos á la realidad. § JII. *Formación hereditaria de la moral.*—Los móviles reales de la conducta son las más de las veces instintos hereditarios.—La moral no existe sino cuando ha llegado á ser inconsciente y hereditaria.—Escaso valor de la enseñanza actual de la moral.

§ I.—Orígenes hereditarios de nuestras creencias.

Todas las civilizaciones que se han sucedido en el curso de los tiempos han reposado en un corto número de creencias, cuya intervención ha sido siempre fundamental en la vida de los pueblos.

¿Cómo crecen y se desarrollan estas creencias? Hemos tratado ya sumariamente esta cuestión en el libro *Lois psychologiques de l'évolution des peuples.* No será inútil volver á examinarla. El socialismo es una creencia mucho más que una doctrina. Sólo estando bien penetrado del mecanismo de la génesis de las creencias, podremos entrever el papel que el socialismo está quizá llamado á desempeñar.

El hombre no cambia como quiere los sentimientos é ideas que le dirigen. Tras de las vanas agitaciones de los hombres se ven siempre los influjos atávicos. Son los que dan á las muchedumbres el estricto instinto conservador que ocultan sus revueltas de un momento. Lo que más difícilmente soportan los hombres, lo que no llegan á sufrir durante mucho tiempo, es un cambio en sus costumbres y pensamientos hereditarios.

Son precisamente estos influjos tradicionales los que todavía defienden las civilizaciones ya tan viejas, que conservamos nosotros y á las que tantas causas de destrucción amenazan hoy.

Esta lentitud en la evolución de las creencias constituye uno de los hechos más esenciales de la historia y, sin embargo, uno de los que menos explican los historiadores. Vamos á tratar de determinar sus causas.

Fuera de las necesidades exteriores y variables á que está sometido, el hombre se guía principalmente en la vida por dos clases de conceptos: *hereditarios ó de sentimiento, y adquiridos ó intelectuales.*

Los *conceptos hereditarios* son la herencia de raza, el legado de los antepasados lejanos ó inmediatos, legado inconsciente que recibimos al nacer y que determina los móviles principales de conducta.

Los *conceptos adquiridos ó intelectuales* son los que el hombre adquiere bajo el influjo del medio y la educación. Sirven para razonar, explicar y discutir, pero muy raramente para conducirse. Su influjo sobre las acciones

se hace poco á poco casi enteramente nulo, hasta el día en que, por acumulaciones hereditarias repetidas, dichos conceptos entran en la esfera de lo inconsciente y se cambian en sentimientos. Si los conceptos adquiridos logran á veces combatir los tradicionales, es porque los primeros han sido anulados por herencias contrarias, como por ejemplo ocurre en el cruzamiento entre individuos de razas distintas. El individuo deviene entonces una especie de tabla rasa. Ha perdido sus conceptos tradicionales; no es ya más que un mestizo sin moralidad ni carácter, á merced de todos los impulsos.

Por razón del peso tan grande de las herencias seculares ocurre que de tantas creencias y opiniones como cada día aparecen, veamos tan pocas en el transcurso del tiempo llegar á ser preponderantes y universales. Aún podría decirse que en una humanidad ya bastante envejecida, no podría formarse una creencia nueva, si no se enlazara con creencias anteriores. Creencias enteramente nuevas no las han conocido casi los pueblos. Religiones que parecen originales cuando sólo se considera una fase avanzada de sus evoluciones, tales como el budismo, el cristianismo y el mahometismo, son en realidad simples florecimientos de anteriores creencias. No han podido desarrollarse sino cuando las creencias á que sustituían habían perdido su fuerza, por la acción del tiempo. Varían según las razas que las practican y sólo tienen de universal la letra de sus dogmas. Hemos hecho ver en una obra anterior que al pasar de unos pueblos á otros se han trasformado profundamente para enlazarse con religiones anteriores de estos pueblos. Una creencia nueva es así simplemente la renovación de otra que la precede. No hay más que elemetos judíos en el cristianismo; tiene este su orígen en las más lejanas religiones de los pueblos de Europa y Asia. El escaso hilo de agua salido de Galilea no ha llegado á ser río impetuoso sino porque toda la antigüedad pagana ha vertido en él su caudal. «Lo que tra-

jeron los judíos á la mitología cristiana iguala apenas á la parte de los egipcios y los persas», escribe acertadamente M. Luis Menard.

Por sencillos y poco importantes que pueden ser estos cambios de creencia, les es preciso, sin embargo, el trascurso de los tiempos para fijarse en el espíritu de un pueblo. Una creencia es cosa enteramente distinta de una opinión que se discute. No existe, como motivo de conducta, y por consiguiente, no tiene poder real, sino cuando ha descendido á lo inconsciente, para formar en él la sólida concreción que se denomina un sentimiento. La creencia posee entonces el carácter esencial de ser imperativa y estar sustraída al influjo del análisis y de la discusión (1). Sólo en sus comienzos, y cuando aún está muy flotante, puede una creencia tener algunas raices en la inteligencia; pero para asegurar un triunfo, repito que es necesario descienda á la esfera del sentimiento, y que pase, por lo tanto, de lo consciente á lo inconsciente.

---

(1) No es necesario referirse á los tiempos heróicos para comprender lo que es una creencia al abrigo de la discusión. No hay más que dirigir la vista alrededor de sí para encontrar una multitud de gentes que poseen, ingertadas sobre un fondo místico hereditario, creencias de él derivadas que no podría hacer vacilar argumento alguno. Todas las pequeñas sectas religiosas que aparecen hace veinticinco años, como aparecían al fin del paganismo: espiritismo, teosofía, exoterismo, etc., poseen numerosos adeptos que presentan el estado mental en que la creencia no puede ser destruída por ningún razonamiento. El célebre proceso de las fotografías espiritistas está lleno de enseñanzas sobre esta materia. El fotógrafo B.... había confesado en la audiencia que todas las fotografías de fantasmas remitidas á sus crédulos clientes habían sido preparadas fotografiando maniquíes preparados para ello. El argumento podía parecer categórico. No conmovió lo más mínimo á los creyentes. A pesar de las confesiones del bromista fotógrafo, á pesar de haberse presentado en la audiencia maniquíes que habían servido de modelos, los clientes espiritistas mantuvieron con energía que habían reconocido perfectamente en las fotografías los rasgos de sus parientes difuntos. Esta maravillosa obstinación de la fe es muy instructiva y hace comprender bien el poder de una creencia.

Hay que insistir en este influjo del pasado en la elaboración de las creencias, y sobre el hecho de que una creencia nueva no puede establecerse si no se enlaza siempre á otra anterior. Este establecimiento de las creencias es quizás la fase más importante de la evolución de las civilizaciones. Uno de los mayores beneficios de una creencia establecida es el dar á un pueblo sentimientos comunes, formas de pensamiento idénticas y, por consiguiente, palabras comunes, es decir, que despiertan las mismas ideas. La creencia establecida termina por crear un estado de espíritu semejante, series de razonamientos análogos, y por esto marca con su sello todos los elementos de una civilización. La creencia común constituye quizás el más poderoso factor de la creación de un alma nacional, de una voluntad nacional y, por consiguiente, de la orientación única de los sentimientos é ideas de un pueblo. Las grandes civilizaciones han sido siempre florecimiento lógico de un corto número de creencias, y la decadencia de estas civilizaciones siempre ha sobrevenido en el momento en que las creencias comunes se han disociado.

Una creencia colectiva tiene la inmensa ventaja de reunir en un solo grupo todos los menudos deseos individuales de hacer obrar á un pueblo como si fuera un solo hombre. Con razón ha podido decirse que los grandes períodos históricos son justamente aquellos en que se ha establecido una creencia universal.

La intervención de las creencias universales en la existencia de los pueblos, es de tal modo fundamental que no puede exagerarse su importancia. La historia no muestra ejemplos de civilizaciones que se hayan fundado y mantenido sin tener en su base creencias comunes á todos los individuos de un pueblo, ó al menos á los de una ciudad. Esta comunidad de creencias da á la nación que la ostenta un poder formidable, aun cuando la creencia sea pasajera. Lo hemos visto en el momento de la Revo-

lución, cuando animado por una nueva fe, que no podía durar por la imposibilidad de realizar sus promesas, el pueblo francés luchaba victoriosamente contra Europa armada.

§ II.—Función de las creencias en nuestras ideas y razonamientos.—Psicología de la incompresión.

En cuanto una creencia se ha establecido sólidamente en el entendimiento, se hace idea reguladora de la vida, piedra de toque del juicio, directora de la inteligencia. El espíritu no puede recibir ya sino lo que conforma con la nueva creencia. Como el cristianismo en la Edad Media, ó el islamismo entre los árabes, la fe dominante imprime su sello en los elementos todos de la civilización, notablemente en la filosofía, literatura y artes. Es el criterio supremo; da explicación de todo.

El mecanismo de nuestros conocimientos, tanto para el sabio como para el ignorante, consiste en efecto en referir lo que es desconocido á lo que ya conocemos, es decir, á lo que creemos conocer. Comprender supone la observación de un hecho, seguido de su enlece con un corto número de ideas que poseemos. Se enlazan de este modo los hechos no explicados, con hechos que se supone comprendemos, y cada cual hace esta unión según los conceptos dominantes que le guían. Del espíritu más inferior al más elevado, el mecanismo de la explicación es siempre el mismo y consiste invariablemente en hacer entrar una noción nueva en el conjunto de los conceptos adquiridos.

Y justamente por cuanto unimos nuestra percepción del mundo con ciertos conceptos hereditarios, los individuos de las diferentes razas presentan juicios tan distintos. No percibimos las cosas sino deformándolas, y lo hacemos según nuestras creencias.

Las creencias trasformadas en sentimientos no obran sólo sobre nuestra conducta en la vida, sino también sobre el sentido que damos á las palabras. Los disentimientos, las luchas que separan á los hombres, dependen en su mayor parte de que los mismos fenómenos engendran, según las diversas estructuras mentales, ideas muy diferentes. Seguid de siglo en siglo, de raza en raza, y de uno á otro sexo, las ideas que expresan las mismas palabras. Buscad, por ejemplo, lo que representan, para espíritus de diverso origen, términos como los de religión, libertad, república, burguesía, propiedad, capital, trabajo, etcétera, y veréis cuán profundos abismos separan estas representaciones mentales. (1) Las diversas clases de una sociedad, los individuos de sexo diferente, parece que hablan la misma lengua; pero no es más que una vana apariencia.

Las diversas capas sociales, y con mayor razón los distintos pueblos, están tan separados por divergencias de conceptos como por las de intereses; y por esto la lucha de clases y de razas, y no su fantástica concordia, ha constituído siempre un hecho dominante en la historia. El desacuerdo sólo puede aumentar en el porvenir. Lejos de tender á igualar los hombres, la civilización tiende á diferenciarlos más cada día. Entre un poderoso señor feudal y el último de sus guerreros, la diferencia mental era infinitamente menor que hoy lo es entre un ingeniero y el obrero á quien dirige.

(1) La refracción de las ideas, es decir, la deformación de los conceptos según el sexo, edad, educación, raza, es una de las cuestiones menos exploradas de la psicología. La inicié en uno de mis últimos libros, haciendo ver cómo se trasforman las instituciones, religiones, lenguas y artes al pasar de un pueblo á otro. Recientemente he trazado el programa de este estudio á un joven psicólogo muy inteligente, M. L. Renoult, que vive por profesión entre las clases populares, y que me ha proporcionado interesantes datos para esta obra, principalmente sobre la psicología de los obreros. Si consigue llevar á buen término esta tarea, habrá prestado un gran servicio á la psicología y á la sociología.

Entre razas diferentes, entre clases distintas, entre ambos sexos no es posible la conformidad sino en asuntos técnicos, en que los sentimientos inconscientes no intervienen. En moral, en religión, en política el acuerdo es, por el contrario, imposible, ó no es posible sino cuando los individuos son del mismo origen. No son entonces los razonamientos los que les pone de acuerdo, sino la identidad de sus conceptos. Nunca en la razón echa sus raices la persuasión. Cuando las gentes se reunen para tratar una cuestión política, religiosa ó moral, no son los vivos, sino los muertos quienes discuten. Es el alma de sus antepasados la que habla por su boca, y lo que entonces hacen oir es el eco de la eterna voz de los muertos, á la cual siempre obedecen los vivos.

Las palabras tienen, pues, sentidos muy varios según los individuos, y despiertan en su espíritu ideas y sentimientos muy diversos. El esfuerzo más arduo del pensamiento es quizás llegar á penetrar en cerebros modelados por distinto tipo que el nuestro. Nosotros lo conseguimos con bastante dificultad, en compatriotas de los cuales nos separa la edad, el sexo ó la educación; ¿cómo lo lograríamos con hombres de razas diferentes, sobre todo cuando siglos nos separan de ellos? Para hacerse entender de un individuo, hay que hablarle en su lenguaje con el matiz de sus concepciones particulares. Es posible, y este es precisamente el caso de los padres con sus hijos, vivir años enteros al lado de una persona sin comprenderla nunca. Toda nuestra psicología usual está basada en la hipótesis de que todos los hombres experimentan sentimientos idénticos bajo el influjo de excitaciones semejantes, y nada hay menos cierto.

No podemos esperar nunca ver las cosas como en realidad son, puesto que no percibimos sino estados de conciencia creados por nuestros sentidos. No podemos esperar más que la deformación sufrida sea idéntica en todos los hombres, puesto que varía según sus conceptos

hereditarios y adquiridos, es decir, según la raza, el sexo, el medio, etc., y por esto puede decirse que una incomprensión general rige las más de las veces las relaciones entre individuos de raza, medio ó sexo diferentes. Pueden servirse de las mismas palabras, jamás hablarán la misma lengua.

Nuestra imagen de las cosas está siempre deformada, pero no sospechamos esta circunstancia. Aún estamos generalmente persuadidos de que no puede existir; también nos es casi imposible admitir que los demás puedan no pensar y obrar exactamente como nosotros. Esta incomprensión tiene por resultado final una perfecta intolerancia, sobre todo en lo que respecta á creencias y opiniones que se basan exclusivamente en sentimientos.

Todos cuantos profesan en religión, en moral, en arte, en política opiniones distintas á las nuestras, llegan á ser en seguida para nosotros individuos de mala fe, ó por lo menos, funestos imbéciles. También en cuanto tenemos algún poder, consideramos como estricto deber perseguir vigorosamente á tan peligrosos mónstruos. Si no les quemamos ya ó les guillotinamos, es porque la decadencia de las costumbres y la lamentable dulzura de las leyes se oponen á ello.

En cuanto á los individuos de razas muy diferentes admitimos, al menos en teoría, que puedan no pensar enteramente como nosotros, pero no sin quejarnos de su lamentable ceguedad. Consideramos por lo demás como un beneficio para ellos someterlos á nuestras costumbres y leyes por los medios más enérgicos, cuando por azar llegamos á ser sus dueños. Arabes, negros, anamitas, malgaches, etc., á los cuales pretendemos imponer nuestras costumbres — asimilárnoslos, como dicen los políticos — han aprendido por experiencia lo que cuesta querer pensar de otro modo que sus vencedores. Continúan, claro está, conservando sus conceptos hereditarios que no podrían variar, pero han aprendido á ocultar sus pensamien-

tos y adquirido al propio tiempo odio invencible hacia sus nuevos amos.

La incomprensión total que existe entre pueblos de razas diferentes no es siempre un origen de antipatía. Aún puede llegar á ser causa indirecta porque nada impide entonces á otros pueblos formarse unos de otros la idea que les plazca. Se ha dicho con razón «que una de las bases más solidas en que reposa la alianza franco-rusa ha sido la ignorancia casi completa que ambos pueblos tienen el uno del otro».

La incomprensión se presenta en grados diferentes en los diversos pueblos. Para los que no viajan casi, como los latinos, es absoluta, y su intolerancia es, por consiguiente, completa. Nuestra incapacidad para comprender las ideas de los demás pueblos, civilizados ó no, es admirable. Es, por lo demás, causa principal del lamentable estado de nuestras colonias. Los latinos más eminentes, y hasta genios como Napoleón, no difieren de lo vulgar en este punto. Napoleón no tuvo jamás la más vaga noción de la psicología de un español ó un inglés. Sus juicios acerca de ellos valían casi lo que podía leerse recientemente en uno de nuestros grandes periódicos políticos á propósito de la conducta de Inglaterra con los salvajes del Africa: «Interviene siempre — aseguraba con indignación el valiente redactor—para impedir que las poblaciones se desembaracen de sus reyes y se constituyan en república». No se puede ser más incompresivo y simplicista.

Nuestros historiadores abundan, por lo demás, en apreciaciones análogas. Y en parte, porque sus libros están llenos de ellas, he llegado á deducir que los relatos históricos no son más que puras novelas absolutamente extrañas á la realidad. (1) Lo que nos hacen conocer no es

(1) Max Müller me ha censurado esta opinión, y en un artículo de la *Revue historique,* M. A. Lichtenberger, cuya falta de espí-

nunca el espíritu de los personajes de la historia, sino únicamente el de los historiadores.

Y es también, porque los conceptos de las razas no tienen medida común, y porque las palabras semejantes evocan ideas muy distintas en cerebros desemejantes, por lo que he llegado además á esta otra conclusión, en apariencia paradógica, de que las obras escritas son en absoluto intraducibles de una lengua á otra. Esto es verdadero, aun en las lenguas modernas, ¡y con cuánta mayor razón con las que representan ideas de pueblos muertos!

Traducciones tales son tanto más imposibles cuanto que el sentido real de las palabras, es decir, los sentimientos é ideas que evocan, cambian de siglo á siglo. No pudiendo variar las palabras, que evolucionan mucho más lentamente que las ideas, cambiamos inconscientemente su sentido. Así es cómo el código religioso y moral de los anglo-sajones, la Biblia, libro bárbaro, escrito hace tres mil años para tribus bárbaras, ha podido adaptarse á las necesidades sucesivas y variables de un pueblo muy civilizado. Por una ficción del espíritu, cada cual adapta las palabras antiguas á sus ideas modernas. Interpretando así la Biblia es posible, como hacen los ingleses, abrirla á la casualidad y hallar en ella la solución de una cuestión política ó moral cualquiera.

No ocurre, repito, sino entre individuos de la misma raza, sometidos desde largo tiempo á las mismas condiciones de existencia y medio, la posibilidad de que exista alguna comprensión en las relaciones recíprocas. Gracias á los moldes hereditarios de sus pensamientos, las pala-

---

ritu crítico he señalado anteriormente, declara á sus lectores que la ha leído «con pavor». La he formulado hace mucho tiempo, sin embargo, en mis libros de historia haciendo ver que sólo en las obras de arte ó en los documentos literarios puede leerse el pensamiento de los pueblos muertos. Pero puesto que esta proposición «asusta» de tal modo á los especialistas, me propongo desarrollarla próximamente en un artículo de la *Revue phylosophique.*

bras que cambian en la conversación ó en los libros, pueden evocar ideas aproximadamente semejantes.

§ III.—Formación hereditaria de la moral.

La intervención de ciertas cualidades de la moral en el destino de los pueblos, es enteramente preponderante. Tendremos que mostrarlo muy pronto al estudiar la psicología comparada de las diversas razas. Por el momento queremos indicar tan sólo que las cualidades morales son, como las creencias, legado de herencia, y forman, por consiguiente, parte del alma hereditaria. En este *substratum* legado por los antepasados, es donde están en germen los móviles de nuestras acciones, y nuestra actividad consciente no nos sirve sino para percibir su desarrollo. Las reglas generales de nuestra conducta tienen por guía habitual sentimientos adquiridos por herencia y muy raramente mediante la razón.

Estos sentimientos se adquieren muy lentamente. La moral sólo tiene alguna estabilidad cuando, ya fija por herencia, ha llegado á hacerse inconsciente y está libre, por tanto, de los influjos siempre egoístas, y las más de las veces contrarios á los intereses de raza, que la razón sugiere. Los principios de moralidad que la educación enseña, tienen un influjo bien escaso en verdad; hasta diría que éste es nulo, si no hubiera que tener en cuenta á los seres de carácter neutro, los que Ribot llama acertadamente amorfos, y que están en los límites indecisos en que el menor factor puede inclinarles hacia el bien ó hacia el mal. Para estos caracteres neutros, son útiles principalmente los códigos y la policía. No harían lo que éstos prohiban, pero no se elevarán á una moralidad superior. Una educación inteligente, es decir, que olvide por completo las discusiones filosóficas y las disertaciones, puede demostrarles que el interés bien entendido está en no salirse demasiado de la esfera de acción de la policía.

En tanto que nuestra razón no interviene, nuestra moral permanece instintiva y nuestros motivos de acción no difieren de los de las muchedumbres más inconscientes. Estos motivos no son razonados, en el sentido de que son instintivos y no producto de la reflexión. No son irracionales, en el sentido de que proceden de lentas adaptaciones que necesidades anteriores han creado. Se manifiestan en el alma del pueblo con toda su fuerza, y por ellos el instinto de las masas es tan profundamente conservador y tan apto para defender los intereses colectivos de una raza, mientras que los teóricos y retóricos la perturban.

CAPÍTULO II

Papel de la tradición en los diferentes elementos de la civilización.—Límites de variabilidad del espíritu tradicional.

§ I. *Influjo de la tradición en la vida de los pueblos.*—Dificultades para librarse del yugo de la tradición.—Rareza de verdaderos librepensadores.—Dificultades para establecer las verdades más claras.—Orígenes de nuestras opiniones diarias.—Escaso influjo de la razón.—Influjo de las tradiciones en las instituciones, creencias y artes.—Impotencia de los artistas para sustraerse á los influjos del pasado.—§ II. *Límites de variabilidad del espíritu tradicional.*—Elementos varios que componen el espíritu legado por los antepasados.—Elementos heterogéneos que contiene.—Cómo pueden aparecer.—§ III. *Lucha entre las creencias tradicionales y las necesidades modernas.—Actual incertidumbre de las opiniones.*—Cómo los pueblos pueden librarse del yugo de la tradición.—Imposibilidad de librarse bruscamente.—Tendencia de los latinos á rechazar por entero el influjo del pasado y á rehacer totalmente sus instituciones y leyes.—Lucha entre sus tradiciones y las necesidades del momento actual.—Han reemplazado á las creencias fijas otras transitorias y momentáneas.—Incertidumbre, violencia y poder de la opinión.—Ejemplos diversos.—La opinión pública dicta á los jueces sus sentencias, á los Gobiernos las guerras y alianzas.—Influjo de la prensa y poder oculto de los capitalistas.—Necesidad de una creencia que se acepte por todos.—Impotencia del socialismo para llenar este cometido.

§ I.—Influjo de la tradición en la vida de los pueblos.

Acabamos de ver que el hombre se guía principalmente por influjos hereditarios y obedece sobre todo á tradiciones.

Estos lazos de la tradición que nos arrastran, podemos maldecirlos; pero cuán escaso es en cada época el número de individuos, artistas, pensadores ó filósofos capaces de sacudir su yugo! A muy pocos es dado librarse en cierta medida de los lazos del pasado. Por millones quizás se cuentan los espíritus que se creen libre-pensadores, pero apenas si en realidad lo son algunas docenas en cada época. Las mismas verdades científicas más claras no se establecen sin gran trabajo en ocasiones, y cuando lo hacen no es por la demostración, sino más bien por el prestigio del que las defiende (1). Los médicos han negado durante un siglo los fenómenos del magnetismo, que podían, sin embargo, observar en todas partes, hasta el día en que un sabio con suficiente prestigio les afirmó que estos fenómenos eran reales.

En el lenguaje usual el calificativo de libre-pensador es sencillamente igual al término anticlerical. El farmacéutico de provincia, que se titula libre-pensador porque no va á misa y persigue al cura de cuyos dogmas se burla, es en el fondo tan poco libre-pensador como el mismo cura. Pertenecen ambos al mismo grupo psicológico y se guían de igual modo por el pensamiento de los muertos.

Sería necesario poder estudiar en sus pormenores las

---

(1) No existe error alguno que no pueda imponerse mediante el prestigio. Hace treinta años la Academia de ciencias en que, sin embargo, debería hallarse la mayor cantidad de espíritu crítico, ha publicado como auténticas varios centenares de cartas apócrifas de Newton, Pascal, Galileo, Cassini, etc., hechas con elementos de todas partes por un falsario muy poco ilustrado. Abundaban en vulgaridades y errores, pero el prestigio de sus supuestos autores y del sabio ilustre que las presentaba hizo que se pasara por todo. La mayor parte de los académicos, incluso el secretario perpetuo, no tuvieron duda alguna acerca de la autenticidad de estos documentos, hasta el día en que el falsificador confesó la superchería. Desvanecido el prestigio, se declara enteramente vulgar el estilo de las cartas, considerado antes maravilloso y muy digno de sus supuestos autores.

opiniones diarias que formamos de todas las cosas, para ver bien hasta qué punto es exacta la teoría precedente. Estas opiniones, que creemos tan libres, nos son dadas por el medio, los libros, los periódicos, y según nuestros sentimientos hereditarios, las aceptamos ó rechazamos en montón, pero las más de las veces sin que la razón tome parte alguna en la aceptación ó la negativa. La razón es muchas veces invocada, pero su intervención es en verdad tan corta en la génesis de nuestras opiniones como en la de nuestras acciones. En la herencia, en cuanto á las opiniones fundamentales, y en la sugestión, en cuanto á las secundarias, hay que buscar las fuentes principales de nuestras ideas, y por esto los individuos de las diferentes clases sociales, los de la misma profesión se asemejan tanto. Viviendo en el mismo medio, pronunciando sin cesar las mismas palabras, iguales frases, idénticas ideas, concluyen por tener pensamientos tan vulgares como idénticos.

Trátese de instituciones, de creencias, de arte ó de un elemento cualquiera de civilización, estamos siempre doblegados bajo el peso del medio y sobre todo del pasado. Si no lo vemos generalmente es porque nuestra facilidad para dar nombres nuevos á cosas viejas nos hace creer que al variar las palabras hemos cambiado también lo que representaban.

Para hacer bien visible el peso de los influjos hereditarios, hay que tomar elementos de civilización muy claros, el arte por ejemplo. El peso del pasado aparece entonces evidente, y también la lucha entre la tradición y las ideas modernas. Cuando el artista cree sustraerse al pasado, sólo es volviendo á formas más antiguas ó alterando los elementos más necesarios de su arte, remplazando por ejemplo, un color por otro, el rosa de la cara por el verde, ó entregándose á las fantasías que nos han mostrado las últimas exposiciones anuales. Pero en estas mismas divagaciones, el artista no hace sino confirmar su

impotencia para sustraerse al yugo de la tradición y de los ritos seculares. La inspiración que cree libre siempre es esclava. Fuera de las formas fijadas por los siglos, nada puede concebir. Sólo muy lentamente puede evolucionar.

§ Límites de variabilidad del espíritu tradicional.

Tal es el influjo del pasado, y es preciso tenerle siempre presente en el espíritu, y si queremos comprender la evolución de los elementos todos de una civilización, cómo se forman nuestras instituciones, nuestras creencias y artes, y qué inmensa intervención tiene en su génesis, el influjo de los muertos. El hombre moderno ha hecho los más concienzudos é inútiles esfuerzos para sustraerse al pasado. Nuestra gran Revolución aún creía poder rechazarlo del todo. ¡Cuán vanas son tales tentativas! Es posible conquistar un pueblo, sujetarle, hasta destruirle. ¿Cuál es el poder capaz de variar su esríritu?

Pero este espíritu hereditario, á cuyo influjo es difícil sustraerse, ha tardado siglos en formarse. Bastantes elementos diversos han quedado en él, y al influjo de ciertas excitaciones, elementos muy diversos pueden surgir. Un cambio brusco de medio puede desarrollar gérmenes que en nosotros dormían. De aquí las posibilidades de carácter de que he hablado en otra obra, y que determinadas circunstancias sacan á luz. Así es como el espíritu pacífico de un jefe de oficina, de un magistrado, de un comerciante, encierra á veces un Robespierre, un Marat, un Fouquier-Tinville. Basta la presencia de ciertos excitantes para hacer aparecer estas personalidades latentes. Entonces se ve á burócratas fusilar rehenes, ó artistas que ordenan la destrucción de monumentos, y al volver después de la crisis á su antiguo ser de burócratas ó de artistas preguntarse de qué aberración han sido víctimas. Los

burgueses de la Convención, vueltos después de la tormenta á sus pacíficas ocupaciones de notarios, recaudadores, profesores, magistrados, abogados, etc., se preguntaron más de una vez con estupor cómo habían podido manifestar instintos tan sanguinarios é inmolar tantas víctimas. No se remueve impunemente el hierro depositado en nuestro fondo por anteriores generaciones. No se sabe qué puede resultar, si el alma de un héroe ó la de un bandido.

§ III.—Lucha entre las crencias tradicionales y las necesidades modernas.—Movilidad actual de las opiniones.

Gracias á los pocos espíritus originales que todas las épocas ven nacer, cada civilización sale poco á poco de las trabas de la tradición. Por ser tales espíritus escasos no puede hacerlo sino muy lentamente.

La fijeza en primer término, la variabilidad en seguida, constituyen las condiciones fundamentales del nacimiento y del desarrollo de las virtudes. Una civilización no está formada sino cuando se ha creado una tradición, y no progresa sino cuando consigue modificar algo, en cada generación, la tradición misma. Si no la modifica, no avanza ya, y como China, permanece estacionaria. Si quiere modificarla con rapidez excesiva, pierde toda fijeza, se disgrega y muy pronto se ve condenada á desapacer. El poder de los anglo-sajones está sobre todo en que, aceptando siempre el influjo del pasado, saben sustraerse á su peso en los límites necesarios. La falta de fuerza de los latinos depende, por el contrario, de que quieren rechazar por entero al influjo del pasado, rehacer sin cesar en todas sus partes sus instituciones, creencias y leyes. Por este solo motivo viven hace un siglo entre revoluciones é incesantes trastornos, de que no parecen estan muy próximos á salir.

El gran peligro de la hora presente está en que casi no tenemos creencias comunes. A los intereses colectivos idénticos sustituyen cada vez más otros particulares desemejantes. Nuestras instituciones, nuestros códigos, artes y educación, se han construído sobre creencias que de día en día se agotan y que la ciencia y la filosofía, cuyo papel por lo demás no fué nunca éste, no podrían reemplazar.

No estamos seguramente libres del influjo del pasado, puesto que el hombre no puede sustraerse á él; pero no creemos ya en los principios que sirven de cimiento á nuestro edificio social todo. Hay perpetuo desacuerdo entre nuestros sentimientos hereditarios y las ideas del actual momento. En moral, en religión, en política no hay ya una autoridad reconocida como antes la había, y nadie puede ya esperar imponer una dirección en estas esenciales materias. De aquí resulta que los Gobiernos, en vez de dirigir la opinión, están obligados á seguirla y obedecer á sus constantes fluctuaciones.

El hombre moderno, el latino sobre todo, está enlazado por su voluntad inconsciente al pasado, mientras que su razón trata sin cesar de sustraerse á él. Esperando la aparición de creencias fijas, no hay más creencias que las que por el sólo hecho de no ser hereditarias, son transitorias y momentáneas. Nacen espontáneamente bajo el influjo de sucesos diarios, como las olas levantadas por la tempestad. A veces tienen su violencia, pero también son efímeras. En cuanto cualquiera circunstancia las hace nacer, la imitación y el contagio las propagan. En el estado neurótico en que hoy se encuentran ciertos pueblos, la causa más pequeña provoca sentimientos excesivos. Son explosiones de odio, furor, indignación, entusiasmo, que con ocasión del menor suceso estallan como truenos. Son sorprendidos en Langson por los chinos algunos soldados, y hay una explosión de furor que derriba en algunas horas al Gobierno. Una aldea

perdida en un rincón de Europa es destruída por una inundación, y hay una explosión de enternecimiento nacional que se manifiesta en suscripciones, fiestas caritativas, etc., y que nos hace enviar muy lejos sumas de que tanta necesidad tendríamos para aliviar miserias propias. La opinión pública sólo conoce los sentimientos extremados ó la indiferencia profunda. Es terriblemente femenina, y, como la mujer, no posee aptitud alguna para dominar sus movimientos reflejos. Varía sin cesar á todos los vientos de las circunstancias exteriores.

Esta incertidumbre extrema de los sentimientos que ninguna creencia fundamental dirige ya, les hace muy peligrosos. A falta de la autoridad desaparecida, la opinión pública se hace cada vez más dueña de todo, y como tiene á su servicio una prensa omnipotente para excitarla ó seguirla, el papel de los Gobiernos es cada día más difícil, y la política de los hombres de Estado más cambiante. Pueden hallarse bastantes elementos utilizables en el espíritu popular, pero nunca se encontrará en él el pensamiento de un Richelieu, ni aun la clara percepción de un diplomático que tenga alguna continuidad en ideas y conducta.

Este poder tan grande y tan variable de la opinión, no se extiende sólo á la política, sino á los elementos todos de la civilización. Dicta á los artistas sus obras, á los magistrados sus sentencias (1), á los Gobiernos su conducta.

---

(1) Uno de los más curiosos ejemplos de la invasión de la opinión pública en los tribunales de justicia, donde antes se sentaban caracteres más firmes, ha sido dado recientemente por el muy instructivo proceso del Dr. Laporte. Quedará como ejemplo que se cite en todos los tratados de psicología. Llamado por la noche para un parto en extremo laborioso, y no teniendo á mano ninguno de los instrumentos necesarios, á punto la enferma de sucumbir, el médico se sirvió de un instrumento de hierro que le prestó un obrero de la vecindad, y que no difería, por lo demás, del que se usa en estos casos sino en pormenores insignificantes. Pero como el instrumento aquél no procedía de una bolsa de cirugía, cosa mis-

Lo que hay de peligroso en este influjo de las corrientes de opinión popular, es que influyen inconscientemente sobre nuestras ideas y las modifican sin que nos demos cuenta de ello. Los magistrados que condenan ó absuelven bajo el influjo de la opinión popular, la obedecen las más de las veces sin saberlo. Su inconsciencia se trasforma para seguir la opinión y la razón no aparece sino para justificar los cambios que á pesar suyo sufre el espíritu.

Estos movimientos populares, característicos del momento actual, privan á los Gobiernos, como hacía notar anteriormente, de toda fijeza en su conducta. La opinión del pueblo decreta alianzas tales, como por ejemplo, la franco-rusa, que nació de una explosión del sentimiento nacional. Decreta guerras, como la de los Estados Unidos con España, que surgió de un movimiento de opinión creada por periódicos á sueldo de algunos personajes de dinero.

Un escritor americano, Mr. Godkin, denuncia en un libro reciente, *Unforeseen Tendencies of Democracy*, la intervención funesta que tienen en la dirección de la opinión los periódicos de los Estados Unidos, la mayor parte á sueldo de especuladores. «Una guerra en perspectiva, dice, será siempre alentada por los periódicos, sencillamente porque las noticias militares, victorias ó derro-

---

teriosa y que tiene prestigio, las comadres de la vecindad declararon inmediatamente que el cirujano es un ignorante y un verdugo. Alborotan con sus alaridos á los vecinos, se extiende el rumor, lo consignan los diarios, la opinión se indigna, se encuentra un magistrado que decreta la prisión del infortunado médico, luego un tribunal que le condena á una nueva prisión tras larga detención preventiva. Pero en el intervalo especialistas eminentes habían tomado en sus manos el asunto, cambiado enteramente la opinión, y en pocas semanas el verdugo había llegado á ser un mártir. El asunto fué llevado al Tribunal de apelación, y los magistrados, siguiendo siempre con humildad los giros de la opinión, absolvieron esta vez al acusado.

tas, aumentan enormemente su venta». El libro se había escrito antes de la guerra de Cuba, y los sucesos han demostrado cuán justas eran las previsiones del autor. Los periódicos dirigen la opinión en los Estados Unidos, pero son algunos banqueros los que desde el fondo de sus oficinas dirigen á los periódicos. Su poder es más funesto que el de los peores tiranos, porque es anónimo, y porque les guía únicamente su interés personal y no el del país. Será, como ya he hecho notar, uno de los grandes problemas del porvenir, el hallar el medio de librarse del poder soberano y desmoralizador de banqueros cosmopolitas que tienden más cada vez en muchos países á hacerse indirectamente dueños de la opinión, y, por consiguiente, de los Gobiernos. Un periódico americano, el *Evening Post,* hacía notar recientemente que en tanto los otros influjos son débiles ó impotentes en los movimientos populares, el poder de la prensa popular ha aumentado desmesuradamente; poder, tanto más temible, cuanto que no tiene límite, ni responsabilidad, ni medida, y está ejercido por individuos sin altura. Los dos diarios populares de mayor influjo en los Estados Unidos, los que han obligado á los poderes públicos á declarar la guerra á España, estaban entonces dirigidos, uno por un antiguo cochero de punto, el otro por un jovenzuelo que había heredado muchos millones. «Su opinión, observaba el crítico americano, tiene acerca del uso que un país debe hacer de su ejército, de su marina, de su crédito y de sus tradiciones, más influjo que todos los hombres de Estado, filósofos y profesores de la nación.»

En este punto vemos además aparecer uno de los grandes *desideratum* del momento actual, es decir, la necesidad de hallar una creencia universalmente aceptada, y que reemplace á las que hasta aquí han regido el mundo.

Resumiremos este capítulo y el precedente, diciendo que las civilizaciones han reposado siempre en un corto

número de creencias, muy lentas en su formación, muy tardas en desaparecer; que una creencia no puede penetrar suficientemente en el espíritu para llegar á ser móvil de conducta, sino cuando se enlaza más ó menos con creencias anteriores; que el hombre moderno posee por herencia creencias que sirven todavía de base á sus instituciones y á su moral, pero que están hoy en lucha permanente con su razón. Por este motivo se ve en este punto reducido á tratar de establecer nuevos dogmas que se enlacen suficientemente con las antiguas creencias y estén, sin embargo, conformes con sus actuales ideas. En este conflicto entre nuestra alma inconsciente y nuestros razonamientos conscientes, están las causas de la anarquía actual de los espíritus.

¿Será el anarquismo la nueva religión que ha de sustituir á las viejas creencias? Le falta, para conseguirlo, el poder mágico de crear una vida futura, fuerza principal hasta aquí de las grandes religiones que han conquistado el mundo y que han vivido mucho. Todas las promesas de felicidad del socialismo deben realizarse en la tierra. Ahora bien, la realización de tales promesas se estrellaría fatalmente con necesidades psicológicas y económicas, sobre las cuales nada puede el hombre, y por esto la hora del advenimiento del socialismo será también la de su decadencia indudable. Podrá el socialismo triunfar un momento, como han triunfado las ideas humanitarias de la Revolución, pero perecerá muy pronto en sangrientos cataclismos, porque no se subleva en vano el espíritu de los pueblos. Constituirá, pues, una de esas efímeras religiones que un mismo siglo ve nacer y morir, y que sólo sirven para preparar ó renovar otras mejor adaptadas á la naturaleza humana y á las necesidades de toda especie Considerándole desde este punto de vista, como agente de disolución destinado á preparar la aparición de nuevos dogmas, es como el porvenir no juzgará quizás al socialismo enteramente funesto.

CAPÍTULO III

Evolución del socialismo hacia una forma religiosa.

§ I. *Tendencias actuales del socialismo á reemplazar á las antiguas creencias.*—Evolución religiosa del socialismo.—Elementos de éxito de las concepciones socialistas consideradas como creencias religiosas que pueden enlazarse á anteriores creencias.—El sentimiento es un instinto que no puede desarraigarse.—El hombre no aspira á la libertad, sino á la esclavitud del pensamiento.—La nueva doctrina responde á las necesidades y esperanzas del momento actual.—Impotencia de los defensores de los viejos dogmas.—El escaso valor científico de los dogmas socialistas no puede impedir su propagación.—Las grandes creencias religiosas que han reinado en la humanidad, nunca fueron hijas de la razón.—§ II. *Propaganda de la creencia. Los apóstoles.*—Intervención de los apóstoles en la fundación de las creencias.—Sus medios de persuasión.—Importancia del papel que los alucinados desempeñan en el mundo.—Espíritu religioso de los apóstoles socialistas.—Inaccesibles á todo razonamiento, experimentan la ardiente necesidad de propagar su fe.—Su exaltación, abnegación, simplicidad y necesidad de destrucción.—Su psicología es la de los apóstoles de todas las edades.—Bossuet y las dragonadas, Torquemada y Robespierre.—Funesta intervención de los filántropos en el mundo.—Por qué los apóstoles socialistas no deben ser confundidos con los locos ordinarios y los criminales.—Complemento proporcionado á los apóstoles por las diversas clases de degenerados.—§ III. *Propagación de la creencia en las masas.*—En las masas es donde todas las concepciones políticas, religiosas ó sociales arraigan finalmente.—Caracteres de las masas.—Jamás tienen por guía el interés personal.—Mediante las muchedumbres se manifiestan los intereses colectivos de las razas.—Por ellas se realizan las obras de inte-

rés general que exigen un ciego sacrificio.—Violencias aparentes y espíritu conservador real de las masas.—No las domina la incertidumbre, sino la fijeza.—Por qué el socialismo no podría atraerlas mucho tiempo.

§ I.—Tendencias actuales del socialismo á reemplazar á las viejas creencias

Después de haber considerado el papel de nuestras creencias y sus fundamentos lejanos, estamos preparados para comprender la evolución religiosa que sufre el socialismo actual y que constituirá sin duda su más serio elemento de éxito. Hemos mostrado ya por las explicaciones dadas en nuestro estudio sobre la psicología de las muchedumbres, que las convicciones de las masas tienden siempre á revestir una forma religiosa. Las muchedumbres ni tienen escepticismo ni espíritu crítico. El *credo* político, religioso ó social por ellas aceptado, siempre se adopta sin discutirle, y se venera con fervor.

No tenemos que investigar en este capítulo el valor filosófico ó económico de las nuevas doctrinas, sino únicamente la impresión que causan en los espíritus. Hemos repetido bastantes veces que el éxito de una creencia no depende en absoluto de la parte de verdad ó de error que pueda contener, sino únicamente de los sentimientos que hace nacer y de los sacrificios que inspira. La historia de todas las creencias es prueba manifiesta de ello.

Desde el punto de vista de su porvenir como creencias religiosas, las concepciones socialistas poseen indudables elementos de éxito. En primer lugar no tienen que luchar mucho contra creencias anteriores, puesto que estas últimas están en camino de desaparecer. En segundo lugar, se presentan con formas excesivamente sencillas, que las hacen accesibles á todos los espíritus. En último término, se enlazan fácilmente con anteriores creencias, y pueden

por consiguiente reemplazarlas sin esfuerzo. Hemos mostrado ya en efecto que los socialistas cristianos tienen doctrinas casi idénticas á las de los demás socialistas.

El primer punto, la disolución de las creencias anteriores, es capital. La humanidad no ha podido vivir hasta el presente sin ellas. En cuanto una religión antigua está en vías de desaparecer, una nueva viene en seguida á remplazarla. El sentimiento religioso, es decir, la necesidad de someterse á una fe cualquiera, divina, política ó social es uno de nuestros más imperiosos instintos. El hombre tiene necesidad de creencias para dirigir maquinalmente su vida y evitarse todo esfuerzo de razonamiento. No aspira á la libertad, sino á la esclavitud del pensamiento. Le sustrae en ocasiones al dominio de los tiranos que le oprimen; pero, ¿cómo se libertaría de la dominación muy de otro modo imperiosa de sus creencias? Después de haber sido en primer lugar expresión de sus necesidades, y sobre todo de sus esperanzas, las creencias concluyen por modificarlas y regir el instintivo dominio de sus aspiraciones.

La nueva doctrina responde perfectamente á los deseos y esperanzas de la actualidad. Aparece en el momento preciso en que acaban de morir las creencias religiosas y sociales que vivieron nuestros padres, y está dispuesta á renovar sus promesas. Su nombre sólo es palabra mágica que, como el paraíso de las antiguas edades, sintetiza nuestros ensueños y esperanzas. Por escaso que sea su valor, y por incierta que pueda ser su realización, constituye un nuevo ideal que al menos habrá tenido el mérito de devolver al hombre la esperanza, que ya no le dan los dioses, y las ilusiones que le ha arrebatado la ciencia. Si es verdad que por largo tiempo aún la felicidad del hombre debe estar en la facultad maravillosa de crear divinidades y creer en ellas, no podrá desconocerse la importancia del nuevo dogma.

Aumenta de día en día el fantasma engañoso y su po-

der es cada vez más preponderante. Los antiguos dogmas han perdido su virtud, los altares de las viejas divininidades están desiertos, la familia se disuelve, las instituciones se derrumban, desaparecen las jerarquías. Sólo el espejismo social se desarrolla sobre las ruinas que en todas partes se amontonan. Se extiende sin hallar detractores bastante serios. Mientras que sus adeptos son apóstoles ardientes, persuadidos, como lo eran los discípulos de Jesús, y están en posesión de un ideal nuevo destinado á regenerar el mundo, los tímidos defensores de la antigua sociedad están, por el contrario, muy poco poseídos del valor de la causa que sostienen. Toda su defensa no consiste casi más que en rebuscar penosamente en la sombra de antiguas fórmulas teológicas y económicas, ya hace mucho tiempo gastadas, y que han perdido toda virtud. Dan la impresión de momias que trataron de moverse bajo sus envolturas. En una Memoria sobre un concurso académico, M. Leon Say, hacía notar la admirable medianía de las obras destinadas á combatir el socialismo, á pesar de la importancia de las recompensas ofrecidas. Los defensores del paganismo no se mostraron más impotentes cuando un nuevo dios, salido de las llanuras de Galilea, vino á recoger la herencia de las antiguas divinidades á punto de caer y les dió el golpe de muerte.

No tienen seguramente la lógica por base las nuevas creencias, pero, ¿cuáles son desde los orígenes del mundo las creencias que se han fundado en la lógica? La mayor parte no por eso han dejado de presidir á la aparición de civilizaciones brillantes. Lo irracional que se perpetúa llega á hacerse racional, y el hombre termina siempre por acomodarse á ello. Las sociedades se fundan sobre deseos, creencias, necesidades, es decir, sobre sentimientos y nunca sobre razones, ni aun sobre verosimilitudes. Estos sentimientos evolucionan sin duda según una lógica secreta, pero ningún pensador ha conocido las leyes de esta lógica.

Ninguna de las grandes creencias que han reinado sobre la humanidad fué hija de la razón, y si todas han sufrido la ley común, que obliga á los dioses y á los imperios á declinar y á morir, tan poco es la razón la que ha producido su fin.

Lo que poseen las creencias en alto grado y no poseerá nunca la razón es el magnífico poder de enlazar cosas que no tienen ningún vínculo, trasformar en verdades resplandecientes los manifiestos errores, esclavizar las almas agradando á los cuerpos y, finalmente, trasformar las civilizaciones y los imperios. No son hijas de la lógica, pero son reinas de la historia.

Dados el lado seductor de los dogmas nuevos, su sencillez extraordinaria que le hace accesibles á todos los espíritus, el odio actual de las clases populares á los poseedores de la riqueza y de la fuerza, el poder político absoluto que tienen estas clases de cambiar sus instituciones por medio del sufragio universal; dadas, repito, unas condiciones de propagación tan singularmente favorables, podríamos preguntarnos por qué los progresos de las nuevas doctrinas son relativamente tan lentos y cuáles son las fuerzas misteriosas que rigen su marcha. La exposición que hemos hecho de los orígenes de nuestras creencias y de la lentitud de sus trasformaciones, responde á esta pregunta.

§ II.—Propagación de la creencia.—Los apostóles.

La hora actual nos muestra la elaboración de la religión socialista. En ella podemos estudiar la acción de sus apóstoles y de todos los grandes factores cuya misión hemos mostrado en otra parte; las ilusiones, las palabras y las fórmulas, la afirmación, la repetición, el prestigio y el contagio.

Si el socialismo puede quizá triunfar un instante, es

sobre todo por sus apóstoles. Sólo éstos, convencidos, tienen el ardor indispensable para crear la fe, poder mágico que, en muchas épocas ha trasformado el mundo. Conocen el arte de persuadir, arte á la vez sutil y sencillo, cuyas verdaderas leyes no ha enseñado nunca ningún libro. Saben que las multitudes tienen horror á la duda; que no conocen más que los sentimientos extremos, la afirmación ó la negación enérgica, el amor intenso ó el odio violento. Estos sentimientos saben hacerlos nacer y desarrollarse.

No es necesario que los apóstoles sean muy numerosos para llevar á cabo su obra. Reflexiónese en el corto número de entusiastas que se necesitó para provocar un acontecimiento tan colosal como las cruzadas, suceso quizá más maravilloso que la fundación de una religión, pues muchos millones de hombres se vieron obligados á abandonar todo para precipitarse sobre el Oriente y á volver á comenzar muchas veces á pesar de las más terribles reveses y las privaciones más duras.

Cualesquiera que sean las creencias que han reinado en el mundo; ya se trate del cristianismo, del budismo, del islamismo ó sencillamente de teorías políticas, tales como las que perdieron á la Revolución, sólo se propagan por los esfuerzos de esa categoría especial de convencidos que se llaman los apóstoles. Hipnotizados por la fe que los ha subyugado, están dispuestos á todos los sacrificios para propagarla y hasta acaban por no vivir más que para establecer el reino de ella. Son semi-alucinados, cuyo estudio pertenecería sobre todo á la patología mental, pero que han representado siempre un papel inmenso en la historia.

Se reclutan principalmente entre los espíritus dotados del instinto religioso, instinto cuya característica es la necesidad de estar dominado por un sér ó un credo cualquiera y de sacrificarse para hacer triunfar un objeto de adoración.

El instinto religioso, como es un sentimiento inconsciente, sobrevive naturalmente á la desaparición de la creencia que lo sostenía al principio. Los apóstoles socialistas que maldicen ó reniegan de los antiguos dogmas cristianos, no por eso dejan de ser espíritus eminentemente religiosos. La naturaleza de su fe ha cambiado, pero siguen dominados por todos los instintos de los antepasados de su raza. La sociedad paradisiaca soñada por ellos está muy cerca del paraíso celeste de nuestros padres. En estos cerebros sencillos, dominados enteramente por el atavismo, el antiguo deismo se ha objetivado bajo la forma terrestre de un estado providencial que repare todas las injusticias y que posea el poder ilimitado de los antiguos dioses. El hombre cambia á veces de ídolos, pero ¿cómo ha de romper las formas hereditarias de los pensamientos que les han hecho nacer?

El apóstol es, pues, siempre un espíritu religioso, deseoso de propagar su creencia; pero es también y ante todo un espíritu sencillo, completamente refractario al influjo de un razonamiento. Su lógica es rudimentaria. Las necesidades y las relaciones son totalmente incomprensibles para él. Se forma uno idea muy clara de sus conceptos, recorriendo los interesantes extractos de 170 autobiografías de socialistas militantes, publicadas recientemente por un escritor de su secta, M. Hamon. Se encuentran entre ellos hombres que profesan doctrinas muy diferentes; porque el anarquismo no es en realidad más que una exageración del individualismo, puesto que querría suprimir todo gobierno y dejar al individuo entregado á sí mismo, mientras que el colectivismo implica una estricta sumisión del individuo al Estado. Pero, prácticamente, estas diferencias, por otra parte, apenas vislumbradas por los apóstoles, se desvanecen por completo. Los sectarios de las diversas formas del socialismo manifiestan el mismo odio contra la sociedad, el capital, la burguesía, y proponen medios idénticos para suprimirlos.

Los más pacíficos querrían sencillamente despojar de sus riquezas á los que las poseen; los más belicosos se obstinarían en agregar á esta expoliación el exterminio de los vencidos.

Lo que mejor dejan ver sus declaraciones es la sencillez de su alma. Ninguna dificultad los detiene. Nada más fácil para ellos que rehacer la sociedad: «No hay más que arrojar revolucionariamente al Gobierno, expropiar á los poseedores de la riqueza social, poner todo á la disposición de todos... En una sociedad en que ha desaparecido la distinción entre capitalistas y trabajadores, no hay necesidad de Gobierno.»

Hipnotizado cada vez más por las dos ó tres fórmulas que repite sin cesar, el apóstol experimenta una ardiente necesidad de propagar su fe y de hacer conocer al mundo la buena nueva que sacará á la humanidad del error en que había permanecido estancada hasta entonces. La luz que trae, ¿no es brillante? ¿quién podría, aparte de los malvados y de los espíritus de mala fe, dejar de convertirse?

«Impulsados por su ardor de proselitismo, escribe M. Hamon, hacen propaganda sin cuidarse de que pueden sufrir por la idea. Por ella sacrifican sus relaciones de familia, de amistad; pierden sus destinos, sus medios de influencia. En su celo, llegan hasta correr el riesgo de la cárcel, del presidio, de la muerte; quieren imponer su ideal; quieren lograr la salvación de la masa popular á pesar de ésta. Son análogos á los terroristas de 1793 que, por amor á la humanidad, mataban á los humanos.»

Su necesidad de destrucción es un fenómeno comprobado en los apóstoles de todos los cultos. Uno de éstos que cita el autor precedente, quiere demoler todos los monumentos, sobre todo las iglesias, convencido de que su destrucción «sería la de las religiones espiritualistas». Este alma primitiva no hace, por lo demás, más que seguir

ilustres ejemplos. El emperador cristiano Teodosio no razonaba de otro modo, cuando en el año 389 de nuestra Era, hizo destruir todos los monumentos religiosos que Egipto había edificado durante seis mil años á las orillas del Nilo, no dejando en pie más que los muros y las columnas demasiado sólidas para que pudieran demolerse.

Parece, pues, que es una ley psicológica casi general en todas las edades, que no se puede ser apóstol sin experimentar la necesidad intensa de asesinar á alguien ó de destruir algo.

El apóstol que no se ensaña más que con los monumentos, pertenece á una variedad relativamente inofensiva, pero evidentemente un poco tibia. El perfecto apóstol no se contenta con estas medidas suaves. Comprende que, después de haber destruído los templos de los falsos dioses, es necesario suprimir sus sectarios. ¿Qué importan las hecatombes cuando se trata de regenerar el género humano, de establecer la verdad y de destruir el error? ¿No es evidente que el mejor medio de que no queden infieles es asesinar en masa todo lo que se encuentra, sin dejar en pie más que los apóstoles y sus discípulos? Este es el programa de los puros, de los que desdeñan los compromisos hipócritas, las cobardes transacciones, con la herejía.

Por desgracia los herejes resisten todavía un poco, y, esperando la posibilidad de exterminarlos, hay que contentarse con asesinatos aislados y con amenazas. Por otra parte, estas últimas son muy categóricas y no pueden dejar ninguna ilusión á los futuros asesinados. Un socialista italiano avanzado, citado por M. Garofalo, resume así su programa: «Extrangularemos á los que encontremos con las armas, tiraremos por los balcones ó echaremos al mar á las mujeres y á los niños.»

Estos procedimientos de los nuevos sectarios no tienen nada de nuevo y se han presentado siempre bajo las mismas formas en los diversos períodos de la historia.

Todos los apóstoles han tronado en los mismos términos contra la impiedad de sus adversarios; y desde que han obtenido el poder, han empleado contra ellos los mismos procedimientos de destrucción rápida y enérgica. Mahoma convertía con el sable, los inquisidores con la hoguera, los de la Convención con la guillotina, nuestros socialistas modernos con la dinamita. Lo único que ha cambiado un poco es la forma de exterminio.

Lo que parece más entristecedor en estas explosiones de fanatismo que tienen que sufrir periódicamente las sociedades, es que, en los convencidos, la más alta inteligencia es impotente contra el feroz impulso de su fe. Nuestros socialistas modernos no hablan ni obran de otro modo que Bossuet respecto de los herejes cuando comenzó la campaña que debía conducir á su destrucción y á su expulsión. ¡En qué términos fulgurantes el ilustre prelado truena contra los enemigos de su fe «que preferían yacer en su ignorancia á confesarla, y alimentar en su espíritu indócil la libertad de pensar lo que les parece á doblegarse á la autoridad divina»! Hay que leer en los escritos de la época, con qué alegría salvaje fueron acogidas por el clero la revocación del edicto de Nantes y las dragonadas. Los obispos y el piadoso Bossuet deliraban de entusiasmo. «Habéis exterminado á los herejes», dice este último dirigiéndose á Luis XIV. Es la digna obra de vuestro reino. Es el coronamiento de éste.

El exterminio había sido, en efecto, bastante completo. Esta «digna obra» había tenido por resultado la emigración de 400.000 franceses, lo más selecto de la nación; sin contar un número considerable de recalcitrantes quemados á fuego lento, descuartizados, ahorcados, destripados ó enviados á las galeras del rey. La Inquisición ha diezmado de igual modo á España y la Convención á Francia. Esta última poseía también la verdad absoluta y quería extirpar el error. Tuvo siempre el aspecto de un concilio mucho más que de una asamblea política.

Se explican fácilmente los destrozos cometidos por todos estos terribles destructores de hombres cuando se sabe leer en su alma. Torquemada, Bossuet, Marat, Robespierre se consideraban como dulces filántropos, que no soñaban más que en la felicidad de la humanidad. Filántropos religiosos, filántropos políticos, filántropos sociales, todos pertenecen á la misma familia. Con muy buena fe se suponen los amigos de la humanidad, de la cual han sido siempre los más perniciosos enemigos. El fanatismo ciego de los verdaderos creyentes les hace mucho más peligrosos que bestias feroces.

Los alienistas actuales consideran generalmente que los sectarios que forman la vanguardia del socialismo pertenecen al tipo criminal, á lo que llaman criminales natos. Pero esta es una calificación demasiado sumaria y lo más á menudo muy inexacta, porque comprende á individuos que pertenecen á clases diversas, y en su mayoría sin parentesco ninguno con los verdaderos criminales. No es dudoso que haya entre los propagadores de la nueva fe algunos criminales, pero la mayor parte de los delincuentes, que se califican de socialistas anarquistas, no lo hacen más que para realizar con un barniz político, crímenes de derecho común. Los verdaderos apóstoles pueden cometer actos justamente calificados de crímenes por el código, pero que no tienen nada de criminal desde el punto de vista fisiológico. Lejos de ser consecuencia del interés personal, lo cual es la característica del verdadero crimen, sus actos son, con la mayor frecuencia, contrarios á sus más evidentes intereses. Son espíritus rudimentarios y místicos absolutamente incapaces de razonar y dominados por un sentimiento religioso que ha invadido todo el campo de un sentimiento. Seguramente que son peligrosos, y una sociedad que no quiera verse destruída los debe eliminar cuidadosamente de su seno; pero su estado mental corresponde más al alienista que al criminalista.

La historia está llena de sus hazañas, porque constituyen una especie psicológica que ha vivido en todas las edades.

«Los enajenados y los apasionados de tendencias altruistas han surgido en todo tiempo, escribe Lombroso, aun en la época salvaje, pero entonces encontraban un alimento en las religiones; más tarde, se arrojaron á las facciones políticas y á las conjuraciones anti-monárquicas. Primero cruzados, después rebeldes, luego caballeros andantes, más tarde mártires de la fe ó del ateísmo.

«En nuestros días, y sobre todo en las razas latinas, cuando surge uno de estos fanáticos altruístas, no encuentra otro alimento posible para sus pasiones que el terreno social y económico.

«Casi siempre son las ideas más discutidas y menos seguras las que dejan el campo libre al entusiasmo de los fanáticos. Encontraréis cien fanáticos para un problema de teología ó de metafísica; no los encontraréis para un teorema de geometría. Cuando más extraña y absurda es una idea, más enajenados é histéricos arrastra detrás de ella, sobre todo en el mundo político en que cada triunfo privado se convierte en un fracaso ó un triunfo público, y esta idea sostiene hasta la muerte á los fanáticos, á quienes sirve de compensación para la vida que pierden ó los suplicios que sufren.»

Al lado de la categoría de apóstoles que hemos descrito, y que son los propagadores necesarios de todas las creencias, hay variedades menos importantes cuya hipnotización está limitada á un solo punto del entendimiento. Se encuentran diariamente en la vida personas muy inteligentes, hasta eminentes, que se hacen incapaces de razonamiento cuando tratan de ciertas cuestiones. Dominadas entonces por su pasión política ó religiosa, muestran una incomprensión y una intolerancia que sorprende.

Son fanáticos de ocasión, cuyo fanatismo no se hace peligroso, sino cuando lo excitan. Razonan con lucidez y moderación sobre todas las cuestiones excepto sobre aquellas en que la pasión las invade y es su único guía. Sobre este terreno limitado se levantan con toda la furia perseguidora de los apóstoles verdaderos, que encuentran en ellas, en las horas de crisis, auxiliares llenos de ceguedad y de ardor.

Hay, por último, otra categoría de sectarios sociales á quienes la idea sola no arrastra, y cuyas creencias son bastantes débiles. Pertenecen á la gran familia de los degenerados. Mantenidos por sus faltas hereditarias, sus defectuosidades físicas ó mentales en situaciones inferiores de que no pueden salir, son los enemigos naturales de una sociedad á que no pueden adaptarse por su incapacidad incurable y por las herencias morbosas de que son víctimas. Son los defensores espontáneos de las doctrinas que les prometen, con un porvenir mejor, una especie de regeneración. Estos desgraciados, de que nos ocuparemos en el capítulo consagrado á los inadaptados, constituyen un inmenso complemento á la multitud de los apóstoles. Lo propio de nuestras civilizaciones modernas es justamente crear, y por una especie de extraña ironía, conservar y proteger con la más imprevisora solicitud, un depósito cada día más considerable de residuos sociales, bajo el peso de los cuales acabarán quizás por declinar.

La religión nueva que constituye el socialismo, entra en esta fase en que la propaganda se hace por los apóstoles. A estos apóstoles comienzan á unirse algunos mártires: constituyen un nuevo elemento de éxito. Después de las últimas ejecuciones de anarquistas en París, la policía ha tenido que intervenir para impedir las piadosas peregrinaciones á las tumbas de las víctimas y la venta de sus retratos rodeado de todas clases de atributos religiosos. El fetichismo es el más antiguo de los cultos y será quizá el último. El pueblo siempre necesita algunos feti-

ches para encarnar sus ensueños, sus deseos y sus odios.

Así se propagan los dogmas y ningún razonamiento podría luchar contra ellos. Su fuerza es invencible, porque se apoyan en la secular inferioridad de las multitudes y en la eterna ilusión de la felicidad, cuyo espejismo domina á los hombres y les impide ver las barreras que separan á las realidades de los sueños.

§ III.—Propagación de las creencias en las multitudes

Como en mis dos últimas obras he explicado extensamente el mecanismo de la propagación de las creencias, no puedo hacer sino remitir á ellas al lector. Allí verá como todas las civilizaciones se derivan del influjo de un pequeño número de ideas fundamentales que, después de una serie de trasformaciones, acaban por germinar bajo la forma de creencias en el alma popular. El proceso de esta germinación tiene una gran importancia, porque las ideas no ejercen su misión social, bienhechora ó perjudicial, sino después de haber bajado al alma de las multitudes. Entonces y sólo entonces, se convierten en opiniones generales, y después en creencias irreductibles, es decir, en factores esenciales de las religiones, de las revoluciones y de los cambios de civilización.

En este terreno final, el alma de las multitudes, es donde todos nuestros conceptos metafísicos, políticos, religiosos y sociales acaban por echar sus raices. Importa, pues, conocerlo bien, y por esto es por lo que nos ha parecido el prefacio necesario en una obra sobre el socialismo, un estudio de la evolución mental de los pueblos y de la psicología de las multitudes. Este est idio era tanto más indispensable cuanto que estas importantes cuestiones, sobre todo la última, se conocían muy mal. Los pocos escritores que han estudiado las multitudes han llegado

á conclusiones que presentan exactamente lo contrario de la realidad (1), ó, por lo menos, un solo aspecto de una cuestión que comprende muchos. Apenas han visto en la multitud «más que una fiera insaciable de rapiñas y de sangre». Cuando se profundiza un poco la cuestión, se descubre, por el contrario, que los peores excesos de las multitudes han tenido muy á menudo por punto de partida ideas muy generosas y muy desinteresadas, y que la multitud es tan fácilmente la víctima como el verdugo. Un libro que tuviese por título *Las multitudes virtuosas*, sería tan justificable como un libro titulado *Las multitudes criminales*. En otra parte he insistido extensamente sobre este punto: que uno de los caracteres fundamentales que separan más profundamente al individuo aislado de la multitud, es que el primero tiene casi siempre por guía su interés personal, mientras que las multitudes obedecen rara vez á móviles egoístas y sí lo más frecuentemente, á intereses colectivos y desinteresados (2). El heroísmo, el olvido de sí mismo, son mucho más frecuentemente producto de las multitudes que de los individuos. Detrás de toda crueldad co-

(1) Se puede citar como ejemplo de la incomprensión total de este asunto la compilación de un escritor italiano, M. Sighele, titulada: *Las multitudes criminales*. La obra apenas se compone más que de citas destinadas á apoyar la antigua tesis de que se deben considerar las multitudes como bestias feroces siempre dispuestas á ejecutar los mayores crímenes. Aprovecho esta ocasión para hacer observar á M. Sighele que, puesto que censura tan ruidosamente á los escritores franceses, debería, por lo menos, evitar hacer tantas copias de ellos, y sobre todo, esas copias disimuladas, como la de la pág. 38, líneas 12 y siguientes, de su opúsculo *La psicología de las sectas*, en que, después de una cita entre comillas, sacada de uno de mis libros, da como suyo y cambiando sólo algunas palabras, un pasaje enteramente copiado de mi *Psychologie des foules*, pág. 8, líneas 4 y siguientes (3.ª ed.).

(2) Este punto fundamental no parece que lo han comprendido bien los críticos de mi libro sobre la *Psychologie des foules*. Debo exceptuar, sin embargo, á M. Pillon que, en *l'Année philosophique* ha hecho ver muy bien que por esta demostración me separo enteramente de los escritores que han tratado del mismo problema.

lectiva, hay muy á menudo una creencia, una idea de justicia, una necesidad de satisfacción moral, un olvido completo del interés personal, un sacrificio al interés general, es decir, precisamente lo contrario del egoísmo.

La multitud puede llegar á ser cruel, pero es sobre todo altruista y dispuesta. tan pronto para sacrificarse como para destruir. Dominada por lo inconsciente, tiene una moralidad y una generosidad que tienden siempre á hacerse activas, mientras que las del individuo permanecen generalmente contemplativas y generalmente se limitan á discursos. La reflexión y el razonamiento conducen con la mayor frecuencia al egoismo. Este egoismo, tan arraigado en el individuo aislado, es un sentimiento que la multitud no conoce, precisamente porque no es capaz de reflexión ni de razonamiento. La fundación de las religiones y de los imperios no habría sido posible con ejércitos que razonasen y reflexionasen. Pocos soldados de semejantes ejércitos hubiesen sacrificado su vida por el triunfo de ninguna causa.

No se comprende bien la historia sino teniendo siempre presente en el espíritu que la moral y la conducta de hombre aislado son muy diferentes de las del mismo hombre en cuanto forma parte de una colectividad. Las multitudes son las que mantienen los intereses colectivos de una raza, intereses que implican siempre el olvido más ó menos grande de los intereses personales. *El altruismo profundo, el altruismo en los actos y no en las palabras, es una virtud colectiva. Como toda obra de interés general exige para su ejecución un mínimum de egoismo y un máximum de afecto ciego, de abnegación y de sacrificio, sólo puede ser llevada á cabo por las multitudes.*

A pesar de sus violencias momentáneas, las multitudes se han mostrado siempre dispuestas á soportarlo todo. Los fanáticos y los tiranos de todas las edades no han tenido trabajo en encontrar multitudes dispuestas para dejarse matar por una causa cualquiera. Nunca se han mos-

trado rebeldes á ninguna tiranía religiosa ó política, tiranía de los vivos y tiranía de los muertos. Para hacerse dueño de ellas basta hacerse querer y hacerse temer, todavía más por el prestigio que por la fuerza.

Violencias efímeras á veces y sumisión ciega lo más á menudo, son dos características opuestas, pero que no se deben separar si se quiere comprender bien el alma de las multitudes. Sus violencias son comparables á las olas tumultuosas que levanta la tempestad en la superficie del Océano pero sin turbar la serenidad de sus aguas profundas. Las agitaciones de la multitud descansan también sobre un fondo inmutable donde nunca llegan los movimientos de la superficie. Están constituídas por los instintos hereditarios cuyo conjunto forma el alma de una raza. Este subtrato es tanto más sólido cuanto más antigua es la raza y más fijeza posee por consiguiente.

Los socialistas creen que arrastrarán fácilmente á las multitudes, pero bien pronto descubrirán que en este medio se encuentran, no sus aliados, sino sus más inflexibles enemigos. Las multitudes podrán sin duda, en su cólera, conmover un día furiosamente el edificio social, pero al día siguiente aclamarán al primer César cuyo penacho vean aparecer y que les prometa restablecer lo que han destrozado. Lo que en realidad domina á las multitudes, en los pueblos que tienen un largo pasado, no es la movilidad sino la estabilidad. Sus instintos destructores y revolucionarios son efímeros, sus instintos conservadores tienen una tenacidad extraordinaria. Sus instintos destructores podrán permitir que el socialismo triunfe un instante, pero los instintos conservadores no permitirán que dure. En su triunfo, lo mismo que en su caída, no tendrán ninguna parte las pesadas argumentaciones de los teóricos. No ha sonado todavía la hora en que la lógica y la razón sean llamadas á guiar los encadenamientos de la historia.

LIBRO TERCERO

EL SOCIALISMO SEGÚN LAS RAZAS

CAPÍTULO PRIMERO

El socialismo en Alemania.

§ I. *Fundamentos teóricos del socialismo en Alemania.*—Formas científicas del socialismo alemán.—Diferencia entre los principios fundamentales del socialismo alemán y los del socialismo latino.—El racionalismo latino y la concepción evolucionista del mundo.—Los socialistas latinos y los alemanes, partiendo de principios diferentes, llegan á conclusiones prácticas idénticas.—§ II. *Evolución actual del socialismo en Alemania.*—Medios artificiales por los que Alemania ha llegado á un concepto socialista idéntico al de los latinos.—Trasformaciones producidas en el alma alemana por el régimen militar universal.—La absorción progresiva por el Estado, en Alemania.—Trasformación actual del socialismo en Alemania.—Abandono de las antiguas teorías.—Formas anodinas que tiende á revestir el socialismo alemán.

§ I.—Los fundamentos teóricos del socialismo en Alemania.

En Alemania es donde el socialismo ha tomado hoy mayor extensión, sobre todo en las clases medias y superiores. Su historia en aquel país saldría por completo de los límites de esta obra. Si se le consagra algunas páginas es únicamente porque la evolución del socialismo en Alemania podría parecer á primera vista contraria á nuestra teoría sobre la relación íntima que existe entre los conceptos sociales de un pueblo y el alma de este pueblo. Hay seguramente diferencias muy profundas entre el alma latina y el alma alemana; y sin embargo, los socialis-

tas de los dos países llegan con frecuencia á concepciones idénticas.

Antes de mostrar por qué algunos teóricos pertenecientes á razas tan distintas llegan á conclusiones á veces semejantes, indicaremos antes, en pocas líneas, cuánto difiere la manera de razonar de los teóricos alemanes de la de los teóricos latinos.

Después de haberse inspirado durante largo tiempo en ideas francesas, los alemanes inspiran esas ideas á su vez. Su pontífice provisional, porque cambian de ellos á menudo, ha sido mucho tiempo Cárlos Marx. Su misión ha consistido, sobre todo, en tratar de dar una forma científica á especulaciones muy vulgares y muy antiguas, tomadas, como ha demostrado muy bien M. Paul Deschanel, de los escritores franceses é ingleses.

Marx, muy desdeñado hoy, aun por sus antiguos discípulos, ha sido durante más de treinta años el teórico del socialismo alemán. La forma científica y la oscuridad de sus escritos, eran muy seductoras para el espíritu á la vez metódico y nebuloso de los germanos. Pretendía dar por base á su sistema la ley de la evolución de Hegel y la ley de la lucha por la existencia de Darwín. Lo que mueve á las sociedades, según él, no es la necesidad de justicia ó de igualdad, sino la necesidad de comer, y el principal factor de la evolución es la lucha para disputarse el alimento. La lucha de las clases es constante, pero se modifica con los descubrimientos industriales. El empleo de las máquinas ha destruído el régimen feudal y asegurado el triunfo del tercer estado. La evolución de la gran industria ha dividido á los hombres en dos clases nuevas: obreros productores y capitalistas explotadores. El patrón, según Marx, se enriquece á expensas del obrero, no dándole más que la parte más pequeña posible del valor creado por su trabajo. El capital es un vampiro que chupa la sangre del obrero. La riqueza de los capitalistas explotadores crece sin cesar á medida que la miseria del

obrero aumenta. Explotadores y explotados van á entregarse á una guerra de exterminio de donde resultarán la destrucción de la burguesía, la dictadura del proletariado y el establecimiento del comunismo.

La mayoría de estas afirmaciones no ha resistido á la crítica y hoy ya apenas se las discute en Alemania. No han conservado su prestigio más que en los países latinos y sobre ellas se apoya todavía el colectivismo.

Pero lo que hay que retener, sobre todo, de lo que precede, son las tendencias científicas de los socialistas alemanes: en ellas se encuentra el alma entera de su raza. Lejos de considerar, como sus correligionarios latinos, al socialismo como una organización arbitraria que puede crearse é imponerse en todas sus partes, no ven en él más que el desarrollo inevitable de la evolución económica, y profesan un desprecio perfecto por las construcciones geométricas de nuestro racionalismo revolucionario. Enseñan que no hay ya leyes económicas permanentes ni derecho natural permanente, sino sólo formas transitorias. «Las categorías económicas no son categorías lógicas, sino categorías históricas». Las instituciones sociales tienen un valor enteramente relativo y nunca absoluto. El colectivismo es una forma de evolución en la que las sociedades, por el hecho mismo de la evolución económica actual, deben entrar necesariamente.

Este concepto evolucionista del mundo está seguramente tan lejano como es posible del racionalismo latino que, según los ejemplos de nuestros padres de la Revolución, quiere destruir y volver á hacer de nuevo la sociedad.

Aunque partiendo de principios distintos en que se encuentran las características fundamentales de las dos razas, socialistas alemanes y socialistas latinos llegan exactamente á la misma conclusión; rehacer la sociedad haciéndola absorber por el Estado. Los primeros quieren llevar á cabo esta reconstrucción en nombre de la evolu-

ción, cuya consecuencia pretenden que es aquélla. Los segundos quieren verificar la demolición en nombre de la razón. Pero las sociedades del porvenir se les presentan bajo una forma idéntica. Profesan el mismo odio al capital y á la iniciativa privada, la misma indiferencia por la libertad, la misma necesidad de alinear á los individuos, de regirlos por una reglamentación exagerada. Los primeros pretenden, como los segundos, destruir el Estado moderno, pero lo restablecen en seguida bajo otro nombre con una administración que no difiere de la del Estado actual, sino en que poseería atribuciones mucho más extensas.

§ II.—Evolución actual del socialismo en Alemania.

En los pueblos latinos el socialismo de Estado es, como demostraré dentro de poco, una consecuencia de su pasado, la continuación de siglos de centralización y de desarrollo progresivo del poder central. No ocurre enteramente lo mismo en los alemanes. Han sido conducidos por medios artificiales á un concepto de la misión del Estado idéntico al de los pueblos latinos. Este concepto es la consecuencia de la trasformación de las condiciones de existencia y del carácter, causada desde hace un siglo en Alemania por la extensión del régimen militar universal. Esto lo han reconocido perfectamente los escritores alemanes más ilustrados y especialmente Ziegler. El único medio posible de modificar el alma de un pueblo, ó por lo menos sus costumbres y su conducta, es una disciplina militar rígida. Es, en efecto, el único contra el cual no puede luchar el individuo. Se divide en jerarquías y le quita todo sentimiento de iniciativa y de independencia. Se discute, en rigor, con los dogmas, pero ¿cómo discutir las órdenes de un jefe que tiene derecho de vida y

muerte sobre sus subalternos y que puede responder con la prisión á la observación más humilde?

Mientras no ha sido universal, el régimen militar ha constituído un admirable medio de opresión y de conquista para los gobiernos. Ha constituído la fuerza de todos los pueblos que han sabido desarrollarlo y ninguno habría podido subsistir sin él. Pero la edad moderna ha creado el servicio militar universal. En lugar de obrar, como antes, sobre una parte muy reducida de un pueblo, obra sobre el alma entera de ese pueblo. En los países en que ha alcanzado el máximum de desarrollo, como en Alemania, es donde se pueden estudiar mejor sus efectos. Ningún régimen, ni aun el del convento, sacrifica más completamente el individuo á la comunidad, ni se aproxima más al tipo social soñado por los socialistas. En un siglo el militarismo prusiano ha trasformado á Alemania y la ha dispuesto admirablemente para recibir el socialismo de Estado. Recomiendo á nuestros profesores jóvenes que busquen tesis algo menos vulgares que las que eligen muy á menudo, el estudio de las trasformaciones operadas durante el siglo XIX en las ideas filosóficas y sociales de Alemania por la aplicación del servicio militar universal y obligatorio.

La Alemania actual, regida por la monarquía prusiana, no es el producto de una lenta evolución histórica; su unidad reciente se ha llevado á cabo sólo por la fuerza de las armas, á raíz de las victorias de Prusia sobre Austria y Francia. Prusia ha reunido de un golpe, bajo un poder práctico absoluto, gran número de pequeños reinos muy prósperos en otro tiempo. Sobre las ruinas de la vida provincial y local ha constituído una centralización poderosa, que hace pensar en la de Francia bajo Luis XIV y Napoelón. Pero este régimen centralizador no puede dejar de producir, antes de mucho tiempo, los efectos que ha engendrado en todas partes: destrucción de la vida local, sobre todo de la vida intelectual, destrucción de la

iniciativa de los particulares, absorción progresiva de todas las funciones por el Estado. La historia nos muestra que esas grandes monarquías militares no prosperan sino cuando tienen hombres eminentes á su cabeza, y como esos hombres eminentes son raros no prosperan nunca durante mucho tiempo.

La absorción por el Estado ha sido tanto más fácil en Alemania, cuanto que habiendo adquirido la monarquía prusiana un gran prestigio por sus guerras felices, puede ejercer un poder casi sin intervención, cosa que no ocurre en los países en que los gobiernos, trastornados por revoluciones frecuentes, encuentran numerosas trabas al ejercicio de su poder. Alemania es hoy el gran centro del autoritarismo y se puede temer que no será dentro de poco el asilo de ninguna libertad.

Se comprende fácilmente que el socialismo, que exige la extensión cada vez mayor de la intervención del Estado, haya encontrado en Alemania un terreno muy bien preparado. Su desarrollo no podía desagradar en las regiones gubernamentales de una nación tan ordenada en jerarquías y tan militarizada como la Prusia moderna. Los socialistas fueron, pues, vistos con buenos ojos durante mucho tiempo. M. de Bismarck los protegió al principio, y continuarían siendo protegidos si, por una oposición política bastante torpe de su parte, no hubieran terminado por hacerse molestos para el Gobierno.

Se cesó, pues, de protegerlos, y como el imperio alemán es una monarquía militar que puede, á pesar de su forma parlamentaria, revestir muy fácilmente una forma autocrática, se emplearon contra los socialistas procedimientos enérgicos y sumarios. Según el *Vorwœrtz*, en dos años solamente, de 1894 á 1896, los tribunales han dictado contra los socialistas, en procesos de prensa y políticos, sentencias que forman un total de doscientos veintiséis años de cárcel y dos millones ochocientos mil francos de multa.

Sea que estos procedimientos radicales hayan hecho reflexionar á los socialistas, sea sencillamente que la sujeción cada vez mayor de los espíritus, producida por un régimen militar universal muy duro, haya dejado su huella en el alma ya muy disciplinada y muy práctica de los alemanes, lo cierto es que hoy el socialismo tiende á revestir en ellos formas bastante anodinas. Se hace oportunista, se coloca en el terreno exclusivamente parlamentario y renuncia á hacer triunfar sus principios.

La extinción de las clases capitalistas y la supresión de las monopolistas no aparece ya sino como un ideal teórico cuya realización debe estar muy lejana. El socialismo alemán enseña hoy que «como la sociedad burguesa no se ha creado de un golpe solo, no puede ser destruída de un solo golpe». Tiende cada vez más á confundirse con el movimiento democrático en favor de la mejora de las clases trabajadoras, movimiento cuyo resultado más práctico, y seguramente el más útil, ha sido el desarrollo de las asociaciones cooperativas de producción.

Creo, pues, que se debe renunciar á la esperanza que había formulado en otra parte de ver á los alemanes intentar los primeros la instructiva experiencia del socialismo. Prefieren evidentemente dejar esta obra á los pueblos latinos.

Y no es sólo en la práctica donde transigen los socialistas alemanes. Sus teóricos, en otro tiempo tan absolutos y tan bruscos, abandonan cada vez más los puntos esenciales de sus doctrinas. El mismo colectivismo, tan poderoso durante mucho tiempo, se considera ahora como una utopia un poco caduca, buena quizás para que la conserve el público vulgar, pero sin interés real. Por otra parte, el espíritu alemán era demasiado científico y demasiado práctico para no acabar por enterarse de la singular debilidad de una doctrina que merece todavía á nuestros socialistas franceses un respeto tan religioso.

Es interesante consignar con qué facilidad y con qué

rapidez evoluciona el socialismo alemán, no sólo en los detalles de las teorías, sino en sus partes más fundamentales. Asimismo Schulze Delitsch, que, en cierto momento tuvo mucho influjo, concedía gran importancia al movimiento cooperativo, con objeto «de habituar al pueblo á contar con su iniciativa propia para mejorar su condición». Lasalle y todos sus sucesores han sostenido siempre, por el contrario, que «lo que necesitaba sobre todo el pueblo era recurrir más extensamente á la ayuda del Estado».

CAPITULO II

El socialismo en Inglaterra y en América.

§ I. *Los conceptos del Estado y de la educación en los anglo-sajones.*—Lo que importa para un pueblo no es el régimen político que adopta, sino el concepto que se forma de las misiones respectivas del individuo y del Estado.—El ideal social de los anglo-sajones.—Este ideal permanece invariable para ellos bajo los régimenes políticos más diversos.—Las características mentales del anglo-sajón.—Diferencias entre su moralidad privada y colectiva.—Solidaridad, energía, etc.—Los diplomáticos anglo-sajones.—Cómo se mantienen por la educación, las cualidades de la raza.—Característica de la educación anglo-sajona.—Sus resultados.—§ II. *Las ideas sociales de los obreros anglo-sajones.*—Cómo se instruyen y se educan.—Cómo se hacen patronos.—Escasez de los desclasificados.—Por qué los anglo-sajones no desprecian el trabajo manual.—Capacidades administrativas de los obreros anglo-sajones.—Cómo las adquieren.—Los obreros elegidos frecuentemente como jueces de paz en Inglaterra.—Cómo el obrero anglo-sajón defiende sus intereses contra los patronos.—Aversión del obrero inglés por la intervención del Estado.—El obrero americano.—La iniciativa privada y la industria en América.—El colectivismo y la anarquía en América y en Inglaterra.—Sus adeptos sólo se reclutan en los oficios inferiores ejercidos por los obreros menos capaces.—El ejército de los socialistas en los Estados Unidos.—Luchas que habrá que sostener.

§ I.—Los conceptos del Estado y de la educación en los anglo-sajones.

Al comparar el concepto del Estado en los ingleses y en los latinos, es sobre todo cuando se ve aparecer clara-

mente cómo las instituciones son creaciones de raza, y hasta qué punto nombres semejantes pueden disimular cosas profundamente diferentes. Se puede disertar hasta perderse de vista, como han hecho Montesquieu y tantos otros, sobre las ventajas que presenta una república sobre una monarquía y viceversa; pero si vemos pueblos que poseen, bajo régimenes tan diferentes, conceptos sociales idénticos é instituciones muy parecidas, deduciremos que esos régimenes políticos, nominalmente tan diversos, no tienen ningún influjo real sobre el alma de los pueblos que están llamados á regir.

Ya hemos insistido en nuestros libros precedentes sobre esta tesis absolutamente fundamental. En nuestra obra sobre las *Leyes psicológicas de la evolución de los pueblos*, hemos mostrado respecto de pueblos vecinos los ingleses de los Estados Unidos y los latinos de las repúblicas hispano-americanas, cómo, con instituciones políticas muy semejantes, pues las de los segundos son generalmente copia de las de los primeros, la evolución había sido distinta. Mientras que la gran república anglo-sajona está en el más alto grado de prosperidad, las repúblicas hispano-americanas, á pesar de un suelo admirable y de riquezas naturales inagotables, se encuentran en el grado más bajo de la decadencia. Sin artes, sin comercio, sin industria, han caído todas en las dilapidaciones, la quiebra y la anarquía. Han tenido demasiados hombres á su frente para que no haya habido algunos capaces: ninguno ha podido modificar, sin embargo, el curso de sus destinos.

Lo que importa para un pueblo no es, pues, el régimen político que adopta. Este vano vestido exterior carece, como todos los vestidos, de influjo real sobre el que los lleva. Lo que hay que conocer para comprender la evolución de una nación es el concepto que se ha formado de las misiones respectivas del individuo y del Estado. La etiqueta puesta en el frontón del edificio social: república ó monarquía, no posee en sí misma ninguna virtud.

Lo que vamos á decir del concepto del Estado en América y en Inglaterra justificará las afirmaciones precedentes. Habiendo expuesto ya en la obra á que he aludido antes las características del alma anglo-sajona, me limitaré ahora á resumirlas muy brevemente.

Por lo demás, sus cualidades esenciales se pueden enunciar en pocas palabras: iniciativa, energía, voluntad, y, sobre todo, dominio de sí mismo, es decir, posesión de esa disciplina que evita al individuo buscar guías fuera de sí mismo.

El ideal social de los anglo-sajones es muy claro y el mismo bajo la monarquía inglesa que bajo la república de los Estados Unidos. Consiste en reducir á su mínimum la acción del Estado y llevar á su máximum la del individuo; que es exactamente lo contrario del ideal latino. Ferrocarriles, puertos, universidades, escuelas, etc., no son más que creaciones de la iniciativa privada, y el Estado, sobre todo en América, no tiene nunca que ocuparse de ellas.

Lo que impide á los demás pueblos comprender bien el carácter inglés, es que se olvidan de establecer una separación muy clara entre la conducta individual del inglés respecto de los ingleses y su conducta colectiva respecto de los demás pueblos. Su moralidad individual es, en general, muy estricta. El inglés como hombre privado, es muy concienzudo, muy honrado y generalmente respetuoso con sus compromisos; pero cuando los hombres de Estado obran en nombre de los intereses colectivos de Inglaterra ocurre muy de otro modo. Su falta de escrúpulo es á veces completa. Un individuo que iría á proponer á un ministro inglés la ocasión de enriquecerse sin peligro haciendo estrangular á una vieja millonaria, sería seguramente enviado al punto á la cárcel; pero si un aventurero cualquiera M. Jameson por ejemplo, va á proponer á un hombre de Estado inglés, supongo que á Mr. Chamberlain, reunir una cuadrilla de bandidos, invadir á mano ar-

mada el territorio mal defendido de una pequeña república del Sur de Africa, asesinar á una parte de sus habitantes y después apoderarse del pais, aumentando así la ria queza de Inglaterra, el aventurero está seguro de tener la mejor acogida y de ver su proposición inmediatamente aceptada. Si tiene éxito, la opinión irá en su favor. Por procedimientos análogos los hombres de Estado ingleses han logrado conquistar la mayor parte de los pequeños reinos de la India. Se observará, por otra parte, que estos procedimientos son enteramente análogos á los empleados por los demás pueblos en materia de civilización. Si llaman más la atención cuando los usan los ingleses, es porque estos últimos, como son más audaces y más hábiles, ven con más frecuencia sus empresas coronadas por el éxito. Las pobres elucubraciones que los autores de libros califican de derecho de gentes, derecho internacional, no representan más que una especie de código de cortesía teórica, propia únicamente para utilizar los ocios de jurisconsultos viejos, demasiado fatigados para entregarse á una ocupación útil. En la práctica se las concede exactamente la m sma importancia que á las fórmulas de consideración ó de amistad con que terminan las cartas diplomáticas.

El inglés posee respecto de los individuos de su raza, pues los demás no se cuentan para él, sentimientos de solidaridad que ningún pueblo posee en el mismo grado. Estos sentimientos dependen de una comunidad de ideas que resulta de que el alma nacional inglesa está muy sólidamente constituída. Un inglés aislado en un punto cualquiera del mundo se considera como representante por sí sólo de Inglaterra y considera como un estricto deber obrar en interés de Inglaterra. Esta es para él la primera potencia del universo, la única que tenga importancia.

«En los países en que ha conquistado ya la preponde-

rancia, sobre todo en los que ambiciona el inglés, escribe el corresponsal del *Temps* en el Transvaal, establece desde el principio como un axioma su superioridad sobre todos los demás pueblos del mundo. Por su perseverancia y su tenacidad, por su unidad y su arreglo, introduce sus costumbres, sus placeres, su lengua, sus periódicos, ¡y hasta llega á implantar su cocina! Considera á las demás naciones con un desprecio soberano, hasta con hostilidad cuando sus representantes se muestran inclinados ó resueltos á disputarle un pequeño lugar en el sol colonial. Inglaterra no es sólo el *paramount power*; es ademas la primera, la única nación del mundo.»

Esta solidaridad, tan rara en los latinos, da á los ingleses una fuerza irresistible. Ella es la que hace tan poderosa en todas partes su diplomacia. Como el alma de la raza está fija desde hace mucho tiempo, sus diplomáticos piensan todos de la misma manera sobre las cuestiones esenciales. Son quizá, de todos los agentes de las diversas naciones los que reciben menos instrucciones, y, sin embargo, son los que tienen más unidad de acción y espíritu de consecuencia. Se les puede considerar como piezas sustituíbles unas por otras. Un diplomático inglés cualquiera al suceder á otro, obrará idénticamente como aquél (1). En los latinos, es absolutamente lo contrario. Hemos tenido en Tonkin, en Madagascar y en las otras colonias tantos sistemas políticos como gobernadores y

(1) Yo había creído que esta afirmación era evidente para toda persona que haya viajado y observado, hasta el día en que la expuse en una reunión á que asistían varios diplomáticos franceses. Aparte de un almirante que fué enteramente de mi opinión, provoqué en la concurrencia protestas unánimes. ¡Diplomáticos sustituíbles unos por otros! ¿No es esto la negación misma de la diplomacia? ¿Para qué serviría entonces la inteligencia, etc., etc.? Una vez más pude medir la profundidad del abismo que separa los conceptos latinos de los conceptos anglo-sajones y cuán irremediable es nuestra impotencia colonial.

ya se sabe si cambian á menudo estos funcionarios. El diplomático francés hace política; pero es incapaz de tener una política.

Las cualidades hereditarias de la raza inglesa se mantienen cuidadosamente por la educación, tan profundamente distinta de la nuestra. Indiferencia y hasta desprecio á la instrucción que dan los libros; consideración muy elevada para todo lo que desarrolla el carácter; enseñanza superior y escuelas secundarias más que medianas, pocas Universidades ó ninguna, por lo menos en Inglaterra. El ingeniero, el agrónomo, el hombre de ley (abogado, magistrado, etc.), se forman prácticamente en un taller, en un *office*. El aprendizaje profesional domina en todas partes sobre la enseñanza por los libros y los discursos. Ciertos estudios primarios, hechos en cualquiera de las escuelas debidas á la iniciativa privada y que se dejan á los quince años, se consideran en Inglaterra como ampliamente suficientes.

La enseñanza secundaria inglesa se hace, ya en la casa paterna con ayuda de los cursos nocturnos, ya en colegios establecidos generalmente en el campo y sin ninguna analogía con nuestros liceos. La parte reservada al trabajo intelectual es muy pequeña; la reservada al trabajo manual (ebanistería, albañilería, jardinería, trabajos de granja, etc.), es preponderante. Hasta hay escuelas en que los alumnos que se destinan á las colonias se entregan á todos los pormenores de la ganadería, de la agricultura, de la construcción, fabricando ellos mismos todos los objetos que puede tener que fabricar un colono sólo en un país desierto. En ninguna parte se hace competir entre sí á los alumnos, ni se les da premios. Los ingleses consideran la emulación como una forma de la envidia, despreciable y peligrosa. Se enseñan las lenguas, la Historia Natural, la Física, pero siempre de una manera práctica: las lenguas, hablándolas; las ciencias, haciendo siempre manipular y con frecuencia fabricar los instrumentos. Hacia los quince

años, el alumno deja el colegio, viaja y elige una profesión.

Esta instrucción, en apariencia muy sumaria, no impide que los ingleses tengan un grupo selecto de sabios y de pensadores igual al de los pueblos que poseen las más doctas escuelas. Estos sabios, reclutados fuera de las Universidades y de los concursos, se caracterizan, sobre todo por una originalidad que sólo pueden poseer los espíritus que se han formado por sí mismos, y que no manifiestan nunca los que han sido vaciados en un molde idéntico sobre los bancos de las escuelas. (1)

Esta originalidad en la forma y en el pensamiento se encuentra hasta en las obras de ciencia, donde parece que es el lugar en que menos desarrollo pudiera tomar. Compárense, por ejemplo, los libros de física de Tyndall, Tait, lord Kelvin, etc., con las obras análogas escritas por nuestros profesores. La originalidad, la demostración expresiva y visible, se encuentran en cada página, mientras que los libros correctos y fríos de nuestros profesores están copiados todos del mismo modelo. Cuando se ha leído uno, se puede ahorrar el trabajo de leer los demás. Su objeto no es de ningún modo la ciencia en sí misma, sino la preparación para su examen. Por lo demás, ya tienen buen cuidado de anunciarlo así en la portada.

---

(1) Las grandes escuelas, como Cambridge, Oxford, Eton, etcétera, á que asisten únicamente los hijos de la alta aristocracia y en que el precio del internado es de unos 6.000 francos, forman una ínfima minoría, pues no cuentan más de 6.000 alumnos. Son los últimos refugios del tema latino y del verso griego; pero los cursos de remar representan allí un papel mucho más importante. Los alumnos gozan, por otra parte, de la más extraordinaria libertad, lo cual les enseña á conducirse enteramente solos; punto que un inglés considera con razón como la base de la educación. Los juegos en que hay que saber mandar y obedecer, se consideran como una escuela de disciplina, de solidaridad y de tenacidad infinitamente más útil que el arte muy inferior, y en todo caso muy inútil, de componer temas y disertaciones.

En resumen: el inglés trata de hacer de sus hijos hombres equipados para la vida, aptos para conducirse por sí mismos y para evitar esa tutela perpetua á que no saben sustraerse los latinos. Esta educación da, sobre todo y ante todo, el *self-control*—lo que yo he llamado la disciplina interna,—que es la virtud nacional de Inglaterra y que casi habría bastado para asegurar su prosperidad y su dicha.

Los principios que preceden son consecuencia de los sentimientos que, en conjunto, constituyen el alma inglesa, y por eso debemos encontrarlos naturalmente en todos los países habitados por la misma raza y especialmente en América. En efecto, allí se encuentran; y M. de Chasseloup-Laubat, un observador sensato, se expresa así sobre esta cuestión:

«La manera cómo comprenden los americanos la misión social de la enseñanza, es también una de las causas de la estabilidad de sus instituciones: aparte de un mínimum de conocimientos que creen que se deben dar al niño en las escuelas primarias, piensan que la educación general y no la instrucción, debe ser el objeto principal de los pedagogos. A sus ojos, la educación física, es decir, el desarrollo de la energía y de la resistencia, ya se trate del cuerpo, del espíritu ó del carácter, constituye para cada individuo el factor principal del éxito. Cierto es que la potencia de trabajo, la voluntad de conseguir algo y el hábito de repetir sus esfuerzos sobre un punto determinado son fuerzas inestimables, pues pueden aplicarse á cada instante y en todas las profesiones: la instrucción, por el contrario, debe cambiar con la situación que se tiene y las funciones á que se dedica uno.»

Preparar á los hombres para vivir y no para ganar diplomas, es lo que constituye el ideal de los americanos. Desarrollar la iniciativa y la fuerza de la voluntad, acostumbrar á pensar por sí mismo, son los resultados obtenidos. Hay larga distancia, como se ve, de estas ideas á

las ideas latinas. Al avanzar en este estudio, veremos acentuarse cada vez más las diferencias.

§ II.—Las ideas sociales de los obreros anglo-sajones.

Pero en Inglaterra no es en las clases acomodadas, sino sobre todo entre los obreros donde se reclutan los socialistas. Debemos, pues, salir de las generalidades que preceden y buscar los orígenes de instrucción y de educación del obrero anglo-sajón y el modo cómo se forman sus ideas.

Su instrucción y su educación difieren poco de la de las clases burguesas. Se hacen igualmente por el contacto con las cosas y de ningún modo por el influjo de los libros. Por este mismo motivo no puede existir en Inglaterra ese abismo profundo creado entre las clases por los concursos y los diplomas en las naciones latinas. Se puede encontrar á veces en Francia un obrero de fábrica ó de minas convertido en patrón. No se encontrará uno solo que hubiera llegado á ser ingeniero oficial, pues para serlo hay que pasar primero por las escuelas que dan los diplomas y sólo los dan á los que han entrado antes de los veinte años. El obrero inglés, si tiene la capacidad suficiente, se hace contramaestre y después ingeniero; y hasta es este el único medio de hacerse ingeniero. (1) Nada más democrático; y con un régimen así, no puede haber fuerzas perdidas ni, sobre todo, desclasificados. A nadie se le

(1) Suponiendo que un joven inglés de familia rica quisiese ser ingeniero sin haber sido obrero asalariado, no tiene otro recurso que entrar durante dos ó tres años en una gran fábrica, pagando muy caro su aprendizaje. Las buenas casas de construcción le pedirán generalmente 2.500 francos por año. Los resultados obtenidos muestran el valor de este sistema de educación práctica, tan distinto del nuestro. Ingenieros ingleses son los que se encuentran á la cabeza de los trabajos más importantes del mundo.

ocurrirá despreciar el trabajo manual, tan ignorado y desdeñado por nuestros bachilleres y licenciados, pues este método de trabajo manual constituye para todas las clases un período de tradición necesario.

Acabamos de ver cuáles son los orígenes de la instrucción técnica del obrero inglés; veamos ahora los de su instrucción teórica, instrucción tan necesaria cuando sigue ó acompaña á la práctica, pero no la precede. Como la escuela primaria no le ha suministrado más que rudimentos, experimenta por sí mismo la necesidad de completarlos, y á este estudio complementario, cuya utilidad siente, aporta toda la energía de su raza. Adquiere fácilmente el complemento necesario mediante esos cursos nocturnos que la iniciativa privada ha fundado en todas partes y cuyas materias están siempre en relación con lo que los oyentes aprenden prácticamente en la mina y el taller. Así tienen constantemente los med os de comprobar la utilidad de lo que aprenden.

A esta fuente de instrucción teórica se agregan las bibliotecas populares fundadas por todas partes, y también los periódicos. No se puede hacer ninguna comparación entre el periódico francés, tan fútil, y que no tendría un lector del otro lado de la Mancha, con el periódico inglés, tan rico en informaciones precisas de todas clases. Los periódicos de invenciones mecánicas, como el *Engineering,* tienen sobre todo por lectores á los obreros. Las hojas más populares de las pequeñas localidades están nutridas de datos sobre las cuestiones económicas é indus. triales en todas las partes del globo. M. de Rouziers habla de sus conversaciones con obreros de fábrica, cuyas reflexiones le han mostrado que «están mucho mejor informados de lo que ocurre sobre el globo que la gran mayoría de los franceses que han recibido lo que se ha convenido en llamar una educación liberal». Cita una discusión que tuvo con uno de ellos sobre la cuestión del bimetalismo, los efectos de la tarifa de Mac Kinley, etc. Nada de

frases elegantes en su interlocutor, sino observaciones prácticas y justas.

Esto en cuanto á la instrucción teórica. Pero, ¿cómo adquirirá el obrero, además, esos conocimientos económicos generales que ejercitan el juicio y que permiten dirigir los negocios? Sencillamente tomando parte en la dirección de las empresas que le interesan en lugar de hacerlas administrar por el Estado ó por un patrón. Los más pequeños centros obreros poseen sociedades de cooperación, de socorro, de resistencia y otras, dirigidas únicamente por obreros. Así se encuentran diariamente en contacto con las realidades y aprenden pronto á no chocar con imposibilidades y quimeras. «Por la multitud de estas sociedades de dirección autónoma para la cooperación, el trade-unionismo, la templanza, los socorros mútuos, etc., la Gran Bretaña, escribe M. de Rouziers, prepara generaciones de ciudadanos capaces y se pone así en estado de sufrir sin revolución violenta las trasformaciones políticas que pudieran presentarse». Como prueba de la capacidad práctica que los obreros acaban por adquirir, el autor hace notar que en un solo año se han elegido en Inglaterra 70 obreros como jueces de paz y que se cuentan 12 de entre ellos en el Parlamento, entre los cuales un subsecretario de Estado. Las sumas colocadas por los obreros en las trade-unions, las sociedades privadas, las cajas de ahorro, se estiman en ocho mil millones.

Es fácil demostrar que esto es únicamente resultado de los caracteres de raza y no de influjos del medio, pues otros obreros, puestos al lado de los precedentes, en condiciones absolutamente idénticas, no presentan de ningún modo las cualidades que acabo de describir. Tales son, por ejemplo, los obreros irlandeses de los talleres ingleses. M. de Rouziers, después de otros muchos, ha observado su inferioridad, comprobada igualmente en América. «No muestran el deseo de educarse y están sa-

tisfechos con tener que comer». En América apenas se les ve, como ocurre también con los italianos, ejercer otras profesiones que la de mendigos, políticos, albañiles, domésticos ó traperos.

Muy empapado en las necesidades económicas, el obrero inglés sabe perfectamente discutir sus intereses con el patrón, é imponérselos en caso de necesidad por una huelga; pero no le envidia, no le odia, precisamente porque no le considera de esencia diferente de la suya. Sabe perfectamente lo que gana el patrón y, por consiguiente, lo que puede dar. Sólo se arriesgará á una huelga si, después de una madura deliberación, ha visto que la distancia entre la retribución del capital y la del trabajo es demasiado grande. «No se puede abusar sériamente de un patrón, por dos razones: si se abusa, se le arruina, y si se le arruina, ya no es un patrón.» La idea de obligar al Estado á intervenir entre el obrero y el patrono, tan querida de nuestros socialistas, es enteramente antipática al obrero inglés. Pedirle una pensión de retiro para los obreros, parecería á la vez inmoral y absurdo. Taine, en sus notas sobre Inglaterra, había señalado ya esta aversión del obrero inglés á la protección del Gobierno, y oponía esta aversión característica al llamamiento constante de los obreros franceses al Estado.

Lo mismo que en el continente, el obrero inglés es víctima de los trastornos económicos y de las ruínas que ocasionan; pero tiene demasiado sentido de las necesidades y hábito de los negocios para echar la culpa de esos accidentes al patrón. Desdeña por completo los ditirambos sobre los explotadores y el infame capital, que tanto agradan á los jefes latinos. Sabe muy bien que la cuestión obrera no se limita á conflictos entre el capital y el trabajo, sino que capital y trabajo están dominados por un factor mucho más poderoso: la clientela. Sabrá, pues, doblegarse á los paros ó á las reducciones de salario cuando las juzgue inevitables. Gracias á su iniciativa y á

su educación, hasta sabrá cambiar de oficio en caso de necesidad. M. de Rouziers cita á los albañiles que van seis meses al año á los Estados Unidos para encontrar allí trabajo; á otros obreros que, viéndose arruinados por la importación de las lanas de Australia, enviaron delegados á estudiar la cuestión sobre el terreno. Compraron la lana colonial en el punto de producción y trasformaron en seguida, por un comercio nuevo, las condiciones de existencia de su región.

Tal vigor, tal iniciativa, tales capacidades entre obreros parecería muy extraordinaria en país latino. No hay más que atravesar el Océano para encontrarlas más desarrolladas en los anglo-sajones de América (1). Allí, sobre todo, es donde no hay que contar nunca con el Estado. No podría germinar en un cerebro americano la idea de pedir á aquél que crease ferrocarriles, puertos, universidades, etc. La iniciativa privada solamente basta para todo esto. Donde esta iniciativa se ha mostrado maravillosa ha sido sobre todo en la creación de esas inmensas líneas de ferrocarriles que surcan la gran república. Ninguna empresa muestra mejor que ésta el abismo que separa al alma latina del alma anglo-sajona, desde el punto de vista de la independencia y de la iniciativa. La industria de los ferrocarriles no se considera en los Estados Unidos más que como una industria cualquiera. Creada por asociaciones de particulares, sólo se mantiene cuan-

(1) Para todo lo que se refiere á la mecánica y á la gran industria, la superioridad de los obreros americanos no se discute hoy día. A pesar de los gastos enormes de trasportes, las máquinas americanas, especialmente locomotoras, se introducen cada vez más en Europa. He aquí cómo se expresaba hace poco en la *Revue Scientifique* un ingeniero inglés: «Las locomotoras americanas pueden construirse á menos precio por unidad de peso que las locomotoras europeas, aunque los salarios pagados en América son bastante más elevados que los que se pagan en Europa. Esta diferencia capital se explica por las *cualidades características del obrero americano,* y por un empleo probablemente más extendido de las máquinas-herramientas.»

do es productiva. A nadie se le ocurrirá que los accionistas pudieran, como en Francia, estar retribuídos por el gobierno (1). Las mayores líneas actuales se han comenzado siempre en pequeña escala para limitar los riesgos. La línea no se extiende sino cuandos los comienzos tienen éxito. Por este medio tan sencillo, las líneas americanas han tomado una extensión á que no llega ninguna nación europea, á pesar de la protección de sus gobiernos. Nada más sencillo, sin embargo, que la máquina administrativa que dirige esas inmensas redes: un número muy reducido de jefes de servicio, interesados y responsables, bastan para administrarlas.

«Examinemos, escribe M. L.-P. Dubois, el funcionamiento sencillo, preciso, rápido, de la máquina administrativa. Nada de oficinas; nada de comisarios irresponsables que preparen los informes que los jefes firman sin leer; la divisa es: cada uno para sí. El trabajo, esencialmente divido, está al mismo tiempo descentralizado; de lo alto á lo bajo de la escala, cada uno tiene sus atribuciones y su responsabilidad propia, y hace todo por sí mismo: este es el mejor sistema para hacer que valgan las cualidades individuales. Como personal auxiliar, no vemos más que á los *boys* que hacen los recados y á las *typewriter girls* que escriben en máquina las cartas que acaban de taquigrafiar al dictado. Nada se retrasa: *Toda cuestión debe resolverse en las veinticuatro horas.* Todo el mundo está ocupado, recargado y desde el presidente hasta el simple *clerk*, todos trabajan nueve horas diarias. Por lo demás, una gran administración de ferrocarril ocupa poco personal y poco sitio: la *Chicago Burlington and Quincy* que explota en el Oeste más de diez mil kilóme-

(1) Todas las compañías de ferrocarriles franceses, salvo una, se ven obligadas á recurrir á la garantía de intereses. El Estado tiene la obligación de pagar á sus accionistas sumas enormes que pesan enormemente sobre el presupuesto.

tros de líneas, no ocupa más que un piso de su *Building* en *Adam's street*, en Chicago; la *Saint Paul* hace lo mismo.

»El presidente dirige efectivamente el conjunto del negocio: es el general en jefe. Es universal; todas las cuestiones importantes de cada servicio llegan hasta él: se convierte sucesivamente en ingeniero, economista, financiero, abogado ante los tribunales, diplomático en sus relaciones con los legisladores; está siempre en la brecha. A menudo, un presidente ha pasado sucesivamente por todos los grados de su administración activa ó sedentaria; los hay que han comenzado por ser mecánicos al servicio de la compañía que dirigen hoy. Todos son hombres de alto valor que caracterizan bien el tipo superior del *business man* americano, formado por la práctica y conducido por ella á las ideas generales.»

Todo lo que precede deja presentir fácilmente que pocas probabilidades de éxito pueden tener en los anglo-sajones nuestras ideas del socialismo de Estado, tan naturales en los latinos. No es, pues, de asombrar que estallen inmediatamente los más profundos desacuerdos entre los delegados de los obreros anglo-sajones y los de los obreros latinos cuando están juntos en los congresos socialistas. La raza inglesa debe su poder al desarrollo de la iniciativa privada y á la limitación de las atribuciones del Estado. Va, pues, en sentido inverso del socialismo y no prospera más que por esto.

Lo cual no quiere decir seguramente que América é Inglaterra no sepan también predicar las peores formas del colectivismo y aun de la anarquía. Desde hace muchos años se señalan los progresos del socialismo en Inglaterra, pero también se señala el hecho de que reclute casi exclusivamente sus adeptos entre los oficios mal pagados, y ejercidos, en consecuencia, por los obreros menos capaces, es decir, por esos inadaptados á que consagraremos

más adelante un capítulo. Estos son los que reclaman, y los únicos que tienen interés en reclamar la nacionalización del suelo y de los capitales y la intervención protectora del Estado.

Pero, en los Estados Unidos sobre todo, es donde los socialistas poseen un inmenso ejército de sectarios. Este ejército se hace cada vez más numeroso y más amenazador. Reclutado en la ola creciente de inmigrantes de sangre extranjera, sin recursos, sin energía é inadaptados á las condiciones de existencia de su nueva patria, forman ahora un inmenso sobrante. Los Estados Unidos presienten ya el día en que habrá que trabar sangrientas batallas contra esas multitudes y emprender luchas de exterminio sin cuartel que recordarán, pero en mucho mayor escala, la destrucción de las hordas bárbaras que tuvo que llevar á cabo Mario para salvar de su invasión á la civilización romana. Quizá sólo al precio de semejantes hecatombes se podrá salvar la causa sagrada de la independencia del hombre y del progreso de la civilización que muchos pueblos parecen dispuestos á abandonar hoy.

CAPÍTULO III.

Psicología de los pueblos latinos.

§ I. *Cómo se determina el verdadero régimen político de un pueblo.*—Necesidad de remontarse á los orígenes de las instituciones para comprender su génesis.—Cómo se llega á ver detrás de las instituciones aparentes, los principios de gobierno de un pueblo.—Las instituciones teóricas no son á menudo más que vestidos prestados.—§ II. *El estado mental de los pueblos latinos.*—Lo que hay que entender por pueblos latinos.—Sus características.—Vivacidad de la inteligencia.—Debilidad de la iniciativa y de la voluntad.—Amor á la igualdad é indiferencia por la libertad.—Necesidad de guías.—Culto de las palabras y de la lógica.—Oposición entre el espíritu anglo-sajón y el espíritu latino, desde el punto de vista de la lógica.—Consecuencias.—Desarrollo de la sociabilidad en los latinos y debilidad de la solidaridad.—Las cualidades que en otro tiempo han dado la superioridad á los latinos, son inútiles hoy.—Misión del carácter y de la inteligencia en el desarrollo de las civilizaciones.

§ I.—Cómo se determina el verdadero régimen político de un pueblo.

El estudio del socialismo en los anglo-sajones nos ha mostrado que las teorías socialistas chocarían en estos pueblos contra caracteres de raza que harían imposible su desarrollo. Vamos á ver, por el contrario, que en los pueblos llamados latinos el socialismo es la consecuencia de una evolución anterior, de un régimen á que se han sometido inconscientemente desde hace mucho tiempo y cuyo desarrollo reclaman cada vez más.

Por razón de la importancia de la cuestión, se necesi-

tará consagrarle algunos capítulos. No se comprende la marcha progresiva de ciertas instituciones más que remontándose á sus raices. Cuando una institución cualquiera prospera en un pueblo, se puede estar bien seguro de que es el florecimiento de toda una evolución anterior.

Esta evolución no siempre es visible porque, sobre todo en los tiempos modernos, las instituciones constituyen con frecuencia vestidos prestados, creados por teóricos y que, como no se amoldan á ninguna realidad, no poseen ninguna acción. Estudiar las instituciones y constituciones exteriores, saber que los pueblos están en monarquía ó en república no enseña nada y no hace más que falsear el espíritu. Hay países, las repúblicas hispanoamericanas por ejemplo, que poseen constituciones escritas admirables, instituciones perfectas y, sin embargo, están sumidas en la más completa anarquía, bajo el despotismo absoluto de pequeños tiranos, para cuyas fantasías no hay ningún límite. En otros puntos del globo se encuentran, por el contrario, países que viven bajo un régimen monárquico y aristocrático, que tienen la constitución más oscura y más imperfecta que puede soñar un teórico y en que, sin embargo, la libertad, las prerrogativas y la acción personal de los ciudadanos están más desarrolladas que lo han estado nunca en ningún pueblo.

El procedimiento más eficaz para descubrir, detrás de las vanas formas exteriores, el verdadero régimen político de un pueblo, es estudiar en los pormenores de los negocios públicos los límites recíprocos de la acción del Estado. En cuanto se penetra en este estudio, los vestidos alquilados desaparecen y surgen las realidades. Entonces se ve bien cuán vanas son todas las discusiones teóricas sobre el valor de las formas externas de los gobiernos y de las instituciones; y se concibe claramente que un pueblo no puede elegir las instituciones que le han de regir realmente, lo mismo que un individuo no puede elegir su edad. Las instituciones teóricas tienen poco más ó menos el

mismo valor que los artificios de que se vale el hombre para disimular sus años. La realidad no se muestra al observador poco atento, pero esta realidad no deja de existir.

Ya hemos intentado en varias obras la demostración de lo que precede. El examen del socialismo en los diversos pueblos suministra nuevos elementos á esta demostración. Antes de emprender su estudio en los pueblos latinos, daremos un breve bosquejo de la psicología de estos pueblos.

§ II.—El estado mental de los pueblos latinos

Ya sabe el lector lo que queremos decir con los términos pueblos latinos, razas latinas. La palabra raza no la entendemos de ningún modo en el sentido antropológico, pues desde hace mucho, excepto en los pueblos salvajes, las razas puras han desaparecido casi. En los pueblos civilizados no queda ya más que lo que hemos llamado en otra parte razas históricas, es decir, creadas en un todo por los sucesos de la historia. Estas razas se forman cuando un pueblo, comprendiendo á veces elementos de orígenes muy diversos, ha estado sometido durante siglos á condiciones análogas de medio, á un género de vida común, á instituciones y á creencias comunes, á una educación idéntica. A menos que las poblaciones que están en presencia no sean de orígenes muy diferentes, como por ejemplo los irlandeses sometidos á la dominación inglesa y las razas heterogéneas sometidas á la dominación austriaca, se funden y adquieren un alma nacional, es decir, sentimientos, intereses, modos de pensar semejantes.

Esta obra no se hace en un día; pero sólo se forma un pueblo, se constituye una civilización, se determina una raza histórica cuando se ha acabado la creación de un alma nacional.

Sólo cuando esto se ha terminado, es cuando el polvo de los individuos sin cohesión, reunidos por los azares de las conquistas, de las invasiones ó de las anexiones, forma un pueblo homogéneo. Su fuerza se hace entonces muy grande, porque posee un ideal común, una voluntad común y es capaz de grandes esfuerzos colectivos. Todos los hombres de la raza así formada se determinan en sus actos según principios semejantes; sobre todas las cuestiones religiosas ó políticas tendrán ideas análogas. En la manera de tratar un asunto cualquiera comercial, diplomático ó industrial, se manifestará inmediatamente el alma de su raza.

Como tipo de pueblo que ha adquirido un alma nacional bien determinada, se puede citar á los ingleses; su alma nacional se traduce en los menores actos. En un pueblo así la descentralización no ofrece peligro, porque cada pequeño centro animado de un pensamiento común perseguirá la obra común.

En los latinos, compuestos de poblaciones poco homogéneas, muy divididos en todas las cuestiones y sin haber adquirido todavía un alma nacional sólida, se necesita un régimen centralizador rígido para impedir que se disocien. Sólo él puede reemplazar al alma común que estos pueblos no han adquirido todavía.

Esta expresión de pueblos latinos se aplica á pueblos que quizá no tienen nada de latino en la sangre, que difieren mucho entre sí pero que durante largos siglos han estado sometidos al yugo de las ideas latinas. Son latinos por los sentimientos, las instituciones, la literatura, las creencias, las artes, y su educación continúa manteniendo en ellos las tradiciones latinas... A partir del Renacimiento escribe M. Hanotaux, la imagen de Roma se inscribió en caracteres indelebles sobre la cara de Francia... Durante tres siglos la civilización francesa no puede ser más que un plagio de la civilización romana. ¿No lo es todavía?

En un trabajo reciente publicado con motivo de una nueva edición de la *Historia romana* de Michelet, M. Gaston Boissier defiende la misma idea. Hace observar justamente que «heredamos de Roma la mayoría de lo que somos; cuando penetramos en nosotros mismos, encontramos un fondo de sentimientos, de ideas que aquélla nos ha dejado, que nada ha podido hacérnoslo perder y sobre el cual se apoya todo el resto.

Los caracteres más generales de la psicología de los pueblos latinos pueden resumirse en algunas líneas.

Poseen, especialmente los celtas, esas particularidades fundamentales de tener, con una inteligencia muy viva, una iniciativa y una constancia de voluntad muy débiles. Incapaces de largos esfuerzos, gustan de que los guien, se disculpan siempre con sus jefes y nunca consigo mismos, de sus fracasos. Dispuestos, como decía ya César, á emprender guerras sin motivos, se abaten á los primeros reveses. Tienen una movilidad femenina, ya calificada de achaque galo por el gran conquistador. Esta movilidad les hace esclavos de todos sus impulsos. Su característica, quizá más clara es esa falta de disciplina interna que, permitiendo al hombre guiarse por sí mismo, le impide que se deje guiar.

El fondo de las cosas les deja generalmente muy indiferentes; sólo su aspecto exterior los apasiona. Parecen muy versátiles, muy inclinados á las revoluciones, pero son en realidad por el contrario prodigiosamente conservadores. Sus revoluciones se hacen sobre todo por palabras, (1) apenas cambian otra cosa que palabras.

Por estas palabras, cuyo mágico imperio sufren los latinos, no dejan de desgarrarse sin ver de qué ilusiones son

(1) No hay país, decía hace poco M. P. Baudin en su discurso ministerial, en que las ideas nuevas encuentren más fácilmente hombres que las acepten como un apostolado. Pero en cambio no hay país en que las rutinas estén más fortificadas: sostienen resueltamente el asalto del pensamiento científico.

víctimas. No hay pueblos en que los partidos políticos sean más numerosos y más hostiles entre sí, y quizá no se citaría ninguno en que haya en política una más perfecta unanimidad de pensamiento. El ideal común á todos los partidos, de los más revolucionarios á los más conservadores, es siempre el absolutismo del Estado. El *Estatismo* es el único partido político de los latinos. El alma de un jacobino, de un monárquico, de un clerical ó de un socialista, apenas difieren sobre este punto. ¿Y cómo podrían d ferir si son hijas de un mismo pasado y están sujetas al mismo yugo del pensamiento de los muertos? Bajo nombres diversos estamos condenados á adorar durante mucho tiempo á los mismos dioses.

Los latinos parecen muy aficionados á la igualdad y son muy envidiosos de todas las superioridades; pero se descubre fácilmente bajo esta necesidad aparente de igualdad una red intensa de desigualdad. No pueden sufrir que nadie esté encima de ellos, porque querrían ver á todo el mundo bajo ellos. Consagran una gran parte de su tiempo á tratar de obtener títulos y condecoraciones que les permitan señalar su desdén por los que no los han obtenido; de abajo á arriba es la envidia y de arriba á abajo es el desprecio.

Si su necesidad de desigualdad es muy grande, en cambio su necesidad de igualdad es muy débil. En cuanto poseen ésta, tratan de ponerla en manos de un dueño, á fin de tener una dirección y una regla, sin las cuales no pueden vivir. Su misión histórica no ha sido importante sino cuando han tenido grandes hombres á su frente; por ésto, por un instinto secular, los buscan siempre.

Fueron en todo tiempo grandes dialécticos, amigos de las palabras y de la lógica. Muy poco preocupados por os hechos, gustan mucho de las ideas con la condición de que sean sencillas, generales y estén presentadas en bonito lenguaje. Las palabras y la lógica han sido siempre los más terribles enemigos de los pueblos latinos. «Los

franceses, escribe M. de Moltke, toman siempre las palabras por hechos.» Los otros pueblos hacen lo mismo. Se ha observado justamente que, mientras los americanos atacaban á los filipinos, las Cortes españolas sólo se ocupaban en hacer discursos pomposos y en provocar crisis en que los partidos se arrancaban el poder, en lugar de esforzarse por tomar las medidas necesarias para defender los últimos vestigios de su patrimonio nacional.

Se levantaría una inmensa pirámide, más alta que la mayor de Egipto, con los cráneos de las víctimas de las palabras y de la lógica en los latinos. Un anglo-sajón se acomoda á los hechos y á las necesidades, no censura á su gobierno por lo que le ocurre y se preocupa muy poco de las indicaciones aparentes de la lógica. Cree en la experiencia y sabe que la razón no guía á los hombres. Un latino deduce siempre todo de la lógica y reconstituye la sociedad en todas sus partes sobre planos trazados según las luces de la razón. Este fué el sueño de Rousseau y de todos los escritores de su siglo. La Revolución no hizo más que aplicar sus doctrinas. Ninguna decepción ha conmovido todavía el poder de semejantes ilusiones. Esto es lo que Taine llamaba el espíritu clásico: «Aislar algunas nociones muy sencillas y muy generales; después, abandonando la experiencia, compararlas, combinarlas y del compuesto artificial así obtenido, deducir por un poco de razonamiento todas las consecuencias que contiene.» El gran escritor ha sorprendido admirablemente los efectos de esta disposición mental en los discursos de nuestras asambleas revolucionarias:

«Recorred las arengas de tribuna y de club, los informes, los proyectos de ley, los folletos y tantos escritos inspirados por sucesos presentes y apremiantes: no hay ninguna idea de la criatura humana tal como se la tiene ante la vista, en los campos y en la calle; se la figuran siempre como un autómata sencillo, cuyo mecanismo es

conocido. En los escritores era no hace mucho un fonógrafo de frases; para los políticos es ahora un fonógrafo de votos, al que basta tocar en el sitio necesario para que dé la respuesta que conviene. Nunca hechos; nada más que abstracciones, sacadas de sentencias sobre la Naturaleza, la razón, el pueblo, los tiranos, la libertad, especie de globos hinchados y que chocan inútilmente en el espacio. Si no se supiese que todo esto conduce á efectos prácticos y terribles, se creería que era un juego de lógica, ejercicios de escuela, ostentaciones de academia, combinaciones de ideología.»

La sociabilidad de los latinos, y sobre todo la de los franceses, está muy desarrollada; pero sus sentimientos de solidaridad son muy débiles. El inglés es, por el contrario, poco sociable, pero está en estrecha solidaridad con todos los individuos de su raza. Ya hemos visto que esta solidaridad es una de las grandes causas de su fuerza. Los latinos tienen, sobre todo, por guía el egoismo individual; los anglo-sajones, el egoismo colectivo.

Esta falta completa de solidaridad que se observa en todos los latinos, es uno de los defectos que más los perjudican. Es un vicio de raza, pero muy desarrollado por su educación. Con sus perpetuos concursos y sus clasificaciones, pone siempre al individuo en lucha con sus semejantes y desarrolla el egoísmo individual á expensas del egoísmo colectivo.

En las menores circunstancias de la vida, se observa en los latinos la falta de solidaridad. Se ha notado desde hace mucho tiempo que en los juegos de pelota con ingleses, los franceses pierden siempre, sencillamente porque el jugador inglés, preocupado por el éxito de su partido y no por el suyo personal, pasa á su compañero la pelota que no puede conservar, mientras que el jugador francés se obstina en conservarla, prefiriendo perder el juego á que lo gane un camarada. El éxito de su grupo le

es indiferente; no se interesa más que en su éxito individual. Este egoísmo le acompaña naturalmente en la vida, y si se hace general le ocurrirá á veces que dejará aplastar por el enemigo á un colega á quien habría podido auxiliar, para no tener que procurarle un éxito, de lo cual hemos visto tristes ejemplos en nuestra última guerra.

Esta falta de solidaridad en los latinos es, sobre todo sorprendente para los viajeros que han visitado nuestras colonias. He podido comprobar muchas veces la exactitud de las observaciones siguientes de M. A. Maillet.

«Cuando dos franceses están próximos en las colonias, es muy raro que no sean enemigos. La primera impresión del viajero que llega á una colonia es la estupefacción. Cada colono, cada funcionario y aun cada militar, se expresa respecto de los otros con tanta acrimonia, que el viajero se pregunta cómo no andan á tiros unos con otros.»

Tienen una incapacidad completa para comprender las ideas de los demás y, por consiguiente, para respetarlas. Para ellos, todos los hombres están construídos según un solo tipo y deben por tanto pensar y sentir de la misma manera.

De esta incapacidad resulta su extraordinaria intolerancia. Esta intolerancia es tanto mayor cuanto que las opiniones que aceptan son lo más á menudo opiniones de sentimiento, y por lo mismo, se encuentran al abrigo de los argumentos. Todo individuo, cuya opinión es diferente de la suya, es considerado como un sér malhechor á quien hay que perseguir, esperando que se pueda suprimir por los medios más violentos. Las guerras religiosas, la Saint-Barthélemy, la Inquisición, el Terror, son las consecuencias de esta particularidad del alma latina, que les hará siempre imposible el uso prolongado de la libertad. Un latino no considera la libertad más que como el derecho de perseguir á los que no piensan como él.

Los pueblos latinos han dado siempre pruebas de una

gran valentía. Pero su indecisión, su imprevisión, su falta de solidaridad, su carencia de sangre fría, su temor á las responsabilidades, hacen inútiles estas cualidades cuando no están bien dirigidas.

En las guerras modernas, la misión del mando superior se reduce cada vez más, á consecuencia de la extensión de los campos de batalla. Son las cualidades de sangre fría, de previsión, de solidaridad de espíritu, de método las que triunfan y por esto es por lo que los pueblos latinos difícilmente volverán á ver sus antiguos éxitos.

En una época más lejana todavía, la gracia, el bonito lenguaje, las cualidades caballerescas, las aptitudes literarias y artísticas constituían los factores principales de la civilización. Gracias á estas cualidades que poseen en alto grado los pueblos latinos, se han encontrado durante mucho tiempo á la cabeza de todas las naciones. Con la evolución industrial, geográfica y económica de la edad moderna, las condiciones de superioridad de los pueblos en la vida exigen aptitudes muy diferentes. Lo que hoy predomina son cualidades de energía duradera de espíritu de empresa, de iniciativa y de método. Las naciones latinas las poseen en pequeño grado; su iniciativa, su voluntad, su energía se apagan cada vez más, y por esto han tenido que ceder el lugar progresivamente á las que las poseen.

El régimen de educación impuesto á la juventud destruye cada vez más lo que quedaba de aquellas cualidades. Pierden progresivamente la voluntad duradera, la perseverancia y la iniciativa y, sobre todo, esa disciplina interna que permite al hombre prescindir de tener un amo.

Diversos sucesos han contribuído á diezmar por una selección negativa, repetida muchas veces, á los individuos cuya energía, actividad é independencia de espíritu se encontraban más desarrollados. Los pueblos latinos pagan hoy los errores de su pasado. La Inquisición ha diezmado sistemáticamente durante varios siglos lo mejor que España tenía. La revocación del edicto de Nantes, la Re-

volución, el Imperio, las guerras civiles han destruído en Francia las naturalezas más emprendedoras y más enérgicas. El pequeño desarrollo de la población, comprobado en la mayor parte de los pueblos latinos, se agrega á estas causas de decadencia. Todavía si fueran las mejores partes de la población las que se reproducían, el inconveniente sería completamente nulo; porque lo que constituye la fuerza de un país no es el número, sino la calidad de sus habitantes. Desgraciadamente, son los más débiles, los más imprevisores los que mantienen todavía el nivel numérico de la población.

No es dudoso, y ya he insistido extensamente en otra parte sobre este punto, que lo que constituye el valor de un pueblo es el número de hombres notables de todas clases que produce. Su decadencia sobreviene por la disminución y más tarde la desaparición de los elementos superiores. En un trabajo recientemente publicado por la *Revue scientifique,* M. Lapouge ha llegado á conclusiones análogas con respecto á los romanos.

«Si se observan con doscientos años de intervalo las grandes familias romanas, por ejemplo, se ve que las más ilustres entre las antiguas no existen ya, y que en su lugar se han elevado otras familias de menor valor, procedentes de todas partes y aun de la categoría de los libertos. Cuando Cicerón se quejaba de la decadencia de las virtudes romanas, el hombre de Arpino olvidaba que en la ciudad, hasta en el Senado, eran raros los romanos de casta y que por cada descendiente de los Quírites, había diez latinos corrompidos y diez etruscos. Olvidaba que la ciudad romana había comenzado á declinar el día en que se había abierto y que, si el título de ciudadano perdía incesantemente su brillo, es porque lo llevaban más hijos del pueblo vencido que del pueblo vencedor. Cuando de naturalización en naturalización, la ciudad romana se hubo extendido á todos los pueblos; cuando entonces si-

rios, tracios y africanos se vieron provistos del título de ciudadano, demasiado pesado para sus ánimos, los romanos de raza habían desaparecido.»

Lo que ha determinado el rápido progreso de ciertas razas, por ejemplo, los anglo-sajones de América, es el hecho de que la selección, en lugar de ejercerse como en la Europa latina en un sentido negativo, se ha ejercido en el sentido del progreso. Los Estados Unidos, en efecto, se han poblado durante largo tiempo con todos los seres más independientes y más enérgicos que poseían los diversos países de Europa, y especialmente Inglaterra. Se necesitaban las más fuertes voluntades viriles para atreverse á emigrar con su familia á países lejanos por poblaciones guerreras y hostiles, y crear allí una civilización.

Importa hacer notar aquí lo que ya he observado muchas veces en mis últimas obras; que nunca es por la disminución de la inteligencia, sino por la extinción del carácter por lo que los pueblos entran en decadencia y desaparecen de la historia. La ley se ha verificado en otro tiempo con los griegos y los romanos y todavía tiende á verificarse hoy.

Esta noción fundamental es poco comprendida, y muy discutida todavía, pero, sin embargo, la falta tiende á divulgarse. La he encontrado muy bien expresada en la obra de un escritor inglés, M. Benjamín Kidd; y ningún modo mejor de apoyar mi tesis que el de copiarle algunos pasajes, en que muestra con exactitud é imparcialidad las diferencias de carácter que separan al anglo-sajón del francés y las consecuencias históricas de estas diferencias:

«Todo espíritu imparcial, dice este autor, se encuentra obligado á reconocer que ciertos rasgos característicos ponen á Francia á la cabeza de las naciones intelectuales del Occidente... El influjo intelectual de este país se hace sentir en realidad en toda nuestra civilización, en la polí-

tica, en todas las ramas del arte, en todas las direcciones que sigue el pensamiento especulativo... Los pueblos teutónicos obtienen en general los más altos resultados intelectuales allí donde se necesitan las investigaciones profundas, laboriosas, allí donde hay que reunir pieza por pieza los elementos de la obra; pero falta á estas investigaciones el idealismo del espíritu francés ...Todo observador concienzudo, que se encuentra por vez primera en relación íntima con el espíritu frances, debe sentir inmediatamente en él algo de indefinido, pero de orden intelectual elevado, que no se encuentra en estado natural ni en los alemanes ni en los ingleses. Ese algo saliente se siente en el arte, en la literatura corriente de la época, tanto como en las producciones superiores del genio nacional en el pasado.»

Reconocida esta superioridad mental de los franceses, el autor inglés insiste sobre la preponderancia social del carácter en la inteligencia y muestra en qué medida la inteligencia ha podido servir á los pueblos que la poseían. Ocupándose de la historia de la lucha colonial entre Francia é Inglaterra, que ha llenado la segunda mitad del siglo XVIII, se expresa así:

«La mitad del siglo XVIII ha visto acabar entre Francia é Inglaterra el duelo más extraordinario que refiere la historia, dados todos los sucesos que dependían del resultado de la lucha. El efecto de este duelo se había hecho sentir antes en todo el mundo civilizado. La lucha se había trabado en Europa, en la India, en Africa, en el Norte de América en todos los océanos. A juzgar por las apariencias que sorprenden á la imaginación, todas las circunstancias eran favorables á la raza más brillante. Parecía superior en armamento, en recursos, en población. En 1789, la Gran Bretaña tenía 9.600.000 habitantes. Francia 26.300.000. Los ingresos anuales de la primera

eran de 391.250.000 francos, y los de la segunda 600.000.000. Al comienzo del siglo XIX, Francia tenía 27.000.000 de habitantes, mientras que todos los pueblos que hablan inglés, incluso los irlandeses y los habitantes de los estados del Norte de América y las colonias, no pasaban de 20.000.

«Hoy, en la época de la terminación del siglo XIX, los pueblos que hablan inglés, sin contar los pueblos conquistados indios ó negros, llegan al total formidable de 101.000.000, mientras que el pueblo francés llega apenas á la cifra de 40.000.000. Desde hace muchos años los pueblos que hablan inglés han sido victoriosos donde quiera que emprendían una lucha. Son los dueños de casi todo el Norte de América, de Australia, de los países del Sur de Africa que convienen más á los Europeos. Ningún otro pueblo se ha establecido más sólida y definitivamente en todos estos países. No se ve que el porvenir venga á detener esta expansión que, muy al contrario, parece que debe dar inevitablemente á estos pueblos en el siglo próximo, un influjo preponderante sobre el mundo.»

Examinando en seguida las cualidades de carácter que han permitido á los ingleses llevar á cabo sus inmensos progresos, administrar con tanto éxito su gigantesco imperio colonial, trasformar el Egipto hasta el punto de haber puesto en algunos años el crédito de una nación que iba á caer en la bancarrota, en el más alto grado de prosperidad, el autor inglés añade:

«No son cualidades brillantes ni intelectuales las que han hecho posibles estos resultados... Estas cualidades no son de las que sorprenden á la imaginación. Son, sobre todo, la fuerza y la energía del carácter, la probidad y la integridad, la abnegación sencilla y la idea del deber. Los que atribuyen el enorme influjo que han tomado en el

mundo los pueblos que hablan inglés á las combinaciones maquiavélicas de sus jefes, están con frecuencia muy lejos de la verdad. Este influjo es, en gran parte, obra de cualidades poco brillantes.»

Ya estamos preparados para comprender cómo ciertos pueblos, poderosos por la inteligencia, pero débiles por la energía y el carácter, se han visto siempre conducidos naturalmente á entregar su destino á las manos de sus gobiernos. Una rápida ojeada á su pasado nos mostrará cómo esa forma de socialismo de Estado, conocida bajo el nombre de colectivismo, que se nos propone hoy, lejos de ser una novedad, es el florecimiento natural de las instituciones pasadas y de las necesidades hereditarias de las razas en que se desarrolla hoy. Reduciendo á su mínimum la fuente de energía y de iniciativa que el individuo debe poseer para conducirse en la vida y librándole de toda responsabilidad, el colectivismo parece por estas razones muy adaptado á las necesidades de los pueblos cuya voluntad, energía é iniciativa se han deprimido progresivamente.

CAPÍTULO IV

El concepto latino del Estado.

§ I. *Cómo se arraigan los conceptos de los pueblos.*—Necesidad para los pueblos de acomodarse á tradiciones y de poder después sustraerse á ellas.—Pocos pueblos han poseído la plasticidad necesaria para realizar la doble condición de la variabilidad y de la fijeza.—Imposibilidad de sustraerse al yugo de la tradición cuando está demasiado arraigada.—Poder de los principios de autoridad entre los latinos.—La autoridad política y religiosa.—Por qué los pueblos latinos no han tenido que sufrir por su sumisión á los dogmas tradicionales de autoridad hasta los tiempos modernos y por qué sufren hoy.—Inestabilidad forzada de sus Gobiernos.—El concepto del Estado es idéntico en Francia en todos los partidos.—§ II. *El concepto latino del Estado.*—El antiguo régimen.—La Revolución sólo introdujo en él cambios muy pequeños.—Pormenores de la administración bajo el antiguo régimen.—Intervención constante del Estado en los menores asuntos.—Ejemplos diversos.—El desarrollo actual del socialismo en los latinos representa la expansión de sus instituciones pasadas y de su concepto del Estado.

§ I. — Cómo se arraigan los conceptos de los pueblos

Acabamos de exponer, al estudiar la psicología de los pueblos latinos, cómo su carácter ha favorecido el desarrollo en ellos de ciertas instituciones. Nos queda por demostrar cómo estas instituciones se han arraigado, y cómo, convertidas á su vez en causas, han acabado por engendrar otros efectos.

Ya hemos hecho notar que una civilización sólo puede

nacer á condición de que los pueblos se hayan sometido durante mucho tiempo al yugo de una tradición. En el período de formación de un pueblo cuando los elementos que están en contacto son diferentes, con intereses diversos y flotantes, las instituciones y las creencias estables, tienen una importancia considerable. (1) Importa que estas instituciones y estas creencias estén en relación con los caracteres mentales y las necesidades del pueblo que están llamadas á regir, y también importa que sean lo suficientemente rígidas. Este último punto es fundamental y ya hemos insistido sobre él. Pero después de haber mostrado que los pueblos deben estar sometidos durante mucho tiempo al yugo de tradiciones fijas, hemos hecho ver también que sólo progresan á condición de poder lentamente emanciparse de ellas.

No lo consiguen nunca por revoluciones violentas, que siempre son efímeras. Las sociedades, como las especies animales, no se trasforman más que por la adición hereditaria de pequeños cambios sucesivos.

Pocos pueblos han poseído la plasticidad necesaria para realizar esta doble condición de la fijeza y la variabilidad. Sin una fijeza bastante grande no puede establecerse ninguna civilización, y sin una variabilidad suficiente ninguna civilización puede progresar.

Se deben considerar las instituciones de los pueblos como efectos que se convierten á su vez en causas. Después

---

(1) Se podría hallar una contradición aparente entre esta proposición y la formulada en otra parte de que las instituciones no representan ningún papel en la vida de los pueblos. Pero entonces hablábamos de los pueblos que había alcanzado su madurez, y en los cuales los elementos de la civilización están arraigados por la herencia. Estos pueblos no se pueden modificar por instituciones nuevas y ni siquiera pueden adoptarlas más que en apariencia. Muy diferentemente sucede en los pueblos nuevos, es decir, más ó menos bárbaros y en los cuales no ha arraigado todavía ningún elemento de civilización. El lector que desee profundizar esta cuestión deberá dirigirse á nuestra obra: *les Lois psychologiques de l'Evolution des peuples.*

de haberse sostenido durante cierto número de generaciones, fijan por completo ciertos caracteres psicológicos que estaban al principio un poco inseguros y flotantes. El bloque de arcilla al principio maleable y elástico, lo es cada vez un poco menos, después adquiere la dureza de una piedra y se rompe antes que cambiar de forma. A veces es muy difícil para un pueblo adquirir un bloque estable y coherente de sentimientos y de pensamientos, pero le es mucho más difícil modificarlo después.

Cuando el yugo de la tradición ha estado arraigado en las almas durante mucho tiempo por la herencia, los pueblos no pueden sustraerse á él sino por grandes esfuerzos, y lo más á menudo no se sustraen á él. Ya se sabe qué convulsiones tan violentas agitaron el mundo occidental cuando, en la época de la Reforma, los pueblos del Norte de Europa quisieron emanciparse de la centralización religiosa y de la autoridad de dogmas que les quitaban su independencia y que repugnaban cada vez más á su razón.

También los pueblos latinos han querido sustraerse al yugo del pasado y nuestra gran revolución no tuvo otro objeto. Pero era demasiado tarde. Después de algunos años de convulsiones, los vínculos del pasado recobraron su imperio. Estos vínculos eran, en efecto, demasiado poderosos, habían dejado en el alma una impresión demasiado profunda para que se pudieran romper en un día.

Imbuídos en la necesidad de los principios de autoridad, los gobiernos habían impedido durante siglos enteros que los pueblos latinos pensasen, quisieran y obrasen, y toda la educación tenía por resultado mantener esta triple prohibición. ¿Para qué habían de pensar y razonar los hombres? Su religión se lo prohibía. ¿Para qué habían de querer y obrar? Los jefes de Estado querían y obraban por ellos. A la larga el alma latina se ha acomodado á las necesidades; los hombres han tomado el hábito de someterse sin discusión á los dogmas de una iglesia

reputada como infalible, á reyes de derecho divino igualmente infalibles. Han dejado á los jefes políticos y religiosos el cuidado de dirigir por completo sus pensamientos y sus actos. Esta sumisión es la condición necesaria de su unidad y en ciertos momentos les ha dado una gran fuerza. Cuando los latinos han tenido hombres de genio á su cabeza, se han mostrado muy brillantes: pero sólo han brillado en esos momentos.

Los pueblos latinos no tuvieron mucho que sufrir de esta sumisión á la autoridad, hasta que la evolución económica del mundo vino á cambiar las antiguas condiciones de existencia. Mientras los medios de comunicación fueron muy imperfectos y los progresos industriales casi nulos, las naciones permanecieron aisladas entre sí y, por consiguiente, en absoluto bajo la mano de sus gobiernos. Con reglamentos como los de Colbert, podían dirigir la industria en sus menores detalles, tan fácilmente como reglamentaban las instituciones y las creencias.

Los descubrimientos científicos é industriales que han modificado tan profundamente las condiciones de existencia de los pueblos, han trasformado igualmente la acción de los gobiernos y han reducido cada vez más los límites posibles de su acción. Las cuestiones industriales y económicas se han hecho preponderantes. El telégrafo y el vapor, suprimiendo las distancias, han hecho del mundo entero un único mercado que se sustrae á toda reglamentación posible. Los gobiernos se han visto, pues, obligados á renunciar totalmente á la reglamentación de la industria y el comercio.

En los países en que la iniciativa individual se había desarrollado desde hace mucho tiempo y en que la acción de los gobiernos se había reducido cada vez más, las consecuencias de la evolución económica actual se han soportado sin trabajo. Los países en que no existía esta iniciativa de los ciudadanos, se han encontrado, por el contrario, desarmados y se han visto obligados á implorar la

ayuda de los dueños que, desde hacía tantos siglos, pensaban y obraban por ellos. Y así es cómo los gobiernos, continuando su misión tradicional, se han visto conducidos á administrar tantas empresas industriales. Pero como por muchas razones que veremos en seguida, los productos cuya fabricación dirige el Estado se obtienen lenta y costosamente, los pueblos que les han dejado la ejecución de lo que habrían debido emprender por sí mismos, se encuentran en una situación inferior respecto de los demás pueblos.

Lejos de inclinarse, como en los tiempos pasados, á dirigir todo, es visible que los gobiernos latinos querrían dirigir el menor número de cosas posibles; pero también es visible que ahora son los pueblos los que piden imperiosamente que se los gobierne. Al estudiar la evolución del socialismo en los latinos, mostraremos hasta qué punto aumentan cada día sus necesidades de reglamentación. El Estado ha continuado, pues, reglamentando, rigiendo y protegiendo, sencillamente porque no puede hacer otra cosa. Es una ocupación cada vez más pesada, cada vez más difícil, que necesita aptitudes enteramente superiores y por consiguiente muy raras. Los menores errores de los gobernantes tienen hoy repercusiones infinitas. De aquí su inestabilidad muy grande y las revoluciones perpetuas á que se han dedicado desde hace un siglo los pueblos latinos.

Esta inestabilidad de los gobiernos no corresponde, por lo demás, en realidad, á ninguna inestabilidad de régimen. A primera vista parece que Francia está dividida en numerosos partidos. Pero todos estos partidos republicanos, monárquicos, socialistas, etc., tienen, como ya he dicho, un concepto idéntico del Estado. Todos reclaman la extensión de sus funciones. No hay, pues, más que, bajo títulos distintos, un solo partido, el partido latino, y por esto todos los cambios de títulos gubernamentales no han producido nunca ningún cambio real de régimen.

§ II.—El concepto latino del Estado.—De cómo el progreso del socialismo es consecuencia natural de la evolución de este concepto.

Al determinar cómo se han fijado los conceptos fundamentales de los pueblos latinos, hemos indicado suficientemente en qué consistía su concepto del Estado. Nos queda ahora por demostrar cómo el desarrollo del socialismo es la consecuencia natural de este concepto.

A las características de los pueblos latinos analizadas anteriormente, podría agregarse la de que pocos pueblos habrán hecho más revoluciones y que, sin embargo, no hay otros que estén más obstinadamente ligados á sus instituciones pasadas. Se podría decir de los franceses que son á la vez los más revolucionarios y los más conservadores de los pueblos del Universo. Sus más sangrientas revoluciones nunca han producido otra cosa que vestir con nombres nuevos las instituciones más añejas.

Esto obedece á que, si bien es fácil hacer teorías, revoluciones y discursos, no es posible cambiar el alma secular de un pueblo. Se puede en rigor imponerle momentáneamente por la fuerza instituciones nuevas, pero vuelve en seguida á las del pasado, porque son las únicas que están en relación con las necesidades de su constitución mental.

Hay espíritus superficiales que se imaginan también que la Revolución ha establecido una especie de renovación de nuestras instituciones, que ha creado en todas sus partes principios nuevos, una sociedad nueva. En realidad, no ha hecho, como hace mucho tiempo demostró Tocqueville, más que echar bruscamente á tierra lo que en la antigua sociedad estaba ya carcomido y hubiera caido por simple vetustez algunos años más tarde. Pero las instituciones que no habían envejecido, que estaban en relación con los sentimientos de la raza, no han podido ser atacadas por la Revolución ó, al menos, sólo lo han

sido momentáneamente. Algunos años más tarde, los mismos que habían intentado abolirlas las restablecían con otros nombres. No se cambia fácilmente una herencia de doce siglos.

En el concepto del Estado sobre todo, es decir, en el aumento cada vez más extendido de sus funciones, en la iniciativa de los ciudadanos, fundamento mismo del socialismo actual, es donde la Revolución no ha variado nada ni podía variar y si se quiere comprender hasta qué punto está en el alma de la raza esta tendencia á poner todo en manos del gobierno y, por consiguiente, á multiplicar las funciones públicas, no hay más que retroceder á algunos años antes de la Revolución. Su acción del gobierno central era casi tan intensa como hoy.

«Las ciudades, escribe Tocqueville, no pueden ni establecer un impuesto de consumos ni imponer una contribución, ni hipotecar, ni vender, ni pleitear, ni arrendar sus bienes, ni administrarlos, ni emplear el excedente de sus ingresos sin que interviniese un decreto del Consejo basado en el informe del Intendente. Todos los trabajos se ejecutan sobre planos y presupuestos que el Consejo aprueba por decreto. Ante el Intendente ó sus subdelegados se adjudican, y de ordinario es el ingeniero ó el arquitecto del Estado quien los dirige. He aquí una cosa que sorprenderá á los que piensan que todo lo que se ve en Francia es nuevo. Había que obtener un decreto del Consejo para reparar los destrozos del viento en el techo de la iglesia ó para levantar el muro ruinoso del presbiterio. La parroquia rural más alejada de París estaba sometida á esta regla lo mismo que las más próximas. Yo he visto parroquias que pedían al Consejo el derecho á gastar veinticinco libras.»

Entonces como hoy, la vida local de la provincia se había extinguido hacía mucho tiempo por la centraliza-

ción progresiva, consecuencia, no del poder autocrático de los soberanos, sino de la indiferencia, de los ciudadanos.

«Se asombran, dice el mismo autor, de la facilidad sorprendente con que la Asamblea Constituyente ha podido destruir de un solo golpe todas las antiguas provincias de Francia, muchas de las cuales eran más antiguas que la monarquía, y dividir metódicamente el reino en ochenta y tres partes distintas, como si se hubiera tratado del suelo vírgen del Nuevo Mundo. No ha habido nada que sorprendiese y aun espantase más al resto de Europa, que no estaba preparada para semejante espectáculo. Es la primera vez, decía Burke, que se ve á los hombres despedazar á su patria de una manera tan bárbara. Parecía, en efecto, que se desgarraban cuerpos vivos y no se hacía más que despedazar á los muertos.

Esta desaparición de la vida provincial es la que había facilitado la centralización progresiva del antiguo régimen.

«Ya no nos extrañamos, dice Tocqueville, al ver con qué facilidad maravillosa se ha restablecido la centralización en Francia á comienzos de este siglo. Los hombres del ochenta y nueve habían derribado el edificio, pero sus fundamentos habían quedado aún en el alma de sus destructores, y sobre estos fundamentos se ha podido restaurar y construir más sólidamente de lo que había estado.»

La absorción progresiva del Estado bajo el antiguo régimen necesitaba, como hoy, un número creciente de funciones, y el sueño de todos los ciudadanos era obtenerlo.

«En 1750, en una ciudad provinciana de escasa extensión, 129 personas estaban ocupadas en hacer justicia y 126 encargadas de hacer ejecutar las disposiciones de las primeras, gentes todas de la ciudad. El ardor de los burgueses por ocupar estas plazas, era realmente sin igual. En cuanto uno de ellos poseía un pequeño capital, en lugar de emplearlo en negocios lo utilizaba en seguida para comprar una plaza. Esta miserable ambición ha perjudicado más á los progresos de la agricultura y del comercio en Francia que las categorías de maestro y hasta la talla (impuesto).»

No vivimos hoy, pues, como se repite tan á menudo, de los principios de 1789. Vivimos de los principios creados por el antiguo régimen, y el desarrollo del socialismo no representa más que su supremo florecimiento, la última consecuencia de un ideal perseguido durante siglos. Este ideal fué sin duda en otro tiempo muy útil en un país tan dividido como el nuestro y que sólo se podía unificar por una centralización enérgica. Desgraciadamente, una vez hecha la unidad, las costumbres establecidas en las almas no podían cambiar. Una vez destituída la vida local, la iniciativa de los ciudadanos, aniquilada, no podía renacer. La constitución mental de un pueblo es lenta de establecer, pero muy lenta también de cambiar cuando está establecida.

Por otra parte, todo ha convergido, lo mismo las instituciones que la educación hacia esa absorción por el Estado, cuyos aterradores efectos mostraremos pronto. Nuestro sistema de educación bastaría por sí sólo para aniquilar por completo á la nación más resistente.

CAPITULO V.

Los conceptos latinos de la educación, de la instrucción y de la religión.

§ I. *Los conceptos latinos de la educación y de la instrucción.*—El concepto de la educación en los latinos se deriva de su concepto del Estado.—Las bases de nuestro sistema universitario.—Cómo crea, en categorías enteras de individuos, la vulgaridad de pensamiento y la depresión de carácter.—La Escuela normal.—Por qué la Universidad es un poderoso foco del socialismo de Estado igualitario y nivelador.—Las polémicas actuales sobre la acción funesta de nuestra enseñanza clásica.—Comparación de los principios de educación y de instrucción en los anglo-sajones y en los latinos.—Incomprensión general de esta cuestión.—Lo que tiene importancia no es lo que se enseña, sino la manera de enseñar.—Ejemplos; diversos resultados de nuestros métodos de enseñanza.—§ II. *El concepto latino de la religión.*—Después de haber desempeñado durante mucho tiempo un papel muy útil, el concepto religioso de los latinos se ha hecho perjudicial para ellos.—Cómo los anglo-sajones han sabido poner sus creencias religiosas en relación con las necesidades modernas.—Intransigencia de los dogmas religiosos, de los latinos y sus resultados.—Consecuencias generales de los conceptos latinos desde el punto de vista socialista.

§ I.—Los conceptos latinos de la educación y de la instrucción.

El concepto latino de la educación es la consecuencia del concepto latino del Estado. Puesto que el Estado debe pensar y obrar por los ciudadanos, debe cuidar de impri-

mir en las almas el sentimiento de la obediencia, el respeto á todas las jerarquías, y reprimir severamente todas las veleidades de independencia y de iniciativa. El alumno debería limitarse á aprender de memoria manuales que le dijeran lo que la autoridad política, religiosa, filosófica y científica había decidido sobre todas las cuestiones. Esto era el antiguo ideal de los jesuítas, y ha sido sabiamente completado por Napoleón. La Universidad, tal como la ha creado este gran déspota, es el más hermoso ejemplo de los métodos que hay que seguir para esclavizar la inteligencia, deprimir los caracteres y trasformar á los jóvenes latinos en esclavos ó en sublevados.

Los tiempos han trascurrido, pero nuestra universidad apenas ha cambiado. Sobre ella pesa principalmente el imperioso poder de los muertos. El Estado, director exclusivo de la enseñanza, ha conservado un sistema de educación, bueno todo lo más para la Edad Media, cuando los teólogos reinaban como dueños. Este sistema deja su huella demoledora sobre todas las almas latinas. Ya no se propone, como en otro tiempo, esclavizar la inteligencia, hacer enmudecer á la razón, destruir la iniciativa y la independencia; pero como los métodos no han cambiado, los efectos son los mismos que antes. Por otro lado poseemos instituciones que, consideradas únicamente desde el punto de vista de su acción psicológica, se podrían calificar de admirables, cuando se ve con qué ingeniosidad crean en categorías enteras de individuos una perfecta vulgaridad de pensamiento y de carácter. ¿Qué más maravilloso, por ejemplo, que nuestra escuela normal superior con su prodigioso sistema de exámenes? ¿No habría que ir hasta el fondo de la China para encontrar algo comparable á ella? La mayoría de los jóvenes que de ella salen tienen ideas idénticas sobre todas las cosas y una manera no menos idéntica de expresarlas. La página comenzada por uno de ellos puede indiferentemente continuarla otro sin ningún cambio en las ideas ni en el estilo.

Sólo los jesuitas habían sabido inventar procedimientos tan perfectos de disciplina.

Habituados por reglamentos minuciosos á saber de antemano al minuto el empleo de su tiempo, los alumnos de nuestros liceos están convenientemente preparados para el resto de su vida á la uniformidad de pensamiento y de acción que necesita el desarrollo del socialismo de Estado. Siempre tendrán el horror intenso á toda originalidad, á todo esfuerzo personal, el profundo desprecio á lo que no está especializado y catalogado, la admiración un poco envidiosa, pero siempre respetuosa, por las jerarquías y los galones. Toda tendencia á la iniciativa, al esfuerzo individual, se habrá extinguido enteramente en ellos. Podrán sublevarse algunas veces, como hacían en el Colegio cuando sus vigilantes eran demasiado severos, pero no serán nunca sublevaciones inquietantes ni duraderas. Escuela Normal, liceos y otras instituciones análogas son, pues, perfectas escuelas del socialismo de Estado igualitario y nivelador. Gracias á semejante sistema, nos dirigimos cada vez más hacia esta forma de gobierno.

Sólo examinando en sus detalles nuestro sistema de educación latina se puede comprender bien el éxito actual del socialismo en los latinos; es este un estudio que sólo puedo emprender aquí muy sumariamente. (1)

Los pueblos anglo-sajones no han conocido nunca nuestro odioso sistema de educación, y en parte por esto es por lo que se encuentran hoy en las primeras categorías de la escala de la civilización y han dejado á los pueblos latinos tan detrás de ellos.

Los principios de la educación anglo-sajona son absolutamente distintos de los principios de la educación latina. Bastan algunas líneas para ponerlo en evidencia.

---

(1) El lector encontrará documentos muy completos sobre esta cuestión en el libro que acabo de publicar bajo el título de *Psychologie de l'éducation et l'enquête parlamentaire sur la reforme de l'enseignement.*

El hombre civilizado no podría vivir sin disciplina. Esta disciplina puede ser interna, es decir, en él mismo y puede ser externa, es decir, fuera de él, y entonces necesariamente impuesta por otros. Como el anglo-sajón tiene, por sus caracteres hereditarios que fortalecen su educación, la disciplina interna, puede guiarse por sí mismo y no necesita la dirección del Estado. El latino, que tiene, por su herencia y su educación, muy poca disciplina interna, necesita una disciplina externa. Esta se la impone el Estado y por esto es por lo que está aprisionado en una red estrecha de reglamentos, que son innumerables porque deben dirigirle en todas las circunstancias de la vida.

El principio fundamental de la educación anglo-sajona es que el niño pasa por el colegio, no para que le enseñen otros la disciplina, sino para aprender dentro de qué límites puede usar de su independencia. Debe disciplinarse á sí mismo y adquirir así el *self-control,* de donde se deriva el *self-government.* El adolescente inglés sale del colegio sabiendo muy poco griego, latín y ciencias teóricas, pero se ha hecho un hombre que sabe guiarse en la vida y que no cuentan más que consigo mismo. Los métodos que permiten llegar á este resultado son maravillosamente sencillos. Se encontrarán detalladamente expuestos en todos los libros sobre educación, escritos por ingleses.

La educación latina tiene un objetivo enteramente contrario. Su ideal es quebrantar la iniciativa, la independencia, la voluntad del alumno por medio de reglamentos minuciosos y severos. El único deber es aprender, recitar y obedecer. Los menores actos están previstos. El empleo del tiempo está reglamentado al minuto. Después de siete ú ocho años de este régimen de galeote, desaparece toda huella de voluntad y de iniciativa. Pero cuando el muchacho esté entregado á sí mismo ¿cómo podrá conducirse si no ha aprendido á hacerlo? ¿Será motivo de asombro, por tanto, que los pueblos latinos sepan tan mal dirigirse y se muestran tan débiles en las luchas comercia-

les é industriales que ha engendrado la dirección del mundo? ¿No es natural que el socialismo, que no hará más que multiplicar las trabas en que los envuelve el Estado, sea acogido con tanto favor por todos los espíritus tan bien preparados para la servidumbre por el colegio?

Las consecuencias de los métodos ingleses y latinos se pueden juzgar por los resultados que producen. El joven inglés, al salir del colegio, no tiene ninguna dificultad para encontrar su camino en la industria, la agricultura ó el comercio. Mientras que nuestros bachilleres, nuestros licenciados, nuestros ingenieros no sirven más que para hacer demostraciones en el encerado. Algunos años después de haber terminado su educación han olvidado totalmente su inútil ciencia. Si el Estado no los coloca, son desclasificados. Si se dedican á su industria, sólo los aceptarán en los destinos más ínfimos, hasta que hayan encontrado tiempo para rehacer su educación, lo cual apenas lograrán. Si escriben libros, no serán más que pálidas refundiciones de sus manuales, tan desprovistos de originalidad en la forma como en el pensamiento.

Lo que se necesitaría poder cambiar no son nuestros programas universitarios, sino nuestros métodos. Todos los programas son buenos cuando se saben utilizar. Por desgracia, para cambiar estos métodos habría que poder cambiar las ideas de los profesores y, por consiguiente, su educación y también un poco su alma.

§ II.—El concepto latino de la religión.

El concepto religioso, después de haber llenado su misión útil, ha concluído por hacerse tan funesto para los pueblos latinos como sus conceptos del Estado y de la educación, y siempre por la misma razón de que no ha sabido evolucionar.

Sin romper bruscamente con las creencias del pasado,

los anglo-sajones han sabido crearse una religión más amplia, que pudiese adaptarse á todas las necesidades modernas. Los hechos dogmáticos demasiado entorpecedores se han desvanecido, han tomado un valor simbólico, un carácter mitológico. Su religión ha podido así vivir sin hostilidad con la ciencia. De todas maneras no es un adversario declarado al que hay que combatir. El dogma católico de los latinos ha conservado, por el contrario, sus formas rígidas, absolutas é intolerantes, útiles quizá en otro tiempo, pero muy perjudiciales hoy. Ha seguido siendo lo que era hace quinientos años. Sin él no hay salvación. Pretende imponer á sus fieles los absurdos históricos más inaceptables. No hay conciliación posible con él. Hay que sufrirlo ó combatirlo.

Ante las sublevaciones de la razón, los gobiernos latinos han tenido que renunciar á sostener creencias tan incompatibles con la evolución de las ideas y han acabado generalmente por abstenerse de toda ingerencia en el orden religioso.

Pero entonces se han manifestado dos consecuencias. En las almas débiles, los viejos dogmas han recobrado todo su imperio, doblegándolas bajo creencias rutinarias, sin ninguna relación con las necesidades modernas. Los espíritus un poco independientes han sabido sustraerse á un yugo evidentemente irracional y abrumador; pero como se les había dicho en su juventud que toda la moral reposaba sobre los dogmas religiosos y no podía existir sin ellos, han creido que con la desaparición de estos dogmas debía desaparecer también la moral que se apoyaba en ellos. Su moralidad se ha relajado, pues, considerablemente y dentro de poco no conocerán otras reglas de conducta que las prescritas por los códigos y mantenidas por la policía.

Así, pues, hay tres conceptos fundamentales: el concepto del gobierno, el concepto de la educación y el con-

cepto religioso que han contribuído á la formación del alma latina y han producido su estado actual. Todos los pueblos, en cierto grado de civilización, han sufrido estos conceptos y ninguno podía evitarlo porque cuando los pueblos son débiles, ignorantes y están poco desarrollados, es evidentemente ventajoso para ellos, como lo es para el niño, que los espíritus superiores les impongan ideas y creencias, piensen y obren por ellos. Pero con los progresos de la evolución, llega el momento en que los pueblos ya no son niños y deben guiarse por sí mismos. Los que no han sabido adquirir esta aptitud se encuentran, sólo por ésto, muy retrasados respecto de los que la poseen.

Los pueblos latinos no lo han logrado todavía y, por no haber sabido aprender á pensar y obrar por sí mismos, están desarmados hoy en la lucha industrial, comercial y colonial, determinada por las condiciones de la vida moderna y en que tan pronto han triunfado los anglo-sajones. Víctimas de sus conceptos hereditarios, los latinos se vuelven hacia el socialismo, que los promete pensar y obrar por ellos; pero al caer bajo su dominación no harán más que someterse á nuevos amos y retrasar todavía más la adquisición de las cualidades que les faltan.

§ III. — Cómo los conceptos latinos han dejado su huella en todos los elementos de la civilización.

Para ser un poco más completo, me faltaría seguir en las diferentes ramas de la civilización, literatura, arte, industria, etc., las consecuencias útiles ó perjudiciales según las épocas, de los conceptos fundamentales, cuya acción acabo de trazar muy sumariamente. Una tarea tan vasta no se puede emprender aquí. Bastaba demostrar que los progresos actuales del socialismo en los latinos son la consecuencia de sus conceptos y determinar la for-

mación de estos conceptos. Encontraremos su influjo en cada página de esta obra, y especialmente cuando tengamos que ocuparnos de las luchas comerciales é industriales á que condena la evolución económica actual á todos los pueblos. El lector que quiera aplicar nuestros principios á un elemento de civilización cualquiera, se asombrará de la claridad con que iluminan su historia. No bastan evidentemente para explicar todo, pero dan el sentido de muchos hechos, inexplicables sin ellos. Hacen comprender, sobre todo, la necesidad de dirección que hace á los latinos tan tímidos ante las responsabilidades, su ineptitud para llevar á cabo cualquier empresa que no esté firmemente dirigida por jefes, y su tendencia actual hacia el socialismo. Cuando los latinos tienen á su cabeza grandes hombres de Estado, grandes generales, grandes diplomáticos, grandes pensadores, grandes artistas, se muestran capaces de los más enérgicos esfuerzos. Pero los iniciadores de genio no se encuentran siempre, y por falta de conductores así, los pueblos latinos decaen. Con un Napoleón han dominado á Europa. Mandados más tarde por generales incapaces, han sido víctimas de los desastres más inverosímiles y no han podido resistir á los que en otro tiempo habían vencido fácilmente (1).

---

(1) Cuando se estudia en sus pormenores la historia de nuestra última guerra, no es sólo la pesada incapacidad de los generales puestos á la cabeza de los ejércitos lo que aparece sin cesar, sino también la de los oficiales de todo grado sin excepción. Estos últimos no se atrevían nunca á tomar la menor iniciativa, apoderarse de un puente que no estaba ocupado, atacar á una batería que molestaba, etc. Su principal preocupación era esperar órdenes que no podían venir. Como los diplomáticos de que hablaba en otro lugar, no tenían una doctrina que les indicase la decisión que había que tomar en un caso imprevisto cuando el jefe no estaba allí. Lo que constituía la fuerza de los alemanes es que poseían esta doctrina. Las órdenes no les servían para nada y por lo demás, aparte de las indicaciones generales, de las directivas, según la expresión de M. de Moltke, recibían muy pocas. Cada oficial sabía lo que tenía que hacer en los diferentes casos que pudieran presentarse, y por consecuencia de una educación técnica practicada durante

No dejan de tener razón á veces estos pueblos cuando están dispuestos á descargar sobre sus jefes la responsabilidad de sus fracasos. Valen lo que valen sus amos y tienen conciencia de ello.

Los latinos deben aprender á conducirse sopena de perecer muy pronto. Los campos de batalla, militares ó industriales, son hoy demasiado vastos para que un pequeño número de hombres, por eminentes que se les suponga, puedan dirigir á los combatientes. En la fase del mundo en que hemos entrado, el influjo de las grandes capacidades no se borra, pero tiende cada vez menos á ser director. La autoridad está demasiado dispersa para no esfumarse. El hombre moderno no tiene ya que contar con ninguna tutela, y menos todavía que con ninguna otra, con la del socialismo. Debe aprender á contar sólo consigo mismo. A esta necesidad fundamental es á lo que debería prepararle la educación.

---

mucho tiempo, lo hacían por instinto. Una educación no es completa sino cuando los actos que al principio son conscientes y que exigen penosos esfuerzos, se determinan en seguida por lo inconsciente Se ejecutan entonces instintivamente y sin reflexión, pero nunca se llega á este resultado por el estudio de los libros. Nuestro Estado Mayor, después de treinta años de reflexión, comienza apenas á sospechar la importancia de estos principios, pero la educación que reciben en la Escuela de Guerra nuestros oficiales, todavía es muy latina, es decir, deplorablemente libresca y teórica.

CAPÍTULO VI.

Formación del socialismo en los pueblos latinos.

§ I. *La absorción del Estado.*—El socialismo moderno es en los latinos la consecuencia necesaria de su antiguo concepto del gobierno.—Extensión progresiva de las funciones del Estado.—Cómo las exigencias del público hacen necesaria esta expansión.—El Estado se ve obligado á dirigir cada vez más las grandes empresas y á subvencionar las que no dirige.—Ejemplos diversos que muestran la necesidad del Estado de intervenir, á pesar suyo, para reglamentar y proteger.—§ II. *Consecuencias de la extensión de funciones del Estado.*—Desaparición de los sentimientos de iniciativa y de responsabilidad en los ciudadanos.—La reglamentación atrae á la reglamentación.—Dificultades que experimenta el Estado para dirigirlo todo.—Gastos enormes que necesita su intervención constante.—Aumento inevitable de la burocracia en los pueblos latinos.—Desmenuzamiento del poder del Estado.—Reclamaciones incesantes del público para aumentar los reglamentos.—Precio enorme de todo lo que fabrica el Estado.—Complicaciones fatales de su administración.—Ejemplos diversos que dan guerra y marina.—Precio de fábrica de la industria privada.—La administración latina en las colonias.—Consecuencias idénticas de la administración latina en Italia y en Francia.—§ III. *El Estado colectivista.*—Las etapas que los pueblos latinos tienen todavía que franquear para llegar al puro colectivismo no son numerosas.—Los pueblos latinos han entrado hace mucho tiempo en la fase del colectivismo.—Examen de las diversas proposiciones de los colectivistas y lo que se ha hecho ya en este camino.

§ I.—La absorción por el Estado.

Los capítulos que preceden han demostrado suficientemente que el socialismo, bajo la forma del socialismo de

Estado, muy próxima al colectivismo, es en Francia el florecimiento de un largo pasado, la consecuencia última de instituciones ya muy envejecidas. Lejos de poderse considerar como revolucionario, el moderno colectivismo debería aparecer como una doctrina muy retrógrada y sus sectarios como tímidos reaccionarios que se limitan á desarrollar las tradiciones latinas más antiguas y menos elevadas. Nos anuncian ruidosamente cada día el triunfo de sus utopias. No siquiera habían nacido ellos cuando ya éramos víctimas de éstas.

El socialismo de Estado, es decir la centralización en manos del gobierno de todos los elementos de vida de un pueblo, es quizá el concepto más característico, más fundamental, más irreductible de las sociedades latinas. Lejos de haber entrado en una fase de decadencia, la absorción por el Estado aumenta de día en día. Reducida durante mucho tiempo á las funciones políticas, no podía extenderse mucho en el dominio de la industria, en una época en que apenas existía la industria. Cuando esta última se ha hecho preponderante el influjo gubernamental ha intervenido en todas las ramas industriales. El Estado se ha visto obligado, en materia de ferrocarriles, de puertos, de canales, de construcciones, etc., á proveer la iniciativa que faltaba á los ciudadanos. Dirige exclusivamente las más importantes empresas y conserva el monopolio de numerosas explotaciones: enseñanza, telégrafos, teléfonos, tabacos, cerillas, etc., que ha asumido sucesivamente. Está obligado á sostener las que no dirige por sí mismo, para impedir que decaigan. Sin sus subvenciones, la mayoría de ellas quebrarían enseguida. Así es como paga á las compañías de ferrocarriles enormes subsidios á título de garantías de intereses. Distribuye á sus accionistas cerca de 100 millones anuales, á lo cual hay que añadir los 48 millones de déficit que le cuestan anualmente las líneas que explota por sí mismo.

Son numerosas las empresas privadas, marítimas, co-

merciales ó agrícolas que está obligado á subvencionar en formas diversas: primas á los armadores que construyen barcos, primas á los fabricantes de azúcar, primas á los de tejidos y á los sericicultores, etc., etc. Para éstos últimos las primas anuales apenas son de una decena de millones, pero para los fabricantes de azúcar pasan de 100 millones. Apenas hay industrias que no reclamen hoy la protección financiera del Estado. Sobre este punto, por desgracia sólo sobre él, están perfectamente de acuerdo los partidos políticos más opuestos. El Estado, considerado como responsable de todo y con la obligación de dirigirlo todo, parece poseer un tesoro inmenso en que todos pueden poner la mano. Si un departamento necesita—como en el ejemplo de la cámara de comercio de X., citado por el *Temps*,—la cantidad necesaria para pagar un dibujante destinado á mejorar una industria absolutamente local que le produce muchos millones, se dirije al Estado y no á los individuos interesados en el progreso de aquella industria. Si otro departamento quiere un ferrocarril de interés puramente local, se dirije también al Estado. Si un puerto de mar quiere obtener mejoras que sólo á él benefician, recurre siempre al Estado. En ninguna parte la menor huella de iniciativa ó de asoción privadas para crear ó sostener una obra cualquiera.

M. P. Bourde ha referido un ejemplo muy típico de este estado de espíritu. Es la historia, totalmente incomprensible para un inglés ó un americano, de los habitantes de la pequeña ciudad de X... Habiéndose roto una de sus cañerías del agua, recibió ésta las inmundicias de una alcantarilla próxima. Hacer que viniese un obrero y reparase el accidente, era una idea muy poco latina para que se impusiese en el ayuntamiento reunido para discutir sobre el accidente. Evidentemente había que dirijirse al gobierno. Cuatro grandes columnas de periódicos apenas han bastado para resumir los pasos que se dieron. Gracias á la intervención de un número considerable de mi-

nistros, senadores, diputados, gobernadores, ingenieros etc., el expediente no hizo más que veinte paradas en diversas administraciones y la decisión final no tardó más que dos años en llegar al ayuntamiento. Entre tanto, los habitantes continuaron bebiendo con resignación el agua de alcantarilla, sin haber tenido una sola vez la idea de remediar por sí mismos el accidente. Los ejemplos referidos por Tocqueville muestran que las cosas pasaban exactamente de la misma manera bajo el antiguo régimen.

Hay en esto un estado de espíritu especial que es evidentemente una característica de raza. El Estado se vé obligado á intervenir incesantemente para reglamentar y protejer; pero si hiciese caso á todas las quejas, intervendría todavía más. Hace algunos años, un digno senador se hizo eco, ante el Senado, de las reclamaciones de un sindicato de choriceros que querían obligar al gobierno á sustituir la vaca por el cerdo salado, en la alimentación del ejército, so pretexto de protejer la cría de los cerdos pequeños. En el espíritu de aquellas buenas gentes, la función natural del Estado era protejer la industria y por tanto, tenía que garantizar la venta de sus géneros y declarar obligatorio el cerdo salado.

Se censura sin razón á los coletivistas por querer poner en manos del gobierno todos los monopolios, todas las industrias, todos los servicios públicos. Este ideal no es suyo especial sino que es de todos los partidos. Es un ideal de raza.

Asaltado por todas partes el Estado se defiende como puede; pero bajo la presión unánime del público, se vé forzado á su pesar á proteger y reglamentar. De todas partes le piden que intervenga y siempre en el mismo sentido, es decir, en el de la restricción de la iniciativa y la libertad de los ciudadanos. Las leyes de este género que se le proponen cada día son innumerables: leyes para decidir la reventa de los ferrocarriles y hacerlos administrar por el Estado, leyes para apoderarse del monopolio del

alcohol, leyes para acaparar la administración del Banco de Francia, leyes para reglamentar las horas de trabajo en las manufacturas, leyes para impedir la competencia de los productos extranjeros, leyes para dar una pensión de retiro á todos los obreros ancianos, leyes para obligar á los contratistas de suministros públicos á que no empleen sino ciertas clases de obreros, leyes para reglamentar el precio del pan, leyes para obligar á los celibatarios á que se casen, leyes para abrumar con impuestos á los grandes almacenes en beneficio de los pequeños, etc., etc.

Estos son los hechos. Examinemos ahora sus consecuencias.

§ II.—Consecuencias de la extensión de las funciones del estado

Las consecuencias de esta absorción de todos los servicios por el Estado y de su intervención constante—absorción é intervención reclamadas por todos los partidos sin distinción,—son desastrosas para el pueblo que las sufre, ó más bien que las impone. Esta intervención permanente acaba por destruir del todo en los ciudadanos los sentimientos de iniciativa y responsabilidad, que ya poseían en grado tan bajo. Obliga al Estado á dirigir con grandes gastos, por la complicación de su mecanismo, grandes empresas que los particulares, poseyendo el móvil del interés personal, administrarían con éxito sin tantos gastos (1), como hacen en otros países.

---

(1) En todos los países del mundo se sabe bien que las empresas administradas por particulares, que están necesariamente interesados en su éxito, logran este mucho mejor que cuando las dirije el Estado, es decir, agentes anónimos que se interesan muy poco por ellas. M. Simón Hanann, cónsul americano en Francfort, ha hecho las siguientes observaciones á propósito de las empresas metalúrgicas de Rusia. Es curioso consignar que, cuando el Esta-

Estos son resultados comprobados desde hace mucho por los economistas: «La concentración de las fuerzas económicas en manos del Estado, escribe M. Leroy-Beaulieu, lleva á la Francia nueva á la ruina de las iniciativas privadas, á la degeneración de las voluntades y de las energías individuales, para llegar á una especie de servilismo burocrático ó de cesarismo parlamentario, enervante y desmoralizador á la vez para todo el país empobrecido.

«La reglamentación, dice por su parte Herbert Spencer, atrae otras reglamentaciones dando origen á consecuencias no previstas de ningún modo por el legislador... Toda reglamentación implica la creación de nuevos agentes reguladores, un mayor desarrollo del funcionarismo y un aumento del cuerpo de los funcionarios. Cuanto más se acentúa la intervención del Estado, más pierden los gobernados en iniciativa individual...; además, cada nueva ingerencia del Estado fortifica la opinión tácita según la cual el deber del Estado es remediar todos los males y realizar todos los bienes.»

Nunca han tenido razón tan visiblemente los economistas y, sin embargo, tampoco nunca han predicado tan completamente en el desierto. Nadie discute sus afirmaciones y, sin embargo, continuamos adelantando cada vez más en un camino que conducirá al último grado de la decadencia y de la esclavitud á los pueblos que lo han emprendido.

Hoy día, sólo mediante un ejército cada vez más inmenso de agentes, puede el Estado conseguir dirigirlo, administrarlo y centralizarlo todo. Hace apenas cincuenta años eran aquéllos 188.000 y costaban anualmente 245

---

do dirigía por sí mismo estas empresas, todas decaían, que lo mismo ha ocurrido hasta 1885, en que se interesaron en ellas capitales locales y que, por fin, los capitales extranjeros han tenido éxito donde los otros habían fracasado. De 17 fundiciones que hay en el Sur de Rusia, sólo cuatro pertenecen á capitales rusos.

millones; hoy son 689.000 (1) y cuestan 627 millones. Su número aumentará necesariamente todavía en grandes proporciones. La instrucción dada por el Estado apenas sirve más que para crear funcionarios para el Estado. La mitad de los alumnos de los liceos se destinan á funciones públicas. Sólo los que fracasan van al comercio, á la agricultura y á la industria; exactamente lo contrario de lo que pasa en América y en Inglaterra.

El gobierno se defiende como puede contra esta invasión de los que tienen títulos y á los cuales su depresiva educación y sus aptidudes hereditarias no dan la suma de iniciativa necesaria para crearse situaciones independientes. No tienen voluntad más que para aprender de memoria los más grandes manuales; y en esto nada se les pone por delante. El Estado complica sin cesar la materia de los exámenes, hace cada vez mejores manuales; nada desalienta á los candidatos. Con la cuarta parte de la paciencia que se necesita para aprender de memoria fastidiosas inutilidades, la mayor parte de ellos harían fortuna en la industria; pero ni siquiera piensan en ello. Con razón se ha podido decir que nuestro siglo es el siglo de los exámenes. Es exactamente el sistema chino: y como ha hecho notar Renan, ha producido en este pueblo de mandarines una incurable senilidad.

En realidad la burocracia es la que gobierna hoy á Francia y necesariamente la gobernará cada vez más. El poder de Estado se encuentra desmigajado entre imnumerables manos. La irresistible necesidad de ser gobernados de los latinos va acompañada de una necesidad de autoridad no menos irresistible y por eso todos los agentes que representan al Estado se gobiernan unos á otros según una gerarquía minuciosa y rígida, que desciende por grados sucesivos desde el ministro al último de los peones

(1) Incluyendo los afectos al servicio de los ayuntamientos según el censo del *Office du Travail* de 1896.

camineros. Como cada funcicnario sólo posee atribuciones muy estrechas, no puede ejecutar el menor acto sin recurrir á toda una gerarquía colocada por cima de él. Está aprisionado en una inextricable red de reglamentos y de complicaciones á que no puede sustraerse y cuyo peso recae necesariamente sobre todos los que tienen la obligación de dirigirse á él.

Esta red de reglamentos se desarrolla cada día más á medida que la iniciativa de los ciudadanos se hace más débil. Como hacía observar León Say, «se eleva un clamor cada vez más fuerte para exigir una reglamentación cada vez más minuciosa.»

Oprimido por las reclamaciones incesantes de un público ávido de tutela, el Estado legisla y reglamenta sin cesar. Obligado á dirijirlo todo, á preverlo todo, entra en los detalles más minuciosos. Si un coche atropella á un particular ó roban un reloj en una alcaldía, inmediatamente se nombra una comisión encargada de elavorar un reglamento y este reglamento es siempre un volúmen. Según un periódico bien informado, el nuevo reglamento sobre la circulación de coches de alquiler y otros medios de trasporte en París, redactado por una comisión encargada de simplificar el estado de cosas existente, no comprenderá menos de ¡425 artículos!

Esta prodigiosa necesidad de reglamentación no parece nueva en la historia. Ya se ha observado en varios pueblos, especialmente los romanos y los bizantinos, en las épocas de mayor decadencia y ha debido contribuir notablemente á apresurar ésta. M. Gaston Boissier hace notar que al final del imperio romano «nunca se había exajerado tanto la minucia administrativa. Esta época es ante todo papelesca. Un funcionario imperial no iba nunca sin secretario y taquígrafos.»

De estas jerarquías tan complicadas, de esta reglamentación estrecha resulta primeramente que todo lo creado por el Estado se produce de una manera muy lenta y muy

costosa. No en vano los ciudadanos de un país renuncian á dirijir, por sí mismos sus negocios y quieren confiarlo todo en las manos del Estado. Este último les obliga á pagar muy cara su intervención. Se puede citar como ejemplo muy típico los diversos ferrocarriles que los departamentos han obligado á construir al Estado.

Para obedecer á la presión pública, el gobierno ha construído sucesivamente y administra directamente cerca de 2.800 kilómetros de líneas, que han costado, según el informe de la comisión del presupuesto para 1895, la enorme cifra de 1.275 millones, incluyendo las insuficiencias anuales capitalizadas. Como los beneficios anuales son de 9.000.000, mientras que los gastos son de 57 millones el déficit anual es de unos 48 millones. Este déficit depende en parte de los gigantescos gastos de explotación. Mientras que el coeficiente de explotación es de 50 por 100 para las grandes compañías como la de París—Lyon y la de Orleans, por ejemplo, poco interesadas, sin embargo, en economizar, pues el Estado las garantiza un mínimum de interés; el coeficiente de explotación alcanza la inverosimil cifra de ¡77 por 100!

«Sería imposible decir, escribe M. Leroy-Beaulieu, á qué atrofia de la iniciativa individual conduce el régimen francés de obras públicas. Acostumbrados á contar con subvenciones del ayuntamiento, del departamento ó del poder central, las diversas aglomeraciones de habitantes, sobre todo en los campos, no saben ya emprender nada por sí mismos, ni ponerse de acuerdo para nada. Yo he visto aldeas de doscientos ó trescientos habitantes, pertenecientes á un gran ayuntamiento disperso, esperar durante años enteros y solicitar humildemente auxilios para arreglar una fuente que les era indispensable y que con doscientos ó trescientos francos, ó sea una contribución de un franco por cabeza, se hubiera podido poner en buen estado. He visto otros que, no tenían más que un solo

camino para hacer salir sus géneros y que no sabían ponerse de acuerdo; cuando con un primer gasto de dos mil francos y doscientos ó trescientos de conservación anuales, podían fácilmente haber hecho viable este único camino de que disponían. Sin embargo, hablo de países relativamente ricos, mucho más acomodados que la generalidad de los ayuntamientos de Francia.

»No tememos decir que entre las naciones ricas y de civilización antigua, Francia es una de las peor repartidas en cuanto á la posesión y la baratura de los instrumentos de uso colectivo. El gas cuesta más caro que en cualquiera otra parte; la electricidad comienza apenas á alumbrar ciertas calles de algunas ciudades; los trasportes urbanos se encuentran en estado bárbaro; los tramvías, poco numerosos, apenas existen más que en las ciudades de primer orden y sólo en algunas de segunda clase; las compañías que se dedican á esta industria, salvo unas dos ó tres en todo nuestro territorio, están arruinadas; los capitalistas, asustados por estos fracasos, no sienten ninguna inclinación á dotar á nuestras ciudades de una red de comunicaciones urbanas perfeccionadas. El teléfono cuesta en París dos ó tres veces más que en Londres, en Berlín, en Bruselas, en Amsterdam, en Nueva York. Así, un gran país se encuentra, en pleno siglo XIX, sin aprovechar más que en una medida muy reducida, los progresos recientes y numerosos que han trasformado desde hace cincuenta años la vida urbana. ¿Es porque el Estado no interviene bastante? No, es porque interviene demasiado. Los municipios que le representan, usan con exceso de su doble poder de coacción: la coacción reglamentaria y administrativa que multiplica las órdenes ó las prohibiciones, los impuestos, y que á veces somete, sin ninguna restricción á las compañías al árbitro variable de los ayuntamientos; la coacción fiscal, que de cada sociedad de capitalistas quiere hacer una mina inagotable; y hay que añadir además ese mezquino sentimiento de envidia que considera

como un atentado á los poderes públicos toda prosperidad de las compañías particulares.»

La complicación de los procedimientos, la rutina, así como la necesidad en que se encuentran los empleados de someterse, para salvar su responsabilidad, á las más minuciosas formalidades (1) producen los gastos enormes que se observan en todo lo que administra el Estado. Los informes de M. Cavaignac en el Parlamento, en nombre de la Comisión de presupuestos, sobre el presupuesto de guerra y por M. Pelletan sobre el de Marina demuestran que las complicaciones administrativas exceden de todo lo que se puede imaginar. En el informe de M. Cavaignac se vé entre un gran número de hechos análogos, la historia inverosímil y, sin embargo verídica, de aquél jefe de batallón que, habiéndose permitido encargar en los Inválidos un par de botas no reglamentarias, se encontró con

(1) Se puede citar como tipodel estado mental especial creado por las necesidades burocráticas, la historia referida en el Parlamento por un ministro, M Delcassé, de una larga controversia en las oficinas de un Ministerio, que tenía por objeto saber si un gasto de 77 kilos de hierro figuraría como 3,46 francos ó como 3,47 en el presupuesto de aquél Ministerio. Para decidir, se necesitó la deliberación prolongada de una media docena de jefes de oficinas y finalmente la intervención directa del ministro mismo.

Todas las empresas dirigidas por las administraciones latinas están sometidas al mismo sistema de meticulosa minucia, cuyo resultado final es gastar sumas elevadas para ahorrar céntimos. Con motivo del hospital de la Salpêtrière, gran establecimiento que tiene 5.000 habitantes y un presupuesto de dos millones y medio, un periódico se expresaba de la manera siguiente:

«Si se supiera los rodajes que hay que poner en movimiento, la gente que hay que trastornar para la colocación de un calentador de gas, produciría asombro: pedir y obtener informe favorable del administrador y autorización del Consejo de vigilancia, enviarlo al arquitecto, levantar planos, confeccionar un proyecto y su presupuesto, volverlo al Consejo de vigilancia, ordenar al arquitecto y avisar al contratista, es decir, una pérdida de tiempo de dos meses y un gasto de 80 á 100 francos, cuando con un director autónomo se habría hecho la cosa en dos días, con un gasto de 15 á 20 francos.»

que debía 7,80 francos al Estado, suma que estaba dispuesto á pagar. Para regularizar su pago se necesitaron: ¡tres cartas del ministro de la Guerra, una del ministro de Hacienda y unas quince entre cartas, decisiones ó informes de generales, directores, jefes de oficinas, etc., puestos al frente de los diversos servicios administrativos!

En el informe de la comisión del presupuesto de Marina se vén complicaciones todavía más considerables. El sueldo mensual de un simple teniente de navío comprende una colección de sesenta y seis tarifas diferentes «provistas todas de una larga cola de decimales.» Para obtener en un puerto de mar un «rempujo de velero», trozo de cuero que vale 10 céntimos, hay que establecer una hoja especial, para la cual hay que ir á buscar en todos los rincones del puerto, seis firmas diferentes. Una vez confeccionado el trozo de cuero, otra vez nuevas escrituras é inscripciones en nuevos registros. Para la recepción de ciertos objetos se necesitan piezas de contabilidad que exigen quince días de trabajo. El número de estados hechos por algunas oficinas se estima en 100.000.

A bordo de los barcos la complicación no es menor: el aprovisionamiento burocrático es prodigioso. «Allí hemos encontrado, dice el informante, en treinta y tres volúmenes de reglamentos destinados á fijar los pormenores de la vida administrativa de á bordo, la enumeración de 230 tipos diversos de registros, libros, cuadernos, estados diarios y mensuales, certificados, expedientes de ingresos, folletos, volantes, etc.» En aquél dédalo de cifras los desgraciados empleados acaban pronto por no saber donde se encuentran. Oprimidos por su terrible labor, llegan á trabajar completamente al azar. «Centenares de empleados están ocupados exclusivamente en calcular, trascribir, copiar innumerables registros, reproducir en innumerables volantes, dividir, totalizar, enviar al ministro cifras que no tienen ninguna realidad, que no responden á nada

en el órden de los hechos, que estarían probablemente más próximas á la verdad si se las inventase por completo.»

Así, es imposible llegar á ningún dato cierto sobre los aprovisionamientos, cada categoría de los cuales depende de toda una serie de oficinas que tienen cada una su autonomía. Algunas comprobaciones hechas al azar por el informador del presupuesto le han dado las cifras más extravagantes. Mientras que se carecía absolutamente de cosas esenciales, y que había que comprar con urgencia, como las 23.000 cucharas y tenedores citados en su informe, y que vendidas al pormenor á 10 céntimos en las calles de Tolón, fueron pagadas á 50 por la administración, se encuentran objetos de que se tiene provisión para treinta años, y de otros para sesenta y ocho. En cuanto á las compras de la Administración, las cifras que se han podido descubrir son verdaderamente fantásticas. Paga en el extremo Oriente, en el país de producción, un 60 por 100 más caro el arroz que Tolón. Los precios pagados por todos los objetos son generalmente el doble de lo que pagaría un particular, sencillamente porque, no pudiendo pagar antes de la regularización de los innumerables documentos de contabilidad, la Administración se vé obligada á dirigirse á intermediarios que le ha cen adelantos que se reintegran con frecuencia muy tarde á causa de la espantosa complicacion de las escrituras. Todo este despilfarro tremendo y obligado se traduce por un número elevado de millones gastados tan inútilmente como si se los tirase al agua. Un industrial que dirigiese así sus negocios no esperaría mucho tiempo la quiebra.

El informante que citamos ha tenido la curiosidad de ver cómo se arregla la industria privada para evitar esos millares de registros y de empleados, esa contabilidad que conduce á los más graves desórdenes, por la misma imposibilidad de saber donde se encuentra uno. Nada más interesante que esta comparación, que pone en presencia

al socialismo de Estado, tal como lo sueña el colectivismo, con la iniciativa privada, tal como la comprenden los ingleses y los americanos.

He aquí cómo se explica:

«Para tener un punto de comparación, hemos hecho preguntar como procedía un gran establecimiento de industria privada, que está en contacto con uno de nuestros arsenales y que, como él está consagrado á la construcción de los navíos. Se juzgará de la importancia de este establecimiento cuando se sepa que, en este momento construye uno de nuestros grandes cruceros de primera clase, dos acorazados brasileños, un crucero de 23 nudos, un paquebote y cinco barcos de vela; en total, una flota de 68.000 toneladas. Se nos concederá que para esto se necesitan almacenes de cierta importancia.

«Un gran libro basta para la contabilidad de cada uno de estos almacenes. Además, encima del lugar que ocupa cada clase de objetos, hay una planchita que indica la naturaleza del objeto, el número del folio del libro mayor correspondiente y encima en tres columnas las entradas, las salidas y las existencias. Así se puede, al primer golpe de vista, conocer el estado de las provisiones. Si un jefe de taller necesita de ellas, entrega un volante firmado y fechado, indicando el número y la naturaleza del objeto que reclama. El encargado del almacén escribe al dorso el nombre, el peso, el precio por unidad y el precio total y se copian los volantes en un cuaderno y después sobre el libro mayor. Nada más sencillo ni, al parecer, más suficiente.»

Es interesante comparar los precios de coste de la industria privada, que tiene que ganar dinero con los del Estado, que no tiene que ganarlo. Esta comparación se ha hecho desde hace mucho tiempo: lo que el Estado hace por sí mismo le cuesta en general de un 25 á un 50 por

100 más caro que lo fabricado por la industria privada. Respecto de los acorazados, cuyo precio total oscila alrededor de 20 millones, la diferencia entre los precios de coste en Inglaterra y en Francia es de un 25 por 100 próximamente, según un informe de M. de Kejergu. (1)

Muchos motivos intervienen en este aumento de precio de lo que fabrica el Estado. Nos bastaba consignar el hecho sin tener que buscar todas sus causas. Nos limitaremos á hacer notar que algunas de ellas residen no sólo en la complicación de los reglamentos y de las formalidades, sino también en un factor psicológico esencial: la indiferencia que se aporta generalmente á todas las empresas en que el interés personal no está comprometido. Por esta seria razón es por lo que se ve tan á menudo decaer á las empresas industriales que, en lugar de pertenecer á

---

(1) La comparación entre los precios de coste de la industria privada y los establecimientos del Estado es muy difícil porque los interesados tienen buen cuidado de olvidarse de hacer figurar en el precio de coste los considerables gastos de alquileres, sueldos de empleados, etc., imputados á otros presupuestos. Así es como se ha probado en la Cámara de los diputados, por una información especial hecha por la comisión de presupuestos, que la imprenta nacional, que pretendía realizar beneficios sobre sus operaciones, presentaba un déficit anual de 640.000 francos; sin embargo, no es la baratura de sus producciones lo que motiva este déficit. El informe ha probado que el precio de coste de los impresos en este establecimiento sostenido por el Estado, que le da indirectamente 888.000 francos de subvención, es de 25 á 30 por 100 superior á los de la industria privada. Las diferencias son á veces mucho más grandes. Entre los ejemplos citados ante la Cámara, se puede mencionar el de una obra especial que quería publicar el ministerio de Marina. La imprenta nacional, establecimiento subvencionado, pedía 60.000 francos. Un editor privado, no subvencionado, pidió 20.000. Verdad es que en la imprenta nacional—que se puede considerar como tipo de los establecimientos de la futura sociedad colectivista—todo se verifica con una minuciosa regularidad. Uno de los informantes, M. Hervieu, se expresa así: «Se necesita un trozo de papel para entrar allí, otro para hacer la compra proyectada, otro autorizando á llevar lo que se ha comprado y, por último, otro autorizando á salir.»

un individuo personalmente interesado en su éxito, están administradas por intermediarios. (1)

De estas condiciones diferentes resultan necesariamente procedimientos de administración muy diversos. He tenido un reciente ejemplo de ello, que reproduzco aquí porque es muy típico é ilustra claramente mi pensamiento.

Una sociedad extranjera había establecido por su cuenta en Francia una línea de tranvías que enlazaba dos grandes centros industriales y que administraba por sí misma. El negocio marchaba admirablemente. Los ingresos anuales se elevaban á 1.100.000 francos y los gastos de explotación no pasaban del 47 por 100. Como las autoridades locales hiciesen observar á la sociedad que era molesto ver á su frente á un extranjero, ésta consintió en sustituirlo por un ingeniero francés. La experiencia fué muy rica en enseñanzas. El ingeniero comenzó al principio por reorganizar las oficinas y las proveyó de numerosos agentes: subdirector, jefe de contabilidad, jefe de lo contencioso, cajero, etc., después elaboró naturalmente un largo reglamento muy complicado en que se desarrolló toda la ingeniosidad de su espíritu latino.

Los resultados no se hicieron esperar. En menos de un año los gastos de explotación se habían casi duplicado. Llegaban en efecto al 82 por 100 y la sociedad veía acercarse rápidamente la hora de la ruina.

---

(1) He aquí lo que me escribía sobre esto un gran industrial belga, que está en relaciones de negocios con muchos países y á quien, por este motivo, había consultado sobre la cuestión:

«Una prueba evidente de lo que usted afirma de que las empresas administradas por intermediarios decaen, es la lista numerosa de los negocios cotizados en la Bolsa que, después de haber dado resultados excelentes, han quedado casi reducidos á nada desde que se han trasformado en sociedades anónimas.

»Aquí tenemos negocios que, cuando pertenecían á un pequeño grupo interesado directamente, daba dividendos de 12 á 15 por 100; se han trasformado en sociedades anónimas y la renta ha bajado, por término medio, á un 3 por 100. Algunas no producen ya nada.»

Entonces tomó una resolución heróica. Su director fué á ver á las autoridades, les puso á la vista los resultados y después les ofreció conservar su título y su sueldo al ingeniero pero con la condición formal de que bajo ningún pretexto pusiera los pies en las oficinas. Una vez aceptada la proposición, fué restablecida la antigua organización y los gastos de explotación volvieron á bajar en seguida á su cifra normal de 47 por 100. Este ensayo de administración latina había costado unos 500.000 francos á la casa que lo había intentado.

Aplicado á las colonias, nuestro sistema de administración ha engendrado los más desastrosos resultados. Ha producido la ruina progresiva de nuestras posesiones. Mientras que las colonias inglesas no cuestan casi nada al presupuesto, nosotros gastamos unos 110 millones anuales para el sostenimiento de las nuestras. En cambio de esta suma hacemos con ella una cantidad de negocios comerciales que nos dejan menos de 10 millones de beneficio. El déficit anual es, pues, enorme. Este déficit es mucho más que una simple pérdida, porque la suma gastada sirve, en realidad, para desarrollar el comercio de los que nos hacen la competencia. En efecto, es á ellos á quienes sobre todo compran nuestros colonos, pues nuestros compatriotas no son capaces de producir á los mismos precios. La cifra de los negocios hechos por nuestros colonos con los extranjeros es superior en 46 millones á los que hacen con los nacionales. Es difícil que ocurra de otro modo, dadas las trabas administrativas de que rodeamos á nuestro comercio en las colonias. Para administrar los 2.300.000 habitantes de la Cochinchina, poseemos muchos más funcionarios que los ingleses para administrar 250 millones de indios.

El estado miserable de nuestras colonias es también, en gran parte, consecuencia de uno de esos caracteres psicológicos de raza, cuya irresistible fuerza he mostrado tantas veces. La total incapacidad de los latinos para com-

prender las ideas de los demás pueblos, su intolerancia y su sed de igualdad y de uniformidad les han conducido al principio de asimilación, según el cual los pueblos conquistados se deben gobernar según las leyes y las costumbres del pueblo conquistador. Negros, malgaches, annamitas, árabes, etc.... todos reposan sobre el mismo lecho de Procusto. Nosotros les enviamos de París un ejército de magistrados que les imponen leyes hechas para pueblos de estructura mental muy diferente, legiones de funcionarios que les someten á todos los minuciosos reglamentos dictados por una burocracia meticulosa y desconfiada. Para juzgar y administrar los pocos millones de negros, de las dos ó tres poblaciones que nos quedan en la India tenemos más de 100 funcionarios, de ellos 38 magistrados. En Madagascar nuestra administración nos cuesta 45 millones. Esta enorme legión de inútiles agentes pueblan algo nuestras colonias, pero á qué precio. ¡No sólo pesan gradualmente sobre el presupuesto de la metrópolis, sino que además hacen que huyan todos los colonos europeos, que se apresuran á refugiarse en las colonias inglesas vecinas para no verse presos en una inextricable red de reglamentos y vejaciones. (1) «De 1.914

---

(1) Vejaciones mucho más pesadas aún para los indígenas, cuyas incesantes sublevaciones se explican demasiado bien. Se leyó hace algún tiempo en los periódicos la historia de aquel funcionario que llegó á ser presidente, y que para manifestar su autoridad, hizo encadenar en su propio palacio y por su primer ministro al rey Norodom, personaje en absoluto sagrado á los ojos de la población. Aterra pensar que un gran imperio colonial pueden estar administrado por cerebros tan incomprensivos.

No hay más que recorrer nuestras colonias para ver hasta qué punto somos detestados por los indígenas, cuando los ingleses que gobiernan conforme á principios muy distintos, son profundamente respetados. Estos principios bien sencillos, consistentes en dejar á los indígenas que se administren por sí todo lo posible y en intervenir lo menos que se pueda en sus asuntos, no tienen en modo alguno el mérito de la novedad, porque ya los aplicaban los romanos. «¿De qué modo, escribe M. Boissier, después de una resis-

franceses que habitan en el Tonkin, escribía hace dos años Bonvalot 1.500 son funcionarios, 400 viven del protectorado y 13 son colonos. Y de estos 13, ¡6 están subvencionados!» Un periódico contaba recientemente que en la época de los reyes de Dahomey, nuestros comerciantes preferían establecerse en su territorio á someterse á las terribles complicaciones administrativas que hallaban en nuestras colonias. El más duro de los tiranos lo es mucho menos que la tiranía burocrática anónima, á que no sabiendo guiarnos, estamos obligados á someternos.

Los procedimientos de administración latina exigen naturalmente, un presupuesto inmenso; de 1.800 millones en 1869, ha subido progresivamente á 3.500, suma que sería preciso aumentar hasta 5.000, si se añadían al presupuesto del Estado los municipales. Presupuesto tal, sólo puede subsistir mediante impuestos que agobian. (1) Obedeciendo á la tendencia general de los espíritus, que se opone á toda empresa de iniciativa privada, el Estado abruma á la industria con impuestos extravagantes en ocasiones. En su Memoria de 1898 la Compañía de Omnibus hacía notar que por cada dividendo de 65 francos

---

tencia tan vigorosa la Galia llegó á ser tan pronto y tan enteramente romana? La administración romana, al menos en las buenas épocas, tenía el mérito, aun hoy no común, de ser poco exigente y nada enredona. No estorbaba la libertad de los municipios, intervenía lo menos posible en sus asuntos, respetaba los prejuicios religiosos y las vanidades locales, empleaba á muy pocos funcionarios y aun menos soldados. Algunos agentes de policía y el rumor lejano de las legiones acampadas en la frontera bastaban para mantener en orden á un pueblo ligero, glorioso, rebelde, amigo de cambios, mal dispuesto hacia la autoridad, y en el que nos reconocemos sin esfuerzo. La paz trajo muy pronto la riqueza á este país que sólo quiere tranquilidad para estar floreciente.»

(1) Sobre productos de uso corriente, como el azúcar, el impuesto es más del doble del valor de lo imponible; en el alcohol, es diez veces superior. La sal, el tabaco, el petróleo pagan de modo análogo. Los productos más indispensables, tal como el pan y la carne, sufren por derechos de adiciones, aumentos que á veces duplican su valor.

pagado á sus accionistas, daba al Estado ó al municipio 149 francos de impuestos, ó sea más del 200 por 100. La La Compañía general de carruajes paga diariamente por cada uno de ellos al Estado y al municipio 2,44 francos, y á los accionistas 11 céntimos, etc. Todas estas empresas que de este modo van á la ruina, están fatalmente destinadas á pasar más ó menos pronto á manos del Estado.

Las cifras que anteceden nos permiten prejuzgar lo que nos prepara el socialismo del Estado cuando se complete su evolucion. Será la ruina absoluta y rápida de todas las industrias del país en que triunfe.

Sería casi superfluo añadir que los efectos de la centralización y la absorción por el Estado que se observa en Francia, se ven de igual modo en las demás naciones latinas, y en grado aún mucho mayor. Las cosas han llegado en Italia hasta el punto de presentar el Gobierno al Parlamento, en la sesión del 21 de febrero de 1894, un proyecto de ley según el cual el rey había de estar revestido por un año de poderes dictatoriales, para tratar de reorganizar la administración del Estado. Es de lamentar que esta ley no haya sido adoptada, porque su aplicación hubiera claramente mostrado cuán vanas son las tentativas de reforma de las instituciones, cuando éstas proceden del estado mental de una raza.

Puede formarse idea del desarrollo del socialismo en Italia y de las dificultades que acarrea, por los extractos siguientes de una Memoria del diputado italiano Bonasi, publicada en la *Revue politique et parlementaire* de Octubre de 1895:

»A los jefes de servicios que dirigen en provincias las diferentes ramas de la administración no sólo no se les deja iniciativa alguna, sino ni aun esta pequeña amplitud de interpretación y de aplicación que es, sin embargo, inseparable del ejercicio de una función administrativa; fuera de las atribuciones que les están expresamente confe-

ridas por leyes, reglamentos, circulares ó instrucciones ministeriales, no pueden mover un pie sin la previa autorización y la aprobación ulterior del ministro de que dependen... Los gobernadores, los delegados de Hacienda, los presidentes de Audiencia, los rectores de Universidad no pueden autorizar el menor gasto, ú ordenar una reparación, por poco importante y urgente que sea, sin que su resolución haya recibido la consagración del *placet* ministerial...

«... Si un ayuntamiento ó un establecimiento de beneficencia quiere adquirir una finca, aun cuando sólo fuera un metro de terreno, ó si se trata de la aceptación de un legado hecho en su favor, sea sólo de algunos francos, es precisa una deliberación del ayuntamiento ó de la administración del establecimiento y á más, en ambos casos, un voto de la comisión administrativa provincial, una solicitud al rey para la autorización suprema, una Memorio del gobernador que acompaña á la remisión al ministerio, con el visto bueno y los documentos justificativos; una Memoria del ministro al Consejo de Estado, la opinión de éste, y por fin con decreto real y el examen del Tribunal de cuentas.»

Las consecuencias inevitables de este estado de cosas han sido un aumento muy rápido del número de funcionarios italianos y, por consiguiente, de gastos en el presupuesto.

Siendo idénticos los hechos en todos los pueblos latinos, claro es que son consecuencia de la estructura mental de la raza. La demostración es aún más precisa cuando se relaciona estos hechos con lo que hemos dicho en otros capítulos acerca de los resultados obtenidos por la iniciativa privada entre los anglo-sajones.

Es necesario sobre todo aprender en nuestra demostración que únicamente á nosotros mismos y no al Gobierno, debemos hacer responsables de la extensión progresiva de la representación del Estado y sus consecuen-

cias. Sea cualquiera el gobierno que se suponga: república, cesarismo, comunismo ó monarquía; tenga al frente á Helio gabalo, Luis XIV, Robespierre ó un general victorioso, la representación del Estado no podría cambiar en los pueblos latinos. Es consecuencia de exigencias de raza. El Estado, en realidad, somos nosotros mismos, y sólo á nosotros debemos acusar de su organización. Según esta predisposición mental ya señalada por César, siempre atribuímos al gobierno la culpa de nuestros propios defectos; y estamos persuadidos de que combiando nuestras instituciones ó nuestros jefes todo se trasformará. No hay razonamiento que pueda curarnos de este error. Podemos, sin embargo, presentirle, considerando que cuando los azares de la política llevan al frente de los departamentos ministeriales á los diputados que han criticado con mayor viveza las administraciones que van á dirigir, no hay ejemplo de que hayan logrado modificar ni aun lo más mínimo lo que con razón consideraban abusos intolerables.

§ III.—El Estado colectivista.

Acabamos de ver los progresos del socialismo de Estado y sus consecuencias; réstanos demostrar cuán escasas son las etapas que hay que franquear para llegar al colectivismo completo, tal como lo sueñan los pontífices de la doctrina.

Los peligros del colectivismo no han pasado inadvertidos para los hombres de Estado dotados de alguna perspicacia, pero no parece que hayan visto bien nuestra entrada en él hace mucho tiempo. He aquí cómo se expresaba uno de los más distinguidos de entre ellos, monsieur Burdeau, antiguo presidente de la Cámara de los diputados:

«El peligro que hay que temer no es que el colectivismo triunfe, se establezca, modele á su guisa la sociedad. Es que sigue apoderándose de los espíritus, penetrando poco á poco en nuestras instituciones, sembrando el desprecio contra el capital, el patronato, las instituciones que de él derivan (establecimientos de crédito, bancos, etc.) la iniciativa privada, sin cesar, vilipendiada en provecho de los monopolios del Estado, contra el ahorro, la propiedad individual, las herencias, los salarios proporcionados al mérito y la utilidad de los productos ofrecidos, contra los medios que hoy sirven para elevar á los humildes á mejores situaciones—y si no la propia, la de sus descendientes—contra el mantenimiento de la sociedad por los millones de esfuerzos de la iniciativa excitada por el interés.

«Se llegaría así á engrandecer prodigiosamente la representación del Estado, encargándole de los ferrocarriles, minas, banca, quizás de las empresas de navegación, seguros, grandes almacenes; á agobiar con impuestos las fortunas medias ó grandes, sucesiones, todo cuanto estimula al hombre á los inventos, á las empresas atrevidas ó de grandes alientos, todo lo que de él hace un agente previsor, que piensa en las generaciones futuras, que trabaja por la humanidad del porvenir; á cobrar horror al trabajo difícil, á la economía, á la esperanza de abrirse paso; en resumen, á reducir al individuo á la medianía de deseos, ambiciones, energía, talento, bajo la tutela de un Estado invasor, á reemplazar más y más al hombre animado por el propio interés por un casi funcionario.»

Las conclusiones de este hombre de Estado son evidentes para todo espíritu algo familiarizado con las necesidades económicas y psíquicas que guían á los pueblos. Ha visto muy bien que el triunfo latente del colectivismo es más seguro y temible aún que su triunfo nominal.

La sociedad del porvenir, soñada por los colectivistas,

se realiza hace mucho tiempo y más cada día en los pueblos latinos. El socialismo del Estado es, en efecto, como he demostrado, la conclusión necesaria de su pasado, la etapa final que les llevará á la decadencia, que ninguna civilización ha podido evitar hasta aquí. Organizados en jerarquía sistemática desde siglos hace, nivelados por una educación universitaria y un sistema de exámenes que á todos moldean igualmente; ávidos de igualdad y muy poco de libertad, acostumbrados á todas las tiranías, administrativas, religiosas y morales, perdida toda iniciativa, toda voluntad, habituados cada vez más á ponerse para todo en manos del Estado, están reducidos por fatalidades de raza á sufrir el socialismo de Estado que los colectivistas predican hoy. Decía anteriormente que estaban sometidos á él hace largo tiempo. Bastará para convencerse de ello, ver lo que proponen los colectivistas, y observar que es el simple desenvolvimiento de lo que ya existe.

Se creen innovadores los colectivistas, pero su doctrina no hace más que precipitar una fase natural de evolución, cuya preparación y advenimiento no es obra suya. El examen sucinto de sus proposiciones fundamentales lo probará fácilmente.

Uno de los fines principales del colectivismo es el acaparamiento por el Estado de todas las industrias y empresas. Ahora bien; todo cuando en Inglaterra, y sobre todo en América, está fundado y administrado por la iniciativa privada, se halla hoy en los pueblos latinos, más ó menos en manos del Gobierno, y cada día este último se adjudica nuevos monopolios: teléfonos y cerillas hoy; alcohol, minas y medios de trasporte mañana. Cuando sea completa la absorción, una parte importante del ideal colectivista se habrá realizado.

Quieren los colectivistas poner la riqueza pública en manos del Estado por diversos medios, principalmente por el aumento progresivo de los derechos de sucesión. Entre nosotros aumentan cada día; una ley nueva acaba

de elevarlos al 15 por 100. Bastará con algunos aumentos sucesivos para llegar á los impuestos de los socialistas.

El Estado colectivista dará á todos los ciudadanos una educación idéntica, gratuita y obligatoria. Nuestra Universidad, en su terrible lecho de Procusto, ha realizado este ideal hace mucho tiempo.

El Estado colectivista hará que todo lo dirija una legión de funcionarios destinados á reglamentar las menores acciones en la vida de los ciudadanos. Forman ya estos funcionarios masas densas; son hoy los únicos dueños reales en el Estado. Su número aumenta siempre, por el solo hecho de que aumentan las leyes y reglamentos que limitan cada vez más la iniciativa y libertad de los ciudadanos. Ya inspeccionan, bajo pretextos diversos, el trabajo en las manufacturas y las menores empresas privadas. No habrá más que aumentar algo su número y extender sus atribuciones, para que el ideal colectivista se vea igualmente realizado en este punto.

Esperando siempre conseguir la absorción de las riquezas en provecho del Estado mediante el aumento de los derechos de sucesión, el colectivismo persigue también el capital de todas maneras. El Estado le ha precedido ya en este camino. Todas las empresas privadas se ven cada día más agobiadas de impuestos más pesados, que reducen más y más el interés del capital y las esperanzas de prosperidad. Hay, como hemos dicho ya, industrias, la de los ómnibus de París por ejemplo, que por cada 65 francos, que entrega al accionista, paga 149 de impuestos diversos. Las demás fuentes de ingresos sufren sucesivamente impuestos mayores. Llegamos hasta querer imponerlos á la renta. En Italia, donde esto se conoce hace tiempo, el impuesto sobre la renta se ha elevado progresivamente al 20 por 100. Bastará un corto número de aumentos sucesivos para llegar á la completa absorción de la renta, y por consiguiente, del capital, en provecho del Estado.

Finalmente, según los colectivistas, el proletariado de-

be privar de los poderes políticos á las clases actualmente directoras. La cosa aún no está hecha, pero á conseguirlo vamos rápidamente. Las clases populares son directoras por el sufragio universal, y comienzan á enviar un número creciente de socialistas al Parlamento. Cuando la mayoría sea socialista, el ciclo de las reivindicaciones se habrá completado. Todos los caprichos de la imaginación serán posibles; y entonces es cuando, para ponerles término se abrirá la era de los Césares, luego la de las invasiones que ha señalado siempre el momento final de la decadencia en los pueblos demasiado viejos.

CAPÍTULO VII.

Estado actual de los pueblos latinos.

§ I. *Debilidad de los pueblos latinos.*—Es resultado de los conceptos anteriormente expuestos.—Peligros que para ellos tiene el desarrollo del socialismo.—Los pueblos latinos no pueden ya intentar experiencias ni revoluciones sin peligro de desaparecer.—Las necesidades modernas.—§ II. *Las Repúblicas latinas de América. España y Portugal.*—Estado actual de las repúblicas hispano-americanas. Representan el nivel inferior de la civilización latina.—Sus destinos.—Portugal y España. Su estado de decadencia.—El gobierno colonial de los españoles.—Por qué han perdido sus colonias.—La guerra hispano-americana desde el punto de vista psicológico.—Influjo del carácter de las razas que combatían.—Incidentes de esta guerra.—§ III. *Italia y Francia.*—Estado actual de Italia.—Desorganización administrativa del ejército y de la hacienda.—Revoluciones de que está amenazada.—Triunfo próximo del socialismo.—Por qué el triunfo del socialismo amenaza mucho más á Italia que á España.—Relajamiento de la moralidad en los pueblos latinos.—Estado actual de Francia.—Síntomas de fatiga é indiferencia que presenta.—§ IV. *Resultados de la adopción de los conceptos latinos por pueblos de razas distintas.*—Los griegos modernos desde la época de la independencia han adoptado en masa los conceptos latinos, principalmente el de la educación.—Resultados vistos en cincuenta años.—Desorganización completa de la hacienda, la administración y el ejército.—Progresos del socialismo.—La guerra turco-griega.—Las ilusiones europeas acerca de Grecia.—§ V. *Porvenir que amenaza á los pueblos latinos.*—La nueva evolución del mundo no dejará subsistir los pueblos débiles—Predicciones de lord Salisbury.—Peligros terribles que las experiencias socialistas tienen para los latinos.

§ I.—Debilidad de los pueblos latinos.

Acabamos de ver las consecuencias que ha tenido entre los latinos la extensión progresiva de su concepto del Estado, es decir, de un poder central que reemplaza á la inciativa de los ciudadanos y obra en su lugar. Que este poder central sea un monarca ó una colectividad, no importa. Bajo estas varias formas exteriores existe el mismo concepto fundamental.

Desde el punto de vista práctico el socialismo sólo representa la extensión del mismo concepto. Lo que aún queda de iniciativa, de voluntad en el alma de los ciudadanos pronto se destruirá enteramente por la reglamentación del trabajo, por la ingerencia permanente de los funcionarios en los actos todos de la vida.

Muchos espíritus á quienes la lucha aterra parecen cada día más dispuestos á dejar desarrollarse al socialismo. No pudiendo ver previsoramente otro horizonte que el que les rodea, no se dan cuenta de lo que hay más allá. Ahora bien; este más allá es amenazador y terrible. Si quieren vivir aún los pueblos latinos no deben correr los riesgos de experiencías ni revoluciones. Necesidades económicas nuevas están en camino de trastornar las condiciones de existencia de las naciones, y muy pronto no habrá lugar para los pueblos demasiado débiles. Ahora bien; la falta de fuerza de la mayor parte de los pueblos latinos había alcanzado próximamente el límite extremo, por bajo del cual no hay redención posible. No es embriagándose con frases brillantes, entregándose á estériles discusiones ó haciendo brillar las hazañas de los antepasados, como se impedirá á las cosas ser lo que son. La época caballeresca, de sentimientos heróicos y soberbios, de dialéctica ingeniosa ha muerto para mucho tiempo. Realidades implacables nos estrechan más y más, y sobre ellas los discursos más ingeniosos, los ditirambos más sonoros acerca del derecho y la justicia producen tan poco efecto

como las varas de Jerjes sobre el mar al cual azotaba en castigo de haber acabado con sus naves.

Para precisar nuestro pensamiento vamos á tratar de presentar en conjunto el estado actual de los pueblos latinos. El lector podrá juzgar así mejor las consecuencias que para estos pueblos tendría el desenvolvimiento del socialismo.

§ II.—Las repúblicas latinas de América, España y Portugal.

Consideremos, en primer lugar, las naciones que se hallan en el nivel más inferior de la escala de la civilización latina, es decir, las veintidós repúblicas españolas de América. Me han servido muchas veces de ejemplo para demostrar el poco influjo de las instituciones en la vida de los pueblos, y sería inútil hablar largamente acerca de su situación. Han realizado hace tiempo el porvenir que nos amenaza. Todas, sin una sola excepción, han llegado al punto en que la decadencia se manifiesta en la más completa anarquía, y en que los pueblos sólo tienen que ganar al ser conquistados por una nación lo bastante fuerte para dirigirles.

Pobladas por razas caducas, sin energía, sin iniciativa, sin moral ni voluntad, las veintidós repúblicas latinas de América, aunque situadas en las comarcas más ricas del mundo, son incapaces de sacar partido alguno de sus inmensos recursos. Viven merced á empréstitos europeos, que se reparten bandas de filibusteros políticos asociados á otros filibusteros de la banca europea, encargados de explotar la ignorancia pública, y tanto más culpables cuanto que están demasiado bien informados para creer que los préstamos que ellos lanzan á la plaza sean jamás reembolsados. En estas desgraciadas repúblicas el robo es general, y como cada cual quiere tener su parte, son per-

manentes las guerras civiles, los presidentes regularmente asesinados á fin de permitir á un nuevo partido llegar al poder y enriquecerse á su vez. Así durarán sin duda las cosas, hasta que un aventurero de talento, al frente de algunos millones de hombres disciplinados, intente la fácil conquista de estas tristes comarcas, y las sujete á un régimen de hierro, único de que son dignos los pueblos faltos de virilidad, de moralidad ó incapaces de gobernarse.

Si algunos extranjeros, ingleses y alemanes, atraídos por las riquezas naturales del suelo, no se hubieran establecido en las capitales, todos estos países degenerados habrían vuelto hace tiempo á la barbarie pura. La única de estas repúblicas que se sostiene algo, la Argentina, no se libra de la ruina general, sino porque cada vez más la invaden los ingleses.

Antes de constituirse en repúblicas, todas estas provincias eran españolas. Han logrado libertarse mediante revoluciones del sombrío gobierno de los frailes y gobernadores rapaces; pero era demasiado tarde, se había marcado la huella, el alma estaba formada, y era imposible la redención. Los frailes se habían encargado, por lo demás, hacía ya tiempo, de suprimir todos cuantos espíritus habían mostrado algún rasgo inteligente y de independencia.

De las repúblicas latinas de América, pasemos á las monarquías latinas de Europa. Su situación es menos triste, seguramente, pero ¡cuán poco brillante!

Conocido es el actual estado de Portugal y España. El viajero menos observador se fija pronto, después de una corta morada en ellos. Hacienda en ruinas, industria y comercio casi nulos. Las raras industrias que prosperan están en manos de extranjeros ó han sido creadas por ellos. Estos países, antes tan poderosos, son hoy casi tan incapaces de gobernarse como de gobernar sus colonias, que han ido perdiendo. Quedaba á España Filipinas y Cuba.

Las sometió á una explotación de tal modo ávida, á administradores tan corrompidos y feroces, que provocó el levantamiento desesperado de los indígenas y la intervención extranjera.

El Dr. Pinto de Guimaraes ha dado recientemente en un trabajo publicado con el título de *El terror español en Filipinas,* pormenores que muestran lo que eran las colonias bajo el dominio español, y cuán legítimo era el horror que inspiraba. Tomo de este trabajo las siguientes líneas:

«Lo que á primera vista aparece es que la intervención de los Estados Unidos no era menos necesaria en el Pacífico que en el Atlántico. La dominación española pesaba tanto sobre Filipinas como sobre Cuba, y si las crueldades cometidas han quedado más secretas, menos depende de una paciencia más sostenida por parte de las que las sufrían, que de un aislamiento absoluto, lejos del mundo civilizado, y del modo como los gobernadores locales ahogaban toda queja é interceptaban cualquier reclamación. Pero la verdad, más poderosa que todos los despotismos, concluye siempre por hacerse oir, y Filipinas ha conseguido, á pesar de la mordaza española, gritar tan fuerte, que el mundo la ha oído.

»No puede imaginarse qué vejaciones, qué formalidades engañosas, qué invenciones ruinosas pueden germinar en el cerebro de un funcionario español. Estos señores no tienen más que un objetivo: hacer en los tres ó seis años que han de pasar en Filipinas, la mayor fortuna posible y volver á España para librarse del concierto de maldiciones de los habitantes de la isla... Todo gobernador cuyo porvenir no está muy asegurado después de dos años de mando, es tenido universalmente por imbécil. El célebre general Weyler pudo depositar, tanto en los bancos de Londres, como en los de París, una suma que sus mismos compatriotas no calculaban en menos de doce

ó quince millones de francos. ¿Cómo se las arreglabla para economizar quince millones en tres años con una paga anual de 200.000 francos?

»Y sin embargo, no puede uno menos de pensar en los recursos maravillosos que ofrecería este país, y en los soberbios resultados que hubiera obtenido otra nación que España. Robadas, explotadas, arruinadas y torturadas, las Filipinas lograron, sin embargo, vivir. Los caracteres de los funcionarios y las molestias del fisco, alejaban de este bello país á todos los que podían contribuir al aumento de su prosperidad.»

Los frailes formaban con los empleados una de las más tristes llagas de Filipinas. Eran seis mil, y su avidez (1) sólo igualaba á su espantosa ferocidad. Habían puesto en práctica todas las torturas de la Inquisición.

El Dr. Guimaraes da, acerca de la crueldad de los españoles con los indígenas, detalles que hacen temblar. Cita principalmente la historia de aquellos cien prisioneros encerrados en una mazmorra llamada el «Hoyo de la muerte» medio llena de agua corrompida é infestada de ratas, serpientes y bichos de todas clases, digna de la imaginación de un novelista: «La noche que allí pasaron fué terrible; se les oyó rugir de dolor y suplicar que se les matase. Al día siguiente todos estaban muertos.»

«En presencia de hechos semejantes, termina M. Guimaraes, nadie se sorprenderá de la alegría que causaron á los insurrectos las victorias de los americanos. España ha desplegado durante siglos, en estas islas infortunadas, un lujo de ferocidad que el egoismo de su defensa no basta á perdonar.»

---

(1) Según cifras dadas por el Sr. Montero y Vidal, los curas más pobres percibían de sus parroquias 10.000 francos; se cita algunos que cobraban de 25 á 75.000 fracos. Estas sumas eran pagadas por los indígenas, cuya pobreza es, sin embargo, extremada.

La dominación española en Cuba ha sido naturalmente lo mismo que en Filipinas, y el pueblo ha terminado también por sublebarse. Los insurrectos sólo formaban partidas mal equipadas y cuyo número no ha excedido nunca de 10.000 hombres. España ha enviado contra ellos 150.000 hombres mandados por numerosos generales, y ha gastado en cuatro años para vencerlos cerca de 2.000 millones; pero todos estos generales, después de brillantes proclamas, no han logrado, en varios años de luchas, y á pesar de sus implorables crueldades, triunfar de estas mal armadas partidas. Las durezas de los españoles, las matanzas de la población inofensiva á que se entregaban en grande escala, han dado á los Estados Unidos motivo excelente para intervenir. Todos los que se preocupan algo de la humanidad, han celebrado sus victorias.

La guerra hispano-americana está llena de enseñanzas para quien la estudie desde el punto de vista psicológico. Jamás se vió más manifiesto lo que vale el carácter, y por consiguiente, lo que la razón representa en la vida de los pueblos. No había aún presenciado el mundo el espectáculo de flotas enteras, sólidamente acorazadas, aniquiladas en algunos instantes sin poder hacer el menor daño al enemigo. En dos encuentros, veinte buques españoles han sido destruídos sin intentar la menor defensa. Morir estoicamente es triste excusa á la incapacidad, y nunca se vió mejor que en Manila y en Cuba lo que puede la imprevisión, la irresolución, la incuria y la falta de sangre fría. En Manila, cuando la escuadra americana se introdujo por la noche, los españoles no se habían cuidado de encender las luces que hubieran señalado su presencia, ni tampoco de impedir el paso colocando torpedos. En Santiago de Cuba, se había descuidado el envio de refuerzos, que no escaseaban en la isla y que hubieran hecho fácil la defensa; en Puerto Rico ni siquiera había defensores. En cuanto á la escuadra que se destruyó arrojándose voluntariamente contra las rocas, sin que uno solo de sus

tiros alcanzase al adversario, dió el espectáculo más triste. Arrojándose sobre el enemigo en vez de huir de él, seguramente le habría causado algún daño y al menos hubiera salvado el honor. «Se dirá, escribe muy justamente M. H. Depasse á este propósito, que los dos adversarios pertenecían á civilizaciones diferentes ó más bien á edades distintas de la historia; dueño el uno de sus medios de acción y de sí mismo por la educación, no obedeciendo el otro más que á movimientos impulsivos de la naturaleza.» No podía consignarse de modo mejor en pocas palabras uno de los principales resultados de la educación anglosajona y de la educación latina. (1)

La opinión que acabamos de formular acerca de España no es sólo de los extranjeros. En un estudio notable publicado por la *Revue Bleue,* una escritora española, la señora Pardo Bazán, ha señalado en términos enérgicos el lamentable estado de decadencia de su desgraciado país. Ha hecho notar, principalmente, la desmoralización profunda de las clases directoras. «La inmoralidad y la venalidad corroen nuestra administración... se teme á la justicia mucho más que á los criminales.» El pillaje es general; los partidos, sin cesar en lucha, sólo tratan de quitarse el poder para robar y enriquecerse á su vez. El pueblo, oprimido hasta que dé todo cuanto tiene, ha caido en la mayor miseria; los maestros, á quienes hace tiempo no se paga, están reducidos á mendigar por los caminos para

(1) El extracto siguiente de una *interview* del capitán general Martínez Campos, reproducido por todos los periódicos, resume muy bien la impresión producida en el universo por las victorias inverosímiles del ejército improvisado por los Estados Unidos contra tropas aguerridas y muy numerosas, puesto que en Cuba los españoles tenían 150.000 hombres, es decir, diez veces más que los americanos. «Jamás, ni aun los más pesimistas, habrían podido imaginar que nuestras desventuras serían tan numerosas. El desastre de Cavite, la destrucción de la escuadra de Cervera, la rendición de Santiago, la ocupación rápida y sin lucha de Puerto Rico; nadie hubiera podido creer ocurriera todo esto, ni aun exagerando el poder de los Estados Unidos y la inferioridad de España.»

no morir prematuramente de hambre. España sólo posee ya sus leyendas, y en el antiguo imperio de Carlos V sólo viven los muertos. «Antes de los Reyes Católicos, España conoció dos florecimientos: la civilización romana y la hispano-árabe de la Edad Media; entonces el territorio estaba poblado, encerraba hasta cuarenta millones de habitantes (1) y estaba cubierto de soberbias ciudades, cuyas ruinas admiran aún; entonces éramos poderosos, sabios, teníamos una industria, una agricultura admirable, nuestros actuales sistemas de riego son todavía los que los moros trajeron á nuestras regiones del Sur. Dos siglos después de los Reyes Católicos, España estaba despoblada, hambrienta, agotada; cuatro siglos más tarde, hoy, nada nos queda de las conquistas y grandezas de antaño. Vestigios, escombros, pálidos recuerdos, esta es nuestra herencia».

§ III.—Italia y Francia.

Italia, sin haber caído tan bajo como España, no está en mucho mejor situación, y su estado económico impide su desarrollo. Es víctima, no sólo de los conceptos latinos (2) que han formado su alma, sino también de la fatal idea de unidad que ha germinado en el cerebro de sus políticos. Al reunir bajo un poder central poblaciones tan hondamente desemejantes como son los piamonteses,

---

(1) Diez y nueve hoy.

(2) En su manera de comprender lo que representa el Estado, los italianos superan aún á los franceses llevando á las últimas consecuencias los conceptos latinos. En ningún lugar está tan desarrollada como en Italia la fe absoluta en la omnipotencia del Estado, en la necesidad de su ingerencia en todos los asuntos y principalmente en el comercio y la industria y, como consecuencias finales, el aumento de la empleomanía y la incapacidad de los ciudadanos para llevar sus asuntos por sí y sin la constante ayuda del Gobierno.

lombardos, sicilianos, etc., Italia ha emprendido la más desastrosa y ruinosa experiencia. De una situación muy envidiable ha pasado en treinta años á la desorganización política, administrativa, financiera y militar la más completa.

Su hacienda no está en tan miserable estado como la española, pero llega al curso forzoso del billete, y ha establecido sobre su renta un impuesto que progresivamente ha llegado al 20 por 100, y que elevándose aún, la llevará á una bancarrota análoga á la de Portugal. De lejos parece Italia un gran pueblo, pero su poder es sólo muro frágil incapaz de resistir el más ligero encuentro. A pesar de tantos millones gastados en crear un poder militar que le permitiera figurar entre las grandes potencias, Italia ha dado por primera vez al mundo el espectáculo imprevisto de un ejército de 20.000 europeos vencido en batalla regular por hordas negras, y de un gran país civilizado, obligado á pagar indemnización á un reyezuelo africano, cuya capital había tomado tan fácilmente pocos años antes un corto número de ingleses. Va á remolque de Alemania, y está obligada á sufrir sin la menor protesta el desprecio con que incesantemente la tratan los periódicos alemanes. El desbarajuste y la incuria exceden en Italia á cuanto podía creerse. Levanta monumentos inútiles como el de Víctor Manuel, que habrá costado más de 40 millones, y al mismo tiempo, tiene en Sicilia provincias en la miseria más negra, aldeas abandonadas por sus habitantes ó invadidas por las zarzas (1). Puede juzgarse de su administración por el asunto de los bancos ó por los tris-

(1) Y sin embargo, las exigencias de los campesinos italianos son en verdad bien pequeñas. Es raro que los salarios de los que trabajan todo el día excedan de 50 céntimos. En cuanto á los obreros, se estiman muy felices cuando llegan á un jornal de 2 francos. Si las clases directoras poseyeran una pequeña parte de la resistencia y energía de las clases inferiores, Italia, en vez de hallarse casi en el último rango de los pueblos civilizados, estaría entre las más prósperas naciones.

tes procesos de Palermo y de Nápoles, donde se probó que todos los agentes del Gobierno, desde los directores á los últimos empleados, se entregaban hacía años al más desvergonzado pillaje del dinero público. Ante estas pruebas diarias de desorganización y desmoralización que Italia presenta y que nos la muestran en vísperas de una revolución, se explica que uno de los sabios más notables de la Península, Lombroso, haya formulado acerca de su propio país, en un libro reciente, este juicio desesperado y que queremos suponer demasiado severo.

«Es necesario ser diez veces ciego para no percibir que con nuestro afán de alabarnos, somos los italianos el penúltimo, sino el último de los pueblos europeos; el último por la moralidad, por la instrucción, por la actividad industrial y agrícola, el último por la rectitud de la justicia; el último sobre todo en cuanto al bienestar relativo de las clases inferiores.» (1)

Italia parece destinada á inevitables revoluciones y á ver realizarse muy pronto en ella el ciclo fatal de que ya hemos hablado varias veces, socialismo, después cesarismo, disolución é invasión.

Lo que plantea á Italia un problema cuya solución no se percibe, es que su deseo de imitar á los pueblos ricos la ha llevado á crear una multitud de necesidades de lujo y *confort* que su pobreza no le permite satisfacer.

«La mayoría de los italianos, escribe Guglielmo Ferrero, se ha colocado bajo el pie de una civilización superior, ha contraído nuevas necesidades, aspira á embellecer su vida con un cierto grado de confort, de cultura, pero sus medios no son bastantes... Italia no puede ver las cosas grandes y bellas sin querer gozar de ellas.

(1) *Les Anarchistes.* Trad franc. p. 221.

¡Cuántas desilusiones, desesperaciones, disgustos debe costar la existencia diaria á la mayoría de las gentes que viven en semejantes condiciones! Calcúlese qué suma prodigiosa de irritabilidad se reune en toda la sociedad, y con poco esfuerzo se comprenderá la terrible inestabilidad de su equilibrio.»

En los individuos que tienen necesidades muy grandes y carecen de la capacidad y energía suficientes para adquirir los medios de satisfacerlas, es donde más fácilmente arraiga el socialismo. Se presenta como remedio á todos los males, y por esto Italia parece fatalmente destinada á las experiencias más atrevidas de los socialistas.

Esa necesidad de lujo, de goces y aparato, diferencian mucho á Italia y España. Por lo que concierne al aspecto exterior de la civilización, España está evidentemente muy por debajo de Italia, pero las clases medias é inferiores de la población española sufren bastante poco, porque no habiéndose aumentado sus necesidades, siguen siendo fácilmente satisfechas. Poco desarrollados los medios de comunicación en España, principalmente los ferrocarriles, provincias enteras han quedado aisladas del mundo y han podido conservar su antigua existencia. La vida continúa en ellas á un precio increible. Como las necesidades son muy escasas y el lujo desconocido, los objetos del país bastan á la población. España, si no se tienen en cuenta las grandes ciudades y el lujo exterior, únicas cosas, es verdad, que se conoce, porque son las únicas que hacen hablar de sí, España, digo, posee un grado de civilización poco refinada sin duda, pero enteramente en relación con su evolución mental y sus necesidades. El socialismo no puede, por lo tanto, amenazarla muy seriamente.

No son, por lo demás, sino las clases llamadas directoras las que en la mayor parte de los pueblos latinos aspiran cada vez más á los refinamientos costosos de la civilización. La aspiración es muy loable cuando se

siente la energía é inteligencia suficientes para procurárselos. Lo es mucho menos cuando el desenvolvimiento de la energía y de la inteligencia es muy inferior al de las necesidades. Cuando se quiere hacer fortuna á toda costa y la capacidad no permite satisfacer este deseo, se tiene poco escrúpulo en los medios; la honradez se rebaja y la desmoralización muy pronto se hace general. Así ha ocurrido en la mayor parte de los pueblos latinos. En ellos puede hacerse más cada día la intranquilizadora observación de que la moralidad de las clases directoras está muchas veces por bajo de la de las clases populares. Es este uno de los más peligrosos síntomas de decadencia que pueden manifestarse, porque si las civilizaciones progresan por las clases superiores, también perecen por ellas.

El término moralidad es tan vago, comprende cosas tan desemejantes, que su uso trae necesariamente consigo grandes confusiones. Lo empleo aquí en el sentido de simple honradez, de costumbre de respetar los compromisos adquiridos, de sentimiento del deber, es decir, en el sentido mismo en que lo ha usado un autor inglés que he citado en otro lugar, en el pasaje en que muestra que, gracias á estas cualidades tan modestas en apariencia, tan importantes en realidad, los ingleses han trasformado rápidamente el crédito de Egipto, y dado tanta prosperidad á la hacienda de sus colonias.

No es en las estadísticas de criminales, que sólo registran casos extremos, donde hay que buscar el grado de moralidad de un pueblo. Es indispensable entrar en los pormenores. La bancarrota de la hacienda es un barómetro que sólo indica un estado final que fué precedido de etapas sucesivas. Para formar opinión que tenga base seria, hay que entrar en la vida íntima de cada país, estudiar la gestión de las sociedades financieras, las costumbres comerciales, la independencia ó la venalidad de la justicia, la probidad de los notarios, de los funcionarios y muchos otros síntomas que exigen una observación directa y que

no están estudiados en libro alguno. Son materias sobre las cuales algunas docenas de personas á lo más están perfectamente informadas en Europa. ¿Queréis, sin embargo, sin excesivo esfuerzo, estar seriamente ciertos acerca de la moralidad de las distintas naciones? Consultad simplemente determinado número de grandes industriales, constructores, fabricantes, empresarios, etc., en relación forzosa con el comercio, la administración, la magistratura de diversos países. Un empresario que establece en varias comarcas ferrocarriles, tranvías, electricidad, gas, etc., os dirá si quiere hablar, los países en que todo se compra, ministros, magistrales y funcionarios, aquellos en que pocas personas se venden, y aquellos en que no se vende absolutamente ninguna, los en que el comercio es honrado y los en que no lo es absolutamente. Si á pesar de ser algo distintas las fuentes de información, veis que concuerdan, podeis deducir evidentemente su exactitud. (1)

Nuestro rápido examen de los pueblos latinos no puede completarse si no se añade Francia, cuya representación fué en otro tiempo tan brillante y tan preponderante en el mundo. Aún se resiste á la decadencia, pero hoy está bien quebrantada. Ha conocido en un siglo todo cuanto un pueblo puede conocer, las revoluciones más sangrientas, la gloria, los desastres, las guerras civiles, las

(1) Sería inútil entrar en los pormenores de esta investigación, que las relaciones entabladas en mis viajes me han permitido realizar en varios países. Me limitaré á decir que he sido muy feliz al observar que, entre los países latinos, Francia es el que, fuera de algunos políticos, gente de negocios ó periodistas, presenta mayor probidad en la administración y la justicia. La magistratura es en ella muchas veces limitadísima, y cede con demasiada facilidad á la presión política y á prejuicios, pero ha permanecido honrada. Sólo la moralidad de nuestros industriales y comerciantes es en ocasiones bastante escasa. Hay, por el contrario, países en que la venalidad de la magistratura y de la administración, la falta de honradez en los negocios, han llegado al punto en que vicios tales ni aun tratan de cubrir las apariencias.

invasiones, y muy poco el reposo. Lo que hoy experimenta más visiblemente es una fatiga y una indiferencia que parecen llegar al aniquilamiento. Si habíamos de guiarnos por las apariencias, nos parecería víctima de la ley biológica, según la cual «el aniquilamiento de un tipo es tanto más completo cuanto más magnífico fué su pleno desarrollo.»

«Comparada con la misma clase en Inglaterra y en Francia, escribía recientemente un autor de libelos, suizo, citado por la *France extérieure*, la burguesía francesa os dará la idea de una persona de edad avanzada. La iniciativa individual va disminuyendo, el espíritu de empresa parece paralizado; la necesidad de reposo, de ocupaciones sedentarias aumenta, crece la colocación del dinero en deuda del Estado, aumenta el número de empleados, es decir, los capitales, la inteligencia, las capacidades se retiran de los negocios. Disminuyen los ingresos, disminuyen los hijos, la energía, el sentimiento de autoridad, de justicia, de religión, el interés por los negocios públicos; aumentan los gastos, las importaciones de todas clases, la infiltración de extranjeros.»

Al estudiar muy pronto las luchas comerciales é industriales entre los pueblos de Occidente, veremos hasta qué punto son por desgracia justificados los asertos que preceden.

§ IV.—Resultados de la adopción de los conceptos latinos en pueblos de razas diferentes

Los ejemplos de pueblos que en un estado de civilización inferior adoptan repentinamente y en masa las instituciones de otros pueblos, son raros en los tiempos modernos. No voy á citar en los actuales momentos más que el Japón y Grecia.

Grecia presenta el interesante fenómeno de haber adoptado en masa los conceptos latinos, el de la educación principalmente. Los resultados producidos son admirables, é importa tanto más citarlos cuanto que todavía no han atraído la atención de escritor alguno.

Los griegos modernos no tienen, como es sabido, parentesco alguno con los antiguos. Confirmando todos los datos históricos, la antropología moderna ha mostrado que son eslavos de cráneo braquicéfalo, mientras que los griegos antiguos eran dolicacéfalos, lo cual basta para establecer entre los griegos modernos y sus supuestos antepasados una separación enteramente fundamental. (1)

El caráter de los griegos modernos es demasiado conocido para que sea precisa una larga descripción. Poseen, con escasa voluntad y constancia, mucha ligereza, incertidumbre é irritabilidad. Tienen el horror más completo al esfuerzo prolongado, amor á las frases y discur-

---

(1) En 1851, en la época de su liberación, merced á la intervención bien poco hábil de Europa, Grecia contaba próximamente un millón de habitantes, la cuarta parte albaneses ó valacos. Era un residuo de las invasiones de todos los pueblos y principalmente de esclavos. Hace ya siglos han desaparecido los griegos propiamente dichos. A partir de la conquista romana, Grecia fué considerada por todos los aventureros como un plantel de esclavos en que cada cual podía impunemente ir á recogerlos. Simples traficantes, llevaban de una vez hasta 10.000 á Roma. Más tarde, godos, hérulos, búlgaros, valacos, etc.. siguieron invadiendo el país, y se llevaron como esclavos á sus últimos habitantes. Grecia no fué repoblada algún tanto, sino por invasiones de aventureros eslavos, la mayor parte bandidos de profesión. La lengua sólo se conservó porque era la que se hablaba en todo el oriente bizantino. La población actual no está casi compuesta más que de eslavos, y el antiguo tipo griego inmortalizado por las estatuas ha desaparecido totalmente. El célebre Schliemann, á quien encontré en un viaje por Grecia, me hizo observar, sin embargo, que el antiguo tipo griego se encontraba todavía como excepción en algunos islotes del archipiélago, habitados por unos cuantos pescadores, á quienes su asilamiento y pobreza han librado probablemente de las invasiones.

sos. En todas las capas sociales el nivel moral es en extremo bajo.

Era interesante observar el efecto de la educación latina en semejante pueblo.

Apenas libres de una larga servidumbre, en la cual seguramente no habían podido adquirir mucho espíritu de iniciativa ni voluntad, los griegos modernos pensaron que iban á regenerarse por la instrucción. En pocos años el país ha establecido 3.000 escuelas y establecimientos de enseñanza de toda especie, en los que se aplicaron cuidadosamente nuestros desastrosos programas de educación latina. «La lengua francesa, escribe M. Fouillée, se enseña en todas partes en Grecia, al mismo tiempo que el griego; nuestro espíritu, nuestra literatura, artes, educación están mucho más en armonía con el genio griego que lo estarían los de los demás pueblos.»

Esa educación teórica y libresca, apta sólo para formar empleados, profesores y abogados, era natural que no produjera otra cosa. «Además, es una gran fábrica de abogados inútiles y perjudiciales.» En tanto que la industria y la agricultura permanecen rudimentarias, los titulados sin empleo pululan, y como entre los latinos sometidos á igual educación, su ambición única es obtener un empleo del Estado.

«Todo griego, escribe M. Politis, cree que la principal misión del Gobierno es dar una plaza para él ó para un miembro de su familia.» Si no lo obtiene, es inmediatamente un revolucionario, un socialista, y declama contra a tiranía del capital, aun cuando el capital casi no exista en el país. Los diputados tienen por función principal buscar puestos para los titulados de las escuelas.

La instrucción, por lo demás, ni aun les ha servido para evadirse del más estrecho fanatismo religioso. El mundo civilizado ha visto con estupor á estudiantes realizar una pequeña revolución, terminada tan sólo por la dimisión del ministerio, para obtener—en la aurora del

siglo XX—la excomunión religiosa de escritores que se habían permitido traducir en griego vulgar los Evangelios.

El favoritismo, la indisciplina y la desorganización general han sido las rápidas consecuencias del sistema de educación á que estaba sometida la juventud griega. Ha sido suficiente dos generaciones de desclasificados para llevar al país al último grado de ruina, y rebajar aún más su nivel moral, tan bajo ya sin embargo. La Europa ilustrada, que miraba á este pequeño pueblo á través de los recuerdos clásicos del tiempo de Pericles, sólo ha empezado á abandonar sus ilusiones cuando ha visto el cinismo acabado con que los políticos, después de haber tomado á préstamo de toda Europa, han suprimido su deuda de una plumada negándose á pagar los intereses, y recogiendo los productos de los monopolios solemnemente empeñados á los acreedores como garantía, el día mismo en que ya no han hallado quien les prestara. (1) Europa se ha informado de la desorganización del país y del valor de todos estos grandes discurseadores, cuando ha visto desarrollarse las peripecias de su última guerra con los turcos y asistido al espectáculo de importantes ejércitos griegos presa del pánico más terrible, en la desbandada más desordenada, en cuanto se señalaba á lo lejos la aparición de algunos soldados otomanos. Sin la intervención

(1) Este procedimiento de supresión de las deudas, comercialmente calificado de bancarrota, ha sido adoptado por Portugal, las repúblicas latinas de América, Turquía y otros muchos países.

Ha parecido primeramente muy ingenioso á los políticos que lo han aplicado, pero lo que no han visto del todo, es que estas bancarrotas llevaban, finalmente, á los que las hacían, á caer bajo la estrecha vigilancia, y por consiguiente, bajo la dominación de otros países. Los griegos lo experimentan hoy. Como era en absoluto imposible encontrar entre ellos los pocos hombres necesarios para administrar con alguna integridad la Hacienda, les ha sido preciso aceptar, como Egipto y Turquía, que esta Hacienda fuera administrada por agentes extranjeros vigilados por sus respectivos Gobiernos.

europea, los griegos de nuevo desaparecerían de la historia, y el mundo nada perdería en ello. Se ha comprendido en aquella ocasión lo que podía haber bajo un engañoso barniz de civilización. Nuestros jóvenes universitarios, tan entusiastas por Grecia, han podido adquirir al propio tiempo nociones algo más serias acerca de la psicología de ciertos pueblos que las aprendidas en los libros.

§ V.—El porvenir que amenaza á los pueblos latinos.

Tal es, creo yo, sin grandes inexactitudes el estado actual de los pueblos latinos y de los que han adoptado sus conceptos. Esperando que estos pueblos hayan encontrado procedimientos para regenerarse, no deben olvidar que en la evolución nueva en que ha entrado el mundo, no hay lugar más que para los fuertes, y que todo pueblo que decae está destinado á ser muy pronto presa de sus vecinos, sobre todo en los momentos en que los mercados lejanos se cierran más cada vez.

Este punto de vista es enteramente fundamental. Ha sido perfectamente puesto en evidencia en un discurso célebre pronunciado recientemente por lord Salisbury, primer ministro de Inglaterra, y del que, por razón de la importancia y autoridad de su autor, voy á reproducir algunos trozos. Se ve allí perfectamente indicadas las consecuencias del rebajamiento de la moralidad que he señalado anteriormente y que constituye termómetro excelente de la decadencia de un pueblo. No pueden las protestas que este discurso ha levantado en España modificar la exactitud de las proposiciones enunciadas por el eminente estadista, ni las conclusiones que de ellas deduce:

«Podéis, *grosso modo*, dividir en dos categorías las naciones del mundo: las hay vivas y moribundas. Se ve,

de un lado, grandes naciones, ejerciendo un poder enorme, que aumenta de año en año, acreciendo su riqueza, extendiendo su territorio, perfeccionando su organización.

«Pero al lado de estos organismos espléndidos, cuyo poder nada parece pueda disminuir y que presentan revindicaciones rivales que el porvenir quizás no conseguirá conciliar sin acudir á un arbitraje sangriento, vemos un cierto número de sociedades que no puedo calificar de otro modo que de «moribundas», aun cuando este epiteto sólo pueda aplicárselas con grados distintos. En tales Estados, la desorganización y la decadencia hacen progresos casi tan rápidos como la fuerza de concentración y el poder en las naciones vivas que les rodean. De diez en diez años se las ve más caídas, más pobres, más desprovistas de hombres capaces de guiarlas ó de instituciones que merezcan su confianza; corren, según todas las apariencias, al término fatal, y sin embargo, se aferran con extraña tenacidad á lo que les queda de vida.

«En estas naciones, el mal régimen de gobierno, lejos de remediarse, cada día es peor. La sociedad y el mundo oficial mismo, la administración, no son más que un conjunto de corrupción, de modo que en parte alguna hallaréis base sólida en que fundar una esperanza cualquiera de reforma ó de restauración. En grados diversos puede decirse que estas naciones presentan un terrible espectáculo al mundo ilustrado; ofrecen un cuadro que desgraciadamente aparece cada día más sombrío, á medida que sus pormenores son más claramente conocidos de las demás naciones, y éstas se sienten inclinadas á buscar, por piedad tanto como por interés, un remedio á males semejantes.

¿Cuánto tiempo puede durar este estado de cosas? No intentaré, compréndase bien, profetizarlo. Todo lo que puedo indicar en este punto es que el progreso sigue en uno y otro sentido; los Estados débiles van debilitándose; los

fuertes aumentan su poder; no hay necesidad, pues, de ser profeta para deciros á qué resultado fatal lleva la combinación de estos movimientos contrarios. Por una ú otra razón—sea por necesidades de la política ó so pretexto de filantropía—las naciones vivas avanzarán gradualmente en el territorio de las moribundas, y gérmenes de lucha entre pueblos civilizados no tardarán en desarrollarse.»

¿Es en verdad cuando hay países tan quebrantados, tan divididos, tan en escaso progreso como los latinos, cuando precisa intentar someterlos al socialismo? ¿No es evidente que esto será aumentar su debilidad y hacerles quizá más fácil presa de los pueblos fuertes? ¡Ay! los políticos no lo ven, como los teólogos de la Edad Media, absorbidos con sus disputas religiosas en el fondo de sus conventos, no oían á los bárbaros que derribaban sus muros y se preparaban á pasarles á cuchillo.

¿Se debe, no obstante, desesperar por completo del porvenir de los pueblos latinos? La necesidad es una fuerza solemne que puede variar muchas cosas. Es posible que después de una serie de calamidades profundas, los pueblos latinos, aleccionados por la experiencia y habiendo logrado sustraerse á la concupiscencia de sus vecinos que les acechan, intenten la ruda tarea de adquirir las cualidades que les faltan para triunfar en adelante en la vida. Un solo medio está á su alcance: cambiar por completo su sistema de educación. No podrá elogiarse demasiado á los escasos apóstoles que se han dedicado á esta labor. Los apóstoles pueden mucho, porque llegan muchas veces á trasformar la opinión, y la opinión es reina hoy. Pero será preciso rudos esfuerzos para desterrar los pesados prejuicios que mantienen nuestro sistema educativo en su estado actual. La historia nos muestra que para fundar una religión basta en ocasiones una docena de apóstoles; pero ¡cuántas religiones, creencias, opinio-

nes, no han podido propagarse por no haber reunido esta docena de apóstoles!

No seamos demasiado pesimistas sin embargo. La historia está tan llena de cosas imprevistas, el mundo está en camino de sufrir trasformaciones tan profundas, que es imposible prever hoy el destino de los imperios. El papel de los filósofos termina en todo caso cuando han mostrado á los pueblos los peligros que les amenazan.

LIBRO QUINTO

EL CONFLICTO ENTRE LAS NECESIDADES ECONÓMICAS Y LAS ASPIRACIONES SOCIALISTAS

CAPÍTULO PRIMERO

Evolución industrial y económica de la época actual.

§ I. *Nuevos factores en la evolución de las sociedades creados por los modernos descubrimientos.*—La época moderna es la que ha presentado más cambios en menos tiempo.—Factores actuales de la evolución social.—Qué representan los descubrimientos científicos é industriales.—Cómo han variado las condiciones de existencia.—§ II. *Consecuencias de los descubrimientos modernos con relación á las condiciones de existencia de las sociedades.*—Cambios forzosos en la vida material.—Trasformaciones morales y sociales que han sido su consecuencia.—Influjo de la máquina sobre la familia y la evolución mental de los trabajadores. —Al reducir las distancias, la máquina ha trasformado el mundo en un mercado único sustraído á la acción de los gobiernos.—Trasformaciones producidas hoy por descubrimientos de laboratorio en la vida de los pueblos.—Función posible de las fuerzas naturales en el porvenir.—La inestabilidad ha sucedido en todas partes á la estabilidad secular.—La vida de los pueblos y las condiciones de sus progresos se libran cada vez más de la acción de los gobiernos.

§I.—Nuevos factores en la evolución de las sociedades creados por los modernos descubrimientos.

La época moderna es quizás la que en el trascurso de los tiempos ha presentado más cambios en tiempo más reducido. Son estos cambios consecuencia de la aparición de determinados factores muy distintos de los que hasta nuestros días han regido las sociedades. Una de las características principales de la época actual está precisamente en las trasformaciones de las causas determinantes de la

evolución de los pueblos. Mientras que los factores religiosos y polítidos han ejercido durante siglos un influjo fundamental, este influjo ha disminuído hoy considerablemente. Los factores económicos é industriales, cuya intervención fué en otro tiempo muy escasa, toman ahora preponderante importancia. Era muy indiferente para César, Luis XIV, Napoleón, ó un soberano cualquiera de Occidente que China tuviera ó no carbón. Hoy el solo hecho de que lo tuviera y lo utilizara tendría muy pronto consecuencias las más profundas sobre la marcha de la civilización europea. Un fabricante de Birmingham, un labrador inglés, no se habrían preocupado en otro tiempo de saber si la India fabricaba algodón y cultivaba el trigo. Este hecho tan insignificante durante siglos á los ojos de Inglaterra, tiene en adelante para ella una importancia mucho mayor que la de un acontecimiento en apariencia tan considerable como la derrota de la armada invencible ó la caída del poder de Napoleón.

Pero no son sólo los progresos de los pueblos lejanos los que obran intensamente sobre la existencia de las naciones europeas. Las trasformaciones rápidas de la industria han trastornado todas las condiciones de existencia. Se ha observado justamente que hasta el comienzo de nuestro siglo toda la maquinaria industrial no había cambiado gran cosa hacía millares de años. Era idéntica, en efecto, en sus partes esenciales á los tipos que se ve en las tumbas de los antiguos egipcios y que datan de 4.000 años. (1) Pero desde hace un siglo la comparación con la industria de las antiguas edades no es ya posible. El aprovechamiento por las máquinas de vapor de la energía solar condensada en la hulla ha trasformado completamen-

(1) Se tendrá la prueba recorriendo las láminas de nuestro libro *Les premières civilizations de l'Orient*, donde están representadas, conforme á las pinturas de las tumbas, los útiles para la industria en el antiguo Egipto.

te la industria. El más modesto de los fabricantes tiene en sus carboneras más carbón que el que sería preciso para realizar un trabajo bastante superior al que hubieran podido hacer los 20.000 esclavos que se dice poseía Craso. Tenemos martillos-pilones de los que un solo golpe representa la fuerza de 10.000 hombres. En los Estados Unidos de América solamente se valora en 13 millones de hombres y 53 de caballos lo que sería preciso para realizar los trasportes anuales que se efectúan por ferrocarril, es decir, mediante la energía que la hulla produce. Admitiendo la hipótesis, imposible por lo demás, de que se pudiera reunir un número tan grande de hombres y animales, sería preciso para mantenerlos 55.000 millones, en vez de los 2.500 próximamente que cuesta el trabajo ejecutado por los motores mecánicos. (1)

§ II.—Consecuencias de los modernos descubrimientos con relación á las condiciones de existencia de las sociedades.

El simple hecho de que el hombre haya encontrado medio de aprovechar en el carbón la fuerza que el sol ha almacenado lentamente durante millones de años, ha cambiado por entero nuestras condiciones físicas de existencia. Al suscitar nuevos recursos ha creado nuevas necesidades. Los cambios de la vida material han tenido muy pronto trasformaciones en el estado moral y social de los pueblos. Después de haber inventado la máquina, el hombre se ha visto siervo de ella, como en otro tiempo de los dioses que su imaginación había concebido. Ha te-

(1) M. de Foville ha calculado que el trasporte de una tonelada de mercancías cuesta por kilómetro 3,33 francos si lo realiza el hombre (cifra que sube hasta 10 francos en Africa); 0,87 francos por una bestia de carga, 6 céntimos solamente por ferrocarril en Europa y uno y medio céntimos en América.

nido que sufrir las leyes económicas que ella establecía por sólo su funcionamiento. Es la máquina la que ha permitido la admisión en la fábrica de la mujer y el niño, y la que al propio tiempo ha desorganizado el hogar y la familia. Al hacer fácil el trabajo para el obrero y obligarle á la especialidad, la máquina ha disminuído la inteligencia del trabajador y su aptitud para el esfuerzo. El artista de antes ha descendido al rango de simple obrero manual, del cual sólo muy excepcionalmente puede salir.

El papel industrial de las máquinas no se ha limitado á multiplicar inmensamente la fuerza de que el hombre disponía. Al trasformar los medios de trasporte, ha reducido considerablemente las distancias que había entre las diferentes partes del mundo y colocado frente á frente pueblos á los que antes separaba todo. En pocas semanas, en vez de largos meses, el Oriente y el Occidente pueden ponerse en comunicación; en algunas horas, hasta en minutos, pueden cambiar sus pensamientos. Gracias todavía al carbón, los productos de unos llegan rápidamente á los otros, y el mundo ha llegado á ser un vasto mercado, libre de la acción de los gobiernos. Las revoluciones más sangrientas, las guerras más largas, no han tenido nunca resultados comparables á los de los descubrimientos científicos de este siglo, descubrimientos que presagian otros aún más influyentes y fecundos.

No sólo el vapor y la electricidad han trasformado las condiciones de vida de la sociedad moderna. Inventos casi insignificantes en apariencia han contribuído y contribuyen sin cesar para modificarla. Un simple experimento de laboratorio cambia enteramente los elementos de prosperidad de una provincia y hasta de un país. Así, por ejemplo, es como la trasformación de la antracita en alizarina ha muerto la industria de la rubia y empobrecido al propio tiempo los departamentos que vivían de esta industria. Tierras que valían 10.000 francos hectárea, valen menos de 500. Cuando la fabricación artificial del alcohol,

ya realizada en los laboratorios, y la del azúcar, que parece cercana, hayan entrado en la práctica industrial, ciertos países habrán de renunciar á fuentes de riqueza seculares, y se verán reducidos á la pobreza. ¿Qué servían para ellos después de trastornos semejantes, sucesos como la guerra de Cien años la Reforma ó la Revolución? Se puede, por lo demás, calcular el alcance de tales oscilaciones comerciales considerando lo que ha costado á Francia en diez años, la invasión de un insecto microscópico, la filoxera. De 1877 á 1887 la pérdida de un millón de hectáreas de viñas ha sido calculada en 7.000 millones. Fué un desastre numéricamente casi tan crecido como los gastos de nuestra última guerra. España se ha enriquecido momentáneamente con esta pérdida, porque fué preciso comprarle la cantidad de vinos que nos faltaba. Desde el punto de vista económico el resultado ha sido el mismo que si, vencidos por los ejércitos españoles, hubiéramos tenido que pagar anualmente un enorme tributo.

No es posible insistir demasiado acerca de la importancia de las grandes revoluciones industriales, que son una de las condiciones fatales de la época actual, y que todavía no están más que en sus comienzos. Su resultado principal es quitar toda fijeza á condiciones de existencia que antes parecían lo bastante estables para poder arrostrar el curso de los siglos.

«Si se pregunta, escribe el filósofo inglés Maine, cuál es la calamidad más terrible que puede caer sobre una población, quizás se responda que debe ser una guerra sanguinaria, un hambre desolador, una epidemia mortal. Sin embargo, ninguno de estos desastres causaría sufrimientos tan intensos y prolongados como una revolución de las modas que impusiera en el tocado de las mujeres un solo color ó una sola tela, como hoy ocurre con los trajes masculinos. Más de una ciudad opulenta tanto en Europa como en América se hallaría por este hecho condenada á la rui-

na y al hambre, y la catástrofe sería peor que un hambre ó una epidemia.»

La hipótesis nada tiene de improbable, y posible es que la resolución determinada en el traje femenino por el uso cada vez más general de la bicicleta haga de ella muy pronto una realidad. Pero los descubrimientos de la ciencia producirán seguramente variaciones de muy otra importancia. La química, por ejemplo, la ciencia que comienza apenas á formarse, nos las reserva inesperadas. Cuando manejemos corrientemente temperaturas de 3 á 4.000 grados, ó los próximos al cero absoluto que empezamos á producir, toda una química nueva aparecerá necesariamente. (1) La teoría nos dice ya que nuestros cuerpos simples no son muy verosímilmente más que productos de condenación de otros elementos cuyas propiedades nos son del todo desconocidas. Quizás, como supone en un discurso el químico Berthelot, la ciencia fabricará un día, por completo, las substancias alimenticias, y ese día «no habrá ya ni campos cubiertos de mieses, ni viñas, ni praderas llenas de ganados. Ya no se distinguirá las regio nes fértiles y las estériles».

Podemos aún suponer un porvenir en el cual las fuerzas naturales estarían á disposición de todas nuestras necesidades y remplazarían casi enteramente al trabajo del hombre. No es más quimérico admitir que, gracias á la electricidad, este maravilloso agente de trasformación y de trasporte de energía, la fuerza del viento, de las mareas, de los saltos de agua, estará muy pronto á disposición del hombre. Las cataratas del Niágara, ya en parte utilizadas, poseen una fuerza motora de 17 millones de caballos de vapor, y no está lejano el momento en que esta fuerza, que apenas comienza á emplearse, se trasporte lejos por

(1) Véase acerca de este punto las nuevas experiencias que he presentado á la Academia de Ciencias en 1900 y no han sido consignadas en mi Memoria *La arribilité des espéces chimiques* publicada en la *Revue scientifique.*

medio de cables conductores. El calor central del globo, el del sol, son también fuentes inagotables de energía.

Pero sin insistir sobre futuros descubrimientos, y ocupándonos solamente de progresos realizados hace cincuenta años, vemos que nuestras condiciones de existencia cambian diariamente, y esto de modo tan repentino, que las sociedades están obligadas á trasformaciones mucho más rápidas de lo que conviene al estado mental creado por una lenta herencia en los seres que las componen. A la estabilidad secular ha sucedido la inestabilidad en todo.

Resulta de lo que antecede, que los tiempos modernos lo son á la vez de destrucción y de creación. Parece que ante los cambios determinados por la ciencia y la industria, ninguna de nuestras ideas, ninguna de nuestras condiciones de existencia pasada puede subsistir. La dificultad de adaptarnos á nuevas necesidades está, sobre todo, en que nuestros sentimientos y hábitos cambian lentamente, mientras que las circunstancias exteriores cambian con rapidez excesiva y demasiado radicalmente para que las concepciones antiguas en que queríamos fijarnos puedan subsistir mucho tiempo. De estas destrucciones y creaciones inesperadas nadie puede decir qué estado social va á resultar. Lo que vemos muy claro es que los fenómenos más importantes en la vida de los Estados, y la condición misma de su progreso, escapan más cada vez á su voluntad y se rigen por necesidades económicas é industriales sobre las que ellos nada pueden. Lo que ya presentimos y aparecerá aún mejor en el curso de esta obra, es que las revindicaciones de los socialistas serán cada vez más contrarias á la evolución económica que se prepara fuera y muy lejos de ellos. Deberán, sin embargo, acomodarse á ella, como á todas las fatalidades naturales cuyo influjo ha sufrido hasta aquí el hombre.

CAPITULO II

Las luchas económicas entre el Oriente y el Occidente.

§ I. *La Competencia económica.*—El socialismo ignora las necesidades que actualmente rigen el mundo.—Las voluntades de los gobiernos están cada vez más condicionadas por fenómenos económicos externos, á los que se han de adaptar. El mundo de las relaciones industriales y económicas forma uno solo, y los países cada vez son menos libres para obrar á su antojo.—Los pueblos tienden más y más á regirse por necesidades exteriores y no por voluntades particulares.—Consecuencias de la aproximación entre el Oriente y el Occidente.—Resultados de la lucha económica entre pueblos de muy escasas necesidades y otros que las tienen muy grandes.—El valor de los artículos en un mercado está determinado por el que tienen en aquel en que pueden ser producidas á menor precio.—Resultados de la competencia hecha á los productos europeos por los similares que fabrican los Orientales.—Por qué Inglaterra tiene que ir renunciando á la agricultura.—La competencia de la India y del Japón.—Porvenir del comercio europeo.—Porvenir de Rusia.—La competencia del Oriente y el socialismo.—§ II. *Los remedios.*—Objeciones de los economistas sobre las consecuencias de la lucha entre el Oriente y el Occidente.—El supuesto exceso de producción.—Por qué no pueden tener valor los argumentos de los economistas más que para el porvenir.—El proteccionismo.—Su papel artificial y provisional.—Los pueblos agrícolas y los pueblos industriales.—Remedios diversos para la competencia de Oriente buscados por los anglo-sajones.—Por qué vuelven los ojos al Africa.—Dificultades de la lucha en el terreno industrial y comercial para los pueblos latinos.

§ I.—La competencia económica.

Acabamos de indicar sumariamente que la evolución

económica é industrial del mundo cambiaba totalmente las antiguas condiciones de existencia de los hombres. Esta verdad va á desprenderse con mayor evidencia al estudiar algunos de los problemas que hoy se plantean.

En la exposición de sus reivindicaciones é ideales los socialistas han manifestado completa ignorancia de las necesidades que rigen el mundo moderno. Razonan siempre como si el universo estuviera limitado al país en que ellos viven, como si lo que pasa en el resto del mundo no debiera tener influjo alguno en el medio en que propagan sus doctrinas, como si las medidas que proponen no hubieran de cambiar por entero las relaciones del pueblo que las aplica con los demás. Si aislarse de este modo hubiera sido posible en rigor hace algunos siglos, no lo es ya hoy. El papel de los gobernantes de cada país tiende á ser cada vez más condicionado por fenómenos económicos de orígen muy lejano, absolutamente independientes de la acción de los estadistas, y cuya acción han de sufrir éstos. El arte de gobernar consiste principalmente hoy en adaptarse lo mejor posible á necesidades exteriores sobre las que nada puede la voluntad.

Sin duda cada país constituye siempre una patria, pero el mundo de la ciencia, de la industria, de las relaciones económicas no forma más que uno, que tiene sus leyes tanto más rigurosas cuanto que la necesidad y no el Código las impone. En el terreno económico é industrial, ningún país tiene hoy la libertad de conducirse á su agrado, y esto sencillamente porque la evolución de la industria, de la agricultura y del comercio repercute grandemente en todos los pueblos. Hechos económicos é industriales que ocurren en lejanas regiones pueden obligar á la nación que les es más extraña á variar su agricultura, sus procedimientos industriales, sus métodos de fabricación, sus hábitos comerciales, y como consecuencia, sus instituciones y leyes. Los pueblos tienden más cada día á

regirse por necesidades generales y no por particulares voluntades. La acción de los gobiernos tiende, por lo tanto, á hacerse más floja é incierta. Este es uno de los más característicos fenómenos de la época actual.

El problema que vamos á abordar en este capítulo va á permitirnos ilustrar de modo muy claro lo que antecede. Nos mostrará una vez más cuán superficiales é irrealizables son las soluciones de universal felicidad que los socialistas proponen.

Este problema, que hemos sido uno de los primeros en señalar hace ya bastantes años, es el de la lucha económica que, más claramente cada día, se dibuja entre el Oriente y el Occidente. La aproximación de las distancias por el vapor, y la evolución de la industria han tenido por consecuencia poner el Oriente á nuestras puertas y trasformar á sus habitantes en competidores del Occidente. Estos competidores, á los que antes exportábamos nuestros productos, se han puesto á fabricarlos en cuanto han tenido nuestras máquinas, y en vez de comprarnos, quieren hoy vendernos. Consíguenlo tanto más fácilmente cuanto que no teniendo, por hábito secular, casi necesidades, el valor líquido de los objetos que fabrican es muy inferior al de los análogos de Europa. La mayor parte de los obreros orientales viven con veinte ó veinticinco céntimos al día, mientras que el obrero europeo no vive con mucho menos de cuatro á cinco francos. Siendo siempre el salario regulador del precio de los artículos de comercio, y el valor de estos últimos en un mercado cualquiera determinado por el valor que tienen en aquel en que á menos precio pueden ser ofrecidos, resulta que nuestros fabricantes europeos ven todas sus industrias amenazadas por rivales que producen los mismos objetos á un precio veinte veces menor. La India, el Japón y muy pronto China, han entrado en la fase que ya predecíamos, y en ella adelantan con rapidez. Los productos extranjeros afluyen más cada día á Europa, y los en ella fabrica-

dos salen en menor cantidad. No es ciertamente la invasión militar de los orientales lo que hay que temer, como se ha sostenido, sino únicamente la de sus productos.

Durante mucho tiempo la competencia ha quedado localizada en el terreno agrícola, y por sus consecuencias, podemos prever lo que sucederá cuando se haya extendido la fabricación.

Los primeros resultados de la competencia han sido, como ha hecho observar M. Méline en la Cámara de diputados, hacer bajar una mitad en veinte años el valor de los productos agrícolas: granos, lana, vinos, alcohol, azúcar, etc. La lana, por ejemplo, que valía 2 francos el kilogramo, aproximadamente, en 1882, no vale más que un franco hoy; los sebos han bajado de 95 á 42 francos, etcétera.

Muchos economistas, en cuyo número me cuento, consideran ventajosas estas bajas, puesto que en definitiva es el público, es decir, el mayor número quien de ellas se aprovecha; pero es fácil colocarse en puntos de vista en que pueda contestarse que son desventajosas. Su más grave inconveniente está en colocar á la agricultura en una situación precaria y obligar á algunos países á renunciar á ella, lo que en ciertos momentos podía tener graves consecuencias.

La hipótesis de que existan comarcas obligadas á renunciar á la agricultura, nada tiene de quimérica, puesto que se realiza ya más cada día en Inglaterra. Teniendo á la vez que luchar con los trigos de la India y los de América, ha renunciado progresivamente á su cultivo, á pesar de la perfección de los métodos ingleses, que permiten rendimientos de 20 hectolitros por hectárea. Actualmente la producción anual de trigo ha bajado á 23 millones de hectolitros, mientras que el consumo es de 85 millones. Tiene, por tanto, que comprar unos 60 millones al extranjero. Si Inglaterra fuera aprisionada en su isla ó no tuviera los recursos necesarios para procurarse este exce-

dente, una gran parte de sus habitantes se verían condenados á morir de hambre.

Francia, país esencialmente agrícola, ha podido prolongar la lucha gracias á la protección, medio bien provisional y ficticio. Tiene un interés vital en luchar, pero, ¿por cuánto tiempo podrá hacerlo aún? Produce un centenar de millones de hectolitros, cifra que, según los años, puede descender á 75 ó subir á 135. El trigo vale hoy en Francia 18 francos próximamente los 100 kilos, precio en baja regular desde hace unos años. Es por lo demás artificial, porque estando los trigos extranjeros recargados con un derecho protector de siete francos, su verdadero valor es de once francos, precio de venta en los mercados extranjeros, Londres y New-York principalmente. En la República Argentina los cultivadores italianos llegan á producir el trigo á cinco francos hectolitro.

¿Podrá corregirse por algún tiempo esta baja progresiva mediante derechos protectores igualmente progresivos, destinados á mantener artificialmente la carestía de las subsistencias y á impedir por consiguiente que las gentes se aprovechen del bajo precio general? Dado que en Francia el consumo anual es de 120 millones de hectolitros, el derecho actual de siete francos por hectolitro, que aumenta en un tercio por lo menos el precio del pan, representa una suma enorme que se hace pagar al total de la población en provecho de un corto número de grandes especuladores, porque produciendo justamente la mayoría de los agricultores lo que necesitan, nada les queda para vender. Todo lo que puede decirse en favor de procedimientos tan arbitrarios es que ofrecen utilidad provisional para prolongar en un país la existencia de la agricultura ó dejarla el tiempo necesario para su mejora. Pero ningún gobierno será muy pronto bastante fuerte para mantener artificialmente la carestía de las subsistencias.

No es el Oriente, apenas entrado entonces en la lucha, el que ha causado la decadencia de la agricultura europea.

Debe verse su origen en la producción de cereales en América, donde casi nada cuesta la tierra, que es muy cara en Europa. Pero el día en que América se ha visto á su vez en competencia con países tales como la India, donde no sólo la tierra nada cuesta como en los Estados Unidos, sino donde además el trabajo vale diez veces menos, ha sufrido igual suerte que Inglaterra, y su agricultura está hoy amenazada de completa ruina. Los agricultores americanos se encuentran actualmente en la más precaria situación. M. de Mandat Grancey cita granjas que valían en otros tiempos 300 dollars el acre, y que hoy no encuentran comprador por 10 dollars. Ningún derecho protector puede remediar esta situación de los americanos, puesto que su interés está en vender cereales y no en importarlos. No puede, por lo tanto, la protección librarles de hallarse en competencia en los mercados extranjeros con países que producen á precios muy inferiores.

Limitada en primer término á las materias primas y á los productos agrícolas, la lucha entre el Oriente y el Occidente se ha extendido progresivamente á los productos industriales. En los países del Extremo Oriente India y el Japón, por ejemplo, el salario de los obreros de las fábricas no excede casi de 50 céntimos diarios, y sus jefes no reciben mucho más. M. de Mandat-Grancey, cita una fábrica, cerca de Calcuta, en que trabajan más de 1.500 obreros, y cuyo subdirector indígena tiene un sueldo inferior á 20 francos al mes. Con precios de producción tan bajos, las exportaciones de la India han subido en diez años de 712 millones á más de 4.000.

Pero la India tiene poco carbón, mientras que el Japón posee mucho, lo bastante para exportarlo á un precio mitad inferior al del carbón inglés. De aquí resulta que los progresos de este país han sido todavía más rápidos que los de la India. Teniendo carbón, fuente de riqueza principal de un pueblo, sólo ha necesitado comprar las

máquinas europeas é imitarlas para encontrarse muy pronto en completa igualdad con Europa desde el punto de vista de la capacidad para producir, y en superioridad muy grande desde el de la economía en la producción, en razón de la baratura de jornales.

El Japón tiene ahora grandes fábricas, las de algodón, por ejemplo, en que trabajan 6.000 obreros (1) y cuyos negocios son lo bastante prósperos para repartir dividendos del 10 al 12 por 100, mientras que en Inglaterra los dividendos de industrias análogas, más reducidos de día en día, han descendido progresivamente al 3 por 100 en los mejores casos. Otros pierden y ya no reparten dividendos, y esto simplemente porque su exportación disminuye siempre á causa de la competencia del Oriente.

Los orientales se han puesto á fabricar sucesivamente todos los productos europeos, y siempre en condiciones de precio que hacen imposible toda lucha. Relojería, porcelana, papel, perfumería y hasta el artículo que se llama de París, se fabrica ahora en el Japón. El artículo europeo se ve así cada vez más excluído en Oriente. Los hay, como por ejemplo, las cerillas, que antes vendían los ingleses por valor de 600.000 francos anuales, y que hoy sólo venden por 10.000, mientras que los japoneses que nada vendían, han llegado en pocos años á una producción que ascendía en 1895 á 2.275.000 francos. Se venden estas cerillas á 1 franco 144 cajas, ó sea 15 por 10 céntimos. Los japoneses vendían en 1890, 700 francos de paraguas y sombrillas; cinco años más tarde vendían por valor de

(1) La fábrica de hilados de Kanegafuchí, en el Japón cuenta cerca de 6.000 obreros que trabajan relevándose día y noche, doce horas cada uno. Los jornales son aproximadamente de 50 céntimos diarios, pagados en plata, cuyo valor en plaza es la mitad del del oro, como es sabido. He aquí, por otra parte, según el resumen estadístico del Imperio del Japón, publicado en 1897 en Tokio por M. Hanabusa, jefe de la sección de estadística, la paga media de algunas clases de obreros: agrícolas, 0,32 francos al día; impresores, 1,40; carpinteros, 1,75.

1.300.000 francos, é igual sucede con todos los artículos cuya fabricación emprenden.

Esta abundancia de producción condujo muy pronto á los japoneses á extender sus mercados, y para no ser tributarios de la marina europea, compraron barcos y después los construyeron. Poseen grandes paquebots iluminados eléctricamente, y hechos según los últimos modelos. Una sola Compañía *(Nippon Yusen Kaïsha)* posee 47 que compiten con nuestras Mensajerías, y sobre todo, con la Compañía inglesa llamada peninsular y oriental. Han creado un servicio bisemanal entre el Japón y Bombay, otro en Australia, y se preparan á dirigir uno á Francia é Inglaterra. Tienen tripulaciones pagadas á razón de diez francos por hombre y mes y alimentados con algunos sacos de arroz.

Aunque el chino sea, bajo muchos puntos de vista, y á pesar de su inferioridad militar, extremadamente superior al japonés, China no ha entrado aún en el movimiento industrial, pero vemos llegar el momento en que lo haga. Entonces se puede prever que, con su inmensa población sin necesidades, sus colosales reservas de carbón, será en pocos años el primer centro comercial del mundo, el regulador de los mercados y que la Bolsa de Pekín será la que determine el precio de las mercancías en el resto del universo. Puede apreciarse ya el poder de esta competencia recordando que los americanos, reconociéndose incapaces de luchar contra ella, no han encontrado otro procedimiento que expulsar violentamente los chinos de su territorio. No está lejana la hora en que un barco de mercancías europeas sea una rareza en los mares del Oriente. ¿Qué iría á hacer allí?

Pocos son los cónsules ingleses ó alemanes del Extremo Oriente que no estén unánimes en sus informes sobre estas cuestiones. Nuestros mismos agentes, á pesar del poco interés que tienen por el comercio, á pesar, sobre todo, de la irreductible incapacidad del espíritu latino para

comprender cosa alguna extraña á sus propias concepciones, empiezan á percibir lo que ocurre á su alrededor y á indicarlo.

En la lucha económica que se acentúa cada día más, todo favorece al Oriente. La depreciación del valor de la plata en Occidente nos hace la competencia todavía más difícil. La plata, única moneda del Oriente, conserva allí todo su valor, cuando ha perdido cerca de la mitad en Europa. Cuando un comerciante indo, japonés ó chino envía por valor de 1.000 francos de trigo, algodón ó una mercancía cualquiera á Europa, recibe 1.000 francos en oro que puede cambiar por cerca de 2.000 en lingotes de plata, que no tienen más que en seguida trasformar en moneda de plata, para pagar sus obreros. Estos 2.000 francos de plata representan en su país el mismo valor que hace veinticinco años, porque la depreciación sufrida por la plata en los países europeos no ha repercutido aún en Oriente, donde el precio del trabajo ha variado poco. Los objetos no costando allí más caros de fabricar que anteriormente, el industrial oriental, por el solo hecho de que vende un producto á Europa, lo vende la mitad más caro de lo que él ha pagado en Oriente. Naturalmente, él paga también el doble de lo que nos quiere comprar, puesto que necesita dar 2.000 francos en plata para tener 1.000 en oro; así todo su interés está en vendernos más cada vez y en comprarnos cada vez menos. El premio actual del cambio constituye, pues, para el Oriente una prima enorme en la explotación. Ningún derecho protector, á menos de ser absolutamente prohibitivo, sabría luchar contra tales diferencias en los precios de fabricación.

El comercio europeo parece destinado á quedarse reducido muy pronto á esto: cambiar mercancías que cuestan veinte veces más que en Oriente y se pagan en oro, por productos que cuestan veinte veces menos y se pagan en plata. Cambios practicados en tales condiciones no

pueden durar largo tiempo—y duran un poco más, porque el Oriente no ha acabado de organizar su fabricación industrial,—siendo completamente evidente que Europa está destinada á perder muy pronto la clientela del Extremo Oriente, como perdió ya la de América. No sólo la perderá, sino que además dentro de poco estará condenada, no produciendo bastante para nutrir á sus habitantes, á comprar á sus antiguos clientes, sin poder venderles nada. Los japoneses no tienen duda ninguna sobre esta marcha de las cosas. Uno de sus ministros de negocios extranjeros, M. Okuma, hablando de Europa en un discurso recientemente publicado, se expresaba así:« Europa presenta síntomas de decrepitud. El siglo próximo verá sus constituciones en pedazos y sus imperios en ruínas.»

Creo que el Japón estará en ruinas mucho antes que Europa, y esto sucederá sencillamente porque, sin poderlas fusionar, ha superpuesto á su civilización otra civilización que no tiene ninguna relación con su pasado y que muy pronto producirá la anarquía más completa. China, sobre todo, es la que siendo muy superior en tantos puntos de vista al Japón y especialmente en el de honradez comercial, está destinada á llegar á ser temible. Sin duda alguna todos estos asiáticos de cráneo pequeño que se limitan á copiar servilmente nuestras invenciones, no son más que bárbaros, pero la historia nos dice que siempre fueron los bárbaros los que causaron la ruina de los imperios más poderosos.

Muchas causas vendrán á complicar en la mayor parte de los pueblos europeos, las dificultades de la lucha comercial con el Oriente. Cuando el camino de hierro transiberiano esté completamente terminado, todo el comercio entre el Oriente y el Occidente irá á concentrarse en manos de Rusia. Este camino de hierro une, como es sabido, Rusia con el Japón, atravesando una parte de China. Los 130 millones de rusos estarán entonces en

contacto con los 400 millones de chinos, y Rusia llegará á ser la primera potencia comercial del mundo, puesto que ella será forzosamente la que efectuará el tránsito entre el Oriente y el Occidente. De Londres á Hong-Kong, por mar, se necesitan hoy cerca de treinta y seis días. Bastará con la mitad próximamente por el transiberiano. La ruta marítima, sin duda alguna, será entonces también abandonada, como hoy día lo es la del Cabo de Buena Esperanza, y se puede preguntar de qué servirá entonces á Inglaterra su flota comercial. Francia perderá el poco comercio que allí le queda. Ese día se dolerá quizá de los 8.000 millones prestados á Rusia, de los que una buena parte han servido para crear esta desastrosa competencia que arruinará á Marsella. Sin ser un espíritu demasiado melancólico, nos podemos preguntar si habríamos ganado más consagrando una tan enorme suma al desarrollo de nuestra industria y de nuestro comercio. (1)

---

(1) En cuanto el ferrocarril transiberiano, del que ninguno de nuestros hombres de Estado ha parecido comprender la importancia, esté terminado, Rusia será la dueña de China y de sus 400 millones de habitantes; y como tiene un régimen de proteccionismo absoluto, tanto para sus aliados como para los que no lo son, el Oriente se encontrará cerrado para Europa. La India y aun la Indo-China, porque las alianzas pesan muy poco ante los intereses políticos, se encontrarán inevitablemente absorbidas un día en este gigantesco imperio, que será entonces la potencia más importante del mundo. Los puestos y concesiones recientemente obtenidos en la Manchuria, habitada por 120 millones de habitantes, hacen de Rusia la dueña soberana de esta provincia, en la que podrá reclutar innumerables ejércitos.

Una circunstancia que nadie hubiera podido prever, la conquista de las Filipinas por los Estados Unidos, sólo podrá retardar ó dificultar la absorción del Oriente por Rusia; esta conquista hace entrar á los Estados Unidos en el centro de la cuestión china, en cuyo destinos la débil España no podía ejercer ninguna acción. El influjo de los Estados Unidos y el de Inglaterra restablecerán quizá el equilibrio de la balanza, que se inclina más y más pesadamente de un solo lado. Estamos probablemente en la aurora de una lucha gigantesca para la repartición del Oriente. Los desarmes que se nos proponen, no sin alguna ironía, imagino que no parecen estar próximos.

Las luchas entre el Oriente y el Occidente, cuya génesis acabamos de trazar, no hacen más que comenzar y no podemos más que suponer su solución. Los que sueñan con la paz perpetua y el desarme universal, se imaginan que las luchas guerreras son las más desastrosas. En éstas perecen en conjunto, en efecto, un gran número de individuos; pero parece más que probable que las luchas industriales y comerciales que se preparan, serán más mortíferas y acumularán más desastres y ruinas que nunca hicieron las guerras más sangrientas. Destruirán enteramente, acaso grandes naciones, lo que jamás pudieron realizar los ejércitos más numerosos. Estas luchas, en apariencia tan pacíficas, son, en realidad, implacables. Vencer ó desaparecer, es la única alternativa.

El socialismo no se preocupa casi de tales problemas. Sus concepciones son demasiado estrechas, su horizonte demasiado limitado para que pueda soñar en ellos. En las naciones en que haya alcanzado su mayor desarrollo, sucederá que la lucha comercial con el Oriente será la más difícil y el aniquilamiento del vencido el más rápido. Los pueblos que posean en un grado suficiente la iniciativa industrial y la inteligencia necesaria para perfeccionar su fabricación y adaptarla á las nuevas necesidades, serán los que podrán defenderse. No será el colectivismo con su ideal de base igualitaria en el trabajo y en los salarios el que podrá suministrar á los obreros los medios de luchar contra la invasión de los productos orientales. ¿De dónde sacará los fondos necesarios para pagar á los trabajadores, cuando los productos no tengan compradores, cuando todos los talleres se vayan cerrando progresivamente, y cuando todos los capitales hayan emigrado hacia países en los que encontrarán una retribución fácil y una acogida benévola, en lugar de persecuciones incesantes?

§ II.—Los remedios.

Acabamos de indicar cómo ha nacido y cómo se ha desarrollado la competencia económica entre el Oriente y el Occidente. Los hechos que hemos citado determinan cuán contrarias son las necesidades económicas actuales con las aspiraciones de los socialistas y cuán mal han elegido éstos el momento de presentar sus reivindicaciones. Examinando ahora los remedios posibles en la competencia económica que vemos aumentar, comprobaremos una vez más hasta qué punto la posibilidad de la victoria es incompatible con el ideal socialista.

Debemos hacer observar, ante todo, cuán fácil es combatir en teoría las deducciones pesimista del estado de cosas que hemos expuesto.

Los economistas dicen con razón que jamás hubo hasta ahora superabundancia real en un solo artículo, que el más ligero exceso de producción va acompañado de una baja forzosa de los precios y que si por resultado de la competencia, el obrero europeo está obligado á conformarse con un salario de algunos céntimos por día, la escasez de estos salarios no será inconveniente cuando por estos pocos céntimos obtenga todos los objetos que antes se procuraban por algunos francos. El argumento es muy justo, pero no es casi aplicable más que para una época lejana, que por tanto no nos interesa actualmente. Antes de esta fase de baratura general en el valor de las cosas, vendrá un período de transición y de trastorno bastante largo. Este período será tanto más difícil de atravesar cuanto que la lucha entre orientales y occidentales no es sólo una lucha entre individuos de salarios desiguales, sino entre individuos con necesidades desiguales. Esta condición es la que ha hecho imposible para los americanos la competencia con los chinos, á los que se han visto obligados á expulsar. Para restablecer la igualdad de los cambios hubiera sido necesario que los chinos al establecerse

en América adquiriesen los gustos y los hábitos de gastar de los americanos. Pero ellos sufren influjos demasiado antiguos de sus ascendientes para trasformarse hasta ese punto. Sin más necesidades que una taza de té ó un puñado de arroz, se contentan con salarios muy inferiores á los que reclaman los obreros americanos.

Cualquiera que sea el porvenir, la hora presente es la que nos afecta y sus soluciones actuales son las que debemos buscar. El remedio que los economistas esperan de la evolución espontánea de las cosas no tiene por el momento valor alguno. En cuanto al régimen proteccionista, constituye una solución provisional, de una aplicación fácil, por lo que vemos que la adoptan alternativamente los pueblos de Europa y América. Puede tener ciertamente una utilidad temporal, pero sus efectos bienhechores no podrán durar. Un país poco extenso, poco poblado, podría, en último caso, rodearse de una muralla alta y no inquietarse de lo que sucediese á su alrededor. Pero, ¿existen tales países en Occidente? A consecuencia del desarrollo excesivo de la población no hay casi en Europa, según todas las estadísticas, naciones que produzcan lo bastante para alimentar á sus habitantes durante más de seis meses.

Suponiendo que un país se rodease de la muralla de que acabo de hablar, al cabo de los seis meses se vería obligado, bajo pena de morir de hambre, á abrir esta muralla para ir á comprar fuera con qué alimentarse; pero, ¿con qué este país pagaría entonces el trigo y los productos alimenticios de que tuviera necesidad? Hasta ahora es con mercancías con lo que Europa adquiere los géneros de Oriente; pero muy pronto el Oriente no tendrá necesidad alguna de nuestras mercancías porque las fabricará más baratas.

Además el comercio está basado en los cambios, en los que la moneda no es más que el símbolo convencional.

A menos, pues, de descubrimientos científicos, por otra parte posibles, el porvenir de Europa y sobre todo el de los países que viven principalmente de su comercio se presenta bastante sombrío.

En la lucha que se prepara, únicamente dos categorías de pueblos son los que al parecer la podrán resistir. La primera comprende á aquellos en los que la agricultura esté bastante desarrollada y la población bastante exigua para que puedan bastarse á sí mismos y renunciar casi completamente al comercio exterior. La segunda comprende á aquellos en los que la iniciativa, la voluntad, y al mismo tiempo las capacidades industriales sean en mucho superiores á la de los orientales.

Pocos pueblos europeos se encuentran hoy en la primera de estas categorías. Francia, por fortuna para ella, figura en muy buen lugar. Produce casi lo suficiente para la manutención de sus habitantes, y un instinto acertado la lleva á no exagerar la cifra de su población y á desdeñar con este motivo las lamentaciones de los estadistas. Le bastaría aumentar un poco su renta agrícola ó con reducir un poco su población para llegar á producir bastante para su subsistencia. Lejos de nosotros encarnizarnos con la industria, con la que casi no tenemos buen éxito, ni con el comercio, en el que tampoco le tendremos del todo, á la agricultura es hacia la que debemos dirigir todos nuestros esfuerzos. (1)

Los ingleses y los americanos se encuentran en la segunda de las categorías indicadas; pero á fuerza de una ac-

(1) Bajo todos los puntos de vista, por otra parte, nuestra agricultura tiene necesidad de ser desarrollada. En un Congreso agrícola celebrado en Lyon hace algunos años, M. de la Rocque hacía notar que la mortalidad, que en los campos no llega al 20 por 100, pasa del 27 en las ciudades, y deducía que por el solo hecho de la emigración en las ciudades Francia había perdido 700.000 habitantes. «Si nuestra agricultura cesase de producir vino ó cereales nuestros campos no perderían menos de 8 á 10 millones de habitantes.» Este es un ejemplo interesante de las repercusiones económicas.

tividad extrema y de un perfeccionamiento constante en las herramientas será como lleguen á mantener su superioridad. Esta será la lucha de las capacidades superiores contra las capacidades medias, medianas é inferiores. Así es cómo la maquinaria ha podido, á costa de inmensos esfuerzos, reducir cada vez más en América el precio de coste de los productos á pesar de la carestía de la mano de obra. Así ocurre en los Estados Unidos en los altos hornos, en los que uno solo fabrica mil toneladas de acero diarias, mientras que los nuestros fabrican 100 ó 200 á lo sumo; fábricas de acero que laminan 1.500 toneladas por día, mientras las nuestras laminan 150 en el mismo tiempo; máquinas que cargan sobre un vagón 1.000 toneladas por hora, otras que cargan un navío de 4.000 toneladas en algunas horas, etc.

Para mantenerse en este terreno son precisas cualidades de iniciativa y de capacidad que pocas razas poseen hoy, que son las más preciosas de la herencias, aunque sean tan antipáticas á los socialistas. Con tales aptitudes no existen dificultades que no se puedan vencer.

Si con todos estos esfuerzos los anglo-sajones no lograsen éxito, encontrarían otros remedios. Ya lo han buscado. Varios industriales han logrado competir con los orientales en su propio elemento, fundando talleres en su país con obreros orientales. Industriales ingleses que no pudiendo trabajar más que con pérdida en Inglaterra, han acabado por instalarse en las Indias y hacer de ese modo competencia, ellos mismos, á los productos ingleses. Pero si se generalizase esta emigración de capacidades y capitales dejaría fatalmente al obrero inglés sin trabajo y no tendría casi otros resultados que enseñar á los capitalistas el camino á que las reivindicaciones de los socialistas podrían, en efecto, conducirlos fatalmente algún día. Podemos preguntarnos qué llegará á ser un Estado privado de todos sus capitales, de todos los cerebros superiores que posee y compuesto únicamente de las medianías de la for-

tuna y del talento. Entonces será cuando el socialismo podrá desarrollarse libremente y hacer reinar su pesada esclavitud.

Además de esto, otros medios buscan los hombres de Estado ingleses para evitar el peligro que ven aumentar rápidamente. Ven que el Oriente se cerrará muy pronto á sus navíos, y se dirigen ya hacia Africa y vemos la tenacidad con que los ingleses y los alemanes se han apoderado de ella en pocos años, no dejando á los latinos más que algunos fragmentos de territorio sin valor. El imperio que los ingleses allí se han formado, y que comprende casi una mitad del Africa, de Alejandría al Cabo, estará bien pronto cubierto de telégrafos y de caminos de hierro y formará, sin duda, ante s de pocos años una de las más rica regiones del mundo.

Las aptitudes hereditarias, la organización social actual, el sistema de educación de los pueblos latinos, y sobre todo, la infiltración de las ideas socialistas, no les permiten tener miras tan altas. Las aptitudes de estos pueblos los llevan hacia la agricultura y las artes. Les resultan muy difíciles la industria, el comercio exterior y, sobre todo, la colonización que les cuesta demasiado cara sin producirles nada, aun cuando las colonias estén, como la Argelia, á sus puertas. Este es un hecho que se puede sentir seguramente, pero que no se podrá negar, y cuya comprobación tiene, por lo menos, la utilidad de hacernos comprender en qué sentido debemos ó no dirigir nuestros esfuerzos.

Los pueblos latinos no tendrán quizá, por otra parte, que sentir demasiado el no poder desempeñar un papel bien activo en la lucha económica é industrial que parece deber trasladar bien pronto los polos de la civilización. Esta lucha, ya penosa para las naturalezas enérgicas, será totalmente imposible para las demás. Duro y mal retribuído á veces es el trabajo de los simples obreros. Un porvenir próximo les espera, en contra de los sueños so-

cialistas, mucho más duro y peor retribuído aún. Las grandes civilizaciones no parecen poder prolongarse más que con una servidumbre cada vez más estrecha de las masas de los trabajadores. El industrialismo y la maquinaria están condenados á estar cada día más oprimidos. Quizá será más que á costa de un trabajo más y más penoso, de un formidable agotamiento como los pueblos industriales comerciantes de Europa podrán combatir sin demasiadas probabilidades de fracasar en el terreno económico con los pueblos de Oriente. Será en todo caso una guerra más mortífera y desesperante que las carnicerías militares de otros tiempos; porque ninguna ilusión, ninguna esperanza se agitarán allí. Las luces de la consoladora fe de las edades antiguas no arrojarán más que vacilantes resplandores y se apagarán muy pronto para siempre. El hombre que antes luchaba por sus hogares, su patria ó sus dioses, parece estar amenazado de no tener otro ideal en sus luchas futuras que el de comer á su manera ó por lo menos el de no morir de hambre.

CAPÍTULO III

Las luchas económicas entre los pueblos del Occidente.

§ I. *Consecuencias de las aptitudes hereditarias de los pueblos.*—Diferencias entre las aptitudes que han engendrado los progresos de los pueblos en las diversas edades de la civilización.—Cualidades que han mantenido durante largo tiempo la supremacía de los latinos.—La mayor parte de estas cualidades están hoy sin empleo.—Con la evolución actual del mundo las aptitudes industriales y comerciales pasan al primer rango.—Por qué las débiles aptitudes comerciales é industriales de los latinos eran antes suficientes y no lo son ya hoy.—§ II. *La situación industrial y comercial de los pueblos latinos.*—Resultados revelados por la estadística.—Indicaciones dadas por nuestros cónsules en el extranjero.—Hechos característicos que revelan la decadencia de nuestra industria y de nuestro comercio.—Apatía, indiferencia, horror al esfuerzo, ausencia de iniciativa de nuestros comerciantes.—Ejemplos diversos.—Invasión de los productos alemanes en nuestro mercado.—Decadencia de nuestra Marina.—Nuestras relaciones comerciales con nuestras colonias se hacen por medio de extranjeros.—Lo que cuestan nuestras colonias y lo que reportan.—Disminución progresiva de la cualidad de nuestros productos.—§ III. *Causas de la superioridad comercial é industrial de los alemanes.*—Débil influjo de su superioridad militar en sus éxitos comerciales é industriales.—Instrucción técnica de los alemanes.—Sus aptitudes teniendo en cuenta el gusto de su clientela.—Cómo se informan de las necesidades de la clientela de los diversos países.—Su espíritu de solidaridad y de asociación.—Sus elementos de información.

§ I.—Consecuencias de las aptitudes hereditarias de los pueblos.

Acabamos de indicar cómo las necesidades económi-

cas creadas por circunstancias nuevas han llegado á hacer muy formidable la competencia que hoy día nos hacen los pueblos de Oriente, convertidos en productores, en lugar de ser como antes consumidores. Expulsados progresivamente de los mercados de Oriente, los pueblos de Occidente han quedado reducidos á disputarse con violencia los mercados europeos que les quedan abiertos. ¿Cuáles son las cualidades que facilitarán el éxito en estas luchas que cada día son más encarnizadas? ¿El socialismo puede dar la victoria en tales luchas? Esto es lo que nos proponemos examinar ahora.

Las aptitudes que determinan la superioridad de las razas no han sido las mismas en las diversas épocas de la historia. Esto es así, en gran parte, porque un pueblo que posee ciertas aptitudes no sabe poseerlas todas, y así vemos en el curso de las edades á tantos pueblos diversos pasar por todas las fases de la grandeza y de la decadencia, según que las condiciones del momento hagan útiles ó perjudiciales las cualidades que les caracterizan.

Durante largo tiempo los progresos de la civilización han exigido ciertas cualidades especiales: el valor, el espíritu guerrero, la elocuencia, el lenguaje elegante, los gustos literarios y artísticos, que los pueblos latinos poseen en alto grado; y por esto es por lo que se han encontrado durante tanto tiempo á la cabeza de la civilización. Hoy estas cualidades tienen una utilidad mucho más pequeña que antes y aun parece que algunas de ellas muy pronto no encontrarán empleo alguno. Con la evolución actual del mundo, las aptitudes industriales y comerciales que figuraban antes en un rango relativamente secundario se elevan ahora al primero. De esto resulta que los pueblos industriales y comerciales son los que alcanzan los primeros puestos. Los centros de civilización van por tanto á trasladarse.

Las consecuencias de estos hechos son muy importantes. Un pueblo que está incapacitado para cambiar sus

aptitudes debe procurar conocerlas bien para utilizarlas lo mejor posible y no emprender en vano luchas en un terreno en que el fracaso le espera. Un individuo que hubiera sido un excelente músico, un brillante artista, es un mal comerciante, un desgraciadísimo industrial. Para los pueblos, como para los individuos, la primera condición de éxito en la vida está en saber bien de qué es capaz y en no emprender tarea alguna superior á sus medios.

Ahora bien; los pueblos latinos, á consecuencia de conceptos hereditarios cuya génesis he demostrado, no poseen más que en grado bastante escaso las aptitudes comerciales, industriales y colonizadoras tan necesarias hoy. Son guerreros, agricultores, artistas, inventores; no son industriales, ni comerciantes, ni, sobre todo, colonizadores.

Por pequeñas que sean las aptitudes comerciales, industriales y colonizadoras de los latinos, han sido, sin embargo, suficientes, en una época en que no había gran competencia entre los pueblos. No lo son ya hoy. Sin cesar se habla de la decadencia industrial y comercial de nuestra raza. Este aserto no es absolutamente exacto, puesto que nuestra industria y nuestro comercio son muy superiores á lo que eran hace cincuenta años. No es decadencia, sino progreso insuficiente, lo que hay que decir. Sin embargo, la palabra decadencia llega á ser justa si se entiende con esta expresión el que al progresar mucho menos de prisa que sus rivales los pueblos latinos han de ser necesariamente, muy pronto, suplantados por ellos.

Los síntomas de este retraso se observan en todos los pueblos latinos, lo que prueba que se está más bien en presencia de un fenómeno de raza. España parece haber llegado al último límite de esta inferioridad progresiva. Italia se le unirá bien pronto. Francia lucha todavía, pero los síntomas de debilitamiento se acentúan cada día mas.

§ II.—La situación industrial y comercial de los pueblos latinos.

No nos ocuparemos, en lo que á continuación se expone, más que de Francia. Para los otros pueblos latinos no tenemos más que repetir, acentuándolo, lo que á ella se aplique. Es la menos amenazada de los pueblos latinos y, sin embargo, su situación comercial é industrial es muy poco brillante.

Los hechos que demuestran nuestra decadencia comercial é industrial son demasiado evidentes hoy para poder ser refutados. Todos los informes de nuestros cónsules ó de nuestros diputados encargados de estudiar la cuestión, están unánimes y se expresan poco más ó menos en los mismos términos.

He aquí cómo lo hace en una publicación reciente, M. d'Estournelles:

«M. Charles Roux resume todas las tristezas de una experiencia ya larga, en un informe, que ha hecho sensación, sobre la decadencia de nuestro comercio; hubiera podido escribir lo mismo sobre nuestra marina ó nuestras colonias. Francia compromete ó deja arruinar sus recursos á fuerza de apatía, de rutina, de apego á reglamentos que, la mayor parte, datan de Colbert y de Richelieu. Como todos los apáticos, demuestra su voluntad por golpes, y entonces el heroísmo; pero estos son también calaveradas, reformas sentimentales no estudiadas y peores muchas veces que el mal. Cuando cesa, por ejemplo, de explotar sus colonias, es para asimilarlas al día siguiente á la madre patria convirtiéndolas en departamentos franceses y arruinándolas; ó bien decide súbitamente sin sombra de motivo, á pesar de los obstáculos naturales infranqueables, que todos los judíos indígenas de Argelia sean franceses, electores y por tanto dueños de la población árabe, dueños de nuestros mismos colonos. O también

deja sencillamente organizar en las colonias, á favor de nuestra ignorancia, la parodia, la caricatura del sufragio universal, concede el derecho de votar nuestro presupuesto, la paz ó la guerra á los representantes indígenas, indios ó senegaleses, que no pagan nuestros impuestos, que no sirven en nuestro ejército, que no hablan nuestra lengua.»

«El peligro alemán, escribe por su parte M. Schwob, es legítimo; pero también decimos el peligro británico, el peligro australiano, el pel gro americano y aun el peligro ruso y chino. Sobre este campo de batalla del comercio y de la industria modernas, no hay ni paz ni alianzas. Se suceden tratados que se llaman tratados de comercio, pero estos tratados mismos son para una guerra sin tregua, sin piedad, más implacable que la guerra á cañonazos y tanto más peligrosa cuanto que hace millones de víctimas, sin ruído y sin humo.

Así nuestra alianza política con Rusia, nuestra amistad recíproca, inalterable, no impide que las convenciones comerciales sean por el momento ventajosas para Alemania y en perjuicio nuestro. En el terreno económico, dado el estado actual de Europa y del mundo, no hay amigos. Una guerra verdaderamente sin entrañas se libra entre todos.»

Nuestros cónsules, que en el extranjero asisten á la eliminación gradual de nuestro comercio, dan á entender, á pesar de la reserva que les impone su situación oficial, las mismas quejas. Todos hacen, bien inútilmente por otra parte, advertencias idénticas. Reprochan á nuestros industriales y á nuestros comerciantes su apatía, su incuria, su ausencia de iniciativa, su impotencia para cambiar el viejo herramentaje y adaptarle á las nuevas necesidades de su clientela, las formalidades de todas clases de

que rodean los menores negocios; en una palabra, la poquedad de su inteligencia comercial.

Los ejemplos que se podrían citar de este estado de espíritu son innumerables. Me limitaré á los siguientes porque son muy típicos.

«Nuestros industriales, aun los más importantes, escribía hace algunos años el corresponsal del *Temps* en el Transvaal, se muestran temerosos, desconfiados, ahorran un esfuerzo y cambian con gusto largas correspondencias sobre asuntos que competidores ingleses ó alemanes negocian y llevan á cabo en algunos días.

Los ingenieros ingleses ó alemanes tienen siempre á mano los precios corrientes más detallados para toda clase de máquinas de la industria minera, y cuando se les pide un proyecto ó un presupuesto, encuentran medio de responder en el corto espacio de cinco á siete días que generalmente se exige. Nuestros ingenieros franceses, menos documentados á causa de la inercia de sus casas, están obligados á renunciar al concurso que hace imposible las seis semanas necesarias para ir y volver un correo de Francia, cuando de allí responden en seguida... Los ingleses y los alemanes se acomodan á lo que se exige de ellos.»

Numerosos son los hechos análogos.

«Hace un año, ha dicho el *Journal*, un negociante de la América del Sur quiso emprender la importación en Francia y Alemania, de pieles de cordero del país. Le pusieron en relación para ello por la mediación oficiosa de nuestro cónsul y de nuestro Ministerio de Comercio, con una de nuestras casas de comisión. El negociante americano hizo entonces un envío de 20.000 pieles á esta casa francesa y, simultáneamente, un envío igual á una casa alemana de Hamburgo, con la que él se había en-

tendido. Pasado el año, las dos casas le dirigieron su liquidación. La primera había tropezado con tantas dificultades para vender la mercancía y había tenido que conformarse con precios tan bajos, que la operación se tradujo en una pérdida del 10 por 100 á cargo del expedidor. Más activa y mejor surtida la casa alemana, liquidó la misma mercancía con un beneficio de un 12 por 100. Y el hecho es característico: *En la misma Francia es donde había encontrado la colocación.* Todo comentario sería superfluo.»

Por mí mismo he podido comprobar muchas veces la profunda apatía, el horror al esfuerzo y todos los defectos señalados en los informes de nuestros cónsules. Estos defectos que cada día se acentúan, aparecen más marcados todavía, cuando con diez años de diferencia se vuelve á encontrar á los representantes de una industria antes próspera ó medio próspera.

Cuando á propósito de la luz negra, reanudé mis investigaciones de laboratorio abandonadas durante algunos años, me admiró la profunda decadencia del personal y del material de nuestros industriales, decadencia que, sin embargo, me habían indicado en diversas partes y que además había predicho en un capítulo de mi libro *L'Homme et les Sociétés,* publicado veinte años antes. En una semana negaron diversas casas el envío de instrumentos que representaban un total de más de 500 francos, por la sencilla razón de que estos pedidos exigían un pequeño desembolso á los vendedores. En el primer pedido se trataba de una lámpara eléctrica especial. Antes de adquirirla escribí al comerciante para preguntarle si consentiría hacerla funcionar delante de mí. No habiendo obtenido contestación ninguna, hice preguntar la causa de su silencio á uno de sus amigos. «Sería preciso distraerse demasiado para vender en semejantes condiciones», le respondieron. En el segundo pedido se trataba de un apara-

to grande al que deseaba añadir un nivel de agua sobre una parte metálica. El comerciante, director de una de las primeras casas de París, no tenía, sin embargo, un obrero capaz de ejecutar este trabajo. En el tercero se trataba de un galvanómetro, en el que quería colocar dos circuitos suplementarios, trabajo que pedía lo más un cuarto de hora. El fabricante tenía á mano los obreros necesarios. «Pero, me respondió, mi asociado no se conformará si distraigo el personal para un pedido cuyo precio no llega á 200 francos.»

Completamente distintos son los procedimientos de los industriales alemanes. Teniendo necesidad, un poco después de los contratiempos que preceden, de una pequeña cantidad de cobalto laminado, metal que no es muy raro, escribí á las primeras casas de productos químicos de París. Vista la poca importancia del pedido, no se tomaron ni aun la molestia de responder. Una sola lo hizo para decirme que me lo procuraría algunas semanas después. Habiendo esperado tres meses y teniendo absoluta necesidad de este metal, me dirigí á una casa de Berlín. Aunque esta vez no se trataba más que de un pedido de algunos francos, tuve la respuesta á vuelta de correo y el metal, laminado en las condiciones debidas, fué remitido al cabo de una semana.

Así sucede siempre que uno se dirige á casas alemanas. El más insignificante pedido lo reciben con agrado y todas las modificaciones señaladas por el comprador se ejecutan rápidamente. Por esto es por lo que las casas alemanas se multiplican todos los días en París, y el público se ve forzado á dirigirse á ellas, á pesar de sus repugnancias patrióticas. Se entra para compras insignificantes y bien pronto se va más allá. Podría citar varios grandes establecimientos científicos oficiales que, á causa de molestias análogas á las que yo mismo había sufrido, han llegado á hacer casi exclusivamente sus pedidos á Alemania.

La incapacidad comercial de los latinos se comprueba desgraciadamente en todas las ramas de la industria, cualquiera que ellas sean. Compárense, por ejemplo, los hoteles de Suiza, tan atractivos para el extranjero, á los miserables é impropios albergues que se encuentran en los sitios más pintorescos de Francia y de España. Cómo admirarse, por tanto, de que estos sitios sean tan poco visitados. Según las estadísticas oficiales, los hoteles suizos tienen un gasto anual de 115 millones, dejando á sus propietarios 31 millones de beneficios, suma verdaderamente inmensa para un país tan pequeño, en el que el presupuesto de gastos llega apenas á 80 millones. Los hoteles constituyen para Suiza un verdadero filón de oro que puede rivalizar con los más ricos de Africa.

«¿Cuánto tiempo se necesitará, pregunta M. Georges Michel, que cita estas cifras en el *Economiste français*, antes de que nuestras colonias, en las que hemos prodigado tantos cientos de millones, nos produzcan la centésima parte de lo que Suiza, que no tiene ni colonias, ni minas de oro ó plata que explotar, sabe sacar del extranjero?»

Hoy no se cesa de dar á los jóvenes franceses el consejo de ir á colonizar los países extranjeros. ¿No sería mucho más acertado y mucho más productivo aconsejarles que procuraran primero colonizar su propio país? ¿Puesto que no sabemos utilizar las riquezas naturales que tenemos en la mano, cómo podemos pretender salvar las dificultades que encontraríamos en los países lejanos?

En cuanto á nuestra gran industria, su estado es por completo lamentable cuando se le compara con el de los ingleses y, sobre todo, con el de los alemanes. En 1897 la producción del acero era en Francia de 2.472.000 toneladas. Alemania que en 1872 producía 1.430.000, produjo en 1897, 6.889.000, gracias al desarrollo de su fabri-

cación. Habiendo obtenido de Rusia un tratado de comercio que á nosotros nos rehusó, le vendió en 1897, 2.600.000 toneladas pagadas, naturalmente, con el dinero prestado por nosotros á aquel país, en el cual, gracias á los derechos prohibitivos que cierran su territorio á nuestras mercancías, no vendemos nada.

¿Por qué esta rezagada situación?, escribe M. Félix Martín, después de haber reproducido las cifras que preceden. Es necesario buscar la causa principal en nuestro sistema arancelario, que mantiene la producción francesa, conservando el mercado interior, pero que hace la exportación casi imposible. Descuidados en una falsa seguridad, nuestros jefes de fábricas no hacen nada por mejorar su producción; son incapaces hoy de luchar fuera de Francia con las naciones que, estimuladas por la competencia, no han cesado de mantenerse á la altura de todos los perfeccionamientos. Así nuestra exportación metalúrgica está en camino de desaparecer.

No maldigamos demasiado del régimen arancelario protector. Si es un absurdo económico, es quizá una necesidad psicológica para ciertos pueblos á los que su falta de fabricación y su débil energía les hacen incapaces de luchar contra sus competidores. Sin la protección de los derechos de aduana no se fabricaría probablemente ni una sola tonelada de hierro en Francia.

Lo que acabamos de decir del hierro, puede desgraciadamente repetirse en los mismos términos para muchas otras industrias, como la de la hulla y la del azúcar, por ejemplo. «Alemania, que extraía menos hulla que Francia hace veinticinco años, ofrece hoy día una producción casi cuádruple que la nuestra.» «En diez años, escribe el autor citado anteriormente, Francia ha visto descender su exportacióón de azúcar de 200 millones á 60; no produce más que 700.000 toneladas por año, menos que Rusia y que Austria Hungría, á las que antes aventajaba. La industria azucarera alemana nacida ayer,

ha enviado al mercado en 1896, 1.835.000 toneladas.» Aquí del mismo modo sin los derechos protectores que impiden la invasión de los productos extranjeros, la industria azucarera desaparecería totalmente de Francia. Estos derechos protectores no bastan para sostenerla. El Estado se obliga á conceder á los fabicantes pr mas de tal modo enormes que el presupuesto no las puede soportar por más tiempo.

La industria de los productos químicos ha seguido la misma decadencia; pero al menos, no cuesta nada al Estado. No tiene por qué sostenerla, porque casi nada produce. La mayor parte de los productos químicos y farmacéuticos que se consumen en Francia vienen ahora de Alemania. «Su exportación, hace veinticinco años nula, pasa hoy de 50 millones».

«Todos los observadores, escribe el autor citado antes, comprueban hoy día el estado de malestar en que vemos sumergidos nuestros más grandes centros industriales.

Lyón lanza por boca de su Cámara de Comercio un grito de alarma por la proximidad del paro que se preve. La compañera de Suiza, de Italia, de la misma Rusia amenaza ya gravemente la fábrica lionesa; ¿qué sucederá cuando sufra los efectos del tratado de comercio franco-japonés, que el Parlamento tan desconsideradamente acaba de votar?

Marsella, cuyo puerto está insuficientemente atendido por la única vía férrea que le une al centro de Francia, privado de comunicación con la gran vía fluvial del Ródano, arruinado por el exceso de las tarifas marítimas, de las formalidades aduaneras, de los monopolios de toda clase (docks, compañías de navegación privilegiadas), llega á carecer de barcos para las necesidades de sus industrias locales.

Ruan, donde el valor de los algodones se deprecia, cuyo puerto desaparece, en el que los jornales de tal mo-

do han bajado, que la hechura de una camisa de hombre ha descendido á quince céntimos.

Burdeos, cuyo puerto, enarenado, está en plena decadencia, y cuyos bellos hoteles del sigo XVIII, últimos testigos de su prosperidad comercial, hoy día vacíos y destruídos, hacen soñar en esos palacios de Venecia habitados por menesterosos.

Roubaix, largo tiempo próspero, que gracias á la perfección de su fabricación había distanciado á todos sus rivales en la industria de la lana: Reims, Sedán, Elbeuf, que se ven á su vez distanciados por la industria alemana, desarrollada en tal grado desde hace quince años, que sus compras de primera materia en Londres han aumentado un 135 por 100, mientras que las nuestras apenas aumentaron, en el mismo período, un 15 por 100.

Añadamos además á todas las causas de nuestra decadencia industrial el desarrollo que los pueblos extranjeros saben dar á las grandes vías comerciales. La perforación del San Gotardo, que asegura la comunicación directa de Suez por Génova y Milán con Berlín y la Europa central, ha dado un golpe fatal á Marsella y se ha evaluado en 600 millones la pérdida que en catorce años esta línea ha hecho perder á Francia. Por rechazo, el tonelaje de Génova se ha decuplicado. Cuando el transiberiano, construído con nuestro dinero y que pondrá á Londres á quince días del Japón, esté terminado, el golpe que reciba por nuestro comercio será por lo demás considerable. No es sólo el desarrollo de las grandes rutas comerciales internacionales lo que nos ha costado tan caro. Son también las interiores las que contribuyen á su riqueza. Rotterdam, Amberes, Hamburgo, deben parte de su prosperidad á los ríos que les unen á numerosas ciudades situadas en el interior. Si Marsella, situada en la desembocadura del valle del Ródano, pudiera estar unida al río por un canal, como tantas veces se ha propuesto,

su prosperidad podría acaso renacer un poco. Los alemanes multiplican sin cesar sus canales, perfeccionan la navegación de sus ríos, trabajos que les han costado más de mil millones en veinticinco años.

Al lado de este desarrollo de las vías navegables de Alemania, sería triste hablar del estado de la navegación interior de Francia. ¿Qué se ve, en efecto?

«El Loire (1), completamente abandonado y en el que toda navegación ha desaparecido; el Sena, obstruído por bajo de París por el cieno y las inmundicias que se deja acumular en su lecho; el Ródano, casi navegable, pero sin comunicación con el puerto de Marsella y llevando barcos raros y antiguos contemporáneos de Papin; canales, que fuera de algunos del Norte ó del Este se remontan á Luis XIV y que desde hace tres siglos no han sido mejorados...»

Todo lo que precede es bien conocido; pero es tal la indiferencia por estas cuestiones, que no hay nadie que consienta en ocuparse de ellas. Parece que no somos capaces de demostrar un poco de energía más que cuando se trata de discusiones políticas. Por lo demás, nos encontramos satisfechos si conseguimos ganar cantidades modestas sin molestias, sin peligros y sin trabajo.

«Los franceses, escribe uno de los autores citados anteriormente, desde luego son dichosos si viven con una pequeña ganancia honrada y segura, sin azar y si acaban, bien ó mal el año, poniéndose las dos botas á la vez, como el remendón de La Fontaine. Pero también acabaron por no juntar jamás los dos cabos de su muy honrado bramante. Se necesita cobrar á escape, á escape, una pequeña cantidad. Y cuando esté en caja, no

(1) En 1802 la navegación del Loire representaba un tonelaje de 402.500 toneladas. Hoy no llega á 30.000.

saldrá más, no se expondrá este humilde producto á nuevas aventuras. Sobre todo se guardará muy bien de renovar la maquinaria, de reformar la fabricación; ¡no se me hable más de reformas! Así se tirará todo lo que se pueda, pero no se podrá siempre, y he aquí que los hombres más competentes, más moderados en sus juicios, nos dicen que estamos al fin, ó casi al fin.

Así es, en efecto. Vivimos de la sombra del pasado, es decir, de la sombra de una sombra, y la decadencia se acentúa con una rapidez que alarma á todos los estadistas. Nuestras exportaciones, que hace veinte años eran muy superiores á las de Alemania, ahora son muy inferiores. Con justicia se dice que nuestras pérdidas comerciales son tales que repagamos cada tres ó cuatro años la indemnización de guerra que pensábamos no tener que pagar más que una vez.

Lo que salva á nuestro comercio exterior de un aniquilamiento completo es el monopolio de ciertos productos naturales, tales como los vinos de calidad superior, que casi únicamente poseemos nosotros, y la exportación de algunos artículos de lujo: modas, sedas, flores artificiales, perfumería, bisutería, etc., en los que nuestra habilidad artística no está todavía demasiado extinguida; pero sobre todo lo demás, la baja es rápida.

Nuestra marina mercante sigue, naturalmente, esta decadencia. Está estacionaria, mientras que todas las naciones aumentan la suya en enormes proporciones. Alemania casi ha doblado la suya en diez años. Inglaterra la ha aumentado en un tercio. Nosotros descendemos progresivamente desde los primeros rangos hacia los últimos. Mientras que el tonelaje del puerto de Hamburgo se ha decuplicado en veinticinco años, la decadencia de los puertos del Havre y de Marsella se acentúa de año en año. Son extranjeros los que comercian por nuestra cuenta en nuestro mismo territorio. De dieciséis millones de

toneladas que representan el movimiento marítimo anual entre los países de Ultramar y Francia, cuatro son trasportados por barcos franceses; el resto, es decir, los tres cuartos, por buques extranjeros. Y, por tanto, estos buques extranjeros no cobran nada de los once millones de primas que el Gobierno está obligado á conceder anualmente á nuestra marina mercante para salvarla de una ruina total que su incuria y su incapacidad harían inevitable.

Los astilleros alemanes, aunque no cesan de aumentar en número é importancia, no pueden satisfacer los pedidos y producen anualmente más de 165.000 toneladas, mientras que nosotros apenas llegamos á 40.000.

Nuestros astilleros no viven, por otra parte, más que de los pedidos del Estado. Nadie más que él puede soñar en hacer pedidos, puesto que á causa de su fabricación anticuada, de su personal rutinario é inútil, sus precios de coste son un 50 ó 60 por 100 superiores á los ingleses y alemanes. Y á pesar de estos precios tan elevados, nuestros constructores piden para entregar sus navíos cuatro veces más tiempo que los ingleses, dos veces más que los alemanes.

Cuestan horriblemente caros al Estado los raros barcos que construimos. Sin las primas con las que se colma á sus constructores, éstos no construirían sin duda ni uno solo. Durante la expedición á Madagascar, fué necesario alquilar barcos ingleses para trasportar nuestro material. El Estado hace lo que puede para elevar nuestra marina; pero, ¿cómo haría para mudar el modo de ser de nuestros industriales? Según las cifras dadas á la Cámara por el Ministro de Comercio en la sesión del 29 de Octubre de 1901, las primas pagadas por el Estado se elevan para ciertos veleros á 75.000 francos por año, lo que da para un capital de 500.000 francos un dividendo de un 31 por 100. He aquí algunos extractos del discurso del mismo Ministro:

«Los trabajos de la comisión extraparlamentaria de 1896, permiten reconocer cuán profundo es el mal que sufre nuestra marina mercante. Todas las declaraciones han comprobado que nuestra flota mercante es muy inferior á la de las naciones vecinas, y que Francia ha llegado á no utilizar las enormes ventajas que parece asegurarle su situación geográfica.

»Nuestra marina mercante ha sido, pues, en estos últimos años un débil socorro para nuestro comercio; y las estadísticas demuestran que en 1900 la parte del pabellón francés en el movimiento de nuestros puertos ha sido del 20 por 100 solamente, mientras que la de los pabellones extranjeros era de 80 por 100. El resultado está anotado por la dirección de aduanas.

»Nuestra marina mercante ha dejado perder cerca de 5.000 millones á causa de lo reducido de su material, y nuestro comercio paga 370 millones por año, casi un millón por día, á las marinas mercantes extranjeras. *(Le Temps* del 30 de Octubre de 1901)».

Podemos, por lo menos, compensarnos comerciando con nuestras colonias. ¡Por desgracia, no! Rehusan aceptar nuestros productos, prefiriendo los artículos ingleses y alemanes. Estas colonias que nos ha costado tantos cientos de millones conquistar, no se sirven más que de casas de exportación de Londres, Brema, Hamburgo, Berlín, etc. Nunca nuestros comerciantes han llegado á comprender que un árabe, un chino, un canaco, un negro puedan tener diferentes gustos que un francés. Esta impotencia de representarse ideas diferentes que las suyas es, como ya hemos dicho, completamente característica de los latinos.

Aun con las colonias que están á nuestras puertas, no podemos lograr éxitos comerciales. Un periódico publicaba hace poco las siguientes reflexiones, acerca del comercio de Francia con la regencia de Túnez:

«Los azúcares vienen de Inglaterra, Austria y Alemania; el alcohol, de Austria; el algodón hilado, en gran parte, de Inglaterra, y otra parte más pequeña de Austria; los tejidos de algodón, hilo, cáñamo y lana, de Inglaterra; los tejidos de seda provienen de las Indias y de Alemania; la camisería, de Austria y de Inglaterra; las maderas, de América; las bujías, de Inglaterra y Holanda; el papel tiene origen inglés y austriaco; la cuchillería viene de Inglaterra; la vidriería de Austria; las botellas de Inglaterra; la relojería, de Alemania ó de Suiza; los juguetes, de Alemania; los productos químicos, de Inglaterra; los petróleos de Rusia.»

»¿Y de Francia? De Francia, los soldados y los funcionarios, siempre.»

Y, sin embargo, nos cuestan horriblemente caras en hombres y en dinero nuestras demasiado inútiles colonias. En su informe para el presupuesto de 1897, un diputado, M. Siegfried, hizo notar justamente que todas las colonias inglesas, con una superficie de 38.414.000 kilómetros y con 393 millones de habitantes, no cuestan á la metrópoli más que 62 millones, mientras que las nuestras con menos de 7 millones de kilómetros y 32 millones de habitantes cuestan mucho más. (1)

---

(1) Según el presupuesto publicado por el *Journal officiel*, de 26 de Febrero de 1901, los gastos militares coloniales y los que á el se refieren alcanzan ahora á 91 millones sin la Argelia que, administrativamente, no está considerada como colonia. Madagascar cuesta más de 29 millones por año; Indo-China igual cantidad. En estas cantidades no van comprendidas las subvenciones que distribuimos generosamente en nuestras diversas colonias, y que, por lo demás, no sabemos en qué medida: 840.000 francos á Guadalupe, 618.000 á la Martinica, 440.000, á la Reunion, 455.000 á nuestras pequeñas aldeas de la India, etc., etc. El gasto real de las colonias alcanza á 111 millones. Nosotros no las explotamos; son ellas las que nos explotan y con largueza. Nada hay más dificil para una nación poco poblada que ser á la vez una gran potencia militar y una gran potencia colonial. Puede ser lo uno y

Entendiéndolo bien, no es por la gloria de poseer colonias por lo que los ingleses gastan 62 millones en ellas. Estos 62 millones no son más que un adelanto muchas veces reembolsado por el comercio que hacen estas colonias con la metrópoli. Los únicos productos que los latinos han exportado hasta ahora en sus colonias son nutridos batallones de funcionarios y algunos artículos de lujo en cantidad insignificante, consumidos, por otra parte, casi únicamente por estos mismos funcionarios. El presupuesto definitivo de nuestras colonias es demasiado claro. Nos cuestan 110 millones por año y nos producen casi 7 millones. Esta es una operación completamente lamentable, desempeñada con gran estupefacción de los pueblos que admiran la persistencia en practicarla.

A todas las causas de nuestra decadencia comercial es necesario añadir además desgraciadamente los procedimientos poco escrupulosos de muchos de nuestros comerciantes, procedimientos que conocen demasiado los que viajan por el extranjero. Recuerdo que cuando estuve en las Indias me sorprendió ver en todas las botellas de Burdeos y de Cognac una pequeña etiqueta inglesa que indicaba que la botella había sido llenada por una casa de Londres que garantizaba la pureza del producto. Habién-

---

lo otro, pero nunca lo uno y lo otro. Nuestras colonias son la causa de que nuestra fuerza militar no pueda impedirnos estar á merced de la potencia que posea una marina superior á la nuestra. Esto se ha visto claramente á propósito del asunto de Fachoda. Nuestro dominio colonial no es más que una causa de extenuación y de peligros terribles é imprevistos. Además, nuestros procedimientos de administración latina exasperan á los indígenas que están siempre dispuestos á sublevarse. Para mantener con gran trabajo la paz en Argelia, cuya población árabe, sin embargo, está tan esparcida, nos vemos obligados á sostener allí tropas tan numerosas como el ejército europeo que bastó á los ingleses para mantener en una profunda tranquilidad 250 millones de indios, de los cuales 50 millones eran musulmanes, de igual modo irreductibles que los de Argelia, y que siempre recuerdan que la India conquistada antes por ellos, les pertenecía á finales del siglo último.

dome informado supe que las grandes casas de Burdeos y Cognac habían vendido durante largo tiempo productos de calidad tan inferior á los comerciantes ingleses establecidos en el extranjero, que estos últimos tuvieron que renunciar por completo á dirigirse directamente á ellas y preferían utilizar como intermediarios casas inglesas á las que compraban los productos en los mercados. Este hecho no extrañará á las personas que están al corriente del valor de los objetos que nuestros negociantes califican de «artículos de exportación».

Esta decadencia de la calidad de los productos no se observa únicamente sobre los que destinamos al extranjero, sino que alcanza más y más á los que vendemos en nuestro propio país, y esto es lo que explica el enorme éxito de la competencia extranjera. Tomemos un artículo bien definido, por ejemplo, los objetivos fotográficos que hoy son un producto de gran comercio. Un fotógrafo cualquiera os dirá que el objetivo inglés, y sobre todo el alemán, aunque costando tres ó cuatro veces más caro, ha hecho desaparecer casi enteramente del mercado el objetivo francés. ¿A qué obedece el éxito de esta competencia? Sencillamente á esto, á que todos los objetivos extranjeros de buena marca son buenos sin excepción y á que los nuestros no lo son más que excepcionalmente. El fabricante extranjero comprende que su interés está en no desprestigiar su marca y no pone á la venta los objetivos que no la acrediten. El fabricante francés no ha podido aún formarse esta concepción. Todo lo que fabrica, bueno ó malo, es necesario que se venda. Finalmente no desecha nada en absoluto. (1) La misma observación

(1) En un catálogo de los almacenes del *Louvre*, de artículos de viaje, de Junio de 1898, de cuatro categorías de objetivos fotográficos puestos en venta, tres están indicados como de fabricación alemana, y una sóla calidad de objetivos de marca francesa se propone al comprador y no se aplica más que á un aparato barato. El objetivo francés es casi invendible hoy, mientras que hace treinta años el objetivo alemán era el invendible.

puede hacerse para una multitud de productos, por ejemplo, las placas fotográficas.

Tomad las mejores marcas francesas, y en cada caja encontraréis infaliblemente una ó dos placas malas, procedentes de emisiones desechadas y que el fabricante francés ha deslizado en las cajas buenas, no pudiendo resignarse á desecharlas. Nada semejante sucede con las placas extranjeras. El fabricante inglés ó alemán no será quizás más honrado que el francés, pero comprende con mucha más intelgencia sus intereses. La conclusión inevitable será que en pocos años, á pesar de todas las reclamaciones de nuestros fabricantes por la sencilla fuerza de las cosas, la placa fotográfica extranjera sustituirá á la francesa, exactamente como ha sucedido al objetivo fotográfico.

El relajamiento de la probidad de nuestros comerciantes constituye un síntoma demasiado grave y que por desgracia se observa en todas las industrias y que no hace más que progresar. Bien en vano es que se acumulen los reglamentos para poner freno al fraude en todas las ramas del comercio. En París, por ejemplo, la policía casi ha renunciado á embargar los combustibles vendidos en sacos aplomados con pesos de garantía falsa. Invariablemente el peso es inferior en un 25 por 100 al indicado, y los tribunales no son bastantes para condenar. En uno de estos negocios, que se refería á una entrega de 25.000 kilos de carbón, faltaba la cuarta parte del peso. Los empleados del gran industrial que se entregaba á esta operación tuvieron que reconocer que se practicaba diariamente. En otros negocios análogos se comprobó que el dueño robaba una cuarta parte de la mercancía que tenía que enviar y el carretero otra cuarta parte.

Y desgraciadamente estas tendencias son cada vez más generales aun en los comercios servidos por hombres instruídos. En un informe inscrito en el *Officiel* del 23 de Diciembre de 1897, resumiendo los análisis hechos

por el laboratorio municipal durante tres años en los productos embargados en las farmacias, el relator hace notar que «el número de las preparaciones ó productos exentos de todo reproche llega apenas á un tercio».

§ III.—Causas de la superioridad comercial é industrial de los alemanes.

La superioridad industrial y comercial de los ingleses y sobre todo de los alemanes, está suficientemente demostrada y sería pueril quererla negar hoy día. Los alemanes saben perfectamente, por otra parte, á qué atenerse sobre este punto. He aquí cómo se expresa uno de sus escritores en una publicación reciente:

...«Ahora somos nosotros los que exportamos á París el artículo de París. ¡Cuánto han cambiado el tiempo y los papeles!

...»En Francia necesitan italianos para los desmontes, para los oficios duros y poco retribuídos. Necesitan alemanes, belgas, suizos para la industria, la banca, para el comercio en general.

»Por decenas de millar se cuentan los obreros franceses sin trabajo, y sin embargo, hecho bien significativo, el alemán que llega á París no está mucho tiempo con los brazos cruzados. ¡Cuántos hemos visto marchar á Francia! Todos han encontrado un empleo sin que podamos citar excepción alguna.

»Entre nuestros vecinos enviar un hijo al extranjero es el mayor lujo. Sólo algunas familias ricas se lo permiten. ¿Cuántos empleados franceses encontraréis entre nosotros ó en Inglaterra? ¿Cuántos sin otro medio de existencia que su sueldo? Para Alemania la cuenta se hace rápidamente, hay más de una docena.

»Cada año Francia cede el paso á tal ó cual nación en

tal ó cual artículo; del tercer puesto pasa al cuarto, del cuarto al quinto, sin ganar nunca el terreno perdido. El cuadro de las diferentes exportaciones del mundo entero durante los diez últimos años presenta un aspecto que asombra; creeríase asistir á una carrera en la cual Francia, agotada y mal montada, se dejas ealcanzar poco á poco por todos los competidores.

Cuando una nación que crece se codea con otra más deshabitada, que por tanto forma un centro de depresión, se establece una corriente de aire, vulgarmente llamada invasión, fenómeno durante el cual el Código civil se queda á un lado... Esto sucede á las naciones despobladas obligadas á juntar los codos». (1)

Haciendo alusión al autor de que acabo de reproducir algunos pasajes, M. Arthur Maillet se expresa así:

«Este alemán ha escrito frases que se presentan sin cesar á mi espíritu. Ha predicho que Francia llegará á ser una especie de colonia, administrada por funcionarios franceses y avalorada por industriales, comerciantes y agricultores alemanes. La primera vez que leí esta predicción, hace tres ó cuatro años, me pareció ser una sencilla injuria. Pero, mirándolo de cerca, he podido comprobar que estaba en más de tres cuartas partes realizada. ¿Lo dudais? Si es así, preguntad á los que tienen la experiencia de estas cosas, lo que llegarían á ser la industria y el comercio franceses si súbitamente todos los extranjeros se viesen obligados á salir de Francia. ¿Cuántas

(1) Los jóvenes «intelectuales» harán bien en meditar seriamente sobre las últimas líneas de esta cita. Con un poco más de intelectualismo acabarán por comprender que no pueden conservar la facultad de cultivar en paz el Yo que les es tan caro más que despreciando un poco menos su patria y respetando mucho más el ejército que es el único que puede defenderla. Como escribía el gran Federico: «Bajo la protección del arte militar es como las demás artes florecen... El Estado se mantiene mientras las armas le protegen.»

son las nuevas sociedades de que ellos no son los promovedores y de las que no manejan todos los resortes?»

Tratemos de explicarnos las causas que han dado á los alemanes tal superioridad, industrial y comercial en menos de treinta años.

Eliminemos desde un principio la razón, con tanta frecuencia repetida, de que el prestigio de sus victorias es lo que facilita su comercio. Este prestigio no influye absolutamente para nada.

Es por completo evidente, en efecto, que el comprador se cuida únicamente de la mercancía que se le entrega, y no de la nacionalidad del que la vende. El comercio es cosa individual y no nacional. Todos los pueblos pueden comerciar libremente en las colonias inglesas, y si los indígenas han preferido durante largo tiempo las mercancías inglesas, es simplemente porque eran más baratas y mejores para su gusto. Si comienzan ahora á preferir las mercancías alemanas, es evidentemente porque estas últimas les parecen más ventajosas. Así, pues, si el comercio alemán invade cada vez más el universo, no es porque los alemanes tengan un ejército poderoso; es sencillamente porque los clientes prefieren las mercancías alemanas. Los éxitos militares no tienen nada que ver en esta preferencia. Todo lo más que podría decirse en favor del influjo del régimen militar alemán, es que el joven que ha servido en el ejército adquiere allí cualidades de orden, regularidad, abnegación y disciplina que le sean muy útiles más tarde en el comercio.

El minada esta primera causa del influjo de la superioridad militar, es necesario buscar otras.

En primer término aparecen como siempre cualidades de raza. Pero antes de insistir sobre ellas debemos hacer observar, desde un principio, que la potenc a de los alemanes no se compone únicamente de su propia fuerza, sino también de nuestra debilidad.

Al estudiar los conceptos que constituyen el alma latina hemos mostrado las causas de esta debilidad. Nuestros lectores saben cómo las aptitudes de los pueblos latinos han sido creadas por su pasado y hasta qué punto estos pueblos sufren hoy los efectos de ese pasado. Saben el influjo de nuestra centralización secular, el de la absorción progresiva por el Estado destruyendo todas las iniciativas individuales, y haciendo ciudadanos incapaces de cumplir nada por sí mismos cuando están privados de dirección. Conocen también el terrible efecto de un sistema de educación que despoja á la juventud de los vestigios de iniciativa y de voluntad que la herencia les ha dejado, los lanza en la vida sin otros conocimientos que palabras y falsea su juicio para siempre.

Y para demostrar hasta qué punto la fuerza de los alemanes está en gran parte formada de nuestra propia debilidad, bastará con observar que nuestros industriales y nuestros comerciantes, en lugar de luchar contra ellos, son precisamente los propagandistas en Francia de sus productos. Estos hechos escapan á la estadística, pero revelan un estado de espíritu que creo mucho más grave aún que la apatía, que las disposiciones meticulosas y desconfiadas y que la falta de iniciativa que todos nuestros cónsules reprochan á nuestros industriales y comerciantes. No sólo renuncian cada día más á todo esfuerzo y á toda idea de lucha, sino que han llegado á dar armas á nuestros rivales vendiendo cada vez más exclusivamente sus productos. En muchas industrias, nuestros antiguos fabricantes han llegado á ser simples comisionistas, limitándose á revender con un gran beneficio, después de poner su nombre, el artículo que se procuran en Alemania. Así sucede, que en menos de veinte años las industrias en que Francia antes brillaba en primer lugar, tales como la de aparatos de fotografía, productos químicos, instrumentos de precisión y aun los artículos llamados de París, han pasado casi por completo á manos extranjeras.

Podría citar casas muy antiguas que ocupaban antes medio ciento de obreros y que hoy día no ocupan más que diez. Fabricar en París un simple objeto de precisión ha llegado á ser de una dificultad considerable. La dificultad será más insuperable cuando los antiguos fabricantes que hoy viven hayan desaparecido.

Evidentemente parece mucho más fácil vender un artículo fabricado que fabricarle uno mismo. Lo que es menos sencillo quizás es prever las consecuencias de esta operación. Son, sin embargo, bien claras.

El fabricante alemán que entrega á su competidor parisién un objeto del que este último está reputado como fabricante, y con el que realiza algunas veces un beneficio considerable, bien pronto se dice que toda la ventaja sería suya si vendiese en París, directamente al público, este mismo objeto con su propio nombre. Empieza primero por vender á varios comisionistas con su marca, lo que pone al francés en la imposibilidad de vender el mismo objeto con la suya, y le suprime al mismo tiempo una parte del beneficio. Entusiasmado por el éxito, el industrial extranjero se decide inmediatamente á abrir en París una casa de venta con su propio nombre. (1)

Desgraciadamente no son sólo las industrias de la fotografía, de los instrumentos de precisión y de los productos químicos las que han pasado á manos extranjeras. Los artículos llamados de París, vendidos en los grandes almacenes de confección, son cada día más alemanes. Los

(1) Y con frecuencia también una fábrica. Existen actualmente en París tres casas alemanas que venden objetivos. Una de ellas ha instalado en pleno París, para la fabricación de estos objetivos, un taller que cuenta con 200 obreros, venidos todos de Alemania, naturalmente, y que apenas bastan para atender los pedidos de los clientes franceses. Ahora que nuestros comerciantes é industriales se acomodan con sufrir la competencia extranjera, ¿ no podría respondérseles, que lo que sufren realmente es sobre todo su incapacidad y su apatía? París estará muy pronto consideraderada por los alemanes como la más productiva de sus colonias.

paños para trajes de hombre vienen cada vez más de Alemania é Inglaterra y se venden también cada día más por sastres extranjeros que van abriendo tiendas en todos los puntos de la capital. Casi todas las cervecerías que han remplazado á nuestros grandes restaurants están dirigidas por alemanes. Los extranjeros establecen entre nosotros librerías, almacenes de objetos de arte, de bisutería; ahora comienzan á especular en el comercio de sedas y de objetos de tocador de señoras. Si en la gran exposición universal de 1900 se hubiera advertido al jurado que eliminase todos los artículos extranjeros vendidos con marca francesa, nuestro trabajo habría sido quizás muy limitado. (1)

Sería demasiado severo arrojar la piedra á nuestros industriales y atribuir exclusivamente á su incapacidad y á su pereza lo que también en parte es consecuencia de otras causas. En efecto, está demostrado que las crecientes exigencias de los obreros, favorecidas por la benevolencia de los poderes públicos, y además los enormes impuestos que arruinan nuestras industrias, contribuyen, tanto como la imperfección é insuficiencia de nuestra fabricación y la elevación de nuestros precios de fábrica, á la imposibilidad de luchar con nuestros competidores. Es muy explicable que el patrono, hostigado y molestado, acabe por renunciar á fabricar artículos que puede procurarse con precios inferiores de reventa. Cierra entonces sus talleres y desciende al papel de simple revendedor. Sin duda, si tuviera otras aptitudes hereditarias haría como sus colegas ingleses ó americanos que también se encuentran en presencia de las exigencias de los obreros y de la competencia, pero que gracias á su energía y al perfeccionamiento diario de su fabricación luchan sin dema-

(1) En mi calidad de miembro del jurado de admisión de objetos de precisión, pensé proponer esta eliminación, pero se me rogó renunciase á tal proyecto, cuya realización hubiera levantado demasiadas protestas por parte de los expositores.

siada desventaja con sus rivales alemanes. Por desgracia para nuestros industriales les faltan todas las cualidades de carácter que aseguran la superioridad en tal lucha. En el fondo de todos los problemas sociales aparece siempre esta cuestión dominante de la raza, reguladora suprema del destino de los pueblos. ¡Todos los hechos que hemos enumerado en este capítulo son actuales, pero cuán lejanas sus causas!

El sistema de centralización al que desde hace algún tiempo están sometidos los alemanes, les conducirá algún día, sin duda, también á ellos, como ya lo hice notar en otra parte, al punto en que estamos hoy: pero mientras tanto, benefician las cualidades creadas por su pasado, cualidades poco brillantes, pero sólidas y que se encuentran por completo en relación con las nuevas necesidades nacidas de la evolución de las ciencias, de la industria y del comercio.

Lo que hemos dicho de sus éxitos industriales y comerciales en el precedente párrafo hace ya presentir las causas de estos éxitos. Lo comprenderemos mejor todavía estudiando sus cualidades nacionales y el partido que de ellas sacan.

Las cualidades principales de los alemanes son la paciencia, la resistencia, la perseverancia, el hábito de observación y de reflexión y una gran aptitud para la asociación. Todas estas cualidades están muy bien desarrolladas por una maravillosa educación técnica. (1)

Estas son las causas más generales y al mismo tiempo

---

(1) Un industrial me hablaba recientemente de la sorpresa que le había producido, visitando una gran fábrica de electricidad alemana, el número de contramaestres y simples obreros que había oido calificar de «Sr. Doctor», «Sr. Ingeniero». Los alemanes no sufren como nosotros la plétora de licenciados y bachilleres sin empleo, porque siendo muy cuidadosa su educación técnica, la utilizan fácilmente en la industria, mientras que la educación puramente teórica de los latinos les hace aptos nada más que para profesores, magistrados ó funcionarios.

las más profundas de su éxito. Se traducen industrial y comercialmente del modo siguiente: perfeccionamiento constante de la fabricación industrial y de los productos, (1) fabricación de mercancías hechas á gusto del cliente y modificadas sin cesar según sus observaciones, puntualidad extremada en los encargos, envío al mundo entero de representantes inteligentes que conocen la lengua y las costumbres de los diversos países y exportadores de mercancías. Varias sociedades comerciales suministran sin cesar á sus asociados, por medio de numerosos agentes expedidos á todos los puntos del globo, los datos más precisos. El *Export verein*, de Dresde, ha gastado de 1885 á 1895 cerca de 500.000 francos en el envío de viajantes informadores. La *Société colonial allemande* posee una renta anual de 120.000 francos, suministrada por las cotizaciones de sus miembros, y con 249 representantes en el extranjero. La unión de los empleados de comercio residente en Hamburgo tiene 42.000 miembros y coloca un millar de empleados por año.

La mayor parte de las mercancías destinadas á la exportación salen por el puerto de Hamburgo, cuyo comercio se ha decuplicado desde 1891, excede hoy á Liverpool por el tonelaje de sus barcos, mientras Marsella y el Havre declinan de año en año. Allí se encuentran numerosos agentes de exportación representando los intereses de los fabricantes y poniéndolos en relación con los com-

(1) Se ha dicho que varias fábricas alemanas poseen hasta ochenta químicos, algunos de los cuales no se dedican más que á investigaciones teóricas, continuadas en seguida por otros químicos que tratan de sacar de ellas una aplicación industrial. Los industriales alemanes están al acecho de todas las invencioness nuevas y tratan de perfeccionarlas al instante. Algunos días después de publicarse la invención del telégrafo sin hilos, una casa de Berlín fabricaba el aparato completo, comprendido el Morse por 200 marcos.

Yo he tenido el instrumento entre las manos y comprobado que las grandes dificultades de rayado que presenta su parada habían sido admirablemente salvados.

pradores. Tienen en sus almacenes muestras de todos los artículos, en los que hacen que los fabricantes modifiquen sin cesar la forma y la naturaleza, según los datos que reciben de los puntos más lejanos del globo.

Los resultados que todas estas asociaciones obtienen son considerables y rápidos. En un informe de 1894, un cónsul americano, M. Monagan, dá como ejemplo los negocios realizados en Bosnia por la sucursal en Sofía de una de las sociedades de que hablo más arriba. Después de haberse tomado el trabajo de fabricar un almanaque búlgaro, de enviar cerca de 200.000 cartas ó prospectos, de gastar cerca de 100.000 francos en comisionistas, obtenía desde el primer año 10 millones de pedidos, y reducía al mismo tiempo el comercio de todos sus competidores en proporciones inmensas.

No sin dificultad se llega á tales resultados; pero el alemán no retrocede nunca delante del trabajo. En oposición al industrial francés, estudia con el mayor cuidado los gustos, los hábitos, las costumbres, en una palabra, la psicología de sus clientes, y las notas que anualmente publican las sociedades de que hablaba contienen acerca de esto los datos más precisos. M. Delines, resumiendo un informe del profesor Yanjoul, ha demostrado con qué minuciosidad los investigadores alemanes estudian la psicología de los pueblos con los que sus negociantes deben comerciar. Para los rusos, por ejemplo, se indica sus gustos, la necesidad de beber té con ellos antes de tratar ningún negocio, después se examinan los objetos que se les pueden vender, especificando en los mejores «venta absolutamente buena». En el libro *Export Haud-Adressbuch*, que está en las manos de todos los comerciantes alemanes, se encuentran indicaciones características del género de las siguientes:

«Los chinos están acostumbrados á preparar su comida en vasijas de hierro con paredes muy delgadas; el arroz se cuece pronto, pero la cacerola se quema en poco tiem-

po y es preciso reemplazarla con frecuencia. Una casa inglesa, para desafiar toda competencia, expidió, á China un lote de pucheros de hierro más grueso, más resistentes y que vendía á precios más bajos. Los chinos al principio se dejaron seducir y los pucheros de hierro se vendieron en muy poco tiempo. Este éxito fué de breve duración, porque la venta se detuvo de pronto al cabo de algunos días. La razón era lógica; el combustible cuesta muy caro en China; las cacerolas inglesas eran muy gruesas, el arroz cocía más lentamente y, en definitiva, venían á costar un precio mucho más elevado que los antiguos de hierro, en los que el arroz se cocía á escape. Los chinos volvieron á sus antiguos utensilios de un uso mucho más económico.»

Si entramos aquí en tales pormenores, es para demostrar bien de qué elementos se componen hoy los éxitos de los pueblos. Mirados separadamente, estos elementos parecen pequeños. El total es lo que constituye su importancia y ésta es inmensa. El giro de espíritu gracias al cual un alemán se preocupa seriamente del modo cómo un chino hace cocer su arroz, debe parecer demasiado despreciable para un latino preocupado de grandes cuest ones como la revisión de la constitución, la separación de la Iglesia y el Estado, la utilidad de la enseñanza del griego, etc., etc. Es necesario, por tanto, que los latinos lleguen á persuadirse de que su papel en el mundo estará muy pronto terminado y que desaparecerán totalmente de la historia, si no se resignan á abandonar sus inútiles discusiones teóricas, su vana y sentimental fraseología, para ocuparse de estas pequeñas cuestiones prácticas en las que hoy reposa la vida de los pueblos. Ningún gobierno puede darle lo que le falta. Es en ellos mismos y no fuera de ellos donde deben buscar apoyos.

¿Puede suponerse que la aplicación de las doctrinas socialistas remediaría el estado de cosas que hemos señalado en este capítulo? En una sociedad socialista, todavía

más reglamentada que la nuestra, ¿se desenvolvería este espíritu de iniciativa y esta energía tan necesaria hoy y que tanta falta hace á los latinos? Cuándo el Estado colectivista dirija todo, fabrique todo, los productos, ¿serán mejores ó menos costosos, su exportación más fácil, la competencia extranjera menos temible? Se necesitaría en verdad ignorar las leyes generales de la industria y del comercio para creerlo. Si la decadencia es tan profunda en los pueblos latinos, se debe, por el contrario, en gran parte á que el socialismo del Estado, desde hace ya largo tiempo, ha hecho inmensos progresos entre ellos y á que son incapaces de emprender nada sin el apoyo perpetuo del gobierno. Bastará hacer la conquista social más completa para acentuar más la decadencia.

CAPÍTULO IV

Las necesidades económicas y el aumento de las poblaciones.

§ I. *El desarrollo actual de la población en los diversos países y sus causas.*—Complejidad real y sencillez aparente de los fenómenos sociales.—El problema de la población.—Ventajas é inconvenientes que el aumento de la población presenta según los países.—Errores psicológicos de los estadistas.—Los pueblos numerosos son mucho más temibles por su industria y su comercio que por sus cañones.—Causas de la disminución de la población en ciertos países.—Por qué esta disminución tiende á llegar á ser general en todos los países.--Influjo de la comodidad y del espíritu de previsión.—§ II. *Consecuencias del aumento ó de la reducción de la población.*--Débil papel del número en la historia antigua y moderna de los pueblos.—Las fuentes de la potencia de un país son la agricultura, la industria, el comercio y no el número de sus soldados.—Peligros que para Francia presentaría el aumento de su población.—Por qué el exceso de población no tiene inconvenientes en Inglaterra y Alemania.—Condiciones en las que la emigración llega á ser ventajosa para un pueblo.—Condiciones en que es perjudicial.—Desastres producidos por el aumento de población en ciertos países.—Ejemplo de la India.—Dificultades que la evolución económica actual del mundo creará muy pronto en los pueblos industriales demasiado numerosos.—Ventajas que dentro de poco presentará para Francia la débil cifra de su población.

§ I.—El desarrollo actual de la población en los diversos países y sus causas.

Los fenómenos sociales se presentan siempre con este doble carácter: de parecer muy sencillos y de ser en rea-

lidad de una complicación extrema. Los remedios de los males que sufrimos parecen de un empleo muy fácil, pero desde que se los quiere aplicar, se descubre inmediatamente que las necesidades invisibles que nos cercan limitan estrechamente la esfera de nuestra acción. La vida colectiva de un pueblo es un tejido formado de innumerables mallas; no se puede tocar á una de ellas sin que la acción producida repercuta pronto en todas las demás.

Tomando separadamente uno á uno todos los pequeños problemas de que se compone el gran problema social, es como se ve aparecer la formidable complicación de este último, y cuán quiméricos son los remedios que las almas sencillas no cesan de proponer cada día.

Vamos á encontrar una nueva prueba de esta complejidad de los problemas sociales examinando una de las cuestiones más estrechamente unidas al progreso del socialismo. Quiero hablar de las relaciones que existen entre el desarrollo de la población y las necesidades económicas que vemos aumentar cada día.

En nuestros últimos capítulos hemos intentado evidenciar estos dos puntos fundamentales: el primero, que la evolución industrial y económica del mundo reviste un carácter por completo diferente al de los siglos pasados; el segundo, que los pueblos que poseen ciertas aptitudes especiales, de una utilidad antes bastante débil, deben, cuando estas aptitudes llegan á ser aplicables, elevarse á un rango superior.

La evolución industrial y económica del mundo, cuya aurora percibimos, ha coincidido con circunstancias diversas, que han provocado en la mayor parte de los pueblos un aumento rápido de su población.

¿Podemos decir, en presencia de las necesidades económicas actuales, que este aumento presenta ventajas ó inconvenientes? Vamos á ver cómo la respuesta debe variar según el estado de los pueblos en que se manifiesta este fenómeno.

Cuando un país presenta una gran superficie de territorio, poco poblada, como los Estados Unidos y Rusia, ó como Inglaterra gracias á sus colonias, el aumento de su población presenta, al menos durante un cierto tiempo, ventajas evidentes. Así sucede aun en países suficientemente poblados, teniendo pocas colonias y no teniendo razón alguna para enviar, á las que poseen, habitantes muy dotados para la agricultura, muy poco para la industria y el comercio exterior. No lo pensamos, y nos parece, por el contrario, que tales países obran muy cuerdamente no intentando aumentar su población. Habiendo comenzado la evolución económica que hemos descrito, esta abstención es el único medio que poseen de evitar una sombría miseria.

No es esta, como sabemos, la opinión de los estadistas.

Habiéndose comprobado que la población de la mayor parte de los países de Europa progresa rápidamente, mientras que la de Francia queda casi estacionaria, habiendo observado que teníamos 33 nacimientos en 1800, por cada 1.000 habitantes, 27 en 1840, 25 en 1880 y 22 en 1895, no cesan de llenar los periódicos y las sociedades sabias con sus lamentaciones. El Estado—siempre el Estado—debe apresurarse, según ellos, á intervenir. Son medidas extravagantes: impuesto á los solteros, primas á los padres de familias numerosas, etc., las que proponen para remediar lo que consideran como un desastre y lo que nosotros consideramos, dada la situación de nuestro país, como un beneficio, y, en todo caso, una necesidad resultante de causas en vista de las cuales todas las medidas propuestas tienen un carácter de puerilidad y de ineficacia evidentes.

Todos estos buenos estadistas creen que el número de hijos de una familia puede fijarse por las fantasías de un legislador. No dudan de que las familias críen tantos hijos como puedan y de que tienen razones completamente formales para no educar más.

Por otra parte, el único inconveniente que los estadistas han podido descubrir en este estado estacionario de nuestra población es que los alemanes, teniendo muchos más hijos, tendrán pronto, por lo tanto, muchos más reclutas que nosotros y podrán más fácilmente invadirnos. No considerando la cuestión más que desde este punto de vista tan singularmente estrecho, puede decirse que el peligro que se juzga suspendido sobre nuestras cabezas es bastante débil. Los alemanes nos amenazan mucho más con su industria y con su comercio que con sus cañones, y es necesario no olvidar que el día que ellos sean bastante numerosos para intentar con éxito una invasión guerrera, estarán amenazados de la misma invasión por los 130 millones de rusos colocados detrás de ellos, puesto que los estadistas admiten la hipótesis de que los pueblos más numerosos deben necesariamente invadir los menos numerosos.

Es muy probable que en la época en que los alemanes puedan reunir multitudes capaces de invadir un pueblo cuya historia no permite desconocer sus aptitudes guerreras, Europa se haya curado de la ilusión de que el poder de los ejércitos no se mide sólo por su número. La experiencia habrá demostrado, conforme á las juiciosas previsiones del general alemán von der Golz, que estas hordas de soldados semidisciplinados, sin educación militar real, sin resistencia posible, de que se componen los ejércitos actuales, serán á escape destruídas por un pequeño ejército de soldados profesionales aguerridos, como en otra época los millones de hombres de Jerges y de Darío fueron derrotados por un puñado de griegos disciplinados y acostumbrados á todos los ejercicios y á todas las fatigas.

Cuando se examinan las causas de la disminución progresiva de nuestra población se ve por una parte que es la consecuencia, poco más ó menos invariable en todas las edades, del aumento del espíritu de previsión engen-

drado por la comodidad. Sólo los que poseen sueñan en conservar y asegurar algunos recursos á sus descendientes, cuyo número intencionalmente limitan.

A esta razón determinante, cuyos efectos fueron observados en todas las épocas y notablemente en el apogeo de la civilización romana, han venido á sumarse causas especiales en la edad actual, las principales de las cuales son: la evolución de la industria que, por el perfeccionamiento de las máquinas, limita el número de brazos útiles, y la ausencia de espíritu colonizador que reduce la extensión de nuestros mercados exteriores y nos deja recargados en el interior por un excedente de población.

Estos datos no son exclusivos para Francia, puesto que se observan en países habitados por razas muy diferentes. Los Estados Unidos pueden colocarse seguramente entre los países más prósperos y, sin embargo, los estadistas han debido, no sin estupor, comprobar la misma reducción en el aumento de la población que en Francia. Su natalidad general actual es de un 26 por 1.000, es decir, apenas superior á la nuestra; en 10 provincias de los Estados Unidos es aún inferior, puesto que varía del 16 al 22 por 1.000. No hay que invocar en estos países ni el influjo del servicio militar obligatorio, que allí no existe, ni el del alcohol cuya venta está prohibida, ni las disposiciones del Código, puesto que la libertad de testar es absolutamente perfecta, lo cual quiere decir que el padre no tiene que reducir el número de sus hijos para evitar el tener que dividir demasiado su fortuna. Un descenso análogo en la natalidad se observa igualmente en Australia, donde ha bajado de 40 nacimientos por 1.000 hace veinte años á 30 hoy día.

Todos estos hechos demuestran categóricamente la pobreza de los argumentos de los estadistas para explicar lo que llaman el peligro de nuestra despoblación.

La misma lentitud en el aumento de la población se observa en casi todas partes, hasta en los países en que

el aumento se ha mostrado con más intensidad durante un momento.

En Alemania la natalidad que era de un 42 por 1.000 en 1875, ha descendido progresivamente veinte años más tarde, á 36. En Inglaterra, de 36 á 29 en el mismo período. La pérdida es mucho más grande que en Francia, puesto que durante el mismo tiempo la natalidad no ha descendido en este último país más que de 25 á 22. Ambos pueblos pierden, pues, gradualmente su ventaja sobre nosotros y es muy probable que acabarán por perderla completamente.

§ II.--Consecuencias del aumento ó baja de la población en los diferentes países.

Hemos visto en lo que precede, que el descenso del progreso de la población tiende á manifestarse en todas partes, y que no es con el número con lo que nuestros rivales nos amenazarán muy pronto.

Admitamos, sin embargo, que la delantera que hoy nos llevan no la pierdan, y veamos si la elevación de la cifra de su población puede constituir un peligro serio para nosotros.

Ciertamente parecería, al oir las quejas de estos estadistas, bien calificados por el *Economiste français* de «jacobinos atolondrados», en los que en verdad el espíritu parece ser singularmente estrecho, que es el número lo que constituye la superioridad de los pueblos.

Así, pues, una rápida ojeada sobre la historia, prueba, con el ejemplo de los egipcios, griegos, romanos, etc., que el número no ha desempeñado en toda la antigüedad más que un papel muy secundario. ¿Es preciso recordar que con 100.000 hombres bien instruídos triunfaron los griegos de los millones de hombres de Jerges, y que los romanos no tuvieron nunca más de 400.000 soldados dise-

minados en un imperio que desde el Océano hasta el Eufrates tenía mil leguas de largo por quinientas de ancho?

Y sin remontarnos á tan lejanas épocas ¿podemos admitir que el número haya desempeñado, en los tiempos modernos, un papel más considerable que en la antigüedad? Nada nos autoriza á pensarlo. Sin hablar de los chinos que, bajo el punto de vista militar parecen bien poco temibles, á pesar de sus 400 millones de hombres, ¿no sabemos que bastó á los ingleses un ejército de 65.000 hombres para mantener bajo yugo 250 millones de indostanes, y á Holanda un ejército mucho menor para dominar 40 millones de súbditos asiáticos? Alemania misma, ¿se cree seriamente amenazada porque á sus puertas tenga un inmenso imperio civilizado cuya población es tres veces más superior á la suya?

Dejemos á un lado estas creencias pueriles y recordemos que lo que nos amenaza realmente es la capacidad industrial y comercial de nuestros competidores y no su número. Las tres fuentes reales del poder de un país son la agricultura, la industria y el comercio, y no los ejércitos.

No es admisible, afortunadamente, que todas las recriminaciones de los estadistas hayan dado por resultado aumentar en un solo individuo el número de los habitantes de nuestro país. Felicitémonos de la completa inutilidad de sus discursos. Supongamos que un Dios irritado quisiera hacer caer sobre Francia la más terrible de las calamidades. ¿Cuál podría escoger mejor? El cólera, la peste ó la guerra? No, en verdad, porque éstas son males pasajeros. No tendría más que duplicar la cifra de nuestra población. Esto sería, dadas las condiciones económicas actuales del mundo, las disposiciones psicológicas y las necesidades de los franceses, un desastre irremediable. Veríamos en poco tiempo sangrientas revoluciones, una miseria sin esperanzas, el triunfo asegurado de los socia-

listas, seguido de guerras permanentes y de no menos permanentes invasiones.

Pero ¿por qué en otros países como Inglaterra y Alemania, el exceso de población no tiene tales inconvenientes? Sencillamente, por una parte, porque estos países parecen colonias, en que se derrama el excedente de su población, y de otra, porque la emigración tan absolutamente antipática á los franceses, está allí considerada como cosa muy deseable, áun cuando no constituya para ellos una necesidad por completo imperiosa.

El gusto por la emigración y la posibilidad de satisfacerlo es lo que permite á un pueblo aumentar notablemente su población. Consecuencia, ante todo de un excedente de población es la tendencia á emigrar de que á su vez llega á ser causa y que contribuye á aumentar más aún este excedente. El célebre explorador Stanley ha puesto muy bien este punto en claro, en una carta publicada por un periódico respondiendo á una cuestión que se le había dirigido. Hace notar que solamente el día en que una población excede de cierta cifra por milla cuadrada es cuando comienza la emigración. La Gran Bretaña tenía 130 habitantes por milla cuadrada en 1801; así que llegó á 224 habitantes por milla cuadrada, es decir en 1841, comenzó un movimiento de emigración que se acentuó rápidamente. Cuando Alemania vió llegar su población á la misma cifra de 224 por milla cuadrada, necesitó, á su vez, buscar colonias (1). Italia pudo esperar más largo tiempo á causa de la extremada sobriedad de sus habitantes, pero habiendo llegado su población á alcanzar la cifra de 253 habitantes por milla cuadrada tuvo que sufrir la ley común y tratar de abrirse mercados fuera.

---

(1) Cito las cifras en medidas inglesas según Stanley. He aquí cuál es la población actual de los diferentes países de Europa por kilómetro cuadrado (según el *Annuaire du bureau des longitudes*, para 1898; Inglaterra, 117; Italia, 110; Alemania, 99; Francia, 73; España, 36.

No alcanzó casi éxito en esta tentativa tan difícil para los latinos, y gastó inutilmente doscientos millones en Africa para no lograr más que humillantes derrotas. Pero, bajo pena de una ruina inevitable hacia la cual camina, por lo demás, á grandes pasos, necesitaría reanudar sus tentativas. El verdadero peligro que amenaza á Italia y que la destina para dentro de poco á las revoluciones y el socialismo, es que está demasiado poblada. Como siempre la miseria es demasiado fecunda (1).

Francia, mucho menos poblada, no tiene necesidad alguna de emigración, hace notar Stanley, y gasta muy equivocadamente la fuerza viva de su juventud en el Tonkin, Madagascar, Dahomey—donde no emigran más que funcionarios de un sostenimiento demasiado costoso—cuando sobre todo posee á sus puertas la Argelia y Túnez sin conseguir poblarlas (2). Estas comarcas no tienen, en efecto, más que 25 habitantes por milla cuadrada, de los que únicamente una pequeña proporción son franceses.

Stanley tiene razón por completo y ha señalado muy bien el nudo del problema. Sus conclusiones son análogas á las indicadas anteriormente por uno de sus compatriotas, Malthus. Este demostró muy claramente que hay una estrecha relación entre la población de un país y sus medios de subsistencia y que, cuando el equilibrio se rom-

---

(1) La miseria es siempre fecunda porque es imprevisora. ¿Se puede verdaderamente tener alta opinión de la moralidad de los individuos que tienen muchos hijos que no pueden alimentar y tener por ellos muchas simpatías? No lo creo y estoy más próximo á la opinión de John Stuart Mill que decía: «No puede esperarse casi nada de que la moralidad haga progresos mientras no se considere á las familias numerosas con el mismo desprecio que la embriaguez ó cualquier otro exceso corporal». Esta reflexión no se aplica, bien entendido, más que aquellos que no están en estado de educar los hijos que echan al mundo.

(2) Conquistada Argelia hace setenta años, según el censo de 1901, contiene, con una población de 4.739.000 habitantes 364.000 franceses de origen y 317.000 extranjeros (de los cuales 155.000 son españoles y 57.000 judíos). Posee poco más de cuatro millones de árabes. Estos se han duplicado en menos de cincuenta años.

pe, el hambre, la guerra y las epidemias de todas clases caen sobre el pueblo que llega á ser demasiado numeroso y determinan una mortalidad que restablece prontamente el equilibrio.

Los ingleses han podido comprobar la justicia de esta ley. Cuando, después de numerosas guerras, mortíferas para los vencidos, terminaron la conquista del gran imperio de las Indias y subyugado 250 millones de hombres bajo su ley, hicieron imposibles las luchas entre los diversos soberanos y establecieron en la Península una paz profunda, los resultados fueron rápidos. La población aumentó en inmensas proporciones—treinta y tres millones de 1881 á 1891—y muy pronto dejó de estar en relación con los medios de subsistencia. No pudiendo reducirse con guerras, puesto que estas guerras están prohibidas, tiende á reducirse, siguiendo la vieja ley de Malthus, por hambres periódicas, que hacen morir varios millones de hombres, y por epidemias casi tan desastrosas. Los ingleses, que no pueden nada contra las leyes naturales, asisten con filosofía á estas hecatombes, cada una de las cuales destruye más hombres que todas la guerras de Napoleón reunidas.

Como se trata de orientales, Europa permanece indiferente á este espectáculo. Debería, por lo menos, fijar su atención, á título de demostración, esperando lo que sucederá muy pronto á Italia. Los estadistas podrían deducir esta lección: que no tienen gran razón al predicar la multiplicación á ciertos pueblos, á los que de ese modo lanzarían en un camino de desastres, si sus frases produjeran el efecto que esperan.

¿Podemos suponer que, con la próxima evolución económica que hemos descrito, los pueblos demasiado numerosos, en lo futuro, con el exceso de su población, obtendrán ventajas con las cuales podremos contar hoy? Bien claro está, por el contrario, que este excedente les será muy funesto y que en lo venidero, la suerte más di-

chosa está reservada á los países menos poblados, es decir, á aquellos cuya población no exceda de la cifra de hombres que puede mantener con los fondos de subsistencias que produce su territorio. En el capítulo consagrado á la lucha económica entre el Oriente y el Occidente, vimos que á causa del desarrollo exagerado de su población, la mayor parte de los países europeos no pueden producir lo necesario para alimentar á sus habitantes y están reducidos á ir á comprar á Oriente su enorme déficit alimenticio anual. Estas materias alimenticias hasta aquí las han pagado con mercancías fabricadas para los orientales; pero como éstos han llegado á producir las mismas mercancias á precios de venta veinte veces más pequeños que los de Europa, el comercio entre Oriente y Occidente tiende á reducirse cada día.

Los pueblos que no vivan más que de su comercio y de su industria y no de su agricultura, se verán más pronto amenazados. Los que, como Francia, son agrícolas, y producen casi lo suficiente para el consumo de sus habitantes, y pueden, en último recurso pasarse sin comercio exterior, estarán en una situación infinitamente mejor y sufrirán mucho menos la crisis que amenaza cada vez más á Europa y que precipitará muy pronto el triunfo de los socialistas.

LIBRO SEXTO

EL CONFLICTO ENTRE LAS LEYES DE LA EVOLUCIÓN LAS IDEAS DEMOCRATICAS Y LAS ASPIRACIONES SOCIALISTAS

CAPÍTULO PRIMERO

Las leyes de la evolución, las ideas democráticas y las aspiraciones socialistas.

§ I. *Relaciones de los séres con sus medios.*—La existencia de todos los séres está condicionada por sus medios.—Importancia de las trasformaciones que estos medios producen y su lentitud.—Por qué las especies parecen inmutables.—Los medios sociales.—Cambios bruscos producidos en estos medios por los descubrimientos modernos y dificultades para el hombre de adaptarse á ellos.—§ II. *El conflicto entre las leyes naturales de la evolución y las concepciones democráticas.*—Oposición creciente entre nuestras concepciones teóricas del mundo y las realidades establecidas por la ciencia.—Dificultades de las ideas democráticas de conciliarse con las nuevas nociones científicas.—Cómo se resuelve en la práctica el conflicto.—Las democracias están amenazadas finalmente de favorecer todas las superioridades.—Formación de castas en el régimen democrático.—Ventajas y peligros de las democracias.—Las costumbres financieras de la democracia americana.—Por qué la venalidad de los políticos americanos no presenta más que débiles inconvenientes sociales.—Las ideas democráticas y los sentimientos de las multitudes.—Los instintos de las multitudes no son democráticos.—§ III. *Conflicto entre las ideas democráticas y las aspiraciones socialistas.*—Oposición entre los principios fundamentales de las democracias y las ideas socialistas.—La suerte de los débiles en las democracias.—Por qué no ganarán nada con el triunfo de las ideas socialistas.—Odio del socialismo por la libre competencia y la libertad.—El socialismo es actualmente el más temible enemigo de la democracia.

§ I.—Relaciones de los séres gon sus medios.

Los naturalistas han demostrado hace largo tiempo

que la existencia de todos los séres está rigurosamente condicionada á los medios en que viven, y que una modificación muy ligera de estos medios basta, con la sencilla condición de que se prolongue, para trasformar enteramente sus habitantes.

El proceso de estas trasformaciones es hoy perfectamente conocido. La embriología de los seres, que repite la série de las evoluciones ancestrales, nos muestra los cambios profundos experimentados durante la sucesión de las edades geológicas.

Para que estas trasformaciones se produzcan, no es preciso que las variaciones de los medios sean muy grandes; hace falta simplemente que su influjo sea muy prolongado. Una variación demasiado grande ó demasiado rápida conduciría á la muerte y no al cambio. Un descenso ó una elevación de temperatura de algunos grados, continuada durante varias generaciones, basta para trasformar enteramente la fauna y la flora de una región, por lenta adaptación.

En un trabajo reciente, M. Quintón presenta un ejemplo interesante de los cambios producidos por simples variaciones de temperatura:

«En vista del enfriamiento del globo, dice este autor, los séres organizados tienden á mantener artificialmente en sus tejidos la alta temperatura exterior primitiva. La importancia de esta tendencia es capital. Ya sabemos que es la que determina en los vertebrados, la evolución del aparato reproductor y correlativamente del aparato óseo. Igualmente trasmite la modificación á todos los demás aparatos orgánicos y por consecuencia la misma evolución.

»Esto resaltará mucho más con una sencilla consideción *a priori*. Imaginémonos anatómicante un tipo esquemático primitivo y que sobreviene el enfriamiento del globo; la vida, entonces, tiende á mantener su alta tem-

peratura anterior. Este mantenimiento no puede obtenerse más que con una producción de calor operada en los tejidos, es decir, por una combustión. Toda combustión exige materiales combustibles y oxígeno; y he aquí determinado, para satisfacer ésto, el desarrollo de los aparatos digestivo y respiratorio. La obligación de llevar en los tejidos estos materiales y este oxígeno, obligación que crece con la combustión, trae consigo la evolución del aparato circulatorio. Del progreso de estos tres aparatos, al que se une el del aparato reproductor, resulta necesariamente el progreso del sistema nervioso. Por último, producir el calor no es más que un primer punto, es preciso conservarlo, y he aquí el papel encomendado al aparato tegumentario. Pero, creciendo el enfriamiento del globo, la diferencia térmica que hay que conservar entre los dos medios, animal y ambiente, aumenta. Una combustión más viva, una organización, por tanto, más perfecta, se encuentran incesantemente solicitadas. Así vemos cómo, á causa del enfriamiento del globo, el esfuerzo muy natural que hace que la vida tienda á la conservación de las condiciones primeras de su fenómeno químico, determine sin descanso la evolución de todos los aparatos orgánicos y les imponga *a priori* un perfeccionamiento. Para confirmar este aspecto teórico, basta con clasificar los diferentes grupos de animales según el orden de su aparición en el globo, y observar inmediatamente, según este orden, un progreso efectivo en cada uno de sus aparatos orgánicos.»

Lo que es verosímil para los medios físicos lo es igualmente para los morales, y sobre todo, para los sociales. Los seres vivos tienden siempre á adaptarse á los medios; pero, á causa del poder de la herencia, que lucha contra la tendencia al cambio, lo realizan con lentitud. Esto hace que las especies, cuando no se considera más

que su corta duración en los tiempos históricos, parezcan invariables. Lo son en apariencia, como lo es el individuo cuando no se le considera más que durante un momento. El trabajo lento que conduce de la juventud á la decrepitud y á la muerte no se detiene más que en este instante. Se ha realizado aunque no lo hayamos visto.

Todos los seres, pues, están condicionados por sus medios físicos ó morales. Si se encuentran en medios que cambian lentamente—y este es el caso general de los continentes y de los climas, así como el de las civilizaciones, —tienen tiempo de adaptarse. Cuando una circunstancia particular viene á modificar bruscamente el medio, la adaptación llega á ser imposible y el sér está condenado á desaparecer. Si á consecuencia de un trastorno geológico la temperatura del polo ó la del ecuador se estableciese en Francia, esta región perdería en dos ó tres generaciones el mayor número de sus habitantes y su civilización no podría subsistir en su estado actual.

Pero la geología no conoce estos bruscos cataclismos y hoy sabemos que la mayor parte de las trasformaciones cumplidas en la superficie del globo se han producido muy lentamente.

Esto mismo había sucedido, hasta ahora, con los medios sociales. Salvo el caso de destrucción por conquista, las civilizaciones se han trasformado siempre gradualmente. Muchas instituciones han perecido, muchos dioses han caido al polvo, pero los unos y los otros no han sido reemplazados más que después de un período de larga vejez. Grandes imperios han desaparecido, pero después de un lento período de decadencia, á la cual las sociedades como los seres no sabrán de sustraerse. El poder de Roma acabó por desaparecer delante de las invasiones de los bárbaros; pero esto sucedió muy progresivamente; y después de varios siglos de descomposición, fué cuando acabó por ceder su puesto; y en la realidad por medio de transiciones insensibles, en contra de lo que dicen

la mayor parte de los libros, es como el mundo antiguo se liga al moderno.

Por un fenómeno único hasta aquí en los anales del mundo, los descubrimientos científicos é industriales modernos, en menos de un siglo, han creado en las condiciones de existencia cambios más profundos que todos los registrados por la historia desde la época en que en las orillas del Nilo y en las mesetas de la Caldea el hombre bosquejaba los gérmenes de sus primeras civilizaciones. Las sociedades más antiguas, establecidas sobre ciertas bases que podían creer eternas, ven estas mismas bases conmoverse. Los medios han cambiado demasiado bruscamente para dar al hombre tiempo de adaptarse á ellos, de lo que resulta un trastorno considerable en los espíritus, un malestar intenso, una oposición general entre los sentimientos determinados por la herencia y las condiciones de existencia y de pensamiento creadas por las necesidades modernas. Por todos lados estallan conflictos entre las ideas pasadas y las modernas, nacidas de las nuevas necesidades.

Todavía no sabemos lo que resultará de todos estos conflictos y no podemos hacer más que señalarlos. Estudiando aquí aquellos que se relacionan con las cuestiones objeto de esta obra, vamos á ver cuán profundos son algunos de ellos.

§ II.—Conflicto entre las leyes naturales de la evolución y las concepciones democráticas.

Entre los conflictos que la hora próxima nos prepara y la presente ve ya nacer, uno de los más manifiestos será quizá la oposición creciente que existe entre las concepciones teóricas del mundo creadas anteriormente por nuestra imaginación y las realidades que la ciencia ha concluido por demostrar claramente.

No es solamente entre las concepciones religiosas, en que nuestra civilización está todavía basada y las concepciones científicas debidas á los descubrimientos modernos, entre las que hay contradicción evidente. Esta antigua divergencia no choca ya y el tiempo ha disminuído las asperezas. En las nuevas doctrinas científicas y en las concepciones políticas, es en las que los pueblos modernos apoyan sus instituciones y entre las que se establece el antagonismo.

Cuando los hombres de la Revolución, guiados por los sueños de los filósofos, hicieron triunfar sus ideas humanitarias é inscribieron en los frontones de los edificios las palabras Igualdad, Libertad y Fraternidad, que sintetizaban estos sueños, las ciencias modernas no habían nacido. Podían, pues, invocar, sin que ninguna contradicción fuese posible, el estado natural, la bondad primitiva del hombre, su perversión por las sociedades, y funcionar como si las sociedades fueran cosas artificiales, que los legisladores pueden reconstruir á su capricho.

Pero las nuevas ciencias han venido á hacer aparecer la vanidad de tales concepciones. La doctrina de la evolución, sobre todo, les ha conmovido poderosamente, mostrando por todas partes en la naturaleza una lucha incesante, terminada siempre por la destrucción de los más débiles, ley sangrienta, sin duda, pero generadora de todos los progresos y sin la cual la humanidad no hubiera salido de la barbarie primitiva y no hubiera dado nunca origen á ninguna civilización.

Que estos principios hayan podido parecer democráticos y que las democracias hayan podido conseguir acomodarse con ellos sin ver hasta qué punto les eran contrarias, (1) es uno de los fenómenos que sólo pueden comprender los pensadores, que habiendo estudiado la histo-

(1) La oposición entre las ideas democráticas y la ciencia comienza, sin embargo, á penetrar ya en los libros de enseñanza escrios por profesores de la Universidad. He aquí cómo se expresa uno

ria de las religiones, saben con qué facilidad las creyentes sacan de un texto sagrado las deducciones más contrarias á este texto y más inverosímiles. En efecto, nada hay más aristocrático que las leyes de la naturaleza. «La aristocracia, ha podido decirse con razón, es la ley de las sociedades humanas, como lo es, bajo el nombre de Selección, la ley de las especies». Estamos obligados á esforzarnos hoy para conciliar los datos nuevos de la ciencia con nuestras ilusiones democráticas, del mismo modo que los teólogos se esfuerzan por conseguirlo entre la Biblia y los descubrimientos geológicos.

A fuerza de tanteos se disimulan un poco más las diferencias; pero como cada día se acentúan más, aparecerán muy pronto á la vista de todos.

Aunque demasiado real, este conflicto está lejos de ser tan grave como pudiera creerse. Dudo de que tenga nunca una gran importancia práctica y traspase la región de las discusiones filosóficas. Verdaderamente el desacuerdo es puramente teórico. No existe en los hechos, y, por otra parte, ¿cómo podría serlo puesto que los hechos son la consecuencia de las leyes naturales superiores á nuestras voluntades y cuya acción no podemos, por tanto, eludir?

Lo veremos investigando cuál es el sentido verdadero de las democracias. Si, á pesar de las apariencias, favorecen las superioridades de todos géneros, comprendida la del nacimiento, son en realidad aristocráticas, es decir, tan propicias á una predilección como las formas de gobierno que les han precedido. Desde luego, su contradicción con las leyes de la evolución, no existe.

Dejemos á un lado, para esta demostración, las palabras con las que se definen las democracias é investigue-

---

de los más conocidos por sus obras de vulgarización, M. Lavisse: «Los filósofos del siglo pasado pusieron de moda el sentimiento de la fraternidad en la humanidad; hoy la más extendida de las filosofías, la que ha penetrado las ciencias, enseña la necesidad de la lucha por la existencia, la legitimidad de la selección que se cumple con la muerte, y la ilegitimidad de la debilidad.»

mos su espíritu. Lo encuentro perfectamente indicado en las siguientes líneas que tomo de M. Bourget:

«Si intentais definir vosotros mismos lo que realmente representan estos dos términos: una aristocracia y una democracia, encontraréis que el primero designa un conjunto de costumbres cuyo fin es la producción de un pequeño número de individuos superiores. Es la aplicación del adagio: *humanum paucis vivit genus*. El segundo, por el contrario, designa un conjunto de costumbres que conducen al bienestar y á la cultura del mayor número posible de individuos. Por tanto, el grado de excelencia de una sociedad aristocrática, su demostración, es el personaje de excepción—resultado supremo y resumen de los mejores destinos ocupados en sostener este sér raro—y el grado de excelencia de una sociedad democrática es una comunidad en la que la alegría y el trabajo están repartidos en porciones indefinidamente fraccionadas entre muchos. No se necesita de un gran espíritu de observación para comprobar que el mundo moderno y nuestro mundo francés, en particular, se inclina por completo hacia esta segunda forma de existencia. Lo que constituye la novedad de la sociedad moderna es la sustitución de la masa organizada por la iniciativa personal, el advenimiento de la multitud y la desaparición ó por lo menos la disminución del poder del predilecto.»

Tal son, sin duda alguna, las tendencias teóricas de las democracias. Veamos si las realidades marchan de acuerdo con estas tendencias.

Las democracias suponen como principio fundamenta la igualdad de derechos de todos los hombres y la libre competencia. Pero en esta competencia, ¿quién puede triunfar, sino los más capaces, es decir, los que tienen determinadas aptitudes debidas en mayor ó menor grado á la herencia, y los que siempre han sido favorecidos por la edu-

cación y la fortuna? Rechazamos hoy los derechos del nacimiento, y tenemos razón en ello para no exagerarlos aún más añadiéndoles privilegios sociales. En la práctica, sin embargo, conservan todo su imperio, y es un imperio superior al que tenían antes, porque viniendo la libre competencia á sobreponerse á los dones intelectuales que el nacimiento da, no hace más que favorecer la selección hereditaria. La democracia es en realidad el régimen que produce más desigualdades sociales. Las aristocracias crean muchas menos y así no hacen más que consolidar las ya existentes. Las instituciones democráticas son ventajosas principalmente para los elegidos de toda especie, y por tal razón deben éstos defenderlas y preferirlas á cualquier otro régimen.

¿Puede decirse que las democracias no originan castas con poderes bien análogos á los de las antiguas castas aristocráticas? He aquí cómo se expresa con este motivo M. Tarde:

«En toda democracia como la nuestra, podemos estar ciertos de que existe una jerarquía subsistente ó que aparecen superioridades reconocidas, hereditarias ó *de selección*. En nuestro país no es difícil comprender por quién ha sido reemplazada la nobleza antigua. Primeramente la jerarquía administrativa ha ido ampliándose, desenvolviéndose en elevación por el número de sus grados, en extensión por el de funcionarios; la jerarquía militar, de igual modo, en virtud de causas que fuerzan á los Estados europeos modernos al armamento universal. Luego los prelados y príncipes de la sangre, los monjes y los nobles, los monasterios y los castillos, no han sido derribados sino para mayor provecho de los publicistas y gentes adineradas, de los artistas y los políticos, de los teatros, bancos, ministerios, grandes almacenes, grandes cuarteles y otros movimientos agrupados dentro del recinto de una misma capital. Todas las celebridades se dan cita en ella; y ¿que

son las diversas clases de autoridad y gloria, con todos sus grados distintos, sino una jerarquía de puestos brillantes, ocupados ó vacantes, de que el público sólo dispone ó cree disponer libremente? Ahora bien; lejos de simplificarse y disminuir, esta aristocracia de situaciones que llenan de orgullo, este estrado de asientos ó tronos brillantes, se hace más grandiosa por efecto mismo de las trasformaciones democráticas.»

Es, pues, necesario reconocer que las democracias crean castas enteramente como las aristocracias. La única diferencia está en que las democracias estas, antes no parecen cerradas. Cada cual puede ó cree poder entrar en ellas. Pero ¿cómo introducirse sino poseyendo ciertas aptitudes intelectuales, que sólo pueden estar en la persona, y que crean á los que las poseen una superioridad abrumadora sobre los que no están dotadas de ellas? Resulta de aquí que sólo los elegidos están favorecidos por las instituciones democráticas. Ellos, pues, han de felicitarse de que estas instituciones sean tan invasoras. Está aún lejano el momento, en que las masas se aparten de este camino. Llegarán, sin embargo, por razones que muy pronto expondremos. Pero antes las democracias están expuestas á otros peligros procedentes de su esencia misma y que ahora precisa indicar.

El primero de estos peligros está en que las democracias son muy costosas. Hace ya mucho tiempo que León Say ha demostrado que la democracia está destinada á ser el más caro de todos los régimenes. Un periódico ha razonado recientemente y muy bien este punto en los siguientes términos:

«Con justicia se indignaba la opinión en otros tiempos contra las prodigalidades del poder monárquico, contra los cortesanos, que excitaban al príncipe á prodigalidades que caían sobre ellos en lluvia de beneficios y pensiones.

Desde que el pueblo es rey, ¿han desaparecido los cortesanos? No ha aumentado, por el contrario, su número con los caprichos del dueño irresponsable y múltiple á quien tienen que servir? Los cortesanos no viven ya en Versalles, en los históricos salones donde se reunía toda su brillante legión. Pululan en nuestras ciudades, en nuestros campos, en nuestras más humildes capitalidades de distrito y de cantón, en todas partes donde el sufragio universal dispone de una representación y puede conferir un pequeño poder. Con ellos viene el anuncio de liberalidades ruinosas, la creación de empleos superfluos, el desarrollo inconsiderado de los trabajos y servicios públicos, medios de fácil popularidad y de lucha electoral. En el Parlamento se hacen dispensadores de las prometidas larguezas, se ocupan en dotar á su circunscripción á expensas del equilibrio del presupuesto; es el triunfo de la estrecha competencia local sobre el interés del Estado, la victoria del distrito contra Francia».

Son á veces excesivas las exigencias del elector, y, sin embargo, el legislador que quiere ser reelegido ha de respetarlas. Ha de obedecer con frecuencia órdenes de taberneros y pequeños comerciantes, de talento bastante escaso, que son sus principales agentes electorales. El elector exige lo imposible, y hay que prometérselo. De aquí reformas hechas á toda prisa, sin sospechar sus consecuencias. Cada partido que quiere llegar al poder sabe que no lo logrará, sino exagera aún más las promesas de sus rivales.

«Se ve surgir en cada partido otro nuevo que acecha al primero, le injuria y le denuncia. Cuando la Convención gobernaba se oía á la Montaña, amenazadora, que salía de su seno; y la Montaña, por su parte, temía á la Commune, y ésta tenía que parecer demasiado tibia al Obispado. Hasta en el fondo último de la demagogia esta ley

reina y se verifica. Hay, sin embargo, en esta exploración de los *extremos* una región oscura y turbia donde nada se ve claro; es la que frecuentan los más ardientes, los más «puros», los más sanguinarios—como lo eran Fouché, Tallien, Barras—buenos para representar el papel de proveedores de la guillotina, para hacer de criados del César. También esta confusión de los partidos en su último límite, es una ley política constante. Acabamos de hacer una experiencia muy decisiva en este punto.»

Constituye un serio peligro esta intervención de las masas en los Gobiernos democráticos, que no sólo por los gastos excesivos que trae consigo, sino principalmente por la temible ilusión del pueblo de que todo se remedia con leyes. De este modo están condenados los Parlamentos á elaborar un número inmenso de leyes y reglamentos cuyas consecuencias nadie puede prever, y que no sirven más que para enlazar con trabas mil la libertad de los ciudadanos y acrecer los males que deberían remediar.

«Las instituciones del Estado, escribe justamente un eminente economista italiano, Luzzati, no pueden cambiar las condiciones de nuestra mísera naturaleza humana, ni insinuar en nuestras almas las virtudes que les faltan, ni elevar los salarios para permitir mayores ahorros, porque dependemos de las leyes generales é inexorables de la economía nacional.»

Esta proposición parecerá muy elemental á los filósofos, pero no es probable sea comprendida de la masa, sino después de un centenar de años de guerras, de miles de millones gastados y de revoluciones sangrientas. Sólo á este precio, por lo demás, se han establecido en el mundo la mayor parte de las verdades elementales.

Las instituciones democráticas tienen además por consecuencia una inestabilidad ministerial grandísima, pero és-

ta presenta ventajas que á veces compensan sus inconvenientes. Pone el poder real en manos de las administraciones de que necesita cada ministro, y cuya vieja organización y tradiciones, que constituyen su fuerza, no hay tiempo de cambiar. Cada ministro, además, sabiendo que su poder será efímero y deseando dejar algo tras de sí, es accesible á muchas proposiciones liberales. Sin los frecuentes cambios de ministerio, muchas empresas acertadas habrían sido imposibles en Francia.

Es necesario añadir también que esta facilidad en los cambios de Gobierno, que es consecuencia de las instituciones democráticas, hace inútiles y, por consiguiente, muy raras las revoluciones. En los pueblos latinos no podía concederse un valor mínimo á esta circunstancia.

Un inconveniente más serio de las democracias es la medianía creciente de los hombres que las gobiernan. Casi no necesitan más que una cualidad esencial; estar prestos á hablar inmediatamente sobre cualquier cosa, encontrar de seguida argumentos plausibles ó al menos brillantes para responder á sus adversarios. Los espíritus superiores que quieren reflexionar antes de hablar, aun cuando fueran Pascal ó Newton, harían triste papel en las asambleas parlamentarias. Esta necesidad de hablar sin reflexionar elimina de los Parlamentos á muchos hombres de sólido valer y buen juicio.

Otros motivos los apartan también; principalmente, que las democracias no soportan la superioridad en los que las gobiernan. En contacto directo con el pueblo, los elegidos no pueden agradarle sino lisonjeando sus pasiones y sus necesidades más bajas, haciéndole las más inverosímiles promesas. Consecuencia del instinto naturalísimo que impulsa á los hombres á ir en busca de sus semejantes, las muchedumbres se inclinan á los espíritus quiméricos ó de medianos alcances, y les introducen cada vez más en el seno de los gobiernos democráticos.

«Por naturaleza, se leía recientemente en la *Revue politique et parlamentaire,* las masas prefieren los espíritus vulgares á los elevados, se entregan á los inquietos y habladores más que á los pensadores y sesudos, dificultan á éstos, á fuerza de desagradarles, hacerse escuchar y ser elegidos. El nivel baja así de modo casi continuo en las preocupaciones que se imponen, en las consideraciones que deciden, en los asuntos que emprenden, en el personal llamado y en los móviles por que se le designa. Tenemos esto á la vista; á menos de dejarnos caer á un nivel muy bajo y desventurado, será preciso que nos demos cuenta de ello (1). Llegaremos al punto en que, para atraerse á la masa, creen las gentes ilustradas y de talento, lo mejor ofrecerla á diario como fin la supresión de la fortuna adquirida, y apenas se osa reprobárselo.»

Y lo que parecería mostrar que este vicio es inherente á todas las democracias y no efecto de la raza, es que el fenómeno, observado en Francia, se observa también y aun en mayor grado todavía en los Estados Unidos de América. El rebajamiento del nivel intelectual y moral en la clase especial llamada de los políticos, se acentúa allí diariamente en proporciones nada tranquilizadoras para el porvenir de la Gran República. Procede también de que, siendo generalmente desdeñadas las funciones políticas por los hombres de capacidad, no son casi ejercidas sino por los desclasificados de todos los partidos. El inconveniente no es tan grande como lo sería en Europa, porque siendo muy escaso el papel del Gobierno, el valor del personal político importa menos.

También en América puede observarse uno de los peligros que más amenazan á las democracias: la venalidad.

---

(1) El autor olvida decirnos cómo podremos «darnos cuenta»; como no será por reglamentos, puesto que reglamentos tales serían la negación misma de los principios fundamentales, es bien patente que su proposición es del todo quimérica.

En ninguna parte ha adquirido desarrollo semejante al que tiene en los Estados Unidos. La corrupción existe allí en todos los grados de las funciones públicas, y casi no hay elección, ni concesión, ni privilegio que no pueda obtenerse con dinero. Según un artículo de la *Contemporary Review*, una elección presidencial americana cuesta 200 millones, adelantados por la plutocracia americana. El partido que triunfa, se resarce ampliamente por lo demás, del anticipo. Princípiase por dejar cesantes en masa á todos los empleados, y los puestos vacantes se dan á los electores del nuevo partido. Los numerosos partidarios que no han podido ser colocados reciben pensiones con cargo al fondo de pensiones de la guerra separatista, fondo siempre en aumento, aun cuando la mayor parte de los supervivientes de ella hayan desaparecido hace mucho tiempo. Estas pensiones electorales alcanzan hoy la cifra anual de cerca de 800 millones de francos.

En cuanto á los jefes de partido, tienen mucho más vastos apetitos. Los grandes especuladores principalmente, cuyo papel siempre es preponderante en las elecciones, se hacen pagar de modo real. Hace veinte años, á continuación de una de las últimas elecciones, hicieron se decretara que podrían cambiar en el Tesoro plata por oro al cambio antiguo. Lo que quiere decir simplemente que entregando al Tesoro un peso de plata comprado por 12 francos en el mercado, recibían una moneda de oro que valía 20. La medida era tan ruinosa para el Estado, que fué preciso limitar muy pronto á 240 millones anuales el regalo que el Gobierno hacía á algunos privilegiados. Cuando casi se agotó el Tesoro fué suspendida la ejecución del bill. Esta colosal piratería había dado tales fortunas á los especuladores, que no pensaron en protestar. (1)

---

(1) En la campaña fructuosa que hicieron en contra del Tesoro americano, es decir, contra los intereses económicos de la na-

Hemos dado gran escándalo en Francia con motivo del Panamá, y la imbecilidad desesperante de ciertos magistrados ha hecho todo lo posible para deshonrarnos ante las demás naciones, por algunos billetes de mil francos aceptados por una media docena de diputados necesitados. Los americanos no lo han comprendido, porque no hay un político que no hubiera hecho lo mismo, con la sola diferencia de que ninguno de ellos se hubiera contentado con retribución tan insignificante. Comparado con las Cámaras americanas, nuestro Parlamento tiene una virtud catoniana. Es tanto más meritorio cuanto que la asignación de nuestros legisladores apenas basta para las exigencias de su posición. Al dar pábulo al asunto del Panamá, que tanto se les reprocha, no han hecho por lo demás sino obedecer á las exigencias unánimes de sus electores. El canal de Suez, que hizo un semi-dios de su autor, no se realizó de modo diferente al de Panamá y no podía hacerse de otra suerte. Nunca por procedimientos de austera virtud se desató la bolsa de la gente de dinero.

No existe evidentemente, desde el punto de vista de las ideas europeas, excusa alguna posible para las costumbres políticas de los Estados Unidos. Son deshonrosas para aquel país. Sin embargo, puesto que los americanos se acomodan muy bien á ellas y no las encuentran del todo bochornosas, es que corresponden á un ideal particular que debemos tratar de comprender. En Europa el amor á la riqueza está por lo menos tan extendido como en América; pero hemos conservado antiguas tradiciones que hacen que si los amañadores de negocios y gentes adineradas de poco limpia conciencia son envidiados

---

ción, los productores de la plata tuvieron por aliados directos á los del trigo y de modo más general á los grandes agricultores del Oeste. Hacer aceptar á la fuerza por complicidad con el Estado una moneda depreciada como es la de plata, no es otra cosa que preparar una alza artificial en el tráfico mercantil.

cuando logran su objeto, no son por eso menos despreciados y considerados en cierto modo como piratas felices. Se les aguanta, pero nunca ocurrirá el compararlos á los sabios, artistas, militares, marinos, es decir, á gentes que ejercían comercio que exige cierta elevación de ideas ó de sentimientos de que es sabido están tan desprovistos por entero la mayor parte de los especuladores.

En un país como América, sin tradiciones, casi exclusivamente dedicado al comercio y la industria, en el que reina una igualdad perfecta, donde no existe jerarquía social alguna, puesto que todos los empleos importantes, incluso los de la magistratura, están desempeñados por titulares que se renuevan sin cesar, y que no gozan, por otra parte, mayor consideración que el último comerciante, en un país tal, digo, sólo una distinción puede existir: la de la riqueza. El valor, la fuerza de un individuo, por consiguiente, su puesto en la sociedad, tienen forzosamente por única medida el número de dollars que posee. La persecución del dollar es desde luego el único ideal á que se atiende, y todos los medios son buenos para alcanzarlo. La importancia de una función sólo se mide por lo que produce. La política se considera como un simple oficio que debe producir mucho al que la practica. Aun cuando esta concepción sea evidentemente muy peligrosa y baja, el público americano la acepta muy bien, puesto que sin dificultad da sus votos á los políticos más conocidos por sus hábitos de pillaje.

La política, considerada como negocio, explica la formación de sindicatos para explotarla. Así solamente podemos concebir el poder, tan misterioso á primera vista para los europeos, de asociaciones tales como la famosa *Tammany Hall*, de New York, que explota en gran escala los recursos de esta ciudad hace más de cincuenta años. Es una especie de francmasonería que hace nombrar á os empleados del municipio, los magistrados, agentes de policía de la ciudad, empresarios, proveedores, en una pa-

labra, el personal todo. Este personal le pertenece en cuerpo y alma y obedece ciegamente las órdenes del jefe supremo de la asociación. Dos veces solamente, en 1894 y en 1901, la asociación no logró sostenerse. Una de las investigaciones oficiales hechas sobre estos sucesos, reveló las más increíbles depredaciones. Con uno solo de sus jefes, el famoso William Twed, el total de los robos repartido entre los asociados se elevaba, según la comisión investigadora, á 800 millones de francos. Después de una corta desaparición, el sindicato ha reconquistado todo su poder, después lo ha perdido de nuevo recientemente; pero es de creer que por poco tiempo. En las penúltimas elecciones había gastado 35 millones, dícese, para lograr que fuera nombrado su candidato alcalde de New-York. Esta suma fué fácilmente reembolsada á los asociados, puesto que el alcalde dispone de un presupuesto anual de 400 millones.

Otro pueblo que no fuera los americanos se desorganizaría pronto por tales costumbres. Sabemos las consecuencias que han tenido en las repúblicas latinas de América. Pero la población de los Estados Unidos posee una cualidad soberana, la energía, que triunfa de todos los obstáculos. El peligro de la intervención de los financieros en los asuntos públicos aun no es demasiado visible. El día, pues, lejano probablemente, en que este peligro aparezca, los americanos usarán de su energía habitual para remediar el mal. Tienen, al efecto, procedimientos sumarios. Sabido es cómo se desembarazaron de los negros y de los chinos, que les incomodaban. Cuando los financieros y los prevaricadores les molesten demasiado, no tendrán escrúpulo alguno en linchar algunas docenas para hacer reflexionar á los demás en la utilidad de la virtud.

La desmoralización que acabamos de señalar no ha alcanzado hasta ahora, en América, sino á la clase especial de los políticos y muy poco á la de comerciantes é industriales. Es, repito, que en los Estados Unidos como

en todos los países anglo-sajones, limita mucho sus efectos, la muy restringida intervención del Gobierno en los negocios, intervención que no se extiende á todo como en los pueblos latinos.

Es este punto capital y explica la vitalidad de las democracias americanas comparadas con la prensa que tienen las latinas. Las instituciones democráticas no pueden prosperar mucho sino en los pueblos que tienen suficiente iniciativa y voluntad para saber guiarse y realizar sus negocios sin la intervención constante del Estado. La corrupción de los funcionarios no tiene casi consecuencias enojosas cuando el influjo de los poderes públicos es muy limitado. Cuando, por el contrario, este influjo es grande, la desmoralización se extiende á todo, y la desorganización está próxima. El sombrío ejemplo de las repúblicas latinas de América está presente para mostrar la suerte que espera á las democracias en pueblos sin voluntad, moralidad ni energía. El espíritu autoritario, la intolerancia, el desprecio á la legalidad, la ignorancia en cuestiones prácticas, el amor inveterado al pillaje, se desarrollan entonces rápidamente. Muy pronto viene la anarquía, y á la anarquía sucede siempre la dictadura.

Fin semejante ha amenazado siempre á los Gobiernos democráticos. Amenazaría aún mucho más á un Gobierno enteramente popular basado en el socialismo.

Pero fuera de los peligros que acabamos de señalar y que dependen del estado de las costumbres, las democracias presentan aún otras dificultades con que combatir, que insiden en el estado de espíritu de las clases populares y que éstas se esfuerzan, sin embargo, en favorecer por todos los medios.

Los más temibles enemigos de las democracias no están en modo alguno donde ellas se obstinan en verlos. Están amenazadas, no por las aristocracias, sino por las clases populares. En cuanto la muchedumbre sufre por la discordia y anarquía de sus gobernantes piensa en un

dictador. Siempre ocurrió así en los períodos tumultuosos de la historia, y en los pueblos que no tuvieron virudes suficientes para soportar instituciones libres. Después de Sila, Mario y las guerras civiles, vinieron César, Tiberio y Nerón. Después de la Convención, Bonaparte; después del 48, Napoleón III. Y todos estos déspotas, hijos del sufragio universal de todas las edades, fueron siempre adorados por las muchedumbres. ¿Cómo habían podido, por lo demás, mantenerse si el espíritu popular no hubiera estado con ellos?

«Atrevámonos á decirlo y repetirlo, escribía uno de los más firmes defensores de la democracia, M. Schérer, se obliga uno á desconocer los más característicos instintos del sufragio universal, en Francia al menos, cuando se obstina en no tener en cuenta los cuatro plebiscitos que han elevado á Luis Napoleón á la presidencia de la República, ratificado el atentado del 2 de Diciembre, formado el Imperio, y en 1870, renovado el pacto de la nación con el funesto aventurero.»

Pocos años han trascurrido desde la época en que el mismo sufragio universal hubo de renovar un pacto semejante con otro aventurero desprovisto hasta del prestigio del nombre y no teniendo otro que el de su penacho de general. Son inmensos los justicieros que han formado el proceso de los reyes. Muy raros los que han osado hacer el de los pueblos.

§ III.—El conflicto entre las ideas democráticas y las aspiraciones socialistas.

Tales son las ventajas y tales los inconvenientes de las instituciones democráticas. Convienen de modo admirable

á las razas fuertes y enérgicas, en las que el individuo está habituado á contar sólo con el propio esfuerzo. No producen en ellas progreso alguno, pero forman una atmósfera propicia á todo género de esfuerzos. Desde este punto de vista, nada las iguala ni podría reemplazarlas. Ningún régimen asegura á los más capaces una libertad tan grande para desenvolverse ni les da tantas probabilidades de triunfo en la vida. Gracias á la libertad en que á todos dejan y á la igualdad que proclaman, favorecen el desenvolvimiento de todas las superioridades, y sobre todo la de la inteligencia, es decir, la superioridad de que deriva todo progreso.

Pero esta igualdad, esta libertad, en una lucha en que los competidores están desigualmente dotados, cobren bajo un pie de igualdad á los favorecidos por la herencia intelectual y á la multitud de espíritus medianos que sólo poseen aptitudes mentales poco desarrolladas. ¿Deja á todos estos individuos mal dotados muchas probabilidades, no de triunfar de sus rivales, sino simplemente de no ser aplastados por ellos? En una palabra, los seres débiles, sin energía y sin valor ¿pueden encontrar en las instituciones libres el apoyo que son incapaces de hallar en sí mismos? Parece evidente que la respuesta será negativa, y también que cuanto más libertad é igualdad hay, más completa es la humillación de los incapaces ó aun de los capacitados á medias. Remediar esta servidumbre es quizás el problema más difícil de los tiempos modernos. Si no se limita las libertades, la situación de los desheredados no puede menos de empeorar de día en día; si se las limita, y sólo el Estado puede evidentemente encargarse de hacerlo, se llega en seguida al socialismo de Estado, cuyas consecuencias son peores que los males que pretende remediar. Sólo es posible entonces apelar á los sentimientos altruistas de los más fuertes; pero sólo las religiones han logrado hasta aquí, y aun únicamente en los períodos de fe, despertar sentimientos tales, que aun en-

tonces, han constituído bases sociales, muy débiles en verdad.

De todas maneras debemos reconocer que la suerte de los individuos débiles y mal adaptados es, en verdad, infinitamente más dura en los países de igualdad y libertad completas, como los Estados Unidos, que en los países de constitución aristocrática. Hablando de los Estados Unidos, en su libro sobre el gobierno popular, el eminente historiador inglés Maine se expresa así: «No se ha visto hasta el presente comunidad en que el débil haya sido más sin piedad empujado contra la pared, en que los que han triunfado hayan salido tan uniformemente de entre los fuertes, donde en tiempo tan corto, se haya elevado tan gran desigualdad de fortunas particulares y de lujo doméstico».

Son estos, evidentemente, los inconvenientes fatales de cualquier régimen que se base en la libertad, y son, sin embargo, condiciones inevitables del progreso. La única cuestión que puede ponerse es ésta: ¿se debe sacrificar los elementos necesarios del progreso, no considerar sino el interés inmediato y visible de las masas, y combatir sin cesar por toda clase de medios arbitrarios las consecuencias de las desigualdades que la naturaleza se obstina en repetir á cada generación?

«¿Quién tiene razón, escribe M. Fouquier, el individualismo aristocrático ó la solidaridad democrática? ¿Cual es más favorable al progreso de la humanidad? ¿Quién vale más, aun prácticamente considerado, un Molière ó doscientos buenos maestros? ¿Quién ha prestado mayores servicios, Fulton y Walt ó cien sociedades de socorros mutuos? Visiblemente el individualismo eleva, la democracia rebaja; visiblemente la flor humana crece en un estercolero humano. Sólo las criaturas medianas, inútiles, de bajos instintos, de corazón con frecuencia envidioso,

de inteligencia vana y vanidosa, á veces peligrosas, imbéciles siempre, son todavía criaturas humanas!»

Puédese teóricamente admitir la inversión de las leyes naturales y sacrificar á los fuertes, que son minoría, en favor de los débiles, que constituyen mayoría. Tal es, libre de vanas fórmulas, el ideal perseguido por los socialistas.

Admitamos por un instante la realización de sueño semejante. Supongamos al individuo preso en la estrecha red de reglamentos y trabas propuestos por los socialistas. Suprimamos el capital, la competencia y la inteligencia. Para satisfacer las teorías igualitarias pongamos á un pueblo en el estado de debilidad en que estaría á merced de la primera invasión que ocurriera. ¿Ganaría el pueblo con esto alguna cosa, aun cuando sólo fuera por el momento?

¡Ay! No; nada ganaría en primer término y muy pronto lo perdería todo. Sólo por el influjo de los espíritus superiores se realizan los progresos que enriquecen á todos los trabajadores; sólo bajo su dirección puede funcionar el tan complicado mecanismo de la civilización moderna. Sin los espíritus superiores, un gran país sería muy pronto un cuerpo sin alma. La fábrica, sin el ingeniero que la construye y dirige, no funcionaría mucho tiempo. Llegaría á ser lo que el navío privado de sus oficiales, cosa perdida, á merced de las olas, que se estrella contra la primer roca que encuentra. Sin los poderosos y los fuertes, el porvenir de los medianos y débiles sería más miserable que lo fué nunca.

Tales conclusiones se han hecho evidentes por razonamiento. Pero la demostración no puede ser accesible á todos los espíritus, porque no se ha podido intentar la experiencia.

No se convencería con argumentos á los adeptos de la fe socialista.

Favoreciendo las democracias por sus mismos principios, la libertad y la competencia que hacen triunfar necesariamente á los más capaces, mientras el socialismo piensa, por el contrario, en la supresión de toda competencia, la desaparición de la libertad y una general nivelación, hay oposición evidente é irreductible entre los principios socialistas y los democráticos.

Esta oposición han terminado por vislumbrarla, al menos por instinto, los socialistas modernos; porque al pretender ellos que todos los hombres tienen igual capacidad, no pueden reconocerla claramente. De este instinto, confuso é inconsciente las más de las veces, pero muy real, sin embargo, ha nacido su odio al régimen democrático, odio mucho más intenso que aquel en que la Revolución envolvió al antiguo Régimen. Nada menos democrático que su idea de concluir con los efectos de la libertad y las desigualdadades naturales mediante un régimen absolutamente despótico que suprimiera toda competencia, diera el mismo salario á los capaces y á los incapacitados, y aniquilara sin cesar con medidas legislativas, las desigualdades sociales resultantes de las naturales.

No faltan hoy aduladores dispuestos á persuadir á las masas de que es fácil la realización de ideal semejante. Estos profetas peligrosos creen que vivirán lo bastante para recoger los frutos de su popularidad y no para que los acontecimientos patenticen su impostura. Nada, por lo tanto, tienen que perder.

Este conflicto entre las ideas democráticas y las aspiraciones socialistas no es aún muy visible para los espíritus vulgares, y la mayor parte no consideran el socialismo sino como el fin necesario, la consecuencia prevista de las ideas democráticass. En realidad no hay concepciones políticas que estén separadas por abismos más profundos que la democracia y el socialismo. Un puro ateo está en bastantes puntos más próximo á un devoto que un socialista á un demócrata fiel á los principios

de la Revolución. Las divergencias entre ambas doctrinas comienzan sólo á dibujarse, pronto estallarán y entonces el rompimiento será violento.

No hay realmente oposición entre la democracia y la ciencia, sino entre el socialismo y la democracia. Esta ha incubado indirectamente al socialismo, y por el socialislismo perecerá tal vez.

No hay que pensar, como algunas veces se propone, en dejar que el socialismo haga más ensayos para poner en consideración su flojedad. Daría inmediatamente lugar al cesarismo, que acabaría muy pronto con todas las instituciones democráticas.

No en lo porvenir, sino hoy, deben los demócratas combatir á su temible enemigo, el socialismo. Constituye un peligro contra el cual deben coaligarse todos los partidos sin excepción, y con el que ninguno, los republicanos menos que cualquiera, deberá nunca pactar. Puede ponerse en duda el valor teórico de las instituciones que nos rigen, puede desearse que fuera otra la marcha de las cosas, pero votos tales deben permanecer platónicos. Ante el enemigo común todos los partidos han de unirse, sean cualesquiera sus aspiraciones. Sólo varias probabilidades tendrían de ganar algo en un cambio de régimen, y se expondrían á perderlo todo.

No tienen ciertamente las ideas democráticas, desde el punto de vista teórico, base científica más solida que las religiosas; pero esta falta, que en otro tiempo no influyó para nada en la suerte de las unas, no podrá impedir en mayor grado el destino de las otras. El amor á la democracia es hoy universal en todos los pueblos, sea la que que quiera su forma de gobierno. Estamos, pues, frente á una de estas grandes corrientes sociales que sería inútil querer encauzar. El principal enemigo actual de la democracia, el único que podría vencerla, es el socialismo.

CAPÍTULO II.

La lucha de pueblos y de clases.

§ I. *La lucha natural de los individuos y de las especies.*—La lucha universal entre los seres es ley constante de la naturaleza.—Es condición esencial del progreso.—La naturaleza no tolera á los débiles.—§ II *La lucha de los pueblos.*—Lucha constante entre los pueblos desde los orígenes de la historia.—El derecho del más fuerte siempre ha sido árbitro de sus destinos.—Por qué la fuerza y el derecho son idénticos.—Cómo pueden á veces subsistir los pequeños Estados.—Los límites del derecho de los pueblos se miden por la fuerza de que disponen para defenderlo.—De qué modo los pueblos civilizados aplican á los negros los principios que anteceden.—Valor de las disertaciones de los teólogos y de los filántropos.—El derecho y la justicia en las relaciones internacionales.—Por qué las luchas entre los pueblos serán probablemente mayores en lo porvenir que en el pasado.—§ III. *La lucha de clases.*—Antigüedad de la lucha de clases.—La necesidad.—Por qué lejos de desaparecer no puede sino aumentar.—Tentativas inútiles de las religiones para suprimir la lucha de clases.—La división de clases es mucho más profunda en realidad que en otros tiempos.—Programa de combate de los socialistas.—Incomprensión recíproca de los partidos que están frente á frente.—Considerable papel del error en la historia.—§ IV. *Las futuras luchas sociales.*—Violencia de la lucha con los socialistas.—La lucha en los Estados Unidos.—Dificultades que tendrán las viejas sociedades para defenderse.—Disgregación de sus ejércitos.

§ I.—La lucha natural de los individuos y de las especies

El único procedimiento que ha podido hallar la natu-

raleza para mejorar las especies es hacer nacer muchos más seres de los que puede alimentar, y establecer entre ellos una perpetua lucha en la que los más fuertes, los mejor dotados, pueden únicamente sobrevivir. La lucha tiene lugar no sólo entre las diversas especies, sino también entre los individuos de una misma, y muchas veces es más violenta entre estos últimos.

Mediante este procedimiento de selección se han perfeccionado los seres desde los orígenes del mundo, el hombre ha salido de los tipos informes de las edades geológicas, y nuestros salvajes antepasados de la edad de las cavernas se han elevado lentamente hasta la civilización. Mirada desde el punto de vista de nuestros sentimientos, la ley de la lucha por la existencia en que sobreviven los más aptos, puede parecer muy bárbara. Es preciso no olvidar, sin embargo, que sin ella disputaríamos miserablemente aun una presa incierta á todos los animales que hemos terminado por sujetar.

La lucha que la naturaleza ha impuesto á los seres por ella creados es universal y constante. En donde no la hay, no sólo no existe progreso, sino que hay una tendencia á retroceder.

Después de habernos mostrado la lucha reinante entre todos los seres, los naturalistas nos la presentan reinando también en nuestro interior.

«Lejos de prestarse mutuo concurso, escribe M. Kunstler, las distintas partes del cuerpo de los seres vivos parecen, por el contrario, estar entre sí en lucha perpetua. Todo desenvolvimiento de una de ellas tiene por consecuencia correlativa una disminución importante de las demás. En otros términos, cualquier parte que aumenta determina pérdida en otras.

»Geoffroy Saint-Hilaire había ya percibido las grandes líneas de este fenómeno al establecer su *Principio del balanceo de los órganos*. La teoría moderna de la fagoci-

tosis no añade gran cosa á este principio, pero determina con mayor claridad el proceso mediante el cual el fenómeno se produce.

»No sólo los órganos luchan entre sí, sino también las partes todas, sean las que quiera. Por ejemplo, la lucha existe entre los tejidos, entre los elementos de un tejido mismo. La evolución de los más flojos disminuye ó se suspende por ella; pueden ser sin piedad sacrificados en beneficio de los fuertes cuyo poder aumenta en consecuencia.

»Las cosas parecen ocurrir como si los organismos no poseyeran más que una cantidad determinada de poder ejecutivo que gastar. Si gracias á un artificio cualquiera este poder de desarrollo se quitara á un órgano ó aparato, los demás quedarían más ó menos estacionarios, ó hasta podrían peligrar.»

«Constantemente, escribe por su parte M. Duclaus, hay en la sociedad celular que constituye un sér vivo, individuos que están enfermos ó mueren, células que se debilitan y han de desaparecer, en interés del conjunto, aun antes de haber enteramente muerto. Son todavía los leucocitos los que de ello se encargan. Están organizados para estar en lucha perpetua con las células entre las cuales circulan. A todas amenazan, y tan pronto como una de ellas decae en su resistencia, por cualquier causa, todos los leucocitos cercanos se arrojan sobre ella, la rodean, la matan, la absorben y llevan consigo sus últimos elementos. El régimen permanente de nuestro organismo es, por tanto, no el estado de paz, sino el de guerra y opresión del débil, del enfermo y el viejo. La naturaleza nos da en este punto su acostumbrada lección de crueldad.»

La naturaleza profesa, pues, intolerancia absoluta para con la debilidad. Todo lo que es débil está muy pronto condenado á perecer. Sólo respeta la fuerza.

Estando la inteligencia en estrecha relación con el volumen de sustancia cerebral que el individuo posee, se deduce que en la naturaleza los derechos de un sér vivo están en estrecha relación con la capacidad de su cerebro. Sólo en razón de ser ésta mayor en el hombre, ha podido éste atribuirse el derecho de matar y comer á los seres que le son inferiores. Si estos últimos pudieran ser consultados, encontrarían sin duda muy tristes las leyes naturales. El único consuelo que puede ofrecérseles sería que la naturaleza está llena de fatalidades tan tristes. Con un cerebro más desarrollado, los animales comestibles llegarían quizá á asociarse para escapar al cuchillo del carnicero, pero no ganarían mucho en ello. Abandonados á sí mismos, y no pudiendo contar con los cuidados interesadísimos, y por esto mismo muy atentos, de los ganaderos, ¿cuál sería su suerte? En los países aún vírgenes, podrían hallar pastos en las praderas, pero encontrarían también el diente de los carnívoros, y si de él libraban, no librarían de la muerte lenta y por hambre en cuanto fueran demasiado viejos para ir á buscar su alimento y disputarlo á sus semejantes.

La naturaleza ha dado, sin embargo, á los seres débiles un medio seguro de perpetuarse á través de los tiempos, á pesar de sus enemigos, concediéndoles una fecundidad capaz de saciar el apetito de todos ellos. Una hembra de arenque pone al año más de 60.000 huevos, y siempre libra un número suficiente de crías para asegurar la continuidad de la especie.

Hasta parece que la naturaleza se haya esmerado tanto en mantener las especies más ínfimas, los parásitos más humildes, como para asegurar la existencia de los séres superiores. La vida de los genios más grandes no le importa más que la existencia del microbio más miserable. La naturaleza no es amable ni cruel. Piensa sólo en la especie y permanece indiferente—terriblemente indiferente—con el individuo. No conoce nuestras ideas de jus-

ticia. Es posible protestar contra sus leyes, pero hay que sujetarse á ellas.

§ II.—La lucha de los pueblos.

¿Ha logrado el hombre suprimir en lo que á él se refiere las demás leyes de la naturaleza á que están sometidos todos los séres? ¿Ha endulzado algo la civilización las relaciones entre los pueblos? ¿Se ha hecho la lucha menos ardiente en el seno de la humanidad que entre las diversas especies?

La historia nos enseña lo contrario. Nos dice que los pueblos siempre han permanecido en lucha, y que desde los orígenes del mundo el derecho del más fuerte ha sido árbitro único de los destinos humanos.

Esta ley fué la de los tiempos antiguos, tanto como de los modernos. Nada indica que no lo será de los futuros.

Sin duda no es porque hoy falten teólogos y filántropos que protesten contra esta ley inexorable. Debémosles numerosos libros, donde en frases elocuentes hacen ardientes llamamientos al derecho y la justicia, especie de divinidades soberanas que dirigirían el mundo desde lo alto del cielo. Pero los hechos siempre han venido á desmentir esta vana fraseología. Nos dicen que el derecho no existe sino cuando se tiene la fuerza necesaria para hacerle respetar. No puede decirse que la fuerza es superior al derecho, puesto que ambos son identidades. Donde la fuerza no existe, no puede subsistir derecho alguno (1).

---

(1) Los mismos teólogos comienzan ya á no dudarlo. «Un país, decía el padre Didón, en un discurso de distribución de premios, podría prescindir más bien de la literatura y el arte, si se quiere de la ciencia y la filosofía, que de la fuerza. Quiero decir directamente la fuerza material, la que no razona, sino que se impone; de aquélla de que es el ejército expresión más poderosa, de la que puede decirse lo que se ha dicho del cañón, que es la suprema razón de los jefes de Estado y las naciones».

Nadie duda, pienso yo, que un país, que confiando en el derecho y la justicia, licenciase sus ejércitos, sería invadido inmediatamente, saqueado y dominado por sus vecinos. Si hay Estados débiles como Turquía, Grecia, Marruecos, Portugal, España y China que pueden mantenerse, no es más que por las rivalidades de los poderosos que de ellos quisieran apoderarse. Obligados á tener en cuenta rivales tan poderosos como ellos, los grandes Estados no pueden despojar á los países decadentes sino con prudencia y apoderándose por trozos de sus provincias. Los ducados daneses, Bosnia, Malta, Chipre, Egipto, Transvaal, Cuba, Filipinas, han sido de este modo arrebatados sucesivamente á las naciones poseedoras.

Ningún pueblo debe olvidar hoy que los límites de su derecho se miden exactamente por las fuerzas de que dispone para defenderlo. El único derecho reconocido al carnero es servir de alimento á los seres que tienen un cerebro mayor que el suyo. El solo, que se reconoce á los negros, es ver sus territorios invadidos y saqueados por los blancos y caer á tiro limpio si se resisten. Si no lo hacen, todo se reduce á apoderarse de sus bienes y después á hacerles trabajar á latigazos para enriquecer á sus vencedores. Tal fué en otro tiempo la historia de los indígenas de América, tal es hoy la de los habitantes del Africa. Los negros han aprendido de este modo lo que cuesta no ser fuertes. Para complacer á los filántropos que escriben libros, se hacen hermosos discursos sobre la desgraciada suerte de estas gentes antes de ametrallarlas. Se lleva los buenos sentimientos hasta enviarles misioneros, bien provistos de Biblias y de botellas de licores á fin de iniciarlas en los beneficios de la civilización.

Dejando, pues, á un lado las charlas pueriles de los teólogos y los filántropos, reconocemos como un hecho de observación constante que las leyes humanas han sido enteramente impotentes para modificar las naturales, y que estas últimas continúan rigiendo las relaciones entre

los pueblos. Todas las teorías acerca del derecho y la justicia son inútiles en este punto. Las relaciones entre los pueblos son hoy lo que han sido desde el origen del mundo, desde que se han encontrado enfrente intereses distintos ó simplemente cuando un país desea engrandecerse. El derecho y la justicia jamás han desempeñado papel cuando se ha tratado de soluciones entre pueblos de fuerza desigual. Vencedor ó vencido, res ó cazador, tal ha sido siempre la ley. Las frases de los diplomáticos, los discursos de los oradores recuerdan enteramente las cortesías que en sociedad se hacen las gentes cuando se han puesto una levita; reducirse todo lo posible para dejarnos paso, pediros con afectuosa simpatía noticias de vuestra familia más lejana. Pero que sobrevenga una circunstancia cualquiera en que entre el interés en juego, y se verá en seguida desvanecerse estos superficiales sentimientos. Entonces se disputarán por quién pasa el primero, aunque fuera preciso, como en el incendio del Bazar de la Caridad ó en el naufragio del *Bourgogne*, patear ó matar á palos á las mujeres y á los niños que lo impidan. Hay, seguramente, excepciones, seres intrépidos prestos á sacrificarse por sus semejantes, pero son tan raros que se les considera como héroes y sus nombres los consigna la historia.

No hay más que débiles razones para creer que las luchas entre los pueblos serán menos violentas en lo porvenir que en el pasado. Las hay, por el contrario, muy poderosas para admitir que serán mucho más violentas. Cuando las naciones estaban separadas por grandes distancias, que la ciencia no había enseñado á franquear rápidamente, eran raros los motivos de conflicto. Hoy son cada vez más frecuentes. Antes eran sobre todo los intereses dinásticos ó los caprichos de los conquistadores los que provocaban las luchas internacionales. En el porvenir también tendran por móvil principal estos grandes intereses económicos de que depende la vida misma de los

pueblos, y cuyo poder hemos demostrado. Las próximas luchas internacionales serán verdaderos combates por la existencia, que casi no terminarán sino con el completo aniquilamiento de uno de los combatientes. La guerra actual del Transvaal es un ejemplo muy típico (1).

---

(1) Los ingleses, no pudiendo terminarla sino mediante el exterminio total de los boers, han tomado para lograrlo medidas muy eficaces. En todas partes donde penetran sus columnas, las aldeas, granjas y cosechas son incendiadas, los habitantes incluso mujeres, viejos y niños, reducidos á cautividad. Se les amontona en los recintos llamados «campos de concentración», donde expuestos medio desnudos á las inclemencias del tiempo y con una alimentación, cuya insuficiencia se calcula muy bien, mueren con mucha rapidez. El número de prisioneros era de 109.000 en Septiembre de 1901. Según las estadísticas oficiales, la mortalidad anual era en Junio de 109 por 1.000, en Julio 180, en Agosto 214, en Septiembre 264. Se ve bien la progresión. En cuanto á los niños las cosas se disponen, en previsión del porvenir, para que su mortalidad sea bastante mayor. Era, según las últimas cifras, de 433 por 1.000 lo cual significa que en dos años habían desaparecido todos. El valor del alimento que se da á toda esta población de 19 céntimos por día y persona, según los documentos que presentan los periódicos ingleses.

Le Tems, que reproduce estas cifras, añade: «Una revista liberal que se distingue por la firmeza y nobleza de su actitud, el *Speaker*, ha planteado el otro día á sus lectores la cuestión humillante de saber por qué, sea en la Iglesia anglicana, sea entre la no conformista, incluso los católicos, no se ha encontrado, fuera de un corto número de gloriosas excepciones, voces que se levantaran en nombre del Evangelio eterno contra las crueldades de esta guerra. Es este un síntoma elocuente del estado real de una religión, del valor de un cristianismo que ha perdido su significación y que ya no sabe más que bendecir á los poderosos y á los fuertes y asociarse á las corrientes de pasión popular.

Los boers saben bien que perecerán casi todos, pero saben también que almas nobles deben preferir la muerte á la pérdida de la independencia. Ante Europa, vergonzosamente indiferente, luchan solos contra una de las potencias más formidables del mundo, contra ejércitos treinta veces más numerosos. Este puñado de campesinos cuya heroica bravura ha hecho vacilar la fortuna política de Inglaterra, legará á la historia un ejemplo que los escritores del porvenir trasmitirán de edad en edad para admiración de las gentes. Se pondrá á estos héroes al lado de los griegos en las Termópilas.

Son estas verdades esenciales, que no hay ningún interés en ocultar, y que es muy peligroso querer hacerlo. Se admitirá como bastante evidente, yo creo, que se hubiera hecho un gran servicio á los españoles hace veinticinco años, inculcándoles sólidamente la noción de que tan pronto como estuvieran lo bastante agotados, por sus discusiones intestinas, un pueblo cualquiera se aprovecharía del primer pretexto para apoderarse de sus últimas colonias y lo lograrían sin dificultad á pesar de las oraciones de los frailes y de la protección de la Virgen. Quizás entonces hubieran comprendido la conveniencia de hacer menos revoluciones, pronunciar menos discursos y organizar su defensa de modo que á nadie le diera intención de atacar. Un pueblo pequeño bastante enérgico sabe muy bien defenderse. Muchas naciones consagran la tercera parte de su presupuesto á gastos de guerra, y esta prima de seguro contra las agresiones de sus vecinos no será seguramente excesiva si se empleara siempre bien.

§ III.—La lugha de clases.

Los colectivistas atribuyen á su teorizador Carlos Marx la afirmación del hecho de que la historia está dominada por luchas de clases que pelean por intereses económicos, y también el aserto de que esta lucha debe desaparecer como consecuencia de la absorción de todas las clases por una sola: la obrera.

El primer punto, la lucha de clases, es una vulgaridad tan antigua como el mundo. Por el solo hecho del reparto desigual de la riqueza y el poder, consecuencia de las diferencias naturales de capacidad ó simplemente de las necesidades sociales, los hombres han estado siempre divididos en clases, cuyos intereses fueron necesariamente más ó menos opuestos, y, por consiguiente, estuvieron

en pugna. Pero la idea de que esta lucha pueda cesar es una de las concepciones quiméricas que la realidad entera contradice, y cuya realización sería preciso no desear. Sin la lucha entre los seres, de razas y de clases, en una palabra, sin la lucha universal, el hombre jamás hubiera salido del salvajismo primitivo y no se hubiera elevado á la civilización.

La tendencia á la lucha, que hemos visto rige las relaciones entre las especies animales y entre los pueblos, rige también, por tanto, las que existen entre los individuos y entre las clases.

«No tenemos, escribe M. B. Kidd, sino mirar á nuestro alrededor para ver que la rivalidad constante entre el hombre y sus semejantes es el rasgo dominante de nuestro carácter. Se le encuentra en todas las partes del edificio social. Si examinamos los motivos de nuestros actos diarios y de los actos de los que nos rodean, tenemos que reconocer que el primero y principal pensamiento de la mayoría de entre nosotros es el saber cómo hemos de defendernos en la sociedad... Los instrumentos de la industria son más mortíferos que espadas.»

Y no sólo existe la lucha de clases, sino también la de los individuos de una misma clase, y la de estos últimos es, como en la naturaleza, la más violenta. Los socialistas mismos, aun cuando algunas veces unidos para un fin común, la destrucción de la actual sociedad, no pueden reunirse sin que los más ruidosos disentimientos estallen entre ellos.

La lucha es más violenta hoy que lo fué jamás. Tiene causas diversas, y entre otras, el haber nosotros perseguido ilusiones de justicia é igualdad que la naturaleza no conoce. Estas varias fórmulas han hecho y harán más daño al hombre que todos los males cuyo peso le obliga á sobrellevar el destino.

«No existe, escribe cuerdamente M. Barge, justicia social porque la misma naturaleza no es igual. La injusticia y la desigualdad nos acompañan desde la cuna.

«Desde ésta hasta la muerte, en el curso de una existencia, cuyos beneficios ó cargas abrevia ó prolonga arbitrariamente, la desigualdad natural sigue paso por paso al hombre.

«¡Desigualdad en formas mil! Desigualdad natural, azares del nacimiento ó la herencia, dones ó desgracias físicas, desemejanzas intelectuales, desigualdades de destino agitan y arrastran la vida humana en sentido contrario y según sus consecuencias.»

Mucho antes que el socialismo también las religiones habían pensado acabar con las luchas entre los pueblos, los individuos y las clases; pero ¿qué han logrado, sino hacer más ásperos los combates que querían dar por terminados? Las guerras que han provocado han sido las más crueles, las más fecundas en desastres políticos y sociales.

¿Podemos esperar que con los progresos de la civilización disminuya la lucha de clases? Todo inclina á creer, por el contrario, que va á ser mucho más fuerte que en el pasado.

La razón de este aumento probable es doble: en primer lugar la división cada día más profunda que hay entre las clase, y en segundo la fuerza que las nuevas formas de asociación dan á las diferentes clases para defender sus reivindicaciones.

El primer punto apenas puede ser puesto en duda. Las divirgencias entre las clases, obreros y patronos, propietarios y proletarios, por ejemplo, son visiblemente más ásperas que las que antes separaban á las castas, al pueblo y la nobleza, por ejemplo.

La distancia creada por el nacimiento era entonces considerada como infranqueable. Resultado de la volun-

tad divina, era aceptada sin discutir. La violencia de los abusos podía á veces engendrar revueltas, pero sólo se lamentaban contra estos abusos, y no contra el orden de cosas establecido.

Cosa enteramente distinta ocurre hoy. Las sublevaciones tienen lugar, no contra abusos, que nunca fueron menores que ahora, sino contra el régimen social entero. Trata hoy el socialismo de acabar con la burguesía, simplemente para ocupar su lugar y apoderarse de sus riquezas.

«El fin, como acertadamente dice M. Boilley, se explica claramente: trátase sin ambajes de formar una clase popular para expropiar á la burguesía. Es el pobre á quien quiere lanzarse tras del rico, y el beneficio de la conquista terminará con el acaparamiento de los despojos de los vencidos. Timour y Gengiskham no presentaban otros motivos para arrastrar á sus muchedumbres.»

Los conquistadores casi no han propuesto otros medios, en efecto; pero aquellos á quienes amenazaban con la conquista, sabían perfectamente que la única probabilidad de no perecer era defenderse con energía, en tanto que hoy los adversarios de los nuevos bárbaros no piensan sino en parlamentar con ellos y en prolongar algo su existencia mediante una serie de concesiones que no hacen más que envalentonar á los que suben al asalto y provocar su desprecio.

Agravará estas luchas futuras el que no estarán solamente inspiradas, como las guerras de conquista, en el deseo de apoderarse de los despojos de enemigos que, vencidos ya, serán indiferentes. Hoy reina odio furioso entre los combatientes. Tiende más cada día á tomar una forma religiosa y revestir el carácter especial de ferocidad é intransigencia de que siempre han estado animados los verdaderos creyentes.

Hemos visto anteriormente que una de las causas más poderosas del odio actual de clases son las falsísimas ideas

que tienen uno de otro los partidos que combaten. Al estudiar los fundamentos de nuestras creencias, hemos demostrado también hasta qué punto la incomprensión domina en las relaciones que existen entre los seres para que nos admire la impasibilidad de hacerla desaparecer. Las guerras más violentas, las luchas religiosas que han ensangrentado más el mundo y cambiado más profundamente la faz de civilizaciones é imperios, han tenido las más de las veces por causa la incomprensión recíproca de los partidos combatientes y también la falsedad de sus conceptos.

El mismo error de las ideas constituye á veces su poder. Suficientemente repetido, el error más manifiesto constituye para la multitud verdad deslumbradora. Nada más fácil de arraigar que el error, y cuando ha echado raices, posee la omnipotencia de los dogmas religiosos. Inspira fe, y nada se resiste á la fe. Merced á los más erróneos conceptos, se ha lanzado en la Edad Media una parte del Occidente sobre el Oriente; los sucesores de Mahoma fundaron su poderoso imperio, Europa fué más tarde entrada á sangre y fuego. La falsedad de las ideas generadoras de estos trastornos, es evidente hoy hasta para los niños. No son ya más que vagas palabras cuyo poder se perdió en los siglos hasta el punto de que no lleguemos á comprender el que tuvieron. Fuerza irresistible, sin embargo, porque hubo un momento en que los razonamientos más claros, las demostraciones más evidentes no hubieran prevalecido en contra suya. El tiempo sólo, y nunca la razón, ha deshecho estas quimeras.

No sólo durante los antiguos tiempos han tenido prestigio las palabras engañosas, los conceptos erróneos. El espíritu del pueblo ha variado, pero sus creencias son siempre igualmente falsas, las palabras que le guían igualmente engañosas. El error, con nombres nuevos, conserva el mismo poder enérgico que en los tiempos pasados.

§ IV.—Las futuras luchas sociales.

Inevitable por las irresistibles leyes de la naturaleza, la lucha de clases se agravará por las nuevas condiciones de la civilización, por la incomprensión que rige las relaciones recíprocas de estas clases, por la divergencia creciente de sus intereses y sobre todo de sus ideas. La lucha está destinada, sin duda, á ser más violenta que lo fué jamás. Se acerca el momento en que el edificio social ha de sufrir los más temibles asaltos que nunca haya afrontado.

Porque no sólo á los detentadores de la riqueza amenazan los nuevos bárbaros, sino á nuestra civilización misma. No les parece ser sino protectora del lujo, complicación inútil.

Jamás las maldiciones de sus agitadores fueron tan furiosas; nunca un pueblo cuyos hogares y dioses amenazan un enemigo sin piedad dejó oir imprecaciones semejantes. Los más pacíficos de los socialistas se limitan á pedir el despojo de la burguesía. Los más ardientes quieren su completa desaparición. Según las palabras pronunciadas por uno de ellos en un congreso y citadas en un libro de M. Boilley, «la piel de los infames burgueses es todo lo más buena para guantes.»

Unen en todo lo que pueden, estos agitadores, la acción á la palabra. La estadística de los crímenes cometidos hace quince años en Europa por la vanguardia del partido socialista es muy significativa. Cinco jefes de Estado, entre ellos una emperatriz, asesinados, y otros dos heridos; media docena de jefes de policía muertos, y un número considerable de cadáveres á consecuencia de explosiones en palacios, teatros, casas y trenes. Una sola de estas explosiones, la del teatro del Liceo, en Barcelona, ocasionó veintitrés víctimas; la del Palacio de invierno, en San Petersburgo, mató á ocho personas é hirió á

cuarenta y cinco. Se calcula en cuarenta en Europa el número de periódicos que sostienen esta excitación. La violencia de estas escaramuzas permite adivinar qué salvaje ferocidad animará la lucha cuando se generalice.

Los tiempos pasados las han conocido sin duda tan violentas, pero las condiciones de los poderes que combatían eran muy distintas y la defensa social mucho más fácil. Las masas no tenían entonces poderes políticos; aún no sabían asociarse y formar de este modo ejércitos que obedecieran ciegamente las órdenes de jefes absolutos. Vemos lo que pueden estos sindicatos por lo ocurrido en la última huelga de Chicago. Ha producido la de todos los obreros de ferrocarriles en los Estados Unidos, y como resultados el incendio del palacio de la Exposición y el de las inmensas fábricas de la casa Pulmann. El Gobierno sólo lo ha vencido suspendiendo las libertades públicas, declarando el estado de guerra y dando verdaderas batallas á los sublevados. Los huelguistas fueron vencidos después de ametrallados sin piedad; pero fácil es suponer que el odio llena el alma de los supervivientes.

Los Estados Unidos parece han de dar al viejo mundo los primeros ejemplos de estas luchas que pondrán frente á la inteligencia, la capacidad y la fortuna, la terrible legión de no adaptados, de que hablaremos muy pronto, mengua de la sociedad, cuyo número ha acrecido inmensamente la actual evolución de la industria.

En los Estados Unidos el resultado de la lucha será probablemente su separación en varias Repúblicas rivales. No tenemos que ocuparnos de su suerte; sólo nos interesa como ejemplo. Quizás será el que salve á Europa del triunfo completo del socialismo, es decir, de un retroceso á la barbarie más vergonzosa.

Complicará singularmente todavía la cuestión social en los Estados Unidos el hallarse la gran República dividida en regiones cuyos intereses son muy contrarios, y por consiguiente, están en lucha. Es lo que M. de Va-

rigny ha puesto bien en evidencia en las siguientes palabras:

«Washington continúa siendo el lugar neutro y neutralizado en que se resuelven las cuestiones políticas; no es la ciudad donde estas cuestiones nacen y se agitan. La vida está en otras partes, la unidad no está hecha, la homogeneidad no existe. Bajo la unión aparente de un gran pueblo—y la unión no es la unidad,—subsisten divergencias profundas, intereses diversos, tendencias contrarias. Se acentúan á medida que se avanza y que se crea la historia; se afirman con hechos tales como la guerra separatista, que puso á la Unión á punto de perderse.

»Si examinamos de cerca esta vasta República, que sólo exceden en extensión Rusia y China, y que en población ocupa ya el quinto lugar en el mundo, nos admirará en primer lugar el hecho siguiente: una agrupación geográfica y comercial que divide los Estados Unidos en tres secciones: los Estados del Sur, los del Norte y el Oeste, los del Pacífico; y aun entre el Norte y el Oeste hay gérmenes de división. Entre estos grupos, intereses diversos crean exigencias incompatibles, y hace quince años se busca, sin descubrirlo, el medio de hacer vivir y prosperar con una tarifa común industrias que reclaman un régimen especial. El Sur produce materias primas: azúcar y algodón; el Norte es manufacturero, el Oeste agricultor, el Pacífico agricultor y minero. El sistema proteccionista en vigor arruina al Sur y perjudica al Oeste haciendo la fortuna del Norte, á quien el libre cambio daría terrible golpe.

»Y no sólo en el dominio de los intereses materiales se produce el disentimiento. El Norte es republicano, el Sur demócrata; el Norte tiende á la centralización, el Sur mantiene los derechos de los Estados; quiere aquél un poder federal fuertemente organizado y la Unión autoritaria; reclama el Sur la autonomía y el derecho de discu-

tir el pacto federal. El uno ha vencido al otro, y el vencido no perdona al vencedor.»

No hay, sin embargo, que fundar en algunas indicaciones generales previsiones demasiado precisas para ningún pueblo. Nuestro destino está todavía cubierto por las brumas impenetrables del porvenir. Es posible á veces prever la dirección de las fuerzas que nos conducen; pero, ¡cuán vana idea la de querer definir sus efectos ó contrariar su curso! Lo que solamente vemos es que la defensa de las viejas sociedades va á ser muy difícil. La evolución de las cosas ha minado los cimientos del edificio de las antiguas edades. El ejército, última columna de este edificio, único que aun podría sostenerle, se disgrega de día en día, y entre las gentes instruídas se reclutan hoy sus peores enemigos. Nuestra ignorancia de ciertas evidencias psíquicas indisputables, ignorancia que llenará de estupor á los historiadores del porvenir, ha llevado á la mayor parte de los Estados europeos á renunciar casi enteramente á sus medios de defensa, remplazando los ejércitos voluntarios, tal como con tanto acierto cree suficiente Inglaterra con masas indisciplinadas á las que se cree poder enseñar en pocos meses una de las profesiones más difíciles. No por enseñar el ejercicio á millones de hombres se ha hecho de ellos soldados. Sólo se ha logrado tener batallones sin disciplina, resistencia ni valor, más peligrosos para los que quieran servirse de ellos que para sus enemigos (1).

---

(1) Espero poder desarrollar algún día estas cuestiones estudiando la psicología de la guerra. Evidentemente por causas de orden puramente moral es imposible suprimir el servicio obligatorio, que tiene por lo demás la ventaja de dar alguna disciplina á individuos que no tienen mucha; pero podría llegarse á un compromiso muy sencillo: á reducir á uno ó dos años el servicio obligatorio de 200 á 300.000 hombres, formado como en Inglaterra por voluntarios que harían de la milicia su profesión. Esta idea, que hace mucho tiempo defiendo, se extiende más cada día.

No sólo en su insuficiencia militar está el peligro de estas masas, desde el punto de vista de la defensa social, sino en el espíritu que las anima. Los ejércitos profesionales formaban una casta especial, interesada en la defensa del orden social y en que podía la sociedad buscar apoyo para su defensa. ¿Qué sentimientos análogos podían tener muchedumbres que no pasan en el regimiento más que el tiempo preciso para sufrir las molestias de la milicia y tomarla horror? Salidas de la fábrica, del taller, del astillero, donde muy pronto volverán, ¿de qué utilidad podrán ser para la defensa de un orden social que constantemente oyen atacar y que detestan más cada día? Este es el peligro que aun no perciben los gobiernos, y acerca del cual será inútil, por consiguiente, insistir. Dudo, sin embargo, que una sola sociedad europea pueda mantenerse mucho tiempo sin un ejército permanente, y no apoyándose más que en los reclutas del servicio obligatorio. Sin duda satisface este nuestro afán de baja igualdad; pero ¿es verdaderamente admisible que la satisfacción de tal necesidad haya de sobreponerse á la existencia misma de un pueblo?

El porvenir instruirá á naciones y gobiernos en este particular. La experiencia es el único libro cuya lectura puede enseñar á los pueblos. Desgraciadamente esta lectura siempre les ha costado muy cara.

CAPITULO III

El problema fundamental del socialismo.—Los no adaptados.

§ I. *La multiplicación de los no adaptados.*—Definición de los no adaptados.—Condiciones que hoy determinan su multiplicación. —Los no adoptados de la industria, de la ciencia y de las artes. —Peligros de su presencia en el seno de las sociedades.—De qué modo la evolución actual de la industria aumenta cada día su número.—La competencia entre los no adaptados.—Sus consecuencias en la extrema rebaja de los salarios en los oficios fáciles.—Imposibilidad material de remediarla.—Eliminación progresiva de los incapaces en todas las industrias.—Diferentes ejemplos.—§ II. *Los no adoptados por degeneración.*—Fecundidad de los degenerados.—Peligros presentes y futuros de los degenerados para la sociedad.—Importancia de los problemas que su presencia reacciona.—Los degenerados son reclutas seguros del socialismo.—§ III. *La producción artificial de no adaptados.*—Los no adaptados por incapacidad artificialmente creados.—Los produce en gran número la actual educación latina. —Cómo la instrucción, que debería ser panacea universal, ha tenido como consecuencia la creación de una inmensa muchedumbre de desclasificados.—Imposibilidad de utilizar el ejército de bachilleres y licenciados sin empleo.—Sentimientos antidemocráticos de la Universidad.—Las actuales ilusiones sobre los resultados de la instrucción que proporciona.—Considerable papel que á la Universidad toca en la destrucción social que se prepara.

§ I.—La multiplicación de los no adaptados.

Entre las características más importantes de nuestros

tiempos, preciso es mencionar la presencia en las sociedades de individuos que, no habiendo podido por cualquier razón adaptarse á las necesidades de la civilización moderna, no encuentran lugar en ella. Forman un detritus inutilizable. Son los *no adaptados*.

Todas las sociedades han tenido siempre cierto número de ellos, pero nunca en tan grandes proporciones como hoy. Los no adaptados de la ciencia y la industria, de los oficios y las artes, forman legión que aumenta de día en día. A pesar de su diversidad de origen, están unidos por un sentimiento común: el odio á la civilización en que no encuentran lugar. Todas las revoluciones, sea el que quiera el fin que persigan, están seguras de verlos acudir al primer llamamiento. Entre ellos recluta el socialismo sus más ardientes partidarios.

Su número inmenso, su presencia en todas las clases de nuestra sociedad, les hace más peligrosos para ésta que lo fueron los bárbaros para el Imperio romano. Roma supo defenderse largo tiempo contra sus enemigos exteriores. Los bárbaros modernos están dentro de nuestros muros. Si no han incendiado por entero á París en la época de la Commune, fué únicamente porque les faltó medios para hacerlo.

No tenemos por qué averiguar cómo se ha formado en todos los grados de la escala social este detritus de los no adaptados. Bastará con mostrar que la evolución de la industria ha contribuído á aumentar rápidamente su número. Las cifras dadas en un capítulo anterior nos enseñan la progresiva elevación de los jornales en las clases obreras y la extensión de la riqueza en las masas profundas; pero esta mejora general no se ha extendido más que á la categoría media de los trabajadores. ¿Qué ocurre entonces con los que por su incapacidad natural están por bajo de esta medida? Al brillante cuadro de la mejora general que hemos presentado, va á seguir una bien triste pintura.

Con el antiguo sistema de las corporaciones, regíanse los oficios por reglamentos que limitaban el número de obreros é impedían la competencia, con lo cual los inconvenientes de la inferioridad no se manifestaban excesivamente. El individuo que formaba parte de ellas no subía muy alto, pero tampoco descendía demasiado. No estaba aislado, no era un nómada. La corporación era para él una familia, y ni un momento estaba solo en la vida. Su puesto podía no ser muy elevado, pero siempre estaba seguro de tenerlo, de poseer una celda en la gran colmena social.

Con las necesidades económicas que rigen el mundo moderno, y la competencia, que es ley de la producción, las cosas han variado mucho. Como con mucho acierto dice M. Cheysson: «Los antiguos cimientos que sostenían las sociedades se han deshecho, los granos que hoy la forman obedecen á una especie de impulso individual. Todo el que para la lucha por la vida posee una superioridad cualquiera sobre los que le rodean, se elevará como un globo de gas en el aire, sin que ningún lazo impida su subida, del mismo modo que todo el que esté mal dotado en el respeto moral ó material, ha de caer fatalmente, sin que ningún paracaídas disminuya la fuerza de su caída. Es el triunfo del individualismo libre de toda servidumbre, pero sin ninguna tutela.»

En la época de transición en que aun nos encontramos, los no adaptados por incapacidad consiguen casi vivir, aun cuando muy miserablemente. Parece fatal que su miseria, ya tan profunda, haya de aumentar aún. Veamos por qué

Hoy, en todas las ramas del comercio, de la industria y el arte, los más capaces suben muy deprisa. Los que lo son menos encuentran ocupados los mejores puestos, y no pudiendo hacer, por su incapacidad misma, sino un trabajo inferior, se ven obligados á ofrecerle, por ser de fácil ejecución, á un precio mínimo. Pero la competencia

en el terreno de la incapacidad es mucho más ardiente que en el de la capacidad, puesto que el primero abraza muchos más individuos que el segundo, y que el trabajo fácil encuentra muchos más que lo ejecuten que el difícil. De donde resulta que el inadaptado se ve reducido, con el fin de ser preferido á sus rivales, á rebajar el precio exigido por lo que hace. Por su parte, el patrón que paga estas labores medianas, destinadas á una clientela poco exigente, pero numerosa, tiende muy naturalmente á pagarlas lo menos caro posible, para poder ofrecerlas á buenprecio y aumentar constantemente su clientela. El precio de la labor llega de este modo al límite extremo por bajo del cual el trabajador, víctima á la vez de su insuficiencia y de las necesidades económicas, había de morir de hambre.

Este sistema de competencia entre los no aptos, en lo que se refiere al trabajo fácil, constituye lo que los ingleses han llamado, en una expresión enérgica y justa, el *sweating system*. No es en realidad sino la consecuencia de la antigua «ley férrea» que los socialistas han abandonado algo pronto, porque aun rige el trabajo de los no aptos.

«El *sweating system*, dice M. de Rousiers, es único allí donde los individuos sin capacidad suficiente producen por su cuenta objetos comunes de calidad inferior.

El *sweating system* adopta multitud de formas: en las industrias de vestir, es el sastre que en vez de hacer los encargos en su taller, da trabajo para fuera á precio ínfimo. Lo mismo practican los grandes almacenes que dan trabajo de costura á pobres mujeres que retiene en su casa el cuidado del hogar y los hijos.»

Mediante el *sweating system* se fabrican hoy á precio ínfimo todos los artículos ordinarios de los almacenes de confección y mobiliario, y las corseteras, chalequeras, aparadoras de calzado, camiseras, etc., llegan á no ganar

más que 1,25 francos á 1,50 diarios; y ciertos ebanistas apenas ganan 3 francos, etc.

Nada más triste que semejante suerte, pero tampoco nada más pesado que la cadena de necesidades que la hacen necesaria. ¿Puede culparse al patrón que hace trabajar á un precio vil? De ningún modo, porque está dominado por un dueño soberano: la clientela. Si aumenta los jornales, tendrá que aumentar algunos céntimos la camisa que vende á 2,50 francos, el par de botas de 5 francos. Inmediatamente su clientela le abandonará para ir á buscar al que vende á mejor precio. ¿Se supone que todos los patronos se unen para aumentar jornales? Entonces los extranjeros que trabajan aun con mayor producto inundarán en seguida con sus artículos el mercado, lo que no haría sino que fuese más mísera la suerte de los no aptos.

Los obreros víctimas de tales fatalidades, han creído muy sencillo remediarlas haciendo que sus sindicatos establecieran salarios fijos, en los que el patrón no puede hacer rebaja alguna sin verse abandonado por todos sus obreros. Han sido ayudados en estas reivindicaciones por las tarifas mínimas establecidas por los municipios de las grandes ciudades, tal como París, que establecen precios por bajo de los cuales ningún contratista puede dar trabajo á los obreros.

Estos jornales fijos y estas tarifas han sido hasta el presente más perjudiciales que útiles á los que trataban de proteger, y casi no han servido sino para demostrar que los reglamentos nada pueden ante necesidades económicas. Los patronos han sufrido las exigencias de las sociedades obreras en ciertas industrias de antiguo establecidas, que necesitan un material complicado y costoso y obreros hábiles. En las demás, muy numerosas, que no exigen tanta complicación ni habilidad, la dificultad se ha vencido pronto y enteramente en provecho del patrón. Como ejemplo, escogido entre los innumerables casos análogos, citaré la ebanistería en París. En otro tiempo, los

patronos hacían trabajar á los obreros en sus talleres. Desde que las sociedades han mostrado sus exigencias, los patronos han despedido las tres cuartas partes de sus obreros, no conservando sino los más hábiles para trabajos urgentes ó reparaciones. El obrero ha tenido que trabajar en su casa, y como no tenía más clientela que el patrón, ha tenido que ofrecerle los muebles que construía. Pero entonces el patrón ha podido á su vez dictar condiciones. Consiguientemente á la competencia que había entre los productores franceses y extranjeros, los precios han bajado una mitad, y el obrero de mediana habilidad, que fácilmente ganaba 7 á 8 francos diarios en el taller, ahora sólo gana con trabajo 3 ó 4. El patrón ha aprendido de este modo cómo podía librarse de las exigencias socialistas. El público ha ganado el tener muebles, de pacotilla, es verdad, pero á precio ínfimo. El obrero, á cambio de su ruina, ha podido al menos adquirir la noción de que las necesidades económicas que rigen el mundo moderno no se modifican con asociaciones ni reglamentos.

En cuanto á los contratistas, obligados á aceptar tarifas impuestas por los municipios, han vencido la dificultad de modo análogo, no utilizando sino los obreros más hábiles, es decir, justamente los que no necesitan protección, puesto que su capacidad les asegura donde vayan los jornales mayores. Las tarifas obligatorias han tenido simplemente por resultado obligar á los contratistas á prescindir de los obreros medianos, que antes utilizaban con trabajos secundarios, mal retribuídos sin duda, pero retribuidos. En resumen, las tarifas que tenían por objeto proteger á los obreros que por su escasa habilidad necesitaban de la protección, les han perjudicado, y no han tenido otro resultado que hacer su situación mucho más difícil que antes.

La gran lección que se desprende de todo esto es la que indicaba M. de Rousiers, á propósito del *sweating*

system: «Nada puede dispensar al obrero del valor personal» (1).

Es, en efecto, la consecuencia más clara que resulta de la competencia, tal como la han creado las necesidades económicas modernas. Si no siempre hace que triunfen los más capaces, generalmente elimina á los que no lo son. Esta fórmula es casi expresión de la ley de selección, de que deriva el perfeccionamiento de las especies en toda la serie de seres vivos, y á que el hombre aun no ha logrado sustraerse.

Los hábiles todo lo ganan con esta competencia; los incapaces sólo tienen que perder. Concíbese, pues, fácilmente que los socialistas quieran su supresión. Pero, aun suponiendo que la hicieran desaparecer en los países en que fueran dueños, ¿cómo lograrlo en aquellos otros en que no intervinieran y cuyos productos vendrían en seguida á despecho de todos los derechos protectores, á invadir los mercados?

Hemos visto al estudiar las luchas comerciales entre los pueblos de Oriente y los de Occidente, luego las del

(1) El valor personal es el más importante, el que hay que aumentar por todos los medios. Este debería ser el objeto de la educación. Cúmplelo muy mal en los países latinos y muy bien en otras partes. En un artículo de *Le Temps* del 18 de Enero de 1902, leemos que nuestras compañías de ferrocarriles se ven obligadas á comprar un gran número de sus locomotoras y material (cerca de 40 millones de francos en dos años) en Alemania, no sólo porque los precios son allí inferiores en un 26 por 100 á los de Francia, sino principalmente porque nuestros industriales no están en disposición de responder á los encargos. ¿Por qué esta inferioridad? Sencillamente porque el personal director y trabajador es de insuficiente capacidad. Nuestros procedimientos de fabricación son atrasados, la maquinaria defectuosa, los obreros poco hábiles, etc. «En conjunto, nuestra industria de construcción mecánica, dice el artículo que acabo de mencionar, no sigue sino de lejos los enormes progresos realizados por nuestros competidores extranjeros.» He mostrado varias veces en esta obra las causas de nuestra insuficiencia, pero nunca se insistirá demasiado en asunto tan capital. Nuestro porvenir depende por entero de nuetra ténica científica é industrial.

Occidente mismo, que la competencia es ley inevitable en los tiempos modernos. Entra absolutamente en todo, y cuantos obstáculos se trata de oponerla, no logran más que hacer que sea más dura para sus víctimas. Se impone por sí misma en cuanto se trata de mejorar cualquier trabajo, científico ó industrial, ejecutado con un interés privado ó general. Como ejemplo típico de los efectos que produce citaré el caso siguiente que he presenciado y que, con formas diferentes, ha tenido que repetirse miles de veces.

Un amigo mío, ingeniero, había sido colocado al frente de una gran empresa sostenida por el presupuesto y consistente en rehacer con mucha precaución la nivelación de un país. Se le dejaba en plena libertad de escoger sus empleados y pagarles como quisiera, con la única condición de no pasar del crédito anual que le estaba asignado. Siendo bastantes los empleados y el crédito escaso, el ingeniero trató primeramente de repartir por igual entre ellos la suma disponible. Después de haber visto que el trabajo se hacía mediana y lentamente, ideó pagar únimente á sus gentes según su labor, disponiendo medios automáticos registradores que le permitían averiguar el valor del trabajo ejecutado. Cada uno de los empleados capaces llegó muy pronto á hacer él solo el trabajo de tres ó cuatro de los ordinarios, y ganó tres veces más que antes. Los incapaces ó sólo algo capaces, no pudieron ganar para vivir, se alejaron voluntariamente, y en menos de dos años el presupuesto concedido por el Estado, que en un principio apenas era suficiente, tenía un sobrante del 30 por 100. El Estado había, por tanto, ganado en esta operación un trabajo mejor hecho y con menos gastos, y los empleados hábiles habían triplicado su asignación. Todo el mundo estaba satisfecho, naturalmente, menos los incapaces, eliminados por tal motivo. Este resultado muy feliz para el Erario y el progreso, era evidentemente tristísimo para los empleados insuficientes. Cualquiera que

sea la simpatía que pueda tenérseles, ¿puede sostenerse que ha de sacrificarse á ellos el interés general?

El lector que quiera ahondar en esta cuestión, verá pronto la dificultad de uno de los más temibles problemas sociales y la impotencia de los medios propuestos por los socialistas para resolverle.

Su importancia, por lo demás, no ha pasado inadvertida para los socialistas. He aquí cómo se expresa acerca del particular un socialista italiano muy convencido, Colejanni, en una obra reciente:

«Esta legión de gentes sin trabajo, ha sido creada por la organización capitalista en su provecho, y tiene la obligación de mantenerla, según los principios de justicia. Esta obligación no puede disminuir por el aumento de *no adaptados* que preocupa á Gustavo Le Bon. Una acción de justicia no puede variar porque el número de los que en ella estén interesados sea infinito. Y si los no adoptatados aumentan terriblemente, *señal es de que la actual organización social es viciosa y que, por consiguiente, es necesario trasformarla.*»

He aquí cuán elemental es para los socialistas latinos la resolución de los problemas más difíciles. Su fórmula universal «trasformar la sociedad», permite resolver todas las cuestiones y hacer que reine la felicidad en la tierra. En estas almas de teólogos subyugadas por la fe y que ya no conocen la duda, no hay argumento que pueda influir.

§ II.—Los no adaptados por degeneración

A esta legión de no adaptados que produce la competencia, precisa añadir la multitud de degenerados de toda especie, alcohólicos, raquíticos, etc., que la medicina mo-

derna conserva con esmero, gracias á los progresos de la higiene. Son precisamente casi los únicos individuos que se abandonan sin medida á la más intranquilizadora fecundidad, confirmando el hecho ya observado de que las sociedades tienden hoy á perpetuarse principalmente por sus elementos más inferiores.

Conocidos son los progresos del alcoholismo en toda Europa. Las tabernas se multiplican rápidamente en todas partes, tanto en Francia (1) como en los demás países. Constituyen la única distracción para millones de pobres diablos, la única apariencia de hogar, el sólo lugar de sociabilidad en donde se iluminan un instante existencias muchas veces sombrías. La iglesia ya no les atrae; ¿qué les quedaría si se les quitara la taberna? El alcohol es el opio de la miseria. Su consumo es un efecto antes de ser causa. Por lo demás sólo el exceso le hace funesto. Si sus estragos son entonces graves, es porque comprometen el porvenir por las degeneraciones hereditarias que traen consigo.

Lo que constituye el peligro de todos los degenerados, raquíticos, alcohólicos, epilépticos, enajenados, etc., es que tienen un número excesivo de hijos, seres demasiado inferiores para adaptarse á la civilización, y que han de ser consiguiente y fatalmente enemigos de ella. Al tratar de conservar con esmero sobrado al individuo, se llega á amenazar seriamente la especie.

«Hoy se hace que viva, escribe M. Schera, una multitud de criaturas que la naturaleza había condenado, niños enquencles, de naturaleza miserable, semi-moribundos, y se considera gran victoria el haber de este modo prolongado sus días, y un gran progreso esta preocupación enteramente moderna de la sociedad... Solamente que

(1) Habia 350.000 en 1850, 304.000 en 1870, 372.000 en 1881, 430.000 en 1891, de ellas 31.000 en París.

he aquí la ironia. Estos cuidados ardientes, ingeniosos, que devuelven á la sociedad tantos seres humanos, no los entregan sanos, vigorosos, sino afectados de vicios de la sangre que trajeron al nacer, y como nuestras costumbres ni tampoco nuestras leyes impiden que se casen, están destinados á trasmitir el veneno. De aquí evidentemente una alteración en la salud general, una contaminación de la raza.»

El doctor Salomon ha citado un ejemplo admirable de los numerosos casos que cada día se observan. Trátase de una familia procedente de la unión de un alcohólico con una epiléptica. Tuvieron doce hijos, todos ellos epilépticos ó tuberculosos.

«¿Qué hacer con estos míseros engendros?, se pregunta el doctor Salomon; ¿no valdría mil veces más que ninguno de ellos hubiera llegado á vivir? ¡Y qué carga más pesada no son familias tales para la sociedad, ya en el presupuesto de Beneficencia pública, ó hasta en el de la justicia criminal! Carne de hospital ó de patíbulo el hijo del alcohólico casi no puede aspirar más que á uno de estos dos finales. Multiplicar los hospitales y los guardias civiles, tal parece ha de ser el porvenir de las sociedades civilizadoras. Concluirán por morir de este mal, si la fecundidad llega á ser dote de aquellos para quienes la esterilidad habría de ser precisamente un deber.»

Otros muchos escritores, y entre ellos los más ilustres, se han preocupado de este difícil problema. He aquí lo que con este motivo escribía Darwin:

«Entre los salvajes, los individuos débiles de cuerpo ó de espíritu son prontamente eliminados, y los supervivientes se hacen notar ordinariamente por su vigorosa salud. En cuanto á nosotros, gentes civilizadas, nos es-

forzamos cuanto podemos para contener la marcha de la eliminación; hacemos asilos para idiotas, achacosos y enfermos; leyes para socorrer á los indigentes, y nuestros médicos emplean su ciencia toda en prolongar la vida de todos. Con razón se cree que la vacuna ha conservado á millones de individuos, que por su débil constitución habrían en otro tiempo sucumbido á la viruela. Los miembros débiles de las sociedades civilizadas pueden, por lo tanto, reproducirse indefinidamente. Ahora bien; cualquiera que se haya ocupado de la reproducción de animales domésticos, sabe, sin duda alguna, cuán perjudicial ha de ser esta conservación de los débiles para la raza humana. Sorprende enteramente ver que la falta de cuidados, ó aun los cuidados mal entendidos, conducen rápidamente á la degeneración de una raza doméstica, y á excepción del hombre mismo, nadie es bastante ignorante, ó torpe, para permitir á los animales débiles reproducirse.»

Bajo el imperio de nuestras ideas cristianas conservamos á todos estos degenerados, limitándonos á encerrar á los más degradados y manteniendo cuidadosamente á los demás, que pueden de este modo reproducirse como quieran. Preciso es haber visto de cerca algunos de estos degenerados para comprender lo absurdo de las ideas que nos inclinan á su conservación. Hé aquí cómo se expresa con este motivo el Dr. Mauricio de Fleury:

«Hablamos mal de los espartanos que ahogaban en su Eurotas, legal, administrativamente, á los niños que nacían en mal estado de cuerpo y espíritu atrofiado. Y, sin embargo, un día en Bicêtre, cuando visitaba la clínica de niños retrasados del Dr. Bourneville, ante el montón de idiotas, incapaces de mejora, enteramente incurables, he deseado vivamente la supresión de estos pobres seres sin nombre.

»Amontonados en un balcón cuya plataforma de hierro calado daba sobre un foso donde iban á parar sus inmundicias, uniformemente vestidos con una tela de lana y zapatos siempre sucios, vivían allí, los hijos del alcohol y de la degeneración, abortos asimétricos, de cráneos mal formados, huesos grandes y mal unidos, ojos extraviados, orejas mal colocadas, mirada sin atención ni fijeza alguna, cuello endeble que sostiene una cabeza vacilante; de tiempo en tiempo uno de ellos abría la boca, boca semejante al pico membranoso de un ave, y de ella salía un grito feroz—expresión de cólera sin causa,—á pesar de que la encargada de su cuidado, joven, resignada y paciente, iba de uno á otro, limpiándoles las narices, aseándoles, atando á los barrotes á los que quieren pegar ó morder, y dando á todos la papilla, vorazmente tragada. Les hablaba sin ser comprendida por estos cerebros embrionarios. Vanas palabras, tarea siempre inútil, porque son irreductibles, nunca tendrán la menor lucidez de espíritu, ni asomo de alma. Así crecerán, más bestias que las bestias, sin una palabra, ni idea ni sentimiento. No harán progreso alguno. Dentro de diez años estarán en el mismo estado, á menos que alguna pulmonía bienhechora no se los lleve.

»Se les cuida, sin embargo; se les cría en el encierro, se les preserva de la muerte. ¡Para qué, grandes dioses! ¿Es verdaderamente humano dejar alentar á estos monstruos, seres de las tinieblas, engendros de pesadilla? ¿No pensais, por el contrario, que sería más piadoso matar, aniquilar este horror y esta inconsciencia que el sufrimiento mismo no ennoblece?» (1).

Hay que reconocer que si una bienhechora divinidad suprimiera en cada generación el montón creciente de degenerados, que con tanto amor protejemos, prestaría

(1) *Revue du palais*, 1.º de Octubre de 1898.

servicio inmenso á la raza, á la civilización y á estos mismos seres. Pero puesto que nuestros humanitarios sentimientos exigen que los conservemos y favorezcamos su reproducción, no tenemos sino que sufrir las consecuencias. Sepamos al menos que todos estos degenerados, como dice con acierto Jhon Fiske, «constituyen un elemento de vitalidad inferior, comparable al cáncer que se implanta en tejidos sanos, y que todos sus esfuerzos tendieron á concluir con una civilización que ha tenido como resultado fatal su propia miseria». Son, claro está, adeptos seguros del socialismo (1). A medida que avanzamos en nuestra labor, vemos qué elementos tan varios y peligrosos componen la multitud de los discípulos de la nueva fe.

§ III.—La producción artificial de los no adaptados.

A la multitud de no adaptados que producen la competencia y la degeneración, se añade en los pueblos latinos los degenerados que causa la incapacidad artificial. Estos últimos se formaron con grandes gastos en nuestros colegios y universidades. La legión de bachilleres, licenciados, maestros y profesores sin empleo constituirá quizás algún día uno de los más serios peligros de que tendrá que defenderse la sociedad.

La formación de esta clase de no adaptados artificiales, es enteramente moderna. Su origen es psicológico. Es consecuencia de las ideas actuales.

Los hombres de cada época viven con un cierto número de ideas políticas, religiosas ó sociales, consideradas

(1) Un universitario distinguido me decía recientemente que había notado que la mayor parte de sus compañeros que se habían hecho socialistas, eran las más de las veces enquencles y achacosos. El socialismo es hoy, como el cristianismo en sus comienzos, religión de los desheredados.

como dogmas indiscutibles y cuyos efectos se han de sufrir necesariamente. Entre estas ideas, una de las más poderosas hoy es la de la superioridad que da la instrucción teórica que proporcionaron nuestros establecimientos de enseñanza. El maestro de escuela y el profesor de Universidad, algún tanto desdeñados en otro tiempo, han llegado á ser repentinamente los grandes ídolos modernos. Ellos deben poner remedio á las desigualdades, borrar las distinciones entre clases y ganar las batallas.

Considerada la instrucción panacea universal, era indispensable abarrotar el cerebro de los jóvenes ciudadanos de griego, latín, historia y formulas científicas. Ningún sacrificio, ningún gasto se ha considerado excesivo para conseguir este resultado. La fabricación de maestros, bachilleres y licenciados ha llegado á ser la más importante de las industrias latinas. Es casi la única que hoy no huelga.

Al estudiar en otro libro el concepto latino de la educación, hemos hecho ver los resultados producidos por nuestro sistema de enseñanza. Hemos visto que falsea para siempre el juicio, llena el espíritu de frases y fórmulas destinadas á ser muy pronto olvidadas, no prepara en nada para las necesidades de la vida moderna y no dará en definitiva sino una legión inmensa de incapaces, de desclasificados y, por consiguiente, de espíritus revolucionarios.

Pero, ¿por qué nuestra educación, en vez de ser simplemente inútil como antes, llega hoy á hacer desclasificados y revolucionarios?

La razón es muy clara. Nuestra educación teórica á fuerza de manuales, no prepara absolutamente más que para los destinos públicos, y deja á la juventud del todo incapaz para otra carrera, viéndose obligada para vivir á lanzarse á los empleos del Estado. Pero como el número de candidatos es inmenso y el de plazas muy corto, la gran mayoría se ve eliminada y se halla sin medio alguno de existencia, desclasificada por consiguiente y naturalmente en actitud revolucionaria.

Las cifras en que se apoya lo que acabo de decir, demuestran la extensión del mal.

La Universidad expide anualmente cerca de 1.200 candidatos para las 200 plazas de profesores de que dispone. Un millar de ellos quedan en la calle. Naturalmente, se dirigen á otros puestos. Pero siempre encuentran el apretado haz de titulares de toda especie, que solicitan todos los empleos, hasta los muy medianos. Para las cuarenta plazas de escribientes vacantes anualmente en la prefectura del Sena, se presentan de dos á tres mil candidatos. Para las 150 de maestros que vacan en las escuelas de París, hay 15.000 concursantes. Los que no logran su deseo, rebajan gradualmente sus pretensiones y á veces se consideran muy felices al poder entrar por recomendación en las casas que fabrican fajas de direcciones, donde ganan dos francos diarios trabajando doce horas consecutivas y sin descanso. No es preciso una psicología muy elevada para adivinar los sentimientos que llenan el alma de estos desgraciados obreros mecánicos.

En cuanto á los elegidos, es decir, los candidatos afortunados, no hay que creer sea su suerte muy envidiable: empleados de 1.500 francos, jueces de paz de 1.800, ingenieros de la Escuela central que apenas ganan lo que los sobrestantes de una Compañía de ferrocarriles ó los químicos de una fábrica, tienen una situación pecuniaria bastante inferior á la de un obrero de mediana capacidad, y son, además, mucho menos independientes.

Pero ¿por qué entonces la obstinada porfía por los empleos del Estado, por qué la muchedumbre de titulares sin empleos no se echa sobre la industria, el comercio, la agricultura ó los oficios manuales?

Por dos razones: en primer lugar, porque son totalmente incapaces, por razón de su educación teórica, para otra cosa que para ejercer las fáciles profesiones de empleado, magistrado ó profesor. Sin duda podrían reanudar su educación y hacer un aprendizaje. No lo hacen—

y esta es la segunda razón,—por el prejuicio, imposible de desarraigar, en contra del trabajo manual, la industria y la agricultura, que existe en los pueblos latinos y no se conoce en parte alguna más que en ellos.

Poseen, en efecto, los pueblos latinos, á pesar de apariencias engañosas, un temperamento tan poco democrático, que el trabajo manual, muy estimado en la aristocrática Inglaterra, es considerado por ellos humillante y aun deshonroso. El más humilde subjefe de oficina, el último profesor, el más modesto escribiente, se cree un personaje con respecto á un mecánico, un contramaestre, un ajustador, un labrador, que, sin embargo, muestran por lo general infinitamente más inteligencia, juicio ó iniciativa en su profesión que los burócratas y profesores en la suya. Nunca he podido descubrir, y tengo la certidumbre de que nadie lo descubrirá nunca, en que un latinista, un empleado, un profesor de gramática ó de historia, pueden considerarse intelectualmente superiores á un buen ebanista, á un ajustador hábil, á un capataz inteligente. Si después de haber establecido la comparación entre ellos desde el punto de vista intelectual, lo hacemos desde el de la utilidad, muy pronto se echará de ver que el latinista, el empleado, el profesor, son muy inferiores á un buen obrero, y por esto, por punto general, se paga á éste mucho mejor.

La superioridad visible que puede reconocerse á los primeros es que llevan levita, bastante raída por lo general, pero que conserva, en fin, casi el aspecto de tal, mientras que el capataz y el obrero trabajan con blusa, género de vestido muy despreciado por el público elegante. Si se ahondara en el influjo psicológico ejercido en Francia por ambas clases de vestido, se vería que es inmenso, mucho más grande en todo caso que el de las constituciones hechas desde hace cien años por la avalancha de abogados sin empleo. Si por medio de una varita mágica pudiera hacérsenos admitir que la blu-

sa era tan elegante como la levita, nuestras condiciones de existencia se trasformarían al propio tiempo. Asistiríamos, en las costumbres y en las ideas, á una revolución, cuyo alcance sería mucho mayor que todas las del pasado. Pero no estamos en este caso, y los latinos habrán de soportar mucho tiempo aún el peso de sus prejuicios y sus errores.

Las consecuencias del desprecio que los latinos tenemos por el trabajo manual serán mucho más graves aún en el porvenir. A causa de este sentimiento, vemos aumentar más cada día la legión de no adaptados, producto de nuestra enseñanza. Observando la escasa consideración de que goza el trabajo manual, y viéndose desdeñados por la burguesía y la Universidad, el campesino y el obrero terminan por pensar que pertenecen á una casta inferior, de la que hay que salir á toda costa. Y su único ideal entonces es hacer entrar á fuerza de privaciones á sus hijos en la casta de los titulares. Sólo consiguen con esto hacer inadaptados, incapaces las más de las veces de llegar hasta la burguesía por falta de dinero, é incapaces por su educación para seguir el oficio de su padre. Estos inadaptados arrastrarán, en una mísera existencia, el peso de los funestos errores de que sus padres les han hecho víctimas. Serán soldados seguros del socialismo.

No sólo por la enseñanza que da, sino también por su espíritu muy poco democrático, la Universidad actual habrá realizado en Francia la labor más nefasta. Al afirmar su desprecio por todo lo que no es teoría, frase ó discurso; al permitir que sus alumnos crean que los títulos proporcionan á los que los poseen una especie de nobleza intelectual y les colocan en una casta superior que da acceso á la riqueza ó por lo menos al bienestar, ha desempeñado un funesto papel. Después de largos y costosos estudios, los titulares se sienten muy afligidos por reconocer que no han adquirido superioridad alguna de inteligencia, que casi no han salido de su clase, y que su

existencia depende de volver á empezar. Ante el tiempo perdido, ante sus facultades embotadas para todo trabajo útil, ante la perspectiva de la humillante pobreza que les espera, ¿cómo no han de hacerse revolucionarios? (1).

Los profesores de nuestra Universidad nada ven, naturalmente, de todo esto. Su obra les inspira, como á todos los apóstoles, el entusiasmo más vivo, y no desperdician una ocasión de entonar cantos de triunfo.

«Hay que leer, escribe M. B. Berenger, los libros de MM. Liard y Lavisse, los dos principales arquitectos de nuestra enseñanza superior, para comprender la especie de entusiasmo de que están poseídos ante el resultado de su obra. ¿Oyen el rumor sordo pero formidable de todos los que la Universidad malogra, que le deben mayor elevación para caer en más profunda miseria, y que en todas partes empiezan á ser llamados proletarios intelectuales?»

¡Ay! no, no lo oyen, y si lo oyeran no lo comprenderían apenas. Ciertamente la labor de los universitarios fué particularmente desdichada, mucho más que la de Marat y Robespierre, que al menos no corrompían las almas; ¿pero puede decirse que sea verdaderamente obra suya? ¿Cuando ciertas ilusiones reinan con fuerza en los espíritus, hay que considerar precisamente los agentes obscuros, las comparsas ciegas que no han hecho precisamente más que obedecer á las tendencias generales de su tiempo?

Aun no ha llegado el momento de que se desvanezcan nuestras terribles ilusiones acerca del valor de la educación latina. Tienen, por el contrario, más fuerza que nunca. Diariamente una juventud laboriosa, más numerosa cada vez, va á pedir á la Universidad la realización de sus ensueños y esperanzas. El número de estudiantes,

---

(1) Puede formarse idea de los progresos del socialismo en la juventud universitaria, leyendo el manifiesto lleno de odio y furor contra la sociedad, publicado recientemente por los «estudiantes colectivistas».

que era de 10.900 en 1878, de 17.600 en 1888, es hoy de 27.000. ¡Qué ejército de desclasificados, de revolucionarios y, por consiguiente, de partidarios del socialismo en el porvenir!

Y como el número de estos futuros desclasificados no parece aún bastante grande, se reclama del Estado á porfía pensiones que permitan aumentarlo. En vano algunos espíritus ilustrados ven el peligro y le muestran. Su voz suena inútilmente y sin eco en el desierto.

«Los millones que estas pensiones cuestan al presupuesto, decía recientemente M. Bouge en la Cámara de diputados, representan poco junto á este problema social, impedir que lleguen á ser un origen de desclasificados. Demasiados se forman sin que el Estado ayude con la distribución de pensiones.» (1)

Nuestros lectores ven ahora como se ha formado, de modo enteramente artificial, una nueva legión de inadaptados. Precisamente será la peligrosa algún día y dará al

---

(1) Siendo la instrucción clásica superior cosa de lujo, y que no sirve sino para los que disfrutan cierto bienestar, no hay una sola razón seria para que se de gratuitamente, y así lo han comprendido perfectamente los americanos. Un muchacho que sintiera necesidad de ella, por aptitude manifiestas, encontraría siempre medio de ganar en primer lugar su subsistencia, y sería para él excelente preparación para la vida. Así lo hacen los estudiantes pobres en los países verdaderamente democráticos como América. En un trabajo sobre la Universidad de Chicago, que ha visitado uno de los más ilustres sabios franceses, M. Moissan se expresa como sigue:

«En la mayor parte de las Universidades americanas se encuentran jóvenes sin fortuna que para pagar los derechos académicos, que ascienden en Chicago á 175 francos próximamente por trimestre, se dedican á un trabajo manual cualquiera, fuera de las horas de clase y de estudio. Hay quien gana su subsistencia haciéndose mayordomo ó cocinero de sus camaradas. Otro habrá economizado durante varios años de una modesta paga para venir á adquirir un título á la Universidad.»

Puede asegurarse que los muchachos que han tenido energía suficiente para tales esfuerzos nunca estarán fuera de su puesto y triunfarán en la vida, cualquiera que sea la carrera emprendida.

socialismo sus combatientes más temibles. No es, lo repito una vez más, en los espíritus del pueblo donde con mayor actividad germina el socialismo, sino entre los desclasificados que salen de la Universidad. Nuestra Universidad habrá desempeñado un papel activísimo en la destrucción social que se prepara. Los historiadores del porvenir serán severos con ella y no escasearán sus maldiciones viendo todo el mal que ha hecho y comparándolo con todo el bien que habría podido hacer.

CAPÍTULO IV

La utilización de los inadaptados.

§ I. *El futuro ataque de los inadaptados.*—Su odio á la sociedad en que no encuentran ningún puesto.—Los inadaptados en los Estados Unidos.—Su número y condición miserable.—Luchas violentas que habrá que sostener contra ellos.—Las predicciones de Macaulay sobre el porvenir de los Estados Unidos.—§ II. *Utilización de los inadaptados.*—Constituye el problema más difícil del momento actual.—Solucciones propuestas y ensayadas.—Imposibilidad de que el Estado les mantenga.—La caridad pública ó privada no hace más que aumentar su número.—El derecho al trabajo.—Resultados desastrosos de las experiencias intentadas.—Vanidad de las promesas socialialistas.

§ I.—El ataque futuro de los inadaptados.

Acabamos de ver de qué modo condiciones especiales del período actual habían multiplicado en proporciones inmensas la muchedumbre de inadaptados. Esta masa de incapaces, desheredados, degenerados, es un peligro grave para todas las civilizaciones. Unidos con odio común contra la sociedad en la que no tienen puesto alguno, sólo desean combatirla. Es un ejército dispuesto para todas las revoluciones, que nada tiene que perder y puede ganarlo todo, al menos en esperanzas. Está sobre todo dispuesto para cualquier destrucción. Nada más natural que los sentimientos de odio que estos desclasificados profesan á una civilización demasiado complicada para ellos, y á la que saben perfectamente no poder adaptarse. Para emprender el asalto esperan sólo una ocasión.

Los peligros que amenazan á Europa amenazan á los Estados Unidos en un porvenir aún mucho más cercano. La guerra separatista ha sido el preludio de la lucha sangrienta que pronto se entablará entre las diversas clases que viven en su torritorio. Hacia el nuevo mundo se dirigen instintivamente todos los inadaptados del universo. A pesar de estas invasiones, cuyo peligro no ha comprendido ningún hombre de estado americano, la raza inglesa aún está en mayoría en los Estados Unidos; pero otras razas, irlandeses, eslavos, negros, italianos, etc., son cada vez más en número. Así, por ejemplo, hay en los Estados Unidos cerca de ocho millones de negros. Una inmigración anual de 400.000 extranjeros aumenta incesantemente esta población peligrosa. Forman verdaderas colonias perfectamente indiferentes, y las más de las veces muy hostiles á su patria adoptiva. Sin lazos de sangre, tradición ó lenguaje con ella, no se preocupan para nada de sus intereses generales. No tratan más que de que les procure la subsistencia.

Pero su existencia es tanto más dura, su miseria tanto más profunda, cuanto que se hallan en competencia con la raza más enérgica del universo. Casi no pueden vivir sino á condición de contentarse con los trabajos más ínfimos, con los empleos más secundarios y, por consiguiente, peor pagados.

No forman todavía más que 15 por 100 próximamente de la población total de los Estados Unidos, pero en ciertas regiones están casi en mayoría y lo estarán muy pronto si los negros continúan multiplicándose como conejos. Su número casi ha duplicado en treinta años. El Estado de Dakotak septentrional tiene ya el 44 por 100 de extranjeros. Las nueve décimas partes de los negros están concentrados en los Estados del Sur, donde constituyen un tercio de la población. En la Carolina del Sur están hoy en mayoría y exceden del 60 por 100. Igualan en número á los blancos en la Luisiana.

Sabido es de qué modo son tratados los negros en el territorio americano, donde se considera generalmente error colosal el haberles librado de la esclavitud. Gozan en teoría de todos los derechos reconocidos al resto de los ciudadanos, pero en la práctica se les ahoga y fusila sin formación de proceso, por cualquier delito. Tratados, no sin razón, por lo demás, como una especie animal intermedia entre el mono y el hombre, se hallarán enteramente dispuestos á formar parte del primer ejército que emprenda la lucha contra la gran República.

La población negra ha llegado á ser la pesadilla de América. No solamente estos ocho millones de salvajes no han podido elevarse en treinta años de esfuerzos á una semi-civilización, sino que ha sido preciso atestiguar que desde la supresión de la esclavitud están en muy visible retroceso mental. Su incurable pereza, su estupidez y peligrosa bestialidad les impiden ser ut lizados en un país civilizado. Las más varias medidas han sido propuestas para desembarazarse de ellos. Se ha aconsejado reconcentrarles en ciertos Estados, deportarles en masa á Cuba y Filipinas, etc. Desgraciadamente es el negro un sér de tal manera inferior, salvo muy pequeñas excepciones, que no es educable y utilizable sino después de reducido á la esclavitud. Lo que más exaspera á los americanos es que para descubrir esta elemental verdad psicológica, les ha sido necesario gastar 5.000 millones y hacer perecer á un millón de hombres en la guerra separatista, hecha, como es sabido, para abolir la esclavitud. Sólo después de gastos análogos puede hacerse conocer de las masas ciertas nociones, mucho tiempo antes vulgares entre los sabios. (1)

---

(1) Tengo la íntima convicción de que cuando se haya terminado la conquista del Africa, los europeos se verán obligados, para civilizarla, á establecer la esclavitud, teniendo cuidado, claro está, de designarla con una palabra nueva para no disgustar á los filántropos. Por lo demás, aún no he encontrado un solo viajero

Sea lo que quiera, los ocho millones de negros americanos forman una masa de que no es fácil deshacerse, y demasiados intereses entran en juego para que pueda pensarse hoy en el restablecimiento de la esclavitud. Los norteamericanos se han desembarazado de los chinos prohibiéndoles la entrada en sus Estados; de los indios reconcentrándoles en territorios que rodeaban de guardias con fusiles de repetición, y que tenían la consigna de matarles como conejos en cuanto el hambre les obligaba á salir de su encierro. Por estos sumarios procedimientos se ha podido acabar con casi todos los indios en muy pocos años. Pero parecen de difícil aplicación para millones de negros, y del todo inaplicables en la masa inmensa de blancos extranjeros, de todos los orígenes, diseminados en las poblaciones; tanto más, cuanto que estos blancos son electores y pueden enviar sus representantes á las Cámaras ó ejercer funciones públicas. En la última huelga de Chicago el gobernador de la provincia estaba de parte de los sublevados.

El gran historiador Macaulay preveía del modo siguiente el resultado de estas luchas futuras en carta dirigida á un norte-americano en 1857:

«Día vendrá, decía, en que en el Estado de Nueva York, una multitud de gentes que no tienen sino un pobre desayuno y no esperan mejor comida, habrán de elegir las Cámaras, y ¿puede dudarse el carácter que tendrán los elegidos? He aquí de un lado un hombre político que predica la paciencia, el respeto á los derechos adquiridos, la fidelidad á los compromisos públicos; he aquí de otro un demagogo que declama contra la tiranía de los capitalistas y usureros, que pregunta con qué derecho beben al-

---

que haya vivido en Africa que no esté convencido de que el negro sólo puede civilizarse por la esclavitud. Todos lo dicen, pero creo que yo he sido el primer escritor que se atreve á escribirlo.

gunos champagne y van en coche, en tanto que miles de buenos creyentes carecen de lo necesario. ¿Cuál de estos candidatos tiene mayores probabilidades de ser elegido por el obrero cuyos hijos le piden pan? Temo que en semejantes circunstancias no toméis medidas fatales. Una de dos: ó algún César, un Napoleón, asirá con firme mano las riendas del gobierno, ó vuestra República será entrada á saco por los bárbaros del siglo XX, tan espantosamente como lo fué el Imperio romano por los bárbaros del siglo V. La diferencia estará en que los hunos y los vándalos venían de fuera, y que vuestros saqueadores habrán nacido en vuestro mismo país y de vuestras mismas instituciones.»

«Mi convicción, termina Macaulay, es hace muchc tiempo, que las instituciones enteramente democráticas se han hecho para concluir más pronto ó más tarde, ya con la libertad, ya con la civilización, ya con la una y la otra á un tiempo.»

No dudo, dado el carácter enérgico de los anglo-sajones de América que lleguen á vencer los peligros con que les amenazaba Macaulay, pero sólo será á costa de luchas más destructoras que todas las registradas por la historia.

No tenemos, por otra parte, que ocuparnos en este lugar de los destinos de América. Sus discusiones intestinas influyeron poco en Europa, que casi no ha sufrido variación alguna por parte de sus gobernantes. Nada perderá en ello y sí tendrá mucho que aprender.

Nuestros inadaptados de Europa no son felizmente ni tantos ni tan peligrosos como los de América, pero no son menos de temer, y llegarará el momento en que figuren bajo las banderas del socialismo, y en que será preciso darles batallas sangrientas. Mas estas crisis sangrientas serán necesariamente efímeras, y sea el que quiera su resultado, el problema de utilizar á los inadaptados se plan-

teará durante mucho tiempo con iguales dificultades. Tratar de solucionarlo será carga pesada en el destino de los pueblos del porvenir, y es imposible adivinar hoy por qué medios podrán resolverlo.

Veamos por qué.

§ II.—La utilización de los inadaptados.

Los únicos métodos propuestos hasta ahora para venir en ayuda de los inadaptados han sido la caridad privada y la beneficencia del Estado. Ahora bien; la experiencia enseña desde largos tiempos que son remedios insuficientes en primer término y á más peligrosos. Aun suponiendo que el Estado y los particulares fueran bastante ricos para mantener la multitud de inadaptados, el sostenerlos no haría más que aumentar rápidamente su número. A los verdaderos inadaptados no tardaría en añadirse los que son á medias, y todos los que prefiriendo la holganza al trabajo, sólo trabajan hoy obligados por el hambre.

Hasta hoy la caridad pública y la privada sólo han conseguido aumentar considerablemente el número de inadaptados. En cuanto funciona una oficina de beneficencia pública aumenta enormemente el número de pobres. Conozco una pequeña aldea á las puertas de París, en la que una de la mitad de la población está inscrita en la oficina de beneficencia.

Las investigaciones hechas acerca del particular, prueban que de 100 pobres socorridos en Francia, 95 son individuos que se niegan á todo trabajo. Esta cifra es principalmente resultado de experiencias hechas bajo la dirección de M. Monod, director en el Ministerio del Interior. De 727 mendigos en disposición de trabajar tomados al azar y que se lamentaban de no tener trabajo, sólo 48 consintieron ocuparse en un trabajo fácil y que les pro-

ducía 4 francos diarios. La beneficencia privada ó pública no hace, pues, más que alentar su vagancia. En un informe sobre la situación del pauperismo en Francia, M. de Wateville escribía hace algunos años:

«Hace sesenta años que la administración de Beneficencia pública á domicilio ejerce sus funciones, y jamás se ha visto á un indigente apartado de la miseria y pudiendo satisfacer sus necesidades con la ayuda y por los medios de esta especie de caridad. Por el contrario, hace muchas veces hereditario el pauperismo. Así vemos hoy inscritos en los registros de esta administración á los nietos de indigentes admitidos al socorro público en 1802, y cuyos hijos habían sido anotados en las listas fatales en 1830.»

En sus *Essais sur le principe de la population*, Malthus se expresaba acerca del particular del modo siguiente:

«La causa principal y permanente de la pobreza tiene poca ó ninguna relación con la forma de gobierno ó con el reparto desigual de los bienes—no está en la facultad de los ricos dar á los pobres pan y trabajo;—y, por consecuencia, los pobres, por la naturaleza misma de las cosas, no tienen derecho alguno á pedírselo... Pero como la experiencia y la teoría demuestran de modo invencible que la concesión de semejante derecho hacía crecer las necesidades por cima de toda posibilidad de satisfacerlas, y como el simple ensayo de tal propósito tendrá como resultado inevitable hacer caer á la raza humana en la mayor miseria, claro es que nuestra conducta, que niega tácitamente la existencia del derecho de que se trata, ha resultado más en armonía con las leyes de nuestra naturaleza, que no las estériles declaraciones con que pretendemos hacerle valer.»

El ilustre escritor inglés Herbert Spencer, ha escrito sobre la misma cuestión una página mucho más enérgica aún:

«Alimentar á los incapaces á expensas de los capaces, es gran crueldad. Es un depósito de miseria conservado intencionalmente á las futuras generaciones. No es posible hacer más triste regalo á la posteridad que dificultarla con un número siempre en aumento de imbéciles, holgazanes y criminales. Ayudar á los malvados á multiplicarse, es en el fondo preparar con malicia á nuestros descendientes multitud de enemigos. Hay derecho á preguntarse si la estúpida filantropía, que no piensa más que en aliviar los males del momento y persiste en no ver los males indirectos, no produce como resultado final una mayor suma de miseria que el egoísmo extremado. Al negarse á ver las consecuencias lejanas de su inconsiderada generosidad, el que da irreflexivamente apenas está un grado por cima del borracho que no piensa sino en el placer del momento é ignora los sufrimientos de mañana, ó del pródigo que busca los goces inmediatos á costa de la pobreza final. En un respecto es peor, porque gozando él por el momento del gusto de conocer un placer, lega á otro las miserias futuras de que él se libra. Hay algo que merece reprobación aún más severa: el derroche de dinero inspirado por una falsa interpretación de la máxima «la caridad borra una porción de pecados.» En las muchas personas que imaginan, como consecuencia de esta falsa interpretación, que dando mucho pueden expiar sus malas acciones, podemos reconocer un elemento verdaderamente bajo. Se esfuerzan para adquirir un buen lugar en el otro mundo, sin preocuparse de lo que puede costar á sus semejantes.»

Pero fuera de la caridad propiamente dicha, destinada á socorrer simplemente á los necesitados que no pue-

den ó no quieren trabajar, otro problema consiste en saber si el Estado, según pretensión de los socialistas, debería encargase de dar trabajo á los individuos que de él carecen y lo piden.

Esta teoría procede indudablemente del concepto latino del Estado, y no tenemos que discutirla en este punto. Nos bastará, sin ocuparnos del principio, con averiguar simplemente si el Estado está en disposición de desempeñar el papel que se le quiere atribuir. Hechas varias veces la experiencia, porque no es hoy cuando se proclama el derecho al trabajo, fácil es responder á la pregunta.

La Asamblea nacional y la Convención, después de haber, en 1791 y en 1793 decretado la creación de un establecimiento destinado á «dar trabajo á los pobres que pueden trabajar y no han logrado procurarse trabajo» y de haber afirmado que «la sociedad está en la obligación de alimentar á los ciudadanos desgraciados», establecieron talleres nacionales. En 1791 empleaban en París 31.000 obreros, pagándolos 2 francos diarios. Estos obreros llegaban á las construcciones á las diez, se marchaban á las tres, y en el intervalo no hacían más que beber y jugar á las cartas. En cuanto á los inspectores encargados de su vigilancia, respondían, cuando se les preguntaba, que no podían hacerse respetar y no querían exponerse á ser degollados.

«El cuadro, escribe M. Cheysson, ha sido el mismo en nuestros talleres nacionales de 1848, que han terminado en las sangrientas jornadas de Junio, al intentarse su supresión.

»Es curioso notar, que á pesar de las lecciones de la historia, este prejuicio del derecho al trabajo ha conservado sus fieles. Acaba de celebrarse en Erfurt, el sexto congreso evangélico social, especie de Parlamento de las iglesias reformadas, muy lleno de socialismo cristiano. Con motivo del informe de un publicista distinguido. M.

de Masson, activo colaborador del pastor Badelswing en la creación de las colonias de trabajadores, el Congreso ha proclamado que «era deber estricto de todo Estado bien regido preparar en todo lo posible solución al doloroso azote social de la huelga forzosa». Es la fórmula mitigada del derecho al trabajo».

En un discurso de clausura pronunciado en 1901 en el «Congreso de beneficiencia de las familias», M. Pierre Baudin, ministro de Obras públicas, ha marcado perfectamente, en las siguientes líneas, la precisión de renunciar á la quimérica idea de resolver problema semejante mediante leyes ó reglamentos.

«La conciencia moderna ha creado dos títulos nuevos de unión entre los hombres, la miseria y el dolor.

... Asegurar á todos los desheredados: á todas las manifestaciones de la miseria, el disfrute de este nuevo derecho (el derecho á la vida) no puede ser obra ni de una fórmula mágica ni de la fuerza al servicio de la ley.»

Este problema ha preocupado hace mucho tiempo, como se ve, á grandes espíritus y ninguno de ellos ha podido encontrar la solución ni aun lejana. Es evidente, por otra parte, que si esta solución se hubiera descubierto, la cuestión social estaría en gran parte resuelta.

Y porque hasta hoy no ha podido hallarse, el socialismo, que pretende resolver el insoluble problema, y no retrocede ante promesa alguna, es tan temible hoy. Tiene por aliados á todos los desheredados, á todos los vencidos en la lucha por la existencia, á todos los inadaptados, cuya formación hemos explicado. Representa para ellos el último destello de esperanza que jamás falta en el corazón humano. Pero como sus promesas serán necesariamente vanas, puesto que las leyes naturales que rigen nuestro destino no pueden variar, su impotencia será pa-

tente para todos en cuanto triunfe, y tendrá entonces por enemigos á las muchedumbres mismas que sedujo y que hoy tienen en él sus esperanzas. De nuevo, desengañado el hombre, emprende una vez más la eterna labor de forjar quimeras capaces de encantar su espíritu por algún tiempo.

LIBRO SÉPTIMO

LA EVOLUCIÓN DE LA ORGANIZACIÓN SOCIAL

CAPITULO PRIMERO

Los orígenes y el reparto de la riqueza: la inteligencia, el capital y el trabajo.

§ I. *La inteligencia.*—Su intervención en la evolución moderna del mundo.—Es la principal creadora de las riquezas que aprovechan todos los trabajadores.—El trabajo del obrero manual sólo á él le aprovecha, el del inventor sirve á todos los trabajadores.—Las capacidades de un corto número de gente escogida producen más riquezas que el trabajo del resto de la población.—Odio de los socialistas á la inteligencia.—En qué está fundado dado su modo de ver.—§ II. *El capital.*—Su representación.—Servicios que hace el capitalista á los trabajadores haciendo bajar el precio de venta de las mercancías.—Difusión natural del capital en gran número de manos.—División progresiva de la riqueza pública.—Efecto que produciría el reparto igual de la riqueza pública entre todos los trabajadores.—Progresiva reducción del dividendo de los accionistas en todas las empresas industriales y aumento constante del salario de los obreros.—La renta del accionista tiende más cada día á desaparecer.—Estado actual de la riqueza inmueble.—Por qué la gran propiedad no es ya origen de riqueza y tiende más y más á dividirse.—Los mismos fenómenos en Francia y en Inglaterra.—§ III. *El trabajo.*—Relaciones actuales entre el capital y el trabajo.—Nunca la situación de los obreros ha sido tan próspera como hoy.—Aumento constante de los jornales.—Son muchas veces superiores á lo que se obtiene en las profesiones liberales.—La situación de los obreros es la única que mejora constantemente.—§ IV. *Las relaciones entre el capital y el trabajo.—Patronos y obreros.*—Hostilidad creciente de los obreros contra el capital.—Total incomprensión que rige las actuales relaciones entre patronos y obreros.—Insuficiencia de los conocimientos psicológicos de los patronos en sus relaciones con los obreros.—El patrono en la grande industria moderna.—Patronos y obreros forman hoy dos clases constantemente enemigas.

Los descubrimientos científicos é industriales de la época actual, condenan á las sociedades á sufrir una evolución profunda. Lo hemos dicho ya en varias partes de este libro. Réstanos precisar en este capítulo y los que le seguirán, las características más esenciales de esta evolución.

Las más importantes trasformaciones sociales de hoy derivan del problema del reparto de las riquezas. Antes de averiguar de qué modo puede repartirse la riqueza, es preciso saber cómo se produce. Es lo que vamos á examinar en primer término.

Los socialistas no reconocen casi más que dos fuentes de riqueza, el capital y el trabajo. Todas sus reclamaciones se dirigen contra la parte, en su opinión excesiva, que se atribuye el capital. No pudiendo negar su necesidad en la industria moderna, sueñan al menos con la supresión de los capitalistas.

Fuera del capital y el trabajo, existe, sin embargo, una tercera fuente de riqueza: la inteligencia. Los socialistas no la conceden generalmente sino muy escaso valor. Su acción es, no obstante, dominante, y por esto comenzaremos nuestro examen por ella.

§ I.—La inteligencia.

En la aurora de las civilizaciones, la capacidad intelectual desempeñaba un papel apenas superior al del trabajo manual. Con los progresos de las ciencias y la industria, este papel ha terminado por ser de tal modo preponderante, que su importancia no podría exagerarse. El trabajo del oscuro obrero manual casi sólo á él aprovecha, mientras que las obras de la inteligencia enriquecen á la humanidad entera. Un socialista aseguraba, en un discurso á la Cámara de los diputados, «que no hay hombres que sean en la realidad humana el equivalente

de cien mil». Es evidente que en menos de un siglo puede citarse, de Stephenson á Pasteur, toda una floración de inventores, cada uno de los cuales vale más que 100.000 hombres, no sólo por el valor teórico de los inventos salidos de su cerebro, sino por las riquezas que estos inventos han extendido por el mundo, y los beneficios que con ellos han obtenido los trabajadores (1). Si el día del juicio final las obras se miden por su valor real, ¿cuán inmenso será el de estos poderosos genios? A sus descubrimientos se debe la mayor parte del capital que en el mundo existe. El economista inglés Mallock calcula en un tercio de la renta actual de Inglaterra la parte que puede atribuirse al talento de un corto número. Produce éste por sí sólo más que el resto de la población. La historia de la civilización no es en realidad sino la de los grandes hombres que se han sucedido en las edades. Los pueblos que no han poseído grandes hombres, no tienen civilización ni historia.

Los socialistas de todas las escuelas se niegan á reconocer la importancia de la superioridad intelectual. Marx no entiende por trabajo más que la obra manual, y relega

(1) Aun haciendo caso omiso de los grandes descubrimientos como el de la máquina de vapor, de los ferrocarriles, etc., podrían citarse por centenares los inventos que han beneficiado á todos los trabajadores. Algunos como el de la trasformación del hierro fundido en acero, realizado por Bessemer, han producido una revolución en la industria y dado trabajo á millares de obreros. Antes de él, el precio de la tonelada de acero era de 1.500 francos y su consumo casi no excedía de 50.000 toneladas. Después de su descubrimiento, el precio ha descendido á 150 francos y el consumo se ha hecho veinte veces mayor. El acero ha reemplazado á la madera en la construcción de buques y á la piedra en la de grandes edificios. Puede pensarse qué dificultades hallarían tales descubrimientos con el régimen socialista, viendo la oposición que en ocasiones encuentran por parte de las corporaciones sabias. Cuando Bessemer hizo conocer en 1856 su descubrimiento á la Asociación británica para el progreso de las ciencias, fué considerado tan poco interesante, que se negó la inserción de la Memoria en que estaba expuesto entre los informes de la Asociación.

á segundo término el genio inventor, de capacidad, de dirección, que no obstante ha trasformado el mundo.

Esta aversión de los socialistas hacia la inteligencia es bastante fundada, porque precisamente la inteligencia será el eterno obstáculo ante el cual se estrellarán sus ideas igualitarias. Supongamos que por una medida análoga á la revocación del edicto de Nantes—medida que tratarían de dictar muy pronto los socialistas, si fueran los dueños, —todas las grandes inteligencias de Europa, sabios, artistas, industriales, inventores, obreros escogidos, etcétera, fueron expulsados de los países civilizados y obligados á refugiarse en una isla hoy desierta. Admitamos aún que se refugian allí sin el menor capital. No es dudoso, sin embargo, que esta isla, por pobre que se la suponga, llegaría á ser pronto el primer país del mundo por su civilización y su riqueza. Esta riqueza sería muy pronto tal que sus poseedores podrían mantener un poderoso ejército de mercenarios y no tendrían que temer á nadie.

§ II.—El capital.

El capital comprende todos los objetos, mercancías, instrumentos, casas, tierras, etc., que tienen valor en venta. La moneda no es más que el signo representativo, la unidad comercial que sirve para valorar y cambiar los diversos objetos.

Para los socialistas el trabajo es fuente única y medida del valor. El capital es sólo una porción de trabajo no pagado y robado al obrero.

Sería inútil perder el tiempo en discutir asertos tantas veces refutados. El capital es trabajo acumulado, material ó principalmente intelectual. El capital ha librado al hombre de la esclavitud de los tiempos primitivos, de la naturaleza sobre todo, y hoy constituye base fundamental de toda civilización. Acosarle, perseguirle sería

obligarle á huir ó esconderse, y matar á un tiempo mismo la industria, á la que no podría alimentar, y luego, y como consecuencia, terminar con el salario. Son estas vulgaridades que en verdad no exigen demostración alguna.

La utilidad del capital en las grandes industrias es de tal modo evidente, que si los socialistas todos hablan de la supresión de los capitalistas, casi no mencionan la del capital. El rico capitalista presta inmensos servicios al común por la reducción de los precios de producción y venta de los objetos. Un gran industrial, un gran importador, un almacen pueden entenderse con un beneficio del 5 al 6 por 100 y vender por consiguiente los productos mucho menos caros que el pequeño industrial, ó comerciante, obligados, para cubrir gastos y vivir, á recargar las mercancías del 40 al 50 por 100 (1).

El aumento de la riqueza y el número de los que de ella participan, es hoy considerable. Puede juzgarse por las cifras siguientes, sacadas de un trabajo leído en la Sociedad de estadística y publicado por el *Oficial* de 27 de Junio de 1896. Ofrecen datos muy interesantes y que parecen exactos, al menos considerados en montón, como la mayor parte de los datos estadísticos.

El capital nominal de las rentas francesas, que era de 713 millones en 1800, ascendía á 4.426 en 1830, á 5.516 en 1852 y á 26.000 en 1896.

El número de inscripciones de capitales, que era de

(1) Este tanto por ciento á veces es más elevado. Resulta de un documento publicado por varios periódicos, que el valor de los artículos de primera necesidad se cuadruplica en ocasiones por los intermediarios. Para citar sólo un ejemplo: el cultivador que expide una partida de verdura de 150 kilos á París, percibe algo menos de 10 francos, de los 45 próximamente en que se vende al público. «Puede decirse, observaba el autor del artículo, que en el tráfico de comestibles que se hace en los mercados de París, los cosumidores de París pagan 5 francos por lo que los productores del departamento venden á uno». Fácilmente se percibe lo que el público ganaría con que grandes capitalistas pudieran apoderarse del tráfico de los alimentos como lo han hecho con el de los vestidos.

195.000 en 1830, subió á cinco millones en 1895. El de capitalistas sería por lo tanto veinticinco veces mayor que en 1814 (1).

El aumento del número de participantes en las empresas industriales tiende también á aumentar. En 1888 las acciones del Crédito territorial estaban en manos de 22.000 individuos; hoy pertenecen á 40.000.

Igual subdivisión se observa en las acciones y obligaciones de las Compañías de ferrocarriles; hoy se reparten entre dos millones de personas.

Veremos muy pronto que lo mismo ocurre con la propiedad. Cerca de los dos tercios de Francia están en manos de seis millones de propietarios. M. Leroy-Beaulieu llega á la conclusión final de que «los tres cuartos de la fortuna acumulada y probablemente cerca de los cuatro quintos de la renta nacional están en manos de obreros, aldeanos, pequeños burgueses y rentistas». Asimismo las grandes fortunas son cada vez más raras. Las estadísticas calculan en un dos por 100 á lo más el número de familias que tengan 7.500 francos de renta. De 500.000 herencias que se registan anualmente, 2.600 solamente exceden de 20.000 francos de capital.

El capital tiende, por lo tanto, á difundirse en mayor número de manos y se difunde porque constantemente aumenta. Las leyes económicas obran en este punto en el sentido que sueñan los socialistas, pero por medios muy diferentes de los que ellos preconizan, puesto que el efecto producido es consecuencia de la abundancia de capitales y no de su supresión.

---

(1) No hay que olvidar, sin embargo, que pudiendo tener y aun teniendo necesariamente una misma persona varios títulos, nada tienen estas cifras de absoluto. Según datos que he obtenido en el ministerio de Hacienda, la cifra de inscripciones nominativas ó al portador era, á fines de 1896, de 4.522.449 (y no de cinco millones como asegura el informe que acabo de citar). Naturalmente, se ignoraba entre cuántas manos estaban repartidos estos títulos, á pesar de las conclusiones de la misma estadística.

Puede preguntarse, sin embargo, qué efecto produciría el reparto igual, entre todos, de la fortuna de un país, y si con él ganarían los trabajadores. Fácil es responder.

Admitamos que, según los deseos de ciertos socialistas, se reparten los 220.000 millones que representan la fortuna de Francia entre sus 38 millones de habitantes. Admitamos también que pueda hacerse efectiva en dinero esta fortuna, cosa evidentemente imposible puesto que sólo existen 7 ú 8.000 millones en oro y plata (1), estando el resto representado por casas, fábricas, tierras y objetos de toda especie. Admitamos asimismo que al anuncio de este reparto los valores mobiliarios no pierdan su valor en veinticuatro horas. Aun admitiendo todas estas cosas imposibles, cada individuo tendría un capital aproximado de 5.500 francos, que representa una renta de 165. Sería preciso conocer muy poco la naturaleza humana para no estar convencido de que la incapacidad y el despilfarro de un lado, la capacidad, el ahorro y la energía de otro, cumpliendo pronto con su cometido, restablecerían la desigualdad de riquezas. Si para evitar un reparto general se repartiera tan sólo las grandes fortunas; si, por ejemplo, se confiscara toda renta que excediera de 25.000 francos para repartirlos entre las demás categorías de ciudadanos, la renta de estos últimos no habría subido sino en un 4 1[2 por 100. El que tuviera en la actualidad 1.000 francos de paga, percibiría entonces 1.045 (2). En cambio

---

(1) No existe en el mundo entero, según los economistas, más de 24.000 millones en moneda de oro, y 20.000 en plata. Si se repartieran entre los 1.500 millones de habitantes de la tierra, tocarían á cada uno 29 francos. El país más rico del mundo, los Estados Unidos, sólo posee 8.000 millones de numerario. La fortuna de los inmensos millonarios norteamericanos se compone principalmente de papel. El numerario no adquiere su valor sino por una rápida circulación.

(2) No es este, en verdad, sino el aspecto material de la cuestión. Tiene también otro psicológico que no hay que olvidar. Lo que escandaliza en las fortunas demasiado grande es: 1.º, su ori-

de este insignificante aumento, el comercio y muchas industrias, que dan para vivir á millones de individuos, desaparecerían totalmente. La ruina de los trabajadores sería por lo tanto general y su suerte bastante peor que lo es hoy.

Al propio tiempo que se nota la difusión de los capitales, que todos los socialistas sinceros deberían bendecir, se observa también que la parte que percibe el capital en las empresas industriales se reduce, en tanto que aumenta, por el contrario, la de los obreros.

M. Harzé, inspector de minas en Bélgica, ha mostrado que desde hace treinta años, habiendo variado poco los gastos de explotación que oscilaban alrededor del 38 por 100, la participación de los accionistas se había progresivamente reducido en más de una mitad, en tanto que la del obrero había aumentado considerablemente.

---

gen constituído con demasiada frecuencia por verdaderas depredaciones; 2.º, el poder enorme que dan á sus poseedores, permitiéndoles comprar todo, hasta los títulos de miembros de las sociedades más sabias; 3.º, la vida escandalosa de los herederos de los que las han fundado.

Es evidente que un industrial que se enriquece vendiendo á un precio moderado productos que lo tenían muy alto antes de él, ó creando una industria nueva, tal, por ejemplo, como la trasformación del hierro fundido en acero, un nuevo método de calefacción, etcétera, presta un servicio al público al propio tiempo que se enriquece. Cosa enteramente distinta ocurrre en los adinerados cuya fortuna tiene por único origen la colocación de toda una serie de empréstitos en países de poco crédito, de sociedades de contrabando, por los cuales perciben comisiones enormes. Sus colosales fortunas casi sólo son suma de robos impunes; y todos los países habrán de encontrar algún día medio, ya por enormes derechos de sucesión, ya por impuestos especiales, de impedir que constituyan un Estado en el Estado. Esta necesidad ha preocupado ya á varios eminentes filósofos. He aquí cómo se expresa Stuart con tal motivo: «El poder de trasmisión es uno de los privilegios de la propiedad que pueden ser reglamentados de modo útil y por interés público, y el modo mejor de impedir la acumulación de grandes fortunas en manos de los que no las han adquirido por su trabajo, es poner un límite á lo que puede adquirirse por legado ó sucesión.»

Se ha calculado que si se dejara á los obreros de ciertas empresas la totalidad de los ingresos, cada obrero ganaría, por término medio, 86 francos más al año. No los ganaría mucho tiempo, por lo demás. En esta hipótesis la empresa había de ser forzosamente administrada por los obreros, y perecería muy pronto, ganando éstos, finalmente, mucho menos que en el actual estado de cosas.

El mismo fenómeno, es decir, el aumento de los salarios á expensas de los dividendos del capital, se observa en todas partes. Según M. Daniel Zolla, mientras que la propiedad inmueble bajaba un 25 por 100, los salarios agrícolas han aumentado un 11 por 100. En Inglaterra, según M. Lavollée, en los últimos treinta años los ingresos de las clases obreras han aumentado un 59 por 100, y las rentas de las clases acomodadas han disminuído en el 30.

El salario del obrero continuará sin duda aumentando de este modo, hasta que ya no quede disponible más que el *mínimum* indispensable para la remuneración, no del capital gastado en una empresa, sino simplemente de los administradores necesarios para dirigirla. Es, al menos, la ley del momento actual, pero no puede serlo del porvenir. Los capitales inmovilizados en antiguas empresas no pueden evitar la desaparición que les amenaza, pero los capitales futuros sabrán defenderse mejor. Veremos al estudiar los sindicatos de producción industrial, cómo emprenden su defensa ahora.

El trabajador de hoy se halla en una fase que no volverá á ver, en que puede dictar la ley y explotar impunemente la gallina de los huevos de oro. En todas las antiguas empresas por acciones, trasportes, ferrocarriles, ómnibus, fábricas, minas, etc., los sindicatos obreros están seguros de llegar progresivamente á exigir el total de los beneficios, no deteniéndose hasta el momento preciso en que el dividendo del accionista llegue á ser nulo, y en que quede lo preciso para pagar á los directores y admi-

nistradores. Sabido es, por innumerables ejemplos, con qué admirable resignación soporta el accionista, por parte de los Estados ó compañías privadas, la reducción en primer lugar, después la supresión total de su renta. Los carneros no tienden con mayor dulzura su cuello al que ha de sacrificarlos.

Este fenómeno de la reducción progresiva, tendiendo á la desaparición total de las rentas, del accionista, se observa hoy en grande escala en los países latinos. A consecuencia de la indiferencia y despreciable debilidad de los administradores de las Compañías, todas las exigencias del personal asociado son inmediatamente satisfechas. Claro está que sólo pueden serlo disminuyendo los beneficios de los accionistas. Naturalmente, las reivindicaciones de los mismos asociados se repiten muy pronto, y, naturalmente, también los administradores, que por su parte nada tienen que perder y á quienes el miedo acosa, continúan cediendo, lo cual reduce de nuevo los dividendos, y, por consiguiente, el valor de las acciones. Esta serie de operaciones puede prolongarse hasta el día en que, llegando á anularse el dividendo, el valor de las acciones se anule también. Por este modo ingenioso de despojo, muchas de nuestras grandes empresas industriales producen menos cada día y nada absolutamente producirán dentro de algunos años. Los verdaderos propietarios de la empresa habrán sido progresiva y totalmente eliminados, que es el ideal de los colectivistas. No es fácil decir cómo podría hallarse entonces accionistas que funden nuevas empresas. Desde hoy se ve dibujarse una desconfianza prudente y una tendencia á colocar capitales en los países en que están menos expuestos. El éxodo de los capitales y también de los talentos, sería la consecuencia primera del triunfo completo de los socialistas.

El doble fenómeno que acabamos de observar en cuanto á la riqueza mobiliaria, su reparto en un número de manos cada vez mayor y la reducción de la renta del ca-

pital á consecuencia de la elevación progresiva del salario de los obreros, se nota igualmente en la riqueza inmueble. Según el informe de M. E. Tisserand sobre el decenio último, hay en Francia 49 millones y medio de hectáreas en cultivo. Están repartidas en 5.672.000 granjas; 2 y 1[2 por 100 solamente de éstas están consagradas al cultivo en grande escala, es decir, poseen una superficie mayor de 40 hectáreas, pero comprenden una extensión del 45 por 100. Si, por lo tanto, hay una gran preponderancia en el número de pequeñas explotaciones, se ve al mismo tiempo que cerca de la mitad del suelo pertenece al 2 y 1[2 tan sólo del número de granjas.

La gran propiedad, pues, comprende todavía en Francia cerca de la mitad del territorio; pero es evidente que así no podrá mantenerse mucho tiempo, en razón precisamente del beneficio cada vez menor que el capital obtiene en toda clase de empresas. Las causas de su desaparición próxima son fáciles de mostrar.

La agricultura emplea próximamente 8.500.000 individuos (1), más de la mitad propietarios del suelo que cul-

---

(1) Estas cifras varían notablemente según el modo de utilizar los números. He aquí, según las cifras de la *Oficina del trabajo* resumidas por M. de Flaix en el *Economiste français,* el censo del personal de las industrias y profesiones de Francia en 1896. Las presento en números redondos:

Agricultores.	8.502.000	de ambos	sexos.
Industriales.	5.605.000	»	»
Comerciantes.	2.287.000	»	»
Profesiones liberales.	339.000	»	»
Servicio personal (peluqueros, etc).	52.000	»	»
Criados.	917.000	»	»
Empleados.	689.000	»	»
	18.391.000	de ambos	sexos.

De 38.500.000 franceses, casi la mitad toman parte en el trabajo nacional, y en este número figuran más de seis millones de mujeres.

tivan, la otra mitad viviendo á jornal. Ahora bien; si se compara la estadística agrícola de 1856 con la de 1886, última publicada con algún pormenor, se ve que si ha disminuído algo el número de agricultores, el de propietarios cultivadores ha aumentado por el contrario. La aparente disminución de los agricultores, que tanto preocupa á algunos escritores, es *simple resultado de la extensión creciente de la pequeña propiedad.*

Esta extensión del número de propietarios es un fenómeno exactamente paralelo al del aumento del número de los que poseen valores mobiliarios.

Si el número de gentes que cultivan su propiedad aumenta, es evidente que el de arrendatarios, colonos y criados ha de disminuir. Ha de disminuir tanto más, el de criados principalmente, cuanto que la mano de obra costosa se reemplaza por las máquinas agrícolas. El aumento del cultivo de pastos, mayor en una cuarta parte desde 1862, y que exige un personal bastante menos numeroso, ha contribuído igualmente á ello. Si los campos se han despoblado así algún tanto, es únicamente porque tienen menor necesidad de brazos, pero nunca les han faltado. Los brazos son suficientes. Son las cabezas las que faltan en ocasiones.

Evidentemente el pequeño cultivo no es productivo, y sin embargo, da para vivir al que lo practica. Ganarán ciertamente menos trabajando para sí que si trabajaran para los demás, pero es enteramente distinto lo primero, que trabajar por cuenta de un amo.

La situación de los grandes propietarios es de las más precarias, tanto en Francia como en Inglaterra; y por esto, como anteriormente decía, tienden á desaparecer. Sus tierras están condenadas á dividirse próximamente. Incapaces de cultivarlas ellos, viendo que producen cada vez menos con la competencia de los cereales extranjeros, y las exigencias mayores cada día de los obreros, se hallan más y más en el caso de renunciar á su explotación, que

les cuesta á veces más que les produce. (1) Terminarán necesariamente por vender sus tierras en trozos á pequeños propietarios que las exploten por sí mismos. No teniendo estos últimos gasto alguno, y poco capital que hacer producir, dado el precio bajo de sus adquisiciones, vivirán cómodamente de fincas que antes hacían vivir mal á los grandes propietarios. La propiedad en grande escala no será muy pronto más que un lujo inútil. Es todavía un signo, pero no una fuente de riqueza.

Los fenómenos que acabo de anotar se observan en todas partes, y de un modo más particular en los países de propiedades muy grandes, tal como Inglaterra. Resultan como he dicho, de las exigencias en aumento de la población obrera, que coinciden en la reducción del valor de las producciones del suelo, á raíz de la competencia extranjera hecha por pueblos en que la tierra no tiene valor como América, ó por aquellos en que el trabajo normal no cuenta como en la India. Esta competencia, en pocos años, ha hecho decender entre nosotros el precio del trigo en un 25 por 100, á pesar de los derechos protectores, pagados naturalmente por todos los consumidores de pan.

En Inglaterra, país de libre cambio, donde no hay derecho protector alguno contra la competencia extranjera, la crisis se produce en toda su intensidad. Los granos extranjeros llenan los puertos ingleses, lo mismo que las carnes. Buques con cámaras frigoríficas hacen contínuamente la travesía entre Sydney, Melbourne y Londres. Traen á 10 ó 15 céntimos la libra de carneros ó bueyes ya partidos, sin hablar de la manteca, de la que algunos trasportan 600.000 kilos en un viaje. Aun cuando los propietarios hayan bajado más de un 30 por 100 el precio de

(1) En el Aisne, país de cultivo en grande, se contaba, según se dice, hace algunos años, 900 granjas importantes abandonadas; jamás se ha citado una sola pequeña propiedad que se halle en este caso. Esta observación es también aplicable á Inglaterra.

sus arrendamientos, así no perciben nada. M. de Mandat-Grancey , en su notable informe, cita propietarios cuyos libros ha examinado, cuyas tierras que hace algunos años producían 500 á 800.000 francos anuales, sólo producen hoy de 10 á 12.000, á consecuencia de la falta de pago de los arrendamientos. Imposible obligar á los colonos que no pagan, por la sencilla razón de que no se encontraría quien se atreviera á pagar. Aun no pagando, los colonos prestan al menos el servicio de cuidar la tierra é impedir quede yerma. Los propietarios ingleses se verán obligados forzosamente, lo mismo que los franceses de que antes hablaba, á dividir sus tierras y venderlas á ínfimo precio á pequeños cultivadores. Estos últimos podrían entonces explotarlas con provecho; en primer lugar, porque lo harían por sí, y después, porque las habrían comprado á un precio insignificante.

No hay que lamentar con exceso, creo yo, que los grandes propietarios estén en todas partes destinados á ser muy pronto víctimas de la evolución de las leyes económicas. Tienen considerable interés las sociedades del porvenir en que la propiedad se subdivida hasta que nadie posea más de lo que puede cultivar. De esto resultaría una grandísima estabilidad política. El socialismo no tendrá probabilidad alguna de éxito en sociedades tales.

En resumen; lo que hemos dicho con respecto al reparto del capital, lo vemos también en lo que refiere al del suelo. Por la acción de las leyes económicas la gran propiedad está condenada á desaparecer. Antes de que los socialistas hayan terminado de discutir acerca de ellas, habrá desaparecido el motivo de la discusión, á consecuencia de la acción imperturbable de las leyes naturales, que obran unas veces en pro, otra en contra de nuestras doctrinas, pero sin tenerlas para nada en cuenta.

§ III.—El trabajo.

Las cifras que hemos dado muestran la progresión creciente de los beneficios del trabajo, y la reducción no menos progresiva de las del capital. En razón de su indisputable necesidad, el capital ha podido imponer mucho tiempo á los trabajadores sus exigencias, pero hoy los papeles han cambiado. Las relaciones entre el capital y el trabajo, que eran primeramente las de amo y sirviente, tienden hoy á invertirse. El progreso de las ideas humanitarias, la indiferencia progresiva de los directores de explotaciones con respecto á los intereses de accionistas á quienes no conocen, y sobre todo la enorme extensión de las asociaciones obreras, han borrado poco á poco la representación del capital.

A pesar de las ardientes reclamaciones de los socialistas, es del todo evidente que la situación de los obreros nunca ha sido tan próspera como hoy. Dadas las necesidades económicas que rigen el mundo, parece muy probable que los trabajadores atraviesan por una edad de oro que no volverán á ver. Nunca se ha creído tan de derecho sus reivindicaciones, jamás el capital ha sido tan poco opresor y exigente.

Como acertadamente hace observar el economista inglés Mallock, la renta de las clases obreras modernas excede con mucho al de las clases todas hace sesenta años. Poseen en realidad mucho más de lo que tendrían si toda la fortuna pública hubiera pasado á sus manos, según el ideal de ciertos socialistas.

En Francia, desde 1813, según M. de Foville, los salarios han más que duplicado, en tanto que el dinero ha perdido sólo el tercio de su valor.

En París cerca del 60 por 100 de los obreros tienen jornales que oscilan entre cinco y ocho francos, y según las cifras publicadas por la Oficina del trabajo, los de los

escogidos son mayores. El jornal de los ajustadores varía de 7,50 francos á 9,50; el de los torneadores de 9 á 10. Los tallistas de piedras finas ganan hasta 15 francos diarios; los electricistas, 6 á 10; los fundidores de cobre, 8,50 á 12,50; los tejedores de 9 á 10,75; los capataces ordinarios, 10; los más capaces hasta 800 francos mensuales. Son salarios que un oficial, magistrado, ingeniero ó empleado no ganan sino tras largos años de espera, si es que lo consiguen. Puede repetirse, por tanto, con M. Leroy-Beaulieu: «El trabajador manual es el que obtiene los mayores beneficios de nuestra civilización. Todas las posiciones descienden á su alrededor, y la suya mejora» (1).

§ IV.—Las relaciones entre el capital y el trabajo. Patronos y obreros.

A pesar de esta tan satisfactoria situación del trabajador moderno, puede decirse que nunca las relaciones entre patronos y obreros, es decir, entre el capital y el trabajo han sido más tirantes. El obrero es cada día más exigente á medida que sus deseos se satisfacen más. La hostilidad contra el patrón crece más cuanto más obtiene. Se habitúa á no ver en él sino un enemigo; y, naturalmente, el patrono tiende, por su parte, á no ver en sus colaboradores sino enemigos de que debe desconfiar, y á los que termina por no ocultar su antipatía.

---

(1) Parecería, al leer los discursos del Parlamento, que la clase obrera es la única de que hay que ocuparse en la sociedad. Es lo cierto que se la atiende más que á otra alguna. Los campesinos, más numerosos y pienso que tan dignos de atención, son bastante poco considerados. Para los obreros se han fundado las cajas de retiro, las sociedades de socorros y de seguros contra accidentes, las habitaciones económicas, las sociedades cooperativas, las exenciones de impuestos, etc. Los poderes públicos ó privados se excusan siempre de no hacer bastante. Los directores de industrias siguen el movimiento, y hoy se rodea al obrero de los más varios cuidados.

Afirmando siempre las exigencias y errores evidentes de los obreros, no hay que negar, sin embargo, las de los patronos. La dirección de un personal de obreros exige una psicología sutil y delicada, pide un estudio atento de los hombres. El patrono moderno que guía de lejos muchedumbres anónimas, no las conoce ya bien. Con un poco de habilidad, conseguiría muchas veces restablecer la inteligencia, como lo prueba la prosperidad de ciertas fábricas, en que patronos y obreros forman verdadera familia.

No estando ya en contacto con sus obreros, el patrono moderno los dirige por intermediarios ordinariamente poco hábiles. Así no encuentra sino hostilidad y antipatía, á pesar de todas las sociedades de socorros, cajas de retiro, etc. (1) y el aumento de jornales.

Los lazos de una disciplina anónima y forzosamente rígida han reemplazado á los personales de otro tiempo. El patrón se hace temer algunas veces; ya no sabe hacerse amar ni respetar, ni tiene prestigio. Desconfiando de los obreros, no les permite iniciativa alguna, y quiere siempre, entiéndase que hablo de los pueblos latinos, intervenir en sus asuntos. Fundará cajas de socorro, sociedades cooperativas, etc., pero jamás permitirá las dirijan los obreros mismos. Estos últimos no ven por tal razón en ellas sino medios para sujetarlos, de especulación, ó á

(1) El 97 por 100 de las sociedades mineras da retiro á sus obreros; y según M. Leroy-Beaulieu, más de la mitad de los beneficios de estas sociedades pasan á las instituciones de socorro de los mineros. Todos los directores de las Compañías industriales han emprendido este camino; lo que les es, por lo demás, en extremo fácil, puesto que todos los gastos que su filantropía ocasiona los pagan los accionistas, cabeza de turco como todo el mundo sabe. La Compañía del ferrocarril París-Lyón gasta anualmente 12 millones en instituciones de beneficencia de todas clases; la del Este distribuye anualmente á sus empleados 11 millones (57 por 100 del dividendo de los accionistas), aparte, claro está, de los 55 millones de pagas que distribuye entre sus 36.000 empleados. Todas las Compañías de ferrocarriles obran de igual modo, es decir, dan pruebas de la misma generosidad á expensas de sus accionistas.

lo más de desdeñosa caridad. Créense explotados ó humillados y se irritan en consecuencia. Preciso es tener pobre conocimiento de la psicología de las masas para creer que los beneficios colectivos puedan ser origen de reconocimiento. No engendran casi siempre más que ingratitud y desprecio hacia la debilidad del que tan fácilmente ha cedido á todas las exigencias (1). Es muy aplicable aquí la frase «que el modo de dar vale más que lo que se da». Las asociaciones obreras que por ser anónimas pueden ejercer y ejercen en efecto una tiranía mucho más dura que la del patrono más inflexible, son respetadas religiosamente. Tienen prestigio, y el obrero las obedece en toda ocasión, aun cuando le cueste perder su jornal.

El patrono de la gran industria moderna va tendiendo á no ser más que un subordinado á sueldo de una Compañía, y no tiene, por consiguiente, por qué interesarse por su personal. Por lo demás, no sabe tratarle. Un patrón de poca importancia, que haya sido antes obrero, será muchas veces bastante más duro, pero sabrá muy bien cómo ha de conducirse para dirigir á sus trabajadores y no lastimar su amor propio. Los directores de fá-

(1) El hecho ha sido curiosamente atestiguado en la célebre huelga de Carmaux. El director de la fábrica ha experimentado lo que puede costar el desacierto en la filantropía y la debilidad. Pagaba á sus obreros más que en otras partes, organizaba economatos donde adquirían al menudeo, y á precio del por mayor, los artículos de necesario consumo. Los resultados obtenidos están claramente indicados en el extracto siguiente de una *interview* con este director, publicada por el *Journal* del 13 de Agosto de 1895: «Los obreros de Carmaux siempre han percibido jornales mayores que en parte alguna. He querido, al pagarles más, estar seguro de la tranquilidad. Anualmente, y por este sólo concepto, les he pagado 100.000 francos más que lo que habrían recibido en otra fábrica de cristal. ¿Y de qué ha servido este enorme sacrificio? Para producirme disgustos que quería evitar á toda costa.» Con una psicología menos rudimentaria, este director hubiera previsto que semejantes concesiones habrían de provocar forzosamente nuevas exigencias. Todos los seres primitivos han despreciado siempre la bondad y la debilidad, sentimientos muy próximos y que para ellos no tienen fuerza alguna.

bricas son hoy, casi siempre, ingenieros jóvenes que salen de nuestras Escuelas superiores con mucha instrucción teórica, pero ignorando del todo la vida y los hombres. Por extraños que pueden ser á la profesión que ejercen, no admiten, sin embargo, que práctica alguna de seres y cosas pueda ser superior á su ciencia abstracta. Serán tanto menos diestros cuanto que profesan desdén profundo por la clase de que proceden muchas veces (1). Nadie desprecia tanto al campesino como el hijo de campesino, ni al obrero como el hijo de obrero, cuando han llegado á hacerse superiores á su origen. Es una de estas verdades psicológicas amargas de reconocer, como lo son, por lo demás, la mayor parte de las verdades psicológicas, pero que es preciso hacer constar.

Mucho más instruído que inteligente, el ingeniero joven es del todo impotente para representarse, ni trata de hacerlo por lo demás, la serie de razonamientos é ideas de los hombres que está llamado á dirigir. No se preocupa de los verdaderos medios de obrar sobre ellos. No enseñándose estas cosas en la escuela, no podían existir para él.

Toda su psicología se reduce á dos ó tres ideas enteramente formadas que ha oido repetir á su alrededor

---

(1) Los candidatos á las Escuelas superiores del Estado, Escuela politécnica, Escuela central, etc., proceden hoy principalmente de las clases más humildes de la sociedad. Los exámenes de ingreso y reválida exigen esfuerzos de memoria y una cantidad de trabajo de que no son muy capaces sino los individuos acosados por la miseria. Aun cuando la estancia en la Escuela politécnica cuesta muy poco, más de la mitad de los alumnos no pueden pagarla. Son hijos de comerciantes modestos, de criados, obreros, empleados de corto sueldo, que han obtenido ya pensión en el Liceo. Según un trabajo publicado por M. Cheysson en los *Annales des Pons et Chaussées*, de Noviembre de 1882, el número de pensionados de la Escuela politécnica, que era próximamente el 30 por 100 en 1850, excedía del 40 en 1880. Desde esta época las cifras han ido en aumento. Según mis investigaciones, hechas en la Escuela misma en 1897, de 447 alumnos 249 no pagaban pensión.

acerca de la grosería del obrero, su embriaguez, la necesidad de estrecharle, etc. Las ideas y concepciones del obrero no se le presentan sino en fragmentos desfigurados, y así andará á tientas y equivocado en las delicadas ruedas de la máquina humana. Según su temperamento será débil ó déspota, pero en ningún caso tendrá autoridad verdadera ni prestigio.

En general, el concepto que el burgués tiene del trabajador es tan poco exacto. Para él el obrero es un sér grosero y bebedor. Incapaz de hacer economías, gasta su paga sin meditar en casa del tabernero, en vez de pasar prudentemente la noche en casa. ¿No debería estar contento con su suerte, y no gana mucho más de lo que merece? Se le ofrecen bibliotecas, conferencias; para él se construyen casas á precio moderado. ¿Qué más pide? ¿No es incapaz de dirigir sus propios asuntos? Hay que sujetarle con mano de hierro, y si algo se hace para él, siempre hay que hacerlo sin su intervención, y tratarle como al perro á quien de tiempo en tiempo se arroja un hueso que roer cuando gruñe con algún exceso. ¿Es posible tratar de mejorar un sér tan poco mejorable? Por otra parte, no ha tomado el mundo hace mucho tiempo su manera de ser definitiva, en la economía política, en moral, y hasta en religión, ¿y qué significan todas estas aspiraciones á un cambio? Nada más rudimentario que semejante psicología.

Principalmente la incomprensión, incapaz de vencer, entre patronos y obreros, hace hoy tan tirantes sus relaciones recíprocas. En la imposibilidad unos y otros de asimilarse los pensamientos, necesidades y aficiones de la parte contraria, interpretan lo que no conocen según su propio modo de pensar.

La idea que el proletario se forma del burgués, es decir, del individuo que no trabaja manualmente, es tan inexacta como la del patrono, acerca del obrero que acabo de indicar. Para el obrero el patrono es un sér duro y

rapaz, que no hace trabajar á los hombres, sino para sacar dinero de su trabajo, y que se abandona á toda clase de orgías. Su lujo, por pequeño que pueda ser y aun cuando no esté más que en vestir con alguna decencia y tener la casa algo arreglada, es sólo inutilidad monstruosa. Sus trabajos de gabinete no son sino puros entretenimientos, ocupaciones de gente ociosa. El burgués tiene dinero hasta no saber que hacer de él, mientras que el obrero no lo tiene. Nada más fácil que remediar estas injusticias, puesto que bastaría algunos decretos bien dictados para trasformar la sociedad de la noche á la mañana. Obligar á los ricos á devolver al pueblo lo que le pertenece sería la simple reparación de escandalosas injusticias.

Si el proletario pudiera dudar del valor de su escasa lógica, no faltarían oradores, más serviles con él que lo son los cortesanos con los déspotas orientales, puestos á recordarle sin cesar imaginarios derechos. Es necesario, como he domostrado ya, que la herencia haya fijado muy sólidamente ciertos conceptos en la inconsciencia popular del pueblo para que los socialistas no hayan trunfado hace ya mucho tiempo.

En resumen, patronos y proletarios forman hoy, al menos en los pueblos latinos, dos clases enemigas, y como unos y otros se sienten incapaces de vencer por sí las dificultades de sus relaciones diarias, apelan invariablemente al Estado, mostrando así, una vez más, la indestructible necesidad de nuestra raza de ser gobernada, su incapacidad para concebir la sociedad de otro modo que como una jerarquía de clases que dirige un dueño omnipotente. La libre competencia, la asociación espontánea, la iniciativa personal son conceptos que no puede percibir nuestro espíritu nacional. Su ideal es siempre el vivir asalariado bajo el mando de un jefe. Este ideal reduce sin duda el producto del trabajo individual á su menor expresión, pero no exige tampoco más que la menor

cantidad de carácter y acción. Y de este modo volvemos una vez más á la noción fundamental de que el carácter de un pueblo, y no sus instituciones, ordena sus destinos.

CAPITULO II

La solidaridad social.

§ I. *La solidaridad social y la caridad.*—Diferencia fundamental entre los términos solidaridad y caridad.—La caridad es un sentimiento antisocial y nocivo.—Las obras más útiles de la solidaridad no tienen por base la caridad ni el altruismo.—Se basan en la asociación de intereses semejantes.—El movimiento hacia la solidaridad es una de las más importantes tendencias de la actual evolución social.—Sus causas profundas.—La asociación reemplaza el egoísmo individual impotente por un egoísmo colectivo que aprovecha á todos.—La solidaridad es hoy el arma más poderosa de los débiles.—§ II. *Las formas modernas de la solidaridad.*—Sólo es posible entre individuos que tienen intereses similares inmediatos.—Las sociedades cooperativas.—Su desarrollo entre los anglo-sajones.—Por qué tienen mal resultado entre los latinos.—Las sociedades por acciones.—Su poder y utilidad.—Necesidad de introducirlas entre las clases populares.—Las sociedades por participaciones y sus inconvenientes.—De qué modo los obreros podrían hacerse, por medio de sociedades por acciones, dueños de las fábricas en que trabajan.—§ III. *Las asociaciones obreras.*—Su utilidad, poder é inconvenientes.—Son necesaria consecuencia de la evolución moderna.—Desaparición forzosa de las antiguas relaciones familiares entre obreros y patronos.—§ IV. *Las industrias de gestión comunal. El socialismo municipal.*—Socialismo municipal en los países no socialistas.—Extensión de la administración comunal en Inglaterra y Alemania.—Condiciones de éxito de este modo de administrar.—Su fuerza en los pueblos latinos.

§ I.—La solidaridad social y la caridad.

La lucha que hemos visto en el seno de la sociedad,

pone frente á frente combatientes en condiciones muy desiguales. Vamos á ver cómo los más débiles han llegado, asociando sus fuerzas, á hacer esta lucha menos desigual.

Para muchas personas, el concepto «solidaridad social» significa siempre en cierto modo la idea de caridad. Su sentido es, sin embargo, muy diferente. La sociedad actual marcha visiblemente hacia la solidaridad de intereses y se aleja progresivamente de la caridad. Aún es muy probable que en el porvenir se considere la caridad concepción inferior y bárbara, altruista sólo en la apariencia, pero muy egoísta en su esencia y generalmente muy perjudicial.

El concepto solidaridad significa simplemente asociación, y de ningún modo caridad ó altuismo. La caridad es antisocial y nociva; el altruismo artificial é impotente. Al examinar la obras más útiles de solidaridad, sociedades de seguros, socorros mutuos, retiros, cooperación, etcétera, se ve que nunca tienen la caridad ni el altruismo por base, sino sólo combinaciones de intereses entre gentes que casi siempre no se conocen. Mediante una determinada cantidad al año, el individuo que cae enfermo ó llega á la vejez tiene derecho á una pensión en relación con lo que ha entregado. Tiene derecho á ello sin favor alguno, del mismo modo que el que posee un seguro contra incendios tiene derecho en caso de siniestro á que se le pague el importe del seguro. Utiliza un derecho que ha comprado y no un favor.

Deben marcarse bien estas diferencias para mostrar el abismo que existe entre las asociaciones de interés basadas en combinaciones financieras que se rigen por el cálculo de probabilidades, y las obras de caridad basadas en la buena voluntad supuesta y el altruismo incierto de un corto número de individuos. Las obras de caridad no tienen eficacia alguna social seria, y con grande acierto muchos socialistas, de acuerdo en este punto con los más

eminentes pensadores, las rechazan enteramente. No podemos menos de felicitarnos de que haya hospitales, casas de socorro, administrados por el Estado á expensas públicas para ciertos casos urgentes, pero las obras de caridad consideradas en su conjunto son en la práctica mucho más perjudiciales que útiles. Por falta de una vigilancia imposible sirven con la mayor frecuencia para sostener categorías enteras de individuos que sólo explotan la piedad para vivir en la pereza. Su resultado más claro es alejar del trabajo á muchos indigentes, que encuentran más productivos los recursos de la caridad, y aumentar en proporciones enormes la mendicidad profesional.

Las innumerables obras de pretendida asistencia, á los individuos sin trabajo, á las viudas sin trabajo, á los chinos abandonados, etc., etc., son todo los más buenas para ocupar á señoras viejas que no tienen otro trabajo ó á gente de mundo inactiva, deseosa de lograr su salvación á poca costa y satisfechos por ocupar sus ocios siendo presidentes, informantes, secretarios, consejeros, tesoreros, etc., de algo. Así se hacen la ilusión de haber servido para algo en este mundo. Y en esto se engañan mucho.

El movimiento hacia la solidaridad, es decir, hacia la asociación de los intereses semejantes, que se bosqueja tan generalmente, es quizá la más clara de las nuevas tendencias sociales y probablemente una de las que tendrán más influjo sobre nuestra evolución. Hoy la palabra solidaridad se usa con mucha más frecuencia que los antiguos vocablos de igualdad y de fraternidad y tiende á sustituirlos. No es nada sinónima de ellos. El objeto final de las coaliciones de intereses es luchar contra otros intereses, y por esto es visible que la solidaridad no es más que una forma particular de los seres ó de las clases. Tal como se la comprende hoy, la solidaridad reduce á asociaciones muy circunscritas nuestros antiguos sueños de fraternidad.

Esta tendencia á la solidaridad por la vía de asocia-

ción, que vemos acentuarse más cada día, tiene causas diversas. La más importante es la depresión de la iniciativa y de la voluntad individuales, así como la frecuente impotencia de esta iniciativa y de esta voluntad en las condiciones creadas por la evolución económica actual. La necesidad de la acción se pierde cada vez más. Ya no es casi más que por medio de las asociaciones, es decir, con ayuda de las colectividades como se llegan á ejercer los esfuerzos individuales.

Una causa más profunda todavía impulsa hacia la asociación á los hombres modernos. Habiendo perdido sus dioses y viendo desvanecerse sus hogares, sin tener ya esperanza en el porvenir, sienten cada vez más la necesidad de un apoyo. La asociación sustituye al egoísmo individual é impotente por un egoísmo colectivo y poderoso que beneficia á todos. A falta de agrupaciones fundadas sobre los vínculos religiosos, los vínculos de la sangre, los vínculos políticos, vínculos cuya acción se debilita cada vez más, la solidaridad de los intereses puede unir con bastante fuerza á los hombres.

Este género de solidaridad es, además, casi el único medio que queda á los débiles, es decir, á la mayoría, para luchar contra los poderosos y no ser demasiado oprimidos por ellos.

En la lucha universal, cuyas leyes hemos trazado anteriormente, el más débil está siempre desarmado ante el más fuerte, y el más fuerte no duda en aplastarlo. Barones feudales, barones financieros ó barones industriales, nunca han tratado muy bien hasta ahora á cuantos las circunstancias ponían en sus manos.

Ante esta universal opresión, que ni las religiones ni los códigos han podido combatir hasta ahora más que por vanas palabras, el hombre moderno opone el principio de la asociación, que hace solidarios á todos los individuos de un mismo grupo. La solidaridad es casi la única arma que los débiles poseen para destruir un poco las conse-

cuencias de las desigualdades sociales y hacerlas un poco menos duras.

Lejos de verse contradicha por las leyes naturales, esta solidaridad tiene, por el contrario, el mérito de poderse apoyar sobre ellas. La ciencia no cree en la libertad ó por lo menos no la acepta en su dominio, pues observa en todas partes fenómenos regidos por un determinismo riguroso. Cree todavía menos en la igualdad, porque la biología ve en las desigualdades de los seres la condición fundamental de sus progresos. En cuanto á la fraternidad, tampoco podría aceptarla, pues la lucha sin cuartel es un fenómeno constante desde los tiempos geológicos. La solidaridad, por el contrario, no queda destruída por ninguna observación. Ciertas sociedades animales, sobre todo las más inferiores, sólo subsisten por una estrecha solidaridad, la única que hace posible la defensa contra sus enemigos.

La asociación de los intereses semejantes en los diversos miembros de las sociedades humanas, es seguramente muy antigua, pues se remonta á los primeros tiempos de nuestra historia; pero en todas las edades tuvo más ó menos límites y trabas. Apenas se la toleró en el estrecho terreno de los intereses religiosos y económicos. La Revolución creyó hacer una obra útil suprimiendo las corporaciones. Ninguna medida podía ser más nefasta para la causa democrática que creía defender. Hoy, aquellas corporaciones abolidas renacen por todos lados con nuevos nombres y también con nuevas formas. Con los progresos modernos de la industria, que han aumentado considerablemente la división del trabajo, este renacimiento era fatal.

§ II.—Las formas modernas de la solidaridad.

Como la distinción fundamental entre las obras de so-

lidaridad basadas sobre combinaciones de intereses y las que se apoyan en la caridad está bien señalada, vamos á echar una ojeada rápida á las diversas formas de la solidaridad moderna.

Ante todo, es evidente que no hay necesariamente solidaridad entre los individuos, sólo por el hecho de que trabajan en una obra común, cuyo éxito depende de la asociación de sus esfuerzos; es lo contrario de lo que se observa con mucha frecuencia. El director de una fábrica, sus obreros y sus accionistas tienen teóricamente un interés semejante en la prosperidad de la obra de que depende su existencia ó su fortuna. En realidad, esta solidaridad forzada no hace más que encubrir intereses contrarios y de ningún modo son sentimientos de benevolencia recíproca los que animan á ambas partes. El obrero desea el aumento de su salario, y, por consiguiente, la reducción de la parte del accionista. El accionista, representado por el director, tiene, por el contrario, el mayor interés en reducir la parte del obrero para aumentar la suya. La solidaridad, que debería existir teóricamente entre obreros, directores y accionistas, no existe, pues, de ningún modo.

La verdadera solidaridad sólo es posible entre individuos que tengan intereses semejantes inmediatos. Estos intereses son los que ha llegado á unir la institución moderna de los sindicatos, de que nos ocuparemos muy pronto.

Hay, sin embargo, ciertas formas de asociaciones que pueden hacer solidarios intereses que naturalmente estén en conflicto. Así son, por ejemplo, las sociedades cooperativas. Estas asocian los intereses contrarios de los productores y de los consumidores, ofreciéndoles ventajas recíprocas. El productor se contenta de buen grado con un beneficio reducido en cada objeto si tiene segura la venta de un gran número de estos objetos, venta asegurada por la asociación de muchos adquisidores.

En las grandes sociedades cooperativas inglesas no hay más que intereses idénticos asociados, porque el consumidor es al mismo tiempo productor. Estas sociedades en efecto, llegan á fabricar próximamente todo lo que consumen, y poseen granjas que producen el trigo, la carne, la leche, las legumbres, etc. Presentan la gran ventaja de que los asociados más débiles, los menos capaces, aprovechan la inteligencia de los más capaces puestos al frente de estas empresas, que no podrían prosperar sin ellos. Los países latinos no han llegado todavía á esto.

En otra parte he hecho ver que administrando por sí mismos sus diversas asociaciones y especialmente las sociedades cooperativas, es como los obreros anglo-sajones han aprendido á dirigir sus propios negocios. El obrero francés está demasiado empapado en los conceptos latinos de su raza para tener semejantes iniciativas y fundar sociedades que le permitan mejorar su suerte. Si, gracias á algunos directores inteligentes, llega á fundarlas por excepción, en seguida confía la administración de ellas á medianos delegados, tratados con desconfianza é incapaces de conducirlas.

Las sociedades cooperativas latinas están, por lo demás, dirigidas con los procedimientos administrativos meticulosos y complicados propios de nuestro temperamento nacional y vegetan miserablemente. Decaen tanto más pronto cuanto que el obrero latino, como no tiene apenas sentimiento de la previsión, prefiere comprar diariamente al por menor á pequeños comerciantes con quienes charla y que le abren de buena gana un crédito pagado muy caro, más bien que dirigirse á grandes almacenes en que hay que pagar al contado y que no pueden detallar hasta el infinito la venta de los objetos.

Sin embargo, habría gran interés pecuniario para el obrero francés en desembarazarse de los intermediarios por medio de las sociedades cooperativas. Se ha estimado en más de 7.000 millones anuales, es decir, el doble de lo

que pagamos por impuestos, las sumas obtenidas por los intermediarios que separan al productor del consumidor en Francia. Las exigencias del intermediario son mucho más duras que las del capital; pero el obrero no las ve y las sufre, por consecuencia, sin murmurar.

La más extendida de las formas modernas de la asociación, la más anónima al mismo tiempo, aparece en las sociedades por acciones. Como dice muy bien M. Leroy-Beaulieu, son «el rasgo dominante de la organización económica del mundo moderno... Industria, hacienda, comercio, hasta agricultura, empresas coloniales, se extienden á todo. En casi todos los pueblos son ya el instrumento habitual de la producción mecánica y de la explotación de las fuerzas de la naturaleza... La sociedad anónima parece llamada á hacerse la reina del globo; es la verdadera heredera de las aristocracias decaídas y de los feudalismos antiguos. De ella es el imperio del mundo porque llega la hora en que el mundo se va á dividir en acciones. Es, como dice también este autor, un producto, no de la riqueza, sino del estado democrático y de la diseminación de los capitales en muchas manos.

La explotación por acciones es, en efecto, la única forma posible de asociación de los pequeños capitales. Constituye en apariencia un colectivismo, pero sólo en apariencia, porque en este colectivismo se entra y se sale libremente y la parte de beneficio es rigurosamente proporcional al esfuerzo, es decir, á la suma de economía que cada uno aporta. El día en que por el sistema de las acciones el obrero fuese propietario anónimo, pero interesado, de la fábrica en que trabaja, aquel día se logrará un inmenso progreso. Quizá por este método fecundo se haga la emancipación económica de las clases obreras, si es posible, y se borren un poco las desigualdades naturales y sociales.

Hasta ahora las sociedades por acciones no han penetrado en las clases populares. La única forma de asocia-

ción que se parece un poco, muy poco en realidad, á esta forma de explotación, es la participación en los beneficios. Muchas sociedades fundadas sobre este principio han tenido buen éxito. Si no son numerosas es porque su buena organización exige capacidades enteramente superiores y, por consiguiente, siempre muy raras.

Entre estas últimas asociaciones se pueden citar: la empresa de pintura fundada en 1829 por Leclaire, continuada bajo la razón social Redouly y Compañía en París; la fábrica de Guisa, en el Aisne; la de Laeken en Bélgica, etcétera. La primera distribuye á sus participantes, obreros de la casa todos, el 25 por 100 de los beneficios y les da, después de cierto número de años, una pensión de 1.500 francos. Estas pensiones son en número de 120 hoy día.

El familisterio de Guisa es una especie de comunidad en que la asociación del capital y del trabajo ha producido excelentes resultados. En 1894, la cifra de los negocios ha pasado de cinco millones, dando 738.000 francos de beneficios.

Se cuentan hoy más de 300 establecimientos análogos en Francia y en el extranjero, que han introducido ya en ellos la participación en los beneficios.

En Inglaterra, la más célebre de estas sociedades de participación es la de los «Equitables pionniers de Rochdal» que, fundada en 1844 por 28 obreros asociados con un modesto capital, contaba 12.000 adheridos en 1891 y un capital de 9 millones. Vende anualmente por valor de 7.400.000 francos, dando 1.300.000 de beneficios.

Un éxito semejante han tenido en Bélgica asociaciones de este género y especialmente el «Woruit» de Gante. Alemania también cuenta muchas y muy prósperas. La Italia del Norte ha visto fundar cierto número de ellas desde hace algunos años; pero allí, como en Francia, la falta de dirección hará desaparecer la mayoría. Su organización es enteramente latina, lo cual significa que su

suerte depende únicamente del hombre puesto á su cabeza, por no tener los miembros que forman parte de ella ni la capacidad ni la intención de administrar por sí mismos como hacen los obreros anglo-sajones.

El escollo principal de estas sociedades es que la participación en los beneficios implica también la participación en las pérdidas, necesariamente frecuentes en la industria. Mientras hay beneficio, los asociados se entienden perfectamente; pero en cuanto hay pérdida el acuerdo desaparece generalmente muy pronto. América ha dado hace pocos años un ejemplo muy notable de ello. La destrucción por el incendio de los grandes establecimientos de la Compañía Pullmann y los actos de saqueo y vandalismo salvajes que han seguido á aquélla, indican lo que llegan á ser estas empresas cuando el éxito no les acompaña.

La Compañía Pullmann había creado vastas fábricas que ocupaban á 6.000 obreros y, para estos últimos y sus familias, una bonita ciudad que contaba 13.000 habitantes, rodeados de todas las comodidades modernas, gran parque, teatro, biblioteca, etc. Sólo los obreros podían adquirir las casas haciéndose propietarios mediante un pequeño desembolso anual.

Mientras los negocios estuvieron en plena prosperidad, la paz y la abundancia reinaron. Los obreros habían colocado, en algunos años, cerca de cuatro millones en las cajas de ahorros.

Pero habiendo disminuído las demandas á consecuencia de la reducción de beneficios de las Compañías de ferrocarriles, clientes de la fábrica, la casa Pullmann, para no trabajar perdiendo al emplear todos sus obreros y deseosa de no despedir á ninguno, se vió obligada á rebajar á 7,50 francos su antiguo salario de 11 francos. Esto produjo una verdadera revolución. Las fábricas fueron saqueadas é incendiadas y los obreros decidieron una huelga, que se extendió á los ferrocarriles y condujo á tales

escenas de violencia, que el Presidente de la República, Cleveland, tuvo que proclamar la ley marcial. Sólo la metralla apaciguó á los revoltosos.

Creo muy poco en el porvenir duradero de estas sociedades por participación que ponen al obrero á merced de su patrón y le unen á éste durante demasiado tiempo. El patrón, por lo demás, no tiene ningún interés real en hacer participar á los obreros en sus beneficios, pues es seguro que se negarán siempre á participar en las pérdidas y se sublevarán en cuanto aparezcan estas pérdidas. Sólo por pura filantropía ó por miedo un patrón consiente en repartir sus beneficios y nadie puede obligarle á ello. Se puede fundar algo duradero sobre el interés, sentimiento sólido y que no cambia, pero no sobre la filantropía ó el miedo, sentimientos mudables y de duración siempre efímera. La filantropía está ademas demasiado próxima á la piedad para inspirar ningún reconocimiento á los que son objeto de ella. Yo pienso que ante sus fábricas incendiadas, M. Pullmann ha debido adquirir sobre el valor de la filantropía, esas útiles nociones de psicología práctica que no enseñan los libros, y cuya ignorancia cuesta á veces muy caro.

La única forma posible de participación que protege en absoluto los intereses del patrón y del obrero y los hace independientes uno de otro, es la sociedad por acciones, que implica á la vez la participación en las pérdidas como en los beneficios, única combinación equitativa y por consiguiente aceptable. La acción emitida á 25 francos, como ciertas acciones inglesas, está al alcance de todos los bolsillos y me choca que no se hayan creado todavía fábricas cuyos accionistas fuesen únicamente los obreros. El día en que los trabajadores se trasformasen así en capitalistas, interesados en el éxito de las empresas, sus reclamaciones actuales no tendrían ya razón de ser, pues trabajarían únicamente para ellos mismos. El obrero que, por un motivo cualquiera, quisiera cambiar de

fábrica no tendría más que vender sus acciones para recobrar su libertad, como un accionista cualquiera. La única dificultad sería encontrar gentes capaces para dirigir la fábrica, pero la experiencia enseñaría pronto á los obreros el valor de esos hombres capaces y la necesidad de tenerlos afectos retribuyéndolos convenientemente.

Hace ya mucho tiempo, había dado yo algunas indicaciones sobre esta cuestión en uno de mis libros. Un ingeniero belga, ocupado en grandes trabajos industriales, habiéndole venido á la mano este libro, se quedó sorprendido por la utilidad práctica de mi idea y me escribió que iba á tratar de realizarla. Yo le deseo vivamente el éxito. La gran dificultad consiste evidentemente en la suscrición (que no se puede pedir á obreros que no posean nada) del capital necesario para establecer un negocio cualquiera, una fábrica, por ejemplo. No veo, por lo menos para el comienzo, otro medio que vender en totalidad ó en parte la propiedad de una fábrica ya existente á los obreros que trabajan en ella, como se la vende á accionistas, pero empleando combinaciones que les permitan hacerse progresivamente adquisidores. Supongamos, por ejemplo, un propietario de fábrica que quiere poner ésta en acciones, para venderla á sus obreros. Supongamos también que ha pagado siempre á estos últimos cinco francos diarios. Admitamos que en lo sucesivo no los paga más que 4,75 ó 4,50 y que la cantidad pagada de menos se acumule en la cuenta de cada trabajador hasta el día en que el total de las pequeñas sumas retenidas diariamente forme una acción de 25 francos. Esta acción productora de dividendos se depositaría en una caja pública á nombre de su poseedor, con la estipulación de que podrá percibir los cupones á su gusto, pero no venderla antes de cierto número de años, para quitarle la tentación de deshacerse de ella. Continuando así la misma operación, el obrero poseería muy pronto un número de acciones más ó menos considerable, cuyos productos acabarían

pronto por compensar la reducción de su salario y constituirían una renta para su vejez. Entonces se habría convertido en rentista sin la intervención del Estado.

El efecto moral obtenido así, sería todavía superior para el obrero á las ventajas materiales. Consideraría con razón la fábrica como su propiedad personal y se interesaría en su éxito. Al asistir á las asambleas de accionistas, aprendería primero á comprender y después á discutir los negocios. Se enteraría pronto de la misión del capital y del engranaje de las necesidades económicas. Convertido así en capitalista, dejaría de ser un simple obrero manual. Finalmente, habría salido de su esfera estrecha y de su horizonte limitado. La alianza entre el capital y el trabajo habría sustituído gradualmente al antagonismo que reina hoy entre ellos. Intereses que actualmente están en lucha, se fundirían. El hombre de acción y de cabeza que, predicando con el ejemplo, haya sido el primero en saber realizar esta idea, podrá considerarse como uno de los bienhechores de la humanidad.

No podemos examinar aquí todas las formas de la solidaridad. Si no hemos estudiado una de las más importantes, la de los sindicatos, es porque vamos á consagrarla un párrafo especial.

Hay, sin embargo, una forma de solidaridad que tenemos todavía que mencionar. Está constituída por las ligas de individuos reunidos de un modo momentáneo ó duradero para obtener una reforma ó defender ciertos intereses.

Esta forma de asociación, bastante nueva en los pueblos latinos, es ya antigua en los pueblos que gozan hace tiempo de la libertad y saben servirse de ella, tales como los anglo-sajones.

«Aquí, dice Taine hablando de Inglaterra, si un hombre tiene una buena idea, se la comunica á sus amigos;

varios de éstos la encuentran buena. Todos juntos procuran dinero, la publican, llaman hacia ella simpatías y suscripciones. Las simpatías y las suscripciones llegan, la publicidad aumenta. La bola de nieve va creciendo, choca con la puerta del Parlamento, la entreabre y acaba por abrirla ó violentarla. Este es el mecanismo de las reformas, así se hacen por sí mismos los negocios, y hay que pensar en que en todo el suelo de Inglaterra hay pelotones de nieve en camino de hacerse bolas.»

Por asociaciones de esta clase, tales como la *Liga libre cambista,* de Cobden, es por lo que los ingleses han obtenido sus más útiles reformas. Imponen su voluntad al Parlamento en cuanto se hace visible que son la expresión del voto popular.

Es evidente, en efecto, que ningún individuo aislado, por influyente que se le suponga, puede obtener lo que obtiene una asociación que representa numerosos intereses colectivos. Bouvalot ha mostrado en una interesante conferencia lo que puede obtener una agrupación de individuos que tengan intereses solidarios.

«El Touring-Club, que cuenta más de 70.000 miembros, en el momento en que hablo, es una potencia. No sólo el Touring-Club ha suministrado á los ciclistas mapas de carreteras, listas de itinerarios, precios reducidos en los hoteles, establecimientos de socorro, sino que ha despertado á la terrible administración de puentes y caminos y ha hecho construir caminos ciclables. Ha hecho doblegarse á las temibles compañías de ferrocarriles; ha trasformado á los ásperos aduaneros en gentes corteses y ha hecho agradable el paso de la frontera.»

El Touring-Club se ha fundado sin dificultad, porque cada uno de sus miembros, mediante una retribución muy pequeña, obtiene la protección de una asociación pode-

rosa, de la cual sabe que tiene necesidad todos los días y que le reembolsa al céntuplo su cotización, por los servicios que le presta. Pero dudo que en Francia una asociación análoga pueda tener por fin, como en Inglaterra, una reforma importante de interés general, por ejemplo, la reforma de la educación. El que lograse organizar una liga para la reforma de la enseñanza, reuniendo solamente la décima parte de los miembros que cuenta el Touring-Club, podría vanagloriarse de haber prestado un inmenso servicio á su país.

§ III.—Los sindicatos obreros.

Los sindicatos tienen por objeto agrupar, bajo una dirección única, individuos que tienen intereses idénticos, y con frecuencia que ejercen la misma profesión. Su número y su potencia aumentan diariamente. Han nacido de las necesidades engendradas por la evolución de la ind ıstria moderna.

Las clases obreras son las que han sacado más inteligentemente partido de los sindicatos y nunca se estudiarán demasiado los resultados de sus esfuerzos. No es en realidad el sufragio universal, sino sobre todo los sindicatos los que les han dado su potencia actual. Estos sindicatos se han convertido en el arma de los pequeños, de los débiles, que pueden en lo sucesivo tratar sobre una base de igualdad con los más altos príncipes de la industria y la hacienda. Gracias á estas asociaciones, las relaciones entre patronos y obreros, jefes y empleados, tienden á trasformarse enteramente. Ante ellos, el patrón no es ya aquel autócrata, vagamente paternal, que administraba sin discusión las cosas del trabajo, que gobernaba á su gusto á poblaciones enteras de trabajadores, reglamentando las condiciones de la obra, las cuestiones de salubridad, de higiene, etc. Ante su voluntad, sus fantasías, sus debili-

dades ó sus errores, se levanta hoy el sindicato, que representa, por el número y por la unidad de voluntad, una potencia casi igual á la suya. Poder despótico, sin duda, para sus afiliados, pero que se desvanecería si dejase de ser despótico. (1)

Estos sindicatos parecen una consecuencia necesaria de la evolución moderna, pues se ve que se propagan tan pronto. Ya no hay, aun fuera de los obreros, una corporación, tenderos, carboneros, alcantarilleros, que no se sindique. Naturalmente, los patrones también se sindican á su vez para defenderse; pero mientras que en Francia los sindicatos patronales son 1.400, con 114.000 adheridos, los sindicatos obreros son 2.000 con 400.000 miembros. Hay algunos de estos últimos, como el de los em-

(1) La obediencia que los sindicatos latinos exigen de sus asociados es enteramente absoluta, y su carácter de anónimos les permite tratar á estos últimos con una dureza que no se toleraría á ningún tirano. Ya se recordará la historia de aquel obrero fundidor á quien el sindicato de los fundidores de cobre había puesto en entredicho porque se había negado á abandonar una casa puesta á su vez en entredicho. No habiendo podido encontrar trabajo en ninguna parte, porque los patronos que le hubieran empleado hubiesen visto amenazados sus talleres con el entredicho, se vió reducido, para no morirse de hambre, á pedir una indemnización á los tribunales. Gracias á muchos años de perseverancia, acabó por hacer condenar al sindicato á pagarle una indemnización de 5.000 francos. El trabajador parece que no puede evitar una tiranía más que con la condición de sufrir otra, pero por lo menos esta otra puede prestarle algunos servicios. Los poderes públicos temen extraordinariamente á los sindicatos y los tratan como verdaderas potencias. Todo el mundo tiene los ojos fijos en ellos. Cuando se trató de la huelga general de los mineros franceses, los periódicos se preocuparon tanto de las deliberaciones de media docena de delegados obreros, sentados ante una mesa en la trastienda de un tabernero, como de las de un potentado que discutiese la paz ó la guerra con sus consejeros. Los ministros recibieron á los representantes del sindicato como si hubieran tenido que tratar con los embajadores de una potencia extranjera y examinaron con deferencia sus exigencias más inverosímiles. Mientras esperaban las decisiones del sindicato, el gobierno deliberó sobre el número de los regimientos que había que movilizar para ocupar posiciones estratégicas para el caso de una futura lucha.

pleados de ferrocarriles, que cuentan 80.000 miembros. Son ejércitos poderosos, que obedecen sin discusión á la voz de un jefe y con los cuales hay que contar en absoluto. Constituyen una fuerza, con frecuencia ciega, temible siempre y que en todos los casos presta servicios á los trabajadores, aunque no fuese más que el de elevar su nivel moral, trasformar tímidos mercenarios en hombres á que se deben consideraciones y con los que hay que discutir sobre una base de igualdad.

Como tienen por desgracia los pueblos latinos tendencias muy autocráticas, los sindicatos obreros formados en ellos se hacen tan despóticos como podrían serlo en otro tiempo los patronos. Actualmente la suerte de estos últimos se ha hecho poco envidiable. Las siguientes líneas extractadas de un discurso pronunciado por un exministro, M. Barthou, da una idea de su existencia:

«Amenazados sin cesar por las leyes protectoras de la libertad de los sindicatos, expuestos á brutalidades legales y á la prisión, sin tener ya autoridad efectiva sobre su personal obrero, abrumados de cargas para proveer á las cajas de paro, de accidentes, de enfermedades y vejez, sin poder ya echar estas cargas sobre los asalariados á causa de su misma enormidad, que provocaría una sublevación del pueblo, privados también por el impuesto progresivo de la fortuna conquistada á través de todas estas dificultades y humillaciones, no siendo ya dueños más que de nombre y para sufrir los azares desgraciados y los riesgos, los patronos, los directores de industrias, desalentados, renunciarán, abdicarán, ó por lo menos trabajarán sin ardor y sin ánimo, sustrayéndose á su tarea como los colectores de los últimos siglos del imperio romano.»

No es sólo en Francia donde se oyen quejas análogas. Hasta en Inglaterra, en que la misión de los sindicatos obreros *(Trades-unions)* se consideró útil durante mucho

tiempo, se comienza á encontrarlos muy tiránicos, lo mismo para el patrón que para el obrero. Parece que se teme, sobre todo, su papel político, que podría llegar á ser considerable, porque sus miembros forman ahora la cuarta parte del cuerpo electoral.

Una fuerza superior á todas las instituciones, la necesidad, acabará, sin duda, por suavizar unas relaciones tan llenas de amargura y tan tirantes hoy. El obrero, que trata ahora al patrón como un enemigo, acabará por comprender que los intereses de los directores de fábrica y los de los trabajadores son del mismo orden, y que los primeros como los segundos, obedecen á dueños comunes: la clientela y las leyes económicas, únicas reguladoras reales de los salarios.

De todos modos, las antiguas relaciones familiares ó autocráticas entre patronos y obreros, dueños y servidores, han acabado ya hoy. Podemos echarlas de menos como hacemos con los muertos, pero sabiendo bien que no las volveremos á ver. En la evolución futura del mundo, serán intereses económicos los que regirán el curso de las cosas. El hombre para protegerse y defenderse no apelará ya á la beneficencia y á la caridad, sino únicamente á la solidaridad. La caridad y la beneficencia son supervivencias sin prestigio y sin acción de un pasado que vemos morir. El porvenir no las conocerá.

§ IV.—Las industrias de administración común.—El socialismo municipal.

La edad moderna es la edad de las colectividades. La civilización es cosa muy complicada y muy pesada para que la inmensa mayoría de los individuos pueda maniobrar fácilmente en ella. Necesitan éstos una ayuda, un sostén. Vemos nacer cada vez más instituciones, hijas de esta necesidad imperiosa.

Para las necesidades semejantes de un grupo limitado, que comprende individuos de la misma profesión, existen sindicatos. Para necesidades diferentes y siempre colectivas, la higiene de una ciudad, por ejemplo, han existido en todos los tiempos administraciones locales, pero en ninguna época han intentado, como hoy día en ciertos países, encargarse de funciones numerosas y diversas. Cada día se extienden sus atribuciones.

Este movimiento se desarrolla sobre todo en Inglaterra que, sin embargo, es un país muy poco socialista como es sabido. En la actualidad se encargan sus ayuntamientos, únicamente con un fin de economía por lo demás, de una multitud de empresas: alumbrado, trasportes, etc., con muy buen éxito, sencillamente porque tienen á su frente hombres capaces, con esas aptitudes prácticas que poseen tan pocos pueblos.

«En Glasgow, escribe M. Bourdeau, es donde la trasformación ha sido más completa y más rápida. La ciudad ha obligado á los propietarios á destruir todas las casas insalubles; se han trasformado los barrios obreros. Se ha visto elevarse inmensas construcciones municipales, que el Ayuntamiento mismo alquila á precios moderados. La ciudad ha construído baños, lavaderos, mataderos, galerías de arte, un museo, biblioteca, casas de refugio, escuelas industriales, etc. Todo esto, gracias á los beneficios que resultaban para el Ayuntamiento de haberse encargado de diferentes empresas públicas con pleno éxito: los tranvías, el agua, el gas, la luz eléctrica. El precio del gas ha disminuído considerablemente.»

Esto es sin duda socialismo, si se quiere dar á esta palabra una extensión indefinida; pero entonces habría que calificar también de socialistas á todas las sociedades cooperativas, y hasta á las sociedades por acciones. Lo que es muy cierto es que la Inglaterra que practica esta clase

de socialismo comunal no ha enviado nunca un solo socialista al Parlamento.

Las ciudades alemanas marchan sobre los pasos de los ayuntamientos ingleses, y como tampoco allí son raros los hombres capaces, han tenido éxito, aunque no tanto como en Inglaterra, en sus empresas.

«Las ciudades del Imperio, sin espíritu de partido han organizado escuelas profesionales, bibliotecas, cajas de seguros, oficinas de colocación gratuitas; buscan remedios para el paro. La cuestión de las farmacias municipales, á la orden del día, la ha resuelto Colonia. Numerosas ciudades trabajan para engrandecer la propiedad territorial del Ayuntamiento. Las viviendas obreras preocupan á todas las clases. En el ducado de Baden, en Estrasburgo, en Hamburgo, los ayuntamientos alquilan casas á la población obrera... Como en Inglaterra, las ciudades aspiran á no dejar explotar los servicios públicos á sociedades por acciones.

«... Desde 1847 el Ayuntamiento de Berlín obtuvo el derecho de fundar una fábrica de gas; desde 1876 ejerce una acción completa sobre las obras públicas y reclama todavía más autonomía.

»Todo este movimiento se produce aparte de los socialistas.»

En Francia, esta especie de socialismo municipal ha fracasado casi por completo, porque en el corto número de ciudades en que se ha intentado sólo lo han practicado políticos sin capacidad y reclutados generalmente en las clases más bajas de la sociedad. Se han visto ciudades ilustradas como Dijon, subyugadas por los discursos de algunos cabecillas, nombrar un ayuntamiento socialista en que figuraban dos sastres, un herrero, taberneros, varios viajantes, jardineros, un mozo de cuerda, etc. Como la experiencia demostró pronto que la administración de

una ciudad moderna excedía sensiblemente de la ilustración de los carpinteros y zapateros, hubo que prescindir en seguida de aquellas buenas gentes. Roubaix eligió igualmente un ayuntamiento socialista que se entregó durante mucho tiempo á las más singulares fantasías. Se componía en gran parte de taberneros y repartidores de periódicos. Comenzaron creando plazas por valor de 75.000 francos para sus parientes. Los electores de Roubaix han acabado también por comprender que hacen falta algunos conocimientos para administrar una gran ciudad, y se han desembarazado hace poco de su ayuntamiento socialista.

Lo que impide á los ayuntamientos socialistas hacer mucho daño en Francia, es que como la mayoría de los actos municipales se deben aprobar por el poder central antes de ejecutarlos, las fantasías se quedan bastante limitadas. Ejemplos como los de D'jon, Roubaix, etc., muestran simplemente cuán irrealizable es en los pueblos latinos la descentralización, tan excelente en teoría. Ciertamente que esta centralización es dura, molesta y ruinosa. Sin embargo, es indispensable, porque sin su acción caeríamos inmediatamente en una espantosa anarquía.

Estos ensayos en pequeño del colectivismo revolucionario son extraordinariamente instructivos y es de desear, para edificación del público, que se multipliquen un poco á riesgo de arruinar algunas ciudades. La experiencia es uno de los pocos métodos de demostración accesible á las multitudes. Los ensayos de socialismo municipal dan una idea bastante clara de los resultados que producirá el colectivismo si lograse apoderarse de un gran país.

«El experimento socialista, escribe *Le Temps,* estaba á punto de comprometer para siempre la prosperidad del Ayuntamiento de Rouvaix. Los experimentos administrativos de los colectivistas, sus fantasías financieras abrían una era de desorden, de despilfarro y de ruina.

»Rouvaix ha conocido el yugo revolucionario. Rou-

vaix lo ha sacudido. Una gran ciudad no sufre impunemente la tiranía y el capricho colectivistas. La experiencia se paga cara; pero todavía hay que felicitarse cuando es corta y no deja detrás de si ruinas irreparables. Y la moralidad de esta historia es que la última palabra pertenece siempre al buen sentido con la condición de que no se deje de combatir por él. Por la perseverancia y por la energía Rouvaix ha sido reconquistado de los revolucionarios. ¡Ejemplo digno de imitación!»

Verdaderamente, el ejemplo es digno de imitación. Por desgracia, se necesitan hombres de primer orden para ganar semejantes batallas. Las personalidades bastante animosas para oponerse á las corrientes populares en lugar de seguirlas tímidamente se hacen más raras cada día. Estos valientes defensores del edificio social son dignos de toda nuestra admiración y merecen estatuas. En Rouvaix fué un simple director de fábrica el que logró crear el movimiento que produjo contra toda verosimilitud, la derrota del ayuntamiento socialista y de un diputado considerado como uno de los principales jefes del partido colectivista.

Si los experimentos de socialismo municipal que salen tan bien á veces en Inglaterra y Alemania, tienen tan poco éxito en Francia y en Italia, es sencillamente porque la condición indispensable de su éxito es que estén administrados por hombres muy capaces. Las opiniones políticas más ruidosas no podrían sustituir á las más modestas capacidades prácticas. Si las clases obreras supieran administrarse, dirigir empresas, hacer leyes y reglamentos, no necesitarían en modo alguno de la burguesía sin la cual no pueden pasarse hoy. En cuanto el obrero posea capacidad suficiente está muy cerca de entrar en la burguesía, sólo por este hecho. En Inglaterra y en América se aproxima visiblemente á esta clase, en Alemania está todavía bastante lejos de ella y en los pueblos latinos extraordinariamente lejos.

CAPÍTULO III.

Los sindicatos de producción.

§ I. *Extensión de la ley de agrupación de los intereses similares.*—Esta ley se aplica también á la gran industria.—Los sindicatos industriales.—Se desarrollan hoy en los países más diferentes.—§ II. *Los Trusts americanos.*—Son sindicatos de monopolización industrial.—Su característica fundamental.—El Trust compra las fábricas similares y no las sindica.--Poder absoluto de los jefes de Trust.---Regulan los salarios, los precios de coste y la producción.—Cómo se fundan los Trusts.—Sus operaciones financieras.—Por qué las fábricas se ven obligadas á entrar en los Trusts.—Número de Trusts en América.—Cómo han servido, finalmente, los intereses del público.—Impotencia total de las leyes americanas contra los Trusts.—A pesar de sus procedimientos bárbaros y de su desprecio á toda legalidad, los Trusts han sido el origen de la supremacía industrial y comercial de los Estados Unidos.—§ III. *Los sindicatos de producción industrial en Alemania.*—En qué se diferencian de los Trusts americanos.—Se sindican y no se compran las fábricas de la misma industria.—El objeto de los sindicatos es evitar la competencia que se harían las industrias análogas y mantener los precios de venta.—El sindicato es el único que tiene el privilegio de tratar con los clientes, fijar la producción y los precios de venta.—Los sindicatos alemanes son fomentados por el Estado.—§ IV. *Los sindicatos de productores franceses.*—La falta de solidaridad ha impedido siempre que se sindiquen los industriales latinos.—Las leyes no fomentan de ningún modo estos sindicatos.—Corto número de sindicatos de producción en Francia.—No tienen ningún influjo en los precios de venta.—§ V. *El porvenir de los sindicatos de producción industrial.*—Son el resultado de la evolución actual, pero no está demostrado que puedan luchar mucho tiempo contra la competencia que quieren suprimir.—

Los sindicatos alemanes fundados para evitar la competencia se encuentran hoy con que son víctimas de la competencia extranjera.—Imposibilidad de prever la solución de la evolucion económica actual.—Se sustrae cada vez más al influjo de las leyes y los reglamentos.

§ I.—Extensión de la ley de agrupación de los intereses similares.

Hemos visto en diversas ocasiones en esta obra, que los sindicatos y las asociaciones, en una palabra, los grupos de intereses similares, constituyen uno de los fenómenos característicos de la edad moderna. Patronos, obreros, empleados, se sindican cada vez más. Nos queda por estudiar una forma nueva del sindicato cuyo origen reciente y cuya importancia tiende á hacerse predominante.

La reducción de las rentas del capital á causa de la elevación progresiva de los salarios y también de la competencia que los productores se hacen entre sí, ha conducido á los grandes industriales á formar sindicatos de monopolización destinados á evitar la competencia, reducir los precios de coste y mantener los de venta. Su desarrollo rápido en países muy diversos, indica bien que corresponden á cierta evolución económica.

En América es donde han nacido. Su desarrollo ha alcanzado rápidamente allí proporciones gigantescas. Bajo una forma bastante distinta se han desarrollado igualmente en Alemania. Vamos á estudiarlos principalmente en estos dos países.

§ II.—Los Trusts americanos.

Los sindicatos de producción americanos son designados generalmente con el nombre de Trusts, aunque ellos han renunciado á servirse de esta calificación.

El Trust constituye un sindicato industrial de monopolización formado por productores cuyas fábricas no se asoc an, sino que las compra uno ó varios capitalistas que se convierten en dueños absolutos de ellas. Este monopolio de producción se parece al acaparamiento, pero no se debe confundir por completo con él. El acaparamiento es un fenómeno comercial y no industrial, cuya duración es necesariamente muy corta. El acaparador compra, para hacerla escasear y venderla más cara, una mercancía que él no fabrica y que ni siquiera ve muchas veces. El sindicato de producción acapara una fabricación y no una mercancía. El interés que tendría en disminuir la fabricación de un producto para aumentar su escasez y, por consiguiente, su valor, está limitado por los inconvenientes de la desorganización de sus talleres y la elevación de sus gastos generales, gastos tanto menores cuanto más aumenta su producción.

Los sindicatos de monopolización industrial tienen justamente por objeto, no sólo reducir estos gastos generales, sino sobre todo suprimir la competencia entre establecimientos semejantes y, por consiguiente, impedir que los precios de venta bajen de cierto nivel.

Los trusts sólo han podido alcanzar el enorme poder que poseen en América porque están dirigidos por jefes únicos que gozan de una autoridad absoluta. Las fábricas reunidas son, no sencillamente sindicadas, como veremos que pasa en Alemania, sino compradas por un solo capitalista con los recursos que puede reunir por diversas combinaciones financieras. La regla constante de la creación de estos sindicatos en los Estados Unidos es que estén en una sola mano. Los americanos admiten en política las virtudes del régimen representativo, pero en materia industrial y comercial dan su preferencia al autocratismo puro.

En virtud de este principio los trusts americanos casi invariablemente están dirigidos por un dueño único. El

trust del petroleo, por ejemplo, formado por la reunión de una serie de refinerías, tiene un jefe absoluto. El trust del acero, que reune casi la totalidad de las fábricas metalúrgicas de América y posee una flota más importante que la de muchos Estados europeos, está en manos de un solo dueño. Estos potentados dirigen el negocio á su gusto, sin sufrir ninguna intervención, sustituyendo á los directores de fábrica que no les convienen, determinando las cifras de la producción, los salarios de los obreros y los precios de venta. Tratan de especializar bien el trabajo de cada fábrica, para reducir los gastos generales y aumentar, por consiguiente, los beneficios. Gracias á los derechos de Aduana, que mantienen generalmente legisladores pagados por ellos, no tienen que temer ninguna competencia extranjera.

El mecanismo de la fundación de estos trusts es generalmente siempre el mismo. Un financiero ayudado ó no por un sindicato de capitalistas compra todas las fábricas consagradas á la manufactura de un producto determinado para tener el monopolio completo de su fabricación.

Hay que ser, naturalmente, un capitalista poderoso para emprender operaciones semejantes, sobre todo cuando alcanzan proporciones tan enormes como la compra de todas las fábricas metalúrgicas de América, al precio de cinco mil millones, como ha hecho recientemente un capitalista.

Los creadores de estas colosales empresas no tienen ninguna necesidad, por otra parte, de poseer los millones que representan. Ni siquiera tienen que gastar un céntimo si poseen un prestigio suficiente. Comprar por valor de cinco mil millones sin gastar nada es muy sencillo cuando se puede encontrar quien preste esta suma. El único prestamista posible es el público, naturalmente. Se crean acciones que se le hacen comprar y con el dinero de las cuales se pagan las fábricas á sus antiguos propietarios (1).

(1) Prácticamente la operación es bastante complicada y va

Podríamos preguntarnos qué interés tienen las diversas fábricas en prestarse á estas operaciones y entrar en un trust en que pierden totalmente su independencia. Lo hacen, sobre todo, porque el ejemplo de las fábricas que han intentado resistirse enseña que toda negación es la señal de una guerra sin cuartel, en que deben necesariamente sucumbir. Como los fundadores de Trust tienen en sus manos la mayoría de los ferrocarriles, ponen en seguida á la fábrica recalcitrante en la imposibilidad de expedir sus mercancías, imponiéndola tarifas de trasporte ruinosas. Si la fábrica se encuentra en condiciones para poder expedir á pesar de esto sus productos, no por eso se sustrae á su suerte, pues el trust venderá perdiendo

---

acompañada de maniobras cuya ingeniosidad es indiscutible, pero cuya moralidad parece considerablemente inferior á la de los antiguos salteadores de caminos. El ideal de los fundadores de trusts ha sido casi siempre obtener dinero del público sin darle nada en cambio, y lo han logrado muy bien. El éxito de su modo de operar se explica sólo porque la fundación de la mayoría de los trusts ha sido casi simultánea. Las acciones de cada trusts comprenden dos categorías muy diferentes: acciones de preferencia y acciones ordinarias. Las primeras reciben, antes de todo reparto, un tanto por 100, el 7 por 100 en general, de su valor nominal, sobre los beneficios realizados. Estos nunca se ofrecen al público. Representan el precio de las fábricas fusionadas en el trust y sólo se venden á como pagó á los antiguos propietarios. En cuanto á las acciones ordinarias, las únicas que se presentan al público no tienen derecho más que al excedente de los beneficios, cuando los hay, pero hasta ahora los fundadores de trusts se han arreglado para que no lo haya. M. de Rousiers, de quien tomo estos datos, hace notar que no se cita un trust que haya dado dividendos á las acciones emitidas por el público. Por no recibir ningún dividendo estas acciones han sufrido naturalmente una baja enorme. Emitidas generalmente á 500 francos, se cotizan ahora, en su mayoría, por bajo de 150 francos. Los directores de trusts no se quejan absolutamente nada de esto. Cuando el precio de las acciones está muy cerca de cero las rescatan y pueden entonces distribuir grandes dividendos, puesto que es á ellos mismos á quienes se distribuyen. Las acciones vuelven á subir, naturalmente, lo cual permite fundar nuevos trusts por el mismo mecanismo y evitar un poco las quejas desagradables de los accionistas completamente despojados.

hasta que la fábrica concurrente esté arruinada. Lo más á menudo prefiere dejarse comprar á dejarse aplastar.

En 1899 había en América 353 trusts, representando un total de 29.000 millones de francos. Como ya he dicho reglamentan en beneficio exclusivo de sus asociados el precio de todos los artículos de consumo: cereales, algodón, metales, etc., y gracias á derechos de Aduanas casi prohibitivos, no temen ninguna competencia extranjera. Comienzan generalmente por reducir la mano de obra y aumentar los precios de venta. El *Standard oil Trust* de una sola vez ha despedido á 1.500 obreros y ha rebajado un 15 por 100 el salario de los demás. El *Tin plate Trust* ha hecho en un año duplicarse el precio de la hojadelata. Para la exportación, los trusts reducen por el contrario sus precios para provocar la ruína de las fábricas extranjeras.

En todo lo que precede no se ha tratado del interés del público, y el lector no creerá que yo supongo que este interés pueda entrar ni un solo instante en el cálculo de semejantes operaciones. El interés que los fundadores de trusts tienen por el público es poco más ó menos del mismo orden que el del salteador de caminos por su víctima ó el del carnicero por los carneros del matadero.

Y sin embargo, por el simple ejercicio de las leyes naturales, á que no pueden sustraerse los trusts, á pesar de su poder, el público ha acabado por sacar ventajas indiscutibles de la existencia de estos sindicatos. A consecuencia de reunirse las fábricas en una sola mano, los gastos generales se reducen, la especialización aumenta y los precios de coste disminuyen considerablemente. El trust que tiene un monopolio trata, naturalmente, de hacer subir los precios, pero como acaba siempre por descubrir que vendiendo más barato se vende mucho más, llega finalmente á rebajarlos y la mercancía producida por los trusts se pone generalmente más barata que antes. Esto es justamente lo que ha pasado con el trust del cobre

(Amalgamated Copper C.ie) Al principio ha tratado de hacer subir el precio del cobre; después viendo que no ganaba nada con ello, lo ha bajado en seguida. (1)

Los obreros americanos han tratado de luchar contra los trusts, pero eran demasiado débiles para que su resistencia haya podido durar mucho. Los trusts les ofrecen, por otra parte, la ventaja de reducir los paros, y sobre todo, les enseñan la necesidad de sindicarse más fuertemente que hasta aquí. Cuando todos los obreros que emplee un trust estén sometidos al jefe de su sindicato y posean reservas pecuniarias que permitan prolongar la lucha, podrán en un momento dado suspender toda fabricación y obtener la elevación de los salarios. Evidentemente, como el trust es más rico que el obrero, le será fácil prolongar la lucha mucho más tiempo y este último será siempre vencido; pero como estas luchas son muy costosas, el trust tiene gran interés en evitarlas, no reduciendo los salarios sino muy excepcionalmente.

Los trusts americanos se presentan con frecuencia bajo formas tan desmoralizadoras y bárbaras que la legislación no ha dejado de combatirlas durante mucho tiempo. Después de años enteros de conflictos inútiles ha habido que reconocer que el Estado no era bastante poderoso contra adversarios tan formidables y ha renunciado á la lucha. En la batalla entre la ley y los trusts, la ley es la que ha quedado completa y definitivamente vencida. No hay derecho ni justicia que oponer al poder de los millones. Las leyes se enmudecen ante ellos como enmudecían en otro tiempo ante los conquistadores.

(1) Esta es, por lo menos, una de las razones que se han dado de la baja del cobre que en Enero de 1902 había descendido á 47 libras esterlinas, cuando algunos meses antes valía 75. Es muy posible, como se ha supuesto que el verdadero motivo de la baja haya sido sencillamente el deseo del trust americano del cobre de arruinar enteramente á los sindicatos europeos que trataban de mantener la elevación del precio de este metal, con objeto de poder comprar á muy bajo precio sus fábricas. Si logra arruinarlos ó entenderse con ellos, el precio del cobre volverá á subir en seguida.

Todos los jefes de trusts se consideran—no sin razón—como grandes potentados. He aquí algunos extractos de una interview muy instructiva de un redactor del *Journal* con el director del trust del acero durante su estancia reciente en París:

«Sí, es cierto que somos más poderosos que cualquier monarca lo fué nunca. ¿Para qué negarlo? Nuestro Trust, la «United States Steel aud Iron Corporation», de que soy presidente, paga anualmente en salarios, á las 600.000 personas que emplea, 200 millones de dollars, es decir, mil millones de francos. De nuestros empleados dependen directamente cinco ó seis millones de seres humanos é indirectamente una quincena de millones. Nuestro trust posee vías férreas y 217 vapores. Es bastante fuerte para dictar su voluntad á las Compañías de ferrocarriles cuyo material desee utilizar. ¡Sí, somos poderosos, muy poderosos!

»Cuando las recientes huelgas he luchado con resolución, con encarnizamiento contra las asociaciones obreras y he triunfado de su resistencia.

»Lo cual no impide, hizo observar el periodista, que con vuestros métodos el ciudadano pobre no goce de ningún libre albedrío, ni sea ya más que una cosa, una mezquina individualidad englobada en una colectividad inmensa, en un engranaje de acero. Ya no tiene dignidad ni derechos...

»El potentado se echó á reir.

»Me hizo lentamente esta declaración, que parecerá un poco cínica:

«—Señor mío, he observado que cuando las gentes se ganan bien la vida, los derechos no les preocupan mucho.

»Verdad es que los nuevos métodos tienden cada vez más á suprimir las individualidades. Pero admito perfectamente que esta amenaza de la deglución del individuo

por la colectividad constituye una dificultad que hay que vencer.»

«Interrogado sobre el valor de los procedimientos de la industria francesa, el director del trust responde:

«—¡*Old fashioned!* Pasados de moda, rutinarios. Aquí están en la Edad Media. Se lo digo á usted francamente: ¡no están ustedes en ello! De todos los países europeos, Alemania es la que ha sabido adoptar industrialmente los métodos más progresivos. El industrial alemán es un innovador y además no está paralizado como su colega inglés por la tiranía de las trade-unions.»

Si se quiere juzgar sólo á los trusts por sus resultados definitivos, sin tener en cuenta sus procedimientos bárbaros, su desprecio á toda legalidad, la manera cómo han despojado al público, se debe reconocer que han producido un resultado que no buscaban: la supremacía industrial y comercial de los Estados Unidos. Esta supremacía se traduce hoy por la exportación creciente de los productos americanos. En muy poco tiempo la exportación del hierro ha pasado de 123 millones en 1890, hasta 600 millones en 1900; la de las máquinas agrícolas, de 19 millones á 80; la de los productos químicos, de 31 á 66; la de los cueros, de 62 á 136, etc. El valor de sus exportaciones ha pasado de 5.000 millones en 1897, á 7.000 millones y medio en 1901. Para Inglaterra y Alemania, sobre todo para la primera, esta invasión ha sido desastrosa. Las luchas económicas que presencia actualmente el mundo son, en apariencia, menos sangrientas que las batallas. No son menos desastrosas para los vencidos. Los partidarios de la paz universal no lo sospechan todavía.

§ III.—Los sindicatos de producción en Alemania.

Vamos á volver á encontrar en Alemania los sindica-

tos de producción que acabamos de describir, pero con caracteres muy distintos. En lugar de constituir monopolios formados por la reunión de fábricas semejantes compradas por un solo individuo, los sindicatos de producción alemanes están formados por la asociación de varias fábricas que conservan su independencia, en lo que se refiere á la dirección de la fábrica y á los procedimientos de fabricación, pero sometiéndose, en interés de numerosos asociados, á ciertas condiciones de producción y de precio de venta, para no hacerse competencia. Estas asociaciones tienen un carácter de utilidad—por lo menos aparente—que les ha valido ser reconocidas y protegidas por el Estado.

Los sindicatos de productores alemanes se conocen bajo el nombre de «Cartells». Todas estas federaciones, tales como el sindicato westfaliano de hullas que representa los intereses de cien sociedades mineras, el de los azúcares, de los hielos, etc., están constituídos de la misma manera. El sindicato está representado por una administración que es la única que puede fijar los precios de venta y tratar con el comprador. Vende la mercancía en beneficio de los asociados, pero á un precio de que es el único juez. Los asociados no pueden, pues, hacerse competencia entre sí. Si el sindicato no tiene administración, lo que es excepcional, el comité director fija los precios de venta y la cifra de producción de cada fábrica. Hay inspectores que vigilan la estricta ejecución del contrato. Multas muy fuertes castigan la menor infracción de los reglamentos aceptados.

Los reglamentos de los sindicatos alemanes varían un poco, pero todos contienen estos dos artículos fundamentales: venta á precios idénticos para que las fábricas similares no se hagan competencia, y prohibición para cada fábrica de exceder de cierta cifra de producción, para no acumalar el mercado, lo cual produciría fatalmente la disminución de los precios á pesar de todos los reglamentos.

Los cartells alemanes se forman, sobre todo, cuando se trata de productos enteramente semejantes. Hay grandes cartells para la fabricación de las locomotoras y de los vagones, para la extracción del carbón, etc., y pequeños cartells para la fabricación de objetos menos importantes, como las telas de calidad corriente, el satín de China, los tejidos para paraguas, etc. Los hay para los artículos de lujo y de fantasía demasiado diversos para someterlos á un precio uniforme: telas de lujo, papeles pintados, encajes, objetos de arte, etc. Cuanto más idénticos son los productos, más fácil el establecimiento de un sindicato. Los fabricantes de alcohol que producen todos un objeto rigurosamente semejante, han podido, aun siendo como son en número de 4.000, sindicarse fácilmente. Todos sus productos se remiten á un mismo sindicato de venta que tiene 26.000 depósitos.

Todos estos sindicatos se multiplican cada vez más. Su cifra, que no era más que de 14 en 1879, se ha elevado á 260 en 1896.

§ IV.—Los sindicatos de producción en Francia.

En los países latinos y particularmente en Francia, donde el espíritu de solidaridad está muy poco desarrollado y donde además la industria es minuciosa, formalista, poco simpática á las iniciativas y muy hostil á todo lo que se parece á un monopolio el movimiento de concentración industrial que hemos observado en América y en Alemania se ha desarrollado muy poco y con mucha timidez. Apenas poseemos otros sindicatos que los que explotan un privilegio ó una industria que exija, como la refinería del petróleo, por ejemplo, grandes capitales. En punto á sindicatos constituídos regularmente, no se cita más que el de los grandes refinadores de azúcar que, por otra parte, no cuenta más que cuatro asociados: después

el sindicato de los refinadores de petróleo, que comprende 17 asociados y algunos pequeños sindicatos, como el de los fabricantes de papel de paja del Lemosín, el sindicato de los fabricantes de vidrio, el sindicato metalúrgico de Longwy, destinado á la fabricación de la fundición en bruto. Este último reune 11 sociedades anejas de que es único poseedor.

La mayoría de estos sindicatos tiene muy poca importancia para tener una acción cualquiera sobre el precio del mercado, lo cual debería ser justamente su papel esencial. Por falta de este espíritu de solidaridad de que están desprovistos los latinos, nuestros industriales prefieren ver vegetar y después desaparecer sus industrias antes que asociarse para sostenerlas.

Y sin embargo, si hay un país en el mundo en que la asociación de los industriales sería necesaria, es seguramente Francia. Cada día vemos decaer industrias, como la de los tranvías, que sucumben bajo el peso de los gastos generales, que una asociación inteligente reduciría en enormes proporciones. Lo mismo pasa con nuestras compañías de navegación, que vegetan tan miserablemente. La asociación no sólo reduciría sus gastos generales, sino que les permitiría luchar contra los sindicatos obreros, que á cada instante hacen las huelgas más inmotivadas, sencillamente para obedecer á las sugestiones de algunos políticos á quienes pueden ser útiles estas huelgas.

No creo que los latinos tengan un espíritu de organización suficiente para dirigir grandes sindicatos de producción, y es de temer ó de esperar por ellos—lo cual no sé todavía,—que los americanos vengan á fundar trusts en Europa. Se anunciaba hace poco que habían pensado en comprar todas las empresas de tracción de París, como parece que han tratado de apoderarse de todas las líneas marítimas alemanas.

§ V.—El porvenir de los sindicatos de producción industrial.

Es muy difícil decir con seguridad si la ley de concentración de la producción industrial persistirá bajo la forma en que la vemos reinar en América y en Alemania. Presta ciertos servicios, al menos por el momento y parece la consecuencia necesaria de esa corrriente general que arrastra á todos los hombres hacia la asociación de intereses semejantes. Pero sólo el hecho de que los sindicatos están constituídos sobre todo para evitar la competencia y por consiguiente para luchar contra la ley natural que rige la evolución de los seres y de las sociedades, permite presentir que no subsistirán mucho tiempo bajo su forma actual.

Tienen, en efecto, un carácter muy artificial, violan todos los principios de la oferta y la demanda y no pueden constituirse sino al abrigo de barreras aduaneras muy fuertes. Parece, pues, que las leyes económicas acabarán por tener razón. No hay motivos serios para pensar que estas leyes no han de regir la evolución futura del mundo, aunque hay que consignar que los pueblos marchan cada vez más en dirección muy contraria á estas leyes. Se revisten de barreras aduaneras cada vez más fuertes y fundan sindicatos cada vez más tiránicos. Hay un conflicto manifiesto entre las leyes de la antigua ciencia económica y todas las organizaciones que vemos desarrollarse.

Ciertas consecuencias actuales de los sindicatos de concentración industrial parecen mostrar, sin embargo, que las leyes económicas permanecen ineludibles. Como los sindicatos de producción europeos han logrado, gracias á su organización, vender á precios muy renumeratorios, han elevado naturalmente su producción. Entonces ha llegado el momento en que, excediendo esta producción con mucho del consumo interior, ha habido que bus-

car clientes en otros países; pero como estos otros países estaban también protegidos por barreras aduaneras, ha sido preciso, para compensar las tarifas protectoras, vender á precios muy bajos. Estos precios, ventajosos para el consumidor, dejaron muy pronto de ser suficientemente remuneratorios para los productores. Entonces solicitaron de sus gobiernos primas de exportación pagadas por los contribuyentes. Se les concedieron con demasiada frecuencia y se tuvo la consecuencia, en verdad grotesca, de que mientras los consumidores de un país productor pagan muy caro un producto, los consumidores de los países extranjeros lo obtienen muy barato. Esto es lo que vemos ahora en Francia con el azúcar, que pagamos muy caro, mientras que los consumidores extranjeros á quienes se lo vendemos lo pagan cuatro veces menos, gracias á las primas que concedemos á los fabricantes. Estas primas significan simplemente que siempre que un refinador vende muy barato á un consumidor extranjero una libra de azúcar, le entregamos una cierta suma para premiarle por el trabajo que se ha tomado y compensarle por la disminución de su beneficio. El extranjero es el único que gana algo en tan inverosímil operación.

Alemania, á pesar de su sabia organización, está en vías de sufrir estas consecuencias imprevistas de las leyes económicas que esperaba poder violar.

Para evitar la competencia extranjera, los industriales alemanes se han sindicado y el Estado los ha protegido por barreras aduaneras que impiden la introducción de los productos extranjeros. Pero sucede que, á pesar de una conveniente organización, las barreras aduaneras se han hecho ilusorias y no impiden que la industria de los Estados Unidos amenace muy seriamente á la de Alemania. Naturalmente, la exportación americana ha tenido que apartarse de Alemania, pues sus productos no podían entrar allí, pero entonces se ha dirigido hacia los países menos protegidos por sus aduanas y que en otro tiempo eran

clientes de Alemania. Por razón de la baratura de los artículos vendidos, estos países compran ahora á América en lugar de hacerlo á Alemania y esta última ve sus mercados abarrotados de mercancías para las cuales ya no encuentra adquisidores. No tiene el recurso de fabricar tan barato como América, porque sus obreros son mucho menos inteligentes y menos hábiles. Obligada á vender con pérdida sus existencias, es víctima de la inevitable ley de competencia contra la cual no pueden proteger á un pueblo por mucho tiempo las medidas más draconianas.

El resultado de algunos de los conflictos que van á nacer será probablemente muy imprevisto. Los sindicatos de producción parecen que no pueden vivir hoy al abrigo de las barreras aduaneras. Sin embargo, me parece seguro que no son ellos los que provocarán fatalmente la desaparición final de estas barreras.

Lo que se desprende más claramente de los fenómenos que vemos nacer y crecer sin que nada haya podido permitir preverlos, es que la acción de los gobiernos de cada país se reduce cada vez más y que cada vez están más amoldados á necesidades económicas que caen fuera de su radio de acción. Estas necesidades funcionan con la regularidad de un engranaje, y las medidas más violentas soñadas por los socialistas serían tan impotentes para modificar su marcha como los discursos dirigidos á un torrente para obligarlo á cambiar su curso. Hay que tratar de adaptarnos á sus necesidades y no usar en vano nuestras fuerzas para combatirlas. El hombre gobernado en otro tiempo por sus dioses, sus códigos y sus leyes, está guiado hoy por leyes económicas que á nada se doblegan, y cuyo poder es incomparablemente más temible que el de los antiguos déspotas. Se las puede maldecir, pero hay que sufrirlas. El curso del destino no se cambia con reglamentos.

LIBRO OCTAVO

EL PORVENIR DEL SOCIALISMO

CAPÍTULO PRIMERO

Límites de las previsiones históricas.

§ I. *La noción de necesidad en el concepto moderno de los fenómenos históricos.*—Cambios introducidos por la ciencia en nuestro concepto actual del mundo.—La noción de evolución y de necesidad.—Por qué en su estado actual la sociología no puede constituir una ciencia.—Su impotencia para prever los acontecimientos.—Las previsiones históricas serían posibles para una inteligencia inmensamente superior á la del hombre.—Utilidad de la noción de necesidad de los fenómenos.—§ II. *La previsión de los fenómenos sociales.*—Imposibilidad de prever con seguridad los fenómenos sociales, aun cuando obedezcan á leyes.—Nuestras previsiones no son más que hipótesis basadas sobre analogías y tienen que limitarse á un porvenir muy cercano.—Nuestra ignorancia general de las causas primeras de todos los fenómenos.

§ I.—La noción de necesidad en el concepto moderno de los fenómenos históricos.

Pronto tendremos que resumir nuestras previsiones sobre el porvenir del socialismo. No será inútil antes investigar en qué límites la ciencia permite tales previsiones y bajo qué reservas es posible formularlas.

En cuanto el progreso de las ciencias ha revelado al hombre el orden del universo y el encadenamiento regular de los fenómenos, su concepto general de las cosas se ha trasformado. Todavía no está lejano el tiempo en que una Providencia benévola guiaba el curso de los acontecimientos, conducía al hombre de la mano, presidía la

suerte de las batallas y el destino de los imperios. ¿Cómo prever sus secretos? Eran insondables. ¿Cómo discutir sus decisiones? Eran omnipotentes. Ante ellas los pueblos no podían más que prosternarse é intentar conjurar por humildes oraciones sus furores ó sus caprichos.

Los nuevos conceptos del mundo producidos por los descubrimientos de la ciencia, han libertado al hombre del poder de los dioses, creados en otro tiempo por sus sueños. No le han hecho más libre, pero le han enseñado que es inútil querer influir con las oraciones en el engranaje rígido y sordo de las necesidades que dirigen el universo.

Después de habernos hecho vislumbrar la jerarquía de estas necesidades, la ciencia nos ha mostrado el proceso general de la trasformación de nuestro planeta y el mecanismo de la evolución que ha llevado, á través de los tiempos, á los humildes seres de las primeras edades geológicas hasta las formas actuales.

Como las leyes de esta evolución han sido determinadas para los individuos, se intentó aplicarlas á las sociedades humanas. Las investigaciones modernas probaron que las sociedades han pasado también por una serie de formas inferiores antes de alcanzar el nivel en que las vemos hoy.

De estas investigaciones ha nacido la sociología, orden de conocimientos que se constituirá, quizá, un día, pero que hasta ahora ha tenido que limitarse á registrar fenómenos sin lograr probar ninguno.

Por razón de esta incapacidad de previsión es por lo que no se puede considerar á la sociología como una ciencia, ni siquiera como un bosquejo de ciencia. Un conjunto de conocimientos merece el nombre de ciencia cuando permite determinar las condiciones de un fenómeno y, por consiguiente, reproducirlo, ó por lo menos, prever de antemano su realización. Tales son la química, la física, la astronomía, y, aun en ciertos límites, la biología,

pero de ningún modo la sociología. Todo lo que ésta nos puede decir, y ni siquiera es ella la que nos lo ha enseñado, es que el mundo moral está, como el mundo físico, regido por leyes inflexibles. Lo que calificamos de casualidad no es más que la cadena infinita de las causas que no conocemos.

Pero el entrecruzamiento de estas causas hace imposible toda previsión precisa. Sólo se llega, no á prever los fenómenos sociales, sino simplemente á comprenderlos un poco, estudiando separadamente cada uno de los factores que los engendran y después la acción recíproca de estos factores. Teóricamente, el método es el mismo que el del astrónomo que trata de determinar la trayectoria de los astros. Cuando los elementos que obran unos sobre otros son demasiado numerosos, la ciencia actual se declara impotente para descubrir su resultado definitivo. Determinar las posiciones relativas de tres cuerpos, de masas y velocidades diferentes y que ejercen mutuamente su atracción á través del espacio, es un problema que ha desconcertado durante mucho tiempo la sagacidad de los más ilustres matemáticos.

Para los fenómenos sociales habría que descubrir la acción recíproca, no ya de tres causas, sino de millones de causas. ¿Cómo, por tanto, presentir el resultado final de tal entrecruzamiento? Para obtener, no seguridades ni síquiera aproximaciones, sino simplemente indicaciones generales y sumarias, hay que proceder como el astrónomo que, tratando de deducir la posición de un astro desconocido de las perturbaciones que produce en la marcha de un astro conocido, no trata de comprender en sus fórmulas la acción simultánea de todos los cuerpos del universo. Desprecia las perturbaciones secundarias, que harían insoluble el problema, y se contenta, con aproximaciones. (1)

---

(1) Los cálculos de los astrónomos deben su precisión aparente á

Aun en las ciencias más exactas, los resultados aproximativos son los únicos á que puede llegar la pequeñez de nuestro espíritu. Pero una inteligencia como aquella de que habla Laplace, «que por un instante dado conociese todas las fuerzas» de que está animada la naturaleza y la situación respectiva de los seres que la componen, si además era bastante vasta para someter al análisis todos estos datos, comprendería en la misma fórmula los movimientos de los más grandes cuerpos del universo y los del más ligero átomo. Nada sería incierto para ella, y el porvenir, lo mismo que el pasado, estaría presente á su vista.

Ignoramos si, entre los millones de mundos que siguen su camino silencioso en el firmamento, ha surgido alguna vez esta inteligencia de que habla Laplace, inteligencia que habría podido leer en nuestra nebulosa el nacimiento del hombre, las fases de su historia y la hora en que, en nuestro globo enfriado, verán su último día los últimos seres. No envidiemos demasiado una clarividencia semejante. Si el libro del destino estuviese abierto ante nuestros ojos, se romperían bien pronto los más poderosos resortes de la actividad humana. Aquellos á quienes la sibila mágica enseñaba el porvenir palidecían de terror y se precipitaban hacia el manantial sagrado cuya agua producía el olvido.

Los espíritus más eminentes, Kant, Stuart Mill y muy

---

la poca masa de los planetas respecto de la del sol, á la pequeñez de las excentricidades é inclinaciones de sus órbitas, á la lejanía de los astros extraños al sistema solar y, finalmente, á la imperfección de las medidas de tiempo y de espacio que nos son accesibles. A la imposibilidad de establecer mas completamente los cálculos, se agrega la insuficiencia de los métodos de observación. Se puede juzgar de ello por el hecho de que, hace miles de años, numerosas generaciones de astrónomos han observado á Sirio, la estrella más brillante del cielo, sin sospechar que se mueve en una extensión de varios cientos de leguas al día. Ha habido que recurrir á métodos indirectos para descubrir que ciertos astros se mueven en el cielo con una velocidad quince veces superior á la de una bala de cañón.

recientemente psicólogos tales como Gumplowicz, afirman que si se conociese bien la psicología de los individuos y de los pueblos, podríamos prever su conducta; pero esto se reduce á enunciar en otra forma la hipótesis de Laplace, es decir, suponer que son conocidos elementos demasiado numerosos para poderlos conocer y que tienen acciones mutuas demasiado complejas para poderlas someter al análisis.

Tenemos, pues, que limitarnos á saber que el mundo moral está también sometido á leyes, pero resignándonos á ignorar las consecuencias futuras de estas leyes.

Esta noción de necesidad, que tienden cada vez más á establecer todos los descubrimientos de la ciencia moderna, no es una teoría vana, sin utilidad para nosotros. Nos enseña, por lo menos, la tolerancia y permite abordar el estudio de los fenómenos sociales con la frialdad del químico que analiza un cuerpo ó busca la densidad de un gas. Nos enseña á no irritarnos ante los acontecimientos que chocan con nuestras ideas, lo mismo que el sabio ante el resultado imprevisto de un experimento. Para el filósofo no hay indignación posible contra los fenómenos sometidos á leyes ineludibles. Hay que limitarse á observarlas, en la persuasión de que nada habría podido impedir que se produjeran.

§ II.—La previsión de los fenómenos sociales.

La sociología tiene, pues, que reducir su acción á registrar fenómenos. Siempre que sus adeptos más ilustres han querido, como Augusto Comte, abordar la esfera de las previsiones, se han equivocado lamentablemente.

Y sobre todo los hombres de Estado son los que, sumergidos en la esfera de los sucesos políticos y más aptos, al parecer, para observar su marcha saben menos preverlos.

«¡Cuántas veces, escribe M. Fouillée, los profetas se ven desmentidos por los acontecimientos! Napoleón había anunciado que Europa sería muy pronto cosaca. Había predicho que Wellington establecería el despotismo en Inglaterra, «porque este general era demasiado grande para seguir siendo un simple particular». Si concedéis la independencia á los Estados Unidos, había dicho por su parte Lord Shelburne, no menos ciego desde su punto de vista, el sol de Inglaterra se ocultará y se eclipsaría para siempre su gloria. Burke y Fox habían rivalizado en falsas profecías sobre la Revolución francesa, y el primero anunciaba que Francia iba á ser «repartida como Polonia». Los pensadores de todas clases, extraños en apariencia á las cosas de este mundo, se han mostrado casi siempre más clarividentes que los hombres de Estado. Un Rousseau, un Goldsmith anunciaron la Revolución francesa; Arthur Joung preveía para Francia, después de violencias pasajeras «un bienestar duradero, resultado de sus reformas». Tocqueville treinta años antes de suceder, anunciaba que los Estados del Sur en la República americana, intentarían la secesión. Heine nos decía con algunos años de anticipación: «Vosotros, los franceses, tenéis más que temer de la Alemania libre y unida que de toda la Santa Alianza, de todos los cosacos reunidos». Quinet predecía en 1832 el cambio que iba á verificarse en Alemania, el papel de Prusia, la amenaza suspendida sobre nuestras cabezas, la mano de hierro que intentaría recuperar las llaves de la Alsacia. Esto se debe á que, estando la mayoría de los hombres de Estado absorbidos por los hechos del presente, la miopía es su estado natural.»

Es, en efecto, su estado natural y es fácil de comprender que los filósofos que sepan sustraerse á los intereses de la hora presente, pueden á veces formular previsiones muy justas. En su discurso de recepción en la

Academia francesa. M. Deschanel, presidente de la Cámara de los diputados, ha mostrado cuán erróneas podían ser las previsiones de los hombres de Estado y cuán precisas las de los filósofos.

Durante treinta años una diplomacia ciega, dirigida por un emperador más ciego todavía, no vió nada, no comprendió nada, no supo prever nada. Asiéndose á vagos principios, tan infantiles como el de las nacionalidades, provocaba guerras como la que hubo en contra de Austria y en beneficio de Italia, origen de todos nuestros desastres. Durante estos treinta años un simple filósofo, M. Hervé, preveía de la manera más clara los sucesos que iban á producirse.

Siete años antes, preveía la guerra que Prusia declaró en 1866 á Austria y después de Sadowa, cuando diplomáticos y periodistas, lamentablemente limitados, se felicitaban de los éxitos de Prusia, que después de haber derribado á Dinamarca y Austria se preparaba á hacer lo mismo con nosotros, escribía: «Francia sin combatir acaba de tener la derrota más grave que ha sufrido desde Waterlóo. La guerra entre Francia y Prusia es inevitable. Atacará al corazón de una ú otra nación». La única de las previsiones de este pensador que no se ha realizado todavía es el duelo de germanos y eslavos.

Sin duda que no se necesitaba más que un buen sentido luminoso para ver todo ésto, pero el hombre de Estado está demasiado mezclado con los sucesos para poder tener ese buen sentido. En la época muy reciente del sitio de las legaciones en China, ninguno de los diplomáticos que habitaban en Pekín ha sabido prevenir los acontecimientos que les amenazaban y la guerra costosa que iban á producir. Las cuestiones de protocolo les preocupaban mucho más que lo que pasaba alrededor de ellos.

Sin embargo, no les habían faltado advertencias, pero provenían de fuera y de personas cuya opinión evidentemente no podía ser de importancia, pues no eran

«de la carrera.» Desde el golpe de mano de Kiao-Tcheon que ponía el colmo á las usurpaciones del Occidente en China, un psicólogo penetrante, L. de Saussure, había predicho en el *Journal de Genève*, que «el vaso iba á desbordarse y que iba á estallar un golpe de Estado que comenzaría probablemente por la deposición del Emperador».

Sea lo que quiera, el filósofo debe ser siempre bastante reservado en sus previsiones y no intentar más que indicaciones muy generales, deducidas, sobre todo, del estudio profundo del carácter de las razas y de su historia y, para lo demás, limitarse á observaciones.

La forma optimista ó pesimista que damos á estas observaciones, no representa más que matices de lenguaje que pueden facilitar las explicaciones, pero que en sí mismas no tienen ninguna importancia. Dependen únicamente del temperamento y de la forma del espíritu. El pensador, habituado á observar el duro engranaje de las cosas, hará generalmente una apreciación pesimista; el sabio, que no ve en el mundo más que un curioso espectáculo, hará una apreciación resignada ó indiferente. El concepto sistemáticamente optimista de las cosas, apenas se encuentra más que en completos imbéciles favorecidos por la suerte y satisfechos de su destino. Pero si el pensador, el filósofo y por accidente el imbécil, saben observar, su apreciación de los fenómenos será á la fuerza idéntica, tan idéntica como pueden serlo las fotografías de un mismo monumento tomadas por diversos operadores.

Juzgar, como tantos historiadores, los sucesos verificados, distribuir responsabilidades, la censura ó el elogio, es una tarea pueril, que los filósofos del porvenir despreciarán con justicia. El engranaje de las causas que crean los acontecimientos es incomparablemente más poderosa que los personajes que los llevan á cabo. Los grandes hechos históricos más memorables; la caída de Babilonia ó de Atenas, la decadencia del Imperio romano, la revolu-

ción de nuestros últimos desastres, no se pueden atribuir á un hombre, sino á muchas generaciones de hombres. El polichinela que, sin conocer los hilos que le hacen moverse, censurase ó alabase los movimientos de otros polichinelas, estaría en verdad bien equivocado.

El hombre está guiado por el medio, las circunstancias y, sobre todo, por la voluntad de los muertos, es decir, por las fuerzas hereditarias misteriosas que sobreviven en él. Estas rigen la mayoría de nuestras acciones y son tanto más poderosas cuanto que no las vemos. Nuestros pensamientos, cuando por una rara casualidad los tenemos personales, no obrarán más que sobre generaciones que no han nacido todavía.

Hijas de un largo pasado, nuestras acciones no tendrán todas sus consecuencias sino en un futuro que no veremos nosotros. La hora presente es la única que tiene algún valor para nosotros, y sin embargo, en la existencia de una raza esta hora tan breve no tiene importancia. Hasta nos es imposible apreciar en su alcance real los sucesos que ocurren ante nuestros ojos, porque su influjo sobre nuestro destino nos lleva á exagerar su interés. Se podrían comparar con las pequeñas ondas que nacen y mueren sin cesar en la superficie de un río, pero sin turbar su curso. El insecto arrastrado sobre la hoja que estas pequeñas ondas levantan, las toma por montañas y teme con razón su choque. Su efecto sobre la marcha del río es, sin embargo, casi nulo.

El estudio profundo de los fenómenos sociales nos pone, pues, en presencia de esta doble afirmación: por una parte, estos fenómenos están regidos por un engranaje de necesidades y son susceptibles por consiguiente de ser previstos por una inteligencia superior; pero, por otra parte, esta previsión es lo más á menudo imposible para seres limitados como nosotros.

El hombre tratará siempre, sin embargo, de levantar la cortina que le oculta el impenetrable porvenir y los

mismos filósofos no podrían sustraerse á esta vana curiosidad. Saben por lo menos que sus previsiones no son más que hipótesis, basadas sobre todo en analogías tomadas del pasado ó deducidas de la marcha general de las cosas y de los caracteres fundamentales de los pueblos. Saben también que las previsiones al parecer más seguras tienen que limitarse á un porvenir muy próximo y que, aun entonces, pueden ser desmentidas por causas desconocidas. Un pensador penetrante podía sin duda prever la revolución francesa algunos años antes de su explosión, estudiando el estado general de los espíritus; pero, ¿cómo habría podido adivinar á Bonaparte, la conquista de Europa y del Imperio?

Un espíritu científico no puede, pues, dar como cierta una previsión social á plazo largo. Ve aumentar á algunos pueblos, disminuir á otros, y como la historia del pasado le enseña que la pendiente de la decadencia no se vuelve á subir, tiene fundamentos para decir que los que están en la vertiente de la decadencia continuarán descendiendo. Sabe que no se pueden cambiar las instituciones á capricho de los legisladores, y viendo que los socialistas quieren trastornar enteramente la organización en que descansan nuestras civilizaciones, predice fácilmente las catástrofes que seguirán á semejantes tentativas. Estas son previsiones muy generales que entran un poco en la categoría de esas verdades simples y eternas que se llaman lugares comunes. La ciencia más adelantada tiene por fuerza que contentarse con estas aproximaciones muy insuficientes.

¿Y qué podríamos decir del porvenir, nosotros que ignoramos casi todo el mundo en que vivimos y que chocamos contra un muro impenetrable en cuanto queremos descubrir la causa de los fenómenos é investigar las realidades que se ocultan tras las apariencias? Las cosas ¿son creadas ó no creadas, reales ó no reales, efímeras ó eternas? El mundo ¿tiene razón de ser ó no la tiene? El naci-

miento y la evolución del universo ¿están condicionados por la voluntad de seres superiores, ó regidos por necesidades ciegas, por ese destino soberano, al cual, según los conceptos antiguos, debía obedecer todo, tanto los dioses como los hombres? El átomo que parece formar la trama íntima de los seres, desde el mineral hasta nosotros, ¿es otra cosa que una concepción teórica de nuestro espíritu? Se le encuentra en la base de nuestras concepciones científicas, que se desmoronarían sin él. Y, sin embargo, ningún ojo humano ha visto nunca ese substrato misterioso, sin comienzo ni fin, indestructible y eterno.

En cuanto al mundo moral, nuestras incertidumbres no son menores. ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? Nuestros ensueños de felicidad, de justicia y de verdad, ¿son otra cosa que ilusiones creadas por un estado conjestivo de nuestro cerebro, en flagrante desacuerdo con la mortífera ley de la lucha por la vida? Sobre estas cuestiones peligrosas mantengámonos por lo menos, en la duda, porque la duda es la esperanza. Bogamos á ciegas en un océano de cosas desconocidas que se hacen cada vez más misteriosas á medida que nos esforzamos en determinar su esencia. Apenas vemos en este impenetrable caos brillar á veces algunos fugitivos resplandores, algunas verdades relativas que llamamos leyes, cuando no parecen demasiado efímeras.

Tenemos que resignarnos á no conocer más que incertidumbres. Son guías frágiles, sin duda; pero sin embargo, son las únicas que están á nuestro alcance. La ciencia no tiene otras que invocar. Los dioses antiguos no nos las han dado mejores. Sin duda que han dado esperanzas al hombre; pero no son ellos los que le han enseñado á utilizar en beneficio propio las fuerzas que le rodean y hacer así menos dura su existencia.

Felizmente para la humanidad no está llamada á buscar sus móviles de acción en esas regiones inaccesibles y heladas de la ciencia pura. Siempre se han necesitado

quimeras para agradarla y alucinados para guiarla. El mundo nunca ha carecido de ellas. Quimeras políticas, quimeras religiosas, quimeras sociales han ejercido siempre sobre nosotros su imperio soberano. Estos engañosos fantasmas han sido y serán perpetuamente nuestros dueños.

Desde los miles de años que hace que salió de su salvajismo primitivo el hombre, nunca ha dejado de crearse ilusiones para adorarlas y edificar sobre ellas sus civilizaciones. Todas les han encantado durante algún tiempo, pero siempre ha sonado la hora en que ha dejado de encantarle, y entonces ha consagrado á destruirla tanto esfuerzo como había empleado en crearla. Una vez más, la humanidad vuelve á esta tarea eterna, quizá la única que pueda hacerla olvidar las durezas del destino. Los teóricos del socialismo no hacen más que volver á empezar la pesada obra de edificar una fe nueva, destinada á sustituir á la de las edades antiguas esperando á que la inevitable evolución de las cosas la condene á perecer á su vez.

CAPÍTULO II.

El porvenir del socialismo.

§ I. *Las condiciones actuales del socialismo.*—Resumen de las condiciones favorables ó contrarias al desarrollo del socialismo.—Constituye un estado mental mucho más que una doctrina.—Su peligro no reside en la adhesión de las multitudes, sino en la de los espíritus ilustrados.—Los trastornos sociales comienzan siempre por arriba y no por abajo.—Ejemplo de la revolución.—Estado de los espíritus en el momento de la revolución.—Su analogía con la época actual.—Las clases directoras pierden hoy toda su confianza en la justicia de su causa.—Las promesas del socialismo.—§ II. *Lo que reserva el éxito del socialismo á los pueblos en que triunfe.*—Opinión de los grandes pensadores modernos.—Todos llegan á conclusiones idénticas.—Destino inmediato de los pueblos en que se establezca el socialismo.—La desorganización y la anarquía producirán en seguida el cesarismo.—Hipótesis del establecimiento práctico y progresivo del socialismo.—§ III. *Cómo podría el socialismo apoderarse del gobierno de un país.*—Los ejércitos modernos y su estado mental.—El fin de una sociedad se hará inevitable el día en que su ejército se vuelva contra ella.—Cómo han caído en la anarquía las repúblicas hispano-americanas por la disolución de sus ejércitos.—§ IV. *Cómo se puede combatir el socialismo.*—Necesidad de conocer los secretos de su fuerza y de su debilidad, así como el estado mental de sus adeptos.—Medios de obrar sobre las multitudes.—Cómo perecen las sociedades cuando sus defensores naturales renuncian á la lucha y al esfuerzo.—Lo que causa la ruina de los pueblos no es la disminución de la inteligencia, sino el reblandecimiento de los caracteres.—Cómo perecieron Atenas, Roma y Bizancio.

§ I.—Las condiciones actuales del socialismo.

Hemos tratado de determinar en esta obra los princi-

pales factores de la evolución actual de las sociedades. Hemos buscado el influjo de la trasformación de las ciencias y de la industria, de la aproximación de los pueblos por el vapor y la electricidad, del cambio de las ideas y de muchos otros factores. El hombre, como todos los seres, no puede vivir sin adaptarse á su medio y lo hace por una lenta evolución y no por revolución. Como las causas de la evolución actual han surgido demasiado recientemente para que poseamos medio alguno de saber con exactitud lo que producirán, no podemos hacer más que indicar respecto de cada una el sentido general de su influjo.

Hemos señalado los puntos en que las aspiraciones socialistas concuerdan con la evolución de que somos testigos. Pero ésta concordancia se ha encontrado muy raraamente. Hemos visto, por el contrario, que la mayoría de las teorías socialistas están en contradicción flagrante con las necesidades que dirigen el mundo moderno y que su realización nos volvería á fases inferiores que ya hemos pasado hace mucho tiempo. Y por esto es por lo que hemos consignado que el nivel actual de los pueblos en la escala de la civilización se mide con bastante exactitud, por su grado de resistencia á las tendencias socialistas.

La asociación de los intereses semejantes, única forma práctica de la solidaridad, y la competencia económica, forma moderna de la lucha por la vida, son necesidades de la edad actual. El socialismo tolera apenas la primera y quiere suprimir la segunda. El único poder que respeta es el de las asambleas populares. El individuo aislado no es nada para él; pero, sólo por el hecho de que forma parte de una multitud, posee todas las capacidades y todos los derechos. La psicología nos enseña, por el contrario, que en cuanto un individuo forma parte de una multitud, pierde la mayoría de las cualidades mentales que constituían su fuerza.

Desdeñar la asociación y querer suprimir la compe-

tencia, como propone el socialismo, es intentar paralizar las grandes palancas de la Edad Moderna. No se trata de saber si la competencia es benéfica ó perjudicial; hay que ver si es ineludible y, una vez reconocida como tal, tratar de adaptarse á ella.

Ya hemos hecho ver que la competencia económica, que acabaría por aplastar al individuo, ha encontrado su contrapeso natural formado espontáneamente sin ninguna teoría, en la asociación de intereses semejantes. Asociaciones de obreros por un lado, asociaciones de patronos por otro, llegan á luchar con armas iguales, lo que no podría hacer el individuo aislado. Sin duda que esto no es más que la sustitución de la autocracia individual por la autocracia colectiva, y nada permite decir que la primera sería más dura que la última. Hasta parece evidente lo contrario. Lo que es evidente también es que las tiranías colectivas fueron siempre soportadas con más facilidad. Nunca el más furioso tirano hubiera podido permitirse los actos de despotismo sanguinario que se permitían impunemente, durante la Revolución, oscuros comités anónimos que obraban en nombre de intereses colectivos imaginarios ó reales.

También hemos mostrado que, aunque en contra de todos los datos de la ciencia moderna, el socialismo posee una fuerza inmensa, sólo por el hecho de que tiende á revestir una forma religiosa. Entonces ya no es una teoría lo que se discute, sino un dogma que hay que sufrir y cuyo poder sobre las almas acaba por hacerse absoluto.

Justamente por esta razón es por lo que el socialismo constituye el más temible de los peligros que han amenazado hasta ahora á las sociedades modernas. Como su triunfo completo en un país no tiene nada de imposible, no será inútil indicar lo que reserva al pueblo que crea asegurar su felicidad sometiéndose á las prescripciones de los socialistas.

Recordemos, ante todo, los principales dogmas socialistas y las causas que podrán hacerlos adoptar.

Si se deja á un lado las partes fantásticas de los innumerables programas socialistas, y si sólo se considera lo que tienen de esencial y al mismo tiempo lo que la evolución natural de las cosas hace realizable en ciertos pueblos, se ve que sus programas se reducen á cuatro puntos principales:

1.° Supresión de la desigualdad demasiado grande de las riquezas, por impuestos progresivos y, sobre todo, por derechos de sucesión suficientemente elevados.

2.° Extensión progresiva de los derechos del Estado, ó, si se quiere, de la colectividad que reemplazará al Estado y que no podrá diferir de él más que por el nombre.

3.° Entrega en manos del Estado, del suelo, capitales, industrias, empresas de todas clases, es decir, expropiación de los propietarios actuales en provecho de la comunidad.

4.° Supresión de la libre competencia é igualación de los salarios.

La realización del primer punto es evidentemente posible y se puede admitir en rigor, aunque no esté del todo demostrado que habría una ventaja, ó por lo menos una especie de equidad, en tratar de entregar á la comunidad, en cada generación, el exceso de las fortunas acumuladas por las generaciones precedentes y evitar así la formación de una aristocracia financiera más pesada y más opresora á veces que el antiguo régimen feudal.

En cuanto á los otros puntos, y especialmente á la extensión progresiva de los derechos del Estado, de donde resultaría la supresión de la libre competencia y, finalmente, la igualdad de los salarios, sólo se realizarían mediante la ruina de un país, porque siendo dichas medidas incompatibles con el orden natural de las cosas, pondrían al pueblo que las sufriese en un estado de inferioridad manifiesta respecto de sus rivales y le obligarían muy pronto

á cederlos el puesto. No decimos que este ideal deje de realizarse, pues hemos mostrado que ciertas naciones tienden cada vez más á la extensión progresiva de la acción del Estado; pero también hemos visto que estas naciones han entrado en el camino de la decadencia sólo por este hecho.

El sueño socialista puede, pues, realizarse todavía en estos diversos puntos, y según la fórmula indicada por un escritor inglés, M. B. Kidd:

«En la era en que entramos, el esfuerzo laborioso y lento de los pueblos para obtener la igualdad de las condiciones sociales de lucha, lo mismo que la igualdad de derechos políticos, implicará necesariamente en lugar de la restricción de la intervención del Estado, la extensión progresiva de esta acción á casi todas las circunstancias de nuestra vida social. Hay que esperar que el movimiento que tiende á la reglamentación, á la inspección, á la restricción de los derechos de la riqueza y del capital se acentúe hasta que el Estado mismo asuma estos derechos en todos los casos en que esté probado que dejarlos en manos privadas es contrariar los intereses de las clases populares.»

El ideal socialista está perfectamente formulado en las líneas que preceden. Cuando vemos que espíritus ilustrados aceptan este programa, vemos al mismo tiempo el camino y los destrozos de las ideas socialistas.

En esto sobre todo reside su peligro. El socialismo actual es un estado mental mucho más que una doctrina. Lo que hace que sea tan amenazador, no son los cambios, todavía muy pequeños, que ha producido en el alma popular, sino las modificaciones, ya muy grandes, que ha determinado en el alma de las clases directoras. La burguesía actual no está ya segura de su derecho. Por otro lado, no está segura de nada y no sabe defender nada.

Se deja dirigir por todo lo que se dice y tiembla ante sus más infelices retóricos. Es incapaz de esa voluntad fuerte, de esa disciplina severa, de esa comunidad de sentimientos que son el cimiento de las sociedades, y sin las cuales ninguna asociación humana ha podido vivir hasta ahora.

Creer en los instintos revolucionarios de las multitudes es ser víctima de las apariencias más engañosas. Sus sublevaciones no son más que furores de un instante. Dominadas de nuevo por sus tendencias conservadoras, vuelven pronto al pasado y vienen á reclamar por sí mismas la restauración de los ídolos que, en un momento de violencia han roto. Nuestra historia nos lo repite á cada página, desde hace un siglo. Apenas terminó la Revolución su obra destructora, casi todo lo que había derribado, instituciones políticas ó rel giosas, se restableció con nuevos nombres. El río, desviado apenas un instante de su curso, vuelve á tomarlo.

Los trastornos sociales no comienzan nunca por abajo, sino por arriba siempre. ¿Es el pueblo el que ha hecho nuestra Revolución? No, en verdad. Nunca había pensado en ello. La nobleza y las clases directoras fueron las que la desencadenaron. Es esta una verdad que parece todavía un poco nueva á muchos espíritus, pero que se hará trivial cuando una psicología un poco menos sumaria que la que nos satisface hoy, nos haya hecho comprender que los acontecimientos exteriores son siempre consecuencia de ciertos estados inconscientes de nuestro espíritu.

Sabemos bien lo que fué, en el momento de la Revolución, ese estado de espíritu que vemos renacer hoy: un humanitarismo enternecido que, comenzado por poesía pastoral, terminó con la guillotina. Este sentimiento tan inofensivo en apariencia y tan peligroso en realidad, fué el que produjo en seguida la debilidad y la desorganización de las clases directoras. Ya no tenían fe en su pro-

pia causa y hasta eran, como hace notar justamente Michelet, los enemigos de su propia causa. Cuando, en la noche del 4 de Agosto de 1789, la nobleza abjuró sus privilegios y sus derechos seculares, la Revolución estaba hecha. El pueblo no tuvo más que seguir las indicaciones que se le dieron y, como siempre, las llevó á su extremo. No tardó mucho tiempo en cortar la cabeza á los honrados filántropos que abandonaban así su causa. La historia apenas los compadece. Merecen, sin embargo, la indulgencia de los psicólogos, habituados á determinar los orígenes lejanos de nuestras acciones. ¿Podía la nobleza, en efecto, defender todavía estos derechos á que renunciaba tan fácilmente? Bajo el influjo de las teorías y de los discursos acumulados desde hacía un siglo, las creencias habían cambiado progresivamente. Las ideas que se habían apoderado lentamente de las clases directoras habían acabado por adquirir tal imperio, que éstas ya no podían discutirlas. Las fuerzas que crean nuestras voluntades inconscientes son siempre irresistibles. La razón no las conoce, y aun cuando las conociese, no podría nada contra ellas.

Estas fuerzas oscuras, pero soberanas, son, sin embargo, las que constituyen el alma de la historia. El hombre se agita, pero ellas le dirgien. Se modelan á su gusto y le obligan muy á menudo á obrar en contra de sus intereses más claros. Son los hilos misteriosos que han guiado á todas esas figuritas brillantes cuyas debilidades y hazañas repetimos siglo tras siglo. Gracias al retroceso de los tiempos, conocemos las causas secretas que las hicieron obrar mucho mejor con frecuencia, de lo que conocieron ellas mismas.

Y este es, repito, el peligro de la hora presente. Estamos atacados de nuevo de los mismos sentimientos morbosos que nos han valido ya la Revolución más despótica y más sanguinaria que ha conocido la historia, el Terror, Napoleón y la muerte de tres millones de hombres. ¡Qué

servicio prestaría á la humanidad la divinidad bienhechora que suprimiese hasta, en el último de sus representantes la funesta raza de los filántropos, y, con el mismo motivo, la no menos funesta de los retóricos!

La experiencia de hace un siglo no ha bastado, y el renacimiento de este mismo humanitarismo vago—humanitarismo de palabras y no de sentimientos—desastrosa herencia de nuestras antiguas ideas cristianas, se ha hecho el más serio elemento de éxito del socialismo actual. Bajo su influjo disociador é inconsciente las clases directoras han perdido toda la confianza en la justicia de su causa. Ceden cada vez más á agitadores que exigen más á medida que se extienden las concesiones. Estos agitadores sólo quedarán satisfechos cuando hayan despojado á sus adversarios de todo, de fortuna y de vida. El historiador del porvenir que conozca las ruinas causadas por nuestra debilidad, el derrumbamiento de las civilizaciones que habremos defendido tan mal, no tendrá ningún trabajo en demostrar qué fatales eran estas catástrofes.

No hay que esperar que el absurdo de la mayoría de las teorías socialistas impida su triunfo. Estas teorías no contienen, en definitiva, más quimeras inverosímiles que las creencias religiosas que gobiernan el alma de los pueblos desde hace tanto tiempo. El ilogismo de una creencia no ha perjudicado nunca su propaganda. Ahora bien, el socialismo es mucho más una creencia religiosa que una teoría de razonamiento. Se le soporta y no se le discute.

El socialismo tiene, sin embargo, una inferioridad inmensa respecto de las otras religiones. Estas últimas prometen después de la muerte una felicidad, cuyo lado quimérico no podría probar nadie seguramente. La religión socialista, en lugar de una felicidad celeste, cuya falsedad no puede comprobar nadie, nos promete una felicidad terrestre, cuya irrealización podrá observar fácilmente todo

el mundo. La experiencia enseñará á los adeptos de las ilusiones sociales la vanidad de su ensueño, y entonces romperán con furor el ídolo que habían adorado antes de conocerla. Por desgracia, esta experiencia sólo se puede intentar destruyendo ante todo una sociedad.

§ II.—Lo que el éxito del socialismo reserva a los pueblos en que triunfe.

Esperando la hora de su triunfo, que precederá en muy poco á la de su caída, el socialismo está destinado á aumentar todavía y ningún argumento sacado de la razón podrá prevalecer contra él.

Sin embargo, no han faltado las advertencias á los adeptos del nuevo dogma, así como tampoco á sus débiles adversarios. Todos los pensadores que han estudiado el socialismo moderno han señalado sus peligros y han llegado á conclusiones idénticas sobre el porvenir que nos prepara. Sería demasiado largo presentar todas sus opiniones, pero no dejará de tener interés presentar algunas de ellas.

No nos remontaremos más allá de Proudhon. En la época en que éste vivía, el socialismo era mucho menos amenazador que hoy. Sobre su porvenir escribió una página citada con frecuencia y cuya exactitud se comprobará quizá muy pronto.

«La revolución social no podrá conducir, escribía Proudhon, más que á un inmenso cataclismo, cuyo efecto inmediato será esterilizar la tierra, encerrar á la sociedad en una camisa de fuerza; y si fuese posible que semejante estado de cosas se prolongase sólo algunas semanas, hacer perecer por un hambre inopinada á tres ó cuatro millones de hombres. Cuando el gobierno esté sin recursos; cuando el país esté sin producción y sin comercio;

cuando París hambriento, bloqueado por los departamentos, por no pagar ni expedir, no tenga ingresos; cuando los obreros, desmoralizados por la política de los clubs y el paro de los talleres, traten de vivir de cualquier modo que sea; cuando el Estado confisque la plata y las alhajas de los ciudadanos para enviarlos á la casa de la moneda; cuando las perquisiciones domiciliarías sean el único modo de cobrar las contribuciones; cuando hayan saqueado el primer haz de trigo; cuando hayan forzado la primera casa, profanado la primera iglesia, encendido la primera antorcha; cuando se haya vertido la primera sangre; cuando haya caído la primera cabeza; cuando la abominación de la desolación esté esparcida por toda Francia, entonces sabréis lo que es una revolución social. Una multitud desencadenada, armada, ébria de venganza y de furor, picas, hachas, sables desnudos, cuchillas y martillos: la ciudad triste y silenciosa; la policía en el hogar de las familias, las opiniones sospechosas, las palabras escuchadas, las lágrimas observadas, los suspiros contados, el silencio espiado, el espionaje y las denuncias, las requisiciones inexorables, los empréstitos forzados y progresivos, el papel moneda despreciado, la guerra con el extranjero en la frontera, los proconsulados crueles, el comité de salvación pública, un comité supremo de corazón de bronce; estos son los frutos de la revolución llamada democrática y social. Yo rechazo con todas mis fuerzas el socialismo impotente, inmoral, propio solamente para engañar á las gentes.» (1)

M. de Laveleye, á pesar de su indulgencia por muchas ideas socialistas, ha llegado á conclusiones casi análogas, cuando nos muestra á seguida de una revolución socia-

(1) Esta página, citada en varias obras, se compone, en realidad, según las investigaciones de M. G. Sorel, de trozos tomados de diversas publicaciones de Proudhon y reunidos en un solo texto. Se publicó por primera vez en el *Journal des Débats*.

lista victoriosa «nuestros capitales saqueados por la dinamita y el petróleo de una manera más salvaje y sobre todo más sistemática que lo fué París en 1871.»

El gran filósofo inglés Herbert Spencer, no es menos sobrio. «El triunfo del socialismo, dice, sería el mayor desastre que el mundo ha experimentado nunca y su fin sería el despotismo militar.»

En el último volumen de su Tratado de sociología, que cierra la obra considerable que ha empleado treinta y cinco años en escribir, el eminente pensador ha desarrollado las conclusiones que preceden. Hay que notar que el colectivismo y el comunismo nos volverían á la barbarie primitiva y teme que esta revolución se lleve á cabo en un porvenir próximo. Esta fase victoriosa del socialismo no puede durar, dice; pero producirá grandes destrozos en las naciones que la sufran, y ocasionará la ruina total de muchas de ellas.

Tales son, en efecto, según el unánime parecer de los más eminetes pensadores, las consecuencias fatales del advenimiento del socialismo: trastornos de que sólo pueden dar una pálida idea la época del Terror y la de la Commune; después, la era inevitable de los Césares, de esos Césares de decadencia, capaces de elevar su caballo al consulado ó de hacer asesinar inmediatamente ante ellos al que no les mire con bastante respeto. Césares que se soportarían, sin embargo, como los soportaron los romanos cuando cansados de guerra civiles y de discusiones estériles, se echaron en brazos de los tiranos. A veces se mataba á estos tiranos, cuando se hacían demasiado despóticos, pero no se dejó de sustituirlos hasta la hora de la descomposición final y de la destrucción definitiva bajo el pie de los bárbaros. Muchos pueblos parecen condenados también á acabar bajo el yugo de déspotas, inteligentes á veces, pero necesariamente inaccesibles á toda piedad y sin soportar la más vaga tentativa de discusión.

El destino inmediato del pueblo que sea el primero en ver el triunfo del socialismo, puede trazarse en algunas líneas. Bien entendido que se comenzará por despojar y después fusilar á algunos millares de patronos, burgueses, capitalistas, en una palabra, todos los explotadores. La inteligencia y la capacidad se sustituirán por la medianía. Habrá por todas partes igualdad en la esclavitud. Realizado el sueño socialista, tendrá que reinar sobre la tierra una felicidad eterna, el paraiso bajará aquí.

¡Ay! no es así... El infierno, un terrible infierno es lo que tendremos. ¿Qué ocurrirá en realidad?

A la desorganización social que los nuevos gobernantes traerán consigo sucederán necesariamente una espantosa anarquía y una ruina general. Entonces, según toda probabilidad, aparecerá en seguida un Mario, un Sila, un Bonaparte, un general cualquiera, que restablecerá la paz con un régimen de hierro precedido de enérgicas hecatombes, lo cual no impedirá, por otra parte, como ha visto tantas veces la historia que sea aclamado como un libertador, y lo será con justicia, pues á falta de un déspota militar, el pueblo sometido al régimen socialista se debilitaría tan pronto con este régimen y sus divisiones intestinas, que se encontraría inmediatamente á merced de sus vecinos y sería incapaz de resistir sus invasiones.

En este corto cuadro de los destinos futuros que el socialismo nos reserva, no he hablado de las rivalidades entre las diversas sectas socialistas, que vendrían á complicar la anarquía. No se es socialista sin odiar á alguien ó á algo. Los socialistas detestan á la sociedad actual, pero se detestan mucho más entre sí. Ya esas inevitables rivalidades entre las sectas socialistas produjeron la caída de aquella temible *Internacional*, que hizo temblar á los gobiernos durante muchos años y cuyo nombre está hoy olvidado.

«Una causa fundamental, escribe M. de Laveleye, ha

contribuído á la caída tan rápida de la *Internacional*: la rivalidades de personas. Como en el seno de la *Commune* de 1871, se dividen, sospechan unos de otros, se injurian y bien pronto viene la separación definitiva. Ninguna autoridad se impone. Es imposible ya la inteligencia, la asociación termina en la anarquía, y si se me permite una palabra vulgar que expresa bien la cosa, en el lodazal. Es esto aún una advertencia. Y que, ¿queréis derribar el Estado y suprimir los directores industriales, y contáis con que el orden se desprenderá naturalmente de la libre iniciativa de las corporaciones federadas? Pero, si vosotros que, en apariencia, sois lo escogido de la clase obrera, casi no habéis llegado á entenderos lo bastante para sostener una sociedad que no os exigía sacrificio alguno, y que no tenía más que un fin por todos deseado: «la guerra al infame capital», ¿cómo simples obreros, permanecerán unidos, cuando se trate, en contacto diario de arreglar inreses en perpetua lucha y tomar decisiones concernientes á la remuneración de cada cual? No habéis querido someteros á un consejo general que nada os imponía; ¿cómo, en el taller, obedeceréis las órdenes de jefes que habrán de deciros cuál es vuestra tarea y dirigir vuestro trabajo?»

Podemos suponer, sin embargo, el establecimiento progresivo y pacífico del socialismo mediante medidas legales, y hemos visto que tal parecía deber ser la marcha de las cosas en los pueblos latinos, que están para ello preparados por su pasado, y que entran más cada día en el camino del socialismo del Estado. Pero hemos mostrado también que precisamente porque han entrado en él entran hoy en la pendiente de una rápida decadencia. Menos violento en apariencia, el mal no sería menos profundo. Habiendo absorbido sucesivamente el Estado todas las fuentes de producción, y excediendo necesariamente los precios, como ya hemos probado, á los de la industria «será enteramente preciso, como dice M. Molinari,

someter á un trabajo forzoso, con un mínimo de remuneración, á una parte de la nación, en una palabra, restablecer la esclavitud». La servidumbre, la miseria y el cesarismo son los abismos inevitables á que conducen todos los caminos socialistas.

Y, sin embargo, parece inevitable el terrible régimen. Es preciso que un país, al menos, lo sufra para enseñanza de todos. Será una de estas escuelas de la experiencia, únicas que hoy pueden ilustrar á los pueblos alucinados por los ensueños de felicidad que ante sus ojos despliegan los apóstoles de la nueva fe.

Deseemos sean nuestros enemigos los primeros que intenten esta experiencia. Si tiene lugar en Europa, todo hace suponer sea la víctima un país pobre, medio arruinado, tal como Italia. Varios de sus estadistas presentían el peligro, cuando por tantos años han tratado de apartar la tormenta mediante una guerra con sus vecinos, bajo la protección de la alianza alemana.

§ III.—De qué modo el socialismo podría apoderarse del gobierno de un país.

Pero, ¿de qué medios se valdrá el socialismo para hacerse dueño del gobierno de un país? ¿Cómo derribará el muro que constituye la última defensa de las sociedades modernas, el ejército? Esta empresa, difícil hoy, lo será en adelante menos cada día, gracias á la desaparición de los ejércitos permanentes. Lo hemos dicho ya, al estudiar la lucha de clases. No será inútil repetirlo.

Lo que hasta aquí había constituído el poder de un ejército, no es el número de sus soldados ó la perfección de su armamento, sino su espíritu, y el espíritu no se forma en un día.

Los escasos pueblos, que como los ingleses han sabido conservar un ejército voluntario, casi están libres del

peligro socialista, y por tal razón, serán en lo porvenir considerablemente superiores á sus rivales. Los ejércitos que han creado el servicio obligatorio tienden más y más á ser sólo verdaderas milicias nacionales indisciplinadas, y la historia nos dice cuál será su valor en el momento del peligro. Recordemos que nuestros 300.000 hombres de la Milicia nacional en el sitio de París, no sirvieron sino para formar la Commune é incendiar la ciudad. El célebre abogado que renunció á la única probabilidad que entonces se presentaba de desarmar á estas muchedumbres, vióse más tarde obligado á pedir públicamente «perdón á Dios y á los hombres» de haberles dejado sus armas. Podía invocar como excusa que ignoraba la psicología de las masas populares, pero, ¿qué excusa podremos invocar nosotros, de no haber aprovechado lección semejante?

El día en que estas muchedumbres armadas, sin cohesión real, sin dotes militares, se vuelvan, como en los días de la Commune, contra la sociedad que están destinadas á defender, la sociedad estará muy cerca de su fin. Entonces verá incendiadas sus ciudades, la anarquía furiosa, luego la invasión, el cantonalismo, el férreo pié de los déspotas libertadores, y la decadencia definitiva.

Este destino que nos amenaza lo sufren ya ciertos pueblos. No es preciso hablar de un porvenir desconocido para encontrar naciones, en las cuales la disolución social se ha efectuado por sus ejércitos. Sabido es en qué estado de miserable anarquía viven las Repúblicas latinas de América. Revoluciones permanentes, dilapidación completa en su hacienda, desmoralización de todos los ciudadanos y sobre todo del elemento militar. Lo que allí se llama ejército no está representado sino por hordas indisciplinadas, que no sueñan más que en la rapiña, y están á merced del primer general que quiera conducirlas al pillaje. Todo general, que quiere apoderarse á su vez del poder, encuentra algunas bandas armadas para lograr que sea su rival asesinado y ocupar su puesto. La frecuencia de

estos cambios en todas las Repúblicas hispano-americanas es tal, que los periódicos europeos casi han renunciado á registrarlos, y no se ocupan mucho más de lo que pasa en estas tristes comarcas que de lo que ocurre en Laponia. El destino final de esta mitad de América es volver á la barbarie primitiva, á menos que los Estados Unidos no hagan el servicio inmenso de conquistarla.

Hacer caer las más ricas comarcas del globo al nivel de las Repúblicas negras de Santo Domingo y Haiti, esto es lo que desgraciadamente ha logrado la raza latina en la mitad de América. ¡Qué contraste con lo que los ingleses han sabido hacer de los Estados Unidos! ¡Qué contraste y qué lección! ¡Y cuán doloroso pensar que lección tan clara será perdida, sin embargo!

§ IV.—Cómo puede ser combatido el socialismo.

Debiendo hacerse en algún sitio la experiencia del socialismo, puesto que sólo ella desvanecerá las vanas quimeras de los pueblos, todo nuestro esfuerzo debe tender á que se realice en el extranjero más bien que entre nosotros. Es deber de los escritores, por pequeño que pueda ser su influjo, impedir su funesta realización dentro de su país. Deben combatir el socialismo y retardar el momento de su triunfo, de modo tal, que éste pueda llevarse á cabo en otras partes. Preciso es para esto conocer los secretos de su poder y sus puntos flacos, y conocer asimismo la psicología de sus adeptos. Este estudio ha sido hecho en la presente obra.

No hay que intentar la obra de defensa necesaria mediante argumentos capaces de influir en los sabios y en los filósofos. Los que no estén cegados por el afán de ardiente popularidad ó por la ilusión, de que todos los demagogos fueron víctimas, que podían sujetar como quisieran el monstruo desencadenado, saben muy bien que

el hombre no reforma á su placer las sociedades; de que hemos de sufrir la acción de las leyes naturales que no regimos; que una civilización, en un momento dado, es el trozo de una cadena cuyos anillos están unidos al pasado por lazos invisibles; que el carácter de un pueblo dirige sus instituciones y sus destinos, y que este carácter es obra de los siglos; que es muy cierto que las sociedades evolucionan sin cesar y no podrían ser en el porvenir lo que en el presente; pero lo es también, que nuestros caprichos y ensueños no determinarán esta inevitable evolución.

No es, lo repito, mediante tales argumentos como se agita á los pueblos. Deducidos de la observación y enlazados por la razón, no podrán convencerlos. Se cuidan mucho, en verdad, de argumentaciones y de libros. Sólo halagándoles con el más humilde servilismo, como hoy se hace, se consigue seducirles. Soportan á sus aduladores, pero lo hacen con justo desprecio, y aumentan seguidamente sus exigencias á medida que los halagos son más excesivos. Para obrar sobre las masas, hay que saber llegar á sus sentimientos, sobre todo, á los inconscientes, y no apelar jamás á la razón, que no saben ejercitar. Hay que enseñarles á conocer, y para esto, mezclarse sin cesar con ellos, como lo hacen los apóstoles de la nueva fe, que vemos aumentar.

¿Son, pues, tan difíciles de dirigir esas muchedumbres? Sería preciso desconocer su psicología y conocer bastante poco su historia para pensarlo. ¿Es necesario ser un fundador de religión como Mahoma, un héroe cual Napoleón, un alucinado como Pedro el ermitaño, para arrastrarlas? Ciertamente no. Para nada se necesita de estas personalidades excepcionales. Pocos años nos separan del momento en que hemos visto á un oscuro general que no poseía sino alguna audacia, el prestigio del uniforme y la hermosura de su caballo, llegar al justo límite, vecino del supremo poder, que no osó franquear. César, sin laureles y sin fe, retrocedió ante el Rubicón. Recor-

demos que la historia nos enseña que los movimientos populares no son, en realidad, más que los de algunos agitadores; recordemos la sencillez de las muchedumbres, sus instintos conservadores imposibles de desarraigar, y, finalmente, el mecanismo de los elementos de persuasión que hemos tratado de poner en evidencia en un libro anterior: la afirmación, la repetición, el contagio y el prestigio. Recordemos además que, á pesar de todas las apariencias, no es el interés, tan poderoso en los individuos aislados, el que arrastra á las masas. Necesitan un ideal que perseguir, una creencia que defender. Pero no se apasionarán por el ideal ó la creencia sino después de haberse apasionado por sus apóstoles. Son los únicos que, por su prestigio, hacen nacer en el espíritu popular los sentimientos de admiración y simpatía, que son la base más sólida de la fe. Muy recientemente hemos visto una de las mayores ciudades de Francia, considerada como ciudadela del colectivismo, desembarazarse del ayuntamiento socialista, que sufría hacía tiempo, simplemente por el influjo que ha sabido tener sobre las masas un hombre emprendedor, inteligente y activo.

Se guía á capricho á las masas, cuando se quiere hacerlo. Las instituciones de gobierno más contrarias, los déspotas más intolerables, siempre fueron aclamados por ellas, en cuanto han sabido imponerse. En menos de un siglo han dado su sufragio á Marat, á Robespierre, á los Borbones, á Napoleón, á la República, á todos los aventureros, con tanta facilidad como á los grandes hombres. Han aceptado la libertad con igual resignación que la servidumbre.

Para defenderse, no de ellas, sino de sus agitadores, no hay más que quererlo. Desgraciadamente la verdadera enfermedad moral de nuestro tiempo, al parecer casi incurable en los latinos, es la falta de voluntad. Coincidiendo con la falta de iniciativa y el desarrollo de la indiferencia es el gran peligro que nos amenaza.

Son estas, sin duda, generalidades, y fácil sería descender de ellas á los pormenores ¿Pero qué utilidad tendrían en la marcha de las cosas los consejos que un escritor formula? No ha realizado enteramente su cometido cuando ha establecido los principios generales cuyas consecuencias se deducen fácilmente?

La indicación de lo que debemos hacer importa menos, por lo demás, que la de lo que no debemos hacer. El cuerpo social es un organismo delicadísimo al que hay que tocar muy poco. Nada más funesto para un Estado que sufrir incesantemente la voluntad irreflexiva y variable de las muchedumbres. Si mucho se debe hacer para ellas, hay que valerse muy poco de su acción. Sería ya progreso inmenso renunciar á nuestros constantes proyectos de reforma, á la idea de que debemos variar sin cesar nuestras constituciones, instituciones y leyes. Deberíamos limitar ante todo, y no extender siempre, la intervención del Estado, de manera que se obligue á los ciudadanos á adquirir algo de la iniciativa, del hábito de gobernarse por sí, que pierden merced á la tutela perpetua que piden.

Pero, repitamos una vez más, ¿de qué sirve expresar tales deseos? Esperar su realización, ¿no es desear un cambio posible de nuestro espíritu y variar el curso del destino? La reforma más inmediatamente necesaria, la única quizás verdaderamente útil, sería la de nuestra educación. Es, desgraciadamente también, la más difícil de realizar, aquélla cuyo cumplimiento implicaría un verdadero milagro, la trasformación de nuestro espíritu nacional.

¿Cómo esperarlo? Y, por otra parte, ¿como resignarse á callar, cuándo se ve próximo el peligro, y cuando, en teoría, parece fácil evitarlo?

Si dejamos que la indiferencia por las cosas y el odio hacia las personas, las rivalidades y discusiones estériles nos invadan más cada día, si continuamos pidiendo siempre la intervención del Estado en nuestros menores asuntos, el cuerpo social ya muy quebrantado se romperá de-

finitivamente y pronto caeremos bajo los bárbaros. Sería preciso entonces ceder el puesto á pueblos más vigorosos y desaparecer para siempre de la faz del mundo.

Así perecieron varias civilizaciones cuando sus defensores naturales renunciaron á la lucha y al esfuerzo. Nunca el decaer de la inteligencia causó la ruina de los pueblos, sino el de su carácter.

Así cayeron Atenas y Roma. Así terminó igualmente Bizancio, heredera de las antiguas civilizaciones, de los descubrimientos é ideales de la humanidad, de los tesoros de pensamiento y arte acumulados desde los orígenes de la historia.

Los cronistas refieren que cuando el sultán Mahoma apareció ante la gran ciudad, sus habitantes, ocupados en sutiles discusiones teológicas, y en perpetuas rivalidades, se cuidaron muy poco de defenderse. El representante de una fe nueva triunfó fácilmente de semejantes adversarios. Cuando hubo penetrado en la capital ilustre, último refugio del saber del viejo mundo, sus soldados cortaron sumariamente la cabeza á los más ardientes de estos inútiles charlatanes y redujeron á la servidumbre á los demás.

Tratemos de no imitar á estos degenerados sucesores de razas demasiado viejas, y temamos su suerte. No perdamos el tiempo en recriminaciones y discusiones vanas. Sepamos defendernos contra los enemigos que en el interior nos amenazan, esperando que tendremos que luchar contra los que desde fuera nos acechan. No despreciemos el menor esfuerzo, y hagámosle cada uno en nuestra esfera, por pequeño que pueda ser. Por la acumulación de granos de arena se han formado las más altas montañas. Estudiemos sin cesar los problemas que la esfinge nos presenta, y que hay que saber resolver, sopena de que nos devore. Y cuando muy en silencio pensáramos que consejos tales son quizá tan vanos como los deseos formulados acerca de un enfermo cuyos días ha contado el destino, obremos como si no lo pensáramos.

INDICE

Prefacio de la tercera edición..... V
Prefacio de la primera edición..... XI

LIBRO PRIMERO

Las teorías socialistas y sus adeptos.

CAPITULO PRIMERO

LAS DIVERSAS FASES DEL SOCIALISMO

§ I. *Los factores de la evolución social.*—Factores que dirigen la evolución actual de las sociedades.—En qué difieren de los antiguos factores. Factores económicos.—Factores psicológicos.—Factores políticos. § *Los diversos aspectos del socialismo.*—Necesidad de estudiar el socialismo, como concepción política, como concepción económica, como concepción filosófica y como creencia.—Conflicto entre estos diversos conceptos.—Definición filosófica del socialismo.—El ser colectivo y el ser individual..... 3

CAPITULO II.

ORÍGENES DEL SOCIALISMO Y CAUSAS DE SU DESARROLLO ACTUAL

§ I. *Antigüedad del socialismo.*—Las luchas sociales engendradas por la desigualdad de condiciones se remontan á las primeras edades de la historia.—Las doctrinas colectivistas entre los griegos.—Cómo el socialismo ha causado la destrucción de la independencia griega.—El socialismo entre los romanos y los judíos.—El cristianismo de los primeros tiempos representa un período de triunfo del socialismo.—De qué modo tuvo que renunciar muy pronto á sus doctrinas.—Las ilusiones socialistas de hace cincuenta años. § II. *Causas del desenvolvimiento actual del socialismo.*—Exageración de la sensibilidad moderna.—Trastornos é inestabilidad causados por los progresos de la industria.—Aumento de las necesidades, mayores que los medios de satisfacerlas.—Los apetitos de la juventud moderna.—Las ideas ideas de los universitarios.—El papel

Páginas.

de los hacendistas.—El pesimismo de los pensadores.—El estado actual de las sociedades amparado en el pasado. § III. *El método del tanto por ciento en la apreciación de los fenómenos sociales.*—Necesidad de establecer una relación exacta entre los elementos útiles y perjudiciales que entran á componer una sociedad.—Insuficiencia del método de los promedios.—Los fenómenos sociales están dominados por el tanto por ciento y no por promedios..... 8

CAPITULO III.

LAS TEORÍAS SOCIALISTAS

§ I. *Principios fundamentales de las teorías socialistas.*—Las teorías socialistas se reducen al colectivismo y al individualismo.—Estos opuestos principios siempre han estado en lucha. § II. *El individualismo.*—Su intervención en la evolución de las civilizaciones.—Su desarrollo no es posible, sino en los pueblos dotados de ciertas cualidades.—El individualismo y la Revolución. § III. *El colectivismo.*—Todas las formas actuales del socialismo reclaman la intervención del Estado.—Papel que le reserva el colectivismo.—Dictadura absoluta del Estado ó de la comunidad en el colectivismo.—Antipatía de los socialistas por la libertad.—De qué modo los colectivistas esperan llegar á la supresión de las desigualdades.—Parte semejante de todos los programas de las diversas sectas socialistas.—El anarquismo y su doctrina.—Los programas de los socialistas modernos son muy antiguos. § IV.—*Las ideas socialistas son, como las diversas instituciones de los pueblos, consecuencia de la raza.*—Importancia de la noción de raza.—Diferencia de los conceptos políticos y sociales que encierran palabras idénticas.—Los pueblos no pueden variar sus instituciones á su agrado y sólo pueden modificar los nombres.—Diferencia de los conceptos socialistas en escritores que pertenecen á razas diferentes..... 25

CAPITULO IV

LOS ADEPTOS DEL SOCIALISMO Y SU ESTADO MENTAL

§ I. *Clasificación de los adeptos del socialismo.*—Lazos comunes que unen las diversas categorías del socialismo.—Necesidad de estudiar separadamente los diferentes grupos de socialistas.—§ II. *Clases obreras.*—División en obreros manuales y artesanos.—Diferencias del concepto socialista en ambas cla-

Páginas:

ses.—Psicología del obrero parisién. - Su inteligancia y espíritu de independencia.—Su superioridad con respecto á la clase de empleados.—Carácter imprevisor é impulsivo del obrero.—Su sentido artístico.—Sus instintos conservadores.—Su sociabilidad y falta de egoismo.—Simplicidad de sus opiniones políticas —Lo que para él representa el gobierno.—La clase de obreros parisienses será la más refractaria á la adopción del socialismo. § III. *Clases directoras.*—Progreso del socialismo sentimental en las clases instruídas.—Razones de este progreso,—Influjo del contagio, del miedo, del escepticismo y de la indiferencia. § IV. *Semi-sabios y doctrinarios.*—Definición del semi-sabio.—En qué se puede ser semi-sabio, siendo, por lo demás, muy instruído.—El semi-sabio formado en los libros siempre permanece extraño á la realidad que le rodea.—Desarrollo rápido del socialismo en los semi-sabios. - Funesta representación de la Universidad y de los universitarios. - Los doctrinarios.—Su espíritu incomprensivo y simplicista..... 39

LIBRO SEGUNDO

El socialismo como creencia.

CAPITULO PRIMERO

LOS FUNDAMENTOS DE NUESTRAS CREENCIAS

§ I. *Orígenes históricos de nuestras creencias.*—Necesidad, para comprender el socialismo, de investigar cómo se forman nuestras creencias.—Los conceptos tradicionales ó conceptos de sentimiento.—Los conceptos adquiridos ó intelectuales.—Influjo de ambas clases de conceptos.—Cómo las creencias que parecen nuevas se derivan siempre de creencias anteriores. Lentitud con que las creencias cambian.—Utilidad de las creencias comunes.—Su establecimiento marca el período culminante de una civilización.—Las grandes civilizaciones representan el florecimiento de un corto número de creencias comunes. § II. *Función de las creencias en nuestras ideas y conocimientos. Psicología de la incomprensión.*—Cómo nuestro conocimiento del mundo está deformado por nuestras creencias hereditarias.—Actúan no sólo sobre la conducta, sino sobre el sentido que damos á las palabras.—Los individuos de diversas razas y clases hablan en realidad lenguas muy diferentes.—La incomprensión les separa tanto como la divergencia de sus intereses.—Cómo no ha tenido nunca la persuasión sus raíces en

Páginas.

la razón.—Influjo preponderante de los muertos en las discusiones entre los vivos.—Consecuencia de la incomprensión.—Imposibilidad de colonizar, para los pueblos en que la incomprensión está muy desarrollada.—Porqué los libros de historia no corresponden sino muy de lejos á la realidad. § III *Formación ancestral de la moral.*—Los móviles reales de la conducta son las más de las veces instintos hereditarios.—La moral no existe sino cuando ha llegado á ser inconsciente y hereditaria.—Escaso valor de la enseñanza actual de la moral..... 61

CAPITULO II

PAPEL DE LA TRADICIÓN EN LOS DIFERENTES ELEMENTOS DE LA CIVILIZACIÓN.—LÍMITES DE VARIABILIDAD DEL ESPÍRITU TRADICIONAL.

§ I. *Influjo de la tradición en la vida de los pueblos.*—Dificultades para librarse del yugo de la tradición.—Rareza de verdaderos librepensadores.—Dificultades para establecer las verdades más claras. -Orígenes de nuestras opiniones diarias.—Escaso influjo de la razón.—Influjo de las tradiciones en las instituciones, creencias y artes.—Impotencia de los artistas para sustraerse á los influjos del pasado.—§ II. *Límites de variabilidad del espíritu tradicional.*—Elementos varios que componen el espíritu legado por los antepasados.—Elementos heterogéneos que contiene.—Cómo pueden aparecer.—§ III. *Lucha entre las creencias tradicionales y las necesidades modernas.—Actual incertidumbre de las opiniones.*—Cómo los pueblos pueden librarse del yugo de la tradición.—Imposibilidad de librarse bruscamente.—Tendencia de los latinos á rechazar por entero el influjo del pasado y á rehacer totalmente sus instituciones y leyes.—Lucha entre sus tradiciones y las necesidades del momento actual.—Han reemplazado á las creencias fijas otras transitorias y momentáneas.- Incertidumbre, violencia, y poder de la opinión.—Ejemplos diversos.—La opinión pública dicta á los jueces sus sentencias, á los gobiernos las guerras y alianzas.—Influjo de la prensa y poder oculto de los capitalistas.—Necesidad de una creencia que se acepte por todos.—Impotencia del socialismo para llenar este cometido... 75

CAPITULO III

EVOLUCIÓN DEL SOCIALISMO HACIA UNA FORMA RELIGIOSA

§ I.—*Tendencias actuales del socialismo á reemplazar á*

Páginas.

las antiguas creencias.—Evolución religiosa del socialismo.—Elementos de éxito de las concepciones socialistas consideradas como creencias religiosas que pueden enlazarse á anteriores creencias.—El sentimiento es un instinto que no puede desarraigarse.—El hombre no aspira á la libertad, sino á la esclavitud del pensamiento.—La nueva doctrina responde á las necesidades y esperanzas del momento actual.—Impotencia de los defensores de los viejos dogmas.—El escaso valer científico de los dogmas socialistas no puede impedir su propagación.—Las grandes creencias religiosas que han reinado en la humanidad, nunca fueron hijas de la razón.—§ II. *Propaganda de la creencia. Los apóstoles.*—Intervención de los apóstoles en la fundación de las creencias.—Sus medios de persuasión.—Importancia del papel que los alucinados desempeñan en el mundo.—Espíritu religioso de los apóstoles socialistas.—Inaccesibles á todo razonamiento, experimentan la ardiente necesidad de propagar su fe.—Su exaltación, abnegación, simplicidad y necesidad de destrucción.—Su psicología es la de los apóstoles de todas las edades.—Bossuet y las dragonadas, Torquemada y Robespierre.—Funesta intervención de los filántropos en el mundo.—Por qué los apóstoles socialistas no deben ser confundidos con los locos ordinarios y los criminales —Complemento proporcionado á los apóstoles por las diversas clases de degenerados.—§ III. *Propagación de la creencia en las masas.*—En las masas es donde todas las concepciones políticas, religiosas ó sociales arraigan finalmente.—Caracteres de las masas.—Jamás tienen por guía el interés personal.—Mediante las muchedumbres se manifiestan los intereses colectivos de las razas.—Por ellas se realizan las obras de interés general que exigen un ciego sacrificio.—Violencias aparentes y espíritu conservador real de las masas.—No las domina la incertidumbre, sino la fijeza.—Por qué el socialismo no podrá atraerlas mucho tiempo..... 85

LIBRO TERCERO

El socialismo según las razas.

CAPITULO PRIMERO

EL SOCIALISMO EN ALEMANIA.

§ I. *Fundamentos teóricos del socialismo en Alemania.*—Formas científicas del socialismo alemán.—Diferencia entre los principios fundamentales del socialismo alemán y los del socia-

Páginas.

lismo latino.—El racionalismo latino y la concepción evolucionista del mundo.—Los socialistas latinos y los alemanes, partiendo de principios diferentes, llegan á conclusiones prácticas idénticas.—§ II. *Evolución actual del socialismo en Alemania.*—Medios artificiales por los que Alemania ha llegado á un concepto socialista idéntico al de los latinos.—Trasformaciones producidas en el alma alemana por el régimen militar universal.—La absorción progresiva por el Estado, en Alemania.—Trasformación actual del socialismo en Alemania.—Abandono de las antiguas teorías.—Formas anodinas que tiende á revestir el socialismo alemán..... 105

CAPITULO II

EL SOCIALISMO EN INGLATERRA Y EN AMÉRICA.

§ I. *Los conceptos del Estado y de la educación en los anglo-sajones.*—Lo que importa para un pueblo no es el régimen político que adopta, sino el concepto que se forma de las misiones respectivas del individuo y del Estado.—El ideal social de los anglo-sajones.—Este ideal permanece invariable para ellos bajo los regimenes políticos más diversos.—Las características mentales del anglo-sajón.—Diferencias entre su moralidad privada y colectiva.—Solidaridad, energía, etc.—Los diplomáticos anglo-sajones.—Cómo se mantienen por la educación las cualidades de la raza.—Característica de la educación anglo-sajona.—Sus resultados.—§ II. *Las ideas sociales de los obreros anglo sajones.*—Cómo se instruyen y se educan.—Cómo se hacen patronos.—Escasez de los desclasificados.—Por qué los anglo-sajones no desprecian el trabajo manual.—Capacidades administrativas de les obreros anglo-sajones.—Cómo las adquieren.—Los obreros elegidos frecuentemente como jueces de paz en Inglaterra.—Cómo el obrero anglo-sajón defiende sus intereses contra los patronos.—Aversión del obrero inglés por la intervención del Estado.—El obrero americano.—La iniciativa privada y la industria en América.—El colectivismo y la anarquía en América y en Inglaterra.—Sus adeptos sólo se reclutan en los oficios inferiores ejercidos por los obreros menos capaces.—El ejército de los socialistas en los Estados Unidos.—Luchas que habrá que sostener..... 113

CAPITULO III.

PSICOLOGÍA DE LOS PUEBLOS LATINOS

§ I. *Cómo se determina el verdadero régimen político de un*

Páginas.

pueblo.—Necesidad de remontarse á los orígenes de las instituciones para comprender su génesis.—Cómo se llegan á ver, detrás de las instituciones aparentes, los principios de gobierno de un pueblo.—Las instituciones teóricas no son á menudo más que vestidos prestados.—§ II. *El estado mental de los pueblos latinos.*—Lo que hay que entender por pueblos latinos.—Sus características.—Vivacidad de la inteligencia.—Debilidad de la iniciativa y de la voluntad.—Amor á la igualdad é indiferencia por la libertad.—Necesidad de guías.—Culto de las palabras y de la lógica.—Oposición entre el espíritu anglo-sajón y el espíritu latino, desde el punto de vista de la lógica.—Consecuencias.—Desarrollo de la sociabilidad en los latinos y debilidad de la solidaridad.—Las cualidades que en otro tiempo han dado la superioridad á los latinos, son inútiles hoy.—Misión del carácter y de la inteligencia en el desarrollo de las civilizaciones.... 129

CAPITULO IV

EL CONCEPTO LATINO DEL ESTADO

§ I. *Cómo se arraigan los conceptos de los pueblos.*—Necesidad para los pueblos de acomodarse á tradiciones y de poder después sustraerse á ellas.—Pocos pueblos han poseído la plasticidad necesaria para realizar la doble condición de la variabilidad y de la fijeza.—Imposibilidad de sustraerse al yugo de la tradición cuando está demasiado arraigada.—Poder de los principios de autoridad entre los latinos.—La autoridad política y religiosa.—Por qué los pueblos latinos no han tenido que sufrir por su sumisión á los dogmas tradicionales de autoridad hasta los tiempos modernos y por qué sufren hoy.—Inestabilidad forzada de sus Gobiernos.—El concepto del Estado es idéntico en Francia en todos los partidos.—§ II. *El concepto latino del Estado.*—El antiguo régimen.—La Revolución sólo introdujo en él cambios muy pequeños.—Pormenores de la administración bajo el antiguo régimen.—Intervención constante del Estado en los menores asuntos.—Ejemplos diversos.—El desarrollo actual del socialismo en los latinos representa la expansión de sus instituciones pasadas y de su concepto del Estado..... 145

CAPITULO V.

LOS CONCEPTOS LATINOS DE LA EDUCACIÓN, DE LA INSTRUCCIÓN Y DE LA RELIGIÓN

§ I. *Los conceptos latinos de la educación y de la instrucción.*

Páginas.

—El concepto de la educación en los latinos se deriva de su concepto del Estado.—Las bases de nuestro sistema universitario.—Cómo crea, en categorías enteras de individuos, la vulgaridad de pensamiento y la depresión de carácter.—La Escuela normal.—Por qué la Universidad es un poderoso foco del socialismo de Estado igualitario y nivelador.—Las polémicas actuales sobre la acción funesta de nuestra enseñanza clásica.—Comparación de los principios de educación y de instrucción en los anglo-sajones y en los latinos.—Incomprensión general de esta cuestión.—Lo que tiene importancia no es lo que se enseña, sino la manera de enseñar.—Ejemplos; diversos resultados de nuestros métodos de enseñanza.—§ II. *El concepto latino de la religion.*—Después de haber desempeñado durante mucho tiempo un papel muy útil, el concepto religioso de los latinos se ha hecho perjudicial para ellos.—Cómo los anglo-sajones han sabido poner sus creencias religiosas en relación con las necesidades modernas.—Intransigencia de los dogmas religiosos de los latinos y sus resultados.—Consecuencias generales de los conceptos latinos desde el punto de vista socialista..... 155

CAPITULO VI

FORMACIÓN DEL SOCIALISMO EN LOS PUEBLOS LATINOS.

§ I. *La absorción del Estado.*—El socialismo moderno es en los latinos la consecuencia necesaria da su antiguo concepto del gobierno.—Extensión progresiva de las funciones del Estado.—Cómo las exigencias del público hacen necesaria esta expansión.—El Estado se ve obligado á dirigir cada vez más las grandes empresas y á subvencionar las que no dirige.—Ejemplos diversos que muestran la necesidad del Estado de intervenir, á pesar suyo, para reglamentar y proteger.—§ II. *Consecuencias de la extensión de funciones del Estado.*—Desaparición de los sentimientos de iniciativa y de responsabilidad en los ciudadanos.—La reglamentación atrae á la reglamentación.—Dificultades que experimenta el Estado para dirigirlo todo.—Gastos enormes que necesita su intervención constante.—Aumento inevitable de la burocracia en los pueblos latinos.—Desmenuzamiento del poder del Estado.—Reclamaciones incesantes del público para aumentar los reglamentos.—Precio enorme de todo lo que fabrica el Estado.—Complicaciones fatales de su administración.—Ejemplos diversos que dan guerra y marina.—Precio de fábrica de la industria privada.—La administración lati-

Páginas.

na en las colonias.—Consecuencias idénticas de la administración latina en Italia y en Francia.—§ III. *El Estado colectivista.*—Las etapas que los pueblos latinos tienen todavía que franquear para llegar al puro colectivismo no son numerosas.—Los pueblos latinos han entrado hace mucho tiempo en la fase del colectivismo.—Examen de las diversas proposiciones de los colectivistas y lo que se ha hecho ya en este camino..... 165

CAPITULO VII

ESTADO ACTUAL DE LOS PUEBLOS LATINOS.

§ I. *Debilidad de los pueblos latinos.*—Es resultado de los conceptos anteriormente expuestos.—Peligros que para ellos tiene el desarrollo del socialismo.—Los pueblos latinos no pueden ya intentar experiencias ni revoluciones sin peligro de desaparecer.—Las necesidades modernas.—§ II. *Las Repúblicas latinas de América. España y Portugal.*—Estado actual de las repúblicas hispano-americanas. Representan el nivel inferior de la civilización latina.—Sus destinos.—Portugal y España. Su estado de decadencía.—El gobierno colonial de los españoles.—Por qué han perdido sus colonias.—La guerra hispano-americana desde el punto de vista psicológico.—Influjo del carácter de las razas que combatían.—Incidentes de esta guerra.—§ III. *Italia y Francia.*—Estado actual de Italia.—Desorganización administrativa del ejército y de la hacienda.—Revoluciones de que está amenazada.—Triunfo próximo del socialismo.—Por qué el triunfo del socialismo amenaza mucho más á Italia que á España.—Relajamiento de la moralidad en los pueblos latinos.—Estado actual de Francia.—Síntomas de fatiga é indiferencia que presenta.—§ IV. *Resultados de la adopción de los conceptos latinos por pueblos de razas distintas.*—Los griegos modernos desde la época de la independencia han adoptado en masa los conceptos latinos, principalmente el de la educación.—Resultados vistos en cincuenta años.—Desorganización completa de la hacienda, la admiuistración y el ejército.—Progresos del socialismo.—La guerra turco-griega.—Las ilusiones europeas acerca de Grecia.—§ V. *Porvenir que amenaza á los pueblos latinos.*—La nueva evolución del mundo no dejará subsistir los pueblos débiles.—Predicciones de lord Salisbury.—Peligros terribles que las experiencias socialistas tienen para los latinos. 191

Páginas.

LIBRO QUINTO

El conflicto entre las necesidades económicas y las aspiraciones socialistas.

CAPITULO PRIMERO

EVOLUCIÓN INDUSTRIAL Y ECONÓMICA DE LA ÉPOCA ACTUAL.

§ I. *Nuevos factores en la evolución de las sociedades creados por los modernos descubrimientos.* – La época moderna es la que ha presentado más cambios en menos tiempo.—Factores actuales de la evolución social. – Qué representan los descubrimientos científicos é industriales.—Cómo han variado las condiciones de existencia.—§ II. *Consecuencias de los descubrimientos modernos con relación á las condiciones de existencia de las sociedades.*—Cambios forzosos en la vida material.—Trasformaciones morales y sociales que han sido su consecuencia.—Influjo de la máquina sobre la familia y la evolución mental de los trabajadores.—Al reducir las distancias, la máquina ha trasformado el mundo en un mercado único sustraído á la acción de los gobiernos.—Trasformaciones producidas hoy por descubrimientos de laboratorio en la vida de los pueblos. –Función posible de las fuerzas naturales en el porvenir.—La inestabilidad ha sucedido en todas partes á la estabilidad secular. –La vida de los pueblos y las condiciones de sus progresos se libran cada vez más de la acción de los gobiernos..... 215

CAPITULO II

LAS LUCHAS ECONÓMICAS ENTRE EL ORIENTE Y EL OCCIDENTE

§ I.—*La competencia económica.*—El socialismo ignora las necesidades que actualmente rigen en el mundo.—Las voluntades de los Gobiernos están cada vez más condicionadas por fenómenos económicos externos, á los que se han de adaptar.--El mundo de las relaciones industriales y económicas forma uno sólo, y los países cada vez son menos libres para obrar á su antojo.—Los pueblos tienden más y más á regirse por necesidades exteriores y no por voluntades particulares. --Consecuencias de la aproximación entre el Oriente y el Occidente.—Resultados de la lucha económica entre pueblos de muy escasas necesidades y otros que las tienen muy grandes.—El valor de los artículos en un mercado está determinado por el que tienen en aquel en que pueden ser producidas á menor precio.—Resultados de la com-

Páginas.

petencia hecha á los productos europeos por los similares que fabrican los Orientales.—Por qué Inglaterra tiene que ir renunciando á la agricultura.—La competencia de la India y del Japón.—Porvenir del comercio europeo.—Porvenir de Rusia.—La competencia del Oriente y el socialismo. § II. *Los remedios.*—Objeciones de los economistas sobre las consecuencias de la lucha entre el Oriente y el Occidente.—El supuesto exceso de producción.—Por qué no pueden tener valor los argumentos de los economistas más que para el porvenir.—El proteccionismo.—Su papel artificial y provisional.—Los pueblos agrícolas y los pueblos industriales.—Remedios diversos para la competencia de Oriente buscados por los anglo-sajones.—Por qué vuelven los ojos al Africa.—Dificultades de la lucha en el terreno industrial y comercial para los pueblos latinos..... 223

CAPITULO III

LAS LUCHAS ECONÓMICAS ENTRE LOS PUEBLOS DEL OCCIDENTE

§ I. *Consecuencias de las aptitudes hereditarias de los pueblos.*—Diferencias entre las actitudes que han engendrado los progresos de los pueblos en las diversas edades de la civilización.—Cualidades que han mantenido durante largo tiempo la supremacia de los latinos.—La mayor parte de estas cualidades están hoy sin empleo.—Con la evolución actual del mundo las aptitudes industriales y comerciales de los latinos eran antes suficientes y no lo son ya hoy. § II. *La situación industrial y comercial de los pueblos latinos.*—Resultados revelados por la estadística.—Indicaciones dadas por nuestros cónsules en el extranjero.—Hechos característicos que revelan la decadencia de nuestra industria y de nuestro comercio.—Apatía, indiferencia, horror al esfuerzo, ausencia de iniciativa de nuestros comerciantes.—Ejemplos diversos.—Invasión de los productos alemanes en nuestro mercado.—Decadencia de nuestra Marina.—Nuestras relaciones comerciales con nuestras colonias se hacen por medio de extranjeros.—Lo que cuestan nuestras colonias y lo que reportan.—Disminución progresiva de la cualidad de nuestros productos. § III. *Causas de la superioridad comercial é industrial de los alemanes* —Débil influjo de su superioridad militar en sus éxitos comerciales é industriales.—Instrucción técnica de los alemanes.—Sus aptitudes teniendo en cuenta el gusto de su clientela.—Cómo se informan de las necesidades de la clientela de los diversos países.—Su espíritu de solidaridad y de asociación.—Sus elementos de información..... 241

Páginas.

CAPITULO IV

LAS NECESIDADES ECONÓMICAS Y EL AUMENTO DE LAS POBLACIONES

§ I. *El desarrollo actual de la población en los diversos países y sus causas.*—Complejidad real y sencillez aparente de los fenómenos sociales.—El problema de la población.—Ventajas é inconvenientes que el aumento de la población presenta según los países.—Errores psicológicos de los estadístas.—Los pueblos numerosos son mucho más temibles por su industria y su comercio que por sus cañones.—Causas de la disminución de la población en ciertos países.—Porqué esta disminución tiende á llegar á ser general en todos los países.—Influjo de la comodidad y del espíritu de previsión. § II. *Consecuencias del aumento ó de la reducción de la población.*—Débil papel del número en la historia antigua y moderna de los pueblos.—Las fuentes de la potencia de un país son la agricultura, la industria, el comercio y nó el número de sus soldados.—Peligros que para Francia presentaría el aumento de su población.—Por qué el exceso de población no tiene inconvenientes en Inglaterra y Alemania.—Condiciones en las que la emigración llega á ser ventajosa para un pueblo.—Condiciones en que es perjudicial.—Desastres producidos por el aumentó de población en ciertos países.—Ejemplo de la India.—Dificultades que la evolución económica actual del mundo creará muy pronto en los pueblos industriales demasiado numerosos.—Ventajas que dentro de poco presentará para Francia la débil cifra de su población. 273

LIBRO SEXTO

El conflicto entre las leyes de la evolución de las ideas democráticas y las aspiraciones socialistas.

CAPITULO PRIMERO

LAS LEYES DE LA EVOLUCIÓN, LAS IDEAS DEMOCRÁTICAS Y LAS ASPIRACIONES SOCIALISTAS.

§ I. *Relaciones de los séres con sus medios.*—La existencia de todos los séres está condicionada por sus medios.—Importancia de las trasformaciones que estos medios producen y su lentitud.—Por qué las especies parecen inmutables.—Los medios so-

Páginas.

ciales.—Cambios bruscos producidos en estos medios por los descubrimientos modernos y dificultades para el hombre de adaptarse á ellos. § II. *El conflicto entre las leyes naturales de la evolución y las concepciones democráticas.*—Oposición creciente entre nuestras concepciones teóricas del mundo y las realidades establecidas por lá ciencia.—Dificultades de las ideas democráticas de conciliarse con las nuevas nociones científicas.—Cómo se resuelve en la práctica el conflicto.—Las democrácias están amenazadas finalmente de favorecer todas las superioridades.—Formación de castas en el régimen democrático.—Ventajas y peligros de las democracias.—Las costumbres financieras de la democracia americana.—Por qué la venalidad de los políticos americanos no presenta más que débiles inconvenientes sociales.—Las ideas democráticas y los sentimientos de las multitudes.—Los instintos de las multitudes no son democráticos. § III. *Conflicto entre las ideas democráticas y las aspiraciones socialistas.*—Oposición entre los principios fundamentales de las democracias y las ideas socialistas.—La suerte de los débiles en las democracias.—Por qué no ganarán nada con el triunfo de las ideas socialistas.—Odio del socialismo por la libre competencia y la libertad.—El socialismo es actualmente el más temible enemigo de la democracia..... 287

CAPITULO II.

LA LUCHA DE PUEBLOS Y DE CLASES

§ I. *La lucha natural de los individuos y de las especies.*—La lucha universal entre los seres es ley constante de la naturaleza.—Es condición esencial del progreso.—La naturaleza no tolera á los débiles.—§ II *La lucha de los pueblos.*—Lucha constante entre los pueblos desde los orígenes de la historia.—El derecho del más fuerte siempre ha sido árbitro de sus destinos—Por qué la fuerza y el derecho son idénticos.—Cómo pueden á veces subsistir los pequeños Estados.—Los límites del derecho de los pueblos se miden por la fuerza de que disponen para defenderlo.—De qué modo los pueblos civilizados aplican á los negros los principios que anteceden.—Valor de las disertaciones de los teólogos y de los filántropos.—El derecho y la justicia en las relaciones internacionales.—Por qué las luchas entre los pueblos serán probablemente mayores en lo porvenir que en el pasado.—§ III. *La lucha de clases.*—Antigüedad de

Páginas.

la lucha de clases.—La necesidad.—Porqué lejos de desaparecer no puede sino aumentar.—Tentativas inútiles de las religiones para suprimir la lucha de clases.—La división de clases es mucho más profunda en realidad que en otros tiempos.—Programa de combate de los socialistas.—Incomprensión recíproca de los partidos que están frente á frente.—Considerable papel del error en la historia.—§ IV. *Las futuras luchas sociales.* —Violencia de la lucha con los socialistas.—La lucha en los Estados Unidos.—Dificultades que tendrán las viejas sociedades para defenderse.—Disgregación de sus ejércitos..... 313

CAPITULO III.

EL PROBLEMA FUNDAMENTAL DEL SOCIALISMO.—LOS NO ADAPTADOS

§ I. *La multiplicación de los no adaptados.*—Definición de los no adaptados. Condiciones que hoy determinan su multiplicación.—Los no adoptados de la industria, de la ciencia y de las artes.—Peligros de su presencia en el seno de las sociedades.—De qué modo la evolución actual de la industria aumenta cada día su número.—La competencia entre los no adaptados.—Sus consecuencias en la extrema rebaja de los salarios en los oficios fáciles.—Imposibilidad material de remediarla.—Eliminación progresiva de los incapaces en todas las industrias.—Diferentes ejemplos.—§ II. *Los no adoptados por degeneración.*—Fecundidad de los degenerados.—Peligros presentes y futuros de los degenerados para la sociedad.—Importancia de los problemas que su presencia reacciona.—Los degenerados son reclutas seguros del socialismo.—§ III. *La producción artificial de no adaptados.*—Los no adaptados por incapacidad artificialmente creados.—Los produce en gran número la actual educación latina.—Cómo la instrucción, que debería ser panacea universal, ha tenido como consecuencia la creación de una inmensa muchedumbre de desclasificados.—Imposibilidad de utilizar el ejército de bachilleres y licenciados sin empleo.—Sentimientos antidemocráticos de la Universidad.—Las actuales ilusiones sobre los resultados de la instrucción que proporciona.—Considerable papel que á la Universidad toca en la destrucción social que se prepara..... 331

Páginas.

CAPITULO IV.

LA UTILIZACIÓN DE LOS INADAPTADOS

§ I.—*El futuro ataque de los inadaptados*—Su odio á la sociedad en que no encuentran ningún puesto.—Los inadaptados en los Estados Unidos.—Su número y condición miserable.—Luchas violentas que habrá que sostener contra ellos.—Las predicciones de Macaulay sobre el porvenir de los Estados Unidos.—§ II. *Utilización de los inadaptados.*—Constituye el problema más difícil del momento actual.—Soluciones propuestas y ensayadas.—Imposibilidad de que el Estado les mantenga.—La caridad pública ó privada no hace más que aumentar su número.—El derecho al trabajo.—Resultados desastrosos de las experiencias intentadas. Vanidad de las promesas socialistas..... 353

LIBRO SÉPTIMO

La evolución de la organización social.

CAPITULO PRIMERO

LOS ORÍGENES Y EL REPARTO DE LA RIQUEZA: LA INTELIGENCIA, EL CAPITAL Y EL TRABAJO.

§ I. *La inteligencia.*—Su intervención en la evolución moderna del mundo.—Es la principal creadora de las riquezas que aprovechan todos los trabajadores —El trabajo del obrero manual sólo á él le aprovecha, el del inventor sirve á todos los trabajadores.—Las capacidades de un corto número de gente escogida producen más riquezas que el trabajo del resto de la población.—Odio de los socialistas á la inteligencia.—En qué está fundado dado su modo de ver.—§ II. *El capital.*—Su representación.—Servicios que hace el capitalista á los trabajadores haciendo bajar el precio de venta de las mercancías.—Difusión natural del capital en gran número de manos.—División progresiva de la riqueza pública.—Efecto que produciría el reparto igual de la riqueza pública entre todos los trabajadores.—Progresiva reducción del dividendo de los accionistas en todas las empresas industriales y aumento constante del salario de los

Páginas.

obreros.—La renta del accionista tiende más cada día á desaparecer.—Estado actual de la riqueza inmueble.—Por qué la gran propiedad no es ya origen de riqueza y tiende más y más á dividirse.—Los mismos fenómenos en Francia en y Inglaterra.—§ III. *El trabajo.*—Relaciones actuales entre el capital y trabajo.—Nunca la situación de los obreros ha sido tan próspera como hoy.—Aumento constante de los jornales.—Son muchas veces superiores á lo que se obtiene en las profesiones liberales.—La situación de los obreros es la única que mejora constantemente.—§ IV. *Las relaciones entre el capital y el trabajo.—Patronos y obreros.*—Hostilidad creciente de los obreros contra el capital.—Total incomprensión que rige las actuales relaciones entre patronos y obreros.—Insuficiencia de los conocimientos psicológicos de los patronos en sus relaciones con los obreros.—El patrono en la grande industria moderna.—Patronos y obreros forman hoy dos clases constantemente enemigas..... 365

CAPITULO II

LA SOLIDARIDAD SOCIAL.

§ I. *La solidaridad social y la caridad.*—Diferencia fundamental entre los términos solidaridad y caridad.—La caridad es un sentimiento antisocial y nocivo.—Las obras más útiles de la solidaridad no tienen por base la caridad ni el altruismo.—Se basan en la asociación de intereses semejantes.—El movimiento hacia la solidaridad es una de las más importantes tendencias de la actual evolución social.—Sus causas profundas.—La asociación reemplaza el egoísmo individual impotente por un egoísmo colectivo que aprovecha á todos.—La solidaridad es hoy el arma más poderosa de los débiles.—§ II. *Las formas modernas de la solidaridad.*—Sólo es posible entre individuos que tienen intereses similares inmediatos.—Las sociedades cooperativas.—Su desarrollo entre los anglo-sajones.—Por qué tienen mal resultado entre los latinos.—Las sociedades por acciones.—Su poder y utilidad.—Necesidad de introducirlas entre las clases populares.—Las sociedades por participaciones y sus inconvenientes.—De qué modo los obreros podrían hacerse, por medio de sociedades por acciones, dueños de las fábricas en que trabajan.—§ III. *Las asociaciones obreras.*—Su utilidad, poder é inconvenientes.—Son necesaria consecuencia de la evolución

Páginas.

moderna.—Desaparición forzosa de las antiguas relaciones familiares entre obreros y patronos.—§ IV. *Las industrias de gestión comunal. El socialesmo municipal.*—Socialismo municipal en los países no socialistas.—Extensión de la administración comunal en Inglaterra y Alemania.—Condiciones de éxito de este modo de administrar.—Su fuerza en los pueblos latinos. . . 389

CAPITULO III

LOS SINDICATOS DE PRODUCCIÓN

§ I. *Extensión de la ley de agrupación de los intereses similares.*—Esta ley se aplica también á la gran industria.—Los sindicatos industriales.—Se desarrollan hoy en los países más diferentes.—§ II. Qué son *los Trusts americanos.*—Son sindicatos de monopolización industrial.—Su característica fundamental.—El Trust compra las fábricas similares y no las sindica.—Poder absoluto de los jefes de Trust.—Regulan los salarios, los precios de coste y la producción.—Cómo se fundan los Trusts.—Sus operaciones financieras.—Por qué las fábricas se ven obligadas á entrar en los Trusts. Número de Trusts en América.—Cómo han servido, finalmente, los intereses del público.—Impotencia total de las leyes americanas contra los Trusts.—A pesar de sus procedimientos bárbaros y de su desprecio á toda legalidad, los Trusts han sido el origen de la supremacía industrial y comercial de los Estados Unidos.—§ III. *Los sindicatos de producción industrial en Alemania.* En qué se diferencian de los Trusts americanos.—Se sindican y no se compran las fábricas de la misma industria.—El objeto de los sindicatos es evitar la competencia que se harían las industrias análogas y mantener los precios de venta.—El sindicato es el único que tiene el privilegio de tratar con los clientes, fijar la producción y los precios de venta.—Los sindicatos alemanes son fomentados por el Estado.—§ IV. *Los sindicatos de productores franceses.*—La falta de solidaridad ha impedido siempre que se sindiquen los industriales latinos.—Las leyes no fomentan de ningún modo estos sindicatos.—Corto número de sindicatos de producción en Francia.—No tienen ningún influjo en los precios de venta.—§ V. *El porvenir de los sindicatos de producción industrial.*—Son el resultado de la evolución actual, pero no está demostrado que puedan luchar mucho tiempo contra la competencia que quieren suprimir.—Los sindicatos alemanes

Páginas.

fundados para evitar la competencia se encuentran hoy con que son víctimas de la competencia extranjera.—Imposibilidad de prever la solución de la evolución económica actual.—Se sustrae cada vez más al influjo de las leyes y los reglamentos..... 411

LIBRO OCTAVO

El porvenir del socialismo.

CAPITULO PRIMERO

LÍMITES DE LAS PREVISIONES HISTÓRICAS

§ I. *La noción de necesidad en el concepto moderno de los fenómenos históricos.*—Cambios introducidos por la ciencia en nuestro concepto actual del mundo.—La noción de evolución y de necesidad.—Por qué en su estado actual la sociología no puede constituir una ciencia.—Su impotencia para prever los acontecimientos.—Las previsiones históricas serían posibles para una inteligencia inmensamente superior á la del hombre.—Utilidad de la noción de necesidad de los fenómenos. § II. *La previsión de los fenómenos sociales.*—Imposibilidad de prever con seguridad los fenómenos sociales, aun cuando obedezcan á leyes.—Nuestras previsiones no son más que hipótesis basadas sobre analogías y tienen que limitarse á un porvenir muy cercano.—Nuestra ignorancia general de las causas primeras de los fenómenos..... 427

CAPITULO II

EL PORVENIR DEL SOCIALISMO.

§ I. *Las condiciones actuales del socialismo.*—Resumen de las condiciones favorables ó contrarias al desarrollo del socialismo.—Constituye un estado mental mucho más que una doctrina.—Su peligro no reside en la adhesión de las multitudes, sino en la de los espíritus ilustrados.—Los trastornos sociales comienzan siempre por arriba y no por abajo.—Ejemplo de la revolución.—Estado de los espíritus en el momento de la revolución.—Su analogía con la época actual.—Las clases directoras pierden hoy toda su confianza en la justicia de su causa.—Las promesas del socialismo. - § II. *Lo que reserva el exito del socialismo á los pueblos en que triunfe.*—Opinión de los grandes

Páginas.

pensadores modernos.—Todos llegan á conclusiones idénticas.—Destino inmediato de los pueblos en que se establezca el socialismo.—La desorganización y la anarquía producirán en seguida el cesarismo.—Hipótesis del establecimiento práctico y progresivo del socialismo.—§ III. *Cómo podría el socialismo apoderarse del gobierno de un país.*—Los ejércitos modernos y su estado mental.—El fin de una sociedad se hará inevitable el día en que su ejército se vuelva contra ella.—Cómo han caído en la anarquía las repúblicas hispano-americanas por la disolución de sus ejércitos.—§ IV. *Cómo se puede combatir el socialismo.*—Necesidad de conocer los secretos de su fuerza y de su debilidad, así como el estado mental de sus adeptos.—Medios de obrar sobre las multitudes.—Cómo perecen las sociedades cuando sus defensores naturales renuncian á la lucha y al esfuerzo.—Lo que causa la ruina de los pueblos no es la disminución de la inteligencia, sino el reblandecimiento de los caracteres.—Cómo perecieron Atenas, Roma y Bizancio..... 441

DELPIT (A.) — «Las dos á un tiempo». En 8.º, 3 pesetas.
—«¡Toda corazón!» En 8.º, 2,50 pesetas.
DICKENS (C.).—«Días penosos». En 8.º, 2,50 pesetas.
ESQUIVEL (D. A. M.)—«Tratado de anatomía pictórica». En folio, con 18 láminas, 7 pesetas.
FLAUBERT. — «La educación sentimental», historia de un joven. Dos tomos en 8.º, 5 pesetas,
GÉRARD (J.) —«Nuevas causas de esterilidad en ambos sexos. Fecundación artificial como último medio de tratamiento». Un tomo en 8.º mayor, 5 pesetas.
IÑIGUEZ (E.)—Ofensas y desafíos. Recopilación de las leyes que rigen en el «duelo». Un tomo en 4.º, 5 pesetas.
MAUPASSANT (G. de).—«Nita». Un tomo en 8.º mayor, 3,50 pesetas.
—«En el mar». Un tomo en 8.º mayor, 3,50 pesetas.
—«La vida errante». En 8.º, 4 pesetas en tela.
TISSANDIER (Gastón). — «Manual de procedimientos útiles». En 8.º, 3 pesetas.
TOM TIT.—«La ciencia recreativa».— Cien experimentos con infinidad de grabados. En 4.º cartoné, 5 pesetas.
TARTILAN (Sofía).— «Páginas para la educación popular». En 8.º, 2 pesetas.
PARDO BAZAN (E.).—«Una cristiana». Un tomo en 8.º mayor, 3 pesetas.
—«La prueba» (Segunda parte de «Una cristiana»). Un tomo en 8.º mayor, 3 pesetas.
PICON (J. O.)—«Novelitas». Un tomo en 4.º, 3,50 pesetas.
RICHEBOURG (E.)—«El millón del tío Raclot». Un tomo en 8.º mayor, 4 pesetas.
SALÈS (P.)—«Un drama financiero» (Aventuras parisienses). Un tomo en 8.º mayor, 2 pesetas.
—«Roberto de Campignac (Aventuras parisienses). Un tomo en 8.º mayor, 2 pesetas.
—«El diamante negro» (novela inédita). Un tomo en 8.º mayor, 2 pesetas.
—«Una víbora». Un tomo en 8.º mayor, 3 pesetas.
—«¡Huérfanas!» (Aventuras parisienses). Un tomo en 8.º mayor, 3,50 pesetas.
—«Clara de Cressenville» (novela inédita). Un tomo en 8.º mayor 2 pesetas.
—«El sargento Renaud». Un tomo en 8.º mayor, 3 pesetas.
—«La americana». Un tomo en 8.º mayor, 3 pesetas.
TOLSTOI.—«La guerra y la paz». Tres tomos en 8.º, 6 pesetas.
ZOLA (E.)—«La bestia humana». Dos tomos en 8.º mayor, 6 pesetas.
—«El dinero». Dos tomos en 8.º mayor, 5 pesetas.
—«Magdalena Ferat». En 8.º, 3 pesetas.
—«La última voluntad» (Le voeu d'une morte). En 8.º, 3,50 pesetas.
—«La tierra». En 8.º, 4 pesetas.
—«La confesión de Claudio», En 8.º, 3 pesetas.
—«Aneta Micoulin». En 8.º, 3 pesetas.
—«La fortuna de los Rougon». Dos tomos en 8.º, 5 pesetas.
—«Cuentos á Ninón». En 8.º, 3 pesetas.
—«El vientre de París». Dos tomos en 8.º, 5 pesetas.
—«Nuevos cuentos á Ninón». En 8.º, 3 pesetas.
—«Germinal». Dos tomos en 8.º, 6 pesetas.
ZORRILLA (D. José).—«Recuerdos del tiempo viejo». Tres tomos en 4.º, 9 pesetas.

De venta en las principales librerías.

Arreat.—«La moral en el drama, en la epopeya y en la novela» en 8.º 2,50 pesetas.
Becerro de Bengoa.—«La enseñanza en el siglo XX», en 8.º mayor, ilustrado con 44 grabados y 4 fototipias fuera del texto, 5 pesetas
Bergson.—«Materia y memoria», en 8.º mayor, 3,50 pesetas.
Binet.—«Introducción á la Psicología experimental», con grabados en el texto, en 8.º mayor, 2,50 pesetas.
—«Psicología del Razonamiento», en 8.º mayor, 2,50 pesetas.
Bourdeau.—«El problema de la muerte», en 4.º 5 pesetas.
—«El problema de la vida», en 4.º, 5 pesetas.
Bunge.—«Principios de Psicología individual y social», en 8.º mayor, 2,50 pesetas.
Call.—«Higiene del alma y de sus relaciones con el organismo», 3.ª edición en 4.º, 3 pesetas.
Carle.—«La vida del Derecho en sus relaciones con la vida social», 2 tomos en 4.º, tela, 12 pesetas
Cubas.—«Mitología popular», en 8.º mayor, 4 pesetas
Cullerre.—«Las fronteras de la locura», en 8.º mayor, tela, 4 pesetas.
Féré.—«Sensación y movimiento», en 8.º mayor, 2,50 pesetas.
—«Degeneración y criminalidad», en 8.º, mayor, 2,50 pesetas.
Fouillée.—«Temperamento y carácter», en 4.º, 5 pesetas.
—La Moral, el arte y la religión, según Guyau», en 8.º 4 pesetas.
—«Bosquejo psicológico de los pueblos europeos», en 4.º, 10 pesetas.
Garófalo.—«La Criminología», en 4.º, 6 pesetas.
González Serrano.—«Psicología del amor», en 8.º mayor, 2,50 pesetas.
—«Pequeñeces de los grandes» Un folleto, en 8.º, 0,50 pesetas.
Guido Villa.—«La Psicología contemporánea, en 4.º, 10 pesetas.
Guyau.—«Génesis de la idea de tiempo, en 8.º, mayor, 2,50 pesetas.
—«El arte desde el punto de vista sociológico», en 4.º, 7 pesetas.
—«Los problemas de la estética contemporánea», en 8.º, 4 pesetas.
Hartenberg.—«Los tímidos y la timidez», en 4.º, 5 pesetas.
Lagrange.—«La higiene del ejercicio en los niños y los jóvenes», en 8.º, mayor, 3 pesetas.
—«El ejercicio en los adultos», en 8.º, mayor, 3,50 pesetas.
—«Fisiología de los ejercicios corporales», en 4.º, 5 pesetas.
Lange.—Historia del materialismo», 2 tomos en 4.º, 16 pesetas.
Lapie.—«Lógica de la voluntad», en 4.º, 5 pesetas.
Levêque.—«El Espiritualismo en el Arte», en 8.º, 2,50 pesetas.
Max Nordau.—«Psico-fisología del Genio y del Talento», en 8.º, mayor, 2,50 pts.
—«Degeneración», 2 tomos en 4.º 12 pesetas.
Mosso.—«La educación física de la juventud», seguida de «La educación física de la mujer», del mismo autor, en 8.º, mayor, 3,50 pesetas.
—«El miedo», en 8.º, mayor, con 7 grabados intercalados en el texto y 2 fototipias, 4 pesetas.
—«La fatiga», en 4.º, con numerosos grabados en el texto. 4 pesetas.
Payot.—«La educación de la voluntad», 2.ª edición en 4.º, 4 pesetas.
Ribot.—«Las enfermedades de la voluntad», en 8.º, mayor 2,50 pesetas.
—«Las enfermedades de la memoria», en 8.º, mayor, 2,50 pesetas.
—«Las enfermedades de la personalidad», en 8.º, mayor, 2,50 pesetas.
—«La psicología de la atención», en 8.º, mayor, 2,50 pesetas.
—«La evolucion de las ideas generales», en 8.º, mayor, 3 pesetas.
—«La herencia psicológica», en 4.º, 7 pesetas.
—«La psicología de los sentimientos», en 4.º, 8 pesetas.
—«Ensayo acerca de la imaginación creadora», en 4.º, 6 pesetas.
Sollier.—«El problema de la memoria», un tomo en 8.º, 3,50 pesetas.
Thomas.—La sugestión: su función educativa», en 8.º, 2,50 pesetas.
—«La educación de los sentimientos» en 8.º, 4 pesetas.
Tissié.—«La fatiga y el adiestramiento físico», en 8.º, mayor, 4 pesetas.
Tylor.—«Antropología», en 4.º, 9 pesetas.